

Jim Butcher

Las Furias de Alera



CODEX ALERA

Lectulandia

En el mundo de Carna, el reino de Alera es el estado más poderoso y todos sus habitantes tienen cierto dominio sobre las fuerzas elementales (agua, tierra, madera, fuego, aire y metal) a las que llaman furias. Todos, excepto Tavi, que vive en una propiedad rural y es incapaz de desarrollar sus habilidades, quedando por eso relegado a tareas secundarias y a ser objeto de burla por parte de todos.

La azarosa búsqueda de una oveja perdida, lanza a Tavi de cabeza hacia los acontecimientos que están poniendo en peligro la paz entre los reinos y la misma supervivencia de Alera. Sin habilidad para controlar las fuerzas elementales, tendrá que confiar en su valor e inteligencia para salvar a sus amigos y liberar al reino de la peor amenaza de su historia.

Lectulandia

Jim Butcher

Las furias de Alera

Codex Alera 01

ePub r1.0

capitancebolleta 08.11.13

Título original: *Furies of Calderon*
Jim Butcher, 2004
Traducción: Francisco García Lorenzana
Fecha Traducción: 11/2012

Editor digital: capitancebolleta
ePub base r1.0

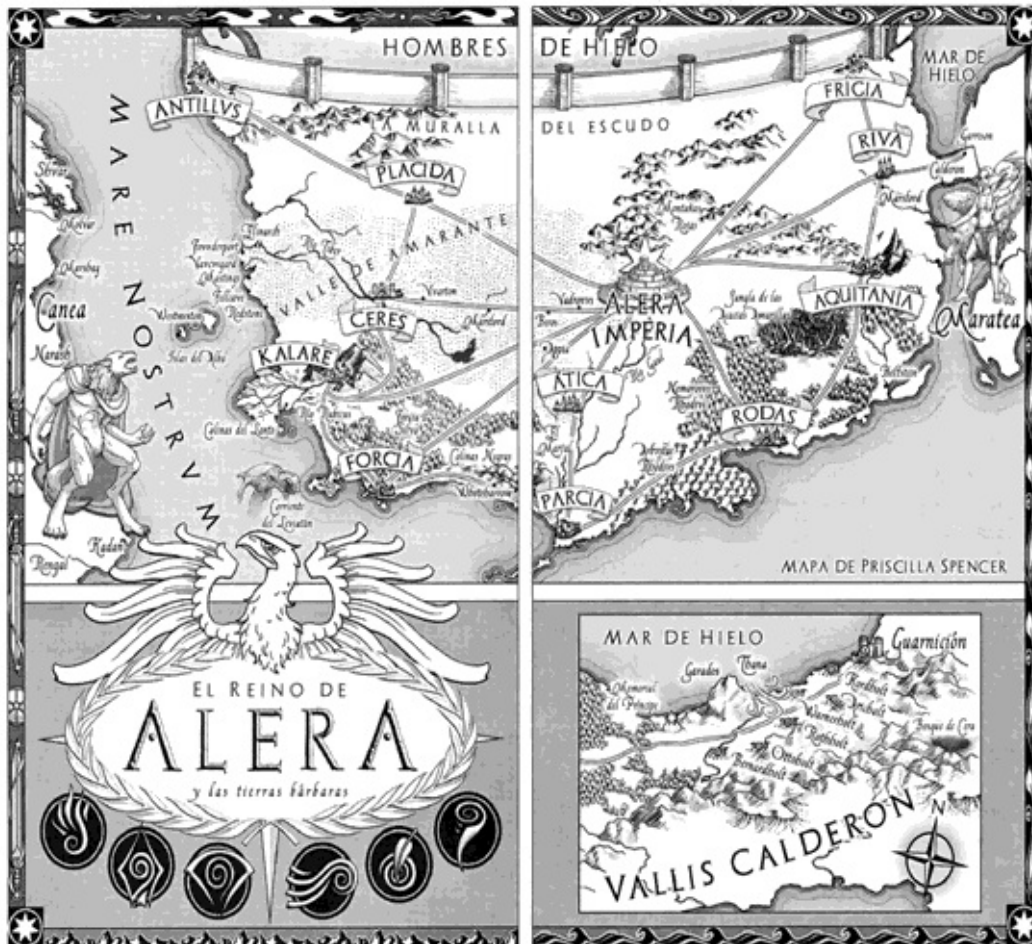
más libros en lectulandia.com

PARA MI HIJO, UN HÉROE EN FORMACIÓN.
Y EN MEMORIA DE MI PADRE, UN HÉROE DE VERDAD.

AGRADECIMIENTOS

ME gustaría expresar mi agradecimiento a Jennifer Jackson por sus excelentes consejos en la reescritura de este libro. Gracias a mi esposa y a mi hijo, como siempre, y a mi manicomio de primeros lectores. Y una tonelada de agradecimientos a los hombres y mujeres, todos ellos bastante locos, de la International Fantasy Gaming Society, con los que he pasado muchos fines de semana matándoles y a cambio matándome ellos. Mantened secas las espadas de espuma, llevad un montón de agua para la aventura y cuidado con las serpientes y los disparos en la cabeza.

Pero ¿me puede decir alguien por qué tengo que seguir llevando esos silbatos durante el juego?



EL REINO DE
ALERA
 y las tierras bárbaras

PRÓLOGO

El curso de la historia no está determinado por las batallas, los asedios, o las usurpaciones, sino por las acciones de los individuos. La ciudad más fuerte o el ejército más numeroso son básicamente, en definitiva, una colección de individuos. Sus decisiones, sus pasiones, sus locuras y sus sueños moldean los años venideros. Si se puede aprender una lección de la historia, es que con mucha frecuencia el destino de ejércitos, de ciudades, de reinos enteros, descansa en las acciones de una persona. En ese momento ominoso de incertidumbre, la decisión de dicha persona, buena o mala, acertada o errónea, grande o pequeña, sin pretenderlo puede cambiar el mundo.

Pero la historia puede ser bastante traicionera. Nunca se sabe de qué persona se trata, dónde puede estar, o cuál es la decisión que ha de tomar.

Casi es suficiente para que crea en el Destino.

DE LOS ESCRITOS DE GAIUS PRIMUS
PRIMER SEÑOR DE ALERA

—POR favor, Tavi —suplicó la muchacha en la oscuridad crepuscular a la entrada de la cocina del asentamiento—. Solo este pequeño favor.

—No lo sé —le respondió el chico—. Hoy hay mucho trabajo.

Ella se acercó a él y el muchacho sintió cómo su cuerpo esbelto se amoldaba al suyo, suave, delicioso y con olor a flores. Ella apretó la boca contra su mejilla en un beso lento y le susurró al oído:

—Te estaré muy agradecida.

—Bueno —respondió el chico—. No estoy seguro de si... hum.

Ella le volvió a besar en la mejilla y susurró:

—Por favor.

El corazón le latió entonces con mayor rapidez y se le aflojaron las rodillas.

—De acuerdo, lo haré.

1

AMARA soportaba el bamboleo montada sobre el lomo del enorme y viejo toro gargante, mientras repasaba mentalmente el plan. El sol de la mañana caía sobre ella, contrarrestando el frío aire neblinoso y calentando la lana oscura de su falda. Detrás de ella, los ejes de la carreta crujían y chirriaban bajo la carga. El collar de esclava que llevaba había empezado a producirle roces en la piel, y anotó mentalmente con irritación que debía llevar antes uno durante unos cuantos días para acostumbrarse a él, si fuese necesario para la siguiente misión.

Suponiendo que antes sobreviviría a esta, claro.

Un escalofrío nervioso le recorrió la espina dorsal y provocó que se le agarrotaran los hombros. Respiró hondo y expelió el aire con fuerza, cerró los ojos un instante y anuló cualquier pensamiento que no fueran las sensaciones que percibía a su alrededor: el sol en la cara, el bamboleo de las largas zancadas del poderoso gargante, los crujidos de los ejes de la carreta...

—¿Nerviosa? —preguntó el hombre que caminaba junto al toro.

De su mano colgaba una garrocha pero no la había utilizado durante todo el viaje. Conseguía dirigir la bestia solo con las bridas, pese a que su cabeza apenas llegaba a la altura del muslo de pelaje marrón del toro. Llevaba las ropas sencillas de un buhonero: pantalones marrones, sandalias sólidas y resistentes, y una chaqueta guateada encima de la camisa, de un sencillo color verde oscuro. Cuando el sol comenzó a ascender, cubrió uno de sus hombros con una sencilla capa larga y desgastada, también verde, sin bordado alguno.

—No —mintió Amara, que abrió de nuevos los ojos y miró hacia delante.

Fidelias se rio.

—Mentirosa. No es un plan descerebrado. Puede funcionar.

Amara le lanzó a su maestro una mirada cautelosa.

—¿Pero tienes alguna sugerencia?

—¿En tu prueba de graduación? —preguntó Fidelias—. ¡Cuervos, no! Ni siquiera soñaría con ello, *academ*. Coartaría tu actuación.

Amara se humedeció los labios.

—¿Pero crees que hay algo que deba saber...?

Fidelias le devolvió una mirada perfectamente cándida:

—Tengo unas cuantas preguntas.

—Preguntas... —repitió Amara—. Vamos a llegar dentro de un momento...

—Si lo prefieres, las puedo plantear cuando llegemos.

—Si no fueras mi patriserus, te consideraría un hombre imposible —suspiró Amara.

—Eso ha sido muy amable por tu parte —replicó Fidelias—. Has recorrido un

largo camino desde tu primer trimestre en la Academia. Te quedaste tan sorprendida cuando descubriste que los cursores hacen algo más que entregar mensajes...

—Te gusta explicar esa historia, aunque sabes que la odio.

—No —replicó Fidelias con una sonrisa irónica—. Me gusta contar esa historia *porque sé que la odias*.

Lo miró hacia abajo con malicia.

—Me parece que por eso el legado de los cursores te sigue enviando a realizar misiones.

—Eso forma parte de mi encanto —asintió Fidelias—. Vamos pues. Mi primera preocupación...

—Pregunta —le corrigió Amara.

—Pregunta —aceptó la corrección—, es sobre nuestra coartada.

—¿Y cuál es la pregunta? Los ejércitos necesitan hierro. Tú eres un contrabandista de hierro y yo soy tu esclava. Tuviste noticia de que se iba a celebrar un mercado por aquí y has venido a ver si podías ganar un poco de dinero.

—Ah —exclamó Fidelias—. ¿Y qué les digo cuando me pregunten de dónde he sacado el mineral? Sabrás que no se encuentra al borde del camino, precisamente.

—Eres un cursor Callidus. Sé creativo. Estoy segura de que se te ocurrirá algo.

Fidelias se rio por lo bajo.

—Al menos has aprendido la capacidad de delegar. Así que nos acercamos hasta esta legión renegada con nuestro precioso mineral —señaló con la cabeza hacia la carreta que no dejaba de crujir—. ¿Qué les va a impedir confiscarlo sin más?

—Tú eres el adelantado de una red de contrabandistas y representas numerosos intereses en el negocio. Tu viaje está bajo observación y si los resultados son buenos, muchos otros se podrían decidir a traer suministros.

—Eso es lo que no entiendo —reconoció Fidelias con un gesto de inocencia—. Si esta es de verdad una legión renegada, como afirman los rumores, bajo el mando de uno de los Grandes Señores, que se está preparando para derrocar a la Corona... ¿no se van a oponer a que circule cualquier noticia sobre ellos, sea buena, mala o indiferente?

—Sí —respondió Amara, mirándolo de soslayo—. Y eso obra a nuestro favor. Verás, si no volvieses de esta pequeña excursión, se extendería por toda Alera la noticia de este campamento.

—Eso es algo inevitable, porque la noticia se va a extender de todas formas. Resulta bastante difícil mantener en secreto durante mucho tiempo una legión al completo.

—Es nuestra mejor oportunidad —replicó Amara—. ¿Se te ocurre algo mejor?

—Nos acercamos a escondidas, protegidos por nuestras furias, conseguimos las pruebas y después salimos corriendo como si nos persiguiesen los cuervos.

—¡Bah! —disintió Amara—. Lo he valorado. Pero decidí que era demasiado imprudente y predecible.

—Tiene la ventaja de la sencillez —señaló Fidelias—. Recuperamos la información, entregamos pruebas sólidas a la Corona y dejamos que el Primer Señor lance una campaña más completa contra la sedición.

—Sí, eso es más *sencillo*. Pero sea quien sea quien esté al mando de este campamento, en cuanto sepa que ha recibido la atención de los cursores, *sencillamente* lo levantará y trasladarán sus operaciones a otro lugar. La Corona *sencillamente* tendrá que gastar dinero, esfuerzos y vidas para volverlos a encontrar, e incluso entonces, quien esté poniendo dinero para financiar su propio ejército, *sencillamente* desaparecerá.

Fidelias alzó la mirada hasta ella y dejó escapar un silbido suave.

—Así que quieres entrar y salir sin que te detecten, llevar las noticias a la Corona y... ¿entonces qué?

—Volver aquí al mando de unas pocas cohortes de caballeros Aeris para aplastarlos —respondió Amara—. Tomar prisioneros, obligarles a testificar contra quienes les respaldan y liquidarlo todo de un solo golpe.

—Ambicioso —comentó Fidelias—, muy ambicioso. Y muy peligroso, también. Si nos cogen, nos matarán. Y es bastante razonable esperar que ellos tengan igualmente caballeros y que estén buscando a uno o dos cursores.

—Por eso no nos van a atrapar —replicó Amara—. Nos hacemos pasar por el contrabandista pobre y codicioso, con su esclava, recaudamos todo el dinero que podamos obtener de ellos y nos vamos.

—Y nos quedamos con el dinero. —Fidelias frunció el ceño—. Por una cuestión de principios, me gustan las misiones que implican un beneficio. Pero, Amara... en esta hay muchos factores que hacen que pueda salir mal.

—¿Somos o no los mensajeros del Primer Señor, sus ojos y sus oídos?

—A mí no me recites el Codex —la cortó Fidelias enfadado—. Yo ya era cursor antes de que tu padre y tu madre hubieran convocado sus primeras furias. No te creas que eres mucho mejor que yo porque el Primer Señor se haya encandilado contigo.

—¿Y no crees que el riesgo valga la pena?

—Creo que hay un montón de cosas que desconoces —respondió Fidelias de tal modo que realmente se mostró como un anciano; después agregó, indeciso—: Deja que yo me ocupe de esto, Amara. Entraré yo. Tú te quedas aquí y te recogeré cuando salga. No hay ninguna razón para que nos tengamos que arriesgar los dos.

—No —replicó ella—. En primer lugar, esta es mi misión. En segundo lugar, vas a necesitar toda tu concentración para interpretar tu papel. Yo podré observar, en especial desde aquí arriba. —Acarició el ancho lomo del gargante y este le respondió con un bufido que levantó un pequeño remolino en el polvo del camino—. También

podré guardarte las espaldas. Si tengo la impresión de que nos han descubierto, podremos salir de allí.

Fidelias refunfuñó.

—Pensaba que habíamos adoptado este disfraz para fingir que somos viajeros, y que nos acercáramos y entraríamos a escondidas en el campamento después del anochecer.

—¿Cuándo no entra nadie y seguramente sí que levantaremos sospechas si nos ven?

Él resopló.

—De acuerdo —concedió—. De acuerdo. Lo haremos a tu manera. Pero estás jugando con los cuervos.

El estómago de Amara se volvió a encoger y presionó la mano sobre él para intentar alejar el miedo. Pero no se fue.

—No —negó—. Estoy abriendo el juego por los dos.

Aunque los pasos cansinos del toro parecían lentos, equivalían a varias zancadas de un hombre. Las pezuñas de las patas de la gran bestia se comían los kilómetros, mientras se iba alimentando con los matorrales y las hojas de los árboles a lo largo del camino, añadiendo capas de grasa bajo el pelaje. Si se le permitía, el giboso animal se dirigía hacia el mejor terreno de forraje para pastar, pero Fidelias lo conducía con mano firme y tranquila, consiguiendo que la bestia no se saliera del camino, mientras que él caminaba a su lado a paso ligero.

Según estimaba Amara, tras un kilómetro llegarían a los piquetes exteriores del campamento de la legión insurgente. Trató de recordar su papel —el de una esclava aburrida, adormilada y cansada de días de viaje—: eso fue todo lo que pudo hacer para evitar que la tensión siguiera subiendo por sus hombros y su espalda. ¿Qué ocurriría si resultaba que la legión solo era un rumor y su misión para cazar información, diseñada y planificada con tanto cuidado, se convertía en una enorme pérdida de tiempo? ¿Pensaría mal de ella el Primer Señor? ¿Lo harían los otros cursores? Lo cierto es que no se le ocurría peor manera de incorporarse a sus filas: salir de la Academia para meterse de cabeza en un error garrafal.

Creció su ansiedad, como las tiras de hierro que se extendían desde los hombros a lo largo de la espalda, y le empezaron a dar punzadas las sienes a causa de la tensión y del fulgor del sol. ¿Se habrían equivocado en algún desvío? La vieja senda que iban siguiendo parecía demasiado bien cuidada para ser un camino de leñadores abandonado, pero se podía equivocar. ¿No debería vislumbrarse el humo de las hogueras de la legión? ¿No deberían estar oyendo algo ya, si estaban tan cerca como sospechaba?

Amara estaba a punto de inclinarse para requerir la atención de Fidelias y pedirle consejo, cuando un hombre con túnica y calzas oscuras, coraza brillante y yelmo les

salió al paso en el camino, tras surgir de entre las sombras de un árbol, a menos de diez pasos por delante de ellos.

Apareció sin previo aviso, sin el más mínimo movimiento, lo cual significaba que se había envuelto en su furia y que estaban ante un trabajo experto y muy hábil con la madera. Era un hombre gigantesco, de más de dos metros diez de estatura, y del costado le colgaba una espada pesada. Levantó una mano enguantada y con un tono monótono y distante ordenó:

—Alto.

Fidelias emitió un chasquido con la lengua que hizo que el toro redujera la marcha hasta detenerse después de varios pasos. El carro crujió y chirrió al estabilizarse sobre las ruedas bajo el peso del mineral.

—Buenos días tengáis, maese —saludó Fidelias con una voz que rezumaba nerviosismo y un buen humor obsequioso. El cursor veterano se quitó el sombrero y lo apretó entre sus manos ligeramente temblorosas—. ¿Qué tal os va en una mañana de otoño tan espléndida?

—Vas por el camino equivocado —respondió el gigante oscuro. Su tono era quedo y casi adormecido, pero posó la mano sobre la empuñadura del arma—. Esta tierra no es amistosa con los viajeros. Da la vuelta.

—Sí, maese; así lo haré, maese —aseguró Fidelias con una sonrisa tonta—. Solo soy un humilde mercader que lleva su cargamento con la vana esperanza de encontrar un mercado propicio. No quiero buscar problemas, maese, solo la oportunidad de recuperar mis pérdidas. Llevo una carga de lo más excelente, pero conseguida en mal momento, de... —Fidelias giró los ojos hacia el cielo y arrastró un pie a través del polvo del camino—. Hierro. —Le dirigió al gigante una sonrisa ladina—. Pero, como deseéis, maese. Seguiré mi camino.

El hombre oscuro dio un paso al frente.

—Espera, mercader —ordenó.

Fidelias le escrutó por encima del hombro.

—¿Maese? —preguntó—. ¿Es posible que estéis interesado en una compra?

El hombre oscuro se encogió de hombros. Se detuvo a unos pasos de Fidelias y preguntó:

—¿Cuánto mineral?

—Casi una tonelada, maese. Como podéis ver, mi buen gargante apenas puede con él.

El hombre gruñó mientras observaba la bestia y fue subiendo la mirada hasta llegar a Amara.

—¿Quién es esa?

—Mi esclava, maese —respondió Fidelias. Su voz adquirió un tono rastrero e interesado—. Está a la venta, si os interesa, maese. Una buena trabajadora, hábil para

tejer y cocinar, y más que capaz de dar a un hombre una noche de placer inolvidable. A dos leones estoy seguro de que es una ganga.

El hombre bufó.

—Tu buena trabajadora va montada mientras tú caminas, mercader. Habría sido más inteligente por tu parte que viajaras solo. —Inhaló por la nariz—. Y está tan flaca como un chico. Coge tu bestia y sígueme.

—¿Queréis comprar, maese?

El soldado lo miró.

—No te he pedido eso, mercader —recalcó—. Sígueme.

Fidelias se quedó mirando al soldado y después tragó saliva, de manera casi audible.

—Sí, sí, maese. Estaremos dos o tres pasos por detrás. Vamos, muchacho. —Tomó las riendas del toro con los dedos temblorosos y tiró del animal hasta ponerlo en movimiento.

El soldado gruñó y se dio la vuelta para emprender la marcha por el camino. Silbó con fuerza y una docena de hombres armados con arcos surgieron de las sombras y de los matorrales a los lados de la senda, de la misma forma en que lo había hecho él unos momentos antes.

—Mantened la posición hasta que regrese —ordenó el hombre—. No dejéis que pase nadie.

—Sí, señor —respondió uno de los hombres.

Amara se concentró en él. Todos los hombres llevaban el mismo uniforme: túnicas y pantalones negros con cotas oscuras de color verde y marrón. Además, el que había hablado lucía un fajín negro alrededor de la cintura, como el que les salió a recibir. Amara miró a su alrededor pero ninguno de los otros soldados llevaba fajín, solo esos dos. Fijó el detalle en su mente. ¿Caballeros? Era más que probable. Uno de ellos debía de tener una gran habilidad con la madera para esconder tan bien a tantos hombres.

«¡Cuervos! —pensó—. ¿Y si resulta que esta legión rebelde tiene un contingente completo de caballeros? Con tantos hombres, con tantos poderosos artífices de las furias, pueden representar una amenaza para cualquier ciudad en Alera».

Y, como corolario, significaría que la legión tenía un respaldo poderoso. Cualquier artífice de las furias que fuera lo suficientemente fuerte como para convertirse en caballero podría pedir el precio que quisiera por sus servicios. No los alcanzaría a contratar cualquier mercader descontento para convencer a su Señor o Gran Señor de que debía bajar los impuestos. Solo la nobleza podía afrontar el coste de contratar a unos cuantos caballeros, y más aún el de todo un contingente.

Amara tembló. Si uno de los Grandes Señores se estaba preparando para conspirar contra el Primer Señor, entonces les aguardaban días muy oscuros.

Miró a Fidelias y él le devolvió la mirada con el rostro preocupado. Pensó que podía ver en sus ojos el reflejo de sus propios pensamientos y temores. Quería hablar con Fidelias, conocer sus opiniones sobre la situación, pero ahora no podía abandonar su papel. Amara apretó los dientes, hundió los dedos en el acolchado de la silla de montar del toro e intentó calmarse de nuevo, mientras el soldado los conducía al campamento.

Amara miró atentamente cómo los pasos cansinos del toro se dirigían hacia una curva en el camino que ascendía por una pequeña colina y luego bajaba al valle que se encontraba del otro lado. Allí el campamento se extendía delante de sus ojos.

«¡Grandes furias! —pensó—. Parece una ciudad».

Su mente captó todos los detalles que estudiaba con la mirada. El campamento estaba construido siguiendo el modelo tradicional de las legiones: una fortificación formada por una empalizada y un foso que delimitaba un cuadrado enorme y rodeaba las tiendas de campaña de los soldados y los almacenes. Dentro del recinto se habían levantado las tiendas de tela blanca, fila tras fila, demasiadas como para que se pudieran contar con facilidad, dispuestas en una precisa sucesión. Dos puertas enfrentadas daban entrada al campamento. Las tiendas y los cobertizos de los seguidores que ocupaban el campamento se extendían alrededor en un caos irregular, como moscas zumbando en torno a una bestia dormida.

Había gente por doquier.

En un campo de maniobras junto al campamento, cohortes enteras estaban practicando formaciones de combate y maniobras, bajo las órdenes de centuriones desgañitados o caballeros con fajines negros que cabalgaban en sus monturas. En otro punto, los arqueros apuntaban con sus flechas hacia dianas distantes, mientras que maestros de las furias formaban a otros reclutas en el uso de las artes básicas de la guerra. Por el campamento también se movían muchas mujeres: lavaban ropa en el río, zurcían uniformes, mantenían el fuego de las hogueras o, simplemente, disfrutaban del sol matinal. Amara vio un par de mujeres con fajines negros a caballo, dirigiéndose hacia el campo de maniobras. Los perros merodeaban por el campamento y empezaron a ladrar cuando olieron al toro que coronaba la colina. Un poco más lejos, no demasiado lejos del río, los hombres y las mujeres habían establecido lo que parecía un pequeño mercado, donde los vendedores ofrecían sus productos en tenderetes improvisados o los extendían en el suelo sobre unas telas.

—Habéis llegado entre el desayuno y el almuerzo —comentó el soldado—. De no haber sido así, os habría ofrecido algo de comer.

—Quizá podamos almorzar con vos, maese —replicó Fidelias.

—Quizá. —El soldado se detuvo y miró a Amara, estudiándola con ojos tranquilos y duros—. Bájala. Enviaré a uno o dos mozos para que se hagan cargo de tu bestia.

—No —insistió Fidelias—. Mis bienes van conmigo.

El soldado gruñó.

—En el campamento hay caballos que se volverán locos si huelen a esa cosa. Se queda aquí.

—En tal caso, yo me quedo aquí —insistió Fidelias.

—No.

—Entonces la esclava —propuso—. Se puede quedar con el toro para mantenerlo tranquilo. Se inquietará si se ocupan de él unas manos extrañas.

El soldado se lo quedó mirando, duro y suspicaz.

—¿Qué estás tramando, anciano?

—¿Tramar? Estoy protegiendo mis intereses, maese, como hace cualquier mercader.

—Estás en nuestro campamento. Tus intereses no tienen ninguna importancia, ¿no te parece?

El soldado no puso ningún énfasis especial en las palabras, pero posó una mano sobre la empuñadura de la espada.

Fidelias se enderezó y dijo con voz sorprendida y ultrajada.

—No os atreveréis.

El soldado sonrió. Su sonrisa era dura.

Fidelias se humedeció los labios. Entonces echó una mirada a Amara. Creyó ver algo en ella, una especie de advertencia, pero solo ordenó:

—Muchacha, baja.

Amara se deslizó desde el lomo de la bestia usando las riendas de cuero para descender por el costado. Fidelias chasqueó la lengua y dejó caer las riendas, de manera que el toro se acomodó con pereza en el suelo con un mugido de satisfacción que hizo temblar la tierra a su alrededor. Estiró la cabeza, arrancó un bocado de hierba y empezó a masticarlo, con los grandes ojos entrecerrados.

—Sígueme —ordenó el soldado—. Tú también, esclava. Si cualquiera de los dos se aleja más de tres pasos de mí, os mataré a ambos. ¿Habéis comprendido?

—Comprendido —respondió Fidelias.

—Comprendido, maese —se hizo eco Amara, manteniendo la mirada baja.

Siguieron al soldado y cruzaron el río por un vado poco profundo. El agua estaba fría y fluía con rapidez alrededor de los tobillos de Amara. Tembló y se le puso la piel de gallina en piernas y brazos, pero no perdió el paso de Fidelias y el soldado.

Su mentor se retrasó hasta colocarse a su lado y le murmuró en voz muy baja:

—¿Has visto cuántas tiendas?

Ella levantó la cabeza para asentir.

—Muy juntas.

—Todo bien organizado y limpio. No son una partida de campesinos

descontentos. Militares profesionales.

Amara asintió y susurró:

—Tienen detrás un apoyo serio. ¿Es suficiente para que el Primer Señor lo lleve ante el Consejo?

—¿Una acusación sin acusado? —Fidelias sonrió y negó con la cabeza—. No. Tenemos que encontrar algo que incrimine a quien esté detrás de esto. No tiene que estar grabado en piedra, pero necesitamos algo tangible.

—¿Reconoces a nuestro escolta?

Fidelias le lanzó una mirada.

—¿Por qué? ¿Tú lo reconoces?

Amara negó con la cabeza.

—No estoy segura. Tiene algo que me resulta familiar.

Él asintió.

—Lo llaman el Espada.

Amara abrió mucho los ojos.

—¿Aldrick ex Gladius? ¿Estás seguro?

—Lo vi en la capital, hace años. Asistí al duelo que mantuvo con Araris Valeriano.

Amara miró al hombre que iba delante y, con cuidado de mantener la voz baja, añadió:

—Se supone que es el mejor espadachín vivo.

—Sí —reconoció Fidelias—. Lo es. —Entonces le dio una palmada en la cabeza y le dijo en voz lo suficientemente alta como para que lo escuchara Aldrick—. Mantén cerrada tu boca perezosa. Te daré de comer cuando quiera y ni un segundo antes. Ni una palabra más.

Caminaron en silencio hasta entrar en el campamento. Aldrick los condujo a través de la entrada del campamento y del camino principal que lo dividía en dos. Giró hacia la izquierda y se dirigieron entonces hacia lo que Amara sabía que en el campamento de una legión de Alera era la tienda del comandante. Allí se alzaba una tienda más amplia con dos legionares de guardia, con sus petos relucientes y armados con lanzas en la mano y espadas en el cinto. Aldrick le hizo un gesto con la cabeza a uno de ellos y entró. Apareció un momento después y le ordenó a Fidelias:

—Tú, mercader, entra: el comandante quiere hablar contigo.

Fidelias avanzó y Amara le siguió. Aldrick puso una mano sobre el pecho de Fidelias.

—Solo tú —indicó—. La esclava, no.

Fidelias parpadeó.

—¿Esperáis que la deje sola aquí fuera, maese? Podría ser peligroso... —Le lanzó una mirada a Amara, que la captó: era una advertencia—. Dejar una muchacha

joven y bonita en un campamento lleno de soldados...

—Eso lo deberías haber pensado antes de venir aquí —replicó Aldrick—. No la van a matar. Entra.

Fidelias la miró y se humedeció los labios. Finalmente, entró en la tienda. Aldrick miró a Amara un instante con unos ojos distantes y fríos. Volvió a entrar. Un momento después, volvió a aparecer en la puerta de la tienda arrastrando a una chica. Era pequeña, estaba demacrada y la ropa le venía ancha como a un espantapájaros. El collar alrededor de su cuello, a pesar de su tamaño diminuto, pendía casi suelto. El cabello parduzco parecía seco, quebradizo como la paja, y tenía polvo en la falda, aunque tenía los pies bastante limpios. Aldrick empujó sin ceremonias a la muchacha hacia el exterior.

—Negocios —fue lo único que dijo.

Luego, dejó caer el faldón de la tienda y volvió al interior.

La chica tropezó con su cesto de mimbre y cayó al suelo con un grito suave, convertida en un embrollo de cesto, falda y cabellos encrespados.

Amara se arrodilló a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, bien —replicó velozmente la chica. Se puso en pie con dificultades y lanzó una patada de polvo contra la tienda—. Bastardo —murmuró—. Estoy intentando limpiar las cosas para él y me empuja por ahí como si fuera un saco de comida. —Sus ojos aún chispeaban desafiantes cuando se volvió hacia Amara—. Me llamo Odiana.

—Amara —respondió ella, sintiendo cómo las comisuras de los labios se estiraban hacia arriba. Miró a su alrededor, se humedeció los labios, y se quedó pensativa un momento. Necesitaba conocer mejor el campamento e intentar encontrar algo que se pudiera llevar—. Odiana, ¿hay por aquí algún lugar donde conseguir algo para beber? Llevamos horas viajando y estoy seca.

La chica se colocó el cabello encrespado sobre un hombro y bufó ante la tienda del comandante.

—¿Qué te apetece? Hay cerveza barata, es prácticamente agua. También podemos conseguir un trago de agua. Y si nada de esto te complace, creo que hay algo de agua.

—El agua me va bien —confirmó Amara.

—Qué humor tan seco —señaló Odiana. Colocó el asa del cesto en el hueco del codo e indicó—: Por aquí.

Se dio la vuelta y empezó a andar con una especie de energía grosera y chispeante, atravesando el campamento en dirección a la otra puerta. Amara la alcanzó, sin dejar de mirar a su alrededor. Una tropa de soldados llegaba a paso ligero, con las botas golpeando el suelo para marcar el ritmo, y las dos muchachas se tuvieron que apartar entre dos tiendas para dejarlos pasar.

Odiana bufó.

—Soldados. Que los cuervos se los lleven a todos. Estoy cansada de tantos soldados.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Amara.

—Desde justo después de año nuevo —respondió—. Pero hay rumores de que nos iremos pronto.

El corazón de Amara se empezó a acelerar.

—¿A dónde vais?

Odiana la miró con una sonrisa divertida.

—Tú no has tratado demasiado con soldados, ¿verdad? No importa adónde vayas. Esto —hizo un gesto amplio que abarcaba todo el campamento— no cambia nunca. Siempre es lo mismo, da igual si estás junto al océano o al lado de la Muralla. Y los hombres no cambian nunca. El cielo no cambia y la tierra tampoco cambia lo suficiente para prestarle demasiada atención. Esto es todo.

—Pero aun así... Vas a sitios nuevos. Ves cosas nuevas.

—Solo manchas nuevas en los uniformes —replicó Odiana. Los soldados pasaron de largo y las muchachas volvieron al camino—. Pero he oído que iremos más al norte y quizá algo hacia el este.

—¿Hacia Aquitania?

Odiana se encogió de hombros.

—¿Esa es la dirección? —Siguió andando y abrió el cesto al acercarse al río, trasteando en su interior—. Aquí —exclamó—. Ten. —Lanzó un par de bandejas sucias en los brazos de Amara—. Las podemos limpiar, ya que estamos aquí. ¡Cuervos!, los soldados son tan sucios... Pero al menos los legionares mantienen sus tiendas limpias.

Pescó un hueso y se lo tiró a un perro que pasaba por allí. Después los restos de una manzana, de la que mordió un trozo antes de fruncir la nariz y tirarla de nuevo a la corriente. Lo siguiente fue un trozo de papel, al que casi no prestó atención antes de dejarlo caer a un lado.

Amara se dio la vuelta y pisó el papel con el pie antes de que se lo pudiera llevar el viento. Entonces se agachó y lo recogió.

—¿Qué...? —preguntó Odiana—. ¿Qué estás haciendo?

Amara cogió el papel.

—Bueno, hum... No me parece una buena idea que lo tires al suelo si están intentando limpiar.

—Si no está dentro del campamento, nadie va a decir nada —explicó Odiana. Incluyó la cabeza a un lado y se quedó mirando mientras Amara desdoblaba el papel y estudiaba lo que había escrito—. ¿Sabes leer? —preguntó la esclava.

—Un poco —respondió Amara, distraída.

Leyó la nota y las manos le empezaron a temblar.

«Comandante de la Segunda Legión:

Se le ordena que levante el campamento y se dirija al punto de reunión. No deberá llegar más tarde de la décima luna llena del año, en previsión del invierno. Mantenga la instrucción hasta la partida, y disponga a los hombres de la manera habitual».

Había más, pero Amara se lo saltó, casi temiendo ver lo que aparecía al pie:

«Aticus Quentin, Gran Señor de Ática».

La respiración de Amara se quedó atascada en su garganta y el corazón se le aceleró. Sus temores eran ciertos. Insurrección, rebelión. *Guerra*.

—¿Qué dice? —preguntó Odiana. Puso otra bandeja en las manos de Amara e indicó—: Aquí. Mételas en el río.

—Dice... —Amara trasteó con las bandejas, acercándose a la orilla del agua y agachándose para meterlas dentro—. Bueno... eh... En realidad no lo sé leer bien —jugó con la nota, la escondió en uno de sus zapatos y analizó con rapidez las implicaciones.

—¿Sabes? —replicó Odiana con la voz brillante y alegre—, creo que estás mintiendo. No resulta frecuente tropezarse con esclavos que saben leer, que preguntan sobre los movimientos de tropas, y que también saben lo suficiente de política como para darse cuenta de lo que puede implicar una insignificante nota. Eso es lo que esperarías, bueno, no sé... —bajó la voz y casi bufó—, de uno de los cursores.

Amara se puso tensa y se dio la vuelta en el momento preciso para que su barbilla recibiese el golpe del talón desnudo de Odiana. El dolor sordo y candente la atravesó. La chica aparentemente demacrada tenía mucha más fuerza de la que Amara había supuesto y, aturdida por el golpe, acabó de espaldas en el río.

Se incorporó, tratando de quitarse el agua de la cara y de los ojos e intentando recuperar el aliento para invocar a sus furias, pero al inhalar notó que el agua le seguía entrando por la boca y la nariz, y comenzó a ahogarse. El corazón de Amara se aceleró a causa del pánico repentino; se tocó la cara, para descubrir que tenía la nariz cubierta con una fina capa de agua. La arañó con los dedos, pero no la pudo apartar ni desprender. Luchaba y se ahogaba, pero solo le entraba más agua, cubriéndola como una capa de aceite. No podía respirar. El mundo empezó a brillar en la oscuridad y se sintió mareada.

La carta. Debía entregar la carta al Primer Señor. Era la prueba que necesitaba.

Consiguió llegar a la orilla antes de que el agua que le estaba llenando los

pulmones le provocara un colapso. Convulsionaba sobre la tierra seca cuando se dio cuenta de que tenía ante sus ojos los pies descalzos y limpios de Odiana.

Amara levantó la mirada mientras la demacrada esclava la contemplaba con una sonrisa amable en el rostro.

—No tienes por qué preocuparte, cariño —la tranquilizó.

Y empezó a cambiar. Se le llenaron las mejillas hundidas. Los miembros escuálidos ganaron solidez y belleza. Las caderas y los pechos se curvaron en líneas atractivas, rellorando la ropa que llevaba. Le creció un poco el cabello y se volvió más lustroso y oscuro, y se lo ahuecó con una pequeña carcajada antes de arrodillarse al lado de Amara.

Odiana alargó la mano y pasó sus dedos por el cabello mojado de Amara.

—No tienes por qué preocuparte —repitió—. No te vamos a matar. Te necesitamos. —Con calma sacó un fajín negro del cesto y se lo ató a la cintura—. Pero los cursores podéis ser una estirpe bastante escurridiza. No vamos a correr riesgos. Duerme, Amara, será mucho más fácil. Y entonces podré retirar toda el agua y dejar que vuelvas a respirar.

Amara luchó por conseguir una bocanada de aire, pero no lo consiguió. La oscuridad se espesó y delante de sus ojos aparecieron puntos de luz. Agarró a Odiana, pero los músculos de sus dedos habían perdido la fuerza.

Lo último que vio fue a la bella artífice del agua inclinándose para depositar un beso suave en su frente.

—Duerme —susurraba—. Duerme.

Y finalmente, Amara se hundió en la oscuridad.

2

SE despertó enterrada hasta las axilas. Habían amontonado tierra suelta sobre sus brazos y sobre su cabeza. Sentía la cara hinchada y pesada, y al cabo de un momento se dio cuenta de que le habían cubierto con barro toda la cabeza.

Intentó recuperar sus sentidos concentrándose en las punzadas del dolor de cabeza, reuniendo los fragmentos de los recuerdos y las percepciones hasta que, con una oleada mareante de claridad, recordó dónde estaba y lo que le había ocurrido.

Su corazón comenzó a golpear con fuerza en el pecho y el miedo hizo que sintiera frío en las extremidades enterradas.

Abrió los ojos y algunos trozos de barro se le introdujeron en ellos, por lo que tuvo que parpadear con rapidez. Sus ojos comenzaron a lagrimear para expulsar la suciedad. Tras unos instantes ya fue capaz de ver.

Se encontraba en una tienda. Supuso que en la tienda del comandante, en el campamento. Se filtraba un poco de luz a través de un hueco en el faldón que servía como puerta, dejando que el interior de la tienda se pudiera describir en términos de oscuridad, sombras y tinieblas.

—¿Ya te has despertado? —gimió una voz detrás de ella.

Giró la cabeza para intentar mirar. Vislumbró a Fidelias por el rabillo del ojo. Estaba allí colgado en una jaula con barrotes de hierro con ataduras alrededor de los hombros y de los brazos, con los pies colgando a unos buenos veinticinco centímetros del suelo. Tenía un moretón inflamado en la cara y el labio partido y cubierto de sangre seca.

—¿Estás bien? —susurró Amara.

—Bien. Si dejamos de lado que me han capturado y golpeado y que tengo una cita para un interrogatorio con tortura. Tú eres quien debería preocuparse.

Amara tragó saliva.

—¿Por qué yo?

—Creo que esto lo podemos considerar con toda seguridad un fracaso en tu prueba de graduación.

Amara sintió cómo la boca le dibujaba una sonrisa, a pesar de las circunstancias.

—Tenemos que huir.

Fidelias intentó sonreír. El esfuerzo le volvió a abrir la herida del labio y manó sangre fresca.

—Crédito extra... pero me temo que no tendrás la oportunidad de aprobarlo. Esta gente sabe lo que hace.

Amara intentó moverse, pero no se podía liberar de la tierra. Solo consiguió liberar un poco los brazos, pero aun así tenían encima una gruesa capa de barro.

—Cirrus —susurró, invocando a su furia—. Cirrus. Ven y sácame de aquí.

No ocurrió nada.

Lo intentó de nuevo. Y otra vez. Su furia del viento no respondió.

—El barro —reconoció al fin y cerró los ojos—. Tierra para contrarrestar el aire. Cirrus no me puede oír.

—Sí —confirmó Fidelias—. Tampoco Etan o Vamma me pueden oír a mí. —Estiró los dedos de los pies hacia el suelo, pero no lo pudo alcanzar. Después golpeó el pie contra las barras de hierro de la jaula.

—Entonces tendremos que pensar otro método para salir de aquí.

Fidelias cerró los ojos y dejó escapar el aire con lentitud.

—Hemos perdido, Amara —dijo con suavidad—. Jaque mate.

Las palabras golpearon a Amara como martillazos. Frías. Duras. Sencillas. Tragó y sintió cómo surgían más lágrimas, pero las apartó con un parpadeo en un ataque de rabia. No. Ella era una cursor. Aunque fuera a morir, no les iba a dar a los enemigos de la Corona la satisfacción de ver sus lágrimas. Durante un instante fugaz pensó en su hogar, la pequeña residencia en la capital, en su familia, que no estaba tan lejos, en Parcia junto al mar. Muchas más lágrimas amenazaron con brotar.

Cogió los recuerdos, uno a uno, y los guardó muy lejos, en un lugar tranquilo y oscuro de su mente. Allí lo colocó todo. Sus sueños. Sus esperanzas para el futuro. Los amigos que había hecho en la Academia. Así, los encerró y volvió a abrir los ojos, limpios de lágrimas.

—¿Qué quieren? —le preguntó a Fidelias.

El maestro negó con la cabeza.

—No estoy seguro. Este no es un movimiento inteligente por su parte. A pesar de todas estas precauciones, si algo va mal, un cursor se puede escabullir y desaparecer mientras siga con vida.

El faldón de la tienda se abrió y entró Odiana, sonriente y con la falda revoloteando en el polvo en suspensión que revelaba la luz del día.

—Está bien —comentó—. Tendremos que remediar eso.

Aldrick entró detrás de ella y su enorme figura tapó completamente la luz por un momento. Le siguieron un par de legionares. Aldrick señaló la jaula y los dos se acercaron a ella, pasaron el astil de las lanzas a través de las anillas en su base y lo levantaron entre los dos, llevándoselo fuera.

Fidelias le lanzó a Aldrick una mirada dura antes de humedecerse los labios y volverse hacia Amara.

—No seas orgullosa, muchacha —le aconsejó mientras los guardias lo sacaban al exterior—. No has perdido mientras sigas viva.

Entonces desapareció.

—¿A dónde lo lleváis? —exigió Amara.

Pasó la mirada de Odiana a Aldrick e intentó que no le temblara la voz.

Aldrick desenvainó la espada.

—El viejo no es necesario —sentenció, y salió de la tienda.

Un momento después se produjo un sonido parecido al de un cuchillo hundiéndose en un melón. Amara oyó a Fidelias dejando escapar un grito lento y sin aliento, como si hubiera intentado retenerlo, como si le quisiera dar voz y luego fuera incapaz de conseguirlo. A continuación se produjo un golpe sonoro, como algo pesado que golpeará las barras de la jaula.

—Enterradlo —ordenó Aldrick.

Después entró de nuevo en la tienda con la espada en la mano.

La hoja resplandecía de sangre escarlata.

Amara solo podía mirar la hoja y la sangre de su maestro. Su mente no quería aceptar el alcance del acontecimiento. Simplemente no podía asumir la muerte de Fidelias. El plan los debería haber protegido. Les debería haber permitido acercarse y alejarse con seguridad. Esto no era lo que se suponía que iba a suceder. Nunca había ocurrido nada similar en la Academia.

Intentó evitar que se le saltaran las lágrimas y llevar el rostro de Fidelias al lugar oscuro de su mente con todas las otras cosas que amaba. Pero solo consiguió que se liberaran y la volviesen a abrumar, y al hacerlo vinieron acompañadas por las lágrimas. Amara no se sintió lista, ni peligrosa, ni bien entrenada. Se sintió fría. Y sucia. Y cansada. Y muy, muy sola.

Odiana dejó escapar un suave sonido de angustia y se acercó al lado de Amara. Se arrodilló con un pañuelo blanco en la mano y le limpió las lágrimas. Sus dedos eran amables y suaves.

—Estás limpiando algunos trozos, cariño —comentó la mujer con voz amable.

Y sonrió mientras, con la otra mano, aplastaba tierra fresca sobre los ojos de Amara.

Amara dejó escapar un grito y movió una mano para defenderse, pero no era capaz de detener a la bruja del agua. Se restregó los ojos ardientes con las manos cubiertas de barro, pero no sintió el más mínimo alivio. El miedo y la pena se transformaron en una ira furiosa y empezó a chillar. Les gritó de forma incoherente todos los insultos que pudo y sollozó sobre la tierra, generando con ello lágrimas embarradas que le quemaban los ojos. Agitó los brazos y luchó inútilmente contra el abrazo de la tierra en que la habían enterrado.

Y en respuesta, solo había silencio.

La ira de Amara se fue diluyendo, llevándose consigo la fuerza que le quedaba. Tembló a causa de los sollozos que intentaba retener, en un intento de ocultárselos. No pudo. La vergüenza hacía que le ardiese la cara y sabía que estaba tiritando, de frío y de terror.

Empezó a parpadear de nuevo, recuperando lentamente la visión, y al hacerlo vio

que Odiana se cernía sobre ella, justo fuera del alcance de su brazo, sonriendo, con un brillo en sus ojos oscuros. Dio un paso y con un pie delicado y desnudo envió más polvo a los ojos de Amara. Esta se retorció y giró la cabeza, evitándolo, y le lanzó a la mujer una mirada dura. Odiana maldijo entre susurros y llevó el pie hacia atrás para dar otra patada, pero antes la voz de Aldrick retumbó en la tienda.

—Amor. Ya es suficiente.

La artífice del agua le lanzó a Amara una mirada venenosa y se apartó de ella, refugiándose detrás del banco de Aldrick, donde descansó la mano sobre su hombro en una caricia lenta, sin apartar la vista de Amara. El guerrero se sentó con la espada cruzada sobre el regazo. Limpió todo el filo con un trapo que después tiró al suelo. Estaba manchado de sangre.

—Lo vamos a hacer fácil —comentó Aldrick—. Yo te voy a plantear preguntas. Contéstalas con la verdad y te dejaré vivir. Miénteme o niégate a contestar y saldrás tan malparada como el viejo. —Alzó la mirada y el rostro, que no reflejaban emoción alguna, y clavó sus ojos en Amara—. ¿Has comprendido?

Amara tragó. Asintió con la cabeza, una sola vez.

—Bien. Has estado recientemente en palacio. El Primer Señor se sintió tan impresionado por la forma en que te comportaste durante los fuegos del último invierno que te pidió que le visitaras. Te llevaron a sus habitaciones personales y hablaste con él. ¿Es eso cierto?

Ella volvió a asentir.

—¿Cuántos guardias hay apostados en sus habitaciones privadas?

Amara se quedó mirando al hombre con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

Aldrick la miró. Se la quedó mirando durante un momento largo y silencioso.

—¿Cuántos guardias hay apostados en las habitaciones privadas del Primer Señor?

Amara soltó un suspiro tembloroso.

—No te lo puedo decir. Sabes que no puedo.

Los dedos de Odiana apretaron los hombros de Aldrick.

—Está mintiendo, amor. No te lo *quiere* decir.

Amara se humedeció los labios y después escupió al suelo barro y suciedad. Solo había una razón para plantear preguntas sobre las defensas interiores del palacio. Querían emprender una acción directa contra el Primer Señor. Alguien quería ver muerto a Gaius.

Tragó y bajó la cabeza. De alguna manera los tenía que detener. Tenía que ganar tiempo. Tiempo para esperar la oportunidad de encontrar una vía de huida, o si eso fallaba, matarse antes de revelar la información.

Se acobardó ante esa idea. ¿Lo podría hacer? ¿Era lo suficientemente fuerte?

Antes habría pensado que lo era. Antes de que la descubrieran, la capturasen y la tuvieran presa. Antes de oír la muerte de Fidelias.

«No seas orgullosa, muchacha». Recordó las últimas palabras de Fidelias y sintió cómo se debilitaba más su resolución. ¿Había querido darle a entender que cooperase con ellos? ¿Creía que el Primer Señor ya estaba condenado?

Y ella, ¿también lo debía creer? ¿Debía unirse a ellos? ¿Debía colaborar? ¿Debía dejar de lado todo lo que le habían enseñado, en lo que creía, con el objetivo de salvar la vida? Podía intentar una treta... No, con Odiana presente era imposible. La bruja del agua podía sentir si era sincera o no, maldita fuera.

Todo estaba perdido. Había conducido a Fidelias a su muerte. Se jugó la vida y la perdió. Ella también había perdido la suya. Sería posible redimir una de ellas si la echaba a suertes con sus captores.

La atravesó otra oleada de rabia. ¿Cómo podía siquiera pensar algo así? ¿Cómo era posible que hubiera muerto? ¿Por qué no lo había visto venir? ¿Por qué no la había avisado...?

Amara alzó repentinamente la cabeza y parpadeó muchas veces. Su ira se evaporó. ¿Por qué no la había avisado Fidelias? La trampa estaba demasiado bien dispuesta. Los habían capturado con excesiva limpieza. Lo cual significaba...

Lo cual significaba que Aldrick y Odiana sabían de su llegada. Y por deducción lógica...

Centró su atención en los dos y tragó saliva levantando un poco la barbilla.

—No te lo diré —repitió, manteniendo la voz tranquila—. No te voy a decir nada.

—Morirás —confirmó Aldrick, poniéndose en pie.

—Moriré —asintió Amara—. Tu bruja del agua y tú os podéis ir con los cuervos. —Respiró hondo y levantó la voz, que se convirtió en el filo de una daga—. Y lo mismo puedes hacer tú, Fidelias.

Tuvo el tiempo suficiente para sentir satisfacción al ver el destello de sorpresa en los ojos de Aldrick y en el suspiro casi imperceptible que surgió de Odiana. Entonces movió los ojos hacia la puerta y los entornó, manteniendo el rostro como una máscara fría y dura.

Fidelias apareció en la puerta, con la ropa arrugada. Se había lavado el «moretón» de un lado de la cara y sostenía un paño blanco y limpio sobre el labio que le sangraba.

—Os dije que sabría ver a través de todo esto —murmuró.

—¿He obtenido mi graduación, patriserus? —preguntó Amara.

—Favorablemente. —Fidelias la miró y su boca se retorció en una sonrisa—. Nos dirás lo que sabes del palacio. Puede que se pongan las cosas muy feas antes de terminar, pero lo harás. Esto es un jaque mate. No tienes por qué hacerlo más duro para ti.

—Traidor —le respondió Amara, arrastrando la palabra.

Fidelias se estremeció. Su sonrisa se enturbió hasta convertirse en una mueca de rabia.

Odiana miró a un lado y a otro en el silencio repentino y sugirió con un tono de ayuda:

—¿Debo ir a buscar los hierros de marcar?

Fidelias se volvió hacia ellos.

—Creo que por el momento ya hemos sido lo suficientemente torpes. —Fijó sus ojos en Aldrick y añadió—: Dame unos instantes para hablar a solas con ella. Quizá le pueda inculcar un poco de sentido común.

Aldrick miró a Fidelias y después se encogió de hombros.

—Muy bien —aceptó—. Amor, ¿estás de acuerdo?

Odiana rodeó el banco de Aldrick con los ojos fijos en Fidelias.

—¿Intentas ayudarla de alguna manera o quieres evitar que descubramos lo que sabe?

Los labios de Fidelias se arquearon en las comisuras y centró su atención en la bruja de agua.

—Sí, lo intento. No, no lo intento. El cielo es verde. Tengo diecisiete años. Mi nombre real es Gundred. —Los ojos de ella se abrieron y Fidelias inclinó la cabeza a un lado—. ¿Me puedes decir si estoy mintiendo, «amor»? No soy ningún niño: llevo engañando a artífices más fuertes que tú desde antes de que nacieras. —La mirada sobrepasó a Odiana para centrarse en Aldrick—. Tengo mucho interés en que hable. Lo mismo me da una oveja que un gargante.

El espadachín sonrió, mostrando al hacerlo sus dientes blancos.

—¿No me vas a dar tu palabra de honor?

El cursor apretó los labios:

—¿Tendría alguna importancia que lo hiciera?

—Te habría matado si lo hubieras intentado —reconoció Aldrick—. Un cuarto de hora. Nada más. —Se puso en pie, cogiendo a Odiana suavemente de un brazo y conduciéndola fuera de la tienda. La bruja del agua lanzó una mirada a Fidelias y Amara, y salió.

Fidelias esperó hasta que estuvieron fuera, se volvió a Amara y se quedó mirándola, sin decir nada.

—¿Por qué? —le preguntó—. Patriserus, ¿por qué le quieres hacer esto?

Él siguió con la mirada fija en ella, sin cambiar de expresión.

—He servido como cursor durante cuarenta años. No tengo esposa. Ni familia. Ni hogar. He entregado mi vida a la protección y la defensa de la Corona. He llevado sus mensajes. He descubierto los secretos de sus enemigos —movió la cabeza—, y he contemplado su caída. Durante los últimos quince años, la casa de Gaius ha estado

agonizando. Todo el mundo lo sabe. Lo que he estado haciendo solo ha prolongado lo que era inevitable.

—Es un buen Primer Señor. Es justo. Y tan imparcial como lo puede ser cualquiera.

—No se trata de lo que está bien y lo que no, muchacha. Se trata de la realidad. Y la realidad es que la imparcialidad y la justicia de Gaius le han granjeado muchos enemigos poderosos. Los Grandes Señores del sur están enojados por los impuestos que deben pagar para mantener la Muralla del Escudo y la Legión del Escudo.

—Siempre lo han estado —intervino Amara—. Y eso no cambia que los impuestos sean necesarios. La Muralla del Escudo también los protege a ellos. Si los hombres de hielo bajan desde el norte, ellos morirán, al igual que el resto de nosotros.

—Ellos no lo ven así —aclaró Fidelias—. Y tienen la intención de hacer algo al respecto. La Casa de Gaius se ha debilitado. No tiene heredero. No ha nombrado ningún sucesor. Por eso vienen pegando fuerte.

Amara escupió.

—Ática. ¿Quién, si no?

—No es necesario que lo sepas —Fidelias se agachó delante de ella—. Amara, piénsalo bien: esto lleva en marcha desde que mataron al príncipe. La casa de Gaius murió con Septimus. El linaje real no fue nunca demasiado fértil y la muerte de su hijo único fue interpretada por muchos como una señal. Su tiempo ha pasado.

—Eso no lo hace más justo.

Fidelias gruñó.

—¡Sácatelo de la cabeza, muchacha! —Escupió al suelo con la cara contraída de ira—. Mira toda la sangre que he derramado al servicio de la Corona. Los hombres que he matado. ¿Eso es más justo? ¿Sus muertes quedan justificadas porque sirva a este Primer Señor o a cualquier otro? He matado. He hecho cosas aún peores en nombre de la defensa de la Corona. Gaius caerá. Nadie lo puede parar ahora.

—Y tú te has adjudicado el papel de..., ¿de qué, Fidelias? ¿La serpiente que se desliza para envenenar al ciervo herido? ¿El cuervo que se posa para arrancar los ojos de los hombres indefensos que aún no han muerto?

La miró con ojos inexpresivos ofreciéndole una sonrisa vacía de gracia, de alegría o de significado.

—Resulta fácil ser virtuoso cuando se es joven. Podría seguir sirviendo a la Corona; quizá prolongando lo inevitable. Pero ¿cuántos más morirán? ¿Cuántos más sufrirán? Eso no cambiaría nada, excepto la coyuntura. Chiquillos, como tú, ocuparían mi puesto... de modo que tengo que tomar las decisiones que estoy tomando.

Amara dejó que su voz resonara con desprecio.

—Muchas gracias por protegerme.

Los ojos de Fidelias relampaguearon.

—Hazlo fácil para ti, Amara. Dinos lo que queremos saber.

—¡Vete a los cuervos!

—He despedazado a hombres y mujeres más fuertes que tú —explicó Fidelias sin enojo—. No creas que no lo voy a hacer solo porque seas mi alumna. —Se arrodilló y la miró a los ojos—. Amara, soy el mismo hombre que conocías. Hemos compartido mucho juntos. Por favor —posó la mano sobre la de ella, cubierta de barro; Amara no evitó el contacto—, piensa en esto: te puedes unir a nosotros. Podemos contribuir a que Alera vuelva a ser brillante y pacífica.

Ella le devolvió la mirada sin parpadear.

—Ya lo estoy haciendo, patriserus —replicó en voz muy baja—. Y creía que tú también lo estabas haciendo.

Los ojos del anciano se endurecieron como el hielo, crispados y distantes, y se puso en pie. Amara se lanzó hacia delante, atrapando su bota.

—Fidelias —empezó suplicante—. Por favor. No es demasiado tarde. Podemos escapar ahora. Llevar la noticia a la Corona y acabar con esta amenaza. No te tienes que alejar. De Gaius, no. Y... —tragó saliva y volvió a parpadear a causa de las lágrimas— de mí tampoco.

Se produjo un silencio doloroso.

—La suerte está echada —dijo al final Fidelias—. Siento mucho que no te avengas a razones.

Dio la vuelta, liberando su pierna de la mano, y salió de la tienda.

Amara se lo quedó observando durante un momento y después bajó la mirada. Bajo la palma de la mano tenía el cuchillo que Fidelias llevaba siempre en la bota, el que creía que ella desconocía. Lanzó una mirada alrededor de la tienda y en cuanto cayó el faldón empezó a arrancar el barro que la tenía atrapada. Oyó voces hablando en el exterior, demasiado bajas para entender nada, y cavó con fuerza.

El barro salía disparado. Lo rompía con el cuchillo y después lo retiraba con las manos, apartándolo y haciendo el mínimo ruido posible, pero aun así su respiración se volvió poco a poco más agitada y sonora mientras cavaba.

Finalmente fue capaz de moverse un poco, hasta empujar la suficiente tierra suelta como para liberarse. Estiró un brazo y clavó el cuchillo en el suelo con toda la fuerza que pudo para utilizarlo como punto de apoyo e impulsarse hacia arriba. Una sensación de euforia la traspasó cuando se estiró, se meció y finalmente consiguió liberarse de la tierra que la atrapaba. Le resonaban los oídos con el fluir de su sangre y la excitación.

—¡Aldrick! —exclamó la bruja del agua desde fuera de la tienda—. ¡La chica!

Amara se puso en pie y miró a su alrededor con ojos salvajes. Se abalanzó hacia el otro lado de la tienda para agarrar la empuñadura de una espada que reposaba en

una mesa, un arma ligera un poco más larga que su antebrazo, y se dio la vuelta con el cuerpo aún torpe a causa de su encarcelamiento, justo en el momento en que una figura oscura llenó el hueco de entrada a la tienda. Se abalanzó contra esa figura con los músculos contraídos para impulsar la punta de la espada en un lance iracundo contra el corazón de la figura en la puerta: Aldrick.

Brilló el acero. Su hoja se encontró con otra y fue apartada. Sintió que su punta mordía la carne pero sin extensión ni profundidad. Sabía que había fallado.

Amara se echó hacia un lado, mientras la hoja de Aldrick se lanzaba a un rápido contraataque y fue incapaz de escapar de un corte que le provocó un dolor inmediato y caliente en el brazo izquierdo. La muchacha rodó por debajo de una mesa y se incorporó en el extremo más alejado de Aldrick.

El gigante entró en la tienda y se la quedó observando, mientras se recobraba al otro lado de la mesa.

—Buena estocada —comentó—. Me has cortado. No lo había conseguido nadie desde Araris Valeriano. —Sonrió, mostrando los dientes como un lobo—. Pero tú no eres Araris Valeriano.

Amara no vio cómo se movía la hoja de Aldrick. Se produjo un zumbido y la mesa cayó partida en dos trozos. El hombre avanzó hacia ella a través de los maderos.

Amara le tiró la espada y vio cómo él levantaba la suya para apartarla. Ella se agachó hacia la parte trasera de la tienda, sosteniendo el cuchillo y con un movimiento rápido abrió un agujero en la lona. Se deslizó a través de él y oyó sus propios gemidos de miedo cuando empezó a correr.

Lanzó una mirada hacia atrás y vio la espada de Aldrick abriendo la parte trasera de la tienda con un par de rápidos tajos y cómo él salía a perseguirla.

—¡Guardias! —rugió el espadachín—. ¡Cerrad las puertas!

Amara advirtió cómo se empezaban a cerrar las puertas y se desvió hacia un lado, corriendo a lo largo de una fila de tiendas, recogiendo la falda con una mano y maldiciendo por no haberse disfrazado de chico y haber llevado pantalones. Miró a su espalda: Aldrick aún la perseguía, pero lo había dejado muy atrás, de la misma forma que un conejo supera a una serpiente demasiado grande; le dirigió una sonrisa feroz.

El barro cuarteado se iba desprendiendo de su piel mientras corría hacia la pared más cercana y rezó por que se le cayera el suficiente para poder llamar a Cirrus. Delante de ella, una escalera ascendía hasta la plataforma defensiva de la empalizada y la subió con tres grandes zancadas, casi sin tocarla con la mano.

Uno de los legionares, un guardia de la empalizada, se volvió hacia ella y apenas tuvo tiempo de parpadear, sorprendido. Amara adelantó el borde de su mano, lanzó un grito y sin reducir la velocidad impactó con ella contra la garganta del hombre. Él se echó hacia atrás, intentando respirar; Amara pasó corriendo a su lado en dirección a la empalizada y miró hacia abajo.

Unos tres metros hasta el suelo más otros dos metros y medio del foso que tenía a sus pies. Una caída fatal si no aterrizaba bien.

—¡Dispara! —gritó alguien y una flecha salió zumbando hacia ella.

Amara se lanzó a un lado, se agarró a la parte superior de la empalizada con una mano y se impulsó, lanzándose al vacío.

—¡Cirrus! —gritó, y al fin sintió el movimiento del aire a su alrededor. Su furia se apretaba en torno a ella, giró su cuerpo en el ángulo adecuado y sopló por debajo de sí, de manera que aterrizó sobre una nube de viento y de polvo en lugar del suelo duro del foso.

Amara se lanzó a tierra firme y echó a correr sin mirar atrás, alargando la zancada y cubriendo el terreno con saltos y giros. Corrió hacia el norte y el este, lejos del campo de maniobras, lejos del río, lejos de donde habían dejado el toro y los suministros. Habían talado los árboles para construir la empalizada del campamento, de manera que tuvo que atravesar cerca de doscientas zancadas de tocones. Las flechas caían a su alrededor y una atravesó un pliegue suelto de su falda, haciendo que casi se cayese. Siguió corriendo con el viento a sus espaldas, con Cirrus como compañía invisible.

Alcanzó el refugio de los árboles y se detuvo, recuperando el aliento mientras miraba por encima del hombro: las puertas del campamento se abrieron y salieron dos docenas de hombres a caballo con lanzas largas y relucientes, que adoptaron una formación en columna hacia donde ella se encontraba. Aldrick iba a la cabeza, destacando por su voluminosa figura sobre los jinetes que le rodeaban.

Amara se dio la vuelta y corrió entre los árboles lo más velozmente que pudo. Las ramas suspiraban y gemían a su alrededor, las hojas susurraban y las sombras se movían y cambiaban ominosamente a su alrededor. Las furias de este bosque no le eran favorables, lo que tenía sentido, teniendo en cuenta la presencia de al menos un poderoso artífice de la madera. En este bosque no se podría esconder de ellos, porque los árboles delatarían su posición.

—Cirrus —jadeó—. ¡Arriba!

El viento se arremolinó debajo de ella y la empujó, elevándola, pero las ramas se unieron sobre su cabeza, moviéndose con la rapidez de manos humanas para formar un sólido muro. Amara lanzó un grito y chocó contra el techo vivo, cayendo a tierra. Cirrus suavizó su caída con un soplado de disculpas en su oído.

Amara miró a derecha e izquierda, pero los árboles estaban uniendo sus ramas por todas partes y el bosque se volvía cada vez más oscuro a medida que el techo de hojas y ramas se iba cerrando sobre ella. El batir de los cascos de los caballos se transmitía a través de los árboles.

Amara se volvió a poner en pie con el brazo ardiendo a punzadas de dolor por el corte. Enseguida reanudó la carrera, mientras detrás de ella se acercaban los jinetes.

No podía decir la distancia que había recorrido. Más tarde, solo recordaba la sombra amenazante de los árboles y el fuego ardiente en los pulmones y las piernas que ni siquiera la ayuda de Cirrus podía aliviar. El terror se convirtió en excitación y esta se transformó por momentos en una especie de falta de preocupación exhausta. Corrió hasta que de repente miró hacia atrás y le devolvió la mirada un legionare montado, que se encontraba a unos seis metros. El hombre gritó y la apuntó con la lanza. Ella se tambaleó fuera de la trayectoria del arma y lejos del jinete, saliendo a una oleada repentina de luz solar. Miró hacia delante y descubrió que el terreno descendía unos tres o cuatro pasos y terminaba en un precipicio, que caía tan vertical que no podía ver hasta dónde llegaba o qué había abajo.

El legionare desenvainó la espada con un chirrido de acero y espoleó al caballo. El animal respondió como si fuera una extensión del cuerpo del hombre y se abalanzó sobre ella.

Amara se giró sin dudarle y se lanzó por el acantilado.

Estiró los brazos y gritó:

—¡Cirrus!, ¡arriba!

El viento se arremolinó rápidamente debajo de ella, en cuanto su furia voló para obedecerla, y ella sintió un júbilo repentino y feroz cuando con el silbido penetrante de un viento tempestuoso salió impulsada hacia el cielo otoñal, mientras que a su paso se levantaban diablos de polvo a lo largo del acantilado que lanzaban barro y suciedad contra las caras del desafortunado legionare y que provocó que los caballos rehusaran seguir y empezaran a dar coces en plena confusión.

Amara siguió volando y elevándose lejos del campamento, pero al cabo de un rato se detuvo para mirar atrás. El precipicio desde el que se había lanzado parecía un juguete muchos kilómetros atrás y por debajo.

—Cirrus —murmuró, y estiró las manos.

La furia soltó una ráfaga y sujetó sus manos delante de ella. Acomodó parte de sí misma en el espacio que tenía, agitándose como las olas que se alzan sobre una piedra caliente.

Amara le dio forma al viento, curvando el reflejo de la luz hasta que acertó a vislumbrar el precipicio a través de las manos extendidas como si solo se encontrase a unos cientos de metros. Vio cómo aparecía la partida de perseguidores y Aldrick desmontaba. El legionare que la había visto describía cómo había huido y Aldrick oteaba el cielo, moviendo los ojos de derecha a izquierda. Amara sintió un escalofrío cuando la mirada de ese hombre se detuvo en ella. Incluyó la cabeza hacia el caballero a su lado, el artífice de la madera de antes, y el hombre sencillamente tocó uno de los árboles.

Amara tragó saliva y movió las manos hacia atrás en dirección al campamento de la legión rebelde.

Media docena de formas se elevaron sobre las copas de los árboles, que se mecían y bailaban al viento, igual que las matas en el huerto de hierbas de una curandera. Se giraron y como si fueran uno solo se dirigieron velozmente hacia Amara. El sol se reflejaba en el acero: armas y corazas, como bien sabía ella.

—Caballeros Aeris —murmuró Amara.

Tragó saliva y dejó caer los brazos. En una situación normal no habría tenido dudas respecto a su habilidad para superarlos en velocidad. Pero ahora, herida y exhausta en cuerpo y alma, no estaba tan segura de ello.

Amara se dio la vuelta y le pidió a Cirrus que la llevara al norte y al este, y rezó para que se pusiera el sol antes de que la alcanzaran sus enemigos.

3

TAVI salió furtivamente de su habitación, bajó las escaleras y atravesó el silencio de los últimos resquicios de la noche antes del amanecer. Penetró en las sombras cavernosas de la gran sala, vislumbrando un ligero resplandor en las cocinas al lado de la estancia. La vieja Bitte no podía dormir más que unas pocas horas por la noche y Tavi oyó cómo se movía por la cocina, preparando el cercano desayuno.

Abrió la puerta y salió de la gran sala para penetrar en el patio de Bernardholt. Uno de los perros de la explotación levantó la cabeza del barril vacío que solía usar como refugio, y Tavi se detuvo para acariciar las orejas del viejo animal. El sabueso golpeó el rabo contra el interior del barril y volvió a descansar la cabeza para seguir durmiendo. Tavi se puso la capa sobre los hombros para protegerse del frío de la noche otoñal que estaba a punto de acabar, y abrió la puerta posterior para abandonar la seguridad de Bernardholt.

La puerta se abrió y reveló la figura de su tío Bernard, apoyado despreocupadamente en el quicio, vestido de cuero y con una capa pesada de color verde para pasar un día en el campo, más allá de los campos de la explotación. Se acercó una manzana a los labios y la mordió. Bernard era un hombre grande, con los hombros anchos y los músculos fuertes que proporciona el trabajo duro. Su cabello oscuro, rapado según el estilo de las legiones, mostraba uno o dos mechones grises, pero no aparecía ninguno en su barba espesa. Llevaba una aljaba con flechas de caza colgada de un costado, al lado de la espada legionaria, y también tenía estirada en la mano la cuerda del más ligero de sus arcos.

Tavi se detuvo en seco, con un poco de temor. Entonces extendió las manos, reconociendo en silencio la victoria de Bernard y después le ofreció a su tío una ligera sonrisa.

—¿Cómo lo has sabido?

Bernard le devolvió la sonrisa, aunque mostraba un poco de recelo.

—Anoche, Fade vio cómo bebías mucha agua después de llegar tarde y me lo comentó. Se trata de un truco de soldado veterano para levantarse temprano.

—Oh —se sorprendió Tavi—. Sí, señor.

—He contado el ganado —comentó Bernard—. Parece que nos faltan algunas cabezas.

—Sí, señor —reconoció Tavi. Se humedeció los labios, nervioso—. Ahora iba a buscarlas.

—Tenía la impresión de que lo habías hecho la pasada noche, porque apuntaste el número completo en la pizarra de revista.

Las mejillas de Tavi enrojecieron y dio gracias por la falta de luz.

—La pasada noche, Dodger sacó a varias ovejas y sus corderos cuando intentaba

traer el rebaño del sur. No quería que te preocupases.

Bernard negó con la cabeza.

—Tavi, sabes que hoy es un día importante. Los otros estatúderes van a venir para asistir a la Reunión de la verdad, así que no necesito distracciones.

—Lo siento, tío. Entonces, ¿por qué no te quedas aquí? Yo puedo encontrar a Dodger y traerlo de vuelta.

—Tavi, no me gusta que estés solo en el valle.

—Tarde o temprano lo tendré que hacer, tío. A menos que tengas la intención de estar encima de mí durante el resto de mi vida.

Bernard suspiró.

—Tu tía me mataría.

Tavi apretó los dientes.

—Lo puedo hacer solo. Tendré cuidado y estaré de vuelta antes de mediodía.

—No se trata de eso. Se supone que los tenías que traer la pasada noche —le recordó Bernard—. ¿Qué te lo impidió?

Tavi tragó saliva.

—Hum. Le prometí a alguien que le haría un favor. No tenía tiempo de hacer las dos cosas antes de oscurecer.

Bernard suspiró.

—¡Cuervos, Tavi! Creía que habías madurado un montón durante esta estación, que habías aprendido a ser responsable.

Tavi sintió de repente un peso en el estómago.

—Entonces, no me vas a regalar las ovejas, ¿verdad?

—No me arrepiento de darte lo que es tuyo —respondió Bernard—. Me alegré... me alegro de ayudarte a crear tu propio rebaño. Pero no las voy a tirar. Si no me puedes demostrar que las puedes cuidar adecuadamente, no te las podré dar.

—No es que las vaya a tener durante mucho tiempo.

—Quizá no. Pero ese es el principio esencial, muchacho. Nada es gratis.

—Pero tío —protestó Tavi—, es mi única oportunidad de hacer algo por mí mismo.

Bernard gruñó:

—Entonces parece que no deberías haber decidido que... —Frunció el ceño—. Tavi, ¿qué era más importante que el ganado?

La cara de Tavi enrojeció aún más.

—Hum...

Bernard arqueó una ceja.

—Oh, ya veo —reconoció.

—¿Qué ves?

—Hay una chica.

Tavi se arrodilló para asegurar los cordones de las botas con el fin de ocultar su vergüenza.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Tienes quince años, Tavi. Siempre hay una chica.

—No, no la hay.

Bernard pensó en ello un instante y se encogió de hombros.

—Cuando quieras hablar de ello, dímelo. —Separó el hombro de la pared y enganchó la cuerda en el arco con una pierna y la presión de un brazo—. Más tarde ya discutiremos sobre tu regalo. ¿Dónde crees que podremos encontrar el rastro de Dodger?

Tavi sacó la honda de cuero del morral y metió un par de piedras pulidas en el bolsillo de la túnica.

—¿No lo podrá encontrar Brutus?

Bernard sonrió.

—Pensaba que habías dicho que lo podías hacer solo.

Tavi le frunció el ceño a su tío y se rascó la nariz, pensando.

—Viene el frío y lo saben. Buscarán plantas de hoja perenne para tener refugio y comida. Pero los gargantes han salido a pastar a la ladera sur del valle, y no se van a acercar a ellos si lo pueden evitar —razonó Tavi—. El norte. Dodger las ha llevado a las Hondonadas de los Pinos, al otro lado de la carretera.

Bernard asintió con aprobación.

—Bien. Recuerda que el artificio de las furias no es un sustituto de la inteligencia, Tavi.

—Y la inteligencia no es una sustituta de una furia —murmuró Tavi agriamente. Le dio una patada al suelo, levantando una nubecita de polvo y hierba seca y muerta.

Bernard posó su robusta mano sobre el hombro de Tavi, se lo apretó y después emprendió la marcha hacia el norte, siguiendo la vieja calzada desgastada por el paso de carros, animales de carga y pisadas.

—No es tan malo como crees, Tavi. Las furias no lo son todo.

—Eso lo dice un hombre que domina dos de ellas —replicó Tavi, siguiendo sus pasos—. La tía Isana dice que podrías presentar tu candidatura a ciudadano pleno, si quisieras.

Bernard se encogió de hombros.

—Si quisiera, quizá. Pero no descubrí mis furias hasta que tenía tu edad.

—Pero tú floreciste tardíamente —recalcó Tavi—. Yo ya he pasado ese momento. Nunca se ha visto a nadie que a mi edad no tenga ninguna furia.

Bernard suspiró.

—Eso no lo sabes, Tavi. Relájate, muchacho. Te llegará en el momento preciso.

Tavi ahogó su rabia antes de balbucir:

—Eso es lo que me llevas diciendo desde que cumplí diez años. Si hubiera tenido alguna furia podría haber detenido a Dodger y...

El tío Bernard se volvió hacia él, sonriendo solo con los ojos.

—Venga, chaval. Vamos a apretar el paso. Tengo que estar de vuelta antes de que empiecen a llegar los estatúderes.

Tavi asintió e iniciaron un trote que devoraba los kilómetros en la calzada azotada por el viento. El cielo se empezaba a iluminar cuando pasaron por el huerto de manzanos, las colmenas de abejas y después los campos septentrionales, que estaban en barbecho durante esa estación. La calzada atravesaba un bosque fundamentalmente de robles y arces, donde gran parte de los árboles eran tan viejos que solo la hierba y los arbustos más magros podían crecer a sus pies. En el momento en que el azul pálido del alba daba paso a los primeros rastros de naranjas y amarillos, alcanzaron el último tramo de bosque antes de abandonar las tierras del Bernardholt. Allí el bosque no era tan viejo y los árboles más jóvenes y los matorrales, vivos aún a pesar de lo avanzado de la estación, se alzaban gruesos y pesados. Hojas doradas y escarlatas cubrían los esqueletos secos de matorrales más pequeños y los árboles desnudos y durmientes se mecían en un coro de crujidos amables.

Y entonces algo en los alrededores provocó una presión extraña sobre los sentidos de Tavi. Se detuvo y dejó escapar un leve susurro de advertencia. Con una fuerte sacudida, Bernard se agachó de súbito, y Tavi instintivamente hizo lo propio.

Bernard miró a Tavi en silencio, alzando una ceja en una pregunta silenciosa.

Tavi permaneció a cuatro patas y gateó al lado de su tío. Mantuvo su voz en un susurro, resoplando.

—Delante, en la última fila de árboles, junto al arroyo. Allí hay normalmente una bandada de codornices, pero las he visto alejarse por la calzada.

—Crees que algo las ha asustado —recalcó Bernard y murmuró—: Cyprus —mientras dirigía la mano derecha hacia los árboles para invocar a la menor de sus dos furias.

Tavi alzó la mirada y vio una forma que descendía de uno de los árboles: vagamente humanoide y no más grande que un niño. Durante un momento volvió sus ojos verde pálido hacia Bernard, agachándose como un animal. Parecía que las hojas y las ramas se unían para cubrir la forma que se encontraba bajo ellas. Cyprus inclinó la cabeza hacia un lado, centrándose en Bernard; después dejó escapar un sonido como el del viento cuando agita las hojas y desapareció entre los matorrales.

Tavi se encontraba exhausto por la carrera e intentaba recuperar el resuello.

—¿Qué es? —susurró.

Los ojos de Bernard quedaron nublados durante un momento antes de responder.

—Tenías razón. Bien hecho, muchacho. Hay alguien escondido cerca del puente.

Llevan con ellos una furia poderosa.

—¿Bandidos? —susurró Tavi.

Su tío entornó los ojos.

—Es Kord.

Tavi frunció el ceño.

—Creía que los estatúderes tenían que llegar más tarde. ¿Y por qué razón se iban a esconder entre los árboles?

Bernard gruñó mientras se ponía en pie.

—Vamos a averiguarlo.

Tavi siguió a su tío por el camino. Bernard caminó con tranquilidad y determinación hacia la carretera, como si tuviera la intención de pasar de largo ante los hombres escondidos. Entonces, sin previo aviso, giró a la izquierda con una flecha en la mano, tensó el arco y disparó el proyectil con plumas grises contra unos matorrales llenos de escombros, a pocos pasos del extremo más cercano al pequeño puente de piedra que cruzaba sobre un riachuelo arrullador.

Tavi oyó un grito y las ramas de los arbustos se movieron con violencia. Un momento después, un chico, más o menos de la edad de Tavi, surgió del matorral con una mano presionándose las posaderas. Tenía una constitución ancha y fuerte y su rostro habría sido hermoso si fuera menos petulante. Bittan, de Kordholt, el hijo menor de Kord.

—¡Malditos cuervos! —aulló el muchacho—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Bittan? —respondió Bernard, obviamente fingiendo la sorpresa—. Oh, no tenía ni idea de que estuvieras ahí detrás.

Desde un poco más allá del camino salió de su escondite un segundo joven: Aric, el hijo mayor de Kord. Era más delgado que su hermano, más alto y bastantes años mayor. Llevaba el cabello estirado hacia atrás y recogido en una coleta, y ya se le habían quedado marcadas algunas arrugas entre las cejas de tanto fruncir el ceño, pensativo. Miró con recelo a Bernard.

—¡Bittan! —llamó—. ¿Estás bien?

El chico chilló furioso.

—¡No, no estoy bien! ¡Me han disparado!

Tavi miró al otro muchacho y murmuró a su tío:

—¿Le has dado?

—Solo le he rozado.

Tavi sonrió.

—Quizá le acertaste en el cerebro.

Bernard le devolvió una sonrisa de lobo y no dijo nada.

Desde aún más atrás, entre los matorrales, crujieron las hojas y restalló la madera seca. Un momento más tarde surgió de los helechos el estatúder Kord. No era

demasiado alto, pero parecía que sus hombros fueran demasiado anchos para él y sus musculosos brazos, anormalmente largos. Kord llevaba una túnica remendada de un color gris deslucido, que necesitaba un buen lavado, y unos pantalones de cuero de gargante. Lucía los símbolos de su cargo con la pesada cadena de estatúder alrededor del cuello. La cadena estaba manchada y parecía grasienta, pero Tavi se dijo que así hacía juego con el cabello gris despeinado y la barba irregular.

Kord se movió agresivamente tenso y sus ojos se mostraron fríos de ira.

—¿Qué cuervos crees que estás haciendo, Bernard?

Bernard levantó la mano en señal de saludo amistoso hacia Kord, pero Tavi se dio cuenta de que con la otra sostenía el arco con una flecha dispuesta.

—Ha sido un pequeño accidente —explicó—. Confundí a tu chico con algún tipo de ladrón que se esconde junto al camino para atacar a los viajeros.

Los ojos de Kord se entornaron.

—¿Me estás acusando de algo?

—Por supuesto que no —ironizó Bernard con una sonrisa que no llegó a aflorar en su mirada—. Solo ha sido un malentendido. Demos gracias a las grandes furias porque nadie ha resultado herido. —Se calló durante un momento antes de disipar su sonrisa y afirmar con calma—: Odio que alguien resulte herido en mis tierras.

Kord bufó, fue un sonido más bestial que humano, y avanzó un paso furioso. El suelo tembló y retumbó bajo sus pies, y algunos adoquines sueltos rebotaron como si algún tipo de serpiente se estuviera deslizando bajo la superficie.

Bernard se encaró con Kord sin apartar la mirada, sin vacilar ni cambiar de expresión.

Kord volvió a gruñir y con un esfuerzo visible ahogó su rabia.

—Uno de estos días me voy a ofender contigo, Bernard.

—No digas eso, Kord —replicó el tío de Tavi—. Vas a asustar al muchacho.

Los ojos de Kord se dirigieron hacia Tavi y el chico se sintió de repente incómodo bajo esa mirada intensa y furiosa.

—¿Ha adquirido ya alguna furia, o vas a admitir por fin que es un pequeño anormal inútil?

Este sencillo comentario atravesó a Tavi como un dardo y abrió la boca para soltar una respuesta furiosa. Bernard puso la mano sobre el hombro del chico.

—No te preocupes por mi sobrino —contestó, mirando hacia Bittan—. Al fin y al cabo, tienes otras preocupaciones. ¿Por qué no vas hacia la casa? Estoy seguro de que Isana te está preparando algo.

—Creo que nos vamos a quedar solo un rato —replicó Kord—. Quizá tomemos un desayuno ligero.

—Como quieras —consintió Bernard, y reemprendió la marcha por el camino. Tavi lo siguió. Bernard ignoró a Kord hasta que hubo cruzado el puente—. ¡Oh! —

exclamó entonces, mirando por encima del hombro—. Me he olvidado de mencionar que Warner llegó la pasada noche, Kord. Sus hijos están de permiso en las legiones, así que han podido visitar a su padre.

—Que vengan —lo cortó Bittan—. Los vamos a des...

Kord descargó un golpe con la mano abierta contra la cara de Bittan que tumbó al muchacho.

—Cierra la boca.

Bittan sacudió la cabeza, aturdido y con el ceño fruncido. No respondió a su padre ni lo miró mientras se incorporaba.

—Sigue adelante —indicó Bernard—. Estoy seguro de que lo podremos arreglar todo.

Kord no respondió. Hizo una seña a sus hijos con un leve gesto y emprendió la marcha por el camino. Lo siguieron y Bittan le lanzó a Tavi una mirada dura y llena de odio mientras empezaba a andar.

—Anormal.

Tavi apretó los puños, pero dejó pasar el comentario. Bernard asintió en señal de aprobación y esperaron mientras Kord y sus hijos se dirigían hacia Bernardholt.

—Iban a atacar a Warner, ¿verdad, tío? —preguntó Tavi mientras los veían alejarse.

—Es posible —reconoció Bernard—. Por eso tu tía le pidió a Warner que viniera la pasada noche. Kord está desesperado.

—¿Por qué? Han acusado a Bittan, no a él.

—La violación es una ofensa al Reino —respondió Bernard—. Kord es el cabeza de familia y comparte la responsabilidad de las ofensas contra el Reino. Si la Reunión de la verdad demuestra que es necesario un juicio y Bittan es declarado culpable, el conde Gram podría quitarle a Kord la posesión de Kordholt.

—¿Crees que mataría para protegerse? —preguntó Tavi.

—Creo que los hombres que ansían el poder son capaces de casi cualquier cosa. —Negó con la cabeza—. Kord ve el poder como un medio para satisfacer sus deseos, en lugar de como una herramienta para proteger y servir a las personas que se le han confiado. Es una actitud estúpida y al final solo conseguirá que lo maten, pero hasta entonces es peligroso.

—Me asusta —reconoció Tavi.

—Asusta a todo el mundo que tiene sentido común, muchacho. —Bernard le pasó el arco a Tavi y se desprendió la escarcela del cinturón. La abrió y sacó un pequeño botón de vidrio que lanzó al arroyo por encima del pretil del puente—. ¡Rill! —llamó con firmeza—, tengo que hablar con Isana, por favor.

Esperaron en el puente unos instantes antes de que el sonido del arroyo empezase a cambiar. Una columna de agua surgió del centro de la corriente, tomando forma

humana, hasta que se convirtió en la escultura líquida de Isana, la tía de Tavi, una mujer con la figura y los rasgos jóvenes de una poderosa artífice del agua, pero con el porte y la voz de una señora adulta.

La escultura miró a su alrededor, para centrarse por último en Bernard y Tavi.

—Buenos días. Bernard, Tavi... —Su voz sonaba lejana, como si llegase a través de un tubo muy largo.

—Tía Isana —saludó Tavi, inclinando educadamente la cabeza.

—Isi... —habló con lentitud Bernard—. Nos acabamos de encontrar con Kord y sus hijos. Estaban esperando entre los matorrales cerca del puente del norte.

Isana sacudió la cabeza.

—El idiota no podía ir en serio.

—Creo que sí —replicó Bernard—. Creo que sabe que con lo que hizo Bittan, esta vez Gram va a ir a por él.

La boca de Isana se curvó en una sonrisa irónica.

—Dudo que el nombramiento de una mujer como buscadora de la verdad para este crimen le haya complacido demasiado, además.

Bernard asintió.

—Es posible que quieras que haya alguien cerca por si acaso. Ahora van de camino hacia allí por la calzada.

La imagen de Isana en el agua mostró un rostro preocupado.

—¿Cuándo estarás de vuelta?

—Antes de mediodía, con suerte. En caso contrario, llegaré antes de cenar.

—Intenta darte prisa. Trataré de controlar la situación todo el tiempo que pueda, pero no estoy segura de que nadie más que tú pueda retener a Kord sin un derramamiento de sangre.

—Lo haré. Ten cuidado.

Isana asintió.

—Y tú. La vieja Bitte dice que Garados y su esposa nos están cocinando una tormenta, como muy tarde hacia el anochecer.

Tavi lanzó una mirada intranquila hacia el noreste, donde la descomunal montaña de Garados brillaba sobre los habitantes del valle de Calderon. Sus laderas superiores ya estaban blancas a causa del hielo y las nubes oscurecían las cimas más altas, donde la furia hostil de la enorme montaña conspiraba con Lilvia, la furia de los vientos helados que soplaban sobre el gran mar de Hielo del norte. Tenían intención de reunir las nubes como un rebaño de ovejas, alimentarlas de rabia con la luz del día y lanzarlas contra los habitantes del valle en una tormenta de furia al ponerse el sol.

—Estaremos de vuelta mucho antes de eso —le aseguró Bernard.

—Bien, ¿eh, Tavi?

—Sí, tía Isana.

—Dime, ¿tienes idea de dónde habrá conseguido Beritte una guirnalda de acebo fresco?

Tavi le lanzó a su tío una mirada culpable y se ruborizó.

—Supongo que se la habrá encontrado en algún sitio.

—Ya veo. No está aún en edad de casarse, es demasiado irresponsable para cuidar a un niño, y desde luego es demasiado joven para llevar acebo. ¿Crees que va a encontrar más?

—No, señora.

—Excelente —asintió Isana con tono bastante seco—. Hablaremos del tema cuando vuelvas.

Tavi se estremeció.

Bernard contuvo la risa hasta que la escultura de agua se volvió a fundir con el arroyo, terminando así el contacto con Isana.

—Ninguna chica, ¿eh? Creía que era Fred quien le tiraba los tejos a Beritte.

—Lo es —suspiró Tavi—. Y seguramente la luce por él. Pero me pidió que se la consiguiese y... bueno en ese momento me pareció algo importante.

Bernard asintió.

—No hay ninguna vergüenza en cometer un error, Tavi... siempre que aprendas de él. Creo que sería inteligente que pensaras en esto como en una lección sobre prioridades. ¿Entonces...?

Tavi frunció el ceño.

—¿Qué?

Bernard siguió sonriendo.

—¿Qué has aprendido esta mañana?

Tavi se quedó mirando el suelo.

—Que las mujeres son un problema, señor.

La boca de Bernard se abrió en una carcajada repentina y alegre. Tavi levantó la mirada hacia su tío y le ofreció una sonrisita esperanzada. Los ojos de Bernard brillaban de júbilo.

—Vale, chico. Pero eso es más o menos la mitad de la verdad.

—¿Y la otra mitad?

—En cualquier caso, las quieres —respondió Bernard. Sacudió la cabeza con la sonrisa en los ojos y en la boca—. En mi época hice una o dos estupideces para impresionar a una chica.

—¿Valió la pena?

La sonrisa de Bernard desapareció pero sin dar la impresión de que se hubiera dejado de divertir. Simplemente la interiorizó, como si solo fuera cosa suya la razón por la cual se estaba riendo. Bernard no hablaba nunca de su esposa muerta, como tampoco de los hijos que también se habían ido.

—Vaya que sí. Cada magulladura y cada arañazo.

Tavi se tranquilizó.

—¿Crees que Bittan es culpable?

—Es probable —respondió Bernard—. Pero me puedo equivocar. Hasta que tengamos la oportunidad de escuchar a todo el mundo debemos tener la mente abierta. No le podrá mentir a tu tía.

—Yo puedo.

Bernard rio.

—Tú eres un poco más listo que Bittan. Y tienes toda una vida de práctica.

Tavi le sonrió a su tío.

—Señor, de verdad que puedo encontrar el rebaño. Lo puedo hacer —le suplicó.

Bernard se quedó mirando a Tavi durante un momento. Después hizo un gesto hacia la carretera.

—Entonces, demuéstalo, chaval. Enséñamelo.

ISANA levantó la mirada del cuenco de adivinación con el ceño ligeramente contraído.

—Cualquier día de estos el muchacho se va a meter en más líos de los que se va a saber librar.

La pálida luz otoñal entraba por las ventanas de la cocina principal de Bernardholt. El aroma al pan que se estaba cociendo en los grandes hornos llenaba la sala, junto con el olor penetrante de la salsa que chorreaba sobre el asado que giraba sobre las brasas. A Isana le dolía la espalda a causa del trabajo matinal, que había comenzado mucho antes de que el sol saliera, y no preveía ninguna posibilidad de descansar en un futuro inmediato.

Siempre que los preparativos le dejaban un momento libre, lo pasaba centrada en su cuenco de adivinación, usando a Rill para vigilar a la gente de Kord y a la de Warner. Estos últimos estaban ayudando al viejo Frederic, mayoral de los toros gargantes de la explotación, que junto con su hijo, el joven Frederic, estaba limpiando los establos semienterrados de estas enormes bestias de labor.

Kord y su hijo menor holgazaneaban en el patio. El hijo mayor, Aric, había cogido un hacha y llevaba cortando leña toda la mañana, quemando con el esfuerzo físico su energía nerviosa. La tensión en el aire se había ido espesando a lo largo de la mañana, de manera que la notaban incluso quienes no tenían en el cuerpo ni un gramo de furia del agua.

Las mujeres de la explotación habían huido del calor de la cocina para tomar el almuerzo, una comida rápida compuesta por sopa vegetal y pan del día anterior, junto con una selección de quesos que habían aportado entre todas y que sacaron para comer en el patio. El cansino sol de otoño lucía plácidamente y el calor acumulado por las baldosas quedaba protegido del frío viento del norte por los altos muros de piedra de Bernardholt. Isana no se unió a ellas. La tensión creciente en el patio la habría enfermado, y quería guardar sus fuerzas y su autodisciplina durante todo el tiempo que pudiera, por si al final tenía que intervenir.

Por eso Isana ignoró el rugido de su estómago y se centró en el trabajo, reservando una parte de sus pensamientos para las percepciones de su furia.

—¿No vais a comer, señora Isana? —Beritte levantó la mirada mientras seguía pelando las pieles de un montón de tubérculos sin prestar atención, dejando caer las raíces peladas en un barreño de agua.

La cara hermosa de la muchacha presentaba un ligero toque de carmín y sus ojos seductores resaltaban perfilados con kohl. Isana ya había advertido a la madre de Beritte que era demasiado joven para esas tonterías, pero allí estaba con acebo en el cabello y el corpiño ajustado por debajo de los pechos con deliberada picardía; más

ocupada en contemplarse en cualquier superficie reflectante que pudiera encontrar, que en ayudar a preparar el banquete para la cena. Isana se había mantenido alejada de ella ocupándola en tareas que pudiera realizar la chica durante el día. Beritte disfrutaba con frecuencia al ver cómo los hombres jóvenes competían entre ellos por sus atenciones, y entre el corpiño y el aroma dulce del acebo en el cabello, iba a conseguir que se matasen; por su parte, Isana tenía demasiados problemas en la cabeza como para ocuparse de más travesuras.

La mujer miró a la muchacha, observando cómo iba de un lado a otro, antes de coger el atizador y volverlo a insertar entre los carbones del horno, donde una de las dos pequeñas furias de fuego que lo regulaban no estaba haciendo su trabajo. Pasó el atizador entre ellas, las movió y vio cómo bailaban las llamas y se agitaban un poco más a medida que la furia adormilada cobraba un poco más de vida.

—En cuanto tenga un momento libre —respondió a la chica.

—¡Oh! —se sorprendió Beritte, algo embelesada—. Estoy segura de que acabaremos pronto.

—Pela, Beritte.

Isana se volvió hacia la encimera y el cuenco. El agua se agitó y al poco se elevó formando un rostro: el suyo, pero mucho más joven. Isana sonrió con calidez a la furia. Rill recordaba siempre el aspecto que había tenido Isana el día en que se encontraron, y siempre aparecía recreando la imagen que tenía Isana, por aquel entonces una chica desgarbada de la edad de Beritte, cuando se miró en un estanque hermoso y tranquilo.

—¡Rill! —invocó Isana, y tocó la superficie del agua. El líquido del cuenco se ensortijó alrededor de su dedo y luego se derramó con tranquilidad en señal de respuesta—. ¡Rill —repitió Isana—, encuentra a Bernard! —Envió a la furia una imagen de su mente a través del contacto con su dedo: los pasos seguros y silenciosos de su hermano, su voz tranquila y algo arrastrada, y sus manos anchas—. Encuentra a Bernard —repitió.

La furia tembló y agitó el agua antes de abandonar el cuenco, pasó después por el aire en una oleada suave que Isana sintió como un cosquilleo en la piel, y se desvaneció a través de la tierra.

Isana levantó la cabeza y centró su atención en Beritte.

—Ya está —anunció—. ¿Qué está pasando, Beritte?

—¿Perdón? —preguntó la chica. Se ruborizó muchísimo y volvió a su tarea, recorriendo con el cuchillo el tubérculo para retirar la piel oscura de la carne pálida—. No sé lo que queréis decir, señora.

Isana se puso las manos en las caderas.

—Creo que sí —replicó con un tono seco y severo—. Beritte, puedes explicarme ahora de dónde has sacado las flores, o puedes esperar hasta que lo descubra.

Isana sintió el pánico tembloroso que bailaba en la voz de la muchacha al hablar.

—Honestamente, señora, las encontré delante de mi puerta. No sé quién...

—Sí, sí lo sabes —la interrumpió Isana—. El acebo no aparece milagrosamente y conoces la ley sobre su recogida. Si me obligas a descubrirlo por mí misma, te aseguro por las grandes furias que veré cómo sufres el castigo adecuado.

Beritte negó con la cabeza y una de las ramitas de acebo se desprendió de sus cabellos.

—No, no, señora. —Isana pudo comprobar cómo la mentira hacía que la chica se encogiera por dentro—. No las he recogido yo. Sinceramente, yo...

El temperamento de Isana afloró, interrumpiéndola:

—¡Vamos, Beritte! No eres lo suficientemente hábil para mentirme. Tengo que cocinar un banquete y preparar una Reunión de la verdad, y no tengo tiempo que perder con una niña mimada que cree que por el simple hecho de que le han crecido pechos y caderas sabe más que sus mayores.

Beritte levantó la mirada hacia Isana, ruborizándose aún más a causa de la humillación y contestó furiosa.

—¿Celosa, señora?

El temperamento de Isana se transformó de repente de un estallido de frustración a algo frío, helado. Durante un instante, olvidó todo lo que había en la cocina, todos los acontecimientos y todas las posibilidades desastrosas a las que se enfrentaba ese día la explosión, y centró su atención en la exuberancia de la muchacha. Por unos momentos perdió el control de sus emociones y sintió en su interior una rabia antigua y amarga.

De repente, todos los recipientes de la cocina empezaron a hervir, lanzando nubes de vapor que se arremolinaron alrededor de Isana y se dirigieron contra la chica, mientras que el agua hirviendo corría por el suelo en una ola baja en dirección a su silla.

Isana sintió cómo el desafío de Beritte se transformó instantáneamente en terror y los ojos de la muchacha se abrían de par en par mirándola a la cara. Beritte alargó las manos mientras se levantaba de la silla tambaleándose y los débiles espíritus del aire que había podido invocar ralentizaron la llegada del vapor el tiempo suficiente para que pudiera huir. Beritte saltó por encima del brazo de agua más próximo, que se acercaba ya a ella, y corrió sollozando despavorida hacia la puerta de la cocina.

Isana apretó los puños y cerró los ojos, obligando a su mente a dejar de lado a la chica, forzándose a respirar hondo y recuperar el control de sus emociones. La rabia, la rabia pura y amarga seguía aullando en su interior como un ser vivo que intentara salir de ella desgarrando la carne. Podía sentir sus garras clavadas en el vientre y en los huesos. Luchó contra ella, la alejó a la fuerza de sus pensamientos y al hacerlo el vapor se disipó por la sala, empañando el vidrio grueso y basto de las ventanas. Las

ollas se calmaron. El agua se empezó a repartir de forma natural por el suelo.

Isana seguía de pie en medio del vapor sofocante y del agua derramada, con los ojos cerrados mientras respiraba lenta y profundamente. Lo había vuelto a hacer. Dejó de nuevo que gran parte de las emociones que estuvo sintiendo marcasen sus pensamientos y sus percepciones. La inseguridad y la rabia provocadora de Beritte habían encontrado eco y se enraizaron en sus propios pensamientos y emociones... y ella permitió que ocurriera.

Isana levantó una mano delgada y se masajó las sienes. Los sentidos adicionales de una artífice del agua le permitían percibir otro tipo de sonido; un sonido que se frotaba contra su sien como si fuera un edredón, casi podía sentir que le estaba rascando el cráneo, que le podrían salir ampollas en la cara y el cuero cabelludo por la mera fricción de todas las emociones que sentía frotándose contra ella.

Sea como fuere, ahora no podía hacer gran cosa, excepto calmarse y aguantar lo que estuviera por llegar. Nadie puede abrir los ojos y después decidir simplemente no usarlos. Podía amortiguar las percepciones que le proporcionaba la presencia de Rill, pero no las podía bloquear por completo. Era un simple hecho con el que tenía que vivir una artífice del agua con su poder.

«Una de muchas», pensó. Se puso en cuclillas hablando entre murmullos con las pequeñas furias del agua derramada en el suelo, convenciéndolas hasta que las gotas y los charcos separados se reunieron en el centro del suelo formando una masa más coherente. Isana la estudió mientras esperaba que las gotas sueltas llegaran rodando desde los rincones más alejados de la cocina.

El reflejo de su cara le devolvió la mirada, suave y delgada, y poco mayor que la de la muchacha. Parpadeó, pensando en la cara que le mostraba Rill cada vez que aparecía la furia. Quizá no se diferenciaba tanto de ella.

Levantó la mano y repasó sus mejillas con los dedos. Seguía teniendo una cara bonita. Casi cuarenta años y aún aparentaba que no hubiera vivido más de veinte. Si llegaba a vivir otras cuatro décadas más, podría llegar a aparentar los treinta, pero no más. No tenía arrugas en la cara, solo en los rabillos de los ojos, pero unos suaves reflejos de escarcha asomaban entre su cabello castaño.

Isana se puso en pie y miró a la mujer que se reflejaba en el agua. Alta. Delgada. Demasiado delgada para su edad, sin casi curvas en las caderas y el pecho. Se la podía confundir con una niña desgarrada. Era cierto que se comportaba con más confianza y con más fuerza de la que podía reunir cualquier chiquilla, y también era verdad que los ligeros reflejos grises de su cabello le conferían una edad y una dignidad que no se relacionaba estrictamente con su apariencia; y era cierto que en todo el valle de Calderon la conocían por su nombre, de vista o por su reputación como una de las artífices de las furias más formidables. Pero eso no cambiaba el hecho simple y descorazonador de que pareciera un chico con un vestido. Alguien

con quien no querría casarse ningún hombre.

Cerró los ojos durante unos momentos, dolorida. Treinta y siete años y estaba sola. Por supuesto, ningún pretendiente. Sin adornos que pudiera lucir ni bailes que preparar o citas clandestinas que planificar. Eso hacía mucho tiempo que había quedado atrás, a pesar de la juventud aparente que le proporcionaba su dominio del agua. Una juventud que la mantenía siempre un poco apartada de las otras mujeres de su edad; mujeres con esposo y familia.

Abrió los ojos y ociosamente le pidió al agua derramada que fuera útil y limpiase el suelo. El charco se empezó a mover obediente, recogiendo a su paso trozos de polvo y basura, e Isana abrió la puerta. Entró un aire frío que contrastaba fuertemente con el ambiente de la cocina, lleno de vapor, de manera que cerró los ojos y aspiró unas cuantas bocanadas tranquilizadoras.

Lo tenía que admitir. Las palabras de Beritte la habían afectado, no solo porque se reflejaba en ellas buena parte de las emociones intensas de las adolescentes, sino porque habían acertado con la verdad. Beritte tenía las curvas lujuriosas y formas redondas necesarias para atraer a todos los hombres del valle, y de hecho ya tenía a media docena bebiendo los vientos por ella, y entre ellos a Tavi, por más que el chico lo intentara negar. Beritte: sólida, dispuesta y capaz de engendrar hijos robustos.

Algo de lo que nadie había creído nunca capaz a Isana.

Apretó los labios y abrió los ojos. Suficiente. Había demasiado trabajo pendiente como para dejar que un viejo trauma subiese a la superficie en este momento. Los truenos retumbaron por el valle e Isana se acercó hasta la ventana que daba al norte, la abrió y miró hacia la cima de la montaña septentrional. Garados se alzaba con toda su hosca majestuosidad, con la nieve brillando en sus laderas y dirigiéndose hacia el valle, como advertencia del invierno que estaba por llegar. Nubes negras se arremolinaban alrededor de la cima y, mientras miraba, se iluminaron con un relámpago verdinegro, que envió otro trueno de aviso que retumbó por todo el valle. Se trataba de Lilvia, la esposa de Garados, la furia de la tormenta, que estaba reuniendo las nubes para otro asalto contra los habitantes del valle. Llevaba esperando todo el día, almacenando el calor del sol en su rebaño de nubes para enviarlas después de estampida por el valle en una oleada de truenos y viento, y, muy probablemente en esta época del año, granizo y lluvia fría.

Isana apretó de nuevo los labios. Intolerable. Si se estableciera en el valle un artífice del viento medio decente, podría disolver lo peor de las tormentas que azotaban el valle antes de que alcanzasen las explotaciones, pero cualquier artífice del viento que fuera tan poderoso estaría sirviendo como caballero, o como cursor.

Se acercó a la pila y tocó el caño, avisando a las furias de su interior que quería agua del pozo. Un momento después brotaba, clara y fría. Llenó un par de ollas antes de indicar a las furias que detuvieran el flujo, y después dio una vuelta por la cocina y

llenó todos los recipientes que habían derramado agua a causa del hervor. Un poco más tarde sacó el pan del horno, lo colocó en la panera e introdujo la siguiente hornada. Revisó de nuevo la cocina para asegurarse de que todo estaba en su sitio. El charco había terminado de limpiar el suelo, así que lo dejó salir por la puerta para que se derramara en el suelo al lado del quicio y se volviera a hundir en la tierra.

—¿Rill? —llamó Isana—. ¿Por qué tardas tanto?

El agua burbujeó y se agitó en su cuenco de adivinación (que por lo común cumplía también las funciones de tazón) e inmediatamente tres pequeñas salpicaduras anunciaron la presencia de Rill. Isana regresó junto al cuenco, se retiró la trenza por encima del hombro y miró con atención la superficie del agua mientras se calmaban las ondas.

La furia le mostró una visión oscura de lo que debía ser una laguna estancada en algún punto de las Hondonadas de los Pinos. Una figura turbia que podría ser Bernard cruzó la imagen en el cuenco y desapareció. Isana sacudió la cabeza. Las imágenes de Rill no eran siempre muy claras, pero parecía que Bernard y Tavi seguían persiguiendo al rebaño perdido.

Murmuró a Rill que se retirase y dejó el cuenco a un lado; entonces se percató de que no llegaba ningún sonido del patio. Unos segundos más tarde, los niveles de tensión en Bernardholt habían crecido hasta una intensidad dolorosa.

Isana acopió fuerzas ante sus percepciones y salió rápidamente de la cocina. Controlando la respiración, se enderezó con una gran confianza. Los miembros de la explotación se encontraban hombro con hombro, mirando al centro del patio. Estaban en silencio, excepto algún débil murmullo o susurro preocupado.

—Kord —murmuró.

Avanzó entre la gente, que le abría paso dejando libre un estrecho pasillo entre los mirones, hasta que consiguió llegar a la escena en el centro del patio.

Dos hombres estaban cara a cara dentro del círculo, y el aire entre ellos prácticamente vibraba a causa de la tensión. Kord tenía los brazos cruzados sobre el pecho y el suelo bajo sus pies se estremecía. Su barba grasienta enmarcaba una dura sonrisa, y en los ojos tenía un brillo desafiante, bajo sus cejas espesas.

Frente a él estaba el estatúder Warner, un hombre alto y delgado como un poste, con brazos y piernas desgarbados, y una cabeza completamente calva a excepción de una franja de cabello ralo y gris. La cara estrecha y de rasgos marcados de Warner presentaba un color rojo brillante a causa de la ira, y el aire a su alrededor temblaba y se agitaba como el calor que surge de un horno.

—Lo único que digo —rugió Kord— es que si tu putilla no puede mantener las piernas cerradas y a los hombres alejados de ella, el problema es tuyo, amigo. No mío.

—Cierra la boca —bramó Warner.

—¿O qué? —preguntó Kord, acompañando las palabras con un tono de desprecio—. ¿Qué vas a hacer, Warner? ¿Correr y esconderte detrás de las faldas de una mujer y lloriquear para que Gram venga a salvarte?

—¿Por qué...? —escupió Warner, que avanzó un paso, aumentando notablemente la temperatura del aire en el patio.

Kord sonrió mostrando un brillo en sus dientes.

—Vamos, Warner. Llámalo *juris macto*. Resolvamos esto como hombres. A menos que quieras humillar a tu putilla haciendo que testifique delante de todos los estatúderes del valle de Calderon sobre cómo sedujo a mi chico.

Uno de los hijos de Warner, un joven alto y delgado con el cabello cortado al estilo de las legiones, apareció al lado de su padre y lo cogió por el brazo.

—Padre, no —le rogó—. No puedes esperar de él un combate limpio.

Los otros dos se colocaron detrás de Warner, mientras que los hijos de Kord se situaron al lado de su padre.

La hija de Warner corrió a su lado. El cabello de Heddy, fino como una telaraña, se elevó y ondeó en olas sedosas y doradas a causa del aire caliente que circulaba alrededor de su padre. Lanzó a su alrededor una mirada muy seria, con la cara roja a causa de la vergüenza.

—Papá, no —le rogó—. Así no. Nosotros no lo hacemos así.

Kord bufó ante la muchacha.

—Bittan —preguntó, mirando hacia atrás a su hijo—, ¿has metido tu mecha en esta golfa esquelética? Más te hubiera valido ir detrás de una de las ovejas de Warner.

Isana tuvo que apretar los puños y enfrentarse a la oleada salvaje de emociones que flotaban en el patio. Desde el miedo y la humillación de Heddy a la rabia de Warner, pasando por la satisfacción ladina y la impaciencia de Kord, todos los sentimientos la atravesaban con tal intensidad que no los podía ignorar. Los alejó a la fuerza y respiró hondo. La furia terrestre de Kord era la de una bestia malvada, entrenada para matar. La usaba para cazar y sacrificar al ganado. Cualquier furia acababa adoptando algunas características de su compañero, pero incluso conociendo a Kord, su furia terrestre era malvada. Una asesina.

Isana echó un vistazo por el patio. Toda su gente se mantenía alejada del conflicto. Nadie se quería implicar en una lucha entre estatúderes. ¡Qué los cuervos se llevaran a su hermano Bernard! ¿Dónde estaba cuando lo necesitaba?

El flujo de ira intensa que surgía de Warner se endureció: no tardaría mucho más en ceder a la provocación de las burlas de Kord y llevar la cuestión al campo del *juris macto*, la forma legal del duelo en el Reino. Kord lo mataría, pero Warner estaba demasiado furioso ante el trato dado a su hija para pensar en eso. También los hijos de Warner estaban inundando a Isana con un torrente creciente de rabia, y el hijo pequeño de Kord ardía con un ansia de violencia apenas disfrazada.

El corazón de Isana se agitaba con todas las emociones, que se superponían a su propio miedo. Las alejó con firmeza, luchando para controlarlas, y saltó al centro del patio, colocándose entre los dos hombres con las manos en las caderas.

—Caballeros —dijo, dejando que resonase su voz—, están interrumpiendo el almuerzo.

Warner dio un paso hacia Kord, sin dejar de mirar al estatúder.

—No puedes esperar que me quede aquí y encaje eso.

Kord también avanzó un paso.

—*Juris macto* —repitió—. Decláralo, Warner, y podemos solventar este asunto.

Isana se giró para encararse con Kord, mirándolo directamente a los ojos.

—En mi patio, no.

Bittan, detrás de Kord, dejó escapar una sonora carcajada y dio un paso hacia Isana.

—Bien, bien —dijo—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Otra putilla reprimida que quiere defender a la putilla de Heddy?

—Bittan —gruñó Kord en señal de advertencia.

Isana entornó los ojos hacia Bittan. La seguridad, la arrogancia y una oleada enfermiza de placer procedente del joven se cernió sobre ella como un humo grasiento y desagradable. Vio cómo se acercaba, sonriendo presuntuoso mientras la miraba desde los pies desnudos a la larga trenza. Estaba claro que el idiota no sabía quién era ella.

—Te has levantado con mal pie —comentó Bittan—. Pero apuesto a que eres buena para un revolcón. —Al decirlo, alargó la mano para tocar la cara de Isana.

Isana dejó que la tocara durante un instante y sintió la necesidad desesperada y arrogante del joven de probarse ante sus propios ojos. Alzó la mano y lo agarró por la muñeca antes de decir con voz fría:

—Rill, ocúpate de esta alimaña.

Bittan sufrió de repente una convulsión y se tiró de espaldas contra el suelo. Dejó escapar un grito estrangulado que no pudo acabar porque empezó a salirle a borbotones agua clara por la boca. Se revolvió sobre las piedras del patio en un caos frenético de extremidades en movimiento. Se le salían los ojos de las órbitas e intentó gritar de nuevo, pero por la boca y la nariz no le salía nada más que agua.

El otro hijo de Kord corrió hacia su hermano caído y el propio Kord dio un paso con un gruñido de ira.

—Putas —marmulló.

La tierra se combó a sus pies, como si estuviera preparada para saltar hacia delante.

—Adelante, Kord. —La voz de Isana era gélida—. Pero antes de hacerlo, te debo recordar que ahora estás en Bernardholt. Y no me puedes retar a un *juris macto*. —Le

sonrió con todo el desprecio y el veneno que pudo—. No soy un estatúder.

—Aun así te puedo matar, Isana —replicó Kord.

—Puedes —reconoció Isana—. Pero entonces no podré pedirle a Rill que salga del cuerpo de tu chico, ¿verdad?

—¿Y si me viniera bien tener una boca menos que alimentar? —respondió Kord, enseñándole los dientes.

—En ese caso —contestó Isana—, espero que estés dispuesto a matar a todos los presentes. Porque no ibas a salir indemne de un asesinato a sangre fría, estatúder Kord. No me importa lo lejos que estemos de la justicia del Primer Señor, pero mátame y no habrá lugar en el Reino donde te puedas esconder.

Isana se volvió bruscamente hacia Warner.

—Borra esa sonrisa de la cara, estatúder —le increpó—. ¿Qué tipo de comportamiento es este, delante de mi gente y de sus hijos? —Se acercó a Warner con un ceño tan contraído que desfiguraba sus rasgos—. Me vas a dar tu palabra de que no volverás a implicarte en esta idiotez mientras seas invitado en mi hogar.

—Isana —protestó Warner, que seguía mirando aún a Kord y a su progenie, al igual que sus hijos—, ese animal que está en el suelo ha violado a mi hija.

—Papá —sollozó Heddy, tirando de la manga de Warner—. Papá, por favor.

—Tu palabra, Warner —cortó Isana—. O decidiré en tu contra en la investigación. Aquí y ahora.

La mirada de Warner se trasladó de repente hacia Isana y esta percibió la sorpresa y la consternación repentinas.

—Pero Isana...

—No me importa. No te puedes comportar de esta forma en mi casa, Warner, y mi hermano no está aquí para meterte el sentido común en esa cabeza de chorlito. Tu palabra. Se acabó esta idiotez del duelo. No habrá más peleas en Bernardholt.

Warner se quedó escrutándola durante un momento. Isana sintió la desesperación del hombre, su rabia, su frustración impotente. Su mirada tembló y se posó en su hija, suavizándose de manera casi palpable.

—De acuerdo —aceptó en voz baja—. Mi palabra. De todos nosotros. No empezaremos nada.

Isana se giró hacia Kord y se acercó al joven que se seguía ahogando en el suelo, vomitando agua. Pasó al lado del hijo mayor de Kord (su nombre era Aric, si no recordaba mal) y se inclinó para poner la mano sobre la frente de Bittan. El chico estaba más allá de cualquier pensamiento en su pánico natural. Ahora ya no había arrogancia, solo un miedo tan intenso que enfrió la piel de Isana.

Kord le bufó.

—Supongo que ahora también querrás mi palabra.

—¿Para qué? —replicó Isana, manteniendo la voz baja—. Eres basura, Kord, y

ambos lo sabemos. —Entonces elevó la voz—: Rill, fuera. —Se apartó mientras Bittan escupía y tosía, expulsando más agua, hasta que al final consiguió inhalar una bocanada de aire. Lo dejó tosiendo en el suelo y se dio la vuelta para irse.

Una baldosa del patio se dobló sobre uno de sus pies con un propósito sencillo y casi delicado. El corazón le dio un vuelco a causa de su propio miedo cuando sintió la ira gélida de Kord a sus espaldas. Se retiró la trenza por encima del hombro y le lanzó una mirada con los ojos entornados.

—Esto no ha terminado, Isana —prometió Kord con una voz muy tranquila—. Esto no lo voy a aceptar.

Isana se enfrentó a su mirada tenebrosa, que tenía detrás un odio frío y calculador, y lo tomó prestado para fortalecerse contra él, para devolver hielo por hielo.

—Has perdido tu mejor oportunidad, Kord —replicó—. ¿O te crees que lo que le ha pasado a Bittan ha sido un gesto sin importancia? —Su mirada recorrió a Kord hasta los pies y después de vuelta a su cara—. Tienes sitio en el establo. Te enviaré algo para almorzar. Te llamaremos para la cena.

Kord se quedó inmóvil por un momento. Entonces escupió hacia un lado e hizo un gesto de asentimiento hacia sus hijos. Aric recogió a Bittan, que seguía jadeando, y le ayudó a ponerse en pie; después, los tres se dirigieron hacia las amplias puertas del espacioso establo de piedra. Hasta que no se hubieron ido, el suelo bajo el pie de Isana no se movió y la liberó.

Cerró los ojos y el terror que había estado reteniendo la inundó por completo. Empezó a temblar, pero negó con la cabeza para sí misma, con firmeza. No delante de todos. Abrió los ojos y miró alrededor del patio lleno de gente.

—¿Y bien? —les preguntó—. Queda un montón de trabajo por hacer antes del banquete de este ocaso. No lo puedo terminar todo yo sola. A trabajar.

Sus palabras movilizaron a la gente y todos empezaron a hablar de nuevo entre ellos. Algunos le lanzaron miradas en las que se mezclaban el respeto y el miedo. Isana sentía esto último como cadillos helados corriendo por encima de su piel. Su propia gente, las personas con las que vivió y con quienes trabajó durante tantos años, le tenían miedo.

Alzó la mano cuando las lágrimas le anegaron los ojos: ese era uno de los primeros trucos que aprendían los artífices del agua. Se las apartó de sus ojos y sencillamente no cayeron. La confrontación, con su tensión creciente, y la posibilidad de una violencia mortal, la había conmovido más que nada en los últimos años.

Isana respiró con calma y se dirigió a las cocinas. Al menos, las piernas no le temblaron, aunque el cansancio que ahora la acuciaba era casi insoportable. Le dolía la cabeza a causa de los esfuerzos de la mañana y de la presión de tanto uso del artificio del agua.

Fade salió cojeando de la herrería cuando ella pasó por delante. Arrastraba un

poco un pie al andar. No era un hombre corpulento, y había sufrido una quemadura muy grave cuando recibió la marca de cobardía, que desfiguró la parte izquierda de su cara, aunque eso había ocurrido hacía muchos años. Su cabello, casi negro, crecía rizado ocultando parte de la herida, así como la cicatriz que le subía hacia el cráneo, presumiblemente una herida sufrida en combate. El esclavo le ofreció una sonrisa sin alegría y una taza pequeña de agua, que sostenía junto con un trapo bastante limpio, muy diferente de sus harapos sudados y el mandil de cuero lleno de quemaduras.

—Gracias, Fade —se lo agradeció Isana, aceptando ambos. Bebió un trago y añadió—: Necesito que le eches un ojo a Kord. Quiero que me avises si él o sus hijos abandonan el establo. ¿De acuerdo?

Fade asintió con rapidez, agitando el cabello. Un poco de baba le cayó de la boca medio abierta.

—Un ojo a Kord —repitió—. El establo. —Fruunció el ceño, mirando al espacio durante un buen rato y entonces la señaló con un dedo—. Vigila mejor.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy demasiado cansada. Solo avísame si salen. ¿De acuerdo?

—Si salen —repitió Fade. Se limpió la baba con la manga—. Avisar.

—Eso es —confirmó y le dedicó una sonrisa cansada—. Gracias, Fade.

El otro emitió un sonido parecido a una risa en señal de placer y sonrió.

—De nada.

—Fade, será mejor que no entres en el establo. Allí están los Kord y tengo la sensación de que no iban a ser amables contigo.

—¡Uf! —exclamó el esclavo—. Vigilar, establo, avisar. —Se dio la vuelta de repente y se fue cojeando con bastante rapidez a pesar de ir con el pie arrastrando.

Isana puso a la vieja Bitte a cargo de las cocinas y regresó a su habitación. Se sentó en la cama con las manos cruzadas sobre el regazo. Su estómago se contraía a causa de los nervios, pero se obligó a respirar profundamente para conservar la calma. Había evitado el problema más inmediato y Fade, pese a su falta de habilidad para hablar y su comportamiento simple, era de fiar. La avisaría si ocurría algo.

Estaba preocupada por Tavi, ahora más que en ningún otro momento que pudiera recordar. Estaría bastante seguro con Bernard protegiéndolo, pero su instinto no la dejaba en paz. Las Hondonadas de los Pinos eran el trozo de tierra más peligroso del valle, pero además, para sus sentidos cansados, el peligro parecía mucho más profundo y mucho más amenazador. El aire del valle transportaba algo pesado y premonitorio, una acumulación de fuerzas que hacía que en comparación la tormenta que se estaba incubando sobre Garados pareciera pequeña y débil.

Isana cayó derregada en su cama.

—Por favor... —susurró, exhausta—. Grandes furias, por favor, mantenedlo a salvo.

TAVI descubrió el rastro de Dodger al cabo de una hora, pero desde entonces nada fue fácil. El muchacho siguió al rebaño durante toda la mañana y primera hora de la tarde, parando solo para beber de un arroyo helado y para comer un poco de queso y cordero salados que había traído su tío. Para entonces, ya sabía que Dodger estaba haciendo honor a su nombre y que los conducía a una divertida caza, yendo y viniendo a través de los páramos.

El sombrío Garados pareció crecer y se oscureció aún más con las nubes de tormenta. Tavi ignoró la presencia lúgubre de la montaña y se centró en el trabajo. Ya hacía rato que había pasado el mediodía cuando alcanzó al astuto carnero y su rebaño.

Oyó las ovejas antes de verlas; una de las hembras emitía balidos plañideros. Miró sobre el hombro hacia donde le seguía su tío a varias docenas de pasos y le hizo un gesto con la mano para que Bernard supiera que las había encontrado. No pudo evitar una sonrisa, y su tío le correspondió con otra.

Dodger había conducido el rebaño a una densa maraña de zarzas y espinos que eran casi tan altos como Tavi y tenían unos treinta metros de espesor. Tavi vislumbró los cuernos curvados de Dodger y se acercó con precaución al viejo carnero, hablándole como hacía siempre. Dodger bufó y escarbó en la tierra con las patas delanteras, moviendo los cuernos amenazadoramente. Tavi le frunció el ceño al carnero y se acercó más despacio. Dodger pesaba más de un cuarto de tonelada y la raza dura de ovejas de montaña que criaban los habitantes de las fronteras de Alera era lo suficientemente grande y fuerte como para defenderse de dentilargos y bestias peores, y se podían volver agresivas cuando se sentían amenazadas. Algunos pastores descuidados habían muerto a consecuencia de sus sobreexcitadas cargas.

Un olor penetrante y dulzón hizo que Tavi se quedara quieto. Reconoció el hedor a oveja muerta, a despojos y sangre.

Algo iba mal, muy mal.

Tavi avanzó más lentamente y con los ojos al acecho en todas direcciones. Encontró la primera oveja muerta, uno de los corderos, a muchos metros antes de llegar a las zarzas. Se arrodilló y estudió los restos, buscando indicios de lo que había matado al animal.

No habían sido los lagartos. Los lagartos podían matar a las ovejas jóvenes, incluso a las adultas si se presentaban en número suficiente, pero esos bichos venenosos se lanzaban luego sobre el cadáver y arrancaban tiras de carne, dejando los huesos pelados. El cordero estaba muerto, pero mostraba una sola herida: un corte limpio y profundo que casi había decapitado al animal. Las garras de un dentilargo podían infligir una herida semejante, pero cuando las grandes bestias de la montaña abatían una presa, o bien se la comían allí mismo, o bien la arrastraban a sus guaridas

ocultas para alimentarse. Los lobos, incluso los grandes lobos de las tierras salvajes y bárbaras del este del valle de Calderon, no eran capaces de provocar una muerte tan limpia. Además, cualquier depredador habría empezado a devorar el cordero. Las bestias no matan por deporte.

El suelo alrededor del cordero estaba muy pisoteado. Tavi buscó rápidamente algún rastro, pero solo pudo encontrar las huellas de las pezuñas de la oveja y después algunas marcas más con las que no estaba familiarizado, y ni siquiera podía decir que formaran un rastro. Una huella parcialmente borrada podría ser el contorno de un tacón humano, pero también ser el resultado de un canto rodado que habían movido de su sitio.

Tavi se puso en pie, desconcertado, y encontró dos cadáveres más tendidos en el suelo entre el primer cordero y el refugio de Dodger entre las zarzas: otro cordero y una oveja, ambos muertos con heridas limpias y profundas. Una furia poderosa sería capaz de provocar esas heridas, pero era raro que las furias atacaran a los animales si no era por indicación de sus artífices. Si un animal no había sido el causante de las muertes, solo quedaban los hombres: se necesitaría una hoja muy afilada, un cuchillo de caza largo o una espada, y también una fuerza potenciada por una furia para conseguir ese golpe.

Pero los valles fronterizos recibían muy pocas visitas y nadie de las explotaciones paseaba por los yermos cubiertos de pinos. La presencia lúgubre del Garados hacía que en varios kilómetros a la redonda el territorio transmitiera una pesadez opresiva, y era casi imposible dormir bien por las noches tan cerca del viejo monte.

Tavi levantó la mirada y miró con mala cara a Dodger, que seguía asomado entre la maraña, exponiendo los cuernos en señal de advertencia, y de repente sintió miedo. ¿Qué podía haber abatido a las ovejas de esa manera?

—¿Tío? —llamó Tavi con la voz un poco quebrada—. Tío, hay algo que va mal.

Bernard se acercó con el ceño fruncido, captando con la vista a Dodger y el rebaño, así como las ovejas muertas en el suelo. Tavi contempló cómo su tío asimilaba la situación y de pronto los ojos de Bernard se abrieron de par en par. Se enderezó y blandió la espada corta y pesada de legionare que llevaba colgada del cinturón.

—Tavi, ven aquí.

—¿Qué?

La voz de Bernard adquirió un tono duro, enfadado y de mando que Tavi no había escuchado nunca en su tío.

—Ahora.

El corazón de Tavi empezó a latir con fuerza desbocada en su pecho y obedeció.

—¿Y el rebaño?

—Olvídalo —respondió Bernard, seco y frío—. Nos vamos.

—Pero perderemos las ovejas. No las podemos dejar aquí...

Bernard le pasó la espada a Tavi, vigilando lentamente los alrededores, y colocó una flecha en la cuerda del arco.

—Mantén la punta baja. Pon la otra mano sobre mis riñones y no la apartes.

El miedo de Tavi creció con rapidez, pero intentó ahuyentarlo y obedeció a su tío.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos vamos?

—Porque queremos salir vivos de los páramos.

Bernard empezó a alejarse en silencio de los matorrales; su rostro denotaba concentración plena.

—¿Vivos? Tío, ¿qué puede estar...?

Bernard se tensó de repente y se giró hacia un lado, al tiempo que levantaba el arco.

Tavi se volvió con él y vio el reflejo de un movimiento más allá de un bosquecillo de árboles jóvenes que tenían delante.

—¿Qué es est...?

Se oyó un resoplido sibilante desde el lado opuesto. Tavi giró la cabeza, pero su tío fue más lento porque tenía que volver todo el cuerpo con el brazo del arco estirado y una flecha apoyada en la mejilla. Tavi solo pudo ver cómo llegaba su atacante.

Parecía un pájaro, si un pájaro podía medir dos metros y medio de altura y tener un par de patas largas y poderosas, más gruesas y de aspecto más fuerte que las de un caballo de carreras, y acabadas en peligrosas garras. La cabeza se alzaba al final de un cuello largo, poderoso y flexible, y ostentaba un pico de halcón, solo que mucho más largo, más afilado y con una curvatura mucho más aterradora. El color de sus plumas iba del pardo al negro, y tenía los ojos de una brillante tonalidad dorada.

El ave avanzó un par de trancos y saltó en el aire con las dos garras por delante para atacar, mientras aleteaba con unas alas ridículamente pequeñas. Tavi sintió cómo su tío le empujaba con la cadera al girar, y se cayó a un lado: ahora Bernard se interponía entre él y el horror que se abalanzaba encima.

Bernard disparó la flecha sin tiempo de apuntar. La flecha voló, impactó con un mal ángulo y quedó atrapada entre las plumas del animal, que descendía en picado en medio de un revuelo de plumas negras y pardas. La bestia aterrizó sobre Bernard con las garras abiertas y el malvado pico lanzándose hacia delante y abajo, buscándole.

Cuando las gotas calientes de la sangre de su tío le salpicaron la cara, Tavi empezó a chillar.

Las garras del ave se movieron cortando y sajando. Una de ellas atravesó los gruesos pantalones de cuero del tío Bernard a la altura del muslo. La sangre salió a borbotones. Otra garra pasó a través de su cabello en dirección al cuello, pero Bernard levantó el brazo y desvió el ataque mortal con la madera del arco. La malvada criatura bajó el pico, pero de nuevo Bernard pudo detener el ataque.

El gran pico del ave se inclinó hacia un lado y partió la madera pesada del arco como si fuera una rama seca. Cedió con un gran chasquido al abandonar la fuerte tensión de la cuerda.

Tavi levantó la espada y se dirigió hacia su tío, gritando, pero su voz sonó como si fuera ajena. El ave volvió la cabeza y clavó sus dorados ojos en él con una intensidad terrible y primitiva.

—¡Brutus! —gritó el tío Bernard cuando la atención del ave se volvió hacia Tavi—. Cógelo.

La tierra que había bajo los pies del ave tembló y después se elevó en respuesta de Brutus a la llamada de Bernard.

Una pequeña capa de tierra se desprendió de la roca. Brutus surgió del suelo como una bestia que sale de la calima, con la cabeza y los hombros de un gran perro de caza hechos de tierra y piedra. Los ojos de la furia refulgían verdes como esmeraldas e irradiaban una luz tenue. Brutus afirmó las zarpas delanteras en el suelo, echando hacia delante su cuerpo del tamaño de un pony y sus mandíbulas de piedra se cerraron alrededor de la pata del alado agresor.

El ave soltó un chillido más agudo que el silbido de una tetera y dirigió el pico contra la cabeza de la furia. El golpe levantó chispas en la piedra y una de sus orejas de tierra cayó al suelo, pero Brutus ni se inmutó.

Tavi lanzó un grito y blandió la espada de su tío con las dos manos. Golpeó en la base del cuello del ave y notó el mandoble en sus manos mientras el animal resistía agitándose. Lo invadió una sensación temblorosa, como la de un pez en el anzuelo. Retiró la espada y volvió a golpear. Brotó una sangre oscura que manchó la hoja.

Tavi siguió atacando con la espada, tras esquivar un golpe de la garra libre del ave. Una y otra vez la pesada hoja hendió el cuerpo o el cuello del animal. Una y otra vez la espada se cubrió de sangre oscura.

Brutus lanzó el ave a un lado y la aplastó contra el suelo con una fuerza capaz de romperle los huesos. Tavi gritó de nuevo, con la sangre latiéndole en los oídos, y blandió la espada contra la cabeza del animal como si fuera un hacha. Pudo escuchar y percibir el crujido del impacto y el ave se derrumbó; tanto sus movimientos como sus chillidos de tetera cesaron.

Tavi temblaba violentamente. La sangre oscura manchaba su ropa, la espada que tenía en las manos, las plumas del ave y el suelo a su alrededor. Brutus seguía con el muslo del ave atrapado entre sus mandíbulas de piedra. Del cuerpo comenzó a surgir un hedor nauseabundo a podrido. Tavi tragó saliva y sintió cómo se le revolvía el estómago. Se alejó del cuerpo del animal y se acercó a su tío, que estaba tendido en el suelo boca arriba.

—¡Tío! —llamó Tavi. Se arrodilló al lado del hombre. Bernard tenía sangre en la ropa y en las manos—. Tío Bernard.

Bernard volvió su semblante pálido hacia Tavi, con los rasgos retorcidos en una mueca de dolor. Se agarraba el muslo con las dos manos, apretando tanto que los nudillos se le habían quedado blancos.

—¡Mi pierna! —indicó—. Tenemos que atar mi pierna, muchacho, o estoy listo.

Tavi tragó saliva y asintió. Dejó la espada y se quitó el cinturón.

—¿Y Brutus? —preguntó.

Bernard negó con la cabeza, con un movimiento pequeño y dolorido.

—Aún no. Así no puedo conseguir nada de él.

Tavi tuvo que empujar con las dos manos para mover la pierna de su tío y colocarle el cinturón a su alrededor, y al hacerlo el corpulento hombre soltó un gemido de dolor. Tavi apretó el cinturón todo lo que pudo y después lo aseguró con la hebilla. Bernard dejó escapar otro leve gruñido de dolor y lentamente retiró las manos. La sangre le empapaba los pantalones, pero no hubo ningún brote nuevo de tono escarlata. La herida tenía un aspecto horrible. Los músculos estaban desgarrados y Tavi creyó distinguir el hueso blanco por debajo de ellos. El estómago le dio otro vuelto y apartó la mirada.

—¡Cuervos! —maldijo. Seguía temblando y el corazón aún le latía demasiado rápido—. Tío, ¿te encuentras bien?

—Duele bastante. Háblame hasta que se me pase un poco.

Tavi se mordió los labios.

—De acuerdo. ¿Qué era eso?

—Un moa. Viven más al sur. En su mayor parte en la Jungla de las Acacias Amarillas. Nunca ha habido noticia de ninguno tan al norte. O tan grande.

—¿Matan por diversión?

—No. Solo son demasiado estúpidos como para saber cuándo deben parar. En cuanto perciben olor a sangre, destrozan todo lo que se mueve.

Tavi tragó y asintió.

—¿Seguimos en peligro?

—Es posible. Los moa cazan en parejas. Ve a mirar el ave.

—¿Qué?

—Mira esa maldita ave, chaval —gruñó Bernard.

Tavi se puso en pie y regresó al lado del moa. Su pierna libre se seguía moviendo, las garras se abrían y cerraban en espasmos. El hedor a entrañas lo rodeaba y Tavi contuvo la respiración, cubriéndose la nariz y la boca con la mano.

Bernard gruñó y se sentó, aunque se mareó un poco al hacerlo y tuvo que apoyar las manos en el suelo.

—Lo mataste con el primer golpe, Tavi. Tendrías que haber dado un paso atrás y dejar que muriera.

—Pero seguía luchando —replicó el muchacho.

Bernard negó con la cabeza.

—Le abriste el cuello. No iba a luchar durante mucho tiempo. Lleva su tiempo desangrarse y hasta que eso ocurre se te pueden llevar por delante. Mira su cuello. Justo detrás de la cabeza.

Tavi tragó saliva y rodeó el cuerpo y a Brutus, hasta que se encontró detrás del pico del moa; una vez allí, miró en el lugar que le había indicado su tío.

Algo deformaba las plumas justo detrás de la cabeza del ave. Se arrodilló y alargó cautelosamente los dedos para apartar algunas de las plumas y ver de qué se trataba.

Un anillo hecho con trenzas de varios tipos de telas bastas y cuero rodeaba el cuello del animal, dejando marcas en los músculos donde estaba más apretado.

—Lleva una especie de collar —explicó Tavi.

—¿De qué está hecho? —preguntó Bernard.

—No lo sé. Tela y algo de cuero trenzados. No me parece familiar.

—Eso es un collar marat. Tenemos que salir de los páramos, Tavi.

Tavi levantó la mirada, sorprendido.

—Tío, no hay marat en el valle de Calderon. Las legiones los mantienen alejados. No se ha vuelto a ver un marat desde que se libró una gran batalla hace ya bastantes años.

Bernard asintió.

—Antes de que nacieras. Pero dos cohortes en Guarnición no los mantienen necesariamente a raya si no vienen en gran número. Debe de haber un guerrero marat por aquí y no se va a sentir muy feliz de que le hayamos matado a su ave. Y menos aún su compañero.

—¿Compañero?

—Las marcas en lo alto de la cabeza. Cicatrices de apareamiento. Hemos matado a la hembra.

Tavi tragó saliva.

—Entonces, supongo que nos tendremos que ir.

Bernard asintió con un movimiento cansado y vacilante.

—Ven aquí, muchacho.

Tavi se arrodilló al lado de su tío. Una de las ovejas baló y Tavi frunció el ceño y alzó la mirada. El pequeño rebaño se empezó a dispersar y Dodger trotaba de un lado a otro, reencaminando las ovejas al grupo con sus cuernos.

—Brutus —llamó Bernard con voz pastosa e insegura. Respiró profundamente con una expresión concentrada—. Suelta el ave. Llévanos a casa.

El perro de piedra dejó caer el moa y se acercó a Bernard. Brutus se hundió de nuevo en la tierra. Tavi sintió cómo un área de suelo sobre el que se encontraba empezaba a temblar y a moverse. Entonces, con un sonido de rocas torturadas, una losa de piedra de un metro y medio de ancho se elevó bajo sus pies y se empezó a

deslizar hacia el sur, como una balsa en un río lento. La balsa de tierra se dirigió hacia la entrada del pequeño claro y lentamente fue ganando velocidad.

—Despiértame cuando lleguemos —murmuró Bernard.

Inmediatamente se tendió y cerró los ojos, y por fin se relajaron su rostro y su cuerpo.

Tavi miró a su tío con el ceño fruncido, y de nuevo a las ovejas. Dodger las había reunido de nuevo en los matorrales y estaba exhibiendo su cornamenta, pero esta vez no hacia Tavi.

—Tío Bernard —llamó Tavi y pensó que la voz le sonaba aguda y aterrorizada—, tío Bernard. Creo que se acerca algo.

El tío de Tavi no respondió. El muchacho miró a su alrededor buscando la espada, pero la había dejado al lado del cuerpo del moa y ahora se encontraba a dos docenas de pasos. Tavi apretó los puños de pura frustración. Todo era culpa suya. Si no hubiese desatendido sus deberes para impresionar a Beritte, no habría tenido que salir a buscar a Dodger y no hubiera sido necesario que le siguiera su tío.

Tavi tembló. De repente, la posibilidad de morir parecía muy real y se cernía sobre ellos, certera y cercana.

Las sombras cayeron sobre el valle y al levantar la mirada Tavi vio las nubes veloces oscureciendo el sol, y oyó en la lejanía el retumbar de un trueno. El viento hacía que los árboles y los escasos arbustos se mecieran y agitasen, y parecía que la balsa de tierra se seguía arrastrando demasiado despacio. Aunque alcanzaba ya el ritmo de la zancada de un hombre y seguía acelerando, Tavi estaba desesperado por moverse más deprisa y le aterrorizaba pensar que ya pudiera ser demasiado tarde.

Tragó saliva. Si ahora les perseguía algo, su tío no sería capaz de ayudarlo. Se tendría que enfrentar solo a lo que fuese.

Un chillido agudo y sibilante llegó desde unos árboles, al oeste de donde se encontraban, ladera arriba.

Tavi fijó los ojos en aquella dirección, pero no vio nada. El chillido se repitió.

Otro moa.

Un segundo chillido le respondió, esta vez desde el este de la balsa de tierra y a una distancia incómodamente cercana. ¿Un tercero? Las ramas se agitaron entre los árboles a unos cincuenta pasos a sus espaldas. Después, más cerca. Tavi creyó ver algo que se movía hacia ellos. Acercándose.

—Ya vienen —comentó en voz baja.

Tavi tragó saliva. Pese a que Brutus alcanzaría al fin la velocidad de un hombre a la carrera, que podría mantener durante horas o días, no bastaría para ayudarles a escapar. Bernard no tenía ni la más mínima oportunidad de escapar de otro moa porque yacía inconsciente, y Brutus estaba concentrado en la orden de devolverlos a

casa.

Esto significaba que la única posibilidad de huida que tenía su tío era que los moa se distrajeran con algo. Si alguien los conducía en otra dirección...

Tavi respiró hondo, salió rodando de la balsa de tierra a un lado del camino y se quedó completamente inmóvil. Si los moa seguían el movimiento, lo más seguro era que tuvieran más dificultades si aprovechaba el viento creciente y los árboles y arbustos en movimiento. Siguió quieto durante un rato y entonces empezó a moverse y a hacer ruido para llamar la atención de los cazadores y alejarlos de la presa más vulnerable.

Otro trueno retumbó en el cielo de nuevo, y Tavi sintió que una gota de lluvia pequeña y fría le mojaba la mejilla. Miró hacia arriba y vio nubes grandes y oscuras juntándose alrededor de la montaña. Le cayó encima otra gota de lluvia y sintió una oleada de miedo que por poco le fuerza a vaciar el estómago. Las tormentas de furia podían ser mortales para cualquiera que las pasara a campo abierto. Sin la protección sólida de los muros de la explotación o la protección de sus propias furias, estaría prácticamente indefenso ante la tormenta. Respirando con rapidez y sin ruido, Tavi recogió muchas piedras que parecían del tamaño adecuado para lanzarlas. Entonces se giró hacia el oeste y lanzó una piedra que describió el arco más alto que pudo conseguir.

La piedra voló en silencio y golpeó el tronco de un árbol, emitiendo un sonido agudo. Tavi se refugió pegado a la base del árbol y guardó silencio.

Le llegó un silbido desde el otro lado del camino y algo se movió hacia él entre los arbustos. Tavi oyó pasos a su espalda e inmediatamente una forma grande y oscura pasó corriendo a su lado casi sin hacer ruido, dando un salto que la llevó por encima de la senda que había abierto el paso de Brutus. Otro moa, este era más oscuro y más grande que el primero. Corría sobre las patas; las garras golpeaban la pinaza caída en el suelo y las plumas agitaban las ramas de los árboles de hoja perenne. Se dirigió hacia el lugar donde había aterrizado la piedra y desapareció entre los arbustos.

Tavi resopló. Lanzó otra piedra, mucho más lejos y hacia el claro, en la dirección contraria a la que había tomado Brutus para llevar a su tío lentamente a casa. Entonces se agachó y se encaminó de nuevo al claro, lanzando una piedra cada pocos pasos. El viento seguía creciendo y empezaron a caer más gotitas punzantes de lluvia casi helada.

Tavi respiró todo lo silenciosamente que pudo y se deslizó en el claro, sigiloso como un gato, arrastrándose los últimos metros hasta situarse bajo las ramas de uno de los árboles de hoja perenne. No se veía por ninguna parte a las ovejas.

Pero el segundo moa ya estaba allí.

Y también el marat.

Este moa le sacaba al menos una cabeza de altura al primero, tenía las plumas más oscuras y sus ojos dorados eran ya casi marrones. Estaba al lado del ejemplar que había matado Tavi, con una pata metida bajo el cuerpo y la cabeza inclinada para acariciar con el pico las plumas de su compañera muerta.

Este era el primer marat que veía Tavi. Era alto, más alto que nadie que él conociera. No era muy diferente de un hombre, pero sus hombros eran muy anchos y su cuerpo, fuerte, conformado por músculos planos que denotaban una gran rapidez. Solo llevaba una tela alrededor de las caderas, aunque parecía más que nada algo utilitario, que se llevaba para tener un cinturón del que colgar una variedad de escarcelas, junto con algo que parecía una daga de vidrio negro. El cabello, largo y espeso, parecía extrañamente blanco bajo la luz gris y mortecina que brillaba a través de las nubes de lluvia. Aquí y allí llevaba prendidas plumas negras del pelo, lo que le confería un aspecto salvaje.

El marat se acercó al cuerpo del moa y se arrodilló a su lado, estirando los brazos para colocar las manos anchas y poderosas sobre el ave. Dejó escapar un suave sonido de pesar, que repitió el macho a su lado, y los dos se quedaron en silencio durante un momento con las cabezas inclinadas.

Entonces el marat bufó, separó los labios y mostró sus dientes, mientras movía la cabeza de un lado al otro, buscando a su alrededor. Tavi vio que sus ojos eran precisamente de la misma tonalidad dorada que los del moa, inhumanos y brillantes.

El muchacho se quedó quieto, casi sin atreverse a respirar. No resultaba difícil traducir la expresión del marat. Estaba furioso y cuando movió la cabeza lentamente explorando alrededor del claro, pudo ver que sus dientes y sus manos estaban manchados de sangre escarlata.

El marat se puso en pie y se llevó una mano a la boca. Respiró y silbó, haciendo surgir de sus labios un sonido lo suficientemente alto como para que Tavi se estremeciera. Silbó una secuencia corta, con notas agudas y graves, largas y cortas. Acabó de silbar y se quedó en silencio.

Tavi frunció el ceño y dejó caer un poco la mandíbula, entrecerrando los ojos y escuchando.

Al cabo de un rato, mezclado con el viento creciente, llegó un silbido de respuesta. Tavi no tenía medio de saber lo que decía la respuesta, pero el mero hecho de que hubiera una respuesta era suficientemente terrorífico. La comunicación mediante silbidos solo podía significar una cosa: allí había más de un bárbaro.

Los marat habían vuelto al valle de Calderon.

Quizá solo estaban de caza y se habían refugiado en esa zona libre de presencia humana que eran los páramos cubiertos de pinos alrededor del Garados. O quizá, corrían los pensamientos aterrorizados del muchacho, eran los exploradores de una horda. Pero eso parecía una locura. No se había visto una horda desde hacía quince

años, antes del nacimiento de Tavi, y aunque habían disfrutado de un breve periodo de victorias al destruir la Legión de la Corona y matar al príncipe Gaius, las legiones de Alera aplastaron la horda unas semanas más tarde, asestándoles un golpe tan mortífero que todo el mundo asumió que los marat no iban a volver nunca más.

Pero habían vuelto. Tavi tragó saliva. Si pretendían regresar con toda su fuerza, estos marat en el valle eran probablemente exploradores. Y si lo eran, no iban a dejar que un chico escuálido y bajo para su edad, que los había visto, escapase para avisar a los demás de su presencia.

El marat volvió a revisar todo el claro. Agarró un puñado de plumas del moa muerto y las arrancó, después las ató en un mechón de su cabello. Le silbó al moa vivo y le hizo un gesto con la mano. El ave respondió desplazándose en esa dirección con zancadas largas y sigilosas, moviendo los ojos de un lado a otro.

Mientras tanto, el marat se dejó caer a cuatro patas. Oisqueó la sangre en las garras del moa caído y entonces, para asco de Tavi, se inclinó y las recorrió con la lengua. Después cerró la boca con los ojos entrecerrados, catando la sangre como si fuera vino. El marat volvió a abrir los ojos, siguió a cuatro patas y empezó a moverse por el suelo del claro como si fuera un perro que quiere captar un rastro. Se detuvo ante la espada y la recogió, mirando el arma manchada con la sangre del moa. Entonces bajó la hoja para limpiarla en la hierba y la deslizó en su cinturón de tela.

El viento seguía creciendo y cambiaba de dirección a cada instante. Tavi sintió cómo se movía sobre su espalda. Se quedó helado, seguro de que si se movía lo verían inmediatamente.

El marat alzó la cabeza, volviéndose de repente para mirar directamente en la dirección del escondite de Tavi. El muchacho tragó saliva, tenso a causa del miedo. El marat emitió otro silbido e hizo una señal con la mano. El moa se dirigió hacia el refugio.

«Es como un pollo que persigue a un gusano —pensó el sobrino de Bernard—. Yo soy el gusano».

Pero al cabo de unos pasos, el moa lanzó un chillido y se volvió hacia el sur. El marat siguió al moa, cuyos ojos dorados leían las señales del paso por la tierra. Se agachó con las aletas nasales muy abiertas y a continuación levantó la mirada con un reflejo repentino de ansiedad en los ojos.

El marat se puso en pie y emprendió la marcha hacia el sur en persecución del tío herido de Tavi.

—¡No! —gritó Tavi.

Se puso en pie, salió de su escondite y lanzó una de las piedras que le quedaban contra el marat. Tuvo buena puntería. La piedra golpeó al otro en lo alto de la mejilla y el corte le empezó a sangrar.

El marat se quedó mirando a Tavi con sus ojos dorados, como los del ave de

presa, y musitó algo en una lengua que él no pudo comprender. Pero sus intenciones estaban claras desde antes de sacar del cinturón la daga de vidrio. Sus ojos ardían de ira.

El marat silbó y el moa se dirigió hacia él. Entonces señaló a Tavi y emitió el mismo grito de batalla sibilante como una tetera que había usado el ave muerta.

Tavi se dio la vuelta y corrió.

Había huido a la carrera de los que eran más grandes y más fuertes que él durante toda su corta vida. La mayoría de los juegos en la explotación implicaban de una u otra manera una caza, y Tavi había aprendido a utilizar a su favor su pequeño tamaño y su velocidad. Corrió a través de los matorrales de helechos más frondosos que pudo encontrar y se deslizó por laberintos de espinos, ramas arrancadas por el viento, socavones y plantones.

El viento se hizo más fuerte, llenando el aire de pinaza caída y polvo. Tavi corrió hacia el oeste para alejarlos de su tío. Los aullidos espeluznantes del moa y su amo corrían tras él, pero el miedo le daba alas a sus pies.

El corazón del muchacho latía como el martillo de un herrero, rápido y pesado. Sabía que estaba solo y que no iba a venir nadie a ayudarlo. Tenía que basarse en su inteligencia y su experiencia, y si flaqueaba o bajaba la velocidad, el marat y el moa lo atraparían. La puesta de sol se acercaba, y la enorme tormenta que se había reunido sobre el Garados comenzaba a extenderse sobre el valle. Si el marat, la tormenta o la oscuridad lo atrapaban en campo abierto, moriría.

Tavi corrió por su vida.

6

AL llegar el crepúsculo, Amara seguía en libertad.

Le dolía todo el cuerpo hasta los huesos. Las primeras ráfagas aceleradas del vuelo le habían agotado las fuerzas y el vuelo posterior, más tranquilo, habría sido imposible sin una brisa afortunada que soplaba del norte y del este, en su misma dirección. Pudo utilizar las corrientes principales del viento para ayudar a Cirrus, y con ello reservar la energía que le quedaba.

Amara volaba bajo, casi rozando las copas de los árboles, y aunque se movían y agitaban por el ciclón en miniatura que la mantenía en el aire, el vuelo bajo le facilitaba el camuflaje, porque el lugar podía ocultar su paso a los ojos de los caballeros Aeris que la perseguían.

La última luz color teja de la puesta de sol le mostró un destello de agua, una cinta serpenteante que atravesaba las colinas redondeadas y cubiertas de bosque: el río Gaul. Esto le permitió usar las reservas que le quedaban para guiar a Cirrus en un aterrizaje suave y le costó un esfuerzo aún mayor mantenerse en pie después de la tensión del vuelo. Se sentía con ganas de arrastrarse al interior de un árbol hueco para dormir durante una semana.

Pero en vez de eso, se arremangó el vestido destrozado, arrancó el dobladillo de un lado y sacó un disco pequeño de cobre brillante.

—Río Gaul —susurró, dedicando todas las reservas que le quedaban al esfuerzo de hablar con las furias del agua—, reconoce esta moneda y mantén la palabra dada a tu amo.

Lanzó la moneda con un ligero giro, de manera que la imagen de perfil del Primer Señor se alternaba con la del sol bajo una luz de color rojo sangre.

En ese momento, Amara se derrumbó en la orilla, alargando la mano para hundirla en el agua. Una carrera larga no era tan agotadora como una hora de vuelo, aunque el día fuera el más indicado para hacerlo. Había tenido suerte. Si los vientos hubieran sido diferentes, no habría podido escapar hasta el Gaul.

Se quedó mirando su reflejo difuso y tembló durante un momento. Recordó el agua abriéndose camino por su mano, bajando por la nariz y la garganta, y su corazón empezó a palpar con un temor enfermizo. No podía forzarse a tocar el agua.

La bruja del agua la podría haber matado. Amara pudo haber muerto allí mismo. Pero no había ocurrido. Había sobrevivido, pero aun así, todo lo que podía hacer era resguardarse buscando refugio en la orilla.

Cerró los ojos por unos momentos e intentó expulsar de su cabeza la imagen de la risa de aquella mujer. Los hombres que la habían perseguido no la atemorizaban especialmente. Si la capturaban, la matarían con una hoja de acero brillante; quizá la torturasen antes, pero ella se había preparado para todo eso.

No podía dejar de recordar la sonrisa en el rostro de Odiana cuando su furia de agua la atrapó, ahogándola en tierra seca. En los ojos de la mujer había aparecido un regodeo ilimitado y casi infantil.

Amara tembló. Nada la había preparado para eso.

Y sin embargo, se tenía que enfrentar al terror. Debía abrazarlo. Su deber la obligaba a hacerlo.

Metió las manos en las frías aguas del río.

La joven cursor se refrescó la cara con agua e intentó en vano peinarse el pelo con los dedos. Lo llevaba más corto de lo normal, pues casi no le llegaba a los hombros. Su cabello, de color cobrizo con reflejos de ámbar, era fino y liso; ahora bien, unas pocas horas en medio de vientos fuertes lo habían convertido en una maraña de nudos y hacía que pareciera un chucho especialmente desgredado.

Miró de nuevo su reflejo. Pensó que sus rasgos eran afilados y duros, pero con los cosméticos adecuados los podría suavizar para que parecieran meramente decididos. Observó su cabello sin forma, fino y delicado, si bien en estos momentos tan enredado como un almiar; su cara y sus brazos, que bajo la mugre eran tan oscuros como el cabello, y le devolvían un reflejo monocromático en el agua, como una estatua tallada en madera clara y después ligeramente teñida; su ropa sencilla, destrozada, deshilachada en los bordes a causa de las horas soportando el viento, enfangada y manchada con salpicaduras de color granate que sin duda eran la sangre de alrededor del corte donde aún le punzaba el brazo con un dolor sordo.

El agua se agitó y una forma creada por las furias se alzó desde el cauce, pero en lugar del Primer Señor apareció la imagen de una mujer. Gaius Caria, esposa de Gaius Sextus, Primer Señor de Alera, parecía joven, solo algo mayor que Amara. Llevaba un vestido espléndido con cintura alta, y el cabello peinado en una serie de trenzas envueltas en unos tirabuzones que le caían armónicamente enmarcando el rostro. La mujer era hermosa, pero más que eso, transmitía una sensación de serenidad, de determinación, de gracia... y de poder.

Amara se sintió de repente como una vaca perezosa e hizo lo mejor que pudo una reverencia, con las manos aferradas a la falda sucia de tierra.

—Vuestra Gracia.

—*Academ* —murmuró la mujer en respuesta—. No han pasado ni veinte días desde que mi esposo te dio esta moneda y ya estás interrumpiendo una cena. Supongo que es un informe con las últimas noticias. Según me explican, Fidelias no estaba autorizado a interrumpir una comida sin que hubiera transcurrido al menos un mes.

Amara advirtió que le ardía la cara.

—Sí, Vuestra Gracia. Me disculpo por la precipitación.

La Primera Dama le lanzó una mirada que recorrió de arriba abajo por todo lo largo de su sucio cuerpo. Amara sintió cómo se ruborizaba aún más y no sabía dónde

meterse de pura vergüenza.

—No es necesaria ninguna disculpa —aceptó Lady Caria—. Aunque en el futuro tendrás que trabajar más el momento oportuno.

—Sí, señora. Por favor, Vuestra Gracia: es necesario que hable con el Primer Señor.

Lady Caria negó con la cabeza.

—Imposible —denegó con un tono que no admitía réplica—. Me temo que tendrás que hablar con él más tarde. Quizá mañana.

—Pero señora...

—Está abrumado —explicó la Primera Dama, enfatizando cada sílaba—. Si consideras que el asunto es tan importante, *academ*, me puedes dejar un mensaje y yo se lo transmitiré en cuanto lo permitan las circunstancias.

—Por favor, perdonadme, señora, pero me dijeron que si utilizaba la moneda, el mensaje solo sería para él.

—Reprime tu lengua, *academ* —replicó Caria con las cejas arqueadas—. Recuerda con quién estás hablando.

—Recibí las órdenes del Primer Señor en persona, Vuestra Gracia. Solo intento obedecerlas.

—Admirable. Pero el Primer Señor no es tu profesor favorito al que puedas visitar cuando quieras, *academ* —recalcó la última palabra, muy ligeramente—. Y debe atender asuntos de Estado.

Amara tragó saliva.

—Vuestra Gracia, por cortesía. No tardaré mucho en explicárselo. Dejad que sea él quien juzgue si abuso del privilegio. Por favor.

—No —replicó Caria. La figura escultural miró por encima del hombro—. Ya has ocupado demasiado de mi tiempo, *academ* Amara. —La voz de la Primera Dama adquirió una nota de tensión, de prisa—. Si eso es todo...

Amara se mordió los labios. Si podía retenerla un poco más, quizá el Primer Señor pudiera oír la conversación.

—Vuestra Gracia, antes de que os vayáis, ¿os puedo dejar un mensaje para él?

—Sé rápida.

—Sí, Vuestra Gracia. Si le pudierais decir que...

Amara no pudo continuar porque la forma acuática de la Primera Dama torció el gesto y le lanzó una mirada fría, mientras sus rasgos se volvían remotos y duros.

El agua junto a Lady Caria se agitó, y surgió una segunda forma creada por las furias. Se trataba de un hombre, alto, con unos hombros que en su momento habían sido anchos, pero que ahora estaban caídos por la edad. Se comportaba con un orgullo informal y una confianza que se mostraba en cada una de las arrugas de su cuerpo. La figura acuática no apareció translúcida como el líquido, como ocurría con

Lady Caria. Se alzó del río a todo color, y Amara creyó por un instante que había acudido el Primer Señor en persona en lugar de enviar a su furia. Tenía el cabello oscuro, con mechones de un blanco plateado, y sus ojos verdes parecían apagados, cansados y confiados.

—Aquí estamos —comentó la figura en un tono grave, amable y sonoro—. ¿Qué ocurre, esposa mía? —La figura de Gaius se volvió hacia Amara, bizqueando. Sus rasgos quedaron completamente congelados durante un momento. Entonces murmuró —: ¡Ah!, ya veo. Saludos, cursor.

Lady Caria lanzó una mirada a la imagen de su marido por el uso de ese título y después su atención remota se volvió de nuevo hacia Amara.

—Esta se empeña en hablar contigo, pero le he informado de que debías atender una cena de Estado.

—Vuestra Majestad —murmuró entonces Amara y volvió a hacer una reverencia. Gaius suspiró e hizo un gesto vago con la mano.

—Puedes adelantarte, esposa mía. Voy enseguida.

Lady Caria alzó la barbilla, que tembló con un ligero movimiento.

—Esposo, se producirá una consternación considerable si no llegamos juntos.

Gaius volvió la cara hacia Lady Caria.

—Entonces, si no te importa, esposa, me puedes esperar en cualquier otro sitio.

La Primera Dama apretó los labios, pero ofreció su conveniente asentimiento con gran distinción antes de que su imagen cayera de repente de vuelta al agua, generando una salpicadura que mojó a Amara hasta la cintura. La muchacha dejó escapar un grito de sorpresa, moviéndose para secar inútilmente su falda.

—¡Oh! ¡Mi señor, por favor, excúseme...!

Gaius chasqueó la lengua y su imagen movió una mano. El agua huyó de la tela de su falda y sencillamente cayó al suelo en una lluvia constante de gotas ordenadas que se unieron en un charco pequeño y embarrado antes de verterse de nuevo en el río, dejando su falda bastante limpia.

—Por favor, excusa a la Primera Dama —murmuró Gaius—. Los últimos tres años no se han portado bien con ella.

«Tres años desde que se casó con vos, mi señor», pensó Amara. Pero en voz alta solo llegó a decir:

—Sí, Vuestra Majestad.

El Primer Señor respiró profundamente y asintió con una expresión brusca. Se había afeitado la barba desde que Amara lo había visto por última vez y las arrugas de la edad, suaves en la mayor parte de sus rasgos, aún jóvenes, aparecían como sombras oscuras en las comisuras de los ojos y de la boca. Gaius aparentaba unos cuarenta años de edad, pero en realidad Amara sabía que tenía el doble. Y que no había ni asomo de plata en su cabello cuando llegó a la Academia Real cinco años

atrás.

—Tu informe —indicó Gaius—. Oigámoslo.

—Sí, mi señor. Siguiendo vuestras instrucciones, Fidelias y yo intentamos infiltrarnos en el campamento que sospechábamos que era de los revolucionarios. Pudimos entrar. —Sintió la boca seca y tragó—. Pero... pero él...

Gaius asintió con el rostro serio.

—Pero él te traicionó. Se mostró más interesado en servir a la causa de los insurrectos que permanecer leal a su señor.

Amara parpadeó sorprendida.

—Sí, mi señor. Pero ¿cómo lo...?

Gaius se encogió de hombros.

—No lo sabía. Pero lo sospechaba. Cuando llegues a mi edad, Amara, la gente se te mostrará con toda claridad. Escriben sus intenciones y sus creencias a través de sus actos, de sus mentiras. —Movié la cabeza—. Vi las señales en Fidelias cuando era solo un poco mayor que tú. Pero esa semilla ha escogido un momento especialmente malo para florecer.

—¿Lo sospechabais? —preguntó Amara—. ¿Y no me dijisteis nada!?

—¿Se lo habrías podido ocultar? ¿Podrías haber representado este tipo de comedia con él, el maestro que te educó, durante toda la duración de la misión?

Amara apretó los dientes furiosa en lugar de hablar. Gaius tenía razón. Nunca habría sido capaz de esconder dicho conocimiento ante Fidelias.

—¿Por qué me enviasteis? —Las palabras le salían claras, precisas.

Gaius le lanzó una mirada cansada.

—Porque eres el cursor más rápido que he visto nunca. Porque eras una estudiante brillante en la Academia, llena de recursos, perseverante y capaz de pensar por tu cuenta. Porque le caías bien a Fidelias. Y porque estaba seguro de tu lealtad.

—Un cebo —replicó Amara. Sus palabras seguían saliendo afiladas—. Me habéis usado de cebo. Sabíais que no podría resistirse a llevarme con él. A reclutarme.

—En esencia, correcto.

—Me habrías sacrificado.

—Si no hubieras vuelto, sabría que habías fracasado en tu misión, probablemente por culpa de Fidelias. O eso, o habrías probado suerte con los insurgentes. En cualquier caso, comprobaría el color de la capa de Fidelias.

—Así que era el objetivo del ejercicio.

—En buena medida. También preciso la información requerida.

—¿Así que arriesgasteis mi vida?

Gaius asintió.

—Sí, cursor. Juraste que dedicarías tu vida al servicio de la Corona, ¿no es así?

Amara bajó la mirada con la cara ruborizada. La ira, la confusión y la desilusión

se iban amontonando en su interior.

—Sí, mi señor.

—Entonces, informa. En breve tengo que asistir a la cena.

Amara respiró hondo y, sin levantar la mirada, contó los acontecimientos del día: lo que Fidelias y ella habían visto, lo que sabía de la legión insurgente y en especial de la fuerza y el número estimado de los caballeros que la acompañaban.

Alzó la mirada al final del informe. La cara de Gaius parecía avejentada, las arrugas más profundas, como si sus palabras le hubieran quitado un poco de vida, de juventud y de fuerza.

—La nota. La que te permitieron leer... —apuntó Gaius.

—Una treta de distracción, mi señor. Lo sé. Un intento de lanzar las sospechas en otra dirección. No creo que Lord Aticus tenga nada que ver con esto.

—Es posible. Pero recuerda que la nota estaba dirigida al comandante de la Segunda Legión. —Gaius sacudió la cabeza—. Eso parece indicar que más de uno de los Grandes Señores está conspirando contra mí. Esto puede ser un esfuerzo de uno para asegurarse de que todas las culpas recaen en otro.

—Asumiendo que solo haya dos, mi señor.

Las arrugas alrededor de los ojos de Gaius se acentuaron.

—Sí. Asumiendo que no estén todos juntos en esto. —Hubo un amago de sonrisa que pronto desapareció—. Y que quisieran detalles de mis aposentos privados parece indicar que creen que pueden planear un asesinato y conseguir directamente el poder.

—Seguro que no, mi señor. No os pueden matar.

Gaius se encogió de hombros.

—No, siempre y cuando yo lo vea venir. Pero el poder de mover montañas no sirve de nada si ya tienes el cuchillo hundido en el cuello —sonrió—. Uno de los Grandes Señores más jóvenes. Debe de ser uno de ellos. Cualquiera de cierta edad utilizaría el tiempo como asesino. Soy un anciano.

—No, Vuestra Majestad. Vos sois...

—Un anciano. Un anciano casado con una niña obstinada y políticamente conveniente. Un anciano que es raro que duerma por las noches y que tiene que llegar a tiempo a la cena. —Miró de arriba abajo a Amara—. Está cayendo la noche. ¿Estás en condiciones de viajar?

—Eso creo, mi señor.

Gaius asintió.

—Los acontecimientos se están precipitando por todo Alera. Lo puedo sentir en los huesos, muchacha. El retumbar de los pasos, la migración inquieta de los animales. Los behemot cantan en la oscuridad frente a las costas occidentales y las furias salvajes del país del norte están preparando este año un invierno frío. Un invierno muy frío... —El Primer Señor respiró hondo y cerró los ojos—. Las voces

hablan bien alto. La tensión se está acumulando en un lugar. Las furias de la tierra, del aire y de la madera susurran por doquier que se acerca algo peligroso y que la paz de la que ha disfrutado nuestra tierra durante los últimos quince años se acerca a su fin. Las furias del metal afilan los filos de las espadas y sorprenden a los herreros en sus forjas. Los ríos y la lluvia esperan para cuando tengan que fluir rojos de sangre. Y el fuego arde verde de noche, o azul, en lugar de escarlata y dorado. Sí, se acerca el cambio.

Amara tragó saliva.

—Quizá se trate solo de coincidencias, mi señor. Es posible que no sean...

Gaius volvió a sonreír, pero su expresión era cadavérica y agotada.

—No soy tan viejo, Amara. Aún no. Y tengo trabajo para ti. Presta atención.

Amara asintió y se concentró en la imagen.

—¿Estás familiarizada con la importancia del valle de Calderon?

Amara asintió y respondió:

—Se encuentra en el istmo entre Alera y las llanuras de más allá. Solo existe un paso a través de las montañas, que recorre el valle. Si alguien quiere llegar a las tierras interiores debe atravesar el valle de Calderon.

—«Alguien» quiere decir los marat, por supuesto —especificó Gaius—. ¿Qué más sabes de ese lugar?

—Lo que enseñan en la Academia, mi señor. Una tierra muy fértil. Rentable. Y fue allí donde los marat mataron a vuestro hijo, mi señor.

—Sí. El jefe de la horda de los marat mató al príncipe y puso en movimiento una cadena de acontecimientos que llenará las salas de lectura y será como una plaga para los estudiantes durante el próximo siglo. La Casa de Gaius ha dirigido Alera durante casi mil años, pero cuando me haya ido, se habrá acabado. Todo lo que me queda por hacer es asegurarme de que el poder recaer en manos responsables. Y parece que alguien quiere tomar esa decisión en mi lugar.

—¿Sabéis quién, mi señor?

—Tengo mis sospechas —respondió Gaius—. Pero no diré nada más que eso, porque si acuso a un inocente perderé el apoyo de los Grandes Señores, leales e insurgentes. Irás al valle de Calderon, Amara. Los marat se han puesto en movimiento. Lo sé. Lo siento.

—¿Qué queréis que haga allí, mi señor?

—Observarás los movimientos de los marat en la zona —indicó Gaius—. Y hablarás con los estatúderes para averiguar lo que está pasando.

Amara inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Sospecháis que los marat y la reciente actividad insurgente están relacionadas, mi señor?

—Los marat se convierten fácilmente en una herramienta, Amara. Y sospecho

que alguien ha forjado con ellos una daga para clavármela en el corazón. —Sus ojos brillaron y el río formó ondas a los pies de la imagen de agua como respuesta a la emoción—. Es posible que yo entregue mi poder a alguien de valía, pero mientras viva y respire, no me lo va a arrebatar nadie.

—Sí, mi señor.

Gaius le dedicó una sonrisa lúgubre.

—Si tropiezas con alguna conexión entre los dos, Amara, infórmame. Si consigo alguna prueba para presentarla ante los Grandes Señores, podré resolver todo esto sin un innecesario derramamiento de sangre.

—Como deseéis, mi señor. Iré allí lo más rápido que pueda.

—Esta noche —replicó Gaius.

Amara negó con la cabeza.

—No estoy segura de que lo pueda hacer esta noche, Majestad. Estoy exhausta.

Gaius asintió.

—Hablaré con el viento del sur. Te ayudará a llegar más rápida.

Amara tragó saliva.

—¿Qué debo buscar, mi señor? ¿Tenéis alguna sospecha? Si sé lo que debo buscar...

—No —contestó Gaius—. Necesito que tengas los ojos abiertos y que observes sin prejuicios. Ve al valle. Allí se centran los acontecimientos. Quiero que representes allí mis intereses.

—¿Es posible que me vuelva a enfrentar a la muerte, mi señor? —Amara dejó que solo un pequeño aguijón asomara en sus palabras.

Gaius inclinó la cabeza hacia un lado.

—Casi con toda seguridad, cursor. ¿Quieres que envíe a otro en tu lugar?

Amara negó con la cabeza.

—Me gustaría que pudierais responder otra pregunta.

Gaius enarcó las cejas.

—¿Qué pregunta?

Amara miró directamente a la imagen de Gaius.

—¿Cómo lo sabíais, mi señor? ¿Cómo sabíais que iba a permanecer leal a la Corona?

Gaius frunció el ceño y le aparecieron más arrugas en la cara. Se quedó en silencio durante un rato largo antes de responder:

—Hay algunas personas que no comprenderán nunca lo que significa la lealtad. Por supuesto, te pueden explicar lo que es, pero nunca la conocerán. No la verán nunca desde dentro. No pueden imaginar un mundo en que algo así fuese real.

—Como Fidelias.

—Como Fidelias —reconoció Gaius—. Pero tú eres una persona rara, Amara. Tú

eres justo lo contrario.

Ella frunció el ceño.

—¿Queréis decir que sé lo que es la lealtad?

—Más que eso. Tú vives dentro de ella. No puedes imaginar un mundo en el que no lo hicieras. No puedes traicionar lo que estimas como no puedes obligar a tu corazón a que deje de latir. Soy viejo, Amara. Y la gente se me revela tal como es. — Se quedó en silencio por un instante y luego añadió—: Nunca he dudado de tu lealtad. Solo de tu habilidad para sobrevivir a la misión. Y parece que te debo una disculpa por eso, cursor Amara. Considera que tu prueba de graduación ha sido un éxito.

Amara sintió cómo el orgullo se removía en su interior: una sensación absurda de placer por el elogio de Gaius. Advirtió que se le enderezaba la espalda y alzaba un poco la barbilla.

—Soy vuestros ojos y oídos; siempre a vuestras órdenes, mi señor.

Gaius asintió y detrás de Amara se empezó a levantar el viento, que se movía sobre los árboles como la espuma sobre la arena, haciendo que susurraran y suspirasen en un coro magnífico y tranquilo.

—Entonces, que las furias te acompañen, cursor. Por Alera.

—Encontraré lo que necesitáis, Vuestra Majestad. Por Alera.

FIDELIAS odiaba volar.

Estaba sentado en el palanquín, mirando hacia delante, de manera que el viento le daba en los ojos y le echaba hacia atrás el cabello desde la alta frente. En el asiento que tenía delante iba sentado Aldrick el Espada, enorme y relajado como un león recién alimentado. Odiana se había acomodado horas antes en su regazo para dormir y el cabello negro de la bruja del agua bailaba y jugaba con el viento, velando la belleza de sus rasgos. Ninguno de los dos demostraba ninguna señal de incomodidad con el vuelo, ya fuera física o de otro tipo.

—Odio volar —murmuró Fidelias.

Levantó una mano para protegerse los ojos y se inclinó sobre el borde del palanquín. Una luna brillante y enorme dominaba un mar de estrellas y pintaba de plata y negro el paisaje inferior. Colinas cubiertas de bosques se deslizaban por debajo de ellos como una sólida masa oscura, rota aquí y allá por claros plateados y ríos serpenteantes y algo luminiscentes.

Cuatro de los caballeros Aeris del campamento los conducían por el aire, uno en cada punta de las barras del palanquín. Llevaban arneses que les impedían separarse de él, y soportaban el peso de las tres personas en su interior mientras que, a su vez, el peso de los caballeros se apoyaba en las furias poderosas que les servían. Otra media docena de caballeros Aeris volaba en círculo alrededor del palanquín y la luz de la luna relucía en el acero de sus armas y armaduras.

—Capitán —llamó Fidelias al caballero al mando.

El hombre miró por encima del hombro, murmuró algo y se volvió hacia el palanquín.

—¿Señor?

—¿Tardaremos mucho en llegar a Aquitania?

—No, señor. Deberíamos estar allí antes de una hora.

Fidelias parpadeó.

—¿Tan pronto? Creía que habías dicho que no llegaríamos hasta el amanecer.

El caballero negó con la cabeza, mientras los ojos vigilaban con frialdad el cielo que tenían delante.

—La fortuna nos favorece, señor. Las furias del sur se agitan y nos han proporcionado un viento fuerte que acelera nuestra marcha.

El antiguo cursor frunció el ceño.

—Eso es muy poco habitual en esta estación, ¿verdad, capitán?

El hombre se encogió de hombros.

—Nos ha ahorrado horas de vuelo y lo hace más fácil para todos. Ni siquiera hemos tenido que relevar a los hombres que llevan el palanquín. Relájese, señor. Le

dejaremos en el palacio del Gran Señor antes de la hora de las brujas. —Y tras esto el soldado aceleró y regresó a su posición delante del palanquín.

Fidelias frunció el ceño y se volvió a acomodar en el asiento. Se asomó de nuevo por el lateral del palanquín y el estómago le dio un vuelco por su sensación de miedo irracional. Sabía, como todo el mundo en el Reino, que era seguro volar en el palanquín escoltado por caballeros Aeris, pero una parte de su mente no quería aceptar la enorme distancia que se extendía entre él y el suelo. Aquí se encontraba lejos de la madera y la tierra, lejos de las furias que podía llamar a su servicio, y eso le perturbaba. Tenía que confiar en la fuerza de los caballeros que le acompañaban en lugar de en sus propias fuerzas. Y con el tiempo, todo el mundo le había decepcionado, excepto él mismo.

Cruzó los brazos e inclinó la cabeza contra el viento, meditando. Gaius lo había usado desde el principio. Lo había utilizado con un propósito y, sin lugar a dudas, nunca de manera descuidada. Era una herramienta demasiado valiosa para perderla por negligencia o mal uso. De hecho, algunas veces la paz precaria de todo el Reino había descansado en su habilidad para cumplir lo que le encargó la Corona.

Fidelias sintió cómo se le marcaba el entrecejo. Gaius era anciano —el lobo viejo que dirige la manada— y solo era cuestión de tiempo que lo arrastrase la muerte. Pero a pesar de esa verdad brutal y sencilla, Gaius seguía luchando contra lo inevitable. Hacía una década que podría haber entregado el poder a un heredero nominal, pero en su lugar lo había retenido, astuto y desesperado, y retrasó el asunto toda una década enfrentando a los Grandes Señores entre sí para ver quién conseguiría situar a su hija o su sobrina en posición de casarse con el Primer Señor y dar a luz al nuevo príncipe. Gaius (con su ayuda, por supuesto) había jugado con los señores con una precisión despiadada, consiguiendo que todo Gran Señor de Alera se pasase años convencido de que su candidata sería con la que se acabaría casando Gaius. Su elección final no había complacido a nadie, ni siquiera al Gran Señor Parcius, padre de Caria, y hasta el más obtuso de los Grandes Señores se dio cuenta en ese momento de que habían jugado con ellos como si fueran idiotas.

La partida se jugó muy bien, pero al final no sirvió para nada. La Casa de Gaius nunca había sido muy fértil y aunque físicamente demostró que era capaz de engendrar un heredero (algo de lo que Fidelias aún dudaba), hasta el momento la Primera Dama no había dado señales de que estuviera embarazada, y los rumores de palacio afirmaban que rara era la ocasión en la que el Primer Señor compartía la cama donde dormía su esposa.

Gaius era viejo. Se estaba muriendo. La estrella de su Casa estaba cayendo desde el cielo y todo aquel que se aferrase ciegamente al borde de su túnica caería con él.

Como Amara.

Fidelias frunció el ceño, sintiendo que algo le incomodaba, le distraía, le quemaba

en el pecho. Seguramente era una pena que Amara hubiera escogido la cruzada de un loco en lugar de tomar una decisión inteligente. Lo más seguro era que si hubiera tenido más tiempo la habría podido convencer para que adoptase un punto de vista más racional. Ahora, en cambio, tendría que actuar directamente contra ella si volvía a interferir.

Y no quería hacerlo.

Fidelias sacudió la cabeza. La muchacha había sido su alumna más prometedora y dejó que llegara a significar demasiado para él. Durante sus años como cursor había destruido a tres hombres y mujeres destacados, algunos tan poderosos e idealistas como Amara. Nunca vaciló en el cumplimiento del deber, nunca permitió que lo distrajera nada tan trivial como las relaciones personales. Su amor era Alera.

Y esa era realmente la cuestión. Fidelias servía al Reino, no al Primer Señor. Gaius estaba condenado. El retraso en la transferencia del poder de manos de Gaius a las de otra persona solo podía provocar luchas y derramamiento de sangre entre los Grandes Señores que quisieran asumir el puesto de Gaius. Incluso se podría llegar a una guerra de sucesión, algo inusitado desde el nacimiento de la civilización de Alera, pero que según se contaba fue habitual en el pasado más lejano. Y si ocurría eso, los hijos y las hijas de Alera no solo iban a morir inútilmente luchando entre ellos, sino que la propia división supondría la señal de salida para los enemigos del Reino: los salvajes hombres de hielo, los bestiales marat, los despiadados canim y quién sabe cuántos más en las tierras salvajes e inexploradas del mundo. Por encima de cualquier consideración, había que evitar ese debilitamiento de la unidad del Reino.

Eso significaba que era necesario establecer un gobernante fuerte, y con rapidez. Los Grandes Señores ya estaban desafiando en silencio la autoridad del Primer Señor. Solo era cuestión de tiempo que los Grandes Señores y sus ciudades desmembrasen el Reino en un mosaico de ciudades-estado. Y si ocurría eso, a los enemigos de la humanidad les resultaría fácil desgastar tranquilamente esos reinos hasta que no quedase nada.

Fidelias hizo una mueca: el vientre le ardía con más fuerza. Había que hacerlo, como cuando un cirujano en el campo de batalla se veía obligado a amputar una extremidad destrozada. No había nada que pudiera hacerlo menos espantoso. Lo mejor que se podía pedir era que se hiciera con tanta rapidez y limpieza como fuera posible.

Lo cual llevaba hasta Aquitanius: el más despiadado, el más capaz y quizá el más fuerte de los Grandes Señores.

A Fidelias se le revolvió el estómago.

Había traicionado a Gaius, al Codex, a los cursores. Había traicionado a su alumna, Amara. Les había dado la espalda para apoyar a un hombre que se podía

convertir en el dictador más despiadado y sediento de sangre que había conocido Alera. Las furias sabían que había intentado todo cuanto estaba a su alcance para que Gaius tomara otro camino.

Fidelias se había visto forzado a hacer todo esto.

Era necesario.

Había que hacerlo.

El estómago le quemaba cuando apareció en el horizonte el resplandor de las luces de las furias de Aquitania.

—Despierta —murmuró—. Casi hemos llegado.

Aldrick abrió los ojos y los fijó en Fidelias. Distraídamente, una mano acarició la mata de cabello oscuro de Odiana y ella dejó escapar en sueños un pequeño gemido de placer, moviéndose en el regazo del hombre con una sensualidad líquida, antes de quedarse de nuevo totalmente quieta. El espadachín miró a Fidelias con un gesto inescrutable.

—¿Pensamientos profundos, anciano? —preguntó Aldrick.

—Algunos. ¿Cómo reaccionará Aquitanius?

El gigante frunció los labios.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que esté haciendo cuando lo interrumpamos con las malas noticias.

—¿Tan grave es?

Aldrick sonrió.

—Espero que esté bebiendo. Normalmente está de bastante buen humor. Suele olvidar el enfado cuando se le pasa la resaca.

—Desde el principio el plan era una idiotez.

—Por supuesto. Era suyo. No sabe planificar engaños o subterfugios. Pero nunca he conocido a nadie que pueda dirigir con la firmeza que lo hace él. O a nadie con su poder descarnado —Aldrick siguió acariciando el cabello de la bruja de agua con el rostro pensativo—. ¿Estás preocupado?

—No —mintió Fidelias—. Para él sigo siendo muy valioso.

—Quizá, por ahora —replicó el espadachín. Sonrió con una expresión sin gracia—. Pero no te arriendo la ganancia.

Fidelias apretó los dientes.

—En cualquier caso, la acción directa habría sido prematura. Al escapar, es posible que la muchacha le haya hecho a Su Gracia el mayor favor de su vida.

—No lo dudo —murmuró Aldrick—. Pero casi tengo la certeza de que él no lo va a ver de esa manera.

Fidelias estudió el rostro del hombre, pero los rasgos del gigante no revelaban nada. Sus ojos grises pestañeaban perezosos y la boca dibujaba una sonrisa, como si

se estuviera divirtiendo con la incapacidad de Fidelias para evaluarlo. El cursor hizo un guiño al hombre, un gesto afable, y se volvió hacia la ciudad de Aquitania, que aparecía ante sus ojos.

Primero aparecieron las luces. Docenas de artífices del fuego mantenían las llamas a lo largo de las calles de la ciudad, que ardían con un brillo acogedor y hendían la tarde cubierta de niebla en suaves ocre, profundos ámbar y pálidos carmesíes, hasta el punto de que la colina sobre la cual se levantaba la ciudad parecía una enorme hoguera con vida, envuelta en colores cálidos y parpadeantes. Sobre las murallas de la urbe y justo por debajo de ellas, las llamas ardían con un brillo frío y azulado, que iluminaba con fuerza el suelo de los alrededores y lo cubría con sombras largas y negras, al acecho ante cualquier posible invasor.

A medida que el palanquín descendía y se acercaba, Fidelias pudo empezar a distinguir formas bajo la luz cambiante. En las calles se alzaban silenciosas estatuas de gran belleza. Las casas, con líneas elegantes y arcos altos, competían entre ellas para demostrar cuál era la que tenía la decoración más elaborada y la disposición más hermosa. Las fuentes burbujaban y destellaban, algunas de ellas iluminadas desde abajo, de manera que resplandecían en violeta y esmeralda sobre la oscuridad, como lagunas de llamas líquidas. Los árboles se alzaban alrededor de los edificios y bordeaban las calles: vías prósperas y hermosas, cuidadas con tanto esmero como el resto de la ciudad. Además, los árboles lucían velos también con luces de colores y sus hojas, que ya presentaban su brillante aspecto otoñal, relucían con más tonalidades de las que se podían contar.

El sonido de una campana que marcaba la hora tardía se elevó hasta el palanquín en descenso. Fidelias oyó el golpeteo de los cascos sobre los adoquines de piedra en algún punto debajo de él y las notas de una canción estridente que provenía de algún establecimiento nocturno. Les recibió la música de una fiesta en un jardín cuando el palanquín pasó por encima de él. Las cuerdas apoyaban a una flauta aguda y dulce que emitía una melodía amable y cautivadora. El olor a humo de madera y especias aún perduraba en la brisa nocturna, junto con el aroma de las flores y un rastro de lluvia en el viento.

Decir que Aquitania era hermosa era como decir que el océano es húmedo: eso pensaba Fidelias. Muy cierto, sin ninguna duda, pero totalmente insuficiente.

Les desafió el bramido de una voz antes de que llegaran a un tiro de arco de la residencia del Gran Señor, una fortaleza amurallada que dominaba la colina sobre la cual se levantaba la ciudad. Fidelias contempló cómo un hombre con la sobrevesta escarlata y sable de Aquitania descendía por encima de ellos. Una docena más seguían atentos en el cielo nocturno por encima de su nivel, invisibles, pero el cursor podía percibir los remolinos de viento que provocaban sus furias para mantenerlos en el aire.

El jefe de los caballeros Aeris que protegían la residencia del Gran Señor intercambió una contraseña con el capitán de la escolta de Fidelias, aunque la conversación tuvo el aire cómodo y rutinario de una formalidad. Seguidamente, el grupo siguió adelante y bajó hacia el patio de la mansión, mientras más guardias los contemplaban desde las murallas, junto a lascivas estatuas cinceladas con la figura de un hombre jorobado y desgarrado. En el mismo instante en que Fidelias bajó del palanquín, sintió el temblor ligero y constante del poder en la tierra que conducía a cada una de las estatuas en la muralla, y se las quedó mirando.

—¿Gárgolas? —se sorprendió—. ¿Todas ellas?

Aldrick miró hacia las estatuas y después a Fidelias, y asintió.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Nadie recuerda cuando no estaban —respondió Aldrick.

—Aquitania es tan poderosa... —murmuró Fidelias, que se mordió los labios mientras reflexionaba.

No estaba de acuerdo con los principios de nadie que mantuviera a las furias sometidas a un confinamiento tan restrictivo, y mucho menos si lo hacía durante generaciones. Pero si hubiera tenido alguna duda, confirmaba desde luego que el poder de Aquitania era más que suficiente para la tarea que se le presentaba.

Los caballeros Aeris que escoltaban el palanquín se alejaron hacia un barracón en busca de comida y bebida, mientras que el capitán de la guardia aquitana, un hombre joven de gesto serio y unos ojos azules acechantes, abrió la puerta del palanquín y extendía cortésmente una mano invitándoles a adentrarse. Seguidamente, los condujo al interior de la mansión.

Fidelias anotaba en su mente todo lo que veía en la residencia mientras seguía al joven capitán, recordando las puertas, las ventanas y la presencia (o ausencia evidente) de guardias. Era una vieja costumbre que sería una locura abandonar. Le gustaba conocer la mejor manera de salir de cualquier sitio al que entraba. Aldrick iba a su lado, cargando indolentemente con Odiana, que seguía durmiendo, como si no pesase más que una frazada de ropa, y cada uno de sus pasos parecía sólido y decidido.

El joven capitán abrió un par de puertas dobles que condujeron a un gran salón de festejos, que contaba, al estilo de las montañas, con huecos en el suelo para las hogueras, ya encendidas aunque la estación aún no era realmente fría. Su luz mortecina y cálida era la única iluminación de la sala, y Fidelias se tomó un momento para detenerse al pasar por las puertas con la finalidad de permitir que se le acostumbraran los ojos.

El salón se extendía delante de ellos, flanqueado por una fila doble de pilares de mármol liso. Las paredes estaban cubiertas por cortinas, que proporcionaban un poco de calidez y un escondite perfecto para mirones, guardias o asesinos. Las mesas se

habían retirado durante la noche y los únicos muebles de la sala eran una mesa y muchas sillas sobre un estrado en el extremo más alejado. A su alrededor se movían personas y Fidelias pudo oír la suave música de las cuerdas.

El capitán les condujo en línea recta por el salón en dirección al estrado.

Sobre una gran silla cubierta por la piel de un león de las praderas del valle de Amarante estaba repantigado un hombre, tan alto como Aldrick, según pudo deducir Fidelias, pero más delgado y con la apariencia de un joven en la flor de la juventud. Aquitanius tenía los pómulos altos y una cara estrecha, marcada por una mandíbula fuerte cuyas líneas quedaban suavizadas por la cascada de cabellos de color dorado oscuro que le caía hasta los hombros. Llevaba una sencilla camisa escarlata con pantalones negros de cuero y botas suaves y negras. Sostenía perezosamente una copa con una mano, y en la otra el extremo de una larga tira de seda que iba retirando lentamente de la muchacha de formas proporcionadas que bailaba delante de él, mostrando cada vez más carne. Aquitanius tenía unos ojos muy negros, que destacaban en la cara estrecha, y contemplaba a la esclava bailarina con una intensidad casi febril.

La mirada de Fidelias se vio atraída por el hombre que estaba junto a la silla del Gran Señor, un paso más atrás. En la penumbra era difícil distinguir los detalles. El hombre no era alto, quizá unos diez centímetros más que Fidelias, pero tenía una constitución fuerte y su postura relajada e informal emanaba poder. Llevaba una espada colgada en la cadera —hasta donde podía ver Fidelias— y un bulto ligero en su túnica de color gris oscuro quizá revelaba la presencia de un arma oculta. Fidelias cruzó brevemente su mirada con la del misterioso hombre y descubrió que era opaca y suspicaz.

—Si valoras tu cabeza, capitán —gruñó Aquitanius, sin apartar la mirada de la chica—, todo puede esperar hasta que acabe este baile.

Fidelias se dio cuenta de que la voz del Gran Señor revelaba el leve rastro de la borrachera.

—No, Vuestra Gracia —intervino Fidelias, y dio un paso al frente que dejó atrás al capitán—, no puede esperar.

La espalda de Aquitanius se enderezó y giró la cabeza con lentitud hacia Fidelias. El peso de los ojos oscuros del hombre cayó sobre el cursor como un golpe físico y respiró hondo cuando sintió la agitación en la tierra bajo sus pies, una vibración lenta y huraña, en lo más profundo de las piedras: un reflejo del enfado del Gran Señor.

Fidelias adoptó una actitud informal y confiada, y reaccionó como si Aquitanius lo hubiera saludado. Se golpeó sobre el corazón con el puño cerrado e hizo una reverencia.

Se produjo un largo silencio antes de que Fidelias pudiera escuchar la reacción de Aquitanius. El hombre soltó una carcajada grave y relajada, que levantó ecos en el

salón casi desierto. Fidelias se enderezó de nuevo para mostrar su rostro al Gran Señor, con mucho cuidado de mantener su expresión congelada en un respeto neutral.

—Y bien —ronroneó Aquitanius—. Así que este es el famoso Fidelias Cursor Callidus.

—Con vuestra venia, ya no soy cursor.

—No parece que mis deseos te preocupen mucho —señaló Aquitanius, que aún sostenía en la mano la cinta de tela de la bailarina—. Casi lo encuentro irrespetuoso.

—No pretendía ser irrespetuoso, Vuestra Gracia. Hay asuntos muy graves que requieren vuestra atención.

—Requieren... mi... atención —murmuró Aquitanius, arqueando elegantemente las cejas— «Mi». No creo que nadie me haya hablado de ese modo desde justo antes de que mi último tutor sufriera aquella desgraciada caída.

—Vuestra Gracia descubrirá que soy bastante más ágil.

—Las ratas son ágiles —bufó Aquitanius—. El verdadero problema de aquel patán era el de creer que lo sabía todo.

—Ah —exclamó Fidelias—. Conmigo no tendréis esa dificultad.

Los ojos oscuros de Aquitanius brillaron.

—¿Porque realmente lo sabes todo?

—No, Vuestra Gracia. Solo todo lo que tiene importancia.

El Gran Señor entornó los ojos. Se quedó en silencio durante tres docenas de pulsaciones aceleradas del corazón de Fidelias, pero el ex cursor no dejó que se notase su nerviosismo. Respiró de forma lenta y regular en silencio, esperando.

Aquitanius bufó y apuró el vino que le quedaba con un movimiento lánguido de la muñeca. Extendió la copa hacia un lado, esperó un instante y la dejó caer. El fornido extraño a su lado alargó la mano con la velocidad de un reptil y la atrapó, se acercó a la mesa sobre el entarimado y llenó la copa con una botella de cristal.

—Mis fuentes me indican que tienes reputación de impertinente —murmuró Aquitanius—. Pero no tenía ni idea de que lo fueras a demostrar tan pronto.

—Por favor, Vuestra Gracia, quizá podríamos dejar esta discusión por el momento. El tiempo puede ser esencial.

El Gran Señor aceptó la copa de vino que le ofrecía el extraño, sin apartar los ojos de la bonita esclava, que ahora estaba arrodillada en el suelo delante de él con la cabeza inclinada. Aquitanius dejó escapar un suspiro de pesar.

—Lo supongo —reconoció—. Muy bien entonces. Informa.

Fidelias miró al extraño, después a la esclava y a continuación hacia las cortinas.

—Tal vez un entorno más privado sería más apropiado, Vuestra Gracia.

Aquitanius negó con la cabeza.

—Aquí puedes hablar con libertad. Fidelias, deja que te presente al conde Calix de la Frontera de las Acacias Amarillas, al servicio de Su Gracia, el Gran Señor de

Rodas. Ha demostrado ser un consejero astuto y capaz, y un leal seguidor de nuestra causa.

Fidelias dirigió su atención al hombre fornido que permanecía junto al asiento del Gran Señor.

—La Frontera de las Acacias Amarillas. ¿No fue allí donde desbarataron hace unos años una operación de esclavización ilegal?

El conde Calix le dirigió al antiguo cursor una sonrisa con sus labios finos. Cuando habló, su voz surgió con un tono ligero y matizado de tenor, que no tenía nada que ver con el poder que transmitía su cuerpo.

—Sí, eso creo. Tengo entendido que tanto el Consorcio Esclavista como la Liga Diánica te otorgaron distinciones al valor por encima y más allá de la exigencia del deber.

Fidelias se encogió de hombros, sin dejar de mirar fijamente al otro hombre.

—Un gesto vacío. No pude conseguir ninguna información para presentar cargos contra el jefe del grupo esclavista. —Se detuvo durante un momento y añadió—: Fuera quien fuese.

—Una pena —reconoció el conde—. Supongo que a alguien le costó un montón de dinero.

—Es lo más probable —asintió Fidelias.

—Eso daría a un hombre una buena razón para guardar rencor.

Fidelias sonrió.

—Me han dicho que eso puede ser malo para la salud.

—Quizá lo compruebe algún día.

—En caso de que sobrevivas a la experiencia, hazme saber lo que hayas aprendido.

Aquitanius contemplaba la confrontación con sus ojos negros brillantes de diversión.

—Caballeros, odio interrumpir vuestro ejercicio de esgrima, pero esta noche tengo otros intereses y hay temas que debemos discutir. —Tomó otro sorbo de vino e hizo un gesto hacia las otras sillas en la tarima—. Sentaos. Tú también, Aldrick. ¿Debo ordenar que alguien lleve a Odiana a sus habitaciones para que pueda descansar?

—Gracias, señor —respondió el interpelado—. Pero se quedará conmigo y me ocuparé de ella más tarde, si no os importa.

Se sentaron en las sillas delante de Aquitanius. El Gran Señor hizo un gesto y la joven esclava corrió hacia un lado y regresó con la tela tradicional y el cuenco de agua perfumada. Entonces la chica se sentó a los pies de Fidelias y desabrochó sus sandalias. Le quitó los calcetines y con sus dedos cálidos y suaves empezó a lavarle los pies.

Le frunció el ceño a la esclava, pensativo, pero ante otro gesto del Gran Señor, Fidelias presentó un informe conciso de los acontecimientos en el campamento de la legión renegada. El semblante de Aquitanius se oscurecía a medida que avanzaba, hasta que al final se encontraba bufando.

—Deja que compruebe si he comprendido bien lo que me estás explicando, Fidelias —murmuró Aquitanius—. No solo fuiste incapaz de conseguir de esa chica información sobre las habitaciones de Gaius, sino que además se os escapó a ti y a todos mis caballeros.

Fidelias asintió.

—Mi situación ha quedado comprometida. Y casi con toda seguridad ahora ya habrá informado a la Corona.

—La Segunda Legión ha quedado disuelta en centurias individuales —explicó Aldrick. La esclava se movió de rodillas hacia sus pies y también le quitó las sandalias y los calcetines. La larga pieza de venda escarlata que llevaba alrededor del cuerpo se había empezado a deslizar y abrir, dejando a la vista una generosa cantidad de piel fina y suave. Aldrick la observó con admiración mientras ella seguía con su tarea—. Se encontrarán en el lugar acordado según el plan.

—Excepto los Lobos del Viento —puntualizó Fidelias—. Le aconsejé a Aldrick que los enviase por delante a la zona de reunión.

—¿¿Qué?! —estalló Aquitanius, poniéndose en pie—. ¡Eso no se ajusta al plan!

El fornido Calix también se levantó con un brillo en los ojos:

—Os avisé, Vuestra Gracia. Si los mercenarios no aparecen en Parcia durante el invierno, no habrá nada que impida relacionarlos únicamente con vos. Os han traicionado.

La mirada furiosa de Aquitanius se centró en Fidelias.

—¿Y bien, cursor? ¿Es verdad lo que dice?

—Si consideráis que adaptarse a las condiciones cambiantes en el campo de batalla es traición, Vuestra Gracia —contestó Fidelias—, entonces podéis decir que soy un traidor, si eso os complace.

—Tergiversa vuestras propias palabras contra vos, Vuestra Gracia —susurró Calix—. Nos está utilizando. Es un cursor, leal a Gaius. Si le seguís escuchando, os conducirá a vuestra muerte a los pies de Gaius. Matadlo antes de que siga envenenando vuestros pensamientos. Él, este matón asesino y su bruja loca tan solo pretenden vuestra destrucción.

Fidelias sintió que se le dibujaba en los labios una sonrisa. Su mirada hizo un recorrido desde Aquitanius a Calix y después a Aldrick, que tenía a la esclava arrodillada a sus pies con los labios abiertos y los ojos fijos. En el regazo de Aldrick, Odiana no se movió ni habló, pero pudo ver cómo su boca esbozaba una sonrisa.

—Ah... —Fidelias dejó que su sonrisa se ampliara. Cruzó un tobillo sobre la

rodilla de la otra pierna—. Ya veo.

Aquitanius entornó los ojos y se acercó para cernirse sobre la silla de Fidelias.

—Has interrumpido un momento placentero con el regalo de aniversario que me ha entregado mi esposa. Parece que has fracasado miserablemente en lo que dijiste que harías por mí. Además, has dispersado mis tropas de una manera que me puede causar graves dificultades ante todo el Consejo de Señores, sin mencionar al Senado —se inclinó sobre el antiguo cursor y añadió con mucha suavidad—: Creo que sería conveniente para ti que me dieras una razón para no matarte en los próximos segundos.

—Muy bien —aceptó Fidelias—. Si me lo permitís durante un instante, Vuestra Gracia, creo que seré capaz de dejar que decidáis vos mismo en quién podéis confiar.

—¡No! —estalló Calix—. Mi señor, no permitáis que este reptil mentiroso os utilice.

Aquitanius sonrió, pero fue un gesto frío y duro. Miró fijamente al conde rodio y Calix enmudeció ante su mirada.

—Mi paciencia se está agotando. Al ritmo que vamos, caballeros, alguien caerá muerto al final de esta conversación.

Una pesada tensión inundaba la estancia, gruesa como una colcha de invierno. Calix se humedeció los labios y lanzó hacia Fidelias una mirada con los ojos muy abiertos. Odiana emitió un sonido suave y se revolvió sin gracia sobre el regazo de Aldrick antes de acomodarse de nuevo, dejando libre su brazo derecho para poder alcanzar la espada, según pudo apreciar Fidelias. Al parecer, la esclava también percibía la tensión, y se desplazó un poco hacia atrás, hasta que dejó de estar entre el Gran Señor y cualquier otro en la estancia.

Fidelias sonrió. Juntó las manos y las descansó sobre las rodillas.

—Por favor, Vuestra Gracia, necesito pluma y papel.

—¿Pluma y papel? ¿Para qué?

—Así será más fácil mostrároslo, Vuestra Gracia. Pero si después seguís insatisfecho, os ofrezco mi vida como penitencia.

Aquitanius enseñó los dientes.

—Si estuviera aquí, mi estimada esposa diría que tu vida está perdida en ambos casos.

—Si estuviera aquí, Vuestra Gracia —asintió Fidelias—. Pero no está. ¿Puedo proceder?

Aquitanius se quedó mirando a Fidelias durante un instante. Entonces le hizo un gesto a la esclava, que salió corriendo y regresó al poco con pergamino y pluma.

—Date prisa —le recomendó Aquitanius—. Mi paciencia se está agotando por momentos.

—Por supuesto, Vuestra Gracia.

Fidelias aceptó la pluma y el papel, mojó la punta en el tintero y con rapidez apuntó unas pocas notas en el pergamino, cuidando de que nadie viera lo que escribía. Todo el mundo callaba, y el rasgueo de la pluma se amplificaba en el salón, junto con los crujidos de las hogueras y el taconeo impaciente de la bota del Gran Señor.

Fidelias sopló sobre las letras; seguidamente, dobló el papel por la mitad y se lo ofreció a Aquitanius.

—Vuestra Gracia —dijo sin apartar la mirada del hombre—, os aconsejo que aceleréis vuestros planes. Que unáis vuestras fuerzas y os pongáis en movimiento.

Calix dio un paso y se situó al lado de Aquitanius.

—Vuestra Gracia, tengo que expresar mi más firme oposición. Ahora es el momento de la cautela. Si nos descubren ahora, todo quedará arruinado.

Aquitanius estaba leyendo la nota; después, levantó los ojos hacia Calix.

—Y crees que al hacerlo estás protegiendo mis intereses.

—Y los de mi Señor —aclaró Calix. Levantó la barbilla, pero el gesto no significó nada cuando el Gran Señor se alzó a su lado—. Pensad en quién os está aconsejando, Vuestra Gracia.

—*Ad hominem* —señaló Aquitanius— es un argumento lógico bastante débil. Y normalmente se utiliza para distraer del centro de la discusión, para desviarla de un punto indefendible y atacar al oponente.

—Vuestra Gracia —replicó Calix, inclinando la cabeza—, por favor, atended a razones. Actuar ahora os dejará con algo menos de la mitad de vuestra fuerza potencial. Solo un loco rechaza una ventaja como esa.

Aquitanius alzó las cejas.

—Solo un loco. Es decir, yo.

Calix tragó saliva.

—Vuestra Gracia, quería decir...

—Lo que querías decir no tiene importancia, conde Calix. Sin embargo, lo que has dicho es un tema completamente diferente.

—Vuestra Gracia, por favor. No os precipitéis. Vuestros planes se han desarrollado con éxito durante todo este tiempo. No dejéis que se desbaraten ahora.

Aquitanius bajó la mirada hacia el papel.

—¿Y qué proponéis, Excelencia? —preguntó.

Calix cuadró los hombros.

—Dicho con sencillez: Vuestra Gracia, manteneos fiel al plan original. Enviad a los Lobos del Viento a invernar en Rodas. Reunid vuestras legiones cuando se suavice el tiempo en primavera y utilizadlas. Esperad. Aguardad. En la paciencia está la sabiduría.

—Quien se atreve, gana —murmuró Aquitanius en respuesta—. No puedo dejar

de sorprenderme, Calix, en vista de lo generoso que parece Rodas. Cómo está dispuesto a acoger a los mercenarios y a dejar que su nombre quede vinculado con ellos, cuando el asunto está decidido. Las instrucciones tan concretas que te ha dado para proteger mis intereses...

—El Gran Señor siempre tiene interés en apoyar a sus aliados, Vuestra Gracia. Aquitanius bufó.

—Por supuesto que sí. Todos somos generosos entre nosotros. Y perdonamos. No, Calix. El cursor...

—Antiguo cursor, Vuestra Gracia —intervino Fidelias.

—Antiguo cursor. Por supuesto. El antiguo cursor ha realizado un buen trabajo prediciendo lo que me ibas a decir. —Aquitanius consultó el papel que tenía en las manos—. Me pregunto por qué —agregó, y miró hacia Fidelias y arqueó las cejas.

Fidelias miró a Calix e intervino:

—Vuestra Gracia —empezó—, creo que Rodas ha enviado a Calix como espía y también como asesino...

—¿Cómo puedes...? —le interrumpió Calix.

Fidelias acalló al otro hombre con voz de hierro:

—Calix quiere que esperéis para tener tiempo de eliminaros durante el invierno, Vuestra Gracia. Mientras tanto, quedarán muchos meses por delante para tentar a los mercenarios con sobornos, robándoos vuestra fortaleza. Después, cuando empiece la campaña, los puestos clave estarán ocupados por personas que se encuentran en deuda con Rodas. Os puede matar en la confusión de la batalla y eliminar la amenaza que representáis para él. Lo más probable es que Calix vaya a cumplir esa función de asesino.

—No pienso soportar semejantes insultos, Vuestra Gracia.

Aquitanius miró a Calix.

—Sí. Lo harás —le ordenó a Calix. Y dirigiéndose a Fidelias preguntó—: ¿Y tu consejo? ¿Qué querrías que hiciera?

Fidelias se encogió de hombros.

—Esta noche se han levantado vientos del sur cuando no debería haber ninguno. Solo el Primer Señor los puede llamar en esta época del año. Supongo que invocó a las furias de los aires del sur para ayudar a Amara o a alguno de los cursores a llegar al norte, ya sea a la capital o al valle.

—Podría ser una coincidencia —señaló Aquitanius.

—Yo no creo en las coincidencias, Vuestra Gracia —replicó Fidelias—. El Primer Señor no es ciego y tiene poderes con las furias que me resultan muy difíciles de concretar. Él ha llamado a los vientos del sur. Él está enviando a alguien hacia el norte. Hacia el valle de Calderon.

—Imposible —negó Aquitanius. Se acarició la mandíbula con el dorso de la

mano—. Claro que Gaius siempre ha sido un hombre imposible...

—Vuestra Gracia —intervino Calix—, estoy seguro de que no estáis considerando en serio...

Aquitanius alzó una mano.

—Estoy en ello, Excelencia.

—Vuestra Gracia —susurró Calix—, este perro plebeyo me ha llamado asesino a la cara.

Aquitanius observó la escena durante un momento. Entonces, con parsimonia, se alejó de ellos tres o cuatro pasos y se giró de espaldas, como si quisiera estudiar un tapiz que colgara de la pared.

—Vuestra Gracia —repitió Calix—. Exijo justicia sobre este tema.

—Me parece que creo a Fidelias, Excelencia. —Suspiró y por último decidió—: Resolvedlo entre vosotros. Yo me ocuparé adecuadamente de quien quede.

Fidelias sonrió.

—Excelencia, por favor, permíteme añadir que apestas como una oveja, que tu boca rezuma idiocia y veneno, y que tus tripas son tan amarillas como los narcisos en primavera —hizo coincidir las yemas de los dedos juntando sus manos y mirando a Calix dijo con suavidad, pronunciando bien las palabras—: Eres... un... cobarde.

La cara de Calix enrojeció, sus ojos enloquecieron y movió súbitamente los brazos y caderas con la fluidez de un líquido. La espada en su costado quedó libre de la funda y se dirigió hacia el cuello de Fidelias.

Por muy rápido que fuera Calix, Aldrick lo fue más. Solo entró en acción su brazo, blandiendo la hoja desde la cadera por encima de la forma inmóvil de su mujer en su regazo. Acero contra acero chocaron sonoramente a pocos centímetros del rostro de Fidelias. Aldrick se incorporó; Odiana recogió sus piernas y se echó al suelo. El rostro del espadachín seguía fijo en la cara de Calix.

Calix miró a Aldrick y soltó un bufido.

—Mercenario. ¿Crees que puedes derrotar en combate a un señor de Alera?

Aldrick mantuvo la hoja presionando la de Calix y se encogió de hombros.

—El único hombre que me ha igualado en combate fue Araris Valeriano en persona. —Los dientes de Aldrick asomaron con su sonrisa—. Y tú no eres Araris.

Se produjo un chirrido y los aceros brillaron moviéndose bajo la luz mortecina del salón. Fidelias miraba atentamente, pero no era capaz de seguir la velocidad de los ataques y las paradas. En menos de lo que dura una respiración lenta, sus espadas se encontraron una docena de veces, resonando, lanzando chispas de una hoja a la otra. Los espadachines se separaron por un instante y volvieron a la carga.

Y ahí acabó el duelo. Calix parpadeó, sus ojos se abrieron de par en par y entonces levantó la mano hasta la garganta, de la que manaba sangre púrpura. Intentó decir algo más, pero fue incapaz de emitir ningún sonido.

El conde rodio cayó al suelo y quedó inmóvil, excepto por unos ligeros espasmos mientras su corazón moribundo bombeaba la sangre fuera de su cuerpo.

Odiana levantó la mirada hacia Aquitanius con una pequeña y sombría sonrisa.

—¿Debo salvarlo, Vuestra Gracia? —preguntó.

Aquitanius se volvió para mirar a Calix y se encogió de hombros.

—Parece que no vale la pena, querida.

—Sí, señor.

Odiana volvió unos ojos embelesados hacia Aldrick y vio cómo se arrodillaba para limpiar de sangre la hoja en la túnica de Calix.

El hombre encogió los dedos y dejó escapar un estertor burbujeante. Aldrick lo ignoró.

Fidelias se puso en pie y se acercó al lado de Aquitanius.

—¿Os ha resultado satisfactorio, Vuestra Gracia?

—Calix era útil —respondió Aquitanius. Entonces miró a Fidelias—. ¿Cómo lo supiste? —preguntó.

Fidelias ladeó la cabeza.

—¿Qué tenía planeado mataros? ¿Pudisteis advertirlo en él?

Aquitanius asintió.

—En cuanto lo tanteé. Se derrumbó cuando describiste el papel que le había asignado Rodas. Probablemente encontraremos en su manto una daga ligada a una furia con mi descripción y mi nombre grabado en el acero.

Aldrick gruñó, giró de espaldas al caído, que aún no estaba del todo muerto, y empezó a registrarle. El bulto delator que Fidelias había advertido antes resultó ser una daga pequeña con una empuñadura compacta. Aldrick soltó un bufido cuando tocó el cuchillo y lo dejó caer de inmediato.

—¿Ligado a una furia? —preguntó Fidelias.

Aldrick asintió.

—Desagradable. Fuerte. Creo que habría que destruirlo.

—Hazlo —ordenó Aquitanius—. Ahora, esta noche. Odiana, acompañaile. Quiero hablar con Fidelias a solas.

La pareja se tocó el corazón con el puño e inclinó la cabeza. Entonces, Odiana se deslizó al lado del espadachín y se apretó contra él hasta que le rodeó los hombros con un brazo. Los dos se fueron sin mirar atrás.

En el suelo, Calix dejó escapar el estertor de la muerte; sus ojos se paralizaron, vidriosos, y su boca quedó ligeramente abierta.

—¿Cómo lo supiste? —repitió Aquitanius.

Fidelias miró hacia atrás al conde rodio muerto y se encogió de hombros.

—Para ser honesto, Vuestra Gracia, no lo sabía. Lo supuse.

Aquitanius esbozó una media sonrisa.

—¿Basándote en qué?

—Demasiados años en este trabajo. Y conozco a Rodas. No se apartaría ni un centímetro de su camino para ayudar a nadie y se habría cortado la nariz para escupirse en la cara. Calix era...

—... demasiado complaciente —murmuró Aquitanius—. Desde luego. Quizá debería haberlo visto antes.

—Lo importante es que actuasteis con premura cuando lo visteis, Vuestra Gracia.

—Fidelias —replicó Aquitanius—, no me gustas.

—No tenéis ninguna razón para que os guste.

—Pero, de alguna manera, creo que te puedo respetar. Y si he de elegir quién me va a apuñalar por la espalda, creo que preferiría que fueras tú en lugar de Rodas o uno de sus lacayos.

Fidelias sintió que se le curvaba la comisura de los labios.

—Gracias.

—No te equivoques. —Aquitanius se giró para encararse con él—. Prefiero trabajar con alguien antes que obligarle a cumplir mi voluntad. Pero lo puedo hacer. Y te mataré si te conviertes en un problema. Lo sabes, ¿verdad?

Fidelias asintió.

—Bien —recalcó Aquitanius. El Gran Señor se cubrió la boca con la mano y bostezó—. Es tarde. Y tienes razón en que nos tenemos que mover con rapidez, antes de que la Corona tenga la posibilidad de actuar. Vete a dormir. Al amanecer partirás hacia el valle de Calderon.

Fidelias volvió a hacer una reverencia con la cabeza.

—Vuestra Gracia..., aún no tengo habitaciones.

Aquitanius movió una mano hacia la esclava.

—Tú. Llévalo a tu habitación para pasar la noche. Dale todo lo que necesite y asegúrate de que se despierta al amanecer.

La esclava inclinó la cabeza, sin hablar ni levantar la mirada.

—¿Has estudiado historia, Fidelias?

—Solo un poco, Vuestra Gracia.

—Es fascinante. El curso de un siglo de historia se puede decidir en unas pocas horas. En unos pocos días preciosos. Acontecimientos decisivos, Fidelias; y las personas que forman parte de ellos se convierten en los creadores del mañana. He sentido una agitación distante de las fuerzas desde la dirección del valle. Quizá Gaius ya esté despertando las furias de Calderon. La historia se estremece. Está esperando a que se la empuje en una u otra dirección.

—No sé nada de historia, Vuestra Gracia. Solo quiero hacer mi trabajo.

Aquitanius asintió.

—Entonces, hazlo. Esperaré tus noticias. —Y sin pronunciar más palabras, el

Gran Señor salió del salón a grandes zancadas.

Fidelias contempló cómo se iba y esperó hasta que las puertas se cerraron a sus espaldas antes de volverse hacia la joven esclava. Le ofreció una mano y ella la aceptó con unos dedos cálidos y suaves, y una expresión incierta.

Fidelias enderezó su postura, se inclinó y depositó un beso formal y educado en el dorso de los dedos de la esclava.

—Vuestra Gracia —la saludó—, Gran Dama Invidia. Os brindo mi más rendida admiración.

El gesto de la esclava vaciló a causa de la gran sorpresa. Entonces echó la cabeza hacia atrás y rio. Sus rasgos cambiaron de manera sutil pero significativa, hasta que la mujer que tenía delante se mostró bastantes años más vieja, y sus ojos mostraron mucha más sabiduría. Eran grises, como la ceniza, y su cabello tenía delicados mechones de escarcha, aunque sus rasgos no parecían mayores que los de una mujer cercana a los treinta años (todas las grandes Casas tenían esa habilidad en el artificio del agua, o casi con cualquier otro artificio de las furias que se pudiera nombrar).

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó—. Ni siquiera mi señor esposo ha sabido ver a través del disfraz.

—Vuestras manos —contestó Fidelias—. Cuando me lavasteis los pies, vuestros dedos eran cálidos. Ninguna esclava en sus cabales hubiera podido temprar así su ansiedad en este salón. Habría tenido los dedos helados. Y juzgué que nadie más que vos tendría la temeridad o la habilidad para intentar algo así con Su Gracia.

Los ojos de la Gran Dama de Aquitania brillaron.

—Un razonamiento muy astuto —comentó—. Sí, he estado usando a Calix para descubrir lo que Rodas se traía entre manos. Y consideré que esta noche era el momento para deshacerme de él. Me aseguré de que mi esposo se encontrara con el estado de ánimo más apropiado para que no quisiera abandonarlo, y esperaba a que el idiota rodio se pusiera la piedra encima a sí mismo. Aunque debo decir que es encomiable cómo te diste cuenta de lo que estaba ocurriendo y te aseguraste de que todo seguía adelante sin indicaciones por mi parte. Y sin el más mínimo artificio de las furias para ayudarte.

—La lógica es una furia por sí misma.

Ella sonrió al oír estas palabras, pero enseguida su expresión se volvió mucho más seria.

—La operación en el valle. ¿Tendrá éxito?

—Es posible —respondió Fidelias—. Si sale bien, podrá conseguir lo que no lograron un montón de combates y conspiraciones. Podría conquistar Alera sin derramar sangre alerana.

—En cualquier caso, directamente no —reconoció Lady Invidia. Olisqueó—. Attis tiene pocos reparos con la sangre. Es tan sutil como un volcán en erupción, pero

si se logra orientar su fuerza de forma adecuada...

Fidelias inclinó la cabeza.

—Eso es.

La mujer lo estudió durante un momento y después le cogió la mano. Sus rasgos brillaron y adoptó la máscara de la muchacha esclava de antes, haciendo mutar sus ojos a un marrón oscuro como el lodo, en lugar del gris.

—En cualquier caso, esta noche tengo órdenes respecto a ti.

Fidelias vaciló.

—Vuestra Gracia...

Lady Invidia sonrió y le tocó la boca con los dedos.

—No me obligues a insistir. Ven conmigo. Me ocuparé de que descanses profundamente durante el tiempo que te queda. —Se dio la vuelta y empezó a andar—. Habrás de ir muy lejos, al alba.

AL ocaso, Tavi supo que seguía en peligro. No había visto ni oído a sus perseguidores desde que se deslizara por aquel barranco que caía casi a pico, usando algunos árboles jóvenes y frágiles para frenar lo que podría haber sido una caída mortal. Había sido una apuesta peligrosa, si bien Tavi contó con la fragilidad de los árboles para que traicionasen al pesado guerrero marat, matándolo o al menos retrasándolo.

El plan había tenido un éxito parcial. El marat miró por el barranco y salió corriendo para encontrar una forma segura de descender. Esto le dio a Tavi la ventaja suficiente como para intentar despistar a sus perseguidores, y creía que había aumentado la distancia. Los marat no eran como los aleranos: no tenían habilidad para dominar las furias, pero según se decía, poseían una comprensión asombrosa de todos los animales salvajes. Eso significaba que el marat no tenía una gran ventaja, sino que, como Tavi, solo contaba con su inteligencia y su capacidad para guiarse.

La tormenta se situó sobre el valle como un velo reluciente cuando la luz empezó a difuminarse. Siguieron resonando los truenos, pero no se levantó el viento ni cayó lluvia ni granizo. La tormenta estaba esperando que cerrara del todo la noche, y Tavi vigilaba nervioso el cielo y los páramos que lo rodeaban. Le dolían las piernas y le ardía el pecho, pero había dado esquinazo al marat y durante el crepúsculo había conseguido salir de los páramos para aparecer en una carretera a muchos kilómetros al oeste de la calzada que conducía a Bernhardolt. Encontró un refugio a la sombra, al lado de unos árboles derribados por el viento, y se agachó, jadeante, deseoso de permitir que sus extenuados músculos disfrutaran de un breve reposo.

Los relámpagos iluminaron el cielo. No había tenido la intención de llegar tan al oeste. En lugar de encontrarse cerca de casa, tenía por delante una hora de carretera para alcanzar la calzada que conducía a la explotación. Retumbó el trueno, esta vez tan fuerte que cayó pinza del pino derrumbado que se encontraba a su lado. Del Garados provenía un rumor sordo y apagado, y Tavi escuchó cómo crecía a medida que se acercaba. Finalmente empezó a llover: llegó una oleada de aguanieve medio helada y el muchacho casi no tuvo tiempo de levantar su capucha antes de que el viento furioso y helado llegase aullando desde el norte, empujando por delante el hielo y la lluvia.

La tormenta devoró los escasos restos de luz diurna y ahogó el valle en una oscuridad fría y lóbrega, que se iluminaba con los frecuentes rayos que rasgaban las nubes grises. Aunque la capa lo protegía de las inclemencias del tiempo, ninguna tela en Alera podía impedir durante demasiado tiempo que lo empapase la lluvia y el aguanieve de una tormenta de furias. La capa se humedeció y enfrió, pegándose al cuerpo, y el viento furioso empujó el frío a través de su ropa, calándolo hasta los

huesos.

Tavi temblaba ostensiblemente. Si se quedaba donde estaba, moriría en unas pocas horas por su exposición a la tormenta, o bien, por un golpe de frío, recrudecido por alguno de los manes de viento, sediento de sangre.

Aunque para entonces lo más seguro era que Brutus hubiera llegado ya con Bernard a la casa, no podía confiar en que nadie saliera a buscarle, por cuanto evitarían por todos los medios exponerse a una tormenta de furias.

Al caer el siguiente rayo, Tavi observó con atención el árbol caído. Debajo de él descubrió un espacio hueco, cubierto de pinaza y que parecía seco.

Se arrastró hasta allí, pero el siguiente rayo le reveló una imagen de pesadilla. El hueco ya tenía ocupantes: media docena de lagartos venenosos. Los lagartos, flexibles y de escamas oscuras, medían casi tanto como Tavi y el más cercano se encontraba a un solo brazo de distancia. El lagarto se revolvió inquieto, saliendo de su letargo. Abrió las mandíbulas, dejó escapar un silbido almibarado y mostró una fila de dientes afilados como agujas.

Un líquido amarillo y espeso cubría los colmillos del reptil. Tavi había visto con anterioridad cómo actuaba el veneno de los lagartos. Si le mordía uno, sentiría calor y un aletargamiento que le haría caer lentamente al suelo. Y entonces, aún vivo, lo arrastrarían hasta su guarida y se lo comerían.

La primera reacción aterrorizada del muchacho fue la de apartarse de un salto, pero el movimiento rápido podía precipitar el ataque del lagarto sorprendido. Aunque fallase, esos asquerosos carroñeros considerarían su huida como una señal de que debían perseguir a la presa y comérsela. Podría superarlos a la carrera en terreno abierto, pero los lagartos tenían la tendencia desagradable de seguir el rastro de su presa, a veces durante días enteros, esperando a que se durmiera antes de atacar.

El miedo y los nervios hicieron temblar a Tavi, pero se obligó a mantener la calma. Comenzó a alejarse con toda la lentitud y suavidad que pudo. Acababa de salir del radio de ataque del lagarto cuando la bestia volvió a sisear y salió disparada de su refugio en dirección al muchacho.

Tavi dejó escapar un grito de terror, que empezó con un tono de barítono ligero pero se quebró hasta convertirse en el chillido agudo de un niño. Se echó hacia atrás para escapar del mordisco mortal del reptil, se incorporó y empezó a correr.

Entonces, para su sorpresa, oyó cómo alguien le respondía con un grito, que casi quedó ahogado por el viento creciente.

Tavi resopló frustrado. El recuerdo del guerrero marat y de su terrible compañero regresó, seguido de una oleada de terror. ¿Le tenían atrapado?

El viento le trajo otro grito, y tuvo la certeza de que ese tono era demasiado alto para ser del marat. Era imposible no percibir el pánico y el miedo en él.

—¡Por favor! ¡Ayuda!

Tavi se mordió el labio, mirando por la carretera en dirección a la seguridad de su casa, y después se volvió hacia el lado opuesto, hacia el grito de socorro. Inhaló una bocanada temblorosa, se giró hacia el oeste, y obligó a sus cansadas piernas a que se volvieran a poner en movimiento, alejándose de su hogar, corriendo sobre los adoquines pálidos de la carretera.

Un rayo volvió a iluminar el paisaje con una deflagración vibrante que pasaba de nube en nube por encima de su cabeza, primero verde, después azul, más tarde roja, como si las furias del cielo estuvieran luchando entre ellas. La luz bañó durante casi medio minuto el valle azotado por la lluvia, mientras que el retumbo del trueno sacudió los adoquines de la carretera y lo dejó medio sordo.

Unas siluetas empezaron a bajar hacia el suelo como si fueran un torbellino a través del caos y la lluvia, y corrían y bailaban por todo el valle. Eran los manes del viento que seguían a la tormenta. Sus formas luminosas giraban y planeaban sin esfuerzo a merced de los vientos. Parecían nubes de un verde pálido, neblinosas y con un contorno vagamente humano, de brazos largos y caras cadavéricas. Los manes del viento gritaron su odio y su hambre, y sus gritos taparon incluso el rugido del trueno.

Tavi sintió que el terror detenía sus piernas, pero apretó los dientes y siguió adelante, hasta que pudo ver que la mayoría de los manes que estaban a la vista giraban alrededor de un punto central extendiendo las manos esqueléticas y de uñas afiladas.

En el centro del ciclón fantasmal se encontraba una mujer joven a quien Tavi no había visto nunca. Era alta y delgada, como su tía Isana, pero ese era todo el parecido con ella. La mujer tenía la piel morena, de un marrón dorado, como los mercaderes de las ciudades más meridionales de Alera. Su cabello, liso y fino, se agitaba salvajemente en su cabeza a causa del viento, y era casi del mismo color que su piel, lo cual le confería una cierta apariencia de estatua dorada. Sus rasgos eran fuertes, impresionantes, aunque no precisamente atractivos, con pómulos altos y una nariz larga y fina que quedaba suavizada por unos labios carnosos.

Su rostro estaba contraído en una mueca de desesperación y desafío. Alrededor del brazo llevaba un vendaje cubierto de sangre y parecía que había desgarrado su falda basta y harapienta para hacerlo. La blusa estaba cubierta de suciedad y se le pegaba al cuerpo a causa de la lluvia, y un collar de cuero de esclava rodeaba su cuello delgado. Mientras Tavi miraba, uno de los manes del viento bajó velozmente y en picado hacia ella.

La chica gritó, levantando una mano contra el atacante, y Tavi vio un temblor azul pálido en el aire, que no era tan claro ni estaba tan bien definido como los propios manes, pero que se dibujó súbitamente en la nada formando la silueta espectral de un caballo de largas patas que se lanzaba en su defensa. El espectro del viento gritó y se echó hacia atrás, pero la furia de la mujer siguió adelante, aunque se

movía con más torpeza y lentitud que los manes del viento. Tres de ellos atacaron los flancos de la furia del aire, y la mujer apartó el peso de una rama en la que se había estado apoyando y cojeó para golpear a los manes con desesperada futilidad.

Tavi reaccionó sin pensar. Se precipitó en una carrera vacilante, agarrando su morral mientras corría. Su equilibrio se tambaleó en la oscuridad entre los relámpagos, pero solo un instante más tarde las nubes se volvieron a iluminar. Rayos azules, rojos y verdes lucharon por el dominio de los cielos.

Uno de los manes del viento se volvió de repente y se abalanzó contra él a través de la lluvia helada. El chico sacó un paquetito del morral y lo abrió. El espectro soltó un aullido que ponía los pelos de punta y extendió las garras.

Tavi cogió los cristales de sal que había dentro del paquetito y lanzó una pequeña cantidad al espectro que cargaba contra él.

Media docena de cristales atravesaron a la furia como el plomo pasa a través de la muselina. El espectro lanzó un grito de agonía, y el sonido provocó escalofríos de terror que recorrieron la espalda de Tavi hasta quedarse aferrados a su vientre. El espectro se hizo un ovillo sobre sí mismo, lanzando llamas verdes a medida que se empezaba a desgarrar allí donde lo habían golpeado los cristales. En pocos segundos se deshizo en añicos que se dispersaron y desaparecieron en el vendaval.

Los otros de su especie se situaron en un círculo más amplio, dejando escapar chillidos de rabia. La esclava miró a Tavi con los ojos muy abiertos, llenos de consternación y esperanza. Se aferró al báculo y cojeó hacia él. La silueta desgarrada de su furia desapareció cuando los manes del viento se retiraron.

—¿Sal? —gritó a través de la tormenta—. ¿Tienes sal?

Tavi consiguió respirar hondo.

—¡No mucha! —pudo gritar en respuesta.

El corazón le golpeaba con fuertes sacudidas en el pecho, y corrió al lado de la esclava lanzando una mirada a su alrededor para vigilar la pálida fosforescencia de los manes del viento, que rodeaban a la pareja a una distancia inquietante.

—¡Condenados cuervos! —maldijo—. No nos podemos quedar aquí. Nunca había visto tal fiereza en una tormenta.

La esclava miró hacia la oscuridad, temblando, pero su voz le llegó con claridad.

—¿No nos pueden proteger tus furias?

Tavi sintió una punzada enfermiza en el vientre. Por supuesto que no podían, porque no tenía ninguna.

—No.

—Entonces, tenemos que encontrar un refugio. En esa montaña podría haber una cueva...

—¡No! —denegó enérgico Tavi—. Esa montaña, no. No le gustan las visitas.

La chica se presionó la mano sobre la cabeza, jadeando. Parecía exhausta.

—¿Tenemos elección?

El muchacho se esforzó en que su cabeza trabajase, en concentrarse, pero el miedo, el cansancio y el frío le ralentizaban como a un lagarto cubierto de nieve. Había algo que tenía que recordar, algo que podía ayudar, si pudiera acordarse de qué era...

—¡Sí! —gritó al final—. Hay un sitio. No está lejos de aquí, pero no sé si conseguiré encontrarlo.

—¿A qué distancia? —preguntó la esclava con palabras temblorosas porque su cuerpo se estremecía a causa del frío, mientras no quitaba ojo a los manes del viento que los rodeaban.

—Kilómetro y medio. Quizá más.

—¿En la oscuridad? ¿En medio de esto? —Le lanzó una mirada incrédula—. No lo conseguiremos nunca.

—No tenemos alternativa —respondió a gritos Tavi por encima del viento—. Eso o nada.

—¿Lo podrás encontrar? —quiso saber la chica.

—No lo sé. ¿Puedes andar esa distancia?

Por un instante lo miró con dureza, aprovechando la caída de otro rayo, con sus ojos de color avellana decididos y duros.

—Sí —respondió—; dame un poco de sal.

Tavi le pasó la mitad del pequeño puñado de cristales que le quedaba y la esclava los aceptó, guardándolos con fuerza entre sus dedos.

—¡Furias! —se lamentó—. No podremos llegar tan lejos.

—Sobre todo si no nos ponemos en marcha —gritó Tavi, y la asió del brazo—. ¡Vamos!

Se giró para alejarse de los manes, pero la muchacha se arrimó a él de repente y lo lanzó hacia un lado de un fuerte codazo. Tavi cayó con un grito, sorprendido y confuso.

Se puso en pie, helado y temblando.

—¿¡¿Qué estás haciendo?!? —gritó con voz aguda.

La esclava se enderezó con lentitud, cruzando con él su mirada. Parecía cansada y casi no se podía sostener en su báculo de madera. En el suelo, a sus pies, yacía muerto un lagarto venenoso. Le había aplastado limpiamente la cabeza.

Tavi llevó su mirada del animal hasta la esclava y vio la sangre oscura que manchaba la punta del báculo.

—Me has salvado —balbució.

Los rayos volvieron a iluminar el paisaje. Bajo el frío y la tempestad, Tavi vio la sonrisa de la esclava, que mostraba los dientes aún desafiantes, aunque estaba temblando.

—No vamos a dejar que haya sido en vano. Sácanos de esta tormenta y estaremos en paz.

El muchacho asintió y miró alrededor. El rayo le mostraba la línea de la carretera, una línea recta y oscura, y se orientó a partir de ahí. Entonces le dio la espalda a la silueta amenazadora del monte Garados y empezó a andar en la oscuridad, con la esperanza ferviente de ser capaz de encontrar el refugio antes de que los manes del viento recobrasen el ánimo y reanudasen el ataque.

ISANA se despertó con el sonido de pisadas que subían por las escaleras hacia su dormitorio. Había pasado el día y había caído la noche mientras dormía, y podía oír el repicar ansioso de la lluvia y el granizo sobre el techo. Se sentó, aunque al hacerlo notó una punzada en la cabeza.

—Señora Isana —jadeó una Beritte sin aliento, que tropezó en la oscuridad al llegar a lo alto de la escalera y cayó al suelo con un bufido y una maldición muy poco femenina.

—Luz —murmuró Isana realizando un esfuerzo de voluntad que ya era cotidiano.

El diablillo de la chispa en el interior de la lámpara cobró vida en la mecha, bañando la habitación con un resplandor suave y dorado. Isana presionó sus manos contra las sienes, en un intento por controlar la oleada de pensamientos. La lluvia golpeaba afuera y oyó cómo las ráfagas de viento emitían un aullido enfadado. En el exterior se pudo ver un rayo, seguido rápidamente por un trueno retumbante y extraño.

—La tormenta... —suspiró—. No suena bien.

Beritte se puso en pie y se inclinó en una aturullada reverencia. El acebo con sus flores escarlatas se estaba empezando a secar y dejaba caer pétalos al suelo.

—Es horrible, señora, horrible. Todo el mundo tiene miedo. Y el estatúder... El estatúder está aquí y está malherido. La señora Bitte me ha enviado a buscarla.

Isana se enderezó con un jadeo agudo.

—¡Bernard!

Bajó de la cama de un salto y se puso en pie. La cabeza le dio una punzada de dolor al levantarse y tuvo que apoyar una mano en la pared para no caerse. Isana respiró hondo, intentando guardar la calma ante el pánico que crecía en su interior, para endurecerse ante el dolor. Ahora podía sentir levemente el miedo, la rabia y la ansiedad del resto de la gente de la explotación, que se transmitía desde la sala de abajo. Ahora más que nunca iban a necesitar fuerza y liderazgo.

—De acuerdo —asintió, abriendo los ojos y forzándose a suavizar sus rasgos—. Llévame con él.

Beritte salió corriendo del dormitorio de Isana y la mujer la siguió con sus pasos cortos y decididos. Al salir al pasillo, el miedo y la ansiedad que fluían desde la sala inferior la asaltaron con mayor fuerza, casi como una tela fría cuya humedad empezase a absorber al pegársele a la piel. Tembló y se detuvo un instante en lo alto de la escalera, alejando de sus pensamientos esa sensación de frialdad, hasta que ya presionó con menos fuerza contra ella. Sabía bien que el miedo no iba a desaparecer con tanta facilidad, pero de momento era suficiente que se hubiera distanciado de él para poder actuar con sagacidad.

Bajó las escaleras y entró en la gran sala de Bernardholt. La estancia tenía unos treinta metros de largo y la mitad de ancho, y estaba construida con granito extraído hacía mucho tiempo de la tierra. Las habitaciones superiores se habían construido más tarde con vigas de madera y paredes de ladrillo, pero la sala era una sola pieza de roca a la cual se dio forma durante largas y exhaustas horas de trabajo con las fieras desde las entrañas de la tierra. Las tormentas, por muy fuertes que fueran, no podrían dañar la gran sala ni a nadie que se hubiera refugiado en su interior, ni tampoco el otro edificio similar de la explotación, el establo, donde vivía el precioso ganado.

La sala estaba abarrotada de gente. Allí estaban todos los residentes de la explotación, que formaban muchas familias extensas. La mayoría se encontraba reunida alrededor de una de las muchas mesas de caballete que se habían colocado a última hora de la tarde y la comida que se estuvo preparando desde el alba se había llevado a las mesas y dispuesto en ellas. El estado de ánimo de la sala era de ansiedad; incluso los niños, que normalmente habrían estado chillando y correteando porque la tormenta les proporcionaba un día de vacaciones, parecían apocados y silenciosos. Las voces más fuertes en la sala eran murmullos tensos, y cada vez que en el exterior retumbaba el trueno, la gente callaba mirando hacia las puertas de la sala.

La sala estaba dividida. Los fuegos ardían en los hogares de ambos extremos: en el más alejado, los estatúderes estaban reunidos alrededor de una mesa pequeña; Beritte la condujo hacia el otro, donde yacía Bernard. En medio, la gente se había reunido por grupos, muy juntos, con mantas preparadas por si la tormenta duraba toda la noche y tenían que quedarse a dormir. La charla era poco animada, quizá por el enfrentamiento de horas antes, pensó Isana, y no parecía que nadie se quisiera acercar a ninguna de las dos hogueras.

Isana dejó atrás a Beritte y se dirigió al hogar más cercano. La vieja Bitte, la maestra del arte de las furias en la explotación, estaba agachada al lado de Bernard, estirado en un camastro cerca del fuego. Era una mujer anciana y frágil, cuya trenza larga y blanca colgaba hasta el final de la espalda. Le temblaban las manos y no podía andar mucha distancia, pero seguía transmitiendo seguridad porque sus ojos y su espíritu no se habían apagado con los años.

La cara de Bernard tenía la palidez extrema de un cadáver y durante un instante Isana sintió un nudo en la garganta por el terror. Hinchó el pecho y soltó el aire con una respiración lenta y superficial, mientras cerraba los ojos, calmándose de nuevo. Él tenía el cuerpo cubierto con sábanas de lana suave, excepto la pierna derecha, muy pálida y manchada de sangre. Alrededor del muslo le habían colocado vendajes, que también estaban empapados en sangre, e Isana vio que los tendrían que cambiar dentro de poco.

—Isana —graznó la vieja Bitte con voz quebrada por la dureza de los años—, he

hecho todo lo que he podido, chiquilla. Esto es todo lo que puede hacer la aguja y el hilo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Isana.

—No lo sabemos —respondió Bitte, sentándose—. Tiene una herida terrible en el muslo. Quizá una bestia, aunque podría ser una herida de hacha o de espada. Parece que consiguió ponerse un torniquete y lo pudo aflojar una o dos veces. Es posible que salvemos la pierna, pero ha perdido mucha sangre. Está inconsciente y no sé si se volverá a despertar.

—Un baño... —indicó Isana—. Es necesario que demos un baño a Bernard.

Bitte asintió.

—Ya he pensado en eso. He mandado traer la bañera, llegará en cualquier momento.

Isana asintió.

—Y traed a Tavi. Quiero escuchar lo que le ha ocurrido a mi hermano.

Bitte miró a Isana con unos ojos oscuros, atentos y tristes.

—Tavi no ha regresado con él, querida.

—¿Qué? —La asaltó un miedo rápido, helado y horrible. Tuvo que luchar para alejarlo, disimulando el esfuerzo con la retirada de unos mechones que se le habían escapado de la trenza y que le molestaban en la cara. Calma. Ella era la jefa de la explotación. Debía parecer tranquila y controlada—. ¿No ha vuelto con él?

—No. No está aquí.

—Tenemos que encontrarle —indicó Isana—. Se ha desencadenado una tormenta de furias. Estará indefenso.

—Solo ese pobre idiota de Fade quiso salir a la tormenta, chiquilla —explicó Bitte con un tono neutro—. Salió para asegurarse de que las puertas del establo estaban cerradas y se encontró a Bernard. Las furias protegen a los locos y a los niños, según dicen. Quizá también ayudarán a Tavi. —Se inclinó hacia delante y prosiguió en voz baja—. Porque aquí nadie puede hacer nada por él.

—No —insistió Isana—. Lo tenemos que encontrar.

Varios hombres de la explotación bajaron por las escaleras cargando con la gran bañera de cobre. La dejaron en el suelo y, con la ayuda de algunos niños, empezaron a verter en la bañera cubos con el agua que cogían del caño en la pared.

—Isana —dijo Bitte con la voz franca, casi fría—, estás exhausta. Tú eres la única que conozco que tiene la oportunidad de reanimar a Bernard, pero dudo que puedas llegar a hacerlo y mucho menos encontrar a Tavi con este tiempo.

—No importa —replicó Isana—. El chico es responsabilidad mía.

La mano de la vieja Bitte, caliente y sorprendentemente fuerte, la agarró de la muñeca.

—El chico está ahí fuera en la tormenta. O ha encontrado un refugio, o está

muerto. Te tienes que concentrar en lo que debes hacer ahora, o Bernard morirá también.

Sus temores y su ansiedad la presionaban cada vez más, a la par que el terror iba creciendo dentro de ella. Tavi... No se debería haber distraído tanto con los preparativos ni dejar que el muchacho la engañara. Él era responsabilidad suya. La imagen de Tavi, atrapado en la tormenta, desgarrado por los manes del viento, apareció en sus pensamientos y dejó escapar un sonido ahogado de frustración e impotencia.

Abrió los ojos y descubrió que le temblaban las manos. Isana miró a Bitte.

—Necesitaré ayuda —reconoció.

La vieja Bitte asintió, pero su gesto era de nerviosismo.

—Hablaré con las mujeres y ellas te darán lo que puedan. Pero es posible que no sea suficiente. Sin habilidad para el artificio del agua no habrá posibilidades de salvarle, e incluso con ella...

—¿Las mujeres? —la cortó Isana—. ¿Por qué no Otto y Roth? Son estatúderes. Se lo deben a Bernard. Por cierto, ¿por qué no se están ocupando de él en este mismo instante?

La vieja Bitte sonrió con amargura.

—No quieren, Isana. Ya se lo he pedido.

Isana se quedó mirando a la anciana matrona, sorprendida por lo que acababa de oír.

—¿Cómo? —preguntó después de un momento.

Bitte bajó la mirada.

—No van a ayudar. Ninguno de ellos.

—En nombre de todas las furias, ¿por qué no?

La matrona negó con la cabeza.

—No estoy segura. La tormenta tiene nervioso a todo el mundo, en especial a los estatúderes, que están preocupados por la gente de su casa. Y Kord ha estado presionando en ese sentido con la esperanza de evitar la reunión.

—¿Kord? ¿Ha salido del establo?

—Sí, chiquilla.

—¿Dónde está Warner?

Bitte volvió a sonreír sin alegría.

—Ese viejo loco... Warner casi se tira sobre Kord. Los chicos de Kord lo llevaron arriba. Su hija lo ha convencido de que tome un baño caliente, porque no han tenido oportunidad de lavarse desde que llegaron. En caso contrario, hace una hora que los dos se habrían enzarzado en otra pelea.

—¡Malditos cuervos! —bufó Isana incorporándose.

Los hombres y los niños que estaban llenando la bañera parpadearon y se alejaron

un paso de ella por precaución. Isana lanzó una mirada alrededor de la sala.

—Metedlo en la bañera —le indicó a la vieja Bitte—. Ayudarán a mi hermano o les meteré esas cadenas de estatúderes por sus cobardes gargantas.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia el otro lado de la sala, en dirección a las mesas de caballete, donde se habían reunido bastantes hombres: los otros estatúderes.

Detrás de ellos, junto al otro hogar, se encontraban los hijos de Kord, el silencioso Aric y su apuesto hermano menor, el acusado Bittan. Al cruzar la sala, Isana vio a Fade, que se intentaba acercar al fuego con la cabeza gacha. Tenía el cabello y la túnica empapados de lluvia fría y alargó las manos hacia la olla de estofado que colgaba sobre el fuego para calentarse un poco.

Bittan le frunció el ceño al esclavo desde su asiento junto al fuego. Fade se acercó un poco más, con su cara quemada contraída en una grotesca parodia de lo que intentaba ser una sonrisa. Nervioso, inclinó la cabeza ante Bittan, cogió un cuenco y alargó la mano hacia el cazo que estaba dentro de la olla.

Bittan le dijo algo a Aric y después cuchicheó una impertinencia a Fade. Los ojos del esclavo se abrieron de par en par y murmuró algo en respuesta.

—¡Perro cobarde! —escupió Bittan, elevando la voz—. Obedece las órdenes. Apesta y yo estoy aquí sentado. Ahora, aléjate de mí.

Fade asintió y cogió el cazo con gestos rápidos.

Aric cogió al esclavo por los hombros, hizo que se diera la vuelta y le lanzó un golpe rápido y fuerte contra la boca. Fade soltó un chillido y se alejó tambaleante del fuego, agachando repetidas veces la cabeza y alejándose de los dos jóvenes.

Aric entornó los ojos y miró a Bittan, frunciendo el ceño. Entonces cruzó los brazos y se apoyó en la pared al otro lado del hogar de piedra.

Bittan sonrió e increpó de nuevo a Fade.

—Idiota cobarde. Lárgate.

Inclinó de nuevo la cabeza, con las comisuras de los labios alzadas en una sonrisa cruel, mientras contemplaba sus brazos cruzados.

Un trueno retumbó en el exterior e Isana se fortaleció contra la corriente de temor sorprendido que recorrió la sala. La inundó un segundo después de lo que había esperado y se quedó quieta con los ojos cerrados hasta que pasó.

—Eso es alimento para los cuervos —bufó uno de los hombres en el grupo que había alrededor de la mesa, y la imprecación retumbó en el silencio después del eco del trueno.

Isana se recompuso, estudiando a los estatúderes antes de enfrentarse a ellos.

Quien hablaba era el estatúder Aldo, con los ojos de color avellana fijos en Kord y alzaba su barbilla afeitada en actitud beligerante.

—Los propietarios de este valle nunca se han quedado quietos cuando uno de ellos necesitaba ayuda, y no lo vamos a hacer ahora.

Kord movió a un lado la cabeza entrecana, masticando un trozo de carne que había pinchado con el cuchillo.

Calculó sus palabras antes de responder:

—Aldo, hace poco que tienes tu cadena, ¿verdad?

Aldo se acercó a Kord, pero el hombre, joven y bajo, casi no superaba en una cabeza al estatúder sentado.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Y no estás casado —continuó Kord—. No tienes hijos. No tienes una familia de la que preocuparte.

—No necesito ninguna familia para saber que vosotros dos —se dio la vuelta y señaló con el dedo a otros dos hombres del grupo con cadenas de estatúder alrededor del cuello— deberíais estar en pie y ayudando a Bernard. Roth, ¿qué ocurrió cuando ese dentilargo iba detrás de tus cerdos? ¿Quién cazó a la bestia? Y tú, Otto, ¿quién encontró a tu hijo pequeño cuando se perdió y lo trajo a casa? Fue Bernard en ambos casos. ¿Cómo os podéis quedar ahí sentados?

Otto, un hombre obeso de cara amable y cabello ralo, bajó la mirada.

—No es que no le quiera ayudar, Aldo —explicó después de respirar hondo—. Las furias lo saben. Pero Kord tiene razón.

Roth, un anciano enjuto con una mata de cabello blanco que contrastaba con su barba oscura, bebió un sorbo de su jarra y asintió.

—Otto tiene razón. Está cayendo más agua en el valle de lo que es habitual en todo el otoño. Si el valle se inunda, necesitaremos toda la fuerza que podamos reunir para proteger la vida de todos. —Le frunció el ceño a Aldo y la expresión le marcaba unas arrugas en el entrecejo que el tiempo no le había otorgado—. Y el estatúder Kord también tiene razón. Aquí eres el más joven, Aldo. Deberías demostrar más respeto por tus mayores.

—¿Cuándo lloriquean como perros apaleados? ¿No vamos a hacer nada porque es posible que necesitéis vuestras fuerzas? —Se dio la vuelta y le espetó a Kord—. Muy conveniente para ti. Su muerte terminará con la Reunión de la verdad y tú escaparás del anzuelo del conde Gram.

—Solo estoy pensando en el bien de todo el mundo, Aldo —murmuró Kord. El estatúder desaliñado abrió los labios en una sonrisa que mostró sus dientes amarillos—. Di lo que quieras de mí, pero la vida de un hombre, no importa lo bueno que sea, no es nada frente al peligro que se cierne sobre todos en el valle.

—¡Con anterioridad ya hemos tenido tormentas de furias!

—Pero no como esta —balbució Otto, que seguía sin levantar la mirada—. Esta es... diferente. Nunca antes habíamos visto una tan violenta. Me pone nervioso.

Roth frunció el ceño.

—Estoy de acuerdo —asintió.

Aldo se los quedó mirando a los dos, con las manos apretadas por la frustración.

—Estupendo —reconoció, bajando el tono, con gravedad—. ¿Cuál de los dos será el que le diga a Isana que nos vamos a quedar sentados mano sobre mano sin hacer nada mientras su hermano se desangra en el suelo de su propia sala?

Nadie dijo nada.

Isana miró a los hombres con el ceño fruncido y pensando con rapidez. Mientras lo hacía, Kord le pasó la jarra a Aric, que la llenó y se la devolvió. Bittan, que evidentemente se había recuperado bien de su ahogamiento, estaba sentado con la espalda apoyada en la pared con la cabeza baja y una mano protegiendo los ojos como si le doliera la cabeza. Isana pensó en la crueldad con la que había tratado a Fade y tuvo la esperanza de que le doliera de verdad.

Pero algo en los Kord le resultaba extraño, en la forma en que se habían colocado o cómo se comportaban en medio de la tormenta. Descubrirlo le llevó un momento. Parecían más relajados que los demás, menos preocupados por las furias que luchaban fuera de la sala.

Con cuidado, bajó las defensas, solo un poco, con respecto a Kord y sus hijos.

Ninguno de ellos estaba asustado.

No podía sentir nada con la extensión limitada de sus sentidos, salvo un poco de tensión en Aric.

De nuevo retumbó el trueno y supo que no sería capaz de levantar a tiempo sus defensas. Lo intentó y, de nuevo, la marea de emociones aterrorizadas llegó un instante más tarde de lo esperado, permitiendo que la pudiera resistir una vez más.

Se meció sobre los pies y entonces una mano la cogió del brazo y otra del codo. Alzó la mirada y vio a Fade a su lado, sosteniéndola.

—Señora —dijo Fade, agachando la cabeza quemada en una reverencia pequeña y torpe. La sangre en su labio cortado había empezado a secarse y ennegrecer—. Señora, estatúder herido.

—Lo sé —asintió Isana—. Me han dicho que tú lo encontraste. Gracias, Fade.

—¿Señora herida? —preguntó el esclavo, y ladeó la cabeza.

—Estoy bien —jadeó Isana. Miró alrededor a las familias, apiñándose las unas a las otras, escuchando las furias de la tormenta en el exterior—. Fade, ¿te asusta la tormenta?

Fade asintió con la cabeza, con la expresión ausente y los ojos fijos en otra parte.

—¿Pero no estás muy asustado?

—Tavi —dijo Fade—. Tavi.

Isana suspiró.

—Si alguien lo puede encontrar en medio de esto, ese es Bernard. Brutus lo puede proteger de los manes del viento y Cyprus le ayudará a buscarlo. Tavi necesita a Bernard.

—Herido —repitió Fade—. Malherido.

—Sí —asintió Isana, ausente—. Quédate cerca durante un momento. Es posible que necesite tu ayuda.

El esclavo gruñó, sin moverse, aunque su expresión distante hizo que Isana dudara de que hubiera entendido la orden. Suspiró y cerró los ojos, extendiéndose para alcanzar a su furia.

—Rill —susurró Isana, y se concentró intensamente en una imagen mental de Bittan, que recreaba al joven sentado y apoyado en la pared. La furia del agua se manifestó como un cosquilleo a lo largo de su espina dorsal, a través de su piel, mientras ella centraba su concentración, cansada pero decidida—. Rill. Muéstrame.

Fade se apartó de ella de inmediato.

—Hambre —murmuró.

Isana vio cómo se alejaba, frustrada pero incapaz de desviar la atención que estaba dirigiendo a Rill. Fade se acercó al fuego, vigilando temeroso a los Kord, escabulléndose de nuevo hacia la olla, como si esperara que lo echasen de allí con otro golpe rápido. Entonces salió de su campo de visión.

Isana sintió el movimiento de la furia a través del aire cargado de humedad, rozando su piel y después saliendo de ella. Sintió el desplazamiento de la furia como si fuera su propio brazo el que se dirigiera hacia el más joven de los Kord apoyado en la pared.

Rill tocó a Bittan y una sacudida de miedo vibrante salió disparada hacia Isana a través del contacto de la furia. Dejó escapar un suspiro, abrió mucho los ojos y por fin comprendió lo que estaba ocurriendo en la sala.

Bittan estaba lanzando un artificio de fuego sobre la sala; enviaba una leve aprensión hacia casi todas las personas en ella, aumentaba su ansiedad y llevaba sus temores como prioridad de sus pensamientos. Era un trabajo sutil, más de lo que habría imaginado que fuese capaz el joven. Debía de haber llamado a su furia hacia el fuego que tenía cerca, lo cual explicaba por qué quería conservar como propio el espacio que tenía delante.

Con esta información, una oleada de cansancio abrumador invadió a Isana. Perdió el equilibrio, se tambaleó hacia delante y cayó de rodillas. Apoyó una mano en el suelo para recuperar el equilibrio y levantó la otra hasta su cara.

—¿Isana? —la voz de Aldo le llegó con claridad y las charlas en la sala se fueron difuminando hasta silenciarse a medida que la gente de la explotación volvía su atención hacia ella—. Isana, ¿estás bien?

Isana alzó la mirada y descubrió que los hijos de Kord la estaban mirando directamente con un gesto sorprendido y culpable. Bittan le susurró algo a Aric y el rostro de este se endureció.

La mujer miró a Aldo con intención de explicarle lo del artificio de fuego de

Bittan, y de repente se dio cuenta de que no podía sacar el aire de los pulmones.

Isana levantó la cabeza con los ojos en blanco a causa del pánico repentino. Luchó por hablar, pero no podía; su garganta era incapaz de expulsar el aire o, tal como comprendió un momento después, de inhalarlo.

La gente se arremolinó a su alrededor y Aldo, a la cabeza de los estatúderes, se acercó a ella con pasos rápidos y atemorizados. El pequeño hombre la levantó.

—¡Ayuda! ¡Qué alguien me ayude! —pidió.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Roth—. Por todas las furias, está aterrorizada.

Las voces se confundían y mezclaban a su alrededor en un zumbido preocupado. Luchó e intentó alcanzar a Rill, pero la furia de agua solo se arremolinó a su alrededor, abrazándola, en una reacción nerviosa ante el temor salvaje de Isana. Al aumentar su impotencia, se debilitaron las defensas mentales y el miedo de los que ocupaban la sala la inundó cada vez más a medida que se acercaban. No sabía quién estaba hablando y se tambaleó confusa.

—No lo sé. Se ha caído. ¿Alguien ha visto algo?

—¿Señora?

—Isana, ¡oh, grandes furias!, ella y su hermano..., ¡qué aciago día!

Isana intentó mirar a su alrededor, apartando a Otto que intentaba abrirle la boca, para mirar por la garganta y ver qué la estaba ahogando.

—¡Sostenedla!

—¡Isana, cálmate!

—¡No respira!

Kord se acercó atravesando la muchedumbre, pero Isana miraba más allá del gran estatúder, hacia donde seguían tranquilamente sentados sus hijos, sin hacerse notar. Bittan la había mirado y una sonrisa cruel había contraído su hermosa boca. De repente cerró los puños e Isana sintió una punzada de pánico cegador que la atravesaba, pero que se desvaneció al cabo de un instante.

Aric estaba sentado al lado de Bittan. Aric, pensó Isana. Un artífice del viento. El hijo silencioso de Kord no la estaba mirando, pero tenía los dedos unidos y una expresión concentrada.

La oscuridad apareció delante de sus ojos y luchó por pronunciar unas palabras ante Aldo, quien la sostenía con los ojos dilatados por el pánico.

—Isana —jadeó—. Isana, no te entiendo...

Todo se movía: Isana se encontró tendida sobre una mesa, mientras el mundo girando sobre ella. Kord había llegado con una pestilencia repentina a sudor rancio y carne asada. La miró.

—Creo que está aterrorizada —comentó—. Mujer, cálmate. No hables. —Se inclinó sobre ella con los ojos entornados—. No —murmuró con suavidad, con expresión maliciosa y amenazante—, no intentes hablar. Cálmate y no hables. Es

posible que se te pase.

Isana intentó alejar a Kord de un empujón, pero era demasiado grande y pesado y sus brazos eran demasiado débiles.

—Lo único que tienes que hacer es asentir —susurró—. Sé una buena chica y deja que ocurra lo que tenga que ocurrir. No tienes por qué pasar por esto.

Lo miró, percibió que la inundaba su propio miedo e impotencia; sintió cómo perdía el control ante el pánico. Sabía que Bittan estaba empeorando el miedo y hacía que estuviera más aterrorizada, pero esa información parecía que no tenía ninguna importancia ante el pánico salvaje y animal. Si no se rendía ante Kord, estaba segura de que se quedaría allí y la dejaría morir.

Entonces una furia pasó a través de ella, un fuego súbito que evaporó el miedo. Isana clavó las uñas en los ojos de Kord. Él se echó atrás ágilmente, de modo que solo pudo dejar una señal de arañazos rosados y pequeños en su mejilla, mientras sus ojos brillaban de rabia.

Isana se obligó a sentarse mientras su visión se oscurecía. Débilmente, señaló con el dedo hacia el fuego.

Todo el mundo se volvió para mirar y los ojos de Aldo se abrieron de par en par en cuando comprendió lo que ocurría.

—¡Malditos cuervos! —exclamó—. ¡Ese bastardo de Kord la está matando!

Se produjo una exclamación de asombro general y las emociones contenidas hicieron que la confusión se extendiera rápidamente por la sala, como un incendio descontrolado a través de la hierba seca. Todo el mundo empezó a gritar a la vez.

—¿Qué? —Otto miraba de un lado al otro—. ¿Quién está haciendo qué?

Aldo se dio la vuelta y empezó a acercarse al fuego. Entonces chilló y cayó hacia delante, al engancharse el pie en una baldosa de piedra que se plegó de repente y lo atrapó como una tela pesada. El joven estatúder se giró y ladró una palabra hacia los pesados bancos de madera situados junto a la mesa. La madera tembló y se combó, partiéndose con el sonido quebradizo de huesos viejos y enviando astillas largas como dagas en dirección hacia Kord.

El enorme estatúder se agachó en dirección a Isana, alejándose de las astillas, aunque una de ellas le abrió la mejilla, de la cual brotó un súbito borbotón de sangre escarlata. Levantó el puño y lo dirigió contra ella.

Isana se apartó rodando por la mesa hasta el suelo y sintió cómo el golpe del enorme estatúder destrozaba el grueso roble como si fuera madera seca. Se alejó de él gateando a cuatro patas en dirección al fuego y al joven cuya furia la estaba matando.

Vio a Fade al lado de la hoguera, contemplando toda aquella confusión con una expresión de perplejidad, mientras seguía inclinado sobre la olla con el cazo en una mano. Farfulló algo y se dio la vuelta para salir huyendo, sollozando en voz alta. Sus pies tropezaron con Bittan cuando el más joven de los Kord se incorporó,

derribándolo. Fade soltó un quejido y cayó hacia un lado, derramando el cuenco y el cazo con el estofado en plena ebullición.

El guiso hirviendo alcanzó el rostro concentrado de Aric, lo cual provocó un grito repentino de inesperado dolor por parte del delgado artífice del viento.

Isana consiguió inhalar un poco de aire, mientras sentía cómo la salvaje confusión de emociones de la sala se desvanecía con la misma rapidez que desaparecía la sombra de un pájaro que volara en lo alto. Todos miraron alrededor durante un momento, desorientados por la liberación repentina del artificio de fuego, y se arrimaron a las paredes.

—¡Detenedlos! —jadeó Isana—. ¡Detened a Kord!

Kord lanzó un rugido furioso.

—¡Putas estéril! ¡Te mataré!

El fornido hombre se dio la vuelta e Isana pudo sentir la agitación de la tierra mientras llamaba a su furia en busca de fuerza. Levantó el tablero roto de la mesa como si no pesara tanto como un hombre adulto y se lo lanzó. Aldo, con el pie atrapado, se incorporó y gateando se abalanzó contra las piernas de Kord. El pequeño estatúder hirió las extremidades del corpulento Kord y lo desequilibró, haciendo que pasara de largo el tablero que lanzó a Isana y golpease en la pared. Kord apartó a Aldo de una patada, como si no pesara más que un cachorro, y se volvió una vez más hacia Isana.

La mujer intentó alejarse a gatas, mientras invocaba a Rill con intensidad desesperada. Oyó una confusión de sonidos a su alrededor, hombres maldiciendo, una puerta que se abría de golpe. El aire silbó de repente: una ventolera bajó por la chimenea y lanzó contra Isana una nube de brasas al rojo vivo. Ella gritó y se arrojó al suelo, tratando de apartarse para evitar su dolorosa quemadura.

En lugar de eso, advirtió cómo las brasas subían en un remolino y pasaban de largo, y al momento Kord lanzó un bramido repentino de consternación.

—¡Ahí tienes, Kord, lagarto venenoso! —graznó el estatúder Warner desde lo alto de la escalera. Estaba desnudo y goteaba agua, con una toalla atada alrededor de la cintura y jabón en su cabello ralo, mientras corría con sus piernas esqueléticas. Sus hijos se encontraban a su lado con las espadas en la mano—. ¡Ha llegado el momento de que alguien te enseñe a respetar a una dama! ¡Chicos, cogedlo!

—¡Padre! —gritó Aric en medio del caos. Los hijos de Warner estaban bajando ya las escaleras—. ¡Padre, la puerta!

—¡Esperad! —gritó Isana, levantándose—. ¡Esperad, no! ¡No quiero un derramamiento de sangre en mi casa!

Un enorme peso la golpeó desde atrás y la aplastó con fuerza contra el suelo. Se retorció y pateó hasta descubrir que tenía encima a Fade, cuyo peso la inmovilizaba sin remedio.

—¡Fade! —jadeó—. ¡Quítate de encima!

—¡Hirió a Fade! —balbució el esclavo escondiendo la cara en la espalda de Isana, sollozando y agarrándose a ella como un niño demasiado grande—. ¡No daño, no más daño!

Kord soltó un rugido y atrapó a uno de los hijos de Warner que se lanzaba contra él. El gran estatúder cogió al joven por la muñeca y el cinturón y lo lanzó contra la pared al otro lado de la sala. Salió corriendo hacia la puerta de la sala, con Aric y Bittan pisándole los talones, mientras las gentes de Bernardholt se apartaban y abrían camino al estatúder. Se abalanzó contra una de las puertas y la arrancó de las bisagras, dejando un agujero de viento frío y lluvia medio helada. Después, se desvaneció en la noche, seguido por sus hijos.

—¡Dejadlo marchar! —gritó Isana con una voz tan alta y aguda que los otros dos hijos de Warner se quedaron helados mirándola—. Que se vaya —repitió.

Se arrastró para salir de debajo de Fade y miró alrededor de la sala. Aldo, tendido, resoplaba herido, y el hijo de Warner no se movía, al pie de la pared. En el otro extremo de la sala, la vieja Bitte cuidaba de la figura pálida e inmóvil de Bernard, sosteniendo un atizador de hierro con determinación en sus ajadas manos.

—¡No se puede escapar, Isana! —protestó Warner, bajando las escaleras y sosteniendo la toalla con una mano—. ¡No podemos dejar sueltos a animales como esos!

El cansancio y las punzadas de su cabeza se mezclaron en Isana con la resaca del terror, del pánico ante la violencia repentina y malévola, y empezó a temblar. Bajó la cabeza durante un momento y le pidió a Rill que alejara las lágrimas de sus ojos.

—Que se vaya —repitió—. Tenemos que atender a nuestros heridos. La tormenta acabará con ellos.

—Pero...

—No —ordenó Isana con firmeza. Miró en derredor de la sala y a los otros estatúderes. Roth se ponía en pie con lentitud y parecía estar aturdido. Otto estaba ayudando al anciano y le brillaba el sudor en la cabeza casi calva—. Atendamos a los heridos —ordenó a los dos hombres.

—¿Qué..., qué ha ocurrido? —tartamudeó Otto—. ¿Por qué lo han hecho?

Roth puso una mano sobre el hombro de Otto.

—Estaban usando el artificio del fuego contra nosotros. ¿No es eso, Isana? Reforzaban nuestro miedo y hacían que estuviéramos más preocupados de lo necesario.

Isana asintió, agradecida en silencio a Roth, y consciente de que, como artífice del agua, él lo apreciaría. Se sonrieron fugazmente.

—Pero ¿cómo? —replicó Otto mostrando su perplejidad—. ¿Cómo lo pudieron hacer sin que ninguno de nosotros lo percibiera?

—Supongo que Bittan lo fue provocando con lentitud —respondió Isana—. Cada vez un poco más, de la misma forma que calientas poco a poco el agua del baño para que quienes están dentro no se den cuenta.

Otto parpadeó.

—Sabía que podían proyectar emociones, pero no que lo pudieran hacer de esa forma.

—La mayoría de los ciudadanos que conocen el artificio del fuego lo hacen en uno u otro grado durante sus discursos —explicó Isana—. Casi todos los senadores lo hacen sin pensarlo siquiera. Gram lo emplea continuamente, sin ser consciente de ello.

—Y mientras sus hijos lo realizaban —musitó Roth—, Kord nos convencía de esa idiotez de la inundación... y nosotros estábamos tan preocupados que nos parecía razonable.

—¡Oh! —exclamó Otto. Tosió y se ruborizó—. Ya veo. Tú bajaste tarde, Isana, por eso te diste cuenta de la situación. Pero ¿por qué no dijiste nada?

—Porque el otro la estaba asfixiando, imbécil —gruñó Aldo desde el suelo. Su voz transmitía la tensión del dolor de su pie herido—. Ya viste lo que le intentó hacer Kord.

—Os lo dije a todos —intervino Warner con un poco de satisfacción malévola en la voz, desde su posición elevada en la escalera—. Son una estirpe dañina.

—Warner —ordenó Isana con cansancio—, ve a vestirte.

El enjuto estatúder se miró y pareció que se daba cuenta por primera vez de su semidesnudez. Se ruborizó, murmuró alguna excusa y corrió hacia su habitación.

Otto volvió a sacudir la cabeza.

—No puedo creer que alguien quisiera hacer esto.

—Otto —murmuró Aldo—, utiliza la cabeza para algo más que mirarte al espejo. Bernard está herido, y también el hijo de Warner. Metedlos en una bañera y curadlos.

Roth asintió con decisión, recuperando visiblemente su temperamento habitual.

—Por supuesto. El estatúder Aldo —inclinó un poco la cabeza ante el joven— tiene razón. Isana, te ofrezco todo mi apoyo en tu artificio, al igual que Otto.

—¿Sí? —preguntó Otto—. ¡Oh!, quiero decir que sí, por supuesto. Isana, no sé cómo hemos podido ser tan tontos. Por supuesto que ayudaremos.

—¡Chiquilla! —llamó Bitte con una voz aguda y alta, siempre al lado de la figura inmóvil de Bernard—. Isana, ya es tarde.

Isana se dio la vuelta para mirar a Bitte. La cara de la anciana había palidecido.

—Tu hermano. Se ha ido.

TAVI tropezó debido a la fuerza de una ráfaga de viento. La chica le agarró del brazo con una mano, evitando que cayera, y con la otra tiró unos cuantos cristales de sal de las escasas reservas que le había dado unas horas antes. La forma ligeramente luminosa de uno de los manes del viento que se encontraba detrás de la ráfaga dejó escapar un chillido que se desvaneció de inmediato.

—Ya está —gritó ella por encima del sonido del viento—. ¡Me he quedado sin sal!

—¡Yo también! —respondió Tavi.

—¿Estamos cerca?

Entornó los ojos ante la oscuridad y la lluvia, temblando y demasiado helado casi hasta para pensar.

—No lo sé —respondió—. No veo nada. Casi habremos llegado.

Ella se protegió los ojos del inclemente granizo con una mano.

—Casi va a dar lo mismo. Ya vuelven.

Tavi asintió.

—Protégete los ojos para ver la luz del fuego.

Tomó con fuerza su mano antes de seguir adelante, indeciso, a través de la oscuridad. Ella apretó los dedos de Tavi con los suyos. La esclava era más fuerte de lo que parecía y aunque hacía tiempo que sus manos estaban entumecidas a causa del frío y el granizo, su presión era dolorosa e intimidante. El viento y los manes mortíferos que los seguían aullaron, decididos, gélidos y furiosos.

—Ya vienen —susurró ella—. Si logramos salir de esta, ha de ser ahora mismo.

—Está cerca. Tiene que estarlo.

Tavi entrecerró los párpados ante la lluvia cegadora intentando ver lo que tenía delante. Entonces apareció: un brillo dorado y deslucido que titilaba justo en el extremo de su campo de visión. En medio de la tormenta, de algún modo se había girado encontrándolo por casualidad; rápidamente se movió hacia un lado, tirando de la muñeca de la chica.

—¡Allí! ¡El fuego! ¡Está ahí mismo! Tenemos que correr.

El muchacho lanzó hacia delante su cuerpo exhausto, en dirección a la luz distante, y notó que el terreno empezaba a elevarse, ascendiendo regularmente hasta donde se encontraba el fuego. La cortina de lluvia y aguanieve lo cegaba y escondía la luz, de manera que parpadeaba como una vela, pero Tavi mantuvo los ojos fijos en su destino. Los relámpagos serpenteaban entre las nubes con destellos traicioneros y cegadores, mientras que los manes del viento aullaban su odio por encima de sus cabezas.

Tavi podía oír la respiración trabajosa y jadeante de la esclava por encima del

aullido del viento; estaba claro que apenas le quedaba resistencia. Los pasos de la muchacha se iban haciendo más tambaleantes a medida que se acercaban al resplandor de la luz del fuego. En la oscuridad, los manes del viento chillaban. Tavi miró atrás para ver cómo uno de ellos giraba para lanzarse sobre los dos a través del granizo, con el rostro retorcido en una mueca de odio y hambre.

Los ojos de la chica se abrieron de par en par cuando vio la expresión de Tavi y empezó a darse la vuelta, pero ya era demasiado tarde y su reacción fue excesivamente lenta. No podría girar a tiempo para defenderse.

Él estiró los brazos y le agarró la muñeca con las dos manos. Con el peso de todo su cuerpo, la impulsó hacia delante y la envió a trompicones hacia la luz que tenían enfrente.

—¡Vete! —gritó—. ¡Entra!

El espectro golpeó a Tavi, que de súbito notó la falta de aire en sus pulmones y de calor en las extremidades. Sintió que sus pies abandonaban el suelo y cayó dando saltos y tumbos por la ladera, alejándose del refugio de la cima, barrido como una hoja en la poderosa tormenta. Rodó con los brazos y las piernas inertes, luchando por no detenerse de forma abrupta y para guiar su caída por la ladera hasta el pie de la colina. El gris de una piedra apareció delante de sus ojos bajo la luz esmeralda de un relámpago y lanzó un grito inconsciente mientras veía cómo pasaba muy cerca de ella.

Vislumbró un reflejo de luz en una superficie de agua, en el suelo, y se dirigió hacia ella, desesperado y aterrorizado en la semioscuridad. Lo detuvo el barro que se amontonaba al pie de la colina, bajo la capa de agua helada de un dedo de grosor, y sus brazos se hundieron en el lodazal casi hasta los codos. Tiró y se liberó del barro, dándose la vuelta rápidamente, a tiempo para ver al espectro, que descendía una vez más hacia él.

Tavi rodó a un lado, pero el lodo ralentizaba sus movimientos y sintió cómo el frío mortal del espectro se acomodaba sobre su boca y su nariz, cortándole de nuevo la respiración. Se revolvió y pateó, pero no consiguió nada. No podía evitar que la furia le impidiera tomar aire, como no podía extender los brazos y volar por encima de la tormenta.

Tavi sabía que solo tenía una mínima posibilidad. Se puso en pie, saltó con fuerza y se lanzó al barro. El lodo frío y asqueroso y el agua helada, que con la tormenta habían adquirido la consistencia de una masa viscosa, le pasaron por encima. Se obligó a sumergirse, hundiendo la cara en el barro, y después se giró de espaldas, cubriendo todo su cuerpo.

Y al fin pudo respirar de nuevo.

Observó al espectro, pero este no lo estaba mirando. La furia giró y voló con los ojos hambrientos alrededor del punto donde lo había atacado por primera vez,

merodeando de un lado al otro. Nunca se detuvieron en Tavi. El espectro chilló y media docena de sus compañeros llegaron de inmediato a la zona donde el muchacho había caído, girando una y otra vez en su busca.

Tavi alzó la mano para limpiarse el barro de los ojos y una sonrisa feroz se dibujó en sus labios. Había intuido bien. La tierra. La tierra, que era la némesis de las furias del aire, le había cubierto y ocultado de ellas. Pero el frío era penetrante y doloroso. Contempló los manes del aire que no dejaban de merodear y sintió cómo se le helaban los huesos. Había despistado a los manes pero ¿durante cuánto tiempo?

La lluvia seguía cayendo y el agua embarrada se le metió en los ojos. El agua eliminaría en poco tiempo la capa de barro, si antes no sufría un colapso y se congelaba. Moviéndose con lentitud y en silencio, estiró las manos hacia abajo y cogió más barro, que extendió sobre el vientre y el pecho, donde la lluvia ya había empezado a realizar su labor.

Tavi escrutó el valle a través de la tormenta y dirigió su atención hacia la parte superior de la ladera suave, en cuya cima ardía la llama, silueteando en la voluminosa forma oscura una abertura que de otra forma sería totalmente invisible en la noche. No vio ninguna señal de la esclava, lo cual implicaba que o bien estaba bien resguardada o bien estaba muerta. En cualquier caso, había hecho todo cuanto estaba en su mano por la joven. Chistó de pura frustración.

Al instante, tres de los manes del viento giraron sus ojos brillantes hacia él y volaron directamente hacia su boca.

Un chillido pugnó por salir de su pecho, pero lo ahogó antes de que alcanzase la garganta, y a cambio rodó por el barro una distancia bastante larga y finalmente se incorporó. Mirando hacia atrás, vio a las furias de la tormenta girando en torno al lugar donde había estado tendido. Quizá no lo podían ver, pero sin duda lo podían oír. Incluso con el caos de la tormenta habían oído su respiración. Ahora casi no se atrevía a respirar y se preguntó si oirían sus movimientos.

En cualquier caso, pensó, la lluvia lo iba a descubrir en unos instantes. Tenía que abandonar el terreno abierto y encontrar un refugio. Tenía que escabullirse entre los furiosos manes del viento.

El muchacho recordaría esa huida durante el resto de su vida, como el tormento que debía de sentir un ratón hambriento cuando se aventuraba entre los pies de los gigantes para alcanzar unas migajas de comida y después volver corriendo a un lugar seguro.

A su alrededor se movían y aullaban los manes del viento. Un ciervo joven surgió de la oscuridad a la espalda de Tavi, berreando y lanzando coces salvajes con los cuartos traseros. Tres manes del viento habían enganchado al ciervo con las garras afiladas y los ojos brillantes. Bajo la mirada estremecida del muchacho, las furias derribaron al animal, que intentaba defenderse con los cuernos, que los atravesaban

sin producirles ningún daño. El ciervo lanzó un berrido terrible antes de que los tres manes le abrieran el cuello y dos más se abalanzaran sobre su morro, cortándole el aire. El animal se debatió en silencio, coceando entre convulsiones mientras perdía sangre. Los otros manes del viento se acercaron, profiriendo aullidos y con las garras dispuestas.

El animal desapareció en medio de una masa luminiscente de niebla difusa y garras malvadas. Unos instantes después, la nube se dispersó en una docena de formas aullantes.

Todo lo que quedaba del ciervo era una cabeza pálida por el terror, con los ojos muy abiertos, y una pila de carne desgarrada entre huesos rotos y ensangrentados.

Las rodillas de Tavi se debilitaron, y mientras su corazón latía a gran velocidad, no pudo apartar los ojos del horripilante espectáculo. Tras un largo relámpago, la oscuridad volvió a reinar, provocando que la visión del destino del pobre ciervo desapareciera de su vista. Su boca se abrió para lanzar un grito pero se encontró sin aliento, en silencio, como en el terror impotente de una pesadilla.

Un rayo volvió a partir el cielo y el miedo lo atrapó y devoró de un bocado. Su parálisis temblorosa se convirtió de repente en una fuente de fuerza tenue y horrorizada, que le hizo correr colina arriba en dirección a la promesa de seguridad de la luz. Se oyó a sí mismo inhalando aire y dejando escapar bufidos, y los manes del viento se arremolinaron a su alrededor en un coro furioso, pero descoordinado y sin orden. Subían y bajaban con fiereza a su alrededor, pero ninguno lo podía ver. La protección de la tierra resistió durante todo el trayecto que recorrió hasta coronar la ladera.

Allí, una cúpula sencilla de mármol pulido, de la altura de tres hombres, se alzaba sobre la cima de la colina. Su entrada abierta brillaba con una suave luz dorada, y por encima de ella, grabada en oro en el mármol, se encontraba la estrella de siete puntas del Primer Señor de Alera.

Tavi sintió cómo un trozo de tierra tan pesado como el pastel de un día de fiesta se le desprendía de la espalda y oyó cómo los manes chillaban detrás de él. Un chillido propio les respondió, mientras el viento terrible corría en su contra. Cruzó los brazos por encima de la cabeza y se lanzó a través de la entrada.

Aterrizó sobre una piedra dura y lisa, en medio de un silencio súbito y sobrecogedor.

Tavi alzó la vista y miró alrededor, con sus extremidades trémulas y su cuerpo enviando aún al cerebro frenéticas señales de que se debía poner en pie y seguir corriendo. En vez de eso, se derrumbó con un escalofrío que recorría sus músculos helados, y miró en torno, mudo, recuperando el ritmo de su respiración.

La belleza del Memorial del Príncipe le habría dejado sin resuello si no lo hubieran hecho ya la carrera y los gritos.

Aunque en el exterior seguía rugiendo la tormenta, seguían cayendo los rayos y el granizo y los truenos golpeaban con furia la tierra, dentro del Memorial todos esos sonidos solo llegaban como algo lejano y totalmente irrelevante. Probablemente la tierra temblase y el aire casi estuviera en llamas a causa de las furias, pero dentro del Memorial solo se escuchaba el suave fluir del agua, el crepitar del fuego y un silencio casi meditativo apenas roto por el gorgojeo soñoliento de un pájaro.

El interior de la cúpula no era de mármol, sino de cristal, y los muros se elevaban altos y lisos hasta el techo, a seis metros de altura. La luz, procedente de siete llamas que ardían sin combustible aparente alrededor de la sala, se alzaba a través del cristal, se inclinaba, refractaba y se dividía en una multitud de arcoíris que giraban y bailaban suavemente con mágica hermosura en el recinto de paredes de cristal. El suelo en el centro de la cúpula estaba cubierto por un estanque de agua, tan perfectamente tranquila y limpia como un cristal de Amarante. Alrededor de él crecía una vegetación exuberante: arbustos, hierba, flores e incluso árboles pequeños, tan bien alineados como si los cuidase un jardinero.

Entre cada uno de los fuegos distribuidos por las paredes se alzaban siete armaduras completas con capas escarlata, escudos de bronce y espadas con empuñaduras de marfil de la Guardia Real. Las armaduras estaban mudas y vacías, dispuestas sobre figuras informes de piedra negra, vigilantes eternos con las viseras de sus yelmos orientadas hacia el centro del estanque.

Allí se alzaba un bloque de basalto negro. Sobre el bloque yacía una figura pálida, una estatua del mármol blanco más puro con la forma de un hombre joven. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera dormido, y las manos le descansaban sobre el pecho encima de la empuñadura de su espada. Lucía una capa espléndida que le colgaba de un hombro y debajo de ella, el peto de un soldado. A sus pies yacía un yelmo de mármol pálido que se completaba con la cimera alta de la Casa de Gaius. Llevaba el cabello corto, sus rasgos eran finos, firmes, hermosos, y su expresión, tranquila y adormilada. Como si fuera un hombre de carne y hueso, Tavi podía esperar que se levantara, cogiese el yelmo y se fuera a seguir con sus asuntos, pero el príncipe Gaius había muerto hacía mucho tiempo, antes de que naciera Tavi.

Percibió un movimiento por el rabillo del ojo, pero estaba demasiado cansado para girar la cabeza. La esclava se arrodilló a su lado, temblando y goteando. Le tocó el hombro y retiró la mano para estudiar el barro espeso que se le había quedado pegado.

—¡Cuervos y furias! Por un momento he pensado que había entrado una gárgola.

Él la miró suspicaz, pero los ojos de la joven brillaban con una alegría cansada.

—No he tenido tiempo de asearme.

—Volví a buscarte, pero no pude ver nada y los manes del viento se me echaron encima. Tuve que correr hasta aquí.

—Esa era la idea —reconoció Tavi en tono de disculpa—. Lo siento, pero parecía que estabas al borde del colapso.

La boca de la esclava se curvó hacia un lado.

—Es posible —reconoció. Le quitó más barro de encima—. Muy listo... y muy valiente. ¿Estás herido?

Tavi negó con la cabeza, temblando de manera descontrolada.

—Magullado. Cansado. Y helado.

Ella asintió con un gesto preocupado y le quitó más suciedad de la frente.

—Lo mismo digo. Gracias.

Él intentó devolverle una pequeña sonrisa.

—No hay ninguna razón para que me des las gracias. Soy Tavi de Bernardholt.

Los dedos de la chica tocaron el collar que llevaba colgado, frunció el ceño y bajó los ojos.

—Amara.

—¿De dónde eres, Amara?

—De ningún sitio —respondió la muchacha. Levantó la mirada y sus ojos recorrieron el interior de la magnífica cámara—. Dime, ¿qué lugar es este?

—El Memorial del P-príncipe —tartamudeó Tavi, temblando—. Este es el túmulo erigido en el Campo de las Lágrimas. Aquí murió el príncipe, luchando contra los marat, antes de que yo naciera.

Amara asintió con el ceño fruncido. Se frotó con fuerza las manos y después colocó la muñeca sobre la frente de Tavi.

—Estás ardiendo.

Tavi cerró los párpados y descubrió que eran demasiado pesados para abrirlos de nuevo. Un cosquilleo extraño le recorrió la piel, sustituyendo lentamente el frío punzante y doloroso del barro.

—Dicen que el Primer Señor en persona construyó este lugar. Que lo hizo en un día, después de enterrar a todo el mundo. La Legión de la Corona. Los marat no dejaron del cuerpo del príncipe ni lo suficiente para un funeral de Estado. Lo celebraron aquí en lugar de llevárselo a la catedral.

La esclava lo cogió de la mano y le obligó a ponerse en pie, aunque ella también estaba temblando. Él la dejó, obligándose a permanecer de pie a pesar del letargo pesado y dulce de sus extremidades. Se aferró a las palabras que estaba pronunciando para retener la conciencia.

—Aquí las furias son fuertes. Las furias de la Corona. Se dice que tienen que ser fuertes para mantener tranquilas las sombras de todos los soldados. No los pudieron llevar a casa. Demasiados cadáveres. Las furias fuertes nos protegerán. Túmulo de piedra. Tierra contra aire. Refugio.

—Tienes razón —asintió Amara.

Lo colocó de nuevo en el suelo y Tavi se acomodó agradecido, apoyándose en una pared. Podía sentir un calor a cierta distancia atravesando los temblores de su cuerpo, algo maravilloso y calmante. Ella lo debía de haber acercado a uno de los fuegos.

—Todo es culpa mía —deliró el muchacho—. No encerré a Dodger. Mi tío. Los marat están aquí.

Se produjo un silencio sorprendido.

—¿Qué? —preguntó ella—. Tavi, ¿de qué estás hablando? ¿Qué dices de los marat?

Intentó decir más, responder las preguntas de la esclava, avisarla. Pero las palabras eran confusas en su lengua y en su mente. Intentó pronunciarlas, pero descubrió que temblaba con demasiada violencia como para decirlas con claridad. Amara le dijo algo, pero para él sus palabras no tenían ningún sentido, solo eran sonidos mezclados al azar. Sintió sus manos sobre él, retirando poco a poco el barro medio helado que todavía llevaba encima y masajeándole con fuerza las extremidades, pero lo sentía todo muy distante y, de alguna manera, como si no tuviera ninguna importancia.

No podía sostener la cabeza erguida. Incluso respirar se convirtió en un esfuerzo.

La oscuridad lo engulló: negra, silenciosa, completa.

EL corazón de Isana le dio un vuelco y la garganta se le cerró.

—¡No! —susurró—. No... Mi hermano no... no se ha ido. No es posible.

La vieja Bitte bajó la mirada.

—Su corazón. Su respiración. Los dos se han detenido. Había perdido demasiada sangre, chiquilla. Se ha ido.

Un silencio asombrado cayó sobre la sala.

—No —repitió Isana. Se sentía mareada, desconcertada, y tuvo que cerrar los ojos—. No. Bernard...

La inmensidad de ese simple fin, la muerte, cayó sobre ella como una carga de cadenas. Bernard era su única familia viva y había estado muy unida a él desde antes de tener recuerdos claros. No se podía imaginar un mundo sin su hermano en él. Tenía que haber algo que se pudiera hacer. Seguramente había algo. Había estado tan cerca de conseguir la ayuda que necesitaba... Si Kord y sus hijos no hubiesen interferido, si se hubieran metido en sus asuntos, habría habido dos artífices del agua capacitados atendiendo a Bernard antes de que ella se despertase.

«Que los cuervos se lleven a Kord y su pequeña familia malvada», pensó Isana con malevolencia. ¿Qué derecho tenían a poner en peligro las vidas de los demás para proteger sus intereses? Se podría haber atendido a Bernard. Podía haber vivido.

Ella necesitaba a Bernard. La explotación lo necesitaba. Tavi lo necesitaba.

Tavi. Si alguien era capaz de encontrar a Tavi, si alguien podía ayudarle, ese era su hermano. Tenía que conseguir su ayuda. Debía conservarlo a su lado. Sin él, también Tavi podría desaparecer para siempre. Él también podía haber...

—No —repitió Isana en voz alta. Respiró hondo para fortalecerse. No podía dejar que la maldad de los Kord asesinase a su hermano y a Tavi de un plumazo. Levantó la cabeza y miró a la vieja Bitte—. No ha acabado. Mételo en la bañera.

Bitte le devolvió la mirada Isana con una expresión de gran sorpresa en el rostro.

—¿Qué?

—Que lo metas en la bañera —repitió Isana. Empezó a arremangarse con movimientos cortos y enérgicos—. Otto, Roth, venid aquí y preparad vuestras furias.

—Isana —susurró Bitte—. Chiquilla, no puedes hacer eso.

—Puede —replicó Otto con voz tranquila. La calva le brillaba a la luz del fuego—. Se ha hecho antes. Cuando era joven y acababa de conseguir mi cadena, el hijo menor de Harald cayó a través del hielo en el estanque del molino. Estuvo hundido cerca de treinta minutos antes de que lo pudiéramos sacar, y vivió.

—¡Vivió! —escupió Bitte—. Sentado en una silla babeando, y no volvió a hablar nunca, hasta que se lo llevaron unas fiebres. ¿Quieres hacerle eso a Bernard?

Roth sonrió sin humor y puso una mano frágil sobre el hombro de Otto.

—Tiene razón. Aunque traigamos de vuelta su cuerpo, es posible que su mente no lo acompañe.

Isana se puso en pie y se enfrentó a los dos hombres.

—Lo necesito —explicó—. Tavi está ahí fuera en la tormenta. No tengo tiempo para discutir. Hace un momento estabais dispuestos a ayudarme. Ahora, hacedlo o apartaos de mi camino.

—Ayudaremos —se ofreció Otto de inmediato.

Roth dejó escapar un suspiro con una expresión reticente.

—Sí —aceptó—. Si es la voluntad de las furias, el intento no te va a matar.

—Me siento conmovida por tu entusiasmo.

Isana se acercó a la bañera de cobre. Algunos hombres, bajo la dirección de Bitte, depositaron en la bañera el cuerpo inmóvil de Bernard. El agua se tiñó de rosa y la sangre empezó a manar con lentitud de la herida del muslo.

—Quitad la venda —ordenó—. En cualquier caso, ya no sirve de nada.

Se arrodilló en la cabeza de la bañera y estiró las manos para descansar los dedos sobre las sienes de Bernard.

—Rill —susurró, alargando una mano para tocar levemente el agua—. Rill, te necesito.

Vio cómo el agua se removía con lentitud cuando Rill entró en la bañera. Pudo sentir las reticencias de la furia, sus movimientos vagos e inseguros; pero no, no se trataba de las reticencias de Rill, sino de su propio cansancio. Con el agotamiento que arrastraba Isana, Rill no la podía oír con claridad y no podía responder tan bien como era habitual en la furia. Dentro de un momento, eso no iba a ser un problema.

—Immi —susurró Otto.

Isana notó cómo el grueso estatúder colocaba la mano sobre su hombro, unos dedos cálidos que ejercieron una ligera presión en señal de apoyo. Las aguas se movieron bajo sus dedos cuando la segunda furia entró en la bañera, una presencia más pequeña y más activa que la de Rill.

Roth puso su mano sobre el otro hombro.

—Almia.

De nuevo el agua se agitó, esta vez con una presencia más fuerte y confiada, puesto que la furia del anciano estatúder traía consigo una sensación de fuerza fluida.

Isana respiró hondo, concentrándose a través del cansancio, el miedo y la rabia. Expulsó de sus pensamientos la fuerte preocupación por Tavi y la incertidumbre de si podría ayudar a su hermano. Lo apartó todo excepto la percepción, que le llegaba a través de Rill, del agua en la bañera y del cuerpo que estaba hundido en ella.

Había una cierta sensación procedente del cuerpo sumergido en el agua, una especie de vibración delicada que se extendía desde la piel. Isana indicó a Rill que rodeara a Bernard para que ella pudiera sentir esa débil energía a su alrededor, los

temblores de la vida. Durante un instante terrible, el agua se quedó quieta y no consiguió sentir nada.

Entonces Rill tembló como respuesta a los mínimos rastros de vida que resistían en el hombre herido. Isana sintió que el corazón le daba un vuelco esperanzado.

—Sigue aquí —murmuró—. Pero nos tenemos que dar prisa.

—No te arriesgues, Isana —intervino Roth en voz baja—. Está demasiado lejos.

—Es mi hermano —replicó Isana. Puso las palmas de las manos a ambos lados del grueso cuello de Bernard—. Otto y tú, cerrad la herida. Yo haré el resto.

Notó cómo la mano de Otto le apretaba el hombro. Roth dejó escapar un suspiro quedo y resignado.

—Si entras, es posible que no puedas volver a salir, aunque tengas éxito en revivirlo.

—Lo sé. —Isana cerró los ojos y se inclinó hacia delante lo suficiente para depositar un beso suave en la cabeza de su hermano—. Entonces, de acuerdo —asintió—. Allá vamos.

Dejó escapar el aire en una exhalación larga y lenta, y centró su atención, su concentración y su voluntad aún más en el agua. El dolor sordo de sus extremidades se desvaneció. La tensión desgarradora en la espalda desapareció. Todas las sensaciones de su cuerpo, desde la piel demasiado fría bajo sus dedos hasta el empedrado bajo las rodillas y los dedos de los pies se desvanecieron. Solo sentía el agua, la energía que se iba disipando alrededor de Bernard y la presencia nebulosa de las furias que la acompañaban en el agua.

La presencia de Rill recabó toda su atención, con una especie de preocupación ante la conciencia de Isana. Ella tocó a Rill con sus pensamientos, dando a la furia una imagen, una tarea. Como respuesta, Rill se acercó aún más, ocupando todo el espacio de la conciencia de Isana. La sensación de la presencia de la furia superpuesta a la suya se mantuvo hasta que no pudo diferenciar con claridad una de la otra. Isana sufrió una leve desorientación al fundirse con la furia. Entonces, como siempre, las percepciones de Rill empezaron a fluir en las suyas como una oleada lenta de sonidos, una visión neblinosa y momentos de emociones palpables, tangibles.

Levantó la mirada hacia la figura vaga y pálida del cuerpo de Bernard y hacia la silueta aún más borrosa de ella inclinada sobre él. Las furias de Roth y Otto se movían ansiosas en el agua delante de ella y ahora le resultaban visibles como unas formas nebulosas con colores desvaídos.

No habló, pero desde ahí resultaba sencillo transmitir mensajes a Roth y Otto a través de sus furias.

—Uníos a él y sellad la herida. Yo haré el resto.

Las otras dos furias se alejaron al unísono, reuniendo las gotas de sangre escarlata que se habían empezado a dispersar por toda el agua de la bañera y conduciéndolas

de nuevo hacia el corte, en el muslo de Bernard.

Isana no esperó a que las furias hubieran completado su tarea. Se acercó aún más al aura que se iba desvaneciendo alrededor de su hermano, concentrándose en él y en la vibración de vida mucho más fuerte procedente del cuerpo que tocaba a Bernard, el suyo.

Sabía que lo que iba a intentar era peligroso. El alma de la vida no era fácil de tocar o de manipular. Era una fuerza tan potente e impredecible como la propia vida e igual de frágil. Pero, peligroso o no, se tenía que hacer. Lo tenía que intentar.

Isana tomó contacto con la vida débil y temblorosa que rodeaba a Bernard. Entonces tocó la de su propio cuerpo, por encima de él, las reunió, las mezcló y fundió, extrayendo la energía de su cuerpo para envolverlos a los dos, logrando una reacción inmediata y violenta.

El cuerpo de Bernard convulsionó en el agua, un latigazo repentino de movimiento que afectó a la vez a todos los músculos de su cuerpo. La espalda se contorsionó, e Isana sintió más que vio cómo se le abrían los ojos sin mirada. Su corazón se contrajo con un latido pesado e irregular, al que siguió otro, y otro más. Isana notó cómo le atravesaba un estallido de júbilo, y con Rill penetró en Bernard a través de la herida de su pierna como en un sumidero de súbito confinamiento, y se sintió expandida a través de cientos de vasos sanguíneos, esparciéndose por su interior y dividiendo su conciencia en una multitud de capas. Percibió su corazón cansado, el dolor hasta los huesos de sus extremidades, el frío terrorífico de la muerte acechadora. Sintió su confusión, su frustración, su miedo y las emociones se le hundieron en el corazón como un cuchillo. Sintió su cuerpo luchando contra las heridas. Fracasando. Muriendo.

Lo que hizo a continuación no fue un proceso de pensamiento lógico, de estímulo y respuesta, de procedimiento y razón. Sus pensamientos estaban excesivamente divididos, eran demasiados, demasiados para poder dirigirlos con claridad. Todo dependía de su instinto, de su habilidad para hacer consciente una voluntad y para sentir a través de él, para apreciar cada parte del todo y reconstruirlo.

Lo sintió como una presión que crecía contra ella, como una cadena de acero tensa que se cerraba sobre su miríada de pensamientos con una inevitabilidad lenta y constante, apagándolos, aplastándolos hasta acallarlos. Luchó contra ese silencio, luchó por conservar la conciencia, su vida, que brillaba en todos los rincones del cuerpo herido de Bernard. Se lanzó al combate, batiéndose contra la muerte, mientras que a su alrededor, a través de ella, dentro de ella, sentía las pulsaciones vacilantes e inciertas de su corazón agotado.

Se aferró a su vida, con la misma intensidad con que percibía que las furias de Roth y Otto devolvían la sangre al cuerpo magullado de su hermano. Se aferró a él mientras los dos artífices del agua trabajaban en el corte, cerraban la herida irregular

y unían de nuevo la carne. Se aferró con toda su fuerza, y en el aterrador espacio entre un latido y el siguiente se dio cuenta de que no lo podía retener durante más tiempo. Lo estaba perdiendo.

A través de Rill le llegó la petición urgente de Roth para que se retirase, para que saliera de su hermano y regresara a su propio cuerpo, para salvarse. Se negó, extrayendo más energía de su cuerpo, alimentando a Bernard y su corazón cansado. Le envió todo lo que pudo alcanzar y sintió cómo salía de ella, desubicada, con una creciente debilidad. Le dio a su hermano todo lo que era: su amor por él, su amor por Tavi, el pavor ante la perspectiva de su muerte, frustración, agonía, miedo, la alegría de los buenos recuerdos y la desesperación de los momentos más oscuros de su vida. No retuvo nada.

Bernard se estremeció de nuevo y de improviso inhaló una bocanada de aire que le llenó los pulmones como fuego frío. Tosió, y la horrible inmovilidad se quebró de manera abrupta, esfumándose cuando sus pulmones empezaron a trabajar una y otra vez.

Isana sintió una oleada de alivio que la invadía a medida que su cuerpo se fortalecía, a medida que su energía empezaba a fluir de nuevo, a medida que el ritmo de su corazón se aceleraba y se estabilizaba, un ritmo de martillazos que percutía en su conciencia. Podía sentir vagamente a Rill, moviéndose en el interior de ese cuerpo, y podía apreciar su confusión. De nuevo, Roth intentó comunicarle algo a través de sus furias, pero estaba demasiado cansada para comprender, demasiado perdida en el alivio y el cansancio para entender. Así que dejó que su conciencia se fuera alejando, percibió cómo se hundía en la oscuridad, hacia una calidez que le prometía descanso y desvincularse de todas sus ansiedades, dolores y preocupaciones...

Y entonces, un fuego sordo empezó a palpar en ella. Creía que recordaba la sensación de hacía mucho tiempo. Su descenso se ralentizó por un momento.

El fuego regresó otra vez. Y una vez más. Y otra aún.

«Dolor. Estoy sintiendo dolor».

En un rincón separado, remoto y despreocupado de su conciencia comprendió lo que estaba ocurriendo. Roth estuvo en lo cierto: había entregado demasiado de sí misma y luego fue incapaz de regresar a su cuerpo. Demasiado cansada, demasiado relajada, demasiado débil. Iba a morir... Junto a la bañera, su cuerpo, sencillamente, se había caído al suelo, vacío de vida.

El fuego estalló de nuevo, avivado desde algún sitio ajeno y alejado de la oscuridad.

«Los muertos no sienten dolor —pensó—. El dolor solo pertenece a los vivos».

Se acercó hacia él, hacia ese fuego en la negrura. El delicioso descenso se detuvo, y una parte de ella gritó resistiéndose. Se remontó hacia el dolor, pero no llegó a moverse, no volvió a subir.

«Es demasiado tarde. No puedo volver».

Aun así, lo intentó. Luchó contra el silencio, contra el calor. Luchó y luchó para vivir.

Una luz repentina brilló sobre ella como un sol recién salido. Isana intentó alcanzarlo, abrazar ese fuego distante con la parte de ella que seguía viva. La inundó y se convirtió en un tormento instantáneo y arrollador, horrible y brillante, un dolor agónico más intenso que cualquiera que hubiese sufrido antes. Tuvo la sensación vertiginosa de una dislocación, seguida de una oleada repentina de confusión, de vacío, en el lugar donde antes había estado Rill, y de más y más dolor.

Con alegría, se volvió a sumergir en él. La luz, el dolor, se convirtieron en una quemazón absoluta, un daño atroz en las extremidades, ardor en los pulmones con cada entrecortada respiración, punzadas en la cabeza y un alarido en su mente mientras se colaban en ella sensaciones incontroladas.

Oyó gritos. Alguien estaba chillando y se produjo el pesado golpe de una caída. Entonces, más chillidos. Le pareció que era Fade.

—Ahí —gritó alguien. ¿Había sido Otto tal vez?—. ¡Mirad! ¡Está respirando!

—Traed una sábana —replicó la voz tranquila de Roth—. Y otra para Bernard.

—Caldo para los dos, necesitan comer.

—Ya lo sé. Que alguien se lleve a este esclavo idiota fuera de aquí antes de que hiera a alguien más.

La nube de dolor que tenía encima se empezó a disipar en etapas lentas, hasta convertirse en una punzada sorda en su mano, y un sufrimiento dulce y extrañamente satisfactorio de cansancio se extendió por su interior. Abrió los ojos y giró la cabeza hacia un lado para ver cómo Bernard miraba legañoso a su alrededor. Movié la mano hacia él y vio sus dedos hinchados y extrañamente deformes. Lo tocó y el dolor la inundó, cegándola.

—Tranquila, Isana. —Roth le cogió la muñeca y con suavidad apartó la mano—. Tranquila. Tienes que descansar.

—Tavi —dijo Isana. Luchó para pronunciar las palabras, aunque le pareció que sonaban confusas—. Encontrad a Tavi.

—Descansa —repitió Roth. El anciano estatúder la miró con ojos amables y compasivos—. Descansa. Ya has hecho mucho.

Bitte apareció a su lado y la tranquilizó.

—Mañana tendremos al estatúder de nuevo en pie, chiquilla. Él se encargará de todo. Ahora descansa.

Isana negó con la cabeza. No podía descansar. No mientras la tormenta rugía en el exterior. No mientras Tavi siguiera allí fuera, impotente, frágil y solo. Trató de incorporarse, pero no pudo. No tenía fuerzas para nada más que no fuera levantar la cabeza. Se dejó caer en el suelo y sintió que una lágrima de frustración se le deslizaba

por el rostro. Parece que la lágrima desencadenó las demás y empezó a llorar en silencio, y lloró hasta que no pudo ver y casi no podía ni respirar.

Debería haber tenido más cuidado. Esa mañana le debería haber prohibido que abandonase la explotación. Le debería haber prestado más atención a su hermano, debería haber comprendido los planes de Kord antes de que llegasen a la violencia. Había luchado con toda la fuerza que pudo. Lo había intentado. Las furias sabían que lo había intentado. Pero todos sus esfuerzos fueron en vano. El tiempo se le había echado encima, veloz como un cuervo hambriento.

Tavi estaba ahí fuera en la tormenta. Solo.

«Furias y espíritus de los que se han ido. Por favor. Por favor, dejad que llegue a casa sano y salvo».

AMARA intentó ignorar el cansancio y el frío. Sus extremidades temblaban con demasiada fuerza como para controlarlas y sentía un hormigueo de cansancio en todo el cuerpo. Solo deseaba dejarse caer al suelo y dormir, pero si lo hacía le podía costar la vida al muchacho.

Le había limpiado el barro de la cara y del cuello lo mejor que había podido, pero seguía pegada a él una fina capa de arcilla delgada de color marrón grisáceo, que moteaba su piel pálida. Casi hacía que pareciera un cadáver de varios días. Amara deslizó una mano bajo la camisa del chico para sentir las pulsaciones de su corazón. Incluso con este tiempo llevaba tan solo una túnica fina y una capa para calentarse, prueba de su dura infancia en la frontera salvaje del Reino. Tembló, empapada y helada, y dirigió una mirada anhelante hacia uno de los fuegos funerarios más cercanos.

Los latidos del corazón del chico retumbaban rápidos y fuertes contra la palma de su mano, manchada de barro, pero cuando retiró la mano vio que el barro estaba cubierto de un color rojo brillante. El muchacho estaba herido, pero no podía ser nada importante, o ya estaría muerto. Amara maldijo en voz baja y le tocó las extremidades. Estaban peligrosamente frías. Mientras intentaba forzar su mente cansada para que eligiese un procedimiento, empezó a masajearlo con fuerza, de tal manera que le arrancaba más barro helado e intentaba restablecer el calor y la circulación en sus extremidades. Lo llamó por su nombre, pero aunque se movieron sus párpados, ni los abrió ni habló.

Echó un vistazo rápido a la sala. Tembló al pensar lo que el barro del Campo de las Lágrimas, donde tantos habían caído, podía hacerle si llegaba a su sangre. Lo tenía que lavar, y rápido.

Lo desvistió con poca delicadeza. Estaba demasiado dormido y era demasiado pesado, a pesar de su aspecto esbelto, como para que sus manos debilitadas pudieran ser muy diestras. Sus prendas se rompieron por algunos puntos antes de que se las pudiera quitar y para cuando terminó, sus labios se habían teñido de azul. Amara lo llevó casi a rastras hasta el agua y lo metió en ella.

La calidez del agua fue un cambio agradable para los sentidos de la joven. La pronunciada inclinación del suelo del estanque profundizó hasta su cadera, y aunque mantuvo la cara del chico fuera del agua, ella se sumergió agradecida y se quedó quieta durante un rato, hasta que el castañeteo de sus dientes se empezó a calmar.

Después lo llevó flotando unos metros hacia un lado para alejarlo del agua manchada de barro y empezó a masajearle con fuerza la piel, eliminando el lodo hasta que el muchacho estuvo limpio.

Presentaba una pasmosa colección de hematomas, arañazos, raspaduras y

pequeños cortes. Le parecía que los moretones eran bastante recientes, quizá de hacía unas pocas horas. Las rodillas tenían varias capas de piel arrancada, que aparentemente correspondían con los agujeros irregulares en los pantalones que le había quitado. Los brazos, las piernas y los costados mostraban zonas de color púrpura que estaban aún formándose, fruto de golpes recientes, y un entramado de cortes largos y delgados le cubría la piel. A buen seguro que había corrido a través de matorrales y espinos.

Le limpió el barro de la cara lo mejor que pudo, usando su falda ya hecha jirones para ello, y después lo arrastró fuera del agua hasta uno de los fuegos.

En cuanto sintió el aire sobre ella, empezó a temblar de nuevo y se dio cuenta de que el agua no estaba tan caliente como le había parecido, sino que ella estaba tan helada que, en comparación, sentía la diferencia. Tumbó al muchacho en el suelo, tan cerca del fuego como pudo, y se quedó allí durante un momento, abrazada con fuerza a sus propias rodillas.

Amara cabeceó y dejó escapar un grito de sorpresa cuando cayó hacia un lado. Simplemente, quería rendirse ante el cansancio, pero no podía permitírselo. Era posible que ninguno de los dos se volviera a despertar. Sintió una tensión en la garganta por un sollozo de protesta, pero se incorporó de nuevo, temblando con tanta fuerza que le resultaba difícil moverse y pensar.

Sus dedos pesaban como el plomo, gruesos, débiles y torpes, mientras trasteaba para quitarse la ropa empapada. Dejó que la ropa cayera al suelo de mármol formando un montón chorreante y se tambaleó hasta uno de los centinelas de piedra que miraban hacia el sarcófago. Le arrancó la capa roja de los hombros y se envolvió en ella. Amara se permitió un breve respiro, apoyándose en el muro y temblando dentro de la capa, pero enseguida se deslizó a lo largo de la pared hasta la siguiente estatua y la posterior, recogiendo las capas de ambas, antes de regresar al lado del muchacho. Con sus últimas fuerzas, lo envolvió en las capas escarlata, dándole calor cerca del fuego.

Luego, se hizo un ovillo bajo la tela escarlata del Guardia Real y apoyó la cabeza en la pared. Solo necesitó eso para quedarse dormida.

Se despertó caliente y dolorida. La tormenta seguía rugiendo sin descanso, con un viento aullador y lluvia helada. Se puso en pie a pesar del cuerpo cansado y agarrotado por haber dormido sentada sobre los talones, pero afortunadamente estaba caliente bajo la pesada tela de la capa. Se movió para mirar por la puerta de la cámara. En el exterior seguía reinando la noche. Los relámpagos continuaban brillando y bailando, pero tanto ellos como los truenos que los acompañaban parecían ahora más distantes, y el trueno retumbaba bastante después de la luz. Las fuerzas de las furias del aire seguían luchando, pero los vientos invernales habían empujado a

sus rivales hacia el sur, lejos del valle, y la mayor parte de la lluvia que caía ahora en el exterior impactaba y rebotaba contra la tierra fría como si fuera granizo.

Gaius lo debía de saber, pensó Amara. Debía de ser consciente de las repercusiones de llamar a los vientos del sur para que la llevaran hacia el norte, hasta el valle. Llevaba demasiado tiempo con los artificios y conocía demasiado bien las fuerzas que actuaban en su Reino como para que fuera un accidente. En consecuencia, estaba claro que el Primer Señor había querido la tormenta. Pero ¿por qué?

Se quedó mirando la noche oscura con el ceño fruncido. Estaba atrapada hasta que amainase la tormenta. «Y lo mismo le ocurrirá a todo el mundo en el valle, tonta», se dijo. Sus ojos se abrieron y vio con claridad. Con este acto, Gaius había detenido cualquier actividad que se estuviera desarrollando en el valle de Calderon hasta que amainase la tormenta.

Pero ¿por qué? Si lo realmente esencial era la velocidad, ¿por qué traerla con urgencia para que no pudiera actuar? A menos que Gaius intuyese que la oposición ya se había puesto en movimiento. En ese caso, su llegada podría suponer una parada en firme de sus actividades, y quizá le daría la oportunidad de descansar y recuperar el equilibrio antes de actuar.

Amara volvió a fruncir el ceño. ¿El Primer Señor iba a propiciar de verdad una tormenta tan mortífera, un artificio con las furias de proporciones que casi no podía visualizar, solo para permitir que descansara su agente?

Tembló y se envolvió un poco más en la capa. Solo podía deducir hasta ese punto el razonamiento de Gaius. Él sabía bastante más que la mayoría de las personas en Alera, y muchos ni siquiera podían llegar a vislumbrar la amplitud de su visión. Habitualmente era un gobernante sutil: era raro que sus acciones tuvieran un solo objetivo y un único conjunto de consecuencias. ¿Qué más tenía en mente su gobernante?

Hizo una mueca. Si Gaius quería que lo supiera, se lo habría dicho. A menos que confiara en su capacidad para descubrir por sí misma lo que pretendía. «O a menos que aún no confíe en ti».

Se alejó de la puerta y regresó en silencio a la cámara con la cabeza hecha un lío. Se recostó contra la pared al lado de uno de los guardias de piedra cuya capa había utilizado y se pasó los dedos por el cabello. Tenía que ponerse en movimiento. Lo más seguro era que los enemigos de la Corona no perdiesen ni un instante en cuanto amainara la tempestad. Debía tener al menos un plan para ejecutarlo de inmediato.

Fidelias habría dicho que lo primero de la lista era reunir información. Tenía que establecer qué estaba ocurriendo en el valle antes de poder hacer nada eficaz al respecto, ya fuera actuar directamente, invocar su autoridad como cursor de la Corona ante el conde local, o informar a Gaius.

Tragó saliva. Para su ayuda solo contaba con el cuchillo que había robado de la bota de Fidelias y un poco de ropa demasiado ligera para el tiempo al que parecía que se tendría que enfrentar. Miró al muchacho, encogido de lado, delante del fuego, temblando.

También lo tenía a él.

Amara se acercó al chico y le puso la mano en la frente. Él emitió un gruñido suave. Estaba demasiado caliente, febril, y la respiración le había secado los labios y los había cuarteado. Frunció el ceño y se acercó al agua, formó un cuenco con las manos, cogió agua y volvió junto al muchacho. Le obligó a beber intentando verter el líquido en su boca. La mayor parte se filtró entre sus dedos y cayó sobre la barbilla y el cuello, pero consiguió que tragase algo. La joven repitió el mismo proceso varias veces, hasta que el chico pareció relajarse un poco y volvió a descansar.

Lo estudió mientras cogía otra capa escarlata, la doblaba para formar un cojín y se la deslizaba debajo de la cabeza. Era un chico hermoso en muchos aspectos, y con unos rasgos casi delicados. El cabello se le ensortijaba en la cabeza con rizos oscuros y lustrosos. Tenía esas pestañas largas y espesas con que tantos hombres cuentan y a las que al parecer no prestan atención, y sus manos eran largas, de dedos delgados que parecían demasiado grandes en proporción al resto, lo cual significaba la promesa de un crecimiento considerable que aún estaba por llegar. La piel, donde no estaba oscurecida con moretones y arañazos, brillaba con la claridad ruda de esa juventud que de algún modo ha evitado el terrible paso por la adolescencia. No pudo ver de qué color tenía los ojos durante los acontecimientos vertiginosos acaecidos la noche anterior, pero su voz había sonado limpia como un clarín en la tormenta y, al tiempo, aguda como una campana.

Frunció el ceño con mucha seriedad mientras estudiaba al chico. Casi con toda seguridad le había salvado la vida. Pero ¿quién era? Había una distancia considerable hasta cualquiera de las explotaciones locales. Ella había elegido su lugar de aterrizaje para evitar que la viera ninguno de los lugareños. Por tanto, ¿qué estaba haciendo allí el muchacho, en medio de la nada, durante una tormenta?

—Casa —murmuró el chico.

Amara lo miró, pero no había abierto los ojos. Torció el gesto mientras dormía.

—Lo siento, tía Isana. El tío Bernard debería estar en casa. Intenté que llegase a casa seguro.

Amara abrió mucho los ojos. Bernardholt era la explotación más grande del valle de Calderon. ¿El estatúder Bernard era el tío del muchacho? Se inclinó hacia él y le preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a tu tío, Tavi? ¿Está herido?

Tavi asintió, moviéndose en sueños.

—Marat. El moa. Brutus lo detuvo, pero después de que le hiriese.

¿Los marat? Los salvajes no le habían provocado problemas al Reino desde el incidente en ese mismo lugar hacia quince o dieciséis años. Amara se mostró escéptica cuando Gaius había expresado su preocupación sobre los marat, pero aparentemente uno había venido hasta el valle de Calderon y había atacado a un estatúder de Alera. Pero ¿cuál era el significado? ¿Se podría tratar de un guerrero marat solitario, de un encuentro fortuito en las tierras salvajes?

No. Demasiada coincidencia para ser casual. Algo mucho más importante estaba empezando a ocurrir.

Amara se aferró frustrada a la tela de la capa, arrugándola. Necesitaba más información.

—Tavi —volvió a la carga—, ¿qué me puedes decir de ese marat? ¿Era de la tribu de los moa? ¿Estaba solo?

—Tenía otro —murmuró el chico—. Maté uno, pero tenía otro.

—¿Una segunda bestia?

—Mmmmm.

—¿Dónde está ahora tu tío?

Tavi sacudió la cabeza y su rostro se retorció de dolor.

—Aquí. Se supone que estaría en casa. Lo envié a casa con Brutus; Brutus lo debería haber llevado de vuelta. —Las lágrimas le empezaron a rodar por las mejillas y Amara tragó saliva al verlo.

Necesitaba información, sí. Pero no podía torturar a un muchacho inconsciente para conseguirla. Necesitaba descansar. Si era el sobrino del estatúder y el hombre había sobrevivido al ataque, lo debía llevar de vuelta a su casa, y con ello se aseguraría casi con toda certeza la cooperación entusiasta del estatúder.

—Lo siento —repitió el chico, roto y llorando en silencio—. Lo intenté. Lo siento.

—Chist —trató de calmarlo y con una esquina de la capa le limpió las lágrimas—. Ahora tienes que descansar. Tiéndete, Tavi.

Se calmó y ella se inclinó sobre él y retiró el cabello de su frente febril mientras dormía. Si solo era un marat solitario en el valle, quizá el estatúder había salido a cazarle. Pero si era así, ¿por qué lo acompañaba el muchacho? Según podía juzgar, no tenía ninguna habilidad especial para realizar artificios, o la habría utilizado cuando los atacaban los manes del viento. No llevaba armas ni equipo. No podía, pues, estar participando en la captura de un marat.

Amara dio la vuelta a su conjetura. ¿Estaba el marat cazando a la gente de Bernard? Era posible, en especial si pertenecía a la tribu de los moa, si era verdad todo lo que había oído de los marat. Era un pueblo frío y calculador, tan despiadado y mortífero como los animales que los aceptaban entre su especie.

Pero no era frecuente que los marat tomaran más de una bestia como..., ¿cuál era

el término para describirlo? ¿Colega? ¿Compañero? ¿Hermano de sangre? Movi6 la cabeza con un escalofrío. No estaba familiarizada con las costumbres de los salvajes, una fantasía de cuento más que una realidad seria de la vida, como la que había aprendido en las clases de la Academia.

Sí era habitual, en cambio, que los jefes de horda tomaran más de una bestia como símbolo de su posición. Pero ¿qué estaría haciendo un jefe de horda en el valle de Calderon?

«Invadirlo».

Su respuesta silenciosa a aquel pensamiento le provocó un pequeño escalofrío. ¿Era posible que hubieran tropezado con los exploradores de una fuerza de ataque marat?

Dedujo que el ataque no se podía producir en un momento más ventajoso para el enemigo. Las carreteras que enlazaban las ciudades norteñas se iban cerrando lentamente para la estación invernal. Muchos soldados habían recibido permisos de invierno para pasarlo con sus familias y, en general, la gente del campo estaba terminando las labores frenéticas de la cosecha para adoptar el ritmo tranquilo del tiempo frío.

Si los marat atacaban el valle en ese momento, suponiendo que llegasen a neutralizar las fuerzas estacionadas en Guarnición, podrían eliminar a todos sus habitantes y saquear las explotaciones hasta llegar prácticamente a Riva. Y si eran suficientes en número, simplemente podían dejar de lado la ciudad y penetrar en el interior de Alera. Amara tembló al imaginar lo que en ese caso podría hacer una horda. Debía ponerse en contacto con el conde en Guarnición —su nombre era Bram o Gram o algo por el estilo— y alertarlo.

Pero ¿y si el muchacho estaba mintiendo sobre el marat? ¿O estaba equivocado? Sonrió. Al menos conocía de nombre a los ciudadanos locales, aunque la memorización de señores y condes había sido una de las asignaturas más tediosas de la Academia. Pero no sabía nada de ese estatúder Bernard ni de los habitantes del valle. Según todos los registros, eran una gente dura e independiente, pero no sabía nada sobre su fidelidad o su falta de ella.

Tenía que hablar con ese Bernard. Si había visto a un jefe de horda marat y fue herido por una de las grandes aves de caza de las llanuras exteriores, ella lo tenía que saber, se ganaría su apoyo (y a ser posible algunas prendas de vestir nuevas) y actuarían.

Frunció el ceño. No obstante, sería lógico esperar que la oposición también estuviera en movimiento. Fidelias la había conducido a una trampa de la cual pudo escapar por los pelos. La habían perseguido durante muchas horas, y logró eludir a los caballeros Aeris que enviaron tras ella gracias a su habilidad y buena suerte. ¿Cómo iba a suponer que Fidelias no continuaría con la persecución?

Se percató de que con toda probabilidad su interés estaba en el valle de Calderon. Esa debía de ser una de las razones para que Gaius la enviase allí. Fidelias era su patriserus. «O lo fue», pensó con un sabor amargo en la boca. Ella lo conocía, quizá mejor que cualquier otra persona viva. Había podido descubrir su engaño en el campamento de los renegados, pero a duras penas.

¿Qué iría a hacer Fidelias?

Por supuesto, la juzgaría por sus acciones anteriores. Esperaría que llegase rápidamente al valle y se pusiera en contacto con los estatúderes coordinando la información para, después de reunir los datos oportunos, emprender una acción contra lo que estuviera ocurriendo, ya fuera formar parte de una posición defensiva en la explotación más fuerte de la zona o movilizar a los hombres del valle y las tropas de Guarnición para enfrentarse al peligro.

¿Y qué haría él para impedirlo?

«Encontrarme. Matarme. Sembrar la confusión entre los estatúderes hasta que pudiera lanzar su plan».

La recorrió lentamente un escalofrío. Volvió a estudiar la situación, pero era perfectamente típica de Fidelias. Le gustaban los enfoques sencillos y las soluciones directas. Siempre le había dicho que las mentiras tenían que ser simples, al igual que los planes. «Déjalos abiertos a las modificaciones y usa los ojos y la cabeza, más que cualquier plan preconcebido».

La noticia de un cursor en el valle se iba a extender entre las explotaciones como un incendio. Equivaldría a pintarse un círculo sobre el corazón y esperar a que una flecha acertase en el centro. De nuevo la volvió a recorrer un escalofrío lento. Ahora la mataría sin pestañear. Fidelias le dio una oportunidad y ella hizo que sufriera por ello. No se permitiría cometer el mismo error por segunda vez. Su maestro la mataría, sin la menor vacilación, si se tropezaba con él.

—Esto es lo que he venido a hacer —susurró y empezó a temblar de nuevo.

Aunque intentó convencerse de que el miedo no debía condicionar su decisión, sintió cómo le cosquilleaba en el vientre y recorría arriba y abajo su columna vertebral como si fuera una araña. No se podía permitir el lujo de invocar abiertamente su autoridad y descubrirse ante Fidelias. Con ello se buscaría una muerte rápida y certera. Debía permanecer de incógnito lo máximo posible. La presencia de una esclava huida allí en la frontera sería un acontecimiento mucho menos extraordinario que una emisaria de la Corona advirtiendo de una posible invasión. No podía permitir que se conociera su identidad en tanto no supiera en quién podía confiar y quién le podría dar la información que le permitiera actuar de manera decisiva. Cualquier otra estrategia significaba buscarse la muerte y posiblemente provocar un desastre en el valle.

Miró al muchacho mientras sus pensamientos seguían enmarañados. La noche

anterior no tenía ninguna obligación de ayudarla, pero lo hizo. El chico tenía valor, aunque no tenía el suficiente sentido común para sobrevivir, y a ella no le quedaba más remedio que alegrarse por lo que había hecho. Eso decía mucho de él y, a su vez, de las personas que lo habían criado. En sueños, y a causa de la fiebre, le había hablado no a una madre o a un padre, sino a su tía, cuyo nombre parecía que era Isana. ¿Era huérfano?

Mientras reflexionaba, a Amara le sonaron las tripas. Se puso en pie y fue a mirar entre los árboles plantados alrededor del estanque. Tal como esperaba, encontró más de un frutal entre ellos: Gaius no actuaba nunca con un solo propósito como objetivo, cuando podía conseguir varios a la vez. Al crear este Memorial para su hijo caído, había levantado un tributo espectacular a la memoria del príncipe, recordaba a los Altos Señores exactamente el amplio poder que controlaba y proporcionaba un refugio para él (o para sus agentes), todo ello al mismo tiempo.

Arrancó frutas de los árboles y se las comió mientras estudiaba el área que la rodeaba. Se acercó a las estatuas. Estaban dotadas de escudos de verdad y llevaban armas, las espadas cortas y mortíferas de la Guardia Real, que estaban pensadas para el combate cuerpo a cuerpo y para incapacitar o matar al oponente con un solo golpe. Sacó una de su funda y la probó. La hoja estaba afilada; la devolvió a su vaina de descanso. Comida, refugio y armas. Gaius era un viejo zorro paranoico, y Amara se alegraba por ello.

Al ir a guardar la espada, sintió una punzada en el brazo y miró el vendaje sucio que lo envolvía. Recuperó el cuchillo de la falda que se había quitado y cortó un trozo de tela para hacer un vendaje nuevo. Primero lo secó junto a uno de los fuegos, antes de quitarse el viejo, limpiar la herida con agua fresca y aplicar la venda nueva. Algo más requirió su atención, pero lo rechazó con firmeza. Tenía trabajo por delante.

Amara se movió con premura, vigilando que el muchacho durmiera en paz. Recogió fruta en uno de los escudos, usándolo como bandeja, y lo dejó cerca de él. Lavó la ropa en el estanque y usó las ramas más pequeñas de los árboles para secarla cerca del fuego. Llamó al cansado Cirrus para que montase guardia alrededor del Memorial y la avisara si se acercaba alguien. Cuando hubo terminado estas tareas, dio con una piedra lisa en la tierra entre las plantas y la usó para afilar el cuchillo.

Fue en ese momento cuando las lágrimas la sorprendieron. Los recuerdos de años de instrucción, de conversaciones, de vida compartida con el hombre que había sido su maestro, la apabullaron. Lo había amado, a su manera, amó el peligro del trabajo, las experiencias que compartió con él, la vida a la que se sentía llamada. Él sabía lo que significaba para Amara convertirse en cursor. Lo sabía e hizo cuanto pudo para ayudarla en sus estudios para graduarse en la Academia.

«Lo hizo todo excepto explicarte la verdad». Amara sintió cómo brotaban las lágrimas y las dejó salir. Dolía. Dolía pensar que se había vuelto contra el Reino, que

en un solo acto de traición puso en peligro todo lo que ella había luchado por conseguir, todo lo que quería proteger. Había declarado que el objetivo de su vida como cursor era algo vacío, que no significaba nada, y por extensión, la vida de ella tampoco tenía sentido. Sus actos, no sus palabras, gritaban que todo había sido una mentira vacía y malvada.

No importaba lo que le ocurriera a ella, lo iba a detener. Por muchos planes que hubiera trazado, lo justificara como lo justificase, Fidelias era un traidor. Ese hecho frío le atravesó el corazón una y otra vez. El cuchillo lo susurraba a medida que la piedra se deslizaba a lo largo del filo, cuyo acero estaba humedeciendo con sus lágrimas: «Traidor, traidor». Ella lo iba a detener. Lo tenía que detener.

Amara no pronunció ningún sonido. Enterró los sollozos en el vientre, hasta que le dolió la garganta a causa del esfuerzo por retenerlos. Parpadeó para eliminar las lágrimas de los ojos y continuó afilando la hoja del cuchillo hasta que brilló a la luz del fuego.

ANTES de mediodía del día siguiente, los caballeros Aeris llevaron a Fidelias, junto con Aldrick el Espada y la loca Odiana, hasta el extremo occidental del valle de Calderon. Las nubes grises estaban bajas y brillaban por encima de sus cabezas, pero se trataba de una amenaza vacía. La tormenta que les precediera durante la noche anterior ya se había dirigido hacia el sur, allí donde casi no se llegaba a oír el trueno lejano. Iban abrigados contra el frío casi invernal del valle y exhalaban vaho por la boca.

Fidelias bajó del palanquín con una mueca y preguntó al capitán del contingente de caballeros:

—¿Estás seguro de que no ha llegado nadie?

El hombre murmuró algo para sí, después inclinó la cabeza a un lado, escuchando con la mirada ausente.

Un instante después asintió:

—Livus informa de que siguen presentes exploradores marat moviéndose de un lado a otro. Ninguno de nuestros observadores ha visto a nadie entrando en el valle.

—Esa no era la pregunta —replicó Fidelias, que oyó el tono acerado de su propia voz—. Lo último que necesitamos es un enviado de la Corona que avise a Guarnición o traiga refuerzos desde Riva.

El capitán negó con la cabeza.

—La tormenta de la pasada noche fue larga y extremadamente violenta. En esas condiciones, nadie que estuviera en el exterior puede seguir vivo. Supongo que alguien con habilidad suficiente podría haber entrado oculto por la tormenta, si antes conseguía llegar a tiempo a un refugio...

—Amara puede. —Fidelias cortó con un movimiento de la mano la respuesta que iniciaba el capitán—. ¡Qué los cuervos se lleven a Gaius y a todos los que le siguen! Siempre le ha gustado el espectáculo. Incluso cuando crea distracciones.

—Alguien está de mal humor esta mañana... —le murmuró Odiana a Aldrick. El enorme espadachín descendió del palio y se dio la vuelta para bajar a la mujer con suavidad hasta el suelo. La bruja del agua le lanzó a Fidelias una sonrisita irónica que desprendía bastante sensualidad y se apretó contra el costado de Aldrick, bajo la curva de su brazo—. Cualquiera pensaría que no durmió lo suficiente la pasada noche, amor.

—Paz —murmuró Aldrick, deslizando sobre su boca los dedos gruesos de su robusta mano en un gesto cotidiano.

Los ojos de la mujer se cerraron y dejó escapar un suspiro de alegría.

Fidelias ignoró la pulla de la mujer.

—No es el momento de ser descuidados —le indicó al capitán—. Haz llegar la

descripción de la chica a nuestros hombres en Riva. Si pasa por allí, detenedla. Sin alboroto. Lo mismo si aparece cualquiera de los demás cursores que os he descrito.

El capitán asintió.

—¿Y qué les digo a los hombres que tenemos aquí?

—Lo mismo. Si veis en el aire a alguien que no resulta familiar, matadlo. No tardaré mucho en establecer contacto con nuestra fuente. Entonces nos pondremos en movimiento.

El capitán asintió.

—Anoche fuimos afortunados de poder contar con el viento, señor. Pudimos traer más hombres de los que creíamos que estarían disponibles.

—Afortunados... —Fidelias rio e intentó ignorar la tensión que le crecía en el estómago—. Ese viento trajo la tormenta, y con ella vino alguno de los que apoyan a la Corona, capitán. No estoy tan seguro de que haya sido una bendición.

El capitán saludó con rigidez y dio un paso atrás. Murmuró algo para sí e hizo un gesto con la mano a los caballeros que sostenían las varas del palanquín. Los hombres alzaron el vuelo formando una columna repentina de viento ascendente, planearon en el aire y en un momento ya se hallaban atravesando la parte inferior de las nubes.

Aldrick esperó a que estuvieran lejos para decirle lacónico:

—Has sido un poco duro con ellos. Si la Corona quería colar a alguien en el valle, nada de lo que pudieran hacer lo habría detenido.

—No conoces a Gaius —replicó Fidelias—. No es ni omnisciente ni infalible. Nos debimos haber puesto en marcha ayer por la noche.

—Habríamos llegado en medio de la tormenta —señaló el espadachín—. Nos podría haber matado a todos.

—Sí, la desagradable tormenta —murmuró Odiana—. Y además, ex cursor, entonces no habrías tenido tiempo suficiente para disfrutar de la bonita esclava.

Las últimas palabras de la frase cayeron con una especie de regodeo pesado. La mujer sonrió con los ojos brillantes cuando Aldrick distraídamente le cubrió de nuevo la boca con la mano. Ella le mordió los dedos, emitiendo un ronroneo suave, y el espadachín se dejó hacer con una sonrisa en los labios.

Fidelias miró con dureza a la bruja del agua. Ella lo sabía. No podía estar seguro de cuánto sabía sobre la esposa de Aquitanius y las consecuencias de la pequeña escena de despedida de la noche anterior, pero podía percibir su intuición en el brillo de sus ojos.

El estómago le ardió un poco más al considerar las posibles consecuencias si Aquitanius se enteraba del encuentro de su esposa con Fidelias. Aquitanius parecía de ese tipo de personas que a veces ven los árboles pero no el bosque, si bien lo más seguro era que tuviera muy poca paciencia con alguien que se arriesgase a humillarlo yaciendo con su esposa. Los pocos trozos de galletas que Fidelias había conseguido

tragar durante el vuelo amenazaban con salir de nuevo. Mantuvo alejada la tensión de su rostro y pensó que tendría que hacer algo con la bruja del agua: se había convertido en un verdadero incordio en muy poco tiempo.

Fidelias le devolvió una pequeña sonrisa, neutra y sin humor.

—Creo que nos deberíamos concentrar en la labor que nos espera —replicó.

—Parece bastante claro —comentó Aldrick—. Montar a caballo. Cabalgar hasta el punto de reunión. Hablar con el salvaje. Regresar.

Fidelias miró a su alrededor y después murmuró a Vamma que fuera a buscar los caballos. La furia de tierra se movió bajo su pie derecho, un estremecimiento en el suelo en señal de aceptación, y desapareció.

—No preveo que el viaje sea un problema. El salvaje lo puede ser.

Aldrick se encogió de hombros.

—No será un problema.

El antiguo cursor se empezó a calzar los guantes de montar.

—¿Crees que tu espada cambiará algo para él?

—Puede cambiar todo tipo de cosas.

Fidelias sonrió.

—Es un marat. No es humano. No piensa de la misma manera que nosotros.

Aldrick lo miró de reojo, con el ceño fruncido.

—No lo podrás intimidar. Según él, tu espada es peligrosa pero... tú eres solo la cosa blanda y débil que la sostiene.

La expresión de Aldrick no cambió.

Fidelias suspiró:

—Verás, Aldrick. Los marat no tienen la misma noción de individualidad que tenemos nosotros. Toda su cultura se basa en los tótems. Sus tribus se articulan alrededor de la comunión con animales totémicos. Si un hombre tiene un tótem poderoso, entonces es un hombre formidable. Pero si el hombre se esconde detrás de su tótem, en lugar de luchar a su lado, entonces se convierte en algo despreciable. Ellos nos llaman la Tribu Muerta. Consideran que la armadura y las armas son nuestro tótem: tierra muerta. Nos escondemos detrás de nuestros tótems muertos en lugar de entrar en combate a su lado. ¿Lo captas?

—No —reconoció Aldrick. Apartó a Odiana de su lado y se empezó a poner los guantes, despreocupado—. Eso no tiene ningún sentido.

—Para ti, no —reconoció Fidelias—. Pero tiene perfecto sentido para un marat.

—Salvajes —comentó Aldrick.

Odiana se volvió hacia los fardos y sacó de ellos la espada enfundada. Él extendió la mano, sin mirar, y la mujer depositó en ella el arma, y se quedó a contemplar cómo se la colocaba.

—¿Qué ocurrirá si no colabora?

—Eso déjame a mí —respondió Fidelias.

Aldrick enarcó las cejas.

—Lo digo en serio. Mantén el arma enfundada a menos que todo se vaya a los cuervos.

—¿Y si ocurre?

—Entonces, mata a todo lo que no seas tú, yo o la bruja.

Aldrick sonrió.

—¿Qué hago yo? —preguntó Odiana. Tras cumplir con su deber con Aldrick, se alejó unos pasos, arrastrando por el barro la punta del zapato, levantándose la falda más pesada y cálida lo suficiente como para llegar a estudiar sus hebillas.

—Vigila al marat. Si adviertes que se enfada, avísanos.

Ella frunció el ceño y levantó la mirada hacia Fidelias.

—Si Aldrick va a matar a alguien —comentó con una mano colocada sobre la curva pronunciada de la cadera—, yo también quiero hacerlo. Es lo justo.

—Quizá —replicó Fidelias.

—La pasada noche no maté a nadie. Ahora es mi turno.

—Ya veremos.

Odiana dio una patada en el suelo y se cruzó de brazos haciendo pucheros.

—¡Aldrick!

El gigante se acercó a ella, se quitó la capa y despreocupadamente se la deslizó a la bruja sobre los hombros. La tela podría envolverla dos veces.

—Tranquila, amor. Sabes que dejaré que tengas lo que quieres.

Ella le sonrió encantadora.

—¿De verdad?

—¿No lo hago siempre?

Él se inclinó sobre la mujer y la besó, atrayéndola con un brazo. Sus labios carnosos se abrieron con ansiedad ante su boca, mantuvo el cuerpo arqueado contra el suyo y levantó la mano para deslizar las uñas a través de su cabello, evidentemente encantada.

Fidelias se masajeó el puente de la nariz, donde la tensión se había empezado a acumular hasta generarle dolor de cabeza, y se alejó un poco. Los caballos llegaron un momento más tarde a paso tranquilo, obligados por Vamma, que los guiaba sutilmente desde el suelo. Fidelias llamó a los otros dos, que rompieron su abrazo con reticencia y los tres ensillaron y montaron sin más discusiones.

Como estaba previsto, la cabalgata no tuvo incidencias. Etan iba por delante de ellos a través de los árboles, la furia de la madera había adoptado la forma de una ardilla grande y silenciosa, que se mantenía siempre entre las sombras para que solo se la pudiera ver como una silueta borrosa. Fidelias siguió la silueta saltarina y parpadeante de su furia sin ningún esfuerzo consciente; había utilizado a Etan para

guiarle y para buscar rastros desde que no era más que un muchacho.

Cruzaron la carretera de la Corona y cabalgaron hacia el norte y el este a través de bosques yermos llenos de pinos desiguales, zarzas y espinos, en dirección hacia la silueta radiante de la montaña que se alzaba muchos kilómetros por delante de ellos. Tanto la montaña, según recordaba Fidelias, como los yermos de pinos a su alrededor, tenían la mala fama de ser hostiles a los humanos. No era de extrañar que los marat hubieran concertado una reunión cerca de lo que consideraban una zona segura para su raza.

Fidelias flexionó el pie derecho en el estribo mientras cabalgaba, frunciendo el ceño. La bota no se ajustaba correctamente sin el cuchillo en ella. Sintió como una sonrisita leve y amarga se dibujaba en sus labios. La muchacha era más brillante de lo que pensaba. Vio clara una oportunidad y no dudó en explotarla sin reparos, tal como él le había enseñado. Como su patriserus, sintió una sensación de orgullo innegable con su logro.

Pero como profesional, solo sentía una frustración fría y tensa. Ella se tenía que haber convertido en una gran baza para sus propósitos y en su lugar se había transformado en un factor peligrosamente desconocido en el desarrollo de los acontecimientos. Si se encontraba en el valle, no existía ningún límite para el caos que en potencia podía desencadenar contra sus planes, y aunque no estuviera allí, la distracción que representaba la vigilancia contra esa posibilidad no era nada desdeñable.

¿Cómo habría desbaratado los planes que estaban en marcha si él estuviera en su lugar?

Fidelias lo analizó. No. Ese sería el enfoque erróneo. Él prefería las soluciones cortas y brutales para este tipo de asuntos, cuanto menos complicadas, mejor. En una situación como aquella había demasiadas cosas que podían salir mal si se actuaba con delicadeza.

Amara pensaba de una manera mucho menos lineal. La solución más sencilla sería presentarse ante el estatúder más cercano, aclarar su condición y presionar a quien fuera para que extendiera por el valle la noticia de que algún tipo de desgracia estaba a punto de producirse. En ese caso, tendría varias docenas de artífices de la madera rondando por las explotaciones del valle, y no había duda de que alguno de ellos vería algo y sabría lo que era.

Si hacía eso, dando a conocerse ella y su localización, la cuestión sería muy sencilla. Un golpe rápido la eliminaría de la ecuación y entonces él podría enturbiar las aguas hasta que fuera demasiado tarde para que los estatúderes pudieran detener lo que estaba en marcha.

Naturalmente, Amara iba a prever los peligros de semejante proceder. Tendría que ser mucho más cautelosa. Menos lineal. Improvisaría sobre la marcha, mientras que

él, por su parte, tenía que interpretar necesariamente el papel de cazador, batiendo los matorrales para obligarla a moverse y actuar rápidamente a fin de impedir cualquier artimaña que pudiera intentar.

Fidelias sonrió ante la ironía: parecía que los dos iban a jugar con sus bazas más fuertes. Estupendo. La muchacha tenía talento, pero no experiencia. No iba a ser la primera persona a la que superaba y destruía. Tampoco sería la última.

Un movimiento casi imperceptible de Etan advirtió a Fidelias de que los tres jinetes no estaban solos bajo las sombras grises de los árboles. De repente, refrenó su cabalgadura y levantó una mano para que los otros hicieran lo mismo. Bajo la penumbra de los árboles perennes se extendía el silencio, roto solo por la respiración de los tres caballos, el goteo del agua de lluvia retenida en los árboles contra el suelo del bosque y el suspiro suave del frío viento del norte.

La montura de Fidelias echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un relincho corto y agudo de miedo. Los otros dos caballos se sumaron encabritados con los ojos muy abiertos y en blanco. El de Odiana movió la cabeza hacia un lado y empezó a patalear nervioso y con miedo. Fidelias se conectó de inmediato con Vamma y la furia del aire actuó siguiendo su voluntad: extendió entre los animales la calma de la tierra profunda. Fidelias sintió cómo la influencia de la furia de la tierra se extendía como una ola lenta, hasta que rompió sobre los caballos, lo cual eliminó la agitación intranquila y permitió que los jinetes recuperaran el control de los animales.

—Algo nos vigila —musitó la bruja del agua. Acercó su cabalgadura a la de Aldrick con los ojos oscuros brillantes y duros como el ágata—. Tienen hambre.

Aldrick frunció los labios y puso una mano sobre la empuñadura de la espada. Pero no hizo ningún gesto más que alterase la actitud relajada que había mantenido durante toda la cabalgata.

—Tranquilos —murmuró Fidelias palmeando el cuello de su caballo—. Vamos a seguir adelante. Hay un claro justo ahí. A ver si conseguimos tener algo de espacio abierto a nuestro alrededor.

Espolearon a los caballos para llegar hasta el claro, y aunque las monturas estaban controladas, seguían moviendo la cabeza intranquilas de un lado a otro, con los ojos y las orejas atentos a cualquier señal del enemigo que habían olido.

Fidelias los condujo al centro del claro, que no se abría más de unos nueve metros a cada lado. Las sombras caían espesas entre los árboles, donde la pálida luz gris creaba lagunas de penumbra cambiante y fluida entre rama y rama.

Espió los bordes del claro hasta que vislumbró la silueta vaga de la forma de Etan: la ardilla se movía alrededor de los límites de un lago de penumbra. Entonces espoleó al caballo para que avanzara un paso y se dirigió directamente a ella.

—Muéstrate. Sal para hablar bajo el sol y el cielo.

Durante un momento no ocurrió nada. Entonces, una forma dentro de la

penumbra se reveló en la silueta de un marat que penetró en el claro. Era alto y parecía relajado, llevaba el cabello claro recogido en una trenza larga que le cruzaba el cráneo y bajaba por la nuca. En la trenza había insertado unas plumas oscuras y ásperas. Lucía un cinturón de piel de ciervo, una tela sencilla alrededor de las caderas y nada más. En la mano derecha blandía un cuchillo en forma de gancho, que brillaba como el cristal negro.

A su lado apareció un moa, una de las enormes aves depredadoras de las llanuras del otro lado. Era mucho más alto que el marat, pero el cuello y las patas estaban tan cubiertos de músculos que daba la impresión de que era más bajo y torpe. Fidelias sabía que no lo era. El pico del ave brilló en consonancia con el cuchillo del marat y las terribles garras de sus patas rasgaban a través del lecho de pinaza seca que cubría el suelo del bosque y levantaban la tierra que había debajo.

—Tú no eres Atsurak —comentó Fidelias, que mantuvo su voz controlada y clara, adoptando un tono casi rítmico—. Lo busco a él.

—Tú buscas a Atsurak, cho-vin de la Tribu Moa —replicó el marat con su voz gutural en la misma cadencia—. Estoy ante ti.

—Debes estar en cualquier otro sitio.

—Eso no será. Debéis volver.

Fidelias negó con la cabeza.

—Eso no lo haré —replicó.

—Entonces habrá sangre —replicó el marat. Su cuchillo se movió y el moa lanzó por lo bajo un bufido sibilante.

—Cuidado. No está solo —murmuró Odiana desde detrás de Fidelias.

Fidelias siguió la dirección invisible de Etan.

—A nuestra izquierda y derecha, en ángulos rectos —le murmuró a Aldrick.

—¿No vais a hablar? —preguntó Aldrick arrastrando las palabras con pereza.

Fidelias levantó la mano para rascarse el cuello mientras vigilaba al marat.

—Está claro que estos tres no están de acuerdo con su cho-vin. Su jefe. No están interesados en hablar.

—Oh, estupendo —dejó escapar Odiana casi sin aliento.

El antiguo cursor agarró la empuñadura del cuchillo que le colgaba de la nuca y lanzó el brazo hacia delante y hacia abajo. Se produjo un destello de la luz gris que incidía sobre el acero y entonces el cuchillo de lanzamiento, parecido a una puya, se hundió en el moa: su empuñadura sobresalía de la cabeza del ave, justo en el punto en que el pico se unía al cráneo. El moa chilló y saltó en el aire con un gran espasmo. Cayó al suelo chillando, pateando con fiereza durante la agonía.

De izquierda y derecha surgieron de repente unos chillidos —los gritos de guerra de las aves y de sus amos—, de manera que un salvaje y un moa atacaron a la par al grupo desde ambos lados. Fidelias intuyó, más que vio, cómo Aldrick se deslizaba

hasta el suelo y se giraba para encararse con una pareja, pero sí oyó claramente el sonido silbante de la espada al salir de la funda. Odiana pronunció algo en voz baja, un sonido suave, arrullador.

El jefe de los marat corrió al lado del moa caído y al cabo de un momento, con un gesto firme, pasó el afilado cuchillo en forma de gancho por el cuello del pájaro. El moa emitió un débil silbido final y se convulsionó hasta quedar quieto en el suelo a medida que la sangre empapaba la tierra. Entonces, el marat se volvió hacia Fidelias con el rostro colérico de pura rabia asesina, y se lanzó contra el antiguo cursor.

Fidelias le ladró una orden a Vamma y movió la mano en dirección a su atacante. En respuesta, el suelo que pisaba el marat se empezó a elevar, haciéndole caer hacia un lado de un golpe. Fidelias aprovechó la oportunidad para desmontar del caballo, cada vez más nervioso, y para sacar la daga de la vaina que le colgaba de la cadera. El marat recuperó el equilibrio y corrió hacia él con la intención de pasar de largo junto a Fidelias y desgarrarle el vientre con el horrible cuchillo, abriéndolo en canal.

Fidelias estaba familiarizado con la técnica: esperó al marat de frente y neutralizó su acometida con una patada simple contra su rodilla. Sintió cómo el pie entraba en contacto con fuerza y cómo algo se rompía en la pierna del marat, que soltó un chillido y cayó, acercando el cuchillo al muslo de Fidelias mientras caía. El alerano se alejó del cuerpo del marat con el mismo movimiento, consiguiendo apartar la pierna unos centímetros del cuchillo; luego, se dio la vuelta para encararse con su oponente.

El marat intentó ponerse en pie, pero tenía la rodilla destrozada. Cayó sobre la pinaza. Fidelias se giró y caminó hasta el árbol más cercano mirando atrás, hacia los demás, mientras se alejaba.

Aldrick estaba al borde del claro, mirando hacia los árboles, con la espada firme y paralela al suelo, y el brazo extendido hacia un lado, en una pose casi de baile. Detrás del espadachín yacía un moa, sin cabeza, cuyo cuerpo se agitaba y movía salvajemente las garras, aún inconsciente de su muerte inmediata. El marat que había atacado a Aldrick estaba arrodillado en el suelo del bosque, con la cabeza baja y meciéndose, y las manos apretadas sobre el vientre y cubiertas de sangre.

Al otro lado del claro, Odiana todavía estaba sentada sobre el caballo y susurraba algo en voz baja. El suelo delante de ella parecía haber sufrido una transformación repentina, para convertirse en una ciénaga. No se podía ver al marat ni al moa, pero el limo y el barro de delante de ella se movían vagamente, como si algo se estuviera agitando, invisible bajo la superficie.

La bruja del agua se dio cuenta de que Fidelias la estaba mirando y comentó en un tono cálido:

—Me encanta el olor del suelo después de la lluvia.

Él no le contestó. En vez de ello, alzó el brazo y usó el cuchillo para realizar un

corte profundo en la rama del árbol más cercano. La arrancó, mientras los otros se giraban para mirarlo, se guardó el cuchillo, cogió la pesada rama con las dos manos y, fuera del alcance del cuchillo del marat herido, lo golpeó metódicamente hasta matarlo.

—Esa es una forma de hacerlo —comentó Aldrick—, si no te importa salpicar sangre por todas partes.

Fidelias tiró la rama hacia un lado.

—Tú también salpicas sangre por todas partes —le recordó.

Aldrick caminó hasta el centro del claro. Se sacó un pañuelo del bolsillo y lo usó para limpiar a fondo la hoja de la espada.

—Pero la mía sigue un esquema. Es estéticamente placentera. Deberías haber dejado que lo hiciera por ti.

—La muerte es la muerte —replicó Fidelias—. Yo puedo realizar mis tareas. —Miró a Odiana—. ¿Ahora estás contenta?

La bruja del agua, que seguía montada, le sonrió y suspiró.

—¿Crees que deberíamos tener más lluvia?

Fidelias negó con la cabeza.

—¡Atsurak! —llamó—. Ya has visto lo que intentaban.

Tuvo la satisfacción de ver cómo Aldrick se tensaba desviando su mirada, e incluso cómo a Odiana le faltaba el aire. El antiguo cursor sonrió, recogió las riendas del caballo y pasó una mano por el cuello del animal, acariciándolo.

Desde los árboles llegó una voz grave con un tono satisfecho.

—Ja.

Después se oyó un movimiento a través de los matorrales y apareció un cuarto marat. Este tenía unos ojos dorados, brillantes, acordes con los del ave esbelta y de aspecto rápido que tenía a su lado. Llevaba el cuchillo en el cinturón, en lugar de en la mano, y también una espada en bandolera, sujeta con una correa de cuero por la empuñadura y la hoja. Tenía media docena de trenzas de hierba atadas alrededor de sus extremidades, y la cara llena de arañazos y abrasiones. El marat se detuvo a bastantes pasos del trío y levantó las manos, abiertas y con las palmas dirigidas hacia ellos.

Fidelias imitó el gesto y dio un paso al frente.

—Lo que hice era necesario.

Atsurak bajó la mirada hacia el cuerpo muerto a unos pasos, al que Fidelias había aplastado el cráneo.

—Era necesario —asintió con la voz tranquila—. Pero un desperdicio. Si se hubieran encontrado conmigo en campo abierto, solo habría matado a uno. —El marat miró a Odiana, evaluándola con una mirada silenciosa e intensa como la de un halcón, antes de girarse hacia Aldrick con la misma mirada—. Gente de las tierras

muertas. Luchan bien.

—El tiempo apremia —intervino Fidelias—. ¿Está todo dispuesto?

—Yo soy el cho-vin de mi tribu. Me seguirán.

Fidelias asintió y se volvió hacia su caballo.

—Entonces nos vamos.

—Espera aún —solicitó Atsurak, levantando una mano—. Hay un problema.

Fidelias se detuvo y miró al jefe marat.

—Durante el último sol, cacé humanos no lejos de este lugar.

—Imposible —replicó Fidelias—. Por aquí no viene nadie.

El marat cogió la espada que le colgaba del hombro y con dos movimientos ágiles desató la correa del arma. La lanzó de manera que la punta se hundió en el suelo un paso por delante y a un lado de Fidelias.

—Cacé humanos —repitió Atsurak, como si Fidelias no hubiera dicho nada—. Dos machos, viejo y joven. El viejo mandaba un espíritu de la tierra. Mi *chala*, la compañera de este —puso la mano sobre la espalda emplumada del moa— murió. Hirió al viejo. Los perseguí, pero el joven era rápido y me despistó.

Aldrick dio un paso al frente y desclavó la espada del suelo. Usó el mismo trapo que había utilizado con su arma para retirar el barro de la hoja.

—Legionario —informó con mirada distante—. Diseño de hace unos años. Bien cuidada. Las protecciones de la empuñadura están desgastadas por el uso. —Se quitó el guante y con los ojos cerrados dejó que su piel tocara la hoja—. La ha utilizado alguien con experiencia. Creo que es explorador de una legión. O lo fue.

Fidelias respiró hondo.

—Atsurak... Esos dos que perseguiste, ¿están muertos?

Atsurak se encogió de hombros.

—La sangre del viejo manaba como el nacimiento de un río. Su espíritu se lo llevó, pero iba dejando un reguero por el suelo. El joven corrió bien y tuvo suerte.

Fidelias escupió el repentino sabor ácido que sintió en la boca y apretó las mandíbulas.

—Comprendo.

—He venido a observar este valle. Y lo he visto. He visto que la gente de las tierras muertas espera el combate. Son fuertes y vigilan con atención.

Fidelias negó con la cabeza.

—Has tenido mala suerte, Atsurak, nada más. El ataque será una gran victoria para tu pueblo.

—Pongo en duda tu juicio. Los marat han venido. Muchas tribus han venido. Pero aunque no sienten amor por tu pueblo, tampoco mucho por mí. Me seguirán a una victoria... pero no a una matanza.

—Todo está dispuesto. Tu pueblo limpiará el valle de vuestros padres y madres, y

mi señor procurará que se os devuelva todo. Así lo ha establecido.

Los labios de Atsurak dibujaron algo que podía asemejarse a una mueca desdeñosa.

—Tu cho-vin. El cho-vin de Aquitania... ¿Tú llevas su tótem como lazo?

Fidelias asintió.

—Lo quiero ver.

Fidelias regresó junto al caballo y abrió una de las alforjas. De ella sacó la daga de Aquitanius, con la empuñadura elaborada trabajada en oro y con el sello de la Casa de Aquitania. La mantuvo en alto para que el salvaje pudiera ver el arma.

—¿Satisfecho?

Atsurak extendió la mano.

Fidelias entornó los ojos.

—Esto no formaba parte de nuestro acuerdo.

Los ojos del marat brillaron con un matiz cálido y malvado.

—Tampoco la muerte de mi *chala* —replicó con un tono muy suave—. Ya había mucha mala sangre entre tu pueblo y el mío. Ahora hay más. Me entregarás el tótem de tu cho-vin como alianza. Y entonces cumpliré mi parte del trato.

Fidelias frunció el ceño. Entonces le lanzó la daga enfundada al marat con suave precisión. Atsurak la atrapó sin mirar, asintió y se dio la vuelta para regresar al bosque. A pocos pasos de las primeras ramas, él y el moa que le seguía se desvanecieron.

Aldrick se quedó mirando al jefe salvaje durante un momento y después a Fidelias.

—Quiero saber, en nombre de todas las furias, qué crees que estás haciendo.

Fidelias contempló a su vez al Espada y después se volvió hacia su caballo y cerró la alforja.

—Ya lo has oído. Algo ha inquietado al marat. Sin la daga no se habría quedado.

El rostro de Aldrick se ensombreció.

—Esa es un arma con sello. Se puede rastrear hasta Aquitania. Él es un jefe de horda marat. Va a combatir a la cabeza de los suyos en la maldita batalla...

Fidelias rechinó los dientes y habló en un tono lento y paciente.

—Sí, Aldrick. Se puede rastrear la daga. Sí, Aldrick, lo hará. Así que será mucho mejor que nos aseguremos de que el ataque tenga éxito. —Fidelias se volvió para ajustar las alforjas al caballo—. Después de la toma del valle, no importará lo que hayan podido saquear los marat. Para entonces, los acontecimientos estarán en marcha y todo se habrá convertido en política.

Aldrick cogió a Fidelias por los hombros y lo giró para que lo mirase a la cara. Los ojos del espadachín eran duros.

—Si no tiene éxito, será una prueba. Si llega hasta el Senado, presentarán cargos

en tu contra, Fidelias. Traición.

El antiguo cursor se quedó mirando la mano de Aldrick y siguió toda la extensión del brazo del espadachín hasta llegar a su cara. Le devolvió la mirada en silencio durante varios segundos, antes de hablar:

—Eres un soldado brillante, Aldrick. Me podrías matar ahora mismo, y los dos lo sabemos. Pero yo llevo jugando a este juego durante mucho tiempo. Y ambos sabemos que lo podrías hacer antes de que yo tuviera la posibilidad de reaccionar. No serás tan buen espadachín sin una mano. O sin un pie. —Dejó que las palabras quedaran colgadas en el aire por un momento y el suelo vibró ligeramente por debajo de los dos cuando Vamma pasó por la tierra. Fidelias dejó que el tono de su voz bajase hasta convertirse en algo tranquilo y frío. Había usado ese mismo tono para ordenar a un hombre que cavase su propia tumba—. Decídetes. Baila o apártate.

El silencio se espesó entre los dos.

El espadachín fue el primero en apartar la mirada y adoptó de nuevo su actitud relajada habitual. Recogió el arma que había clavado en el suelo el marat y permaneció mirando hacia otro lado durante un momento.

Fidelias dejó escapar el aire de forma lenta y silenciosa, y esperó a que el pulso demasiado acelerado de su cuello se calmara. Entonces se dio la vuelta y montó en el caballo cruzando las manos sobre la silla para ocultar el temblor.

—Es un riesgo necesario. Tomaremos precauciones.

Aldrick asintió con un gesto decidido y receloso.

—¿Qué precauciones?

Fidelias señaló la espada con la barbilla.

—Empezaremos buscando a esos dos que han visto al marat en el valle. Si eso pertenecía a un explorador retirado, puede imaginarse lo que se está preparando.

Odiana acercó su caballo al de Aldrick y, con expresión pensativa, cogió las riendas y condujo la montura hasta el hombre con los ojos fijos en Fidelias. El espadachín montó y deslizó la espada capturada en una correa colocada detrás de la silla.

—Supongamos que los encontramos. ¿Y después qué?

Fidelias hizo girar al caballo y empezó a salir del claro, abriéndose un camino en círculo para rodear suavemente el pie de la montaña, hacia la carretera, donde era más probable encontrar el rastro de alguien que fuera desde la montaña hacia las explotaciones más cercanas.

—Descubriremos lo que saben.

—¿Y si saben demasiado? —preguntó Odiana.

Fidelias se quedó mirando los guantes de montar y limpió una gota de sangre que se estaba secando en uno de ellos.

—Nos aseguraremos de que no dicen nada.

—Y eso fue lo que ocurrió —concluyó Tavi—. Todo empezó con una mentirijilla. Y lo único que quería hacer era volver con las ovejas. Demostrar a mi tío que podía manejar las cosas sin la ayuda de nadie. Que era independiente y responsable. —Cogió una cáscara de una de las frutas, anaranjada y brillante, y la tiró en dirección a las plantas, al borde del agua, con el ceño fruncido y la cabeza hecha un lío.

—¿No tienes ninguna furia? —repitió la esclava con voz sorprendida—. ¿Ninguna?

Tavi dejó caer los hombros ante ese tono y se envolvió aún más en la capa escarlata, como si la tela pudiera evitar la sensación de aislamiento que le traían sus palabras. Su voz salió más dura de lo que pretendía, a la defensiva.

—Bueno, ¿y qué? Sigo siendo un buen pastor. Soy el mejor aprendiz del valle. Con o sin furias.

—¡Oh! —exclamó Amara con rapidez—. No, Tavi, yo no quería decir que...

—Nadie quiere decir nada —la cortó Tavi—, pero todos lo hacen. Me miran como si... como si estuviera lisiado. Pero puedo correr. Como si fuera ciego, pero puedo ver. No importa lo que haga, o lo bien que lo haga, todo el mundo me mira de la misma forma. —Le lanzó una mirada y le espetó—: Como tú, ahora mismo.

Amara frunció el ceño y se puso en pie, con la falda desgarrada y la capa de una de las estatuas que había tomado prestada meciéndose entre sus tobillos.

—Lo siento —se disculpó—. Tavi esto es... inusual, lo sé. No he oído antes de nadie que tuviera ese problema. Pero también eres joven. Es posible que aún no lo hayas descubierto. Quiero decir... ¿Qué edad tienes? ¿Doce? ¿Trece?

—Quince —murmuró Tavi. Apoyó la barbilla en las rodillas y suspiró.

Amara parpadeó.

—Ya veo. Y estás preocupado por tu servicio en las legiones.

—¿Qué servicio? —preguntó Tavi—. No tengo ninguna furia. ¿Qué van a hacer conmigo las legiones? No podré enviar señales como los artífices del aire, mantener la línea como los artífices de la tierra, o atacar como los artífices del fuego. No podré curar a nadie con los artífices del agua. No puedo forjar una espada o blandirla como un artífice del metal. No puedo explorar y esconderme, o disparar como un artífice de la madera. Y soy pequeño. Ni siquiera soy válido para manejar una lanza y luchar con la tropa. ¿Qué podrían hacer conmigo?

—Nadie podrá poner en duda tu valor, Tavi. Me lo has demostrado la pasada noche.

—¡Valor! —suspiró Tavi—. Hasta donde he podido comprobar, el valor sirve para que te den la paliza que evitas si sales corriendo.

—A veces eso es lo importante —señaló Amara.

—¿Qué te den una paliza?

—No salir corriendo.

Él frunció el ceño y no dijo nada. La esclava permaneció en silencio un buen rato, antes de sentarse a su lado y abrigarse con la capa escarlata. Por unos momentos se quedaron escuchando la lluvia del exterior. Cuando Amara volvió a hablar, sus palabras cogieron desprevenido a Tavi.

—¿Qué harías si tuvieras elección?

—¿Qué? —Tavi ladeó la cabeza y la miró.

—Si pudieras elegir lo que te gustaría hacer en tu vida. A dónde te gustaría ir... —planteó Amara— ¿Qué harías? ¿A dónde irías?

—A la Academia —contestó sin pensárselo dos veces—. Me gustaría ir allí. Allí no tienes que ser un artífice. Solo tienes que ser listo y yo lo soy. Sé leer y escribir, y también realizar cálculos. Mi tía me ha enseñado.

Ella enarcó las cejas.

—¿La Academia?

—Sabes, no es solo para caballeros —explicó Tavi—. Forman legados, arquitectos e ingenieros. Consejeros, músicos y artistas. No tienes que ser un artífice habilidoso para diseñar edificios o argumentar sobre la ley.

Amara asintió.

—O podrías convertirte en un cursor.

Tavi alzó la nariz y bufó.

—¿Y pasarme toda la vida entregando correos? ¿Qué diversión puede haber en eso?

La esclava asintió con semblante serio.

—También es verdad...

Tavi tragó para evitar una contracción repentina de la garganta.

—Ahí fuera, en las explotaciones, las furias te mantienen vivo. Literalmente. Pero en las ciudades, no son tan importantes. Puedes ser algo más que un anormal. Puedes tener una vida propia. La Academia es el único lugar en Alera donde puedes conseguir eso.

—Suena como si hubieras pensado mucho en esto —concluyó Amara en voz baja.

—Mi tío la vio una vez, cuando su legión desfiló ante el Primer Señor. Me habló de ella. Y yo he hablado con soldados de camino hacia Guarnición. Y con mercaderes. La pasada primavera, mi tío me prometió que si le demostraba que era responsable, me daría algunas ovejas. Imaginé que si las cuidaba y las vendía al año siguiente, y ahorraba toda mi paga de las legiones, podría reunir dinero suficiente para un semestre en la Academia.

—¿Un semestre? —preguntó Amara—. ¿Y después qué?

Tavi se encogió de hombros.

—No lo sé. Intentaría encontrar algún medio para quedarme. Podría conseguir que alguien me patrocinase o... no lo sé. Algo.

Ella se volvió para mirarlo unos momentos.

—Eres muy valiente, Tavi —reconoció.

—Después de esto, mi tío no me dará nunca las ovejas. Si es que no está muerto. —Un espasmo le atenazó la garganta e inclinó la cabeza. Podía sentir las lágrimas que le llenaban los ojos cerrados.

—Estoy segura de que está bien —lo calmó la esclava.

Tavi asintió, pero no pudo hablar. La angustia que había intentado contener en su interior fue ascendiendo y las lágrimas le resbalaban por las mejillas. El tío Bernard no podía estar muerto. No podía. ¿Cómo podría vivir él con eso?

¿Cómo podría volver a mirar a la cara a su tía?

El muchacho levantó el puño y se limpió furioso las lágrimas que le humedecían las mejillas.

—Al menos estás vivo —señaló Amara en voz baja. Puso una mano sobre el hombro del chico—. Desde luego, no se trata de algo que se deba tomar a la ligera, sobre todo después de lo que pasaste ayer. Has sobrevivido.

—Tengo la sensación de que cuando vuelva a casa, desearé no haberlo hecho —replicó Tavi con voz ahogada e irónica.

Se limpió las lágrimas y esbozó una sonrisa para la joven.

Ella se la devolvió.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Él se encogió de hombros.

—Desde luego.

—¿Por qué poner en peligro todo por lo que habías estado trabajando? ¿Por qué aceptaste ayudar a esa Beritte si sabías que te podría causar problemas?

—No creía que los fuera a tener —respondió el muchacho con voz quejumbrosa—. Quiero decir que pensé que podría hacerlo todo. No fue hasta casi el final del día cuando me di cuenta de que tendría que elegir entre recoger todas las ovejas o conseguir el acebo que le había prometido.

—Ah —exclamó la esclava, pero su expresión seguía mostrando las dudas que sentía.

Tavi sintió que se le volvían a ruborizar las mejillas y bajó la mirada.

—De acuerdo —suspiró—. Me dio un beso y se me fundió el cerebro y se salió por las orejas.

—Eso sí que me lo puedo creer —reconoció Amara, que estiró el pie hacia el agua y movió ociosamente la superficie con los dedos.

—¿Y tú? —preguntó Tavi.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Él se encogió de hombros y la miró, vacilante.

—Hasta ahora solo he hablado yo. Tú no has dicho nada sobre ti misma. Normalmente los esclavos no merodean tan lejos de la carretera. O de una explotación. Ni solos. Me imagino que... hum... te has escapado.

—No —dijo la joven con firmeza—. Pero me perdí en la tormenta. Iba camino de Guarnición para entregar un mensaje de mi amo.

Tavi la miró de reojo.

—¿Te envió así, tal cual? ¿A una mujer? ¿Sola?

—Yo no cuestiono sus órdenes, Tavi. Solo las obedezco.

Tavi frunció el ceño, pero asintió.

—Bueno, es natural, supongo. Pero ¿crees que puedes venir conmigo? ¿Quizá hablar con mi tío? Él se podría asegurar de que llegues a Guarnición sin ningún percance. Conseguirías una comida caliente y ropas más adecuadas.

Los ojos de la esclava se entornaron.

—Tavi, esa es una manera muy discreta de tomar prisionero a alguien.

Él se ruborizó.

—Lo siento. En especial porque lo más probable es que me hayas salvado la vida y todo eso. Pero si has huido y no hago nada al respecto, la ley podría perjudicar a mi tío. —Se apartó el cabello de los ojos—. Y ya he hecho más que suficiente para fastidiar las cosas.

—Comprendo —reconoció ella—. Iré contigo.

—Gracias. —El chico miró hacia la entrada—. Parece que ya ha parado la lluvia. ¿Crees que será seguro que nos marchemos?

La esclava frunció el ceño y miró hacia fuera durante un momento.

—Dudo que vaya a mejor si esperamos más. Deberíamos volver a tu explotación antes de que vuelva a empeorar la tormenta.

—¿Crees que lo hará?

Amara asintió con un gesto.

—Tengo esa sensación.

—De acuerdo. ¿Podrás andar? —La miró y después bajó la vista hasta el pie. Su tobillo estaba hinchado alrededor de un moretón de color púrpura.

Amara sonrió sin alegría.

—Solo es el tobillo, no todo el pie. Me duele, pero si voy con cuidado no tendré problemas.

Tavi resopló y se puso en pie. Le dolían y punzaban todos los cortes y heridas, y sus músculos protestaron. Se tuvo que apoyar en la pared unos momentos, hasta recuperar el equilibrio.

—Entonces, de acuerdo. Supongo que no lo vamos a tener demasiado fácil.

—Supongo que no. —Amara dejó escapar un pequeño jadeo de dolor cuando también se incorporó—. Bueno. Formamos una pareja estupenda como compañeros de viaje. Tú nos guías.

Tavi salió del Memorial y penetró entre el frío viento del norte que soplaba desde las montañas septentrionales, procedente del mar de Hielo, que se encontraba más allá. Aunque no se había quitado la capa escarlata del Memorial, el viento fue casi suficiente para que volviera dentro a buscar refugio. Las hojas de hierba helada crujían bajo sus pies, y su aliento se condensaba delante de su boca en un vaho húmedo que el viento disolvía con rapidez. No se podía poner en duda: el invierno había llegado con toda su fuerza al valle de Calderon, y las primeras nieves no iban a tardar mucho.

Miró a la esclava, que le seguía detrás. La expresión de Amara parecía remota y distraída, y andaba con una cojera muy clara, con los pies pálidos sobre la hierba helada. Tavi parpadeó.

—Tendremos que parar dentro de poco —comentó— para calentarte los pies. Podemos arrancar tiras de una de las capas y envolverlos en ellas.

—Ese envoltorio se helará —replicó ella después de un momento de silencio—. El aire los calentará mejor que la tela. Sigamos adelante. Cuando llegemos a tu explotación, ya podremos calentarlos.

Tavi frunció el ceño porque la atención de ella parecía fija en algo muy distinto a lo que estaba diciendo. Decidió no perderla de vista: unos pies helados no eran ninguna broma y si solía vivir en la ciudad era muy probable que no se estuviera dando cuenta de lo peligrosa que podía llegar a ser la frontera, o la rapidez con que la congelación le podía arrebatar una extremidad, o la vida. Forzó un poco la marcha y Amara le siguió el ritmo.

Llegaron a la carretera y la siguieron, pero no llevaban ni una hora andando cuando Tavi sintió un ruido sordo, un temblor tan ligero que se tuvo que detener y pegar la oreja a los adoquines para detectarlo.

—Espera —indicó—. Creo que viene alguien.

El semblante de Amara mostró su alerta de inmediato y Tavi vio cómo se embozaba un poco más en la capa, con las manos ocultas en su interior. Sus ojos miraban hacia todos lados.

—¿Sabes quién es?

Tavi se mordió un labio.

—Tengo la sensación de que se parece a Brutus. La furia de mi tío. Quizá sea él.

La esclava tragó saliva.

—Ahora lo siento —reconoció—. Se acerca una furia de tierra.

Solo un momento más tarde, Bernard apareció en una curva de la carretera. Los

adoquines se alzaban como una ola bajo sus pies, que mantenía seguros y quietos con las cejas fruncidas de concentración, de tal modo que la tierra lo trasladaba hacia delante con una ondulación lenta, como si fuera una hoja sobre una ola del océano. Llevaba su ropa de caza invernal, pesada y cálida, y la capa de cuero de dentilargo recubierta con brillantes plumas negras, que habían superado las noches más frías. Empuñaba en una mano su arco más pesado con una flecha colocada en la cuerda, y sus ojos, aunque hundidos y rodeados por oscuras ojeras, brillaban alertas.

El estatúder avanzaba por la calzada a la velocidad de un hombre a la carrera y solo redujo el ritmo al acercarse a los dos viajeros, de manera que la tierra se fue calmando lentamente bajo sus pies hasta que se detuvo en medio de la carretera, y salvó andando los últimos metros que lo separaban de ellos.

—¡Tío! —gritó Tavi, y se abalanzó sobre el hombre, abrazándolo hasta donde le daban los brazos—. Gracias a las furias. Tenía miedo de que te hubieran herido.

Bernard posó una mano sobre el hombro de Tavi y el muchacho tuvo la sensación de que su tío se relajaba, al menos un poco. Entonces, con suavidad, empujó a su sobrino y lo apartó de él.

El muchacho levantó la vista hasta él, parpadeando, con el estómago encogido y de repente inseguro.

—¿Tío? ¿Estás bien?

—No —murmuró Bernard con voz tranquila. Mantuvo la mirada fija en Tavi—. Me hirieron. Y también otras personas resultaron heridas porque estaba fuera de mi casa persiguiendo ovejas contigo.

—Pero tío... —comenzó Tavi.

Bernard levantó una mano y siguió con una voz dura y visiblemente enojada:

—No era tu intención. Lo sé. Pero por culpa de tu metedura de pata, buena parte de mi gente está pasándolo mal. Tu tía casi muere. Nos vamos a casa.

—Sí, señor —aceptó Tavi en voz baja.

—Siento tener que hacer esto, pero ya te puedes olvidar de esas ovejas, Tavi. Parece que hay cosas que no quieres aprender.

—Pero ¿qué ocurre con...? —trató de empezar el chico.

—Cálmate —el gran hombre gruñó con un tono que anunciaba su enfado, y Tavi se encogió, sintiendo cómo los ojos se le llenaban de lágrimas—. Se acabó. —Bernard apartó del muchacho la mirada enojada y preguntó—: ¿Quién cuervos eres tú?

Tavi oyó el crujido de la ropa cuando la esclava se inclinó en una reverencia.

—Mi nombre es Amara, señor. Llevaba un mensaje de mi amo desde Riva a Guarnición y me perdí en la tormenta. El chico me encontró. Me salvó la vida, señor.

Tavi sintió una breve sensación de gratitud hacia la esclava y levantó esperanzado la mirada hacia su tío.

—¿Estabas aquí fuera en medio de todo esto? La fortuna favorece a los niños y a los locos —apuntó Bernard. Gruñó y preguntó—: Te has escapado, ¿verdad?

—No, señor.

—Veremos. Ven conmigo, muchacha. Y no corras. Si te tengo que perseguir, me enfadaré.

—Sí, señor.

Bernard asintió y volvió su atención a Tavi con el ceño fruncido y la voz endurecida.

—Cuando lleguemos a casa, muchacho, te irás a tu habitación y te quedarás allí hasta que decida lo que voy a hacer contigo. ¿Entendido?

Tavi miró a su tío, aturdido. Nunca había reaccionado así. Aunque le había dado alguna que otra tunda, nunca había sentido en su voz esa ira tan dura y escasamente controlada. Bernard siempre mantenía el control sobre sí mismo, siempre tranquilo, siempre relajado. Mirando hacia arriba a su tío, Tavi fue claramente consciente del tamaño del hombre, del brillo duro y enojado de sus ojos, de la fuerza de sus enormes manos. No se atrevía a hablar, pero intentó rogarle a su tío en silencio, dejando que su faz mostrase lo arrepentido que estaba y cuánto deseaba que las cosas volvieran a ser como antes. Se dio cuenta, vagamente, de que estaba llorando, pero no le importaba.

La cara de Bernard permaneció dura como el granito e igual de implacable.

—¿Comprendes, muchacho?

Las esperanzas de Tavi se derrumbaron ante esa mirada, derretidas por el calor de la ira de su tío.

—Comprendo, señor —susurró.

Bernard se dio la vuelta y reemprendió la marcha, esta vez hacia la explotación.

—Date prisa —ordenó sin mirar atrás—. Ya he perdido suficiente tiempo con esta tontería.

Tavi se lo quedó mirando, aturdido, entumecido. Su tío no se había enfadado tanto el día antes, cuando descubrió a Tavi a punto de marcharse. ¿Qué había provocado ese cambio? ¿Qué podía impulsar a su tío a sentir este tipo de furia?

La respuesta le vino de repente. Habían herido a alguien muy amado para él: su hermana Isana. ¿Era cierto que casi había muerto? ¡Oh, furias!, ¿tan malo había sido?

Tavi supo que había perdido algo, algo más que las ovejas o la posición de aprendiz destacado. Había perdido el respeto de su tío, algo que, se acababa de dar cuenta, antes sí tenía. Bernard no lo había tratado nunca como a los demás, realmente. Nunca le mostró lástima por su incapacidad con las furias, ni asumió que Tavi fuera incompetente. En especial durante los últimos meses se había establecido entre ellos dos una camaradería que Tavi no había conocido con nadie más, una relación silenciosa y discreta casi entre iguales, en lugar de la normal entre un tío que hablara con un niño. Era algo que se había ido construyendo con lentitud a lo largo de

muchos años, mientras sirvió como aprendiz a su tío.

Y ahora había desaparecido. Tavi nunca fue consciente del todo de que estaba allí, y ahora se había desvanecido.

Como las ovejas.

Como su posibilidad de un futuro, de escapar de ese valle, de escapar de su situación como anormal sin furias, el hijo bastardo indeseado de los campamentos de las legiones.

Las lágrimas le cegaban, pero intentó llorar en silencio. No podía ni mirar a su tío, pero el bufido impaciente de Bernard le llegó con claridad.

—Tavi.

No oyó cómo Amara empezaba a andar hasta que se tambaleó hacia delante detrás de su tío. Puso un pie delante del otro, ciego, con un dolor en su interior tan agudo y doloroso que no lo superaba ninguna de las heridas recibidas durante el día anterior.

Caminó sin levantar la mirada. No le importaba a dónde lo llevaban sus pies.

No iba a ir a ninguna parte.

PARA Amara, la caminata hasta Bernardholt acabó siendo un ejercicio largo y arduo de ignorar el dolor. A pesar de lo que le había dicho a Tavi a primera hora de la mañana, su tobillo, herido en el accidentado aterrizaje en plena tormenta la noche anterior, estaba rígido y le ardía terriblemente, de manera que casi no podía soportar su peso. De forma similar, el corte que le había causado Aldrick ex Gladius en el campamento renegado, le dolía y le escocía. Casi no podía ignorar una herida sin que la otra le ocupase toda su atención, pero aun así, tenía suficiente presencia de ánimo como para sentir lástima por el muchacho que se arrastraba delante de ella.

Al principio pensó que la reacción de su tío no había sido demasiado inclemente. Muchos hombres hubieran empezado por darle una paliza al muchacho y después le habrían explicado a qué venía la tunda, si es que se molestaban en hacerlo. Pero cuanto más andaba, más cuenta se daba de hasta qué punto habían herido al chico las palabras de su tío, o quizá la falta de ellas. Estaba acostumbrado a que lo trataran bien. El distanciamiento silencioso y frío que había mostrado el estatúder era nuevo para Tavi y lo había herido de gravedad, diluyendo sus esperanzas de un futuro en la Academia y alimentando la idea de que sin capacidad para dominar una furia, no era nada más que un niño indefenso y un peligro para sí mismo y para los demás.

Y allí, en la frontera salvaje del reino de la humanidad, donde la vida o la muerte dependían de la lucha diaria contra las furias y las bestias hostiles, quizá fuese cierto.

Amara bajó la cabeza y se concentró en los adoquines de la calzada, a sus pies. Aunque sentía esa empatía por el muchacho, no podía dejar que su situación la distrajerse de su tarea, es decir, descubrir lo que estaba ocurriendo en el valle y después emprender la acción que creyese más oportuna para la protección del Reino. Ya tenía algunas piezas que encajar y lo mejor era que centrarse en eso su atención.

Los marat habían regresado al valle de Calderon, algo que no sucedía desde hacía casi diecisiete años. El guerrero marat al que se habían enfrentado Tavi y su tío podía ser un explorador de una horda atacante.

Pero bajo el sol creciente del día esa posibilidad parecía cada vez más remota, si se analizaban algunas inconsistencias. Si de verdad se habían encontrado con un marat, ¿por qué el tío del muchacho no mostró prácticamente ningún alivio al encontrar al sobrino desaparecido? Es más: ¿cómo era posible que el estatúder estuviera ya en pie? Si las heridas eran tan serias como las descritas por el chico, habría sido necesario un artífice del agua de mucho talento para que Bernard estuviese de nuevo en pie, y Amara no creía que nadie con tanta capacidad viviera lejos de una de las grandes ciudades del Reino. Lo más seguro era que la herida fuera menor que la descrita por el chico, y si eso era así, entonces era posible que el incidente con el marat también lo hubiera exagerado en la misma medida.

Situado en el contexto de la ficción, el relato de Tavi de sus aventuras del día anterior tenía mucho más sentido. El muchacho, abrumado por el sentimiento de incapacidad, se podía haber inventado el cuento para sentirse más importante. Esa era una explicación mucho más plausible de lo que le había narrado.

Amara frunció el ceño. Era una explicación mucho más plausible, pero no se podía negar el valor y el ingenio del muchacho. No solo había sobrevivido a la terrible tormenta de furias de la noche anterior, sino que también la rescató —con un peligro considerable para él— cuando pudo haberse limitado a buscarse un refugio sin correr más riesgos. Semejante valor, convicción y sacrificio normalmente no iban de la mano de la falsedad.

Al final, Amara decidió que no tenía suficiente información para llegar a una conclusión hasta que hubiese hablado con su tío, que no parecía estar de humor para ningún tipo de conversación. Tenía que saber más. Si los marat se estaban preparando para atacar, defenderse de ellos haría necesaria una movilización general, a finales de año y con un gasto extraordinario tanto para el Gran Señor de Riva como para el tesoro de la Corona. Habría resistencias contra dicha noticia, y si acudía al conde local sin nada más que la palabra de un muchacho pastor, sin duda acabaría escuchando una repetición incesante del cuento del chico que alertaba «¡Qué viene el dentilargo!». Necesitaba el testimonio de uno de los terratenientes de confianza del conde, de uno de los estatúderes, para recibir algo más que una respuesta amable.

La mejor reacción que podría obtener en dicho caso sería que el conde enviase exploradores para localizar al enemigo, y si conseguían regresar de dicho encuentro mortal, lo más probable era que aparecieran con una horda marat enganchada a sus talones. Los marat se podían hacer con todo el valle con un solo asalto y saquear las tierras alrededor de Riva, mientras que su Gran Señor, atrapado por la llegada del invierno, apenas iba a poder hacer algo más que contemplar cómo destruían sus tierras sin poder intervenir.

En principio, con el testimonio de Bernard podría conseguir que el conde estableciese una defensa más activa desde Guarnición y pidiera refuerzos a Riva. Quizá incluso lograra un ataque preventivo, algo que dispersase la oleada de una horda atacante antes de que rompiera contra las tierras del Reino.

Por otro lado, si no se producía una invasión inminente y la gente de la Corona alertaba a las legiones locales, lo cual implicaría grandes gastos en Riva, todo esto supondría una gran vergüenza ante los otros Grandes Señores y el Senado. La reputación de Gaius podría no superar los consiguientes ataques, y eso provocaría más malestar entre los Grandes Señores, que ya estaban inquietos, y podría tener consecuencias trágicas.

Amara tragó saliva. Gaius le había encargado que representase sus intereses en el valle. Sus decisiones serían las de él. Y si bien él cargaría con la responsabilidad ética

y moral por sus acciones, los Grandes Señores podrían exigir responsabilidades legales contra ella por el mal uso de la autoridad de la Corona, y Gaius se vería obligado a aceptarlo. Encarcelamiento, ceguera o crucifixión eran algunas de las sentencias más leves que podía esperar de semejante juicio.

La reputación de la Corona, la posible seguridad del Reino y su propia vida dependían de sus decisiones. Lo mejor sería que sopesara la situación con cuidado.

Necesitaba más información.

Llegaron a Bernardholt un poco después de que el sol hubiera llegado a su cenit.

Amara quedó impresionada por la solidez del lugar. Ella había nacido y crecido en una explotación, y conocía las señales de una propiedad fuerte y que se encontraba en alerta máxima. Los edificios centrales del asentamiento contaban con murallas más altas que las de algunos campamentos militares: alcanzaban casi dos veces la altura de un hombre y habían sido levantadas laboriosamente desde el suelo por poderosos artífices de la tierra en un solo bloque con sillares de color gris oscuro. Las puertas, de acero y pesada madera de roble, estaban medio cerradas, y un hombre entrecano que llevaba al cinto una vieja espada vigilaba encima de las murallas, mirando fijamente la distancia.

Los edificios no estaban muy alejados de las murallas y todos ellos eran de una sola planta, incluidos uno que parecía una forja, un enorme cercado para los toros gargantes, una combinación de granero y establo, y numerosos cercados para los animales. Sabía que el granero principal estaría dentro del cercado central, junto a las cocinas, las zonas residenciales y muchos cercados pequeños para los animales, que solo se utilizaban en caso de emergencia. Un par de toros, atendidos por un joven alto y guapo con mejillas coloradas por el viento y el cabello negro, tenían los arneses puestos y esperaban con paciencia mientras el chico colocaba un montón de cuerdas largas y pesadas dentro de un saco y lo aseguraba al arnés.

—Frederic —llamó Bernard al acercarse—, ¿qué estás haciendo con la yunta?

El joven, demasiado alto y fuerte para ser solo un muchacho pero aún con una edad adecuada para incorporarse a las legiones, tiró de una crin con una mano e inclinó la cabeza hacia el estatúder.

—La llevo al campo del sur para sacar aquella piedra enorme, señor.

—¿Puedes manejar la furia en esa?

—Sí, señor, Thumper y yo podemos. —El chico empezó a darse la vuelta—. Hola, Tavi. Me alegro de que vuelvas de una sola pieza.

Amara miró al muchacho, pero Tavi casi no levantó la mirada. Saludó con la mano en un gesto vago.

Bernard gruñó.

—Se forma otra tormenta en el aire. Te quiero de vuelta dentro de dos horas, Fred, tanto si has movido la piedra como si no. No quiero que resulte herida más

gente.

Frederic asintió y volvió al trabajo, mientras Bernard seguía adelante hacia las puertas, saludaba al guardia y entraba en el recinto propiamente dicho.

—Tavi —llamó Bernard una vez dentro.

El muchacho, que no quería oír nada más, se dirigió hacia el lateral de la gran sala, subió la escalera de madera construida en el exterior del edificio y entró por una puerta en el piso superior, donde Amara sabía que estaban situadas habitualmente las alcobas.

Bernard contempló cómo el chico desaparecía en el interior con una mueca en la cara. Dejó escapar un hondo suspiro y se dio la vuelta para mirar a Amara.

—Tú, ven conmigo.

—Sí, señor —contestó Amara y esbozó una leve reverencia.

Fue en ese momento cuando su tobillo decidió ceder del todo y se cayó hacia un lado con un pequeño chillido.

La mano de Bernard reaccionó velozmente y la agarró del hombro, a través de la capa escarlata, para sostenerla, presionando justo por encima del doloroso corte en el brazo. Amara dejó escapar un gemido involuntario de dolor y perdió completamente el equilibrio.

El enorme estatúder dio un paso al frente y simplemente la recogió como si no pesara más que un niño.

—¡Cuervos, muchacha! —murmuró con el ceño fruncido—. Si estabas herida, deberías haberlo dicho.

Amara tragó saliva cuando un estallido de alivio surgió de su cuerpo vapuleado, mezclado con una ansiedad nerviosa ante la proximidad repentina del estatúder. Como Aldrick, era un hombre enorme, pero no exudaba la sensación de peligro plácido y paciente que emanaba del espadachín. Su fuerza era algo diferente: cálida, segura y viva, y olía a cuero y heno. Amara estuvo a punto de decir algo, pero permaneció extrañamente en silencio mientras el estatúder la llevaba a la gran sala y, desde allí, a las cocinas que había en la parte trasera, donde el aire caliente y el aroma de pan en el horno la rodeó como una sábana.

La llevó hasta una mesa cerca del fuego y la sentó en ella.

—Señor, de verdad —empezó Amara—, estoy bien.

Bernard bufó.

—¡A los cuervos con eso de que estás bien, muchacha!

Se dio la vuelta, acercó una silla a la mesa, se sentó, y cogió suavemente el pie entre las manos. Su roce era cálido, confiado, y de nuevo se sintió aliviada, como si al tocarla le hubiera transmitido parte de su confianza.

—Frío —comentó—. Pero no tanto como se podría esperar. ¿Sueles utilizar un artificio para mantener los pies calientes?

Ella parpadeó y asintió en silencio.

—Eso no sustituye a un buen par de calcetines. —Frunció el ceño ante el pie y luego empezó a moverle los dedos con suavidad—. ¿Te duele aquí?

Negó con la cabeza.

—¿Aquí?

El dolor le recorrió toda la pierna y no pudo evitar que se le dibujara una mueca en la cara. Asintió.

—No está roto. Es un esguince. Tenemos que calentarte los pies.

Se puso en pie y se acercó a una estantería, de donde tomó un balde pequeño de cobre. Con un dedo, tocó el grifo que había sobre el fregadero y extendió la mano bajo el chorro de agua hasta que salió tan caliente que le enrojeció la piel. Entonces empezó a llenar el balde.

Amara se aclaró la garganta.

—¿Vos sois el estatúder, señor? —preguntó.

Bernard asintió.

—Entonces, no deberíais hacer esto, señor. Quiero decir, lavarme los pies.

Bernard bufó.

—Aquí no nos preocupamos demasiado por esas tonterías de la ciudad, muchacha.

—Ya veo, señor. Por supuesto, como deseáis. Pero ¿os puedo plantear otra pregunta?

—Si quieres...

—El muchacho, Tavi. Me explicó que le había atacado un guerrero marat y uno de sus moa de guerra. ¿Es cierto?

Bernard gruñó y se le ensombreció el semblante. Tocó de nuevo el grifo con un golpe algo más fuerte y el agua se cortó con un pequeño burbujeo en señal de disculpa.

—A Tavi le gusta contar historias.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Pero ocurrió?

Colocó el balde sobre la silla en la que se había sentado un momento antes y le cogió con la mano el pie y parte de la pantorrilla. Durante un momento Amara tuvo muy presente la sensación del contacto de la piel de Bernard sobre la suya y el hecho de que había apartado la capa y la falda, y que mostraba la pierna casi hasta la rodilla. Sintió un sonrojo en la cara, pero si el estatúder se dio cuenta, no lo demostró. Le metió en el agua el pie herido y le hizo un gesto para que introdujese el otro también. Sus pies entumecidos por el frío le hormigueaban de una manera desagradable y el vapor se elevaba desde el balde.

—¿Cómo te hiciste daño en la pierna? —le preguntó.

—Resbalé y caí —contestó y le repitió la historia sobre el mensaje a Guarnición por cuenta de su amo, añadiendo que había sufrido una caída justo antes de que la encontrase Tavi.

El rostro del estatúder se oscureció.

—Le avisaremos. No estás en condiciones de continuar tu viaje hasta dentro de uno o dos días. Espera hasta que se te hayan calentado los pies. Entonces, sécatelos y siéntate.

Se volvió hacia una alacena, la abrió y cogió un saco lleno de tubérculos. Lo dejó sobre la mesa, junto con un cuenco y un cuchillo pequeño.

—Bajo mi techo trabaja todo el mundo, muchacha. Cuando te hayas calentado, pélalos. Volveré para ocuparme de tu brazo.

Ella levantó la mano y se la colocó sobre el vendaje en el brazo.

—¿Me vais a dejar aquí?

—Con ese tobillo no vas a ir muy lejos. Y se está levantando otra tormenta. El refugio más cercano, dejando de lado esta sala, es el Memorial del Príncipe, y parece que ese sitio ya lo has vaciado. —Hizo un gesto hacia la capa escarlata—. Si fuera tú, empezaría a pensar lo que le iba a decir sobre eso al conde Gram. O a tu amo, sea quien sea.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia las puertas de la sala.

—Señor —balbució Amara—. No me habéis dicho si era cierto o no. Lo que me explicó Tavi sobre el marat.

—Tienes razón —reconoció Bernard—. No lo he hecho.

Cuando concluyó la frase, se fue.

Siguió al hombre con la vista durante un momento, completamente frustrada. Volvió la mirada desde la puerta por la que había desaparecido hacia sus pies en el balde humeante, y después la alzó de nuevo. Sus pies estaban recuperando la sensibilidad con una oleada incómoda de fuertes pinchazos. Meneó la cabeza y esperó a que sus pies volvieran a una situación parecida a la normalidad.

«Un hombre enloquecedor», pensó. Confianza en el límite con la arrogancia. Nadie la trataría de una forma tan desconsiderada en ninguna corte del Reino.

Pero, por supuesto, esa era la cuestión. No estaba en una ciudad. Estaba en su explotación y su palabra era literalmente la ley en casi todos los temas que podía enumerar, incluida la disposición y el castigo sin daños permanentes de un esclavo huido. Si fuera una esclava real y no fingida, podría hacer con ella casi todo lo que quisiera, y siempre que continuase de una sola pieza y fuera capaz de cumplir con sus deberes, la ley lo apoyaría como ciudadano que era. En lugar de cuidarla y dejarla en una habitación cálida con los pies en un baño de agua caliente, la podría haber encerrado con los animales o darle cualquier otro uso.

De nuevo el rubor encendió sus mejillas. Aquel hombre la estaba afectando, y no

debería permitírsele. Lo había visto cabalgar sobre una ola de tierra, de manera que era un artífice de tierra. Algunos de ellos podían afectar el temperamento de los animales y las bases naturales de los seres humanos, así como extraer impulsos primarios básicos que de otra manera no saldrían a la superficie. Eso explicaría por qué ella se sentía así ante su presencia.

Pero, y eso era lo importante, había sido muy amable con ella al acogerla. No solo la había dejado entrar en sus tierras, sino que le había demostrado hospitalidad. A pesar de la intimidación de sus palabras, no la había encerrado en un sótano y no había mostrado sino preocupación y amabilidad hacia ella.

Amara movió el pie en el agua con el ceño fruncido. Estaba claro que el estatúder era un hombre que sabía ganarse el respeto de su gente. Su explotación era sólida y, obviamente, próspera; los trabajadores que había visto estaban limpios y bien alimentados. Su reacción ante el muchacho fue severa, en cierto modo, pero contenida para lo acostumbrado en la mayor parte del Reino. Si el hombre hubiera querido, la podría haber tomado, y sin necesidad alguna de provocarle ningún deseo.

El contraste de su fuerza, física y de otro tipo, con las muchas demostraciones de amabilidad era sorprendente. Aunque no tenía la menor duda de que podía ser un hombre duro cuando era necesario, transmitía una amabilidad genuina en su comportamiento y un cariño evidente por el muchacho.

Sacó los pies del balde y los secó con la toalla. Después se bajó de la mesa y se sentó con cuidado en otra silla. Cogió el cuchillo de pelar y uno de los tubérculos, y empezó a retirar la piel, dejando que las mondaduras cayeran en espiral en el balde de agua que acababa de usar, para depositar la carne de la raíz en el cuenco que le había proporcionado el estatúder. La tarea era relajante, en su naturaleza repetitiva, y reconfortante.

Había pasado por mucho en las últimas horas. Su mundo se tambaleó y ella se enfrentó de cerca con la muerte en más de una ocasión. Eso podría explicar el florecimiento repentino de sus emociones y su reacción puramente física ante el estatúder. Al fin y al cabo, era un hombre imponente y suponía que no dejaba de tener su atractivo. Era posible que hubiese tenido una reacción semejante ante cualquiera que se le hubiera acercado. Los soldados reaccionaban con frecuencia de esa manera cuando tenían la muerte tan cerca, aprovechando cualquier oportunidad que se les presentara para vivir la vida con más intensidad, con mayor plenitud. Amara decidió que debía de ser eso.

Pero fuera como fuese, eso no la ayudaba a cumplir su misión. Resopló con frustración. Bernard no había confirmado ni negado el encuentro con el marat. De hecho, cualquier mención a ello lo había vuelto más evasivo. Mucho más, pensó, de lo que era razonable, dada la situación.

Frunció el ceño ante esa idea. El estatúder estaba ocultando algo.

¿Qué?

¿Por qué?

¡Lo que habría dado en ese momento por ser una artífice del agua y ser capaz de sentir más sobre él, o tener más experiencia para leer las expresiones y el lenguaje corporal de las personas!

Tenía que saber más. Tenía que saber si podría disponer o no de un testigo creíble al que poder presentar ante el conde local. Tenía que saber si los temores del Primer Señor eran ciertos.

Bernard regresó al cabo de un rato con otro cuenco bajo el brazo. El estatúder alzó las cejas con una expresión de sorpresa. Luego, frunció el ceño y se acercó a la mesa.

—¿Señor? —preguntó Amara—. ¿He hecho algo malo?

—¡Cuervos, muchacha! —replicó Bernard—. Creía que seguirías calentándote los pies.

—Queríais que las pelase, señor.

—Sí, pero... —Emitió un ruido enojado—. No importa. Reclínate y deja que vea el pie de nuevo. Y también tu brazo, ya que estamos en ello.

Amara se echó hacia atrás en la silla y el estatúder se arrodilló delante de ella, dejando el cuenco a un lado. Le levantó el pie, gruñó algo y metió la mano en el cuenco, del cual sacó un bote pequeño de algún tipo de ungüento de olor penetrante.

—Tienes algunos cortes, por la caminata entre las colinas —explicó—. Dudo que los hayas notado con unos pies tan fríos. Esto ayudará a que se limpien y te aliviarán un poco el dolor cuando los vuelvas a sentir.

Aplicó el ungüento en los pies con sus dedos anchos y suaves. Entonces sacó un rollo de tela blanca y un par de tijeras. Le vendó con cuidado los pies con la tela y después sacó del cuenco unas zapatillas con suela de cuero flexible y un par de calcetines grises de lana. Ella abrió la boca para protestar, pero el estatúder le lanzó una mirada y le puso los calcetines y las zapatillas.

—Pies grandes para una mujer —comentó—. Llevar estas zapatillas viejas te irá bien durante un tiempo.

Amara lo estudió en silencio mientras lo hacía.

—Muchas gracias. ¿Están muy mal?

Él se encogió de hombros.

—Me parece que se pondrán bien, pero no soy un artífice del agua. Le pediré a mi hermana que les eche un vistazo cuando se encuentre mejor.

Amaraladeó la cabeza.

—¿Está enferma?

Bernard gruñó y se puso en pie.

—Aparta la capa y arremángate. Deja que le eche un vistazo a ese brazo.

Amara retiró la capa del hombro. Intentó enrollar hacia arriba la manga de la blusa, pero la herida estaba demasiado alta y la tela abultaba demasiado para permitírselo. Lo intentó pese a todo, y entonces la manga le apretó la herida. El dolor le recorrió de nuevo el brazo y aspiró aire con un temblor.

—Eso no es bueno —comentó Bernard—. Tendremos que conseguir otra blusa.

Cogió las tijeras y con cuidado empezó a cortar la manga ensangrentada, un poco por encima de la rotura en la tela. Frunció el ceño al ver la tela escarlata del vendaje. La arruga se profundizó cuando retiró el vendaje y descubrió que la tela se había pegado a la herida. Movi6 la cabeza, fue a buscar agua fresca y tela limpia, y empezó a mojar el vendaje, tirando de 6l con suavidad.

—¿C6mo te heriste el brazo?

Amara us6 la otra mano para retirar el cabello de su cara.

—Ayer me caí y me corté.

Bernard emiti6 un sonido sordo y no dijo nada m6s hasta que moj6 la tela y la retir6 con cuidado del corte, sin volverlo a abrir. Frunci6 de nuevo el ceño y con tela, agua y jab6n limpi6 la herida con suavidad. Ardía, y Amara sintió que se le volvían a llenar los ojos de lágrimas. Pens6 que iba a romper a llorar a causa del cansancio y del dolor lacerante e implacable. Cerr6 con fuerza los párpados, mientras el hombre proseguía su labor lenta y paciente.

Alguien llam6 a la puerta de la cocina y enseguida se oy6 una voz nerviosa que pertenecía al muchacho a quien había llamado Frederic.

—¿Señor? Preguntan por vos en el exterior.

—Un momento.

Frederic tosi6.

—Pero, seño...

—Fred, dentro de un momento —replic6 el estatúder con cierta dureza en la voz.

—SÍ, seño —asintió el muchacho y la puerta se volvi6 a cerrar.

Bernard continu6 con la herida.

—Habría que coserla —murmur6—. O alguien debería hacer un artificio para cerrarla. ¿Te caíste?

—Me caí —repiti6 Amara.

—Pues parece que te caíste sobre el filo de una espada afilada —coment6 el estatúder.

Lav6 la herida y la volvi6 a vendar con manos diestras, pero aun así el brazo le ardía y dolía horriblemente. M6s que nada, lo que Amara quería era un lugar oscuro y tranquilo para hacerse un ovillo. Pero no se lo podía permitir.

—Seño, por favor. ¿Es cierta la historia del muchacho? ¿Realmente os atac6 un marat?

Bernard respir6 hondo. Sali6, y cuando volvi6 le puso un peso suave y agradable

sobre los hombros: una sábana.

—Haces muchas preguntas, muchacha. No estoy seguro de que me guste. Y no sé si estás siendo honesta conmigo.

—Lo soy, señor. —Lo miró e intentó sonreír.

La boca de Bernard dibujó una sonrisa de medio lado. La miró antes de darse la vuelta para coger una toalla que colgaba de un gancho cerca del fregadero.

—Tengo un problema con tu historia: nadie enviaría a una esclava tan malherida para entregar un mensaje. Eso es una locura.

Amara se ruborizó.

—Él no... lo sabía exactamente. —Al menos eso era verdad—. No quería perder la oportunidad.

—No —negó Bernard—. Muchacha, no te pareces en nada a las esclavas que conozco. En especial, a las mujeres jóvenes y guapas al servicio de un hombre.

Ella sintió cómo le subía aún más el calor a la cara.

—¿Qué queréis decir, señor?

Él no se volvió.

—Tu comportamiento. Cómo te ruborizaste cuando te toqué la pierna. —La miró—. Muy poca gente se disfraza de esclavo, por temor a no poder salir nunca más de ese papel. Hay que ser un loco o estar muy desesperado.

—Creéis que os estoy mintiendo.

—Sé que estás mintiendo —aclaró el estatúder, sin malicia—. Solo queda por saber si estás loca o desesperada. Quizá necesites mi ayuda, o quizá lo único que necesitas es que te encierre en un sótano hasta que vengan a recogerte las autoridades. Tengo que proteger a muchas personas. No te conozco. No puedo confiar en ti.

—Pero si...

—Esta discusión se ha terminado —la interrumpió—. Ahora, cierra la boca antes de que te desmayes.

La joven sintió cómo se acercaba y la volvía a coger en brazos, manteniendo el brazo ileso contra su pecho. No era su intención, pero involuntariamente apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Estaba demasiado cansada y le dolía todo demasiado. Apenas había dormido desde... ¿hacía dos días?

—...van a preparar la cena —estaba diciendo Bernard—, así que te trasladaré a un camastro junto al fuego en la gran sala. Esta noche estará todo el mundo aquí, a causa de la tormenta.

Llegó a emitir un pequeño sonido de asentimiento, pero la dura prueba de que le limpiasen las heridas, junto con el cansancio, no la dejaron en condiciones de hacer nada más. Se recostó sobre él y se hundió en su calidez y su fuerza, adormecida.

No se movió hasta que él la empezó a colocar en el camastro. La puerta de la sala se abrió detrás de él, que tapaba su campo de visión. Se acercaron pasos, pero ella no

pudo ver a quién pertenecían y ni siquiera consiguió tampoco reunir la energía suficiente como para preocuparse.

—Señor —requirió la voz nerviosa de Frederic—, han llegado unos viajeros que piden refugio durante la tormenta.

—Te saludamos, estatúder —intervino tras el muchacho Fidelias con un tono de voz amable y controlado, utilizando al hablar un relajado acento de Riva como si fuera un nativo—. Espero que los tres no seamos un estorbo.

ISANA se despertó con el sonido del viento que aullaba sobre el valle y el ruido hueco del repiqueteo de la tormenta.

Frunció el ceño y se restregó los ojos en un intento por orientarse. Su último recuerdo era que la llevaban a la cama después de atender a Bernard. Debía de haber dormido durante horas. No tenía sed, pero eso no era una sorpresa, porque con frecuencia Rill se encargaba de esos temas por iniciativa propia. Sin embargo, su estómago rugía y se retorció por una necesidad de comida casi dolorosa, y el cuerpo no le respondía, como si no se hubiese movido durante días.

Con el ceño fruncido, apartó las sensaciones puramente físicas hasta que alcanzó a sentir algo más profundo y más distante. Cuando aisló ese sentimiento, se concentró en él cerrando los ojos para bloquear el ruido emocional que siempre sentía a su alrededor.

Algo iba mal.

Algo iba muy mal.

Era una sensación silenciosa y nauseabunda muy profunda, algo que le hacía pensar en funerales, enfermedad y hedor a cabello quemado. Le parecía familiar, pero le costó unos momentos recuperar el recuerdo y darse cuenta de cuándo había descubierto esa misma sensación en su interior.

El corazón le dio un vuelco provocado por el pánico. Retiró las sábanas, se puso en pie y se echó una bata por encima de las enaguas con las que había dormido. El cabello le colgaba por debajo de la cintura, suelto y enredado, pero lo dejó así. Se ató la bata y se acercó a la puerta. Le falló el equilibrio y se tuvo que apoyar un momento, cerrando los ojos hasta recuperarse.

Abrió la puerta y vio que su hermano salía en silencio de su habitación, al otro lado de la sala.

—Bernard —lo llamó y se acercó a él, lo rodeó con un abrazo fuerte y repentino, y se dejó llevar por la sensación de calidez, seguridad y fuerza entre sus brazos—. ¡Oh, gracias a todas las furias! Estás bien. —Levantó la mirada hasta sus ojos y le preguntó angustiada, de tal manera que apenas le salían las palabras—: ¿Tavi está...?

—Está bien —respondió Bernard—. Un poco magullado y bastante contrariado, pero se recuperará.

Isana sintió que las lágrimas le nublaban la visión; hundió la cara contra el pecho de su hermano y lo volvió a abrazar.

—¡Oh! ¡Oh, Bernard! Muchas gracias.

Él le devolvió el abrazo.

—No he hecho nada —replicó con aspereza—. Se había cuidado bien y estaba volviendo a casa cuando lo encontré.

—¿Qué ocurrió?

Bernard se quedó en silencio durante un momento y ella pudo sentir la incomodidad en su interior.

—No estoy seguro —reconoció al final—. Recuerdo que ayer salí con él, pero después de eso... nada. Me desperté en la cama una hora antes del amanecer.

Isana forzó la retirada de las lágrimas y se alejó un paso de él, asintiendo.

—Trauma posterior al artificio. Pérdida de memoria. Como cuando Frederic se partió la pierna.

Bernard gruñó.

—No me gusta. Si lo que Tavi dice es verdad...

Ella ladeó la cabeza.

—¿Qué dice Tavi?

Escuchó el relato de Bernard de la historia de Tavi y solo pudo mover la cabeza.

—Ese chico... —murmuró al fin Isana, y cerró los ojos—. No sé si abrazarlo o chillarle.

—Pero si nos atacó un marat... eso puede ser muy malo. Tendríamos que informar a Gram.

Isana se mordió el labio inferior.

—Creo que lo debes hacer. Bernard, tengo muy malas sensaciones. Algo va mal.

Él frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso de que algo va mal?

Ella negó con la cabeza y supo que la frustración que sentía se le traslucía en la voz.

—Mal. Equivocado. No lo sé explicar. —Respiró hondo y prosiguió en voz baja —: Esto solo lo he sentido una vez con anterioridad.

El rostro de Bernard palideció. Se quedó en silencio durante un minuto que pareció una eternidad antes de volver a hablar:

—No recuerdo ningún marat, Isana. No puedo informar a Gram. Su buscador de la verdad lo descubrirá.

—Entonces lo tendrá que hacer Tavi —sugirió Isana.

—Es un niño. Conoces a Gram, nunca tomará en serio a Tavi.

Isana se volvió y dio unos cuantos pasos de un lado a otro.

—Lo tendrá que hacer. Yo haré que lo haga.

Bernard negó con la cabeza.

—Nadie hace que Gram haga nada —afirmó, y trasladó un poco el peso de su cuerpo, de manera que la mayor parte de él se interpusiera entre Isana y la puerta de su habitación.

—No se trata de un juego ni nada que la rigidez de Gram...

Frunció el ceño y se inclinó para mirar más allá de su hermano, quien, sin

cambiar de expresión, se movió un poco para tratar de bloquear su visión con el cuerpo. Isana soltó un suspiro impaciente y lo apartó un poco, mirando detrás de él.

—Bernard —preguntó—, ¿por qué hay una chica en tu cama?

Su hermano tosió y se ruborizó.

—Isana, cuando lo dices de esa manera...

Ella parpadeó, lo miró y repitió:

—Bernard, ¿por qué hay una chica en tu cama?

Él sonrió.

—Es Amara. La esclava a la que ayudó Tavi. La iba a dejar en un camastro junto al fuego, pero tuvo un ataque de pánico. Me pidió que no la dejara dormir allí abajo. Lo dijo susurrando como si tuviera miedo de algo. Así que le dije que no la dejaría y se desmayó. —Eché una mirada hacia su habitación—. La he subido aquí.

—A tu cama.

—¡Isana! ¿Dónde se supone que la iba a poner?

—Solo dime que no te crees de verdad que es una simple esclava perdida a la que Tavi ayudó por casualidad.

—No. No me lo creo —admitió—. Su historia no encaja. Al principio sonó bien, pero le limpié los cortes y no le di nada para el dolor. Se cansó con rapidez. Casi sufre un colapso.

—¿Está herida?

—Nada que la vaya a matar, siempre que no tenga fiebre. Pero sí. Tiene cortes en los pies a causa de las piedras, y en el brazo, lo que parece una herida de espada. Dice que se lo hizo al caer.

—Chica torpe —exclamó Isana. Negó con la cabeza—. Suena como que es alguien. ¿Quizá una agente de los Señores?

—Quién sabe. Parece bastante decente. Supongo que podría ser lo que dice ser.

Un temor silencioso y desesperado la atravesó. Isana sintió que le empezaban a temblar las manos y las rodillas.

—¿Y se encontró con él por pura casualidad?

Bernard suspiró y negó con la cabeza.

—Esa parte tampoco me gusta nada. Y hay más. Forasteros, abajo. Tres. Piden refugio hasta que pase la tormenta.

—Y acaban de aparecer hoy mismo. —Isana tragó saliva—. Está ocurriendo...

—Sabíamos que podía pasar.

Ella maldijo en voz baja.

—¡Furias, Bernard! ¡Cuervos y furias malditas!

La voz de Bernard parecía afectada.

—Isana...

Ella levantó una mano.

—No, Bernard. No. Hay mucho que hacer. ¿Cómo está Tavi?

Él apretó los labios por un instante.

—No está bien —reconoció—. Fui duro con él. Supongo que estaba disgustado por no saber lo que estaba ocurriendo. Preocupado.

—Tenemos que descubrir qué está pasando. Tenemos que averiguar si está en peligro o no.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que haga?

—Baja con esos forasteros. Muéstrate amable con ellos. Dales de comer. Quítales los zapatos.

—¿Sus zapatos...?

—Que alguien les lave los pies —le cortó—, al estilo de la ciudad. Hazlo. —Cerró los ojos, pensando—. Hablaré con Tavi. Y con esa Amara. Me aseguraré de que las heridas no son peores de lo que crees.

—Está exhausta —señaló Bernard—. Parece que ha agotado todas sus reservas.

—Así no podrá contarme demasiadas mentiras —replicó Isana—. Bajaré dentro de un rato para hablar con los forasteros. ¿Sabes cómo es la tormenta que se está formando?

Él asintió.

—Aunque no es tan mala como la de la pasada noche, no es poca cosa. Todo el mundo estará bien siempre que esté a cubierto, pero he convocado a todos en la sala, solo para asegurarme.

—Bien —asintió Isana—. Cuanta más gente, mejor. No los dejes solos, Bernard. No los pierdas de vista. ¿De acuerdo?

—No lo haré —le prometió—. ¿Y Tavi? Debería saberlo.

Ella negó con la cabeza.

—No. Ahora menos que nunca. No, no necesita tener eso en la cabeza.

Bernard no parecía muy conforme, pero no la contradijo. Se dio la vuelta hacia las escaleras, pero vaciló mirando hacia el dormitorio, a la chica que yacía en su cama.

—Isana..., la muchacha es poco más que una niña. Está agotada. Tuvo oportunidad de hacer algo malo y no lo hizo. Tavi dice que le salvó la vida. Deberías dejarla descansar.

—Yo tampoco quiero que nadie salga herido, Bernard —le contestó Isana—. Vete.

El gesto de su hermano se endureció.

—Lo digo en serio.

—De acuerdo.

Él asintió y desapareció en silencio escaleras abajo.

Isana volvió a su dormitorio y cogió un cepillo con mango de hueso. Se lo llevó

consigo, tras recogerse el cabello sobre un hombro, y llamó a la puerta de Tavi. No hubo respuesta. Volvió a llamar.

—Tavi, soy yo. ¿Puedo entrar? —preguntó.

Silencio. Entonces se giró el pomo y la puerta se abrió un poco. Ella acabó de abrirla y entró en la habitación.

Al dormitorio de Tavi ya no entraba la claridad, y no había prendido ninguna luz. Por supuesto, no podía utilizar las lámparas de furia, recordó, y llevaba allí dentro desde que regresó con Bernard, hacía bastante tiempo. Con las ventanas cerradas y la tormenta fraguándose en el exterior, el lugar albergaba una colección sorprendentemente profunda de sombras. Pudo ver cómo se volvía a sentar en la cama: era poco más que una silueta difusa al otro lado de la habitación.

Se empezó a cepillar el cabello, dándole la oportunidad de hablar, pero él siguió en silencio.

—¿Cómo te sientes, Tavi? —preguntó al cabo de un buen rato.

—¿Por qué no me lo dices tú? —replicó con hosquedad—. No conozco el artificio del agua, así que, ¿cómo se supone que lo voy a saber?

Isana suspiró.

—Tavi, eso no es justo. Sabes que no tengo elección sobre lo que siento de los demás.

—Hay un montón de cosas que no son justas —le devolvió el chico como un latigazo.

—Estás disgustado por lo que te dijo tu tío.

—He trabajado durante todo el año para conseguir las ovejas que me prometió. Y este... —Sacudió la cabeza con la voz teñida de angustia y la frustración se abalanzó sobre Isana como el calor de una hoguera antigua.

—Hiciste elecciones erróneas, Tavi. Pero eso no significa...

—Elecciones... —Tavi escupió la palabra con amargura—. Como si alguna vez hubiera tenido elección. Ahora no parece que me tenga que volver a preocupar por ellas.

Isana se cepilló fuerte un enredo en el cabello.

—Solo estás disgustado. Tu tío también lo está. No es nada de lo que tengas que preocuparte, Tavi. Cuando todo se calme...

La oleada repentina de frustración y dolor que surgió de Tavi la golpeó como un viento tangible. El cepillo le tembló en los dedos y se cayó al suelo. Contuvo la respiración, aunque la intensidad de las emociones del muchacho casi le hace perder el equilibrio.

—Tavi..., ¿te encuentras bien?

—No es nada de lo que te tengas que preocupar.

—No entiendo por qué esas ovejas son tan importantes para ti.

—No —reconoció—. No lo entiendes. Quiero ser yo mismo.

Isana apretó los labios y se inclinó con cuidado para recuperar el cepillo.

—Pero necesito hablar contigo sobre lo que ocurrió. Hay algunas cosas...

Una ira real, una rabia vibrante cruzó la habitación junto con las demás sensaciones que surgían de él.

—Estoy harto de hablar de lo que ocurrió —la cortó Tavi—. Quiero estar solo. Por favor, vete.

—Tavi...

Su silueta difusa rodó sobre la cama, dando la espalda a la puerta. Isana percibió que sus propias emociones empezaban a moverse peligrosamente hacia lo que sentía el muchacho, de manera que sus sentimientos comenzaban a sangrar en su interior. Respiró hondo para fortalecerse frente a ellos.

—De acuerdo —aceptó—. Pero no hemos terminado de hablar. Lo haremos más tarde.

Él no respondió.

Isana salió de la habitación. Acababa de cerrar la puerta cuando oyó cómo se deslizaba el pestillo desde el interior para atrancarla. Tuvo que dar varios pasos para poder salir del caos de las emociones del muchacho. No las podía entender: ¿por qué estaba Tavi tan disgustado con lo ocurrido?

Más aún, ¿qué es lo que no sabía de los acontecimientos del día anterior? ¿Tendrían algo que ver con la llegada de golpe de tantos forasteros al valle?

Movió la cabeza y se apoyó en la pared unos momentos. Tavi tenía una personalidad poderosa y una fuerza de voluntad formidable que otorgaban un peso adicional a sus pasiones y a ella la forzaban a luchar con más intensidad para separarlas de las suyas propias. Tampoco resultaba demasiado sorprendente que ella lo sintiera con más fuerza que a todos los demás. Lo quería demasiado y llevaba ya mucho tiempo cerca de él.

Eso, sin entrar en otras razones.

Isana sacudió la cabeza con fuerza. No importaba lo agotada que se sintiera por el artificio de la noche anterior, no podía perder el tiempo. Debería haber recordado su objetivo cuando hablaba con el muchacho: saber todo lo que pudiera sobre los acontecimientos del día anterior que Bernard no podía recordar.

Se volvió hacia el dormitorio de su hermano y respiró hondo. Entonces entró en él con decisión.

Bernard había dejado la lámpara ardiendo con una llama baja y el interior de la habitación estaba iluminado por una luz tenue y dorada. Bernard vivía con sencillez: lo llevaba haciendo desde la muerte de Cassea y las niñas. Había guardado todas sus cosas en un par de arcones que estaban debajo de su cama. Ahora vivía con un único arcón, como lo había hecho en las legiones. Sus armas y su equipo estaban dispuestos

en varios estantes en la pared, al otro lado del escritorio desnudo, con todos los archivos de la explotación pulcramente ordenados en los cajones.

La muchacha dormía en la cama de Bernard. Era alta, tenía unos rasgos esbeltos que parecían especialmente demacrados bajo la luz, y unas ojeras oscuras como moretones bajo los ojos. Su piel brillaba en un tono dorado, casi del mismo color que su cabello. Era hermosa. Una trenza de cuero le rodeaba el cuello.

Isana frunció el ceño. Su hermano había bajado las sábanas de reserva y las había puesto sobre la chica, aunque esta se había movido lo suficiente para que un pie saliera por debajo de la ropa. Avanzó decidida para taparle de nuevo el pie y vio que se lo habían vendado y cubierto con zapatillas de suave piel de cordero.

Isana se quedó mirando las zapatillas durante un momento. Eran de color blanco pálido y estaban limpiamente cosidas, con unas cuentas delicadas que trazaban un dibujo en la parte superior. Las reconoció de inmediato: las había confeccionado ella misma, hacía quizá diez años. Las zapatillas fueron un regalo de cumpleaños para Cassea. Llevaban más de una década en el arcón, bajo la cama.

Se alejó de la muchacha. Quería hablar con ella, pero su hermano la había advertido de que no la molestase. Durante años albergó la esperanza de que Bernard encontrase a alguien después de la pérdida de Cassea y las niñas, pero tal cosa no había ocurrido. Él había mantenido una distancia con todos los demás, y quienes vivían en el valle y recordaban a su esposa y a sus hijas, simplemente le habían concedido la soledad que deseaba.

Si su hermano había encontrado en su interior lo que necesitaba para conectar con alguien —y por sus palabras y por el trato que dispensó a la muchacha, parecía haberlo conseguido—, ¿tenía derecho a actuar claramente contra sus deseos?

Se adelantó y puso una mano sobre la frente de la muchacha. Incluso antes de alcanzarla a través de Rill, pudo sentir la fiebre suave. Sintió un escalofrío y lentamente extendió sus sentidos a través de su furia hasta alcanzar a la esclava dormida.

Bernard no se había equivocado. La muchacha sufría diversas heridas, desde cortes dolorosos en las piernas hasta un tobillo hinchado, pasando por un corte profundo y con mal aspecto en el brazo. Su cuerpo había sido dañado hasta quedar exhausto, y además pudo sentir que la muchacha, aun estando dormida, era presa de una preocupación y un miedo terribles. Le murmuró con suavidad a Rill y sintió cómo la furia atravesaba con delicadeza el cuerpo de la chica, cerrando los cortes más pequeños y reduciendo la hinchazón y el dolor. El esfuerzo hizo que Isana se sintiese algo mareada, de manera que retiró la mano y se concentró en seguir de pie.

Cuando volvió a mirar, la muchacha había abierto los ojos agotados y la estaba observando.

—Tú —susurró Amara—. Tú eres la artífice del agua que curó al estatúder.

Isana asintió.

—Tienes que descansar —le indicó—. Solo te quiero hacer una pregunta.

La muchacha tragó y asintió. Dejó que se le cerrasen los ojos.

—¿Has venido a por el muchacho? —preguntó Isana.

—No —respondió la chica, e Isana sintió la verdad en la palabra con la misma claridad que el tañido de una campana de plata.

En su forma de hablar había una pureza, una sensación de sinceridad, que tranquilizó a Isana y le permitió relajar los hombros, al menos de momento.

—De acuerdo —aceptó Isana. Acomodó las sábanas sobre la muchacha, tapándole de nuevo el pie—. Duerme. Dentro de un rato te traeré algo de comer.

La muchacha no respondió, inmóvil en la cama, e Isana salió de la habitación y se dirigió hacia las escaleras. Podía oír voces abajo, las de la gente de la explotación, que se iban reuniendo en la sala. En el exterior retumbaba el trueno, bajo y ominoso, que llegaba desde el norte. Los acontecimientos de la noche anterior, el ataque de los Kord contra ella, regresaron de repente a su memoria y sintió un escalofrío.

Después se enderezó y bajó las escaleras para atender a los forasteros que habían llegado a Bernhardolt.

FIDELIAS esperó hasta que el gigantesco estatúder hubo subido por las escaleras y se perdió de vista llevando a alguien envuelto en una sábana. El antiguo cursor miró alrededor de la sala. Al menos durante un momento, sus compañeros y él se habían quedado a solas. Se volvió hacia Odiana y Aldrick con el ceño fruncido.

El Espada había seguido todos los movimientos del estatúder.

—Bueno, me pregunto de qué iba todo esto —murmuró.

—Bastante obvio —replicó Fidelias y miró a Odiana.

—Miedo —susurró y tembló al acercarse a Aldrick—. El miedo más delicioso.

Reconocimiento.

—Amara —asintió Fidelias—. Está aquí. El bulto era ella.

Aldrick alzó las cejas.

—No se ha girado. No le hemos visto la cara.

Fidelias le lanzó a Aldrick una mirada dura y reprimió un estallido de irritación.

—Aldrick, por favor. ¿Esperabas que dejase una señal en la puerta para indicar que se encontraba aquí? Todo encaja. Tres rastros: el muchacho, el estatúder y ella. Ella cojeaba. Por eso la llevaba en brazos.

Aldrick suspiró.

—Muy bien, de acuerdo. Subo, los mato a los dos y podemos seguir adelante. — Dio media vuelta y llevó una mano a la empuñadura de su espada.

—Aldrick... —farfulló Fidelias.

Agarró el brazo del espadachín por el bíceps y extendió sus sentidos hacia la tierra para tomar prestada algo de fuerza de su furia. Detuvo en seco al hombre más grande.

Aldrick bajó la mirada hacia el brazo de Fidelias y se relajó.

—Se trata de eso, ¿no? —preguntó el espadachín—. Fidelias, tenemos que evitar que informen a Gram. Sin el factor sorpresa, toda esta campaña quedará en nada. Hemos venido a buscar al estatúder y al muchacho que vieron a nuestro amigo Atsurak, y matarlos. ¡Ah!, y también a la enviada de la maldita Corona, que los cuervos se la coman, si nos tropezábamos con ella; y aquí está.

—Amor —intervino Odiana—, aún no sabemos dónde está el muchacho. Si subes ahí y matas a esa chica pequeña y fea, ¿crees que no se opondrá el estatúder? Y lo tendrás que matar también a él. Y a todos los que estén ahí arriba. Y a toda la gente de por aquí...

Aldrick se pasó la lengua por los labios con los ojos brillantes y le preguntó a Fidelias:

—¿Por qué no lo podemos hacer de nuevo?

—Recuerda dónde estás —respondió Fidelias—. Esta es la zona más peligrosa

del Reino. Furias poderosas, bestias peligrosas. Esta no es una de las antiguas plantaciones del valle de Amarante. Aquí se crían artífices poderosos. ¿Has visto cómo el chico de ahí fuera manejaba a los toros? Y él calmó a nuestras monturas cuando se pusieron nerviosas, no fui yo. Y lo hizo sin ni siquiera aparentar un mínimo esfuerzo. Un simple muchacho. Piensa en ello.

Aldrick se encogió de hombros.

—No van armados. Son campesinos, no guerreros. Los podemos matar a todos.

—Probablemente —reconoció Fidelias—. Pero ¿y si este legionario retirado y convertido en estatúder es un artífice poderoso? ¿Y si otros de los miembros de la explotación también lo son? Lo más probable es que alguno de ellos se escape, y como no conocemos el aspecto del muchacho al que estamos buscando, no sabremos nunca si lo tenemos o no.

—¿Y el chico de ahí fuera? —preguntó Odiana—. Ese alto, fuerte y guapo de los toros. ¿No puede ser él?

—Tiene los pies demasiado grandes —replicó Fidelias—. La lluvia ha alterado el rastro, pero las huellas de esta mañana eran claras. Buscamos a un chico pequeño, al que todavía no le ha salido la barba, o incluso puede que sea una chica. Probablemente, a esa edad Atsurak no sabría ver la diferencia, si la muchacha llevaba pantalones. Los marat no son capaces de distinguirnos tan claramente como nosotros.

—También tenía las manos grandes —musitó Odiana y se apoyó en Aldrick con los párpados pesados a causa del sueño—. ¿Podrá ser mío, amor?

Aldrick se inclinó inopinadamente y le besó el cabello.

—Solo lo matarás y entonces no te servirá de nada.

—Ya podéis quitaros esa idea de la cabeza —intervino Fidelias con tono firme—. Tenemos un objetivo: encontrar al muchacho. La tormenta se está acercando y todo el mundo se reunirá en esta sala. En cuanto lo encontremos, lo apresaremos a él, al estatúder y a la cursor, y nos iremos.

Aldrick gruñó en señal de asentimiento, pero objetó:

—¿Y si no lo conseguimos? ¿Y si ya ha partido hacia Guarnición para avisar al conde local?

Fidelias sonrió y miró a su alrededor.

—Crecí en una explotación como esta y sé que esas noticias no se pueden mantener en secreto. Si ha ocurrido tal cosa, nos enteraremos cuando se reúna todo el mundo.

—Pero ¿y si...?

—Ya tenemos suficientes problemas —suspiró Fidelias. Sacudió la cabeza, dio una palmada amable en el brazo de Aldrick y luego añadió—: Si el muchacho se ha ido ya, la tormenta será tan peligrosa para él como para todos. Lo atraparemos y el resultado será el mismo. —Le brillaron los ojos—. Pero Aldrick, ¿por qué no te

llevas a Odiana y miráis si los caballos están bien? Yo me ocupo de todo aquí dentro; y si es necesario matar, ya os diré a quién y dónde.

Aldrick frunció el ceño.

—¿Estás seguro de eso? Aquí solo... ¿y si necesitas ayuda?

—No la necesitaré —aseveró Fidelias—. Id a los establos. Dejad claro que buscáis un poco de intimidad. Estoy seguro de que se la darán a una pareja de viajeros recién casados.

Aldrick arqueó las cejas.

—¿Recién casados?

Los ojos de la bruja de agua brillaron como brasas. Odiana le lanzó una sonrisa a Fidelias, se volvió hacia Aldrick con un giro de cadera y lo cogió de la mano. Le besó los dedos mientras andaba de espaldas hacia la puerta de la sala.

—Te lo explicaré, amor. Encontremos los establos. Allí habrá paja. ¿Te gustaría ver la paja en mi cabello?

Los ojos de Aldrick se entornaron y dejó escapar un ronroneo bajo y placentero.

—¡Ah! —Emprendió la marcha sin abandonar la mano de Odiana—. Ya sabía que habría alguna razón por la que me gustaría trabajar contigo, anciano.

—Estad al acecho —les advirtió Fidelias en voz baja.

La bruja asintió.

—Ten una copa en la mano y bebe de la copa. Yo lo oiré todo —replicó, y el espadachín y ella se esfumaron en dirección a los establos de piedra.

En cuanto se fueron, Fidelias oyó una pisada fuerte en las escaleras que bajaban hacia la sala, y reapareció el estatúder con expresión de contrariedad. Miró a su alrededor.

—Lo siento —se disculpó—. Me tenía que ocupar de una persona herida.

—¡Ah! —exclamó Fidelias, estudiando al hombre.

Andaba con un leve rastro de prevención al apoyar el lado izquierdo, como si le doliera un poco. Si lo hirieron, tal como aseguraba Atsurak, entonces le habían cerrado la herida con un artificio, lo cual significaba que en la explotación residía un artífice del agua razonablemente poderosa.

—Espero que no sea nada grave.

El hombre negó con la cabeza.

—Nada que no podamos curar —replicó, y extendió la mano hacia las numerosas sillas dispuestas alrededor del fuego—. Siéntese, siéntese. Deje que le traiga una taza de algo caliente.

Fidelias murmuró algo en señal de agradecimiento y se sentó junto al fuego con el hombre corpulento.

—Estatúder... Bernard, supongo.

—Solo Bernard, señor.

—Por favor. Solo Del.

El estatúder esbozó una media sonrisa.

—Del... ¿Qué le lleva a Guarnición tan avanzado el año, Del?

—Negocios —respondió Fidelias—. Represento a un grupo de inversores que prestaron dinero a numerosos prospectores para localizar piedras preciosas en las tierras salvajes durante el verano. Deben regresar al empeorar el tiempo y veremos qué han encontrado.

Bernard asintió.

—Me pareció que venía con dos personas más. ¿Dónde han ido?

Fidelias le dirigió una sonrisa cálida y un guiño.

—Ah, sí. Mi guardaespaldas se acaba de casar y he dejado que venga con su esposa. Han salido a echar un vistazo a los caballos.

El estatúder le devolvió a Fidelias una sonrisa educada.

—Para volver a ser jóvenes, ¿eh?

Fidelias asintió.

—Ellos sí. En cuanto a mí, hace mucho tiempo que pasaron los días en que me escabullía hacia los establos con doncellas ruborizadas.

—La tormenta se está acercando. Quiero que todo el mundo esté en la sala, solo por seguridad.

Fidelias asintió.

—Estoy seguro de que regresarán dentro de poco.

El estatúder asintió.

—Me cercioraré de que están aquí. No quiero que nadie resulte herido mientras esté bajo mi techo.

Fidelias detectó una ligera dureza en las palabras, de la que probablemente no era consciente el estatúder. Sus instintos saltaron: una alarma remota y sutil le provocó cierta tensión, pero pese a ello asintió y sonrió.

—Por supuesto.

—Me tendrá que excusar, pero tengo que hacer la ronda para controlar que todo esté seguro antes de que se desencadene la tormenta.

—Claro, claro, y le agradezco de nuevo su hospitalidad. Si le puedo ser de alguna ayuda, no dude en decírmelo.

Bernard gruñó y se puso en pie con expresión preocupada. Fidelias contempló con atención al hombre, pero no pudo deducir gran cosa de su lenguaje corporal. Tenso, eso era evidente, pero ¿no lo estaría cualquier estatúder que se enfrentara a alguna amenaza contra su explotación? Seguía pisando con la pierna algo rígida mientras salía de la sala hacia el patio y, justo antes de salir, lanzó una mirada por encima del hombro en dirección a la escalera, en el rincón más alejado de la sala.

Fidelias lo miró y esperó a que el estatúder abandonara la sala para dirigir su

mirada hacia aquella escalera. Interesante.

Un momento más tarde, una joven hermosa le trajo una taza humeante a Fidelias, que seguía sentado al lado del fuego, y se la entregó con una leve reverencia.

—Señor...

Él le sonrió y aceptó la taza.

—Muchas gracias, joven dama. Pero por favor, llámame Del.

Ella le sonrió a su vez con una expresión seductora.

—Mi nombre es Beritte, señor... Del.

—Un nombre encantador para una joven encantadora. —Le dio un sorbo a la bebida que reconoció vagamente como un té—. Mmmm, maravilloso. Supongo que habéis tenido unos días interesantes aquí, con la tormenta y todo lo que ha ocurrido.

Ella asintió y juntó las manos delante del cuerpo, respirando lo justo para dejar que el corpiño redondease sus jóvenes pechos.

—Entre todos los acontecimientos de ayer y de la pasada noche, ha sido una cosa detrás de otra. Aunque supongo que no es nada en comparación con la vida de un mercader de gemas, señor.

Alzó las cejas y dejó que una leve sonrisa se dibujara en sus labios.

—No recuerdo habértelo mencionado, Beritte —comentó—. Creía que estaba a solas con el estatúder.

Sus mejillas se tiñeron de un color escarlata brillante.

—Oh, señor... lo siento. Veréis, manejo un poco el artificio del viento y...

—¿Y has estado escuchando? —sugirió.

—Es raro que tengamos visitas en Bernhardolt, señor —se justificó la muchacha. Levantó la mirada y lo miró directamente—. Siempre estoy interesada en conocer personas nuevas y excitantes.

«Que son ricos mercaderes de gemas», pensó Fidelias sarcástico.

—Totalmente comprensible. Aunque, honestamente, por lo que he oído... —Se inclinó hacia ella, mirando a derecha e izquierda—. ¿Es verdad que ayer hirieron al estatúder?

La muchacha se arrodilló al lado de la silla, inclinándose hacia él lo justo para dejarle ver la curva del escote si miraba hacia abajo.

—Sí, y fue terrible. Estaba tan pálido que cuando lo trajo Fade, que es nuestro tonto, señor, un pobre desgraciado, pensé que el estatúder estaba muerto. Y entonces, Kord y sus hijos se volvieron locos y los estatúderes se pusieron a luchar los unos contra los otros con sus furias. —Le brillaban los ojos—. Nunca había visto nada igual. Quizá más tarde, después de cenar, le gustaría oír algo más al respecto.

Fidelias asintió, mirándola a los ojos.

—Eso suena muy sugerente, Beritte. ¿Y el muchacho? ¿También lo hirieron?

La muchacha parpadeó con expresión confundida.

—¿Tavi, señor? —preguntó sorprendida—. ¿Os referís a él?

—Solo he oído que también hirieron a un muchacho...

—¡Oh...! Supongo que os referís a Tavi, pero él no es nadie. Y aunque es el sobrino del estatúder, no nos gusta hablar demasiado de él, señor. Él y el idiota de Fade...

—¿El chico también es idiota?

—Oh, es bastante listo, supongo, de la misma manera que Fade es diestro con el martillo de herrero. Pero nunca será mucho más que Fade. —Se acercó a él, de manera que sus pechos se apretaran contra su brazo, y le susurró confidencial—: Carece de furias, señor.

—¿Totalmente? —Fidelias inclinó la cabeza, sosteniendo la taza de tal manera que la voz rebotara directamente en la bebida—. Nunca he oído nada igual. ¿Crees que lo podré conocer?

Beritte se encogió de hombros.

—Si realmente os interesa... Subió a su habitación cuando lo trajo el estatúder junto con esa esclava. Supongo que bajará a cenar.

Fidelias señaló hacia la escalera que había mirado el estatúder.

—¿Ahí arriba? ¿Sabes si la esclava también está arriba?

Beritte frunció el ceño.

—Supongo. Bajarán para cenar. Esta noche cocino yo y soy muy buena cocinera, señor. Me gustaría saber lo que opináis de...

Una voz nueva, suave y confiada, interrumpió a la muchacha.

—Beritte, creo que ya es suficiente. Tienes tareas en la cocina. Ocúpate de ellas.

La muchacha se ruborizó con un color rosado de enojo y vergüenza, se puso en pie para dedicar una pequeña reverencia a Fidelias y salió corriendo de la sala, de regreso a las cocinas.

Fidelias levantó los ojos para ver una figura alta y aniñada, cubierta por una bata. El cabello largo y oscuro se derramaba sobre sus hombros y le llegaba hasta la cintura. Su rostro era juvenil, y tenía una atractiva boca de labios carnosos. Se comportaba con una calma confiada, y observó los mechones plateados de su cabello. Debía de ser la artífice del agua.

Enseguida Fidelias contuvo sus emociones, controlándolas con cuidado, velándolas ante su percepción, mientras se levantaba para hacerle una reverencia.

—¿Lady estatúder?

Ella lo miró con una expresión fría; sus rasgos poco marcados reflejaban la contención de los suyos.

—Soy la hermana del estatúder, Isana. Bienvenido a Bernhardolt.

—Un placer. Espero no haber retenido a la muchacha durante demasiado tiempo.

—No tiene importancia —replicó Isana—. Tiene tendencia a hablar, cuando

debería escuchar.

—Hay muchas como ella a lo largo y ancho del Reino —murmuró en respuesta.

—¿Puedo interesarme por vuestra presencia en Bernardholt, señor?

La pregunta era inocua en apariencia, pero Fidelias captó la trampa que contenía. Mantuvo sus sentimientos bajo control.

—Buscamos refugio ante la tormenta que se avecina, señora —respondió amablemente—, y vamos de camino a Guarnición.

—Ya veo. —Miró hacia el lugar por donde había desaparecido la muchacha y añadió—: Espero que no hagáis planes de partir con alguna de nuestras jóvenes, señor.

Fidelias soltó una carcajada.

—Por supuesto que no, señora.

Sus ojos volvieron a clavarse en él y permanecieron allí, inmóviles, por unos instantes. Fidelias le devolvió la mirada con una sonrisa neutra y amable.

—¿Pero dónde están mis modales? —exclamó la mujer—. Un momento, señor.

Se acercó al fuego y cogió algunos trapos limpios y un balde de una estantería. Llenó el recipiente en la cañería que pasaba por la parte trasera del hogar y con el agua caliente volvió a su lado. Se arrodilló ante él, dejando el balde al lado, y empezó a desanudarle las botas.

Fidelias frunció el ceño. Aunque el gesto habría sido bastante habitual en la ciudad, era raro que se observara en las explotaciones, en especial tan lejos de la civilización.

—Por favor, señora, no es necesario.

Ella lo miró y a Fidelias le pareció que captaba un atisbo de triunfo en sus ojos.

—¡Oh!, claro que lo es. Insisto, señor. Tenemos como un gran honor tratar a nuestros invitados con cortesía y hospitalidad.

—Ya hacéis lo suficiente...

Ella le quitó la bota y la dejó a un lado. La otra salió enseguida.

—Tonterías. Mi hermano se sentiría horrorizado si no os tratase con el honor que merecéis.

Fidelias se reclinó frunciendo el ceño con el té aún en la mano, pero no fue capaz de inventar ninguna excusa contra el ritual. Mientras Isana le lavaba los pies, la gente empezó a llegar a la sala de tres en tres, de cuatro en cuatro y de cinco en cinco; en su mayor parte, familias, según pudo comprobar. La explotación era próspera. Aunque a los asientos situados alrededor del fuego se les concedió un espacio de respeto, el resto de la gran sala se llenó muy pronto de movimiento, sonido y charlas relajadas en voz baja: la imagen habitual de un grupo de personas que sabía que se encontraban a salvo, mientras en el exterior restallaba con fuerza el trueno, arreciaba el viento y los sonidos de la tormenta crecían con un ritmo constante.

Isana terminó su tarea.

—Haré que le limpien las botas, señor, y se las traerán enseguida. —Se puso en pie con las botas en la mano—. Me temo que solo le podemos ofrecer sábanas limpias y un lugar al lado del fuego para pasar la noche. Cenaremos juntos y dormiremos aquí.

Fidelias miró hacia las escaleras y después a la artífice del agua. Entonces sería bastante sencillo. En cuanto estuviera todo el mundo dormido, incluida la sospechosa artífice del agua, iba a resultar fácil rebanar tres gargantas en la oscuridad y escabullirse luego antes de la primera luz del amanecer.

—Todos juntos para cenar. —Le sonrió y prosiguió—: Eso suena per...

Las puertas de la sala se abrieron de golpe y Aldrick entró en tromba, dejando pasar el aullido del viento. La lluvia y el aguanieve caían alrededor de sus anchos hombros y se colaban por el quicio de la puerta. Odiana se encontraba a su lado. Ambos iban despeinados, y briznas de paja les colgaban del cabello y de la ropa. Aldrick atravesó la sala abarrotada y se dirigió directamente hacia Fidelias; la gente se apartó de su camino como ovejas ante un caballo desbocado.

—Fidelias —jadeó Aldrick, manteniendo la voz baja—. Alguien ha soltado a nuestros caballos. Lo saben.

Fidelias dejó escapar una maldición y miró hacia la artífice del agua: vio que se remangaba la falda con una mano mientras subía la escalera con sus botas en la otra mano.

—Malditos cuervos —jadeó, incorporándose con los pies fríos sobre el suelo—. Yo me ocuparé de los caballos y del estatúder. El muchacho y Amara están arriba, subiendo esas escaleras. —Se volvió hacia Aldrick, acariciando el cuchillo que llevaba escondido en la túnica, y le ordenó—: Ve arriba y mátalos.

TAVI llegó a la conclusión de que se había enfurruñado.

Por supuesto, no fue sencillo deducirlo. Le costó casi diez minutos de mirar a la pared con una ira abrasadora después de que se fuera su tía, y entonces se le ocurrió que no lo estaba enfocando correctamente. Lo cual, a su vez, le llevó a preocuparse por ella y después de eso le resultó imposible evitar una rabia fuerte y huraña. El enfado se fue diluyendo con lentitud y lo dejó cansado, dolido y hambriento.

Se sentó en el lecho y pasó las piernas por el borde de la cama. Balanceó los pies con el ceño fruncido mientras pensaba en los acontecimientos del día anterior y en lo que significaban para él.

Había descuidado sus responsabilidades y había mentido. Y ahora se angustiaba por ello, al igual que las personas que se preocupaban por él. Su tío había sufrido una herida grave al defenderlo y, al parecer, los esfuerzos de la tía Isana por curarle la pierna le habían quebrado la salud. Eso no era algo inusitado. Y aunque su tío intentaba disimularlo, andaba con una ligera cojera. Era posible que fuera para siempre, que la herida hubiese provocado un daño permanente en la pierna.

Descansó la barbilla en las manos y cerró los ojos, sintiéndose idiota, egoísta e infantil. Se había concentrado tanto en recuperar las ovejas —sus ovejas— y en conservar el respeto de su tío, que olvidó comportarse de una manera que fuera digna de Bernard. Se había expuesto a sí mismo y a los demás a un gran peligro, y todo ello en aras de su gran sueño: la Academia.

Si acabara yendo a la Academia como resultado de sus elecciones poco sensatas, ¿habría valido la pena? En realidad, ¿podría conseguir una vida mejor para él, sabiendo lo que había arriesgado a cambio?

—Eres un idiota, Tavi —murmuró para sí mismo—. Un ejemplo claro y brillante de idiotez.

La situación podría haber sido mucho peor para él y también mucho peor para su familia. Temblaba al pensar en su tío muerto en el suelo, o en su tía tendida al lado de una bañera de curación con los ojos vacíos y con el cuerpo aún respirando pero ya muerto. Aunque las cosas no se habían desarrollado como a él le hubiese gustado, podría haber sido mucho peor.

A pesar de que le dolían todos los músculos y se sentía algo mareado y febril, se encaminó hacia la puerta. Se encontraría con su tío y su tía, se disculparía y se ofrecería a reparar el daño. No tenía ni idea de lo que iba a hacer, pero sabía que como mínimo tenía que intentarlo. Se lo merecían, eso y mucho más.

Se tenía que ganar el respeto que deseaba, no a través del valor o la inteligencia, sino sencillamente a través del trabajo duro y la confianza, lo mismo que su tío y su tía.

Tavi estaba a punto de abrir la puerta cuando sonó un golpecito rápido y suave en la ventana.

Parpadeó y miró hacia atrás a través de la penumbra de su habitación. En el exterior, el viento estaba creciendo, y ya había cerrado las contraventanas. Quizá una de las furias del viento más traviesas había golpeado los postigos.

De nuevo el golpecito. Tres golpes rápidos, dos lentos, tres rápidos, dos lentos.

Tavi se acercó a la ventana y abrió el pestillo de los postigos.

Se abrieron de golpe y casi lo derriban, dejando entrar un torrente de viento frío y húmedo. Tavi se retiró unos pasos cuando alguien se deslizó en la habitación, ágil y casi en silencio.

Amara emitió un leve ruido sordo al entrar por completo en el dormitorio, y se volvió para cerrar la ventana y los postigos. Llevaba puesto lo que parecían unos pantalones de su tío ajustados alrededor de la cintura con una fuerte cuerda de cuero. La túnica y la blusa se arremolinaban a su alrededor, al igual que la pesada chaqueta acolchada y la capa, pero los había asegurado con más tiras de cuero, de manera que resultaban bastante prácticos. En los pies llevaba unas zapatillas claras y lo que parecían varias capas de calcetines. En una mano sostenía un hatillo que incluía la vieja mochila de cuero de Bernard, su arco de caza, un puñado de flechas y la espada que habían traído del Memorial del Príncipe.

—Tavi, vístete con ropa de abrigo. Coge calcetines de recambio, sábanas y comida, si tienes aquí arriba —indicó—. Nos vamos.

—¿Ir..., irnos? —tartamudeó Tavi.

—Habla en voz baja —susurró la esclava.

Tavi parpadeó.

—Lo siento —murmuró.

—No te disculpes. Date prisa. No tenemos mucho tiempo.

—No nos podemos ir ahora —protestó Tavi—. Está llegando la tormenta.

—No será tan mala como la última —replicó Amara—. Y nos podemos llevar más sal. Aquí tenéis ahumadero, ¿verdad? ¿Elaboráis sal para la carne?

—Por supuesto, pero...

Amara se dirigió hacia su arcón, lo abrió y empezó a removerlo todo.

—¡Eh! —protestó Tavi.

Le tiró a la cara un par de pantalones gruesos, seguidos de tres de sus camisas más recias. A continuación, la chaqueta que tenía colgada de un gancho y su segunda mejor capa.

—Póntelo —ordenó Amara.

—No —se negó Tavi con firmeza—. No me voy. Acabo de volver. Hay personas que han resultado heridas al ir a buscarme. No he regresado para que vuelvan a pasar por eso. No puedes esperar que ponga en peligro a la gente de mi explotación por

salir corriendo con una esclava fugitiva.

Amara se acercó a la puerta y comprobó el pestillo, asegurándose de que estuviera echado.

—Tavi, no disponemos de tiempo. Si quieres vivir, ven conmigo. Vamos, ahora mismo.

Tavi parpadeó, tan sorprendido que dejó caer la ropa que tenía en los brazos.

—¿Qué?

—Si no vienes ahora conmigo, no vas a sobrevivir a esta noche.

—¿De qué estás hablando?

—Vístete —repitió.

—No —se negó en redondo—. No hasta que sepa lo que está ocurriendo.

Sus ojos se entornaron y por primera vez desde que estaba cerca de ella, Tavi sintió que le recorría un escalofrío de miedo.

—Tavi, si no te vistes y vienes conmigo, te dejaré sin sentido, te envolveré en una sábana y te llevaré conmigo.

Tavi se humedeció los labios.

—N... no lo harás —le repitió—. No puedes cargar conmigo y atravesar la sala, y tampoco serás capaz de sacarme a través de la ventana, o trasladarme después, ya en el suelo, y menos aún con el tobillo herido.

Amara se lo quedó mirando mientras le rechinaban los dientes.

—Muy listo —murmuró—. Esta explotación y quizá todo el mundo en el valle está en peligro. Creo que tú y yo les podemos ayudar. Tavi, vístete. Por favor. Te lo explicaré mientras lo haces.

El muchacho tragó saliva y se quedó mirando a la joven. ¿La explotación en peligro? ¿De qué estaba hablando? Lo último que necesitaba era escaparse de nuevo y demostrarles a todos aquellos que le importaban que no se podía confiar en él.

Pero Amara le había salvado la vida. Y si estaba diciendo la verdad...

—De acuerdo. Habla.

Se agachó para recuperar la ropa y empezó a elegir la primera camisa.

Amara asintió y se acercó, le sostuvo las prendas y lo ayudó a ponérselas.

—Para empezar, no soy esclava. Soy cursor. Y he venido a este valle por orden directa del Primer Señor.

Tavi parpadeó y después metió los brazos en las mangas.

—¿Para entregar correo?

Amara suspiró.

—No; eso es solo una de las cosas que hacemos, Tavi. Yo soy agente del Primer Señor, que cree que el valle puede estar en peligro y me ha enviado para hacer algo al respecto.

—¡Pero eres una chica!

Ella frunció el ceño y le arrojó a la cara la siguiente camisa.

—Soy una cursor, y creo que el Primer Señor está en lo cierto.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso conmigo? ¿Y sobre todo, con Bernhardolt!?

—Tú has visto el peligro, Tavi. Es necesario que te lleve a Guarnición. Le tienes que explicar al conde lo que viste.

Un escalofrío helado estremeció a Tavi y se la quedó mirando.

—Los marat —jadeó—. Vienen los marat, ¿verdad? Como cuando mataron al príncipe...

—Eso creo —reconoció Amara.

—Mi tío lo vio, es él quien debe ir. El conde no creerá nunca que...

—No puede ir —le cortó Amara—. Tiene un trauma causado por el artificio que lo curó. No recuerda nada.

—¿Cómo lo sabes? —exigió Tavi.

—Porque estuve escuchando. Fingí que me había desmayado y escuché todo lo que hablaron aquí arriba. Tu tío no recuerda lo que vivió y tu tía sospecha de mí. No hay tiempo para explicárselo, nos tenemos que ir ahora mismo.

Tavi se puso la túnica pesada por encima de las camisas, pero sus manos se movían ahora con más lentitud.

—¿Por qué?

—Porque en el piso de abajo hay unos hombres que han venido a matarte a ti, a mí y a todos los que han visto a los marat.

—Pero ¿por qué iba a hacer eso alguien de Alera?

—Realmente no tenemos tiempo para esto. Son el enemigo: quieren derrocar al Primer Señor y que los marat arrasen las explotaciones del valle para que todo el Reino vea al Primer Señor como alguien débil e ineficaz.

Tavi se la quedó mirando fijamente.

—¿Arrasar el valle? Pero eso significaría...

Ella lo miró con el rostro demacrado.

—A menos que avisemos al conde, a menos que las fuerzas de Guarnición estén preparadas para detenerlos, los marat matarán a todo el mundo. En esta explotación y en todas las demás.

—¡Cuervos! —susurró Tavi— ¡Oh, cuervos y furias!

—Eres el único que los ha visto. El único que puedo utilizar para convencer al conde de que alerte a Guarnición. —Amara regresó a la ventana, la abrió y se volvió hacia Tavi, extendiéndole la mano—. ¿Estás conmigo?

Usaron una sábana de Tavi, atada a una pata de la cama, para bajar desde la ventana al patio. El viento del norte ululaba, trayendo consigo el frío cortante del verdadero invierno. Amara bajó la primera y después le metió prisa a Tavi, que tiró un hatillo reunido con rapidez y envuelto en la otra sábana de su cama. Amara lo

atrapó al vuelo y después el muchacho tragó saliva y se deslizó por la sábana hasta las baldosas del patio.

Amara los guió en silencio a través del patio. No se veía a nadie, aunque la luz y el ruido de la sala se podían ver y oír a través de las gruesas puertas. El portón de entrada estaba abierto; lo atravesaron y llegaron a los edificios exteriores. Se acercaba la noche cerrada y las sombras se mecían tenues y difuminadas sobre el suelo frío.

Tavi los condujo más allá de los establos, en dirección al ahumadero. El edificio compartía una pared con la herrería, de manera que ambos se servían de la misma chimenea para el fuego. El intenso olor a humo y carne flotaba alrededor del ahumadero como una nube permanente.

—Coge sal —le ordenó Amara con un murmullo—. Con un saco, si hay uno a mano, o con un cubo. Me quedo de guardia; date prisa.

Tavi se deslizó al interior, donde la luz del crepúsculo se tamizaba ofreciendo muy poca claridad, de manera que fue tanteando por la penumbra hasta llegar a una estantería al fondo del ahumadero. Se detuvo para descolgar un par de jamones y los metió en la bolsa improvisada. La sal de cristales gordos llenaba un saco sencillo. Tavi intentó levantarlo y gruñó por el esfuerzo. Entonces lo dejó caer, cogió una de las sábanas y le arrancó un par de trozos bien grandes. Apiló los pesados cristales de sal en ellos y los plegó para cerrarlos, asegurándolos con varias vueltas de una cuerda de cuero que había a mano para colgar la carne.

Acaba de recogerlo todo y se dirigía hacia la puerta cuando escuchó un chillido en el exterior del ahumadero. Se oyó un susurro y un par de golpes fuertes. Tavi salió corriendo al exterior con los ojos muy abiertos y el corazón latiéndole fuertemente en el pecho.

Amara apoyaba una rodilla sobre el pecho de un hombre caído y tenía un cuchillo en la mano y apretado contra su cuello.

—Detente —susurró Tavi—. ¡Apártate de él!

—Saltó sobre mí —replicó Amara sin mover el cuchillo.

—Es Fade. No representa un peligro para nadie.

—No quería responder a mis preguntas.

—Lo has asustado —explicó Tavi y la empujó en el hombro.

Amara reaccionó con una mirada, pero no se cayó. Apartó el cuchillo del cuello de Fade, se puso en pie y se apartó del esclavo caído en el suelo.

Tavi se inclinó hacia delante y cogió la mano de Fade, tirando de él para ponerlo en pie. Llevaba ropa pesada contra el frío creciente, incluido un gorro de lana con orejeras, que le colgaban hasta los hombros y se mecían como las orejas de un cachorro desgarbado, y unos guantes de segunda mano a los cuales les faltaban bastantes dediles. Media cara del esclavo estaba paralizada por el miedo y miraba a Amara con los ojos muy abiertos; comenzó a alejarse de ella hasta que su espalda

topó con el pecho de Tavi.

—Tavi —exclamó Fade—. Tavi, dentro. Viene tormenta.

—Lo sé, Fade —reconoció Tavi—. Pero nos tenemos que ir.

—No hay tiempo para esto —intervino Amara, lanzando una mirada sobre el hombro—. Si uno de ellos nos ve...

—Tavi, queda —insistió Fade.

—No puedo. Amara y yo vamos a ver al conde Gram y avisarle de que vienen los marat. Ella es una cursor y nos tenemos que ir antes de que nos detengan los malos.

Fade giró lentamente la cabeza para mirar a Tavi. Su rostro era una mueca de confusión.

—¿Tavi se va? —preguntó—. ¿Esta noche?

—Sí. Llevo sal.

—Vámonos —susurró Amara—. No hay tiempo...

Fade frunció el ceño.

—Fade también.

—No, Fade —replicó Tavi—. Te tienes que quedar aquí.

—Voy.

—Tenemos que viajar con rapidez —recalcó Amara—. El esclavo se queda.

Fade echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar un aullido como si fuera un perro herido.

Tavi casi tropieza y se abalanzó sobre el hombre, tapándole la boca con la mano.

—¡Silencio! ¡Fade, nos van a oír!

Fade dejó de aullar pero miró a Tavi con la misma expresión.

Tavi miró a Fade y luego a Amara. La cursor giró los ojos y le hizo un gesto para que se diera prisa. Tavi sonrió.

—De acuerdo. Puedes venir. Pero nos vamos ahora mismo.

La boca de Fade se retorció en una mueca bajo la mano de Tavi. Se levantó, se precipitó al interior de la herrería y salió al cabo de unos instantes con una mochila desgastada a la espada y murmurando frases sin sentido, excitado.

Amara meneó la cabeza.

—¿Es idiota? —le preguntó a Tavi.

—Es un buen hombre —respondió Tavi a la defensiva—. Es fuerte y trabaja duro. No será un estorbo.

—Será mejor que no lo sea —replicó Amara, que deslizó el cuchillo en el cinturón y le lanzó a Fade su hatillo—. Yo estoy herida, él no. Él lleva el mío.

Fade lo dejó caer y le hizo una reverencia a Amara mientras recogía el bulto de sábanas y objetos útiles, que colocó sobre el otro hombro.

Amara abrió la marcha alejándose de Bernardholt, pero Tavi le puso una mano en el hombro.

—Esos hombres..., ¿no nos alcanzarán si vamos a pie?

—No se me dan bien los caballos. Tú no eres artífice de tierra. ¿Lo es el esclavo? Tavi miró a Fade y sonrió.

—No. Quiero decir que sabe un poco de metal y hace herraduras para los caballos, pero no creo que sea un artífice de tierra.

—Entonces será mejor que caminemos —concluyó Amara—. Uno de los hombres que nos persigue sí lo es, así que puede conseguir que los caballos hagan lo que él quiera.

—A caballo serán más rápidos.

—Por eso será mejor que nos pongamos en marcha ahora mismo. Con un poco de suerte, se quedarán aquí hasta mañana por la mañana.

—Reúnete conmigo en el establo —ordenó Tavi, y salió corriendo hacia allí, bajo la oscuridad creciente.

Amara le chistó algo, pero Tavi la ignoró al llegar a las puertas del establo, y entró.

Conocía los animales de Bernardholt. Las ovejas se amontonaban adormiladas en su cercado y las reses ocupaban el resto del espacio a ese lado. Al otro extremo estaban tendidos los corpulentos gargantes, que bufaban con energía en sueños dentro de sus cercados, y detrás de ellos, Tavi oyó el piafar inquieto y nervioso de los caballos.

Se deslizó en silencio por el establo, antes de oír un sonido en el pajar, por encima de él, en el espacio de almacenamiento entre las vigas y la punta del tejado. Se quedó muy quieto, escuchando.

Una voz suave estaba diciendo en el pajar:

—Entre todos los acontecimientos de ayer y de la pasada noche, ha sido una cosa detrás de otra. Aunque supongo que no es nada en comparación con la vida de un mercader de gemas, señor.

Tavi parpadeó. La voz era de Beritte, pero llegaba como a través de un tubo muy largo, distante y distorsionada. Le costó un tiempo darse cuenta de que sonaba como cuando su tía hablaba con él a través de Rill.

Una voz de mujer, desconocida para Tavi y mucho más cercana, murmuró con una especie de pereza lánguida.

—¿Lo ves, amor? Ahora tiene una bebida y podemos prestar atención. A veces vale la pena darse prisa.

Una voz de hombre también desconocida contestó con un gruñido.

—Todas estas prisas... Cuando los matemos a todos y terminemos la misión te voy a encerrar durante una semana encadenada en una habitación.

—Eres tan romántico, mi amor —ronroneó la mujer.

—Silencio. Quiero escuchar lo que dicen.

Permanecieron en silencio mientras las voces difusas llegaban hasta Tavi al piso inferior. Tragó saliva y se movió en silencio, hacia delante, pasado el punto del pajar del cual procedían las voces, y en dirección al establo donde se encontraban los caballos de los forasteros.

Aunque los habían desensillado, seguían llevando las bridas, y las sillas estaban colocadas en el suelo, a su lado, dispuestas para ponerlas y encincharlas, en lugar de estar colgadas al otro lado del establo. Tampoco habían extendido en el suelo las mantas para que se secasen.

Tavi entró en el primer compartimento y dejó que el caballo lo olisquease, manteniendo una mano sobre el lomo del animal mientras se dirigía hacia la silla y se arrodillaba a su lado. Sacó el cuchillo del cinturón y, sin hacer el menor ruido, empezó a cortar el cuero de las cinchas de la silla. Aunque el cuero era duro, su cuchillo estaba bien afilado y pudo cortarlas con presteza.

Tavi repitió la operación dos veces más, dejando abiertas las puertas de los compartimentos y cortando las cinchas de las otras dos sillas hasta dejarlas inservibles. Regresó con las riendas de los caballos en las manos, moviéndose lo más lento que pudo, y los condujo fuera de los compartimentos y a través del establo hacia la puerta de salida.

Cuando pasó bajo el lugar del pajar en que yacían los forasteros, la garganta de Tavi se contrajo y el corazón le empezó a latir con fuerza en el pecho. Personas, varias personas que no había visto nunca y a las que no conocía, estaban allí para matarlo por razones que no acababa de comprender. Todo era demasiado raro, casi irreal, pero, aun así, el miedo que sentía, instintivo y poderoso, era muy real, como una gota de agua fría que se deslizara lentamente por su espalda.

Ya había conducido los caballos más allá del pajar cuando uno de los animales bufó y movió la cabeza. Tavi se quedó helado y el pánico casi le obliga a salir corriendo.

—Miedo... —susurró de repente la voz de la mujer—. Debajo de nosotros, los caballos.

El muchacho tiró de las riendas y emitió un silbido agudo. Los caballos bufaron y emprendieron un trote inseguro.

Tavi soltó las riendas para adelantarse hasta la puerta de los establos y abrirla de par en par. En cuanto la atravesaron los caballos, dejó escapar un grito que se transformó en un chillido agudo, y los animales salieron al galope.

A sus espaldas se oyó un rugido y Tavi miró por encima del hombro a tiempo para ver a un hombre, aún más grande que su tío, que se lanzaba abajo con fuerza desde el pajar con una espada desenvainada en la mano. Miró salvajemente a su alrededor mientras Tavi se daba la vuelta y huía hacia la oscuridad.

Alguien lo agarró del brazo y casi gritó. Amara le colocó sus dedos helados sobre

la boca y lo arrastró a todo correr en dirección noreste, hacia la carretera. Tavi miró a su alrededor y vio a Fade arrastrándose bajo el peso de la carga, pero no parecía que les siguiese nadie más.

—Bien —susurró Amara. Vio el brillo de sus dientes bajo la creciente oscuridad—. Bien hecho, Tavi.

Tavi le devolvió la sonrisa y también le sonrió a Fade.

Y en ese momento les llegó el chillido desde detrás de las murallas de la explotación, claro, desesperado y aterrorizado.

—¡Tavi! —gritaba Isana—. ¡Corre, Tavi! ¡Corre!

TAVI corrió.

Sus músculos estaban agotados y su cuerpo lleno de arañazos sufría horriblemente las oleadas de dolor que se transmitían a través de su piel, pero fue capaz de correr. Durante un rato, Amara corrió a su lado en silencio, casi sin cojear, pero después de medio kilómetro sus movimientos se volvieron irregulares y en cada zancada dejaba escapar algún quejido. Tavi ralentizó un poco el ritmo de su carrera para correr a su lado.

—No —jadeó Amara—. Tienes que seguir adelante. Aunque yo no consiga llegar ante el conde, tú tienes que hacerlo.

—Pero tu pierna...

—Yo no soy importante, Tavi —recalcó Amara—. Corre.

—Nos tenemos que dirigir al este —indicó el chico, que seguía a su lado—. Tenemos que encontrar un sitio por donde cruzar el Rillwater, al otro lado hay bosques espesos y laberínticos. En la oscuridad, allí los podremos despistar.

—Uno de los hombres que nos persigue —jadeó Amara— es artífice de la madera. Poderoso.

—Allí, no —replicó Tavi—. El único que ha conseguido controlar esas furias ha sido mi tío y le costó años. Me enseñó cómo atravesarlas.

Amara ralentizó y asintió al acercarse a la cima de la colina.

—De acuerdo. Tú, ven aquí —ordenó a Fade, que se acercó obediente. Le cogió al hatillo y sacó el arco del estatúder y las flechas. Apoyó el arco contra la pierna y lo tensó con fuerza, doblándolo para colocar la cuerda, antes de cogerlo de nuevo junto con las flechas—. Quiero que os adentréis en el bosque. Seguid adelante.

Tavi tragó saliva.

—¿Qué vas a hacer?

Amara cogió la espada del hatillo y la deslizó por el cinturón improvisado.

—Intentaré detenerlos. Desde aquí los podré ver bastante bien.

—Pero estarás a campo abierto. Simplemente, te dispararán.

Ella sonrió, lúgubre.

—Creo que para eso va a haber un mal viento. Déjame parte de la sal. En cuanto llegue la tormenta tendremos posibilidad de seguir adelante con un poco más de seguridad.

—Nos quedamos a ayudar —afirmó Tavi.

La cursor negó con la cabeza.

—No. Los dos seguiréis adelante. Por si acaso las cosas no salen bien. Os encontraré por la mañana.

—Pero...

—Tavi —le cortó Amara. Se volvió hacia él con un ligero fruncimiento de ceño—. Aquí no te puedo proteger y luchar a la vez. Esos hombres son artífices poderosos. No puedes hacer nada para ayudarme.

Las palabras le impactaron como golpes físicos y dejaron un rastro de frustración, de rabia impotente, que le atravesó y durante un momento eliminó el dolor de su cuerpo.

—No puedo hacer nada.

—Falso —rectificó Amara—. Ellos usarán los artificios de tierra y de madera para rastrear a ti, no a mí. Les podré tender una emboscada, y si tengo suerte es posible que los pueda detener para siempre. Sigue adelante y llama su atención.

—¿No te sentirá el artífice de tierra? —preguntó Tavi—. Y si también están utilizando la madera, no podrás subir a un árbol para abandonar el suelo.

Amara miró hacia el norte.

—Cuando llegue la tormenta, las furias que van con ella... —Sacudió la cabeza—. Ahora puedo aprovechar las circunstancias. ¡Cirrus!

Amara cerró los ojos durante un momento y el viento se empezó a arremolinar a su alrededor, provocando que su ropa suelta se hinchara y ondease, aunque Tavi, que se encontraba solo a unos pasos, no sintió nada. Amara extendió ligeramente los brazos y el viento la elevó del suelo por unos instantes y después la volvió a posar en un remolino que elevó polvo, restos y trocitos de hielo en una nube alrededor de sus piernas, a la altura de sus rodillas. Por un momento se quedó allí quieta, pero después abrió los ojos y se movió con cuidado a derecha e izquierda.

Tavi se la quedó mirando con sorpresa. Nunca había presenciado semejante despliegue de dominio del viento.

—¡Puedes volar!

Amara le sonrió e incluso en la penumbra parecía que su rostro brillaba.

—¿Esto? Esto no es nada. Quizá cuando haya pasado todo te enseñaré lo que es volar de verdad —ofreció—. Estas furias de la tormenta que tenéis por aquí son malas, y no tardarán mucho en llegar. Pero eso evitará que Fidel... que el enemigo me perciba.

—De acuerdo —aceptó Tavi indeciso—. ¿Estás segura de que nos encontrarás?

La sonrisa de Amara se borró.

—Lo intentaré. Pero si no os he alcanzado dentro de unas horas, seguid adelante. ¿Puedes llegar a Guarnición?

—Sin duda —respondió Tavi—. Bueno, yo creo que sí puedo. Mi tío Bernard nos vendrá a buscar. Nos puede encontrar en cualquier punto del valle.

—Espero que tengas razón —replicó Amara—. Parece un buen hombre. —Les dio la espalda a Tavi y Fade, concentrándose en vigilar el camino por donde habían venido. Colocó una flecha en el arco—. Ve a Guarnición. Avisa al conde.

Tavi asintió antes de meter la mano en su bolsa y sacar uno de los paquetes de sal. Lo dejó caer cerca de Amara, pero no demasiado próxima a la furia que la sostenía en el aire. Ella miró hacia atrás, primero a la sal y después a Tavi.

—Gracias.

—Buena suerte.

Fade tiró de la manga de Tavi.

—Tavi —dijo—. Vamos.

—Sí. Vámonos.

Tavi se dio la vuelta y emprendió a la carrera la bajada de la colina. Fade mantuvo su ritmo; el esclavo parecía incansable y no se quejaba. Dejaron atrás a Amara en la cima de la colina y la oscuridad del atardecer la engulló hasta hacerla desaparecer. Tavi se orientó en la ladera de la colina a partir de un par de rocas sobre las que una vez habían bromeado Frederic y él, y en menos de un cuarto de hora habían llegado a la linde del bosque, donde desaparecieron entre las sombras de los pinos y los álamos, y bajo los dedos largos de los robles desnudos.

A partir de ese momento, Tavi redujo la marcha hasta un paso más tranquilo, respirando con jadeos rápidos. Se puso la mano sobre el costado, donde estaba empezando a crecer un dolor lento y punzante.

—Nunca he corrido tanto —le explicó a Fade—. Siento calambres en las piernas.

—Legiones, corren. Marcha. Adiestran —replicó Fade. El esclavo miró atrás y las sombras cayeron sobre la marca de cobardía en su cara destrozada. Le brillaban los ojos—. En las legiones, Tavi correrá, correrá mucho.

Tavi nunca había oído que el esclavo pronunciase tantas palabras juntas e inclinó la cabeza.

—¿Estuviste en las legiones, Fade?

La cara del esclavo casi no cambió, pero a pesar de eso, Tavi creyó detectar una sensación de pena profunda y lenta.

—Fade cobarde. Corrió.

—¿Corriste? ¿Por qué?

Fade se alejó de Tavi y empezó a adentrarse en el bosque en dirección hacia el este. El muchacho se lo quedó mirando unos momentos y lo siguió de inmediato. Continuaron adelante durante un tiempo, y aunque Tavi intentó que Fade hablase con otras muchas preguntas sin importancia, él no respondió. A medida que avanzaban, el viento arreciaba y hacía que el bosque susurrara, crujiere y gruñera. Tavi apreció movimiento a su alrededor, en las ramas y en los huecos de los árboles: las furias de la madera, inquietas al igual que los animales ante la llegada de la tormenta, se movían de un lado a otro y observaban en silencio desde las sombras. No asustaban a Tavi porque estaba tan acostumbrado a ellas como a los animales de la explotación. Pero, por si acaso, mantenía la mano cerca del cuchillo que llevaba al cinto.

Muy pronto les llegó a través de los árboles el sonido de la corriente de agua. Tavi aceleró el paso y adelantó a Fade. Llegaron a las orillas del Rillwater, un río rápido y pequeño que atravesaba el valle de Calderon desde el este del monte Garados y fluía hacia las montañas al sur del valle.

—Muy bien —comentó Tavi—. Tenemos que encontrar el vado que marcó el tío. Si partimos desde allí podré encontrar el camino a través del bosque hacia el otro lado. En caso contrario, las furias nos desorientarán y nos perderemos. El tío dijo que cuando era joven, un par de personas se perdieron en estos bosques laberínticos y no volvieron a salir. Los encontró muertos a causa del hambre a menos de un tiro de arco de la carretera, que nunca llegaron a encontrar.

Fade asintió, mirando a Tavi.

—Puedo atravesarlo, pero es necesario que empecemos en la senda que marcó el tío Bernard. —Se mordió el labio, mirando hacia un lado y el otro del río—. Y con la tormenta que está llegando... Toma. —Metió la mano en su hatillo improvisado y le pasó al esclavo el segundo paquete de sal—. Sujeta esto, por si lo necesitamos. No lo dejes caer.

—No dejar caer —repitió Fade, asintiendo con solemnidad.

Tavi giró y emprendió la marcha corriente arriba.

—Creo que es por aquí.

Siguieron el curso del río y la noche los engulló por completo. Tavi no veía dónde ponía los pies y Fade tropezaba y farfullaba a sus espaldas.

—Aquí —exclamó el chico al fin—. Vamos a cruzar por aquí. ¿Ves esa roca blanca? El tío hizo que Brutus la colocara allí para que fuera más fácil de encontrar —explicó, y se deslizó por la tierra desnuda y helada de la orilla hacia el agua.

El esclavo soltó un chillido.

—¿Fade?

Tavi se dio la vuelta a tiempo para ver cómo alguien se abalanzaba sobre él en la oscuridad. Algo le golpeó con dureza en la cara y sintió que sus piernas perdían apoyo. Cayó hacia atrás en las aguas rápidas, someras y heladas del Rillwater, parpadeando mientras trataba de fijar la vista. Percibió el sabor a sangre en la boca.

Bittan de Kordholt se inclinó lo suficiente para agarrarlo de la pechera y golpearle de nuevo, de manera que lo atravesó otra oleada de dolor. Tavi chilló e intentó levantar los brazos para protegerse, pero el puño del muchacho más grande descargó golpes sobre él una y otra vez con una precisión fría y sádica.

—Ya es suficiente —rugió la voz de Kord—. Sal de la maldita agua, Bittan. A menos que te quieras ahogar de nuevo.

Tavi levantó la mirada con los ojos empañados por las lágrimas. Podía ver a Kord de pie en la orilla, con el cabello lacio y grasiento moviéndose a un lado cuando giró la cabeza para mirar a la corriente. Delante de él yacía una silueta inmóvil: Fade.

Bittan sacó a Tavi del agua y lo lanzó a la orilla con una horrible sonrisa que deformaba su hermosa cara.

—Sube por ti mismo, anormal.

El muchacho salió del agua temblando en el momento en que el viento empezó a aullar por encima de sus cabezas. «La tormenta», pensó aturdido. Tenían encima la tormenta. Se acercó a Fade y descubrió que el esclavo seguía respirando, aunque no se movía. Podía ver brillar la sangre en la cara quemada del hombre.

Bittan siguió a Tavi y le pegó una patada, lanzándolo hacia delante y de vuelta al suelo.

—Parece que tenías razón, pa.

Kord gruñó.

—Me imaginé que avisarían a Gram del pequeño incidente de la otra noche. Pero no me podía figurar que enviaran al anormal y al idiota.

La voz de Aric llegó amortiguada. Tavi alzó la mirada para ver al hombre alto y delgado como una sombra oscura un poco separada de los otros dos.

—El chico es listo, pa. Sabe escribir. Tienes que saber escribir para presentar cargos legales.

—No encaja —replicó Kord—. Quizá lo habrían enviado con buen tiempo, pero no cuando está llegando la tormenta.

—A menos que Bernard esté muerto, pa —sugirió Bittan con malicia—. Tal vez la puta murió en el intento de salvarlo. Parecía un hombre muerto.

Kord se volvió hacia Tavi y movió al muchacho con la bota.

—¿Y bien, anormal?

Tavi pensó, furioso. Debía de existir alguna forma de ganar el tiempo suficiente para que Amara se uniera a ellos, o para que los encontrara su tío, pero ¿de qué estaban hablando? ¿Un incidente la otra noche? ¿Había ocurrido algo cuando su tío regresó herido a casa? Debía de tratarse de eso. ¿Habían intentado matar a Bernard? ¿Por eso estaban preocupados de que alguien presentara cargos legales ante el conde Gram?

Kord le volvió a dar con el pie.

—Habla, imbécil —insistió—. O te enterraré ahora mismo.

Tavi tragó saliva.

—Si te lo digo, ¿nos dejarás marchar?

—¿Nos? —preguntó Kord con recelo.

—Se refiere al idiota, pa —aclaró Aric.

Kord gruñó.

—Depende de lo que digas, anormal. Y de que te crea.

El chico asintió sin levantar los ojos del suelo.

—Un guerrero marat hirió al tío —explicó—. Lo hirieron mientras me protegía, y

yo pude escapar. Uno de los cursores del Primer Señor ha llegado a Bernhardolt y ahora intento llegar hasta el conde Gram para avisarle de que vienen los marat y debe alertar a Guarnición y prepararse para el combate.

Se produjo un momento de silencio cargado de extrañeza, y entonces Kord soltó una carcajada, un sonido bajo y hosco. Tavi sintió que una mano lo cogía del cabello.

—Incluso un anormal como tú —le increpó con dureza Kord— debería ser un poco más listo y no pensar que me podrías engañar con algo así.

—P... pero —tartamudeó Tavi con el corazón acelerado por un repentino ataque de pánico—. ¡Es la verdad! ¡Juro por todas las furias que es la verdad!

Kord lo arrastró hasta la orilla.

—Estoy cansado de tu boca mentirosa, anormal.

Entonces hundió la cabeza de Tavi en el agua helada y la mantuvo abajo con todas sus fuerzas.

AMARA intentó controlar los latidos frenéticos de su corazón y relajar la respiración. Cirrus giraba y se movía bajo sus pies, aunque para ella el aire que pisaba era casi tan sólido como el suelo. Aun así, los esfuerzos de la furia del viento la movían ligeramente de un lado a otro, arriba y abajo, lo cual le imposibilitaría disparar si no lograba estar tranquila y concentrada.

El dolor del tobillo y el brazo heridos, aunque mitigado por los cuidados de Isana, no había remitido. Probó la potencia del arco y la sintió en su brazo izquierdo, que sostenía el pesado arco de madera. No lo podría sostener durante mucho tiempo, lo que no resultaba sorprendente porque probablemente fue construido teniendo como referencia los músculos del enorme estatúder.

Temblando, e incapaz de apuntar durante demasiado tiempo, tendría que esperar hasta que el enemigo estuviera cerca antes de poder disparar, y el espadachín era al primero a quien tendría que eliminar. Nunca lo podría derrotar con la espada que llevaba encima. Su experiencia y su artificio con la furia lo convertían en un arma viviente, imbatible para alguien que no tuviera sus mismas habilidades.

Si tenía tiempo, Fidelias sería el blanco siguiente. Cirrus podía derrotar la formidable habilidad con el arco de su antiguo maestro, reforzada por su artificio de la madera. Sin embargo, su artificio de la tierra le daba una fuerza que no podría igualar. Bastaría con esto último para destruir sus defensas y derrotarla, en ausencia de otros factores. Incluso con Cirrus dando velocidad a sus golpes, solo alguna vez llegó a igualarle con la espada.

La espada la utilizaría con la bruja del agua, aunque Amara también quedaría satisfecha si le podía disparar. Si bien en el cuerpo a cuerpo no era una amenaza tan grande como los otros dos, no dejaba de ser peligrosa. Amara podría centrar toda su atención en derrotar a la mujer, pero no lo lograría si esta conseguía recorrer la distancia que las separase. Y si la llegaba a tocar, Amara estaba sentenciada a muerte. Con todo, de los tres, era la única a la cual podía superar con la espada.

Escasas opciones, pensó. Un plan muy pobre. No era probable que pudiese disparar una segunda flecha, suponiendo que la primera acabara con Aldrick ex Gladius, el hombre que se había enfrentado a los guerreros vivos más hábiles —¡al propio Araris!— y los había derrotado, o por lo menos, seguía vivo para contarlo. Pero si les permitía que atraparan al muchacho, lo matarían, y el chico era el único testimonio que podría convencer al conde en Guarnición para que hiciera sonar la alarma y llamara a la movilización.

Se quedó contemplando la oscuridad que habían dejado atrás el muchacho y el esclavo al irse, y se dio cuenta de que era muy probable que estuviera a punto de morir. Con dolor. Su corazón se disparó con una oleada de pánico.

Se agachó para coger un par de flechas del suelo. Una la deslizó en el cinturón y la otra la colocó en el arco. Con una mano comprobó la empuñadura de la espada y estuvo razonablemente segura de que era capaz de blandirla sin sajarse una pierna o cortar el cinturón que mantenía ceñida a su cuerpo aquella ropa robada y evitaba que ondease como una bandera.

Miró hacia el norte y pudo sentir las furias de la tormenta que se arremolinaban allí, sobre la silueta ominosa de las montañas, cuya cima retenía sobre ella la última luz púrpura de la puesta de sol, como un ojo brillante y torvo. Las nubes bajaron, engullendo la cima de la montaña, y Amara pudo sentir la furia helada de la tormenta que se aproximaba, una verdadera galerna invernal. Cuando llegase, asumiendo que no matara al muchacho, haría que seguirle la pista fuera imposible. No tenía que ganar. Bastaba con que retuviera a los perseguidores.

Siempre que consiguiese retrasarlos, la muerte suponía un precio aceptable.

Le temblaban las manos.

Esperó.

No pudo sentir el artificio de tierra que pasó bajo sus pies, pero lo vio: una ondulación casi imperceptible en la tierra, una onda de movimiento que fluía a través del suelo, moviéndolo brevemente lo mismo que hacen las olas con el agua. La onda pasó de largo y siguió avanzando a su espalda. Sus pies estaban a más de un palmo del suelo, así que pasó de largo: no la podía detectar.

Respiró despacio y se sopló en los dedos que iban a sostener la cuerda y la flecha. Entonces levantó el arco. Ignorando la punzada de dolor en el brazo, se inclinó un poco hacia delante y bajó por la ladera para no presentar su perfil recortado contra el cielo púrpura o las nubes iluminadas por la tormenta.

Vislumbró un movimiento entre la tierra oscura y permaneció en silencio, pidiendo a Cirrus que la mantuviera quieta. Otra vibración pasó por la tierra, esta más fuerte, más cerca. Fidelias había realizado con anterioridad búsquedas semejantes y ella sabía lo efectivas que podían ser para encontrar a alguien que no hubiera sido lo bastante prudente como para apartar los pies del suelo.

La sombra se acercó, aunque no podía decir quién era o cuántos podían ser. Con cierta comodidad, estiró la cuerda del arco todo lo que pudo con la flecha apuntando al suelo. Fuese quien fuese quien venía, cada vez estaba más cerca; pudo oír pasos, vislumbró la silueta de un hombre grande, y el brillo de metal en la oscuridad: el Espada...

Respiró hondo, contuvo la respiración, alzó el arco, apuntó y soltó, todo en un solo movimiento. El arco vibró y la flecha silbó a través de la oscuridad.

La silueta se detuvo y levantó una mano en su dirección, mientras la flecha recorría los metros que les separaban. Oyó cómo el astil de madera se quebraba con un crujido repentino. Buscó la otra flecha que llevaba en el cinturón, pero el hombre

que estaba en la oscuridad susurró unas palabras en voz baja y algo le atrapó la muñeca con un movimiento repentino y muy fuerte.

Amara bajó la mirada y descubrió que el astil de la flecha se había enrollado alrededor de su muñeca y del cinturón, de manera que tenía la mano atada a la cintura. Se giró cogiendo impulso para lanzar el arco contra su asaltante y liberar la mano izquierda para blandir la espada con un esfuerzo extremo. En pleno giro, el arco que tenía en la mano se retorció y se deslizó impetuosamente alrededor de su brazo, con más rapidez y agilidad que un reptil. No era lo suficientemente largo para envolverle también el torso, pero, tras rodearle el brazo, se endureció, dejándole la extremidad rígida, con lo cual, la mano se quedó bien alejada de la espada que llevaba a la cintura.

Amara giró la cabeza para ver al hombre que se abalanzaba sobre ella y voló hacia arriba, por encima de su cabeza, con la ayuda de Cirrus. Giró en el aire y consiguió lanzar un talonazo contra su atacante.

Falló el golpe en la nuca y la patada lo alcanzó en el hombro. Cirrus evitó que su pie tocara el suelo, pero cuando recuperaba el equilibrio, una mano con una fuerza brutal le atrapó el tobillo, la envió en parábola por encima de su cabeza y la derribó contra el frío suelo.

Amara trató de luchar, pero el impacto la había aturdido y ralentizado. Antes de poder escapar, el hombre había descargado sobre ella todo el peso de su cuerpo. Una mano se cerraba alrededor de su cuello y le retorció la cabeza hacia un lado, casi hasta el punto de romperle la columna vertebral, con tanta facilidad como si fuese un cachorro indefenso.

—¿Dónde está? —gruñó Bernard—. Si le has hecho daño al chico, te mataré.

Amara dejó de defenderse, alejó a Cirrus y permaneció inmóvil bajo el estatúder enfurecido. Podía ver al gigante de cabello negro por el rabillo del ojo, vestido con ropa demasiado ligera para el tiempo que hacía y con un hacha de leñador que había dejado caer antes de atraparla. Tenía que esforzarse para respirar y para hablar.

—No... no le he hecho daño. Me he quedado atrás para detener a los hombres que nos persiguen. El esclavo y él han seguido adelante.

La mano de granito sobre su cabeza se relajó un poco.

—Los hombres que os persiguen. ¿Qué hombres?

—Los forasteros. Los que llegaron cuando me llevasteis a la sala. Nos persiguen, estoy segura. Por favor, señor. No hay tiempo...

El estatúder gruñó. La mantuvo sujeta con una mano y con la otra le sacó la espada que llevaba en el cinturón y la arrojó a un lado. Entonces le registró la cintura hasta que palpó dentro de la túnica el cuchillo que le había robado a Fidelias, y forcejeó sin miramientos con las capas de ropa para sacarlo también. Hasta ese momento no relajó la mano sobre el cuello y la mandíbula.

—No sé quién eres, muchacha —empezó a decir—. Pero hasta que lo sepa, te vas a quedar aquí. —Mientras hablaba, la tierra se curvó alrededor de sus codos y rodillas, ajustando la hierba y las raíces para que sus extremidades quedaran fijadas al suelo.

—No —protestó Amara—. Estatúder, me llamo Amara. Soy una de los cursores de la Corona. El Primer Señor me ha enviado en persona a este valle.

Bernard se puso en pie, se alejó de ella y rebuscó en el morral que tenía al lado. Sacó algo y siguió buscando.

—Así que ahora ya no eres una esclava, ¿eh? No, no. Mi sobrino está metido en este lío y es culpa tuya.

—Si no está muerto es porque me lo llevé de la propiedad.

—Eso dices tú —replicó Bernard. Amara oyó cómo vertía agua de una cantimplora en una copa o un cuenco—. ¿Dónde está?

Amara luchó contra el abrazo de la tierra, pero no le sirvió de nada.

—Ya os lo he dicho. Fade y él siguieron adelante. Me dijo algo sobre un río y un bosque laberíntico.

—¿Fade ha ido con él? Y esos hombres que los persiguen, ¿quiénes son?

—Un cursor traidor, Aldrick ex Gladius y una bruja del agua bastante hábil. Intentan matar a todo el mundo que haya visto a los marat merodeando por el valle. Creo que quieren que el ataque sorpresa de los salvajes tenga éxito.

—¡Cuervos! —escupió Bernard. Entonces levantó un poco la voz para decir—: ¿Isana? ¿Lo has oído?

Una voz débil y remota reverberó en algún lugar cercano.

—Sí. Tavi y Fade estarán en el vado del Rillwater. Debemos llegar allí inmediatamente.

—Me encontraré contigo —murmuró Bernard—. ¿Y la chica?

La voz de Isana llegó un momento después, como si hablara bajo una gran presión.

—No le quiere hacer daño a Tavi. De eso estoy segura. Más allá de eso, no lo sé. Date prisa, Bernard.

—Lo haré —asintió el estatúder. Entonces volvió a aparecer en su campo de visión y se bebió lo que hubiera en la copa—. Ese hombre que te persigue, el que va con el espadachín, ¿por qué lo esperabas a él, en lugar de esperarme a mí?

Amara tragó saliva.

—Es un artífice de la tierra y de la madera con mucha experiencia. Puede encontrar al muchacho. —Levantó la cabeza y lo miró con intensidad—. Soltadme. Soy la única posibilidad que tenéis de ayudar a Tavi.

Bernard frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no conocéis a esa gente —respondió Amara—. Yo sí. Puedo anticipar sus movimientos, saber lo que van a hacer a continuación. Conozco sus puntos fuertes y sus debilidades. Y no podéis derrotar solo a su espadachín.

Bernard se la quedó mirando por unos momentos y movió la cabeza con enojo.

—De acuerdo —aceptó por último—. Demuéstralo. Anticípate. Dime dónde está.

Amara cerró los ojos con fuerza, intentando recordar la geografía de la región.

—Él sabe que yo esperaría que nos siguiera directamente. Esa es su fortaleza. Pero no nos ha seguido. Se me ha anticipado y está dando un rodeo para adelantarse al muchacho. Comprobad las carreteras, las furias en las baldosas. Habrá llegado hasta allí y estará usando esas furias para adelantar al chico, de manera que le pueda cortar el paso. —Abrió los ojos y miró la cara del estatúder.

Bernard gruñó algo en voz baja y ella sintió un temblor lento y silencioso en la tierra. Durante un momento se dilató el silencio, mientras el hombretón se arrodillaba y ponía la mano desnuda sobre la tierra, cerrando los ojos con la cabeza inclinada a un lado, como si estuviera escuchando una música distante.

Finalmente soltó el aire.

—Tienes razón —reconoció—. O eso parece. Alguien está montado sobre una onda de tierra en la carretera y se mueve con rapidez. Me parece que a caballo.

—Es él —afirmó Amara—. Soltadme.

Bernard abrió los ojos y se puso en pie decidido. Recuperó el hacha, le hizo un gesto a la tierra y de repente Amara sintió que le liberaban las extremidades y que el arco y la flecha recuperaban su forma original y se desenredaban de su brazo. Se puso en pie y recuperó la espada y el cuchillo que estaban tirados en el suelo.

—¿Me vas a ayudar? —le preguntó Bernard.

Amara se puso frente a él y soltó un suspiro tembloroso.

—Señor, os lo juro. Os ayudaré a proteger a vuestro sobrino.

Los dientes de Bernard brillaron de repente en la oscuridad.

—Es una suerte que no vayas detrás de esa gente con madera de sus propios árboles.

Ella metió la espada en el cinturón.

—Espero que no os duela demasiado el hombro, señor.

Su sonrisa se amplió.

—Lo soportaré. ¿Qué tal tu tobillo?

—Me impide correr —confesó.

—Entonces, haz que tu furia te vuelva a elevar —le indicó. Sacó un trozo de cuerda del morral, lo pasó por la parte posterior del cinturón y en el otro extremo hizo un lazo. Se lo lanzó a Amara y le dijo—: Mantén el cuerpo detrás del mío y agáchate. El bosque me abrirá camino, pero no muevas la cabeza de un lado a otro, o una rama te la querrá volar.

La chica casi no tuvo tiempo de asentir cuando el suelo empezó a temblar y el estatúder emprendió la carrera, mientras que la tierra lo impulsaba hacia delante con cada paso. Ella se dio la vuelta y corrió para alcanzarle, pero incluso en sus mejores condiciones le habría resultado casi imposible mantener su ritmo. Consiguió dar varias zancadas para acercarse él, con una mano agarrada al lazo de la cuerda de cuero, hasta que llamó a Cirrus y dio un brinco.

La presencia de su furia se materializó bajo sus pies y voló por encima del suelo en pos del estatúder, impulsada hacia delante por la cuerda. Si el hombre notaba el peso que iba arrastrando, no lo demostró, y atravesó la noche con su confianza intacta y un silencio casi perfecto, como si incluso la hierba seca bajo sus pies conspirase para amortiguar el impacto y reducir el ruido de su paso.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, penetraron en el bosque y, en efecto, Amara tuvo que bajar la cabeza para evitar que las ramas le dieran en la cara. Se encorvó, refugiándose tras el estatúder, y una vez tuvo que levantar los pies cuando pasó por encima de un árbol caído que Cirrus no consiguió superar.

—¡Los veo! —exclamó poco después—. En el vado. Fade está en el suelo. Tavi está en el agua y... —Bufó—. Y Kord está allí.

—¿Kord? —repitió Amara.

—Estatúder. Criminal. Les hará daño.

—¡No tenemos tiempo para esto!

—Siento mucho el inconveniente, cursor —le cortó Bernard—. Puedo sentir a tus amigos. Han abandonado la carretera.

—Debe de estar ocultando su rastro —explicó Amara—. Nunca deja pasar la oportunidad de un ataque por sorpresa. No tardará mucho en atrapar al muchacho.

—Entonces, primero tendremos que derrotar a Kord y a sus hijos. Yo me ocupo de Kord; es el más viejo. Los otros dos son tuyos.

—¿Artífices?

—Aire y fuego...

—¿Fuego? —balbució Amara.

—Pero cobardes. El más alto es el más peligroso. Golpéales rápido y con dureza. Están tras la siguiente elevación.

Amara asintió.

—Así lo haré. ¡Cirrus!

La cursor reunió el aire bajo sus pies y con el impulso del viento arremolinado se elevó del suelo a través de las ramas descarnadas de los árboles desnudos, y salió al espacio abierto sobre ellos.

LAS rápidas aguas del río estaban frías como el hielo. La boca de Tavi quedó entumecida desde el mismo instante en que Kord le hundió la cabeza en el agua, y las orejas le hormigueaban con una sensación de ardor. Tavi luchó, pero el estatúder era demasiado fuerte y tenía los dedos firmemente aferrados a su cabello. La grasienta cadena de estatúder golpeaba el hombro del muchacho. Kord le empujó hacia el fondo con brutalidad y Tavi sintió que se le magullaba la cara contra las piedras del lecho del río.

Y entonces se desvaneció la presión inexorable. El muchacho vio cómo lo sacaban tirándole del cabello y lo lanzaban por los aires para aterrizar en el suelo a varios pasos de distancia. Se encontró encima de algo caliente y vivo, que resultó ser Fade, inconsciente. Tavi levantó la cabeza, parpadeando para expulsar el agua de los ojos y así poder mirar a Kord, pero había alguien que se movía entre ellos y le impedía la visión.

—¡Tío! —exclamó Tavi.

—Coge a Fade y sácalo de aquí —le ordenó Bernard.

El chico se puso en pie, arrastrando consigo a Fade, y tragó saliva.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vete. Yo me ocupo de esto —le aclaró Bernard. Entonces le dio la espalda a Tavi sin dejar de interponerse entre Kord y su sobrino—. Kord, esta vez has ido demasiado lejos.

—Somos tres —gruñó Kord cuando sus hijos ocuparon posiciones a ambos lados de su padre—. Y tú estás solo. Bueno, con el idiota y el anormal. Me parece que eres tú, Bernard, el que ha ido más allá de sus posibilidades.

El suelo tembló y giró delante de Kord, y lo que salió de la tierra, con piel y patas de piedra, no se parecía a nada que Tavi hubiera visto antes. Tenía el cuerpo alargado de un lagarto venenoso, pero la cola se curvaba sobre el lomo y se mantenía alzada como si fuera un garrote. La boca era asquerosamente alargada y estaba llena de dientes afilados como el pedernal. Cuando el muchacho lo miró, movió la cabeza hacia un lado, abrió las mandíbulas y dejó escapar un bramido profundo como el granito.

Al lado de Kord, Bittan cogió la tapa de un brasero de cerámica, en el cual aparecieron llamas rojas al tocarlo. Estas se enroscaron hasta formar la silueta de una serpiente dispuesta a atacar, con los ojos brillantes en llamas. Aric, alto y delgado, al otro lado de Kord, unió los dedos, y el viento empezó a arremolinar varios trozos de ramas a su alrededor, echando hacia atrás su capa, que ondeaba recordando vagamente la forma de unas alas.

—No lo hagas, Kord —advirtió Bernard.

El suelo a su lado se agitó y Brutus trató de abrirse camino para salir de allí, hasta que la ancha cabeza del perro de piedra se inclinó sobre la mano de Bernard, con los ojos esmeralda fijos en los de Kord. Brutus movió sus amplios hombros, lo cual originó una avalancha en miniatura de tierra y piedrecitas en sus flancos. Tavi vio que Bittan palidecía y daba un paso atrás.

—Te estás cavando una tumba muy profunda.

—Intentas quitarme mi tierra —escupió Kord—; quitármela a mí y a mi familia. ¿Quién te da derecho?

Bernard dejó escapar un suspiro, mirando hacia arriba durante un instante.

—No juegues conmigo a hacerte el inocente, esclavista. Casi tenemos encima la tormenta, Kord. Última oportunidad. Si lo dejas ahora, vivirás para enfrentarte a la justicia de Gram en vez de a la mía.

Los ojos de Kord brillaron.

—Soy un ciudadano, Bernard. No puedes matar a un ciudadano.

—Eso es en tus tierras. Ahora estás en las mías.

La cara de Kord palideció.

—¡Moralista hijo de perra! —farfulló. Alargó la mano hacia delante y gritó—: ¡Contigo les daré de comer a los cuervos!

La bestia de piedra que tenía delante se lanzó sobre el terreno pedregoso como si fuera un lagarto. En ese mismo instante, algo salió lanzado desde Aric, una silueta difuminada que recordaba vagamente a un pájaro de presa, y se abalanzó hacia Bernard. Bittan tiró la tapa del brasero hacia el matorral más cercano que, a pesar de estar húmedo, prendió, y la madera estalló en una llamarada repentina: la serpiente de fuego que iba en su interior aumentó veinte veces su tamaño en menos de lo que se tarda en aspirar una bocanada de aire.

Bernard se movió con rapidez. Lanzó la mano contra el ataque de la furia de Aric esparciendo un puñado de cristales de sal por el aire. Un chillido sibilante surgió del aire delante de él, al tiempo que Brutus se lanzaba contra la furia de Kord, contra la que chocó con un impacto ensordecedor. Las dos furias se fundieron en un montón de piedras que se hundieron en la tierra, donde la superficie se agitó y tembló a medida que las furias de los estatúderes se hundían en su lucha y se perdían de vista.

Kord soltó un rugido y se lanzó a por Bernard. El tío de Tavi levantó el hacha y la descargó sobre el otro estatúder. Kord la esquivó en un escorzo lateral, y Bernard siguió su movimiento levantando el hacha para asestar otro golpe.

Tavi vio cómo Aric sacaba un cuchillo del cinturón y se encaminaba hacia la espalda de Bernard.

—¡Tío! —gritó—. ¡Detrás de ti!

En ese momento, una columna de viento tan furiosa y fuerte que casi parecía una masa sólida se precipitó sobre la espalda de Aric, tirándolo al suelo. El joven dejó

escapar un grito ahogado y empezó a incorporarse, pero desde el cielo oscuro Amara se lanzó sobre su espalda con las ropas afanadas ondeando salvajemente a su alrededor. Aric tuvo tiempo de lanzar un chillido estrangulado y los vientos se reunieron alrededor de los dos con un repentino estallido de sonido. Tavi vio el brazo de Amara bajo la barbilla de Aric y los dos empezaron a rodar por el suelo, él intentando quitarse a la muchacha de encima.

Tavi se giró a tiempo para ver cómo Kord golpeaba el brazo de su tío y le arrebató la hacha de las manos. El arma salió volando y se perdió en las aguas del río. Bernard no perdió el tiempo y lanzó el puño contra las costillas de Kord en un golpe que levantó al hombre del suelo y lo hizo retroceder tambaleándose. Bernard lo persiguió, pero su oponente se puso en pie con su fortaleza reforzada por la furia, y los dos se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo con la tierra temblando y removiéndose a sus pies.

Tavi sintió luz y calor junto a él, y al darse la vuelta se encontró con Bittan de pie ante una columna de llamas que surgía de los matorrales.

—Bueno, bueno. —Bittan lo fulminó con la mirada—. Parece que quedo yo para ocuparme de ti.

A continuación, levantó los brazos con un grito de éxtasis y los volvió a bajar. Las llamas se elevaron hasta formar un pilar que cayó, rápido, brillante y terrible, sobre Tavi y Fade.

El chico dejó escapar un chillido y arrastró al esclavo con él hacia un lado. Las llamas se extendieron por la tierra como si fueran agua, lanzando chispas y humo, y el calor se adueñó de la noche. Tavi olió a pelo quemado e inmediatamente se incorporó y arrastró a Fade hacia el agua del río.

—Fade —jadeó—. Fade, vamos, despierta. Despierta.

La risa de Bittan resonó con aspereza bajo la dura luz. La columna de fuego bailó y se agitó por el suelo como una serpiente enorme, abriéndose camino entre Tavi y el dudoso refugio de las frías aguas del río. El fuego saltó de arbusto en arbusto y de árbol en árbol a espaldas de Bittan, propagándose, y el crujir crepitante fue creciendo hasta convertirse en un rugido hosco.

—¡Bittan! —gritó Tavi—. ¡Se te está yendo de las manos! ¡Vamos a morir todos!

—¡No creo que estés en posición de darme lecciones sobre el artificio de las furias, anormal! —respondió Bittan también a gritos.

Se giró hacia el arbusto en llamas que tenía a un lado, recogió un puñado de materia incandescente y lo lanzó contra Tavi. Este extendió la capa y redujo el impacto de las ramas en llamas, pero algunas chispas prendieron en la tela. La pisoteó frenético para apagarlas.

—No me puedo decidir —gritó Bittan con voz burlona—. ¡No sé si te debes asfixiar o asar!

Fade, con la parte indemne de su cara hinchada y morada a causa del hematoma, empezaba finalmente a sostenerse por sí mismo y miraba a su alrededor parpadeante y confuso. Se aferró a la capa de Tavi, emitiendo unos pequeños maullidos mientras sus ojos iban de un lado a otro, rodeado de llamas.

—Tengo una idea —propuso Bittan—. ¿Qué tal si terminamos de freír primero al idiota? Después me puedo ocupar de ti, anormal.

Hizo un gesto con la mano y desde el interior de las llamas se volvió a formar la misma silueta de serpiente. Se retorció durante un momento, enroscándose, y de inmediato salió disparada hacia el pecho de Fade a la velocidad del rayo.

Fade emitió un grito y con más velocidad de la que le habría creído capaz Tavi, se echó hacia un lado, chocando con él. El impulso del esclavo los lanzó enredados el uno con el otro hacia la barrera atroz que se alzaba entre el agua y ellos. La espalda de Fade rodaba por el suelo cuando atravesaron el fuego, y el esclavo lanzó un chillido de dolor, aferrándose con fuerza a Tavi. El muchacho intentaba liberarse, pero ambos cayeron al Rillwater.

—¡No! —gritó Bittan, y pasó ileso a través de las llamas para llegar a la orilla del agua.

Allí levantó de nuevo los brazos y envió otra lengua de fuego contra ellos. Tavi se lanzó hacia atrás sobre Fade, sumergiéndose con él en el agua. El fuego pasó rozando la superficie con un zumbido distante y una luz violenta.

El chico permaneció bajo el agua todo lo que pudo, pero no logró contener la respiración más que unos cuantos segundos. No había tenido la oportunidad de inhalar una buena bocanada antes de hundirse y el agua estaba demasiado fría. Intentó alejarse de la orilla más cercana y de la furia ciega de Bittan antes de volver a salir a la superficie, tosiendo y escupiendo agua. Subió consigo a Fade, más o menos en el centro del río, con el temor de que el esclavo se dejara llevar por el pánico y se ahogase antes de poder darse cuenta de que el agua no era lo suficientemente profunda.

Bittan se alzaba en la misma orilla del río y dejó escapar un grito de frustración. Las llamas detrás de él se elevaron hacia el cielo cuando lo hizo.

—¡Anormal enano, cobarde, comida para los cuervos! ¡Te voy a quemar hasta convertirte en cenizas, junto con ese idiota llorón!

Tavi tanteó en el lecho del río, a sus pies, y cogió una piedra del tamaño de su puño.

—¡A él lo dejas en paz! —gritó, y lanzó la piedra contra Bittan.

La piedra voló como una centella y golpeó en la boca al muchacho, quien se tambaleó hacia atrás, dejando escapar un aullido, hasta caer de espaldas al suelo.

—¡Tío! —gritó Tavi—. ¡Tío, estamos en el agua!

A través del remolino de humo, vio que su tío echaba hacia atrás el puño y lo

descargaba con fuerza contra el cuello de Kord. El otro estatúder trastabilló hacia atrás con un grito ahogado, pero no soltó la túnica de Bernard, arrastrándolo con él; ambos desaparecieron de la vista de Tavi.

No muy lejos, Amara se alzaba sobre un Aric inmóvil con un gesto de dolor y aguantándose un antebrazo, donde la sangre había empapado la manga. Parecía que le había acertado el cuchillo de Aric, pese a lo cual no logró evitar que ella lo estrangulase. La chica miró a su alrededor y gritó a través del humo:

—¡Tavi! ¡Sal del agua! ¡No te quedes ahí, sal!

—¿Qué? —gritó Tavi—. ¿Por qué?

No hubo aviso. Unos brazos húmedos y ágiles se cerraron alrededor de su garganta y una voz femenina y ronca le cuchicheó al oído:

—Porque a los niños pequeños y guapos que caen al río les pueden ocurrir cosas feas.

Tavi empezó a darse la vuelta para luchar, pero algo tiró de él bajo la superficie del río con una velocidad inusitada y los brazos apretaron aún más su garganta. Intentó afirmar los pies en el lecho del río para impulsar la cabeza por encima del agua, pero por alguna razón no conseguía asentarse nunca con firmeza, como si el lecho fluvial estuviera cubierto de lodo allí donde pisaba, de manera que siempre resbalaba y perdía pie.

—Pobrecito —murmuró la voz en su oído, perfectamente clara. Sintió la presión de un cuerpo fuerte pero sinuoso contra su espalda—. No tienes la culpa de haber visto lo que no debías ver. Es una lástima matar a alguien tan guapo, pero si te estás quieto y respiras hondo pasará enseguida y seguirás estando igual de guapo cuando te metan en una caja. Te lo prometo.

Tavi luchó y se contorsionó, pero su empeño resultó inútil contra esa fuerza suave y sutil. Sabía que podría haberse resistido todo el día y no habría conseguido nada: ella era una artífice del agua, como su tía; era fuerte y estaba utilizando en su contra las aguas del río.

Dejó de retorcerse, lo cual provocó que su asaltante lanzase un suave murmullo de aprobación. Unos labios fríos presionaron su oreja. Se estaba empezando a marear pero su mente trataba de pensar a gran velocidad. Si era una artífice del agua como su tía, debía de tener los mismos problemas que la tía Isana. A pesar de todas las ventajas de las que disfrutaban sus artífices, el agua sufría mucho más que cualquier otro artificio las interferencias que sus sentidos adicionales percibían de todo el mundo: emociones, impresiones, sentimientos.

Tavi se concentró por un momento en su impotencia, el miedo creciente, el terror que le aceleraba el corazón, y expulsó con rapidez el resto del aire que permanecía en sus pulmones, con lo que estaba más cerca de ahogarse. Se regodeó en ese terror, dejó que creciera y añadió a ello las frustraciones del día, la desesperación, la rabia y la

desesperanza que había sentido al regresar a Bernhardolt. Cada emoción se fortalecía con la siguiente y las alimentó a todas con una rabia frenética, hasta que casi no pudo recordar cuál era el plan inicial.

—¿¡Qué estás haciendo!?! —balbució la mujer que lo tenía atrapado, con rastros de inseguridad imbricados en la ronca firmeza de su voz—. Para. ¡Para! Es demasiado fuerte. ¡Odio que sea tan fuerte!

Tavi luchó impotente contra ella, ahora realmente abrumado por el pánico, por un miedo ciego y entumecedor que se mezclaba con el resto de sus emociones. La mujer dejó escapar un chillido, lo soltó de repente y se alejó de él mientras se cogía la cabeza con las dos manos.

Tavi se ahogaba y sus pulmones expulsaron el último hálito que quedaba en ellos mientras intentaba salir a la superficie. Sacó la cabeza del agua pero solo tuvo tiempo de inhalar una única bocanada profunda y sofocada antes de que el agua burbujeara a su alrededor, envolviéndolo y arrastrándolo de nuevo hacia el fondo.

—Chico listo —musitó la mujer, y Tavi la pudo ver ahora en la luz reflejada de los incendios de la orilla: una mujer hermosa con cabello y ojos oscuros, y un cuerpo insinuante y atractivo—. Muy listo. Tan apasionado... Ahora no te puedo sostener mientras te vas. Lo quería hacer por ti, de veras. Pero algunas personas sois así de desagradecidas.

El agua lo aprisionó con la fuerza y la pesadez de unas ataduras de cuerda. Sintió una presión que le dobló las piernas y lo envolvió como un paquete de pan. Aterrorizado, luchó por conservar el último aliento todo el tiempo que pudiera.

La mujer permaneció delante de él con los ojos entornados llenos de rencor.

—Loco. Te iba a llevar al éxtasis, pero ahora creo que te voy a romper ese bonito cuello.

Giró la muñeca en un gesto delicado, pero el agua alrededor de Tavi se arremolinó de repente alrededor de su cabeza y empezó a hacer girar su mandíbula lentamente hacia un lado. El muchacho se opuso, pero el agua parecía mucho más fuerte que él. La presión en su cuello creció con rapidez y muy pronto fue insoportable. La mujer se acercó y le miró con los ojos redondos y brillantes.

Ella no se dio cuenta del movimiento repentino del agua a su espalda, pero Tavi vio cómo su tía Isana surgía del barro. Una mano atrapó a la mujer por el cabello y la otra le arañó los ojos con fuerza. El agua se tiñó de rosa y la mujer soltó un chillido repentino y lastimero. Isana se mostró por completo y lanzó las dos manos con las palmas hacia fuera contra la mujer, pero esta huyó a través del agua y salió de ella como si la hubiera sacado una mano gigantesca.

En cuanto la mujer se alejó y abandonó el Rillwater, la presión en el cuello de Tavi se relajó y se sintió capaz de mover las extremidades. Isana se acercó a él y lo sacó con ella a la superficie, jadeando y tosiendo.

—¡Mi río! —bufó Isana mirando a la huida bruja del agua.

Isana llamó a Fade, que vadeó el agua hasta Tavi. El esclavo puso uno de los brazos del muchacho sobre sus hombros y lo sostuvo para sacarlo del agua.

Tavi se quedó mirando la mano de su tía, cuyas uñas parecían que habían crecido hasta alcanzar el doble de su tamaño habitual, como garras brillantes. Isana captó su mirada y agitó la mano, como cuando relajaba los músculos, acalambrados tras mucho coser. Uno, dos y las uñas volvían a ser como siempre, cortas y bien cuidadas, pero manchadas con gotas de sangre. Tavi tembló.

—Llévalo a la otra orilla —ordenó Isana a Fade—. Quedan dos más y las cosas entre Kord y Bernard no se han resuelto todavía. Tavi, atraviesa el bosque. Cuando estalle la tormenta, estarás a salvo durante algún tiempo.

Bittan, con la boca ensangrentada, apareció en la orilla.

—¡Puta estéril! —le gritó a Isana. Hizo un gesto y el fuego se dirigió contra ella.

Isana giró los ojos y alzó una mano hacia Bittan. Una ola chocó contra las llamas, las ahogó y continuó hasta romper a los pies del joven, derribándolo. Cayó con un chillido, resoplando, y se alejó a gatas de la orilla.

—Atraviesa el bosque —repitió Isana—. Ve a Aldoholt, junto al lago. Para entonces ya le habré avisado y hará que llegues hasta Gram o que Gram venga a ti. Hasta entonces él te protegerá. ¿Me has comprendido, Tavi?

—Sí, señora —jadeó el chico—. Pero...

Isana se inclinó sobre él y lo besó en la frente.

—Lo siento, Tavi, lo siento. Ahora no hay tiempo para preguntas. Tienes que confiar en mí. Te quiero.

—Yo también te quiero —le correspondió él.

Isana giró la cabeza y los fuegos que se estaban extendiendo por la orilla se reflejaron en sus ojos.

—Se están propagando. Y casi tenemos encima la tormenta. Tengo que llamar a Nereus, o Lilvia alimentará esos fuegos hasta que devoren todo el valle. —Miró hacia atrás y le instruyó—: Aléjate del río todo lo que puedas, Tavi. Ve colina arriba. Llévate a Fade y vigílalo... no sé por qué lo has traído. —Miró detrás del muchacho al esclavo, quien ofreció a Isana una mueca e inclinó la cabeza.

Ella movió la suya en respuesta y besó de nuevo a Tavi.

—Vete, deprisa.

Dicho lo cual, dio la vuelta y se diluyó de nuevo en las aguas del río.

Tavi tragó saliva e intentó ayudar a Fade, mientras este se dirigía hacia el otro lado del río para subir por la orilla. Miró atrás cuando ya salían del agua.

Kord yacía en el suelo, encogido sobre un lado y luchando débilmente para volver a ponerse en pie. Bernard, con el rostro magullado y la túnica destrozada, estaba de pie con Amara al lado de la roca blanca del vado, de espaldas a Tavi y mirando hacia

el bosque.

Del humo y las sombras de los árboles salió cojeando un hombre descalzo, maduro y de mediana estatura. Movi6 los ojos a lo largo del r6o iluminado por el fuego y despu6s los fij6 en las dos personas situadas delante del vado, antes de mirar m6s all6. Tavi sinti6 c6mo le tocaban los ojos del hombre como piedras fr6as y lisas, c6mo lo sopesaba con calma, y lo descartaba al fin. El hombre alz6 una mano y Tavi oy6 c6mo el 6rbol m6s cercano se doblaba y temblaba, y se gir6 a tiempo para ver que lo lanzaba contra 6l.

La cabeza de Bernard gir6 y levant6 un pu6o. Con la misma rapidez del primero, un segundo 6rbol se desenraiz6 y se derrumb6, aterrizando con dureza sobre el primero, de manera que los dos se apoyaban y evitaban su ca6da, mientras Tavi y Fade se quedaban temblando bajo el espacio arqueado que formaban.

—Impresionante —reconoci6 el hombre.

Tavi se fij6 en una repentina oleada de tierra que se precipit6 contra su t6o. Bernard afirm6 los pies en el suelo, con los labios apretados en una mueca, y una segunda oleada se alz6 delante de 6l, cogiendo velocidad contra el ataque del forastero. Los esfuerzos del estat6der no eran suficientes. La onda en las rocas cedi6 a sus esfuerzos y destroz6 el suelo bajo los pies de Bernard y Amara, enviando a los dos al suelo.

Tavi grit6, pero mientras su t6o ca6a el forastero sac6 de debajo de la capa un arco peque6o y muy curvado, coloc6 una flecha y apunt6 con fr6a precisi6n. La flecha atraves6 el r6o en direcci6n al chico.

Desde el suelo, Amara lanz6 un grito y alz6 la mano en el aire. La flecha cambi6 bruscamente de rumbo y se perdi6 en el bosque detr6s de Tavi.

El hombre lanz6 un corto gemido de frustraci6n.

—In6til —se6al6—. M6talos.

Detr6s de 6l apareci6 el hombre a quien el muchacho hab6a visto antes, con la espada en la mano y una mirada asesina. El espadach6n avanz6 hacia Amara y su t6o, mientras la hoja reflejaba la luz escarlata de los fuegos que rug6an a su alrededor.

Kord hab6a recuperado la movilidad y consigui6 ponerse de lado. Despert6 a Aric a patadas y empez6 a retirarse hacia el bosque, seguido por su hijo, que avanzaba tambaleante detr6s de 6l mientras intentaba recuperar los sentidos. Pero al alejarse Kord, se produjo un movimiento en un arbusto en llamas y del centro del incendio surgi6 Bittan, cegado y tosiendo a causa del humo, que intentaba apartar moviendo una mano delante de su cara para descubrir que se encontraba a unos pocos pasos del espadach6n, colocado entre 6l y Bernard.

Tavi no vio el movimiento del brazo del hombre. Se produjo un zumbido, Bittan dej6 escapar una exclamaci6n de sorpresa y cay6 de rodillas. El espadach6n pas6 junto al muchacho. Tavi vio un l6quido rojo que formaba un charco alrededor de las

rodillas de Bittan, y a este cayendo limpiamente hacia un lado.

Tavi sintió cómo se le subía el estómago a la garganta. Fade dejó escapar un suspiro y se agarró al brazo de su acompañante.

—¡Bittan! —reaccionó Aric—. No...

Por unos momentos, el cuadro permaneció sin cambio alguno: el chico en el suelo en medio de un charco de su propia sangre, rodeado de llamas escarlatas, el espadachín con la hoja extendida a un lado, desplazándose con agilidad y decisión hacia la gente que se encontraba entre Tavi y él.

Entonces, todo ocurrió de repente.

Kord dejó escapar un rugido de rabia pura e indiscriminada. La tierra tembló con fuerza a su alrededor y salió proyectada contra el espadachín.

Amara se incorporó espada en mano y se lanzó hacia delante cuando la hoja del espadachín descendía hacia Bernard, interceptando el golpe. La tierra se elevó y los lanzó hacia un lado, en plena lucha cuerpo a cuerpo.

El hombre de aspecto inofensivo extendió las manos hacia el otro lado del río y los árboles crujieron en respuesta, llenando el aire con los restallidos de las ramas al retorcerse.

Y llegó la tormenta.

Un instante reinaba una relativa tranquilidad y al siguiente, una muralla de furia, sonido y poder retumbó sobre ellos, aplastando los sentidos de Tavi, cegándolo, y cubriendo la superficie del río con espuma helada. Las llamas que había desencadenado Bittan empezaron a debilitarse un momento bajo el embate del viento y de repente, como si la tormenta se hubiera dado cuenta de su potencial, crecieron y florecieron, extendiéndose con una velocidad terrorífica y sorprendente. A Tavi le pareció que veía caras que gritaban y chillaban en el viento alrededor de las lenguas de fuego, llamándolas y animándolas.

Fade dejó escapar un gemido mientras se protegía del viento, y Tavi recordó de repente las órdenes de su tía. Agarró al esclavo por el brazo, aunque seguía aterrorizado por lo que dejaba atrás en el vado, y se arrastraron hasta el bosque laberíntico por las sendas que conocía, aún en la semioscuridad, para alejarse del río.

Siguieron adelante apoyándose el uno en el otro contra el viento helado y ululante, y Tavi se sentía lleno de gratitud porque tenía al lado otro ser humano al cual podía tocar. No estaba seguro del tiempo que llevaban avanzando por el sendero serpenteante que lentamente iba subiendo la colina, cuando oyó las aguas de la crecida.

Avanzaban casi en silencio, precedidos solo por los susurros y los crujidos de miles de árboles sacudidos en sus antiguos lechos de tierra. Llegaron a la cima de la colina y allí Tavi se dio la vuelta para vislumbrar levemente, a través de la ferocidad de la tormenta, el baile de árboles que una marea enorme había arrancado en el curso

alto del Rillwater. El pequeño río se había desbordado e inundaba las orillas, y aquellas aguas frías y silenciosas empezaron a engullir los fuegos de Bittan con la misma rapidez con la que se propagaban. Las aguas crecieron y ante el aullido del ciclón de la tormenta de furias, Tavi se preguntó cómo podría sobrevivir nadie a semejante arremetida de los elementos, ni siquiera estaba seguro de que su tía pudiera conseguirlo. El pánico se apoderó de él y le recorrió las venas.

La oscuridad se tragó la tierra como las aguas silenciosas del río desbordado engulleron las llamas errantes, y al cabo de un instante los relámpagos de la tormenta de furias estallaron, verdes y espeluznantes, para mostrar intermitentemente a Tavi el camino que debía seguir. En silencio regresó al sendero y siguió adelante, seguido por Fade. Sufrieron dos ataques de los manes del viento, pero los cristales de sal de Tavi, aunque se habían disuelto en parte por el tiempo que habían pasado en el agua, los repelieron.

Una eternidad más tarde salieron del bosque. Fade dejó escapar un chillido, se lanzó sobre Tavi con un sollozo de miedo, derribó al muchacho y cayó sobre él.

Tavi pataleó y se sacudió para salir de debajo de Fade, pero solo consiguió liberar la cabeza lo suficiente como para girar el cuello por encima del hombro del esclavo y ver lo que le había asustado.

Frente a ellos se encontraba, formando un semicírculo, un grupo silencioso de guerreros marat, inconfundibles con sus trenzas pálidas y los cuerpos poderosos cubiertos solo por un trozo de tela alrededor de la cintura, incluso en plena tormenta. Cada uno de ellos era más alto y más ancho de espaldas de lo que podía creer Tavi. Tenían los ojos oscuros y profundos, del mismo tono que las piedras afiladas que coronaban sus lanzas de astil ancho.

Sin cambiar de expresión, el más alto de los marat se acercó, puso el pie sobre el hombro de Tavi y le colocó la punta de la lanza en la garganta.

FIDELIAS se puso en pie y se alejó de las aguas heladas del río enfurecido, aferrándose con fuerza a la rama del árbol que había conseguido alcanzar con los dedos helados. Se sentía entumecido y el corazón le palpitaba con dificultad ante la impresión del agua gélida. El frío le atraía con una caricia lenta y seductora, animándolo a hundirse en el agua, a relajarse y dejar que los problemas se diluyeran en la oscuridad. Pero en vez de dejarse ir, se aferró a la siguiente rama más alta y sacó el cuerpo del agua. Se detuvo por un momento, tembloroso, intentando recuperar la concentración mientras la tormenta de furias rugía a su alrededor y el viento azotaba su ropa empapada.

Resolvió que lo bueno de la inundación y del agua helada era que ahora ya no podía sentir los cortes en los pies. Había hecho todo cuanto pudo para ignorarlos mientras recuperaba los caballos, pero las piedras y los arbustos no tuvieron piedad con su piel. Dedujo que la mujer, la artífice del agua, los había estado vigilando desde el principio. Fue muy astuta al quitarle las botas de aquella forma. Había estado planeando la huida del muchacho y la manera de dificultar la persecución.

Fidelias se apoyó en el tronco y esperó a que bajaran las aguas. Lo hicieron con rapidez, lo cual demostraba que la inundación había sido más un artificio deliberado que un acontecimiento natural. Meneó la cabeza. Odiana les debería haber avisado, pero era posible que la hubieran superado. Los lugareños no eran meros aficionados en el artificio de las furias: llevaban conviviendo desde hacía años con las del lugar. Las conocían y eran capaces de usarlas con mucha más efectividad que incluso un artífice del nivel del propio Fidelias. El estatúder, por ejemplo, había sido formidable. En un enfrentamiento directo y justo, Fidelias no estaba seguro de poder superar al hombre. Por tanto, lo mejor era asegurarse de que en cualquier encuentro futuro con aquel tipo quedara descartada la posibilidad de que se diera un combate justo.

Aunque, en general, esa era siempre la política de Fidelias.

Cuando las aguas regresaron al cauce original del río, bajó del árbol, sonriendo al pisar el suelo. Las rachas de viento habían aumentado desde que las impulsaba la tormenta, de manera que sobrevivir en ellas era en aquel momento la máxima prioridad. Se arrodilló junto al tronco del árbol apoyando la mano ligeramente en el suelo empapado y llamó a Vamma.

La furia le respondió de inmediato, y luego desapareció en la profundidad de la tierra durante un rato antes de volver a su lado. Fidelias hizo un cuenco con las manos y Vamma regresó con lo que le había enviado a buscar: un puñado de cristales de sal y un pedernal.

Fidelias guardó el pedernal en un bolsillo y la sal en el morral, conservando algunos cristales en la mano. Entonces se incorporó, dándose cuenta de la lentitud

con la que le respondía el cuerpo, y movió la cabeza temblando. El frío lo podía matar, si no conseguía calentarse con rapidez. Ya en pie, envió a Etan a buscar señales de sus compañeros, y a Vamma a través del terreno circundante a detectar rastros de movimiento. Si los lugareños, ya fueran los de Bernardholt o los otros con los que estaban luchando, se encontraban cerca de allí, no iban a sentir demasiados escrúpulos en terminar el trabajo que había empezado la artífice del agua.

Tuvo que arrojar un puñado de sal contra uno de los manes del viento que se le aproximó demasiado mientras esperaba el regreso de sus furias. No tardaron mucho. Etan apareció al cabo de un momento y lo condujo, a través de la tormenta cegadora, a lo largo del curso del Rillwater.

A varios cientos de metros río abajo, Fidelias encontró a Aldrick. El espadachín yacía en el suelo, inmóvil, con los dedos cerrados alrededor de la empuñadura de su espada, hundida hasta la cruz en el tronco de un árbol. Parecía que había conseguido evitar que la inundación lo arrastrase, pero no contó con la amenaza de los elementos. Fidelias comprobó el pulso en el cuello del hombre y lo acabó encontrando, fuerte pero lento. Tenía los labios azules por el frío. Si el espadachín no entraba en calor pronto, moriría.

Consideró por unos momentos si tendría que dejar que ocurriera. Odiana seguía siendo un factor desconocido y mientras estuviera con Aldrick era difícilmente atacable. Sin el espadachín, Fidelias la podría eliminar a placer, y si tenía suerte, quizá la muerte de Aldrick la desequilibraría por completo.

Luego, sonrió y negó con la cabeza. Aldrick podía ser arrogante e insubordinado, pero su lealtad a Aquitania era incuestionable y era un recurso valioso. Además, a Fidelias le gustaba trabajar con él. Era un profesional y comprendía las prioridades de las operaciones de campo. Fidelias, como su comandante, le debía cierta lealtad y protección. Aunque a largo plazo quizá resultara conveniente, no podía permitir que la muerte del espadachín se convirtiese en una carga.

Se tomó un momento para extraer fuerza de la tierra, que lo inundó como una crecida repentina. Desclavó la espada del tronco del árbol y retiró los dedos de Aldrick de la empuñadura. Después, levantó al desvanecido Espada y se lo colocó sobre el hombro. Su equilibrio se tambaleó peligrosamente y se detuvo un instante para respirar profundamente y recuperarse antes de coger la espada desnuda y darse la vuelta, con Aldrick, para alejarse del río y de los terrenos inundados cercanos a su curso.

Vamma formó un refugio en la ladera rocosa de una colina y Fidelias se agachó para entrar en él y alejarse de la tormenta. Etan proporcionó leña y Fidelias consiguió prender fuego a un montón de cortezas usando el pedernal y la espada de Aldrick. Poco a poco fue aumentando el fuego, hasta que el interior del refugio creado por la furia se comenzó a caldear y adquirir un aspecto acogedor.

Se recostó contra la roca, cerró los ojos y volvió a hacer encargos a Vamma y Etan. Aunque estaba cansado, tenía algo pendiente. Permaneció en silencio durante largo rato, dejando que las furias reunieran información sobre todos aquellos que se movían en la tormenta salvaje que rugía en el exterior.

Cuando volvió a abrir los ojos, Aldrick estaba despierto y lo miraba.

—Me has encontrado —afirmó.

—Sí.

—La espada no es demasiado buena contra un río...

—Mmmm.

Aldrick se sentó y se masajeó la nuca con una mano, con un gesto de dolor y recuperación gracias a la resiliencia de su artificio... y a su juventud, pensó Fidelias. Él ya no era joven.

—¿Dónde está Odiana?

—Aún no lo sé —respondió Fidelias—. La tormenta representa un peligro considerable. Hasta el momento he encontrado a dos grupos en movimiento y creo que al menos hay uno más que por ahora aún no he conseguido localizar.

—¿En cuál de ellos se encuentra Odiana?

Fidelias se encogió de hombros.

—Uno se dirige hacia el noreste y otro hacia el sureste. Creo que percibo algo más directamente al este de aquí, pero no estoy seguro.

—Al noreste no hay nada —replicó Aldrick—. Quizá una de las explotaciones. Y al sureste de aquí ni siquiera hay eso. Se llega al Bosque de Cera y a las llanuras del otro lado.

—Y al este se encuentra Guarnición. Lo sé.

—La han capturado, o se habría quedado cerca de mí.

—Sí.

Aldrick se puso en pie.

—Tenemos que descubrir en qué grupo se encuentra.

Fidelias negó con la cabeza.

—No, no haremos tal cosa.

El espadachín entornó los ojos.

—Entonces, ¿cómo se supone que la vamos a encontrar?

—No la buscaremos —respondió Fidelias—. No hasta que hayamos concluido la misión.

Aldrick se quedó callado durante varios segundos. El fuego crujió y crepitó.

—Voy a fingir que no has dicho eso, anciano —masculló por fin.

Fidelias lo miró.

—Aquitanius te asignó esta misión personalmente, ¿verdad?

Aldrick asintió.

—Has sido su mano derecha durante la mayor parte de la operación. Conoces todos los detalles. Eres el que ha entregado el dinero y el que ha decidido la logística. ¿Sí o no?

—¿Dónde quieres ir a parar?

—¿Qué crees que ocurrirá si falla la misión? ¿Y si Aquitanius corre el peligro de ser descubierto? ¿Crees que te guiñará el ojo, te dará una palmadita en la espalda y te pedirá que no lo menciones donde lo pueda oír nadie? ¿O crees que se asegurará de que nadie encuentre tu cuerpo y mucho menos averigüe todo lo que sabes de sus planes?

Aldrick se lo quedó mirando fijamente, apretó las mandíbulas y apartó la mirada.

Fidelias asintió.

—Terminaremos la misión. Detendremos a cualquiera que trate de avisar al conde local, enviaremos a los Lobos del Viento y soltaremos a los marat. Después de eso, encontraremos a la chica.

—¡A los cuervos con la misión! —escupió Aldrick—. La voy a buscar.

—Ah, ¿sí? —preguntó Fidelias—. ¿Y cómo lo vas a hacer? Tienes muchas habilidades, Aldrick, pero no eres un rastreador. Te encuentras en unas tierras desconocidas, con furias extrañas y unos lugareños hostiles. En el mejor de los casos, merodearás por ahí perdido como un idiota. En el peor, te matarán los lugareños o los marat cuando ataquen. Y entonces, ¿quién encontrará a la chica?

Aldrick resopló, paseando de un lado a otro en el espacio reducido del refugio.

—¡Qué os lleven los cuervos! —bufó—. ¡A todos vosotros!

—Suponiendo que la chica siga viva —añadió Fidelias—, es bastante capaz. Si la han capturado, estoy seguro de que se las apañará para sobrevivir por sí misma. Otórgale al menos el beneficio de la duda. En un par de días, como muy tarde, saldremos en su busca.

—Dos días —advirtió Aldrick. Incluyó la cabeza y gruñó—. Entonces, será mejor que empecemos. Ahora. Detendremos a los mensajeros que pretenden llegar al conde y después iremos a por ella.

—Siéntate. Descansa. Hemos perdido los caballos en la inundación. Al menos hemos de esperar hasta que haya escampado la tormenta.

Aldrick se hartó de guardar la distancia que les separaba y de golpe puso en pie a Fidelias, mirándolo de hito en hito con ojos aviesos.

—No, anciano. Nos vamos ahora. Encuentra sal, saldremos a la tormenta y acabaremos con este asunto. Después me llevarás con Odiana.

Fidelias tragó saliva y mantuvo una expresión calculadamente neutral.

—¿Y después de todo eso?

—Después mataré a todo el que se interponga entre ella y yo —respondió Aldrick.

—Sería más seguro si...

—Me importa un bledo la seguridad —le cortó Aldrick—. Estamos perdiendo el tiempo.

Fidelias observó la tormenta en el exterior del refugio. Le dolían las articulaciones, que se quejaban por los excesos a los que ya las había sometido. Le ardían los pies alrededor de los cortes con un escozor lento y constante. Miró a Aldrick. Los ojos del Espada brillaban con dureza y frialdad.

—De acuerdo —aceptó al fin—. Vamos a buscarlos.

AMARA no había tenido nunca tanto frío.

Nadó en ella; flotó en ella, en la pura oscuridad, helada, tan negra y silenciosa como el vacío. Recuerdos e imágenes bailaban y flotaban a su alrededor. Se vio luchando contra el espadachín. Vio a Bernard de pie y acercándose a ella. Y después el frío, repentino, negro, terrorífico.

«El río —pensó—. Isana ha desbordado el río».

Una pulsera de fuego se ciñó alrededor de su muñeca, pero fue una sensación pasajera. Solo existían la oscuridad y el frío; la pureza ardiente y horrible del frío, que penetraba en ella a través de la piel.

Las sensaciones se desdibujaron y se mezclaron, y oyó gotear el agua y vio el viento frío que soplaba sobre su piel mojada. Oyó a alguien, una voz que le hablaba, pero las palabras no tenían sentido y se amontonaban, demasiado rápidas para que las pudiera comprender. Intentó pedirle a quien le estuviera hablando que lo hiciese más despacio, pero no parecía que su boca le respondiese. Brotaron unos sonidos, pero eran demasiado roncós y ásperos como para representar lo que quería decir.

Los sonidos se alejaron y con ellos, el frío. ¿No más viento? Sintió tierra firme debajo de sí y quedó tendida en ella, definitivamente superada por el cansancio. Cerró los ojos e intentó dormir, pero alguien la zarandeó cuando estaba a punto de caer rendida y la despertó. Percibió una claridad que le trajo un hormiguelo molesto y desagradable en las extremidades. Le dolía, y sintió cómo sus ojos se cubrían de lágrimas por la frustración. ¿No había hecho lo suficiente? ¿No había dado ya bastante? Ya había entregado su vida. ¿También debía sacrificar todo lo demás?

La coherencia regresó de pronto y con ella, un dolor tan agudo y desgarrador que perdió el hálito y la voz en el mismo suspiro. Su cuerpo, encogido hasta formar una bola, se tensaba en una serie de convulsiones y espasmos, como si hiciese todo cuanto estuviera en su mano para terminar con el frío que la había llenado. Se escuchó emitiendo gruñidos, sonidos guturales e incoherentes que no podía evitar, como tampoco podía obligar a su cuerpo a enderezarse.

Sabía que estaba tendida sobre una piedra, con las ropas que había robado en Bernardholt empapadas de agua, y también que en la parte exterior de la tela se estaban formando cristales de hielo. A su alrededor se alzaban paredes curvas de piedra basta que habían detenido el aullido del viento. Una cueva. Y un fuego que arrojaba luz y el calor que ocasionó ese dolor punzante que le recorría el cuerpo.

Sabía que se estaba congelando y que se tenía que mover, quitarse la ropa y acercarse al fuego, o de lo contrario se volvería a hundir en el silencio y no saldría nunca más.

Lo intentó.

No pudo.

Entonces sintió miedo. No la ráfaga de excitación o el relámpago del terror repentino, sino un miedo lento, frío y racional. Se tenía que mover para seguir viva. Pero no se podía mover. En consecuencia, no podría vivir.

Esa cruda evidencia era lo que la aguijoneaba, lo que lo hacía real. Se quería mover, estirar el cuerpo, arrastrarse cerca del fuego: cosas sencillas, cosas que podía hacer en cualquier momento. Pero como ahora no podía, iba a morir. Las lágrimas le nublaron la visión, pero surgían con desgana, demasiado vacías del calor de la vida como para calentarla.

Algo se situó entre el fuego y ella, una silueta, y sintió una mano, grande y caliente —benditamente caliente— que descansaba sobre su frente.

—Te tendremos que quitar esa ropa —murmuró Bernard con un tono amable.

Se acercó a ella y sintió que la levantaba como a una niña. Intentó hablarle, ayudarle, pero solo podía permanecer hecha un ovillo, temblar y emitir gruñidos de impotencia.

—Ya lo sé —murmuró—. Solo relájate.

Tuvo que tirar para quitarle las camisas, pero no demasiado, porque le venían muy grandes. Las prendas cayeron como lascas de barro helado, hasta que se quedó solo con la ropa interior. Sentía las extremidades encogidas y arrugadas. Tenía los dedos hinchados.

Bernard la volvió a acostar, cerca del fuego, y su calor la inundó, lo cual le alivió la tensión de los calambres en los músculos y redujo lentamente el dolor que la acompañaba. Comenzó a poder controlar la respiración y disminuyó su ritmo, aunque seguía temblando.

—Ten —le ofreció Bernard—. Estaba mojada, pero la he estado secando desde que pudimos encender el fuego.

La levantó, y un momento después ya tenía puesta la camisa, un poco húmeda pero también caliente por el calor del fuego. No se preocupó en meterle los brazos en las mangas, solo la envolvió en ella como si fuera una sábana, y Amara se acurrucó agradecida.

La joven abrió los ojos y lo miró. Estaba tendida de lado y encogida. Él, sentado sobre los talones, extendía sus manos enormes hacia el fuego, desnudo de cintura para arriba. La luz del fuego jugaba con su oscuro vello pectoral, con los pesados músculos de su cuerpo y marcaba líneas suaves en varias cicatrices antiguas. La sangre se había secado y formaba una línea en su labio, donde lo había partido un golpe del otro estatúder, y la mejilla ya se le había oscurecido a causa de un hematoma, uno más, ya que mostraba otros en las costillas y en el vientre.

—Vos me seguisteis —dijo Amara un momento más tarde—. Me sacasteis del agua.

Él la miró y después devolvió su atención al fuego. Asintió.

—Era lo mínimo que podía hacer. Detuviste al hombre.

—Tan solo unos segundos —replicó ella—. No habría podido oponer resistencia durante demasiado tiempo. Él es un espadachín consumado. De los buenos. Si el río no se hubiera desbordado de su cauce cuando lo hizo...

Bernard movió una mano y negó con la cabeza.

—Ese no. El que disparó la flecha contra Tavi. Salvaste la vida de mi sobrino. —La miró y dijo en voz baja—: Muchas gracias.

Ella sintió cómo se ruborizaba y bajó la mirada.

—¡Oh!, de nada. —Al cabo de unos instantes preguntó—: ¿No tenéis frío?

—Un poco —admitió, haciendo un gesto hacia las numerosas prendas de ropa que estaban extendidas sobre piedras cerca del fuego—. Brutus está intentando introducir un poco del calor en las piedras que están debajo de esas ropas, pero no comprende demasiado bien el concepto de calor. Se secarán dentro de un rato.

—¿Brutus? —preguntó Amara.

—Mi furia. El perro que viste.

—¡Oh! —recordó—. Dejadme intentarlo.

Amara cerró los ojos y le murmuró algo a Cirrus. El aire alrededor del fuego se agitó con pereza y después el humo y las corrientes de calor trepidaron y se desplazaron hacia la ropa. Amara abrió los ojos para inspeccionar el trabajo de Cirrus y asintió.

—Ahora se deberían secar un poco más rápido.

—Gracias —repitió Bernard, y cruzó los brazos para contener sus temblores—. Así que conocías a los hombres que perseguían a Tavi.

—También había otra persona más, una artífice del agua. Vuestra hermana la expulsó del río.

Bernard bufó con una sonrisa en el rostro.

—Seguro. Eso me lo perdí.

—Los conozco —siguió Amara y le contó brevemente todo lo que pudo sobre Fidelias, los mercenarios y sus temores sobre el valle.

—Política. —Bernard escupió al fuego—. Acepté una explotación en este valle porque no quería saber nada de los Grandes Señores. Ni siquiera del Primer Señor.

—Lo siento —se disculpó Amara—. ¿Todo el mundo está a salvo?

Bernard negó con la cabeza.

—No lo sé. Después de la lucha, no puedo presionar demasiado a Brutus. Se está asegurando de que el otro artífice de tierra no nos pueda encontrar. He intentado mirar, pero no he podido localizar a nadie.

—Estoy segura de que Tavi está bien —le animó Amara—. Es un muchacho con muchos recursos.

Bernard asintió.

—Es listo. Rápido. Pero es posible que eso no sea suficiente con esta tormenta.

—Lleva sal —le informó Amara—. La cogió antes de partir.

—Al menos eso es bueno saberlo.

—Y no está solo. Le acompaña el esclavo.

Bernard sonrió.

—No sé por qué mi hermana se lo ha permitido.

—¿Tenéis muchos esclavos?

Bernard negó con la cabeza.

—Solía comprarlos a veces y les daba la oportunidad de ganarse la libertad. No pocas de las familias de la explotación comenzaron de esa manera.

—Pero no le habéis dado esa oportunidad a Fade...

Él frunció el ceño.

—Por supuesto que sí. Fue el primer esclavo que compré cuando levanté Bernardholt. Pero se gastaba el dinero en cosas en vez de ahorrar para el rescate. O hacía alguna estupidez y tenía que pagar los arreglos. Hace años que perdí la paciencia para tratar con él. Ahora está en manos de Isana. Viste esa ropa harapienta y no quiere dejar de llevar ese viejo collar. Es un buen tipo, supongo, y es un calderero y herrero bastante decente. Pero tiene el cerebro de un ladrillo.

Amara asintió y se sentó. El esfuerzo la dejó jadeante y mareada.

La mano de Bernard, cálida sobre su espalda, le ayudó a mantener el equilibrio.

—Tranquila. Debes descansar. Quedar sumergida en el agua de esa manera te puede matar.

—No puedo —reconoció Amara—. Me tengo que poner en marcha y encontrar a Tavi, o al menos avisar al conde en Guarnición.

—Esta noche no vas a ir a ninguna parte —le indicó Bernard, e hizo un gesto con la cabeza hacia la oscuridad a un lado de la caverna en la cual ambos estaban refugiados; Amara pudo oír afuera el aullido del viento—. La tormenta se ha desencadenado y es peor de lo que pensaba. Esta noche no se va a mover nadie.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Acuéstate —le aconsejó—. Descansa. No tiene sentido que te canses más.

—¿Y vos?

El estatúder se encogió de hombros.

—Estaré bien. —Su mano se apoyó suavemente en el hombro de la joven—. Descansa. Partiremos en cuanto pase la tormenta.

Amara dejó de luchar contra el calor que la estaba invadiendo con un suspiro de alivio, y dejó que la mano de Bertrand la recostase. Sus dedos apretaron un poco y ella pudo sentir su fuerza a través de la piel. La recorrió un escalofrío, que le generaba a la vez una sensación de seguridad y un espasmo repentino de necesidad

física y primordial, arremolinada en el vientre y dispuesta a permanecer ahí, y que le provocó la aceleración de sus latidos y de la respiración.

Levantó la mirada y advirtió en su cara que se había dado cuenta de su reacción. Sintió que se ruborizaba de nuevo, pero no desvió los ojos.

—Estás temblando —dijo en voz baja y sin apartar la mano.

Ella tragó saliva.

—Tengo frío —reconoció.

De repente fue muy consciente de sus piernas desnudas, descaradamente expuestas, y las escondió debajo de la camisa (la de Bernard) que él le había puesto encima.

Entonces Bernard se movió, deslizando la mano desde su hombro. Se estiró a su lado, con su pecho contra el hombro de ella, de manera que Amara quedó tendida entre el fuego y él.

—Reclínate sobre mí —sugirió en voz baja—. Solo hasta que entres en calor.

Ella volvió a temblar y se recostó, percibiendo su fuerza y su calor. Sintió la urgencia de rodar sobre el otro lado, de hundir su cara en el hueco que se le formaba a él entre el cuello y el hombro, de sentir su piel contra la suya, de compartir la cercanía, el calor... y a pesar de todo volvió a temblar. Se humedeció los labios.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy... —Tragó saliva—. Sigo teniendo frío.

Él se movió. Levantó el brazo, lo pasó por encima de ella, con cuidado pero con firmeza, y la atrajo un poco más hacia sí.

—¿Mejor?

—Mejor —susurró Amara. Giró las caderas y los hombros a fin de poderle ver la cara. Su boca podía respirar de la suya—. Muchas gracias. Por salvarme...

Lo que él estuviera a punto de decir murió en sus labios; sus ojos se fijaron en los de la joven y después, en su boca. Transcurrió un momento de silencio doloroso.

—Deberías dormir —sugirió Bernard.

Amara tragó saliva, sin poder apartar su mirada de la de él y negó con la cabeza. Se acercó hasta que su boca tocó la del hombre, esos labios un tanto ásperos, suaves y cálidos. Podía oler su aroma a cuero y viento fresco, y apreció cómo se arqueaba en el beso, suave y dulce. Él le devolvió el beso, con suavidad, y pudo recibir ligeros rastros del calor de su boca buscando hambrienta la suya, y eso provocó que el corazón le palpitara aún más rápido.

Bernard concluyó el beso y separó su boca de la de ella, con los ojos cerrados. Tragó saliva, movió la garganta y Amara sintió cómo su brazo la apretaba un poco más durante un momento. Entonces abrió los ojos.

—Tienes que dormir —le indicó.

—Pero...

—Estás medio helada y tienes miedo —explicó Bernard en voz baja—. No me voy a aprovechar de eso.

Amara se ruborizó y apartó la mirada.

—Pero, si no... Quiero decir...

Él le puso una mano sobre la cabeza y la llevó suavemente hacia abajo. El otro brazo se desplazó bajo su cabeza, de manera que la mejilla de Amara descansara sobre el brazo y no sobre su barba.

—Descansa —repitió en voz baja—. Duerme.

—¿Estáis seguro? —preguntó, pero a pesar de sus deseos, los ojos se le cerraron y se negaron a abrirse.

—Estoy seguro, Amara —respondió, y su voz sonó como un murmullo leve que, además de escuchar, sintió a su lado—. Duerme. Yo estaré de guardia.

—Lo siento —se disculpó—. No quería...

Sintió cómo se inclinaba sobre ella y apretaba su boca sobre su cabello húmedo.

—Calla. Podemos hablar de esto más tarde, si quieres. Descansa.

Con las mejillas encendidas, Amara se recostó en su calidez y suspiró. El sueño se la llevó antes de que pudiera siquiera volver a respirar.

La despertó la luz. Seguía tendida junto al fuego, pero las ropas que se habían estado secando ahora estaban encima de ella, manteniéndola caliente, excepto la espalda, que en ese momento sentía que se estaba empezando a enfriar. Bernard no estaba a la vista y el fuego se había ido consumiendo, pero en un lado de la pequeña cueva relucía una luz grisácea.

Amara se levantó, se envolvió en las camisas y se encaminó hacia la boca de la cueva. Allí encontró a Bernard, que seguía sin camisa, contemplando el paisaje que brillaba con la luz previa al amanecer y el hielo que cubría todas las superficies y las ramas de los árboles. Granizo mezclado con nieve ocultaba el suelo y lo tapizaba todo de blanco, provocando que los sonidos pareciesen más cercanos y ofreciendo a la tierra el extraño resplandor tamizado de la luz invernal. Amara dedicó solo un momento a contemplar el paisaje y después miró a Bernard. Su expresión era dura, alarmada.

—¿Estatúder? —le preguntó.

Él se llevó un dedo a los labios, con los ojos fijos en algún punto y la cabeza ladeada hacia un lado, como si estuviera escuchando. Entonces sus ojos se dirigieron hacia el sur, hacia los árboles que se alzaban en una zona silenciosa en penumbra, transmitiendo tranquilidad.

—Allí —señaló.

Amara frunció el ceño, pero se acercó, abrazándose un poco más a las capas de ropa para protegerse del frío exterior. El invierno había llegado con fuerza, impulsado por la tormenta. Miró a Bernard y después hacia los árboles que observaba con tanta

intensidad.

Lo oyó antes de ver nada: un sonido bajo y ondulante que comenzó a crecer y a acercarse. Le llevó un momento identificar el sonido para definirlo como algo que pudiera reconocer.

Cuervos. El graznido de miles de cuervos.

Tan pronto como empezó a temblar, aparecieron las siluetas negras sobre el cielo que ya anticipaba el amanecer. Procedían de donde miraba Bernard, volando bajo cerca de las copas de los árboles. Cientos de ellos, miles, pasaban por el aire como una sombra viviente, ennegreciendo el cielo; volaban hacia el norte y el este, sobre el valle de Calderon, y se desplazaban con una seguridad asombrosa, con un propósito.

—Cuervos —susurró Amara.

—Lo saben —comentó Bernard—. Oh, furias. Siempre lo saben.

—¿Lo saben? ¿Qué es eso que saben? —suspiró Amara.

—Dónde encontrar muertos —dejó escapar una respiración trémula—. Huelen la batalla.

Amara abrió mucho los ojos.

—¿Vuelan hacia Guarnición?

—Tengo que encontrar a Tavi e Isana, y regresar a la explotación —murmuró Bernard.

Ella se giró hacia él y le cogió el brazo.

—No —se negó—. Necesito vuestra ayuda.

El estatúder negó con la cabeza.

—Mi responsabilidad es para con mi casa. He de volver a ella.

—Escuchadme —le rogó—. Bernard, necesito vuestra ayuda. No conozco este valle. No conozco los peligros. Temo moverme por el aire a plena luz del día, e incluso si consiguiese llegar sola hasta el conde, es posible que no me escuchara. Necesito que me acompañe alguien a quien conozca. Tengo que conseguir que reaccione ante esto con toda la fuerza que pueda... si existe alguna posibilidad de proteger el valle.

Bernard negó con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver conmigo.

—¿Tendrá algo que ver con vos cuando una horda marat ataque Bernardholt? Decidme, ¿creéis que vuestra gente y vos seréis capaces de rechazarlos?

Él la miró dubitativo.

Amara siguió presionando.

—Bernard. Estatúder Bernard. Vuestro deber está con vuestro pueblo. La única forma de protegerlo es alertar a Guarnición y movilizar las legiones. Me podéis ayudar a conseguirlo.

—No lo sé. Mira, Gram es un cabrón viejo y testarudo. No le puedo decir que he

visto a los marat en el valle. No lo recuerdo. Su artífice del agua se lo dirá.

—Pero le podéis explicar lo que habéis visto —insistió Amara—. Le podéis decir que me apoyáis. Si tengo vuestro apoyo, tendrá que tomarse en serio mis credenciales como cursor. Él tiene la autoridad de llevar a Guarnición la fuerza de una legión para proteger el valle.

Bernard tragó saliva.

—Pero Tavi no tiene a nadie que cuide de él. Y mi hermana... no estoy seguro de que haya podido superar esta pasada noche.

—¿Estarán mejor si los marat exterminan a todo el mundo en el valle de Calderon?

Bernard apartó la mirada y se concentró en los cuervos que seguían pasando por el aire.

—¿Crees que alguien está vigilando el aire? —gruñó.

—Hay una centuria completa de caballeros estacionados en Guarnición —respondió Amara—. Con un par de cohortes de infantería como apoyo pueden resistir a una docena de hordas. Creo que quien haya organizado todo esto tiene planeado atacarles y destruirlos antes de la llegada de los marat.

—Los mercenarios —sugirió Bernard.

—Sí.

—Entonces, es posible que haya más gente que intente evitar que lleguemos a Guarnición. Asesinos profesionales.

Amara asintió en silencio, mirándole a la cara.

Bernard bajó los párpados.

—Tavi... —Se quedó en silencio durante un largo rato antes de abrir los ojos—. Isana. Los voy a dejar solos en medio de este caos.

—Lo sé —reconoció Amara en voz baja—. Lo que os estoy pidiendo es terrible.

—No. No. Es el deber. Te ayudaré.

Ella le apretó el brazo.

—Gracias.

El estatúder la miró.

—No me des las gracias —le recriminó—. No lo hago por ti.

Aun así, cubrió la mano de Amara con la suya y la acarició.

Ella tragó saliva.

—Bernard. La pasada noche... Lo que dijisteis... Teníais razón. Estoy asustada.

—Yo también —admitió. Le soltó la mano y entró de nuevo en la cueva—. Vamos a vestirnos y nos pondremos en marcha. Tenemos un camino muy largo por delante.

ISANA oyó una voz de mujer.

—Despierta, despierta.

Alguien la abofeteó en la cara, inesperadamente y con fuerza. Isana dejó escapar una exclamación de sorpresa y levantó los brazos en un esfuerzo para protegerse la cara. La misma voz insistió otra vez, como antes.

—Despierta, despierta.

Y la abofeteaba a intervalos regulares, con lo que Isana se fue encogiendo para alejarse de los golpes, hasta que consiguió colocar las rodillas y las manos bajo su cuerpo y levantar la cabeza.

Sentía un calor sofocante. Tenía la piel empapada de sudor y su ropa también estaba húmeda. La luz le daba en los ojos y tardó unos segundos en darse cuenta de que se encontraba sobre un suelo sucio y que había fuego a su alrededor, un círculo de fuego de unos seis metros de diámetro, un anillo de brasas de madera humeante. La garganta y los pulmones le ardían a causa de la sed que le provocaba el humo y tosió hasta casi vomitar.

Se cubrió la boca con manos temblorosas e intentó filtrar el humo y el polvo en el aire al respirar. Unas manos rápidas y fuertes la ayudaron a sentarse.

—Gracias —murmuró con voz rasposa.

Isana levantó la mirada para descubrir que se trataba de la mujer a quien había visto en Rillwater estrangulando a Tavi. Era hermosa, tenía el cabello y los ojos oscuros, y unas curvas tan atractivas que cualquier hombre la desearía. El cabello le colgaba en mechones húmedos de sudor, y tenía la cara manchada de hollín. La piel de la mujer, en líneas que le atravesaban los ojos, era de un color rosado, brillante y tersa. Una pequeña sonrisa curvaba sus labios carnosos.

Isana soltó una exclamación a causa de la sorpresa, y se alejó de ella al tiempo que miraba a su alrededor, a los fuegos, a un techo bajo y unas paredes de piedra que formaban un círculo no mucho más allá del anillo de brasas. Había una puerta que conducía al exterior e Isana intentó ponerse de pie y moverse hacia allí, pero descubrió que sus piernas prácticamente no le respondían. Tropezó y cayó pesadamente sobre un costado, muy cerca de las brasas, de manera que la piel comenzó a notar una dolorosa abrasión. Consiguió apartarse a rastras del fuego.

La mujer la ayudó, arrastrando a Isana con una eficiencia fría.

—Desagradable, desagradable —comentó—. Debes tener cuidado o te quemarás. —Se sentó un poco apartada de Isana, ladeando la cabeza y estudiándola—. Mi nombre es Odiana —se presentó—. Y tú y yo somos prisioneras.

—Prisioneras —susurró Isana. La voz le salió como un graznido y tuvo que toser dolorosamente—. ¿Dónde estamos prisioneras? ¿Qué les pasa a mis piernas?

—En Kordholt, creo que así lo han llamado —respondió Isana—. Estás sufriendo ese malestar como consecuencia de un artificio. Cuando Kord te encontró en las orillas de la inundación, tenías la cabeza rota. Me obligaron a curarte.

—¿Tú? —preguntó Isana—. ¿Tú me curaste? Pero le estabas haciendo daño a Tavi...

—¿El chico guapo? —preguntó Odiana—. No le estaba haciendo daño, lo estaba matando, que es diferente. —Hizo un gesto desdeñoso con la nariz—. Pero no era nada personal.

—Tavi —dijo Isana con un nuevo ataque de tos—. ¿Tavi se encuentra bien?

—¿Cómo lo puedo saber? —respondió Odiana con un tono ligeramente impaciente—. Me arrancaste los ojos, mujer. Lo siguiente que pude ver fue a ese bruto feo.

—Entonces no estás... —Isana movió la cabeza—. Así pues, Kord te capturó.

Ella asintió.

—Me encontré después de la inundación. Acababa de recuperar mis ojos. —Odiana sonrió—. Nunca he conseguido tener unas uñas como esas. Me tendrás que enseñar cómo se hace.

Isana se la quedó mirando por un momento.

—Tenemos que salir de aquí.

—Sí —asintió Odiana, mirando hacia la puerta—. Pero no parece posible por el momento. Ese Kord es un esclavista, ¿verdad?

—Lo es.

Los ojos de la mujer morena brillaron.

—Eso creía yo.

La sed que sentía en la garganta se volvió insoportable para Isana.

—Rill, necesito agua —murmuró.

Odiana dejó escapar un suspiro de impaciencia.

—No —dijo—. No seas idiota. Nos ha rodeado de fuego. Nos está secando. Tu furia no te puede oír, y aunque pudiese, no podrías humedecer ni un trapo.

Isana tembló: por primera vez desde que había encontrado a Rill no sintió el estremecimiento en respuesta a su llamada ni la presencia tranquilizadora de la furia de agua. Tragó mientras repasaba con su mirada el interior de la estancia. De algunas de las paredes colgaban trozos de carne y el humo permanecía estático en el aire: era un ahumadero de la explotación de Kord.

Estaba prisionera en la explotación de Kord.

La idea le produjo escalofríos y le envió un temblor helado que se extendió desde la nuca hasta la raíz del cabello.

Odiana la miró en silencio y asintió lentamente.

—No tiene intención de dejarnos abandonar este lugar. Lo sentí en él antes de que

nos trajese.

—Tengo sed —comentó Isana—. Hace calor suficiente como para matarnos. Necesito beber.

—Nos dejaron dos pequeñas copas de agua —informó Odiana señalando con un gesto hacia el extremo más alejado del círculo.

Isana trató de fijar su mirada, hasta que acertó a ver un par de copas de madera y se acercó a ellas. La primera que cogió no pesaba nada y estaba vacía. La dejó a un lado. Tenía la garganta ardiendo, y lo intentó con la segunda.

También estaba vacía.

—Estabas dormida —explicó Odiana con calma—. De manera que me las bebí.

Isana se quedó mirando incrédula a la mujer.

—Este calor nos puede matar —le explicó intentando mantener un tono tranquilo.

La mujer le dedicó una sonrisa lánguida y perezosa.

—Bueno, a mí no me matará. He bebido por las dos.

Isana apretó los dientes.

—De acuerdo, tiene sentido. Úsalo. Llama a tu furia y pide ayuda.

—Estamos más allá de toda ayuda, chica del campo.

Isana apretó los labios.

—Entonces cuando entre uno de ellos...

Odiana negó lentamente con la cabeza y habló con un tono frío, desapasionado y práctico.

—¿Crees que es la primera vez que lo hacen? Esto es lo que hacen los esclavistas, chica del campo. Nos mantienen con vida, pero lo suficientemente débiles como para que no podamos usar totalmente nuestras furias. Lo intentaría, no funcionaría y nos castigarían a las dos.

—¿Y eso es todo? —replicó Isana—. ¿Ni siquiera lo intentamos?

Odiana cerró los párpados durante un momento, y después bajó la mirada.

—Solo vamos a tener una oportunidad, chica del campo —explicó en voz muy baja.

—No soy una chi...

—Eres una niña —le espetó Odiana—. ¿Sabes cuántas esclavas son violadas al cabo de un día de su captura?

La idea hizo que volviera a sentir frío.

—No.

—¿Sabes lo que les ocurre a las que se resisten?

Isana negó con la cabeza.

Odiana sonrió.

—Hazme caso. Solo te resistes una vez. Y después de eso se aseguran de que nunca lo volverás a intentar de nuevo.

Isana clavó los ojos en la mujer durante un buen rato.

—¿Cuánto tiempo fuiste esclava? —le preguntó al fin.

Odiana se retiró el cabello de la cara con una mano y explicó con voz fría:

—Cuando tenía once años, nuestro estatúder nos vendió a un grupo de esclavistas para saldar una deuda de mi padre. Nos violaron a todos. Mataron a mi padre, a mi hermano mayor y al bebé. Violaron a mi madre, a mis hermanas y a mí. Y a mi hermano menor. Era guapo. —Su mirada quedó distante, fija en la pared más alejada. El fuego se reflejaba en sus ojos, haciéndolos brillar—. Yo era demasiado joven. No había empezado mi ciclo ni descubierto mi artificio de las furias. Pero esa noche ocurrió. Cuando me violaron. Me pasaron alrededor del fuego como una redoma de vino. Cuando desperté pude percibir todo lo que sentían, chica del campo. Toda su lujuria, su odio, su miedo y su hambre. Me inundó. Penetró dentro de mí. —Se empezó a mecer adelante y atrás sobre los talones—. No sé cómo descubriste tu artificio del agua, cuándo empezaste a sentir por primera vez a las otras personas. Pero debes dar gracias a todas las furias de Carna por que no fuese como mi despertar. —La sonrisa volvió lentamente a sus labios—. Es suficiente para volver loco a cualquiera.

Isana tragó saliva.

—Lo siento. Pero Odiana, si podemos trabajar juntas...

—Nos pueden matar juntas —la interrumpió Odiana y su voz volvía a sonar afilada—. Escúchame, chica del campo, y te explicaré lo que va a ocurrir. Lo he vivido antes.

—De acuerdo —aceptó Isana en voz baja.

—Hay dos tipos de esclavistas —explicó Odiana—. Los que se dedican a ello por razones profesionales y los se lo toman de forma personal. Los primeros trabajan para el Consorcio. No permiten que nadie dañe o utilice su mercancía, a menos que se trate de imponer disciplina. Si les gustas, te invitan a su tienda, te dan buena comida, una charla e intentan seducirte. Es lo mismo que la violación, solo que lleva más tiempo y recibes una buena comida y duermes en una cama blanda.

—Ese no es Kord.

—No, no lo es. Kord es del otro tipo. Como los que se llevaron a mi familia. Para él, se trata de apalea a alguien, de romperlo. No quiere entregar un producto de alta calidad, dispuesto al trabajo o al placer. Quiere que seamos piezas dañadas. Quiere que seamos animales. —Sonrió—. Cuando nos viola, solo se trata de una parte del proceso de disfrutar un poco más que los demás.

El estómago de Isana sufrió un retortijón.

—Violarnos —susurró—. Él...

La otra mujer asintió.

—Si te quisiera matar, ya estarías muerta. Tiene otros planes para ti. —Bufó—. Y

he visto a algunas de las otras mujeres que tiene en este lugar. Conejas. Ovejas. Le gustan mansas, que no luchen.

Tembló y se estiró, arqueó sinuosamente la espalda y cerró los ojos durante un momento. Desplazó una mano hasta el cuello de la blusa, tirando de él y tratando de desabrochar algunos botones, pero la tela empapada de sudor se le quedó adherida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Isana.

Odiana se pasó la lengua por los labios.

—No tengo mucho tiempo. Escucha atentamente: para él, el juego consiste en quebrarte, y para eso te tiene que aterrorizar. Si no sientes miedo, no tiene poder sobre ti. Si adoptas una actitud de silencio y reserva, no eres lo que quiere. ¿Comprendes?

—S... sí —tartamudeó Isana—. Pero oye, Odiana, no nos podemos quedar aquí...

—Sobreviviremos mientras no te rompas —la interrumpió Isana—. Para él yo no soy más que una puta guapa a la que puede usar. A ti te quiere rota. Mientras te controles, no tendrá lo que quiere.

—¿Qué ocurrirá si no lo resisto?

—Te matará —respondió—. Y me matará a mí porque te he visto y esconderá los cuerpos. Pero eso no ocurrirá.

—¿Por qué no?

—No ocurrirá —repitió Odiana—. De un modo u otro, aguanta un día, un solo día. Eso es todo. Porque te prometo que ninguna de las dos va a respirar durante media hora más si te rompes. Por eso me bebí las dos copas.

Isana luchó para respirar; la cabeza le daba vueltas.

—¿Por qué te has bebido las dos copas?

—¿Has probado alguna vez la afroditas, chica del campo?

Se quedó mirando a Odiana.

—No —confesó—. Nunca.

Odiana se lamió los labios con una sonrisa.

—Entonces te habría desconcertado. Desear cuando sabes que no deseas. Al menos, yo conozco los efectos. —Tiró de nuevo del cuello de la blusa y la desabotonó más, mostrando las curvas suaves de sus pechos. Se ajustó la caída de la falda, de manera que dejaba desnudo un muslo fuerte y suave, y movió el dedo a lo largo de él—. Vamos a revisar nuestra estrategia. Yo los voy a hacer felices. Y tú no te vas a preocupar. Así de sencillo.

Isana notó un retortijón y se sintió enferma al mirar a la otra mujer.

—Vas a... —No pudo terminar. Era demasiado horrible.

Odiana dejó que los labios se le curvaran en una sonrisa.

—El acto en sí no es desagradable, ¿sabes? Y no voy a pensar en él. —Su sonrisa

se amplió y asomó el blanco de sus ojos—. Estaré pensando en los trozos. En los trozos que quedarán de ellos cuando los atrape mi señor. Primero se ocupará de su deber y después vendrá a por mí. Y solo quedarán trozos. —Tembló y dejó escapar un suspiro suave—. Ya ves. Ya soy feliz.

Isana miró a la mujer, asqueada, y movió la cabeza. Eso no podía estar ocurriendo. Simplemente, no podía ocurrir. Ella, junto con su hermano, llevaban toda su vida adulta trabajando para convertir el valle de Calderon en un lugar seguro para las familias, para la civilización, para que Tavi pudiera crecer. Esto no formaba parte del mundo que estaban construyendo. Esto no formaba parte de lo que había soñado.

Las lágrimas se le acumularon en los ojos y luchó por contenerlas, por retener la preciosa humedad antes de que cayeran. Sin pensarlo, buscó la ayuda de Rill y no la encontró. Las lágrimas acabaron por rodar por sus mejillas.

Dolía. En lo más profundo. Se sentía horriblemente sola, con la única compañía de una loca. Intentó dar de nuevo con Rill, desesperada, y no sintió nada. Persistió una y otra vez, negándose a aceptar que su furia se encontrase más allá de su alcance.

No oyó los pasos hasta que estaban justo al lado del ahumadero. Alguien abrió la puerta. La silueta terrible y enorme de Kord y de una docena de hombres se recortó bajo la luz del círculo de brasas.

SER capturado, pensó Tavi, era doblemente malo. Era incómodo y aburrido.

Los marat no pronunciaron palabra, ni con los aleranos ni entre ellos. Cuatro marat habían apoyado las puntas de sus lanzas en los cuellos de Tavi y Fade, mientras que otros dos les habían atado los brazos y las piernas con una cuerda trenzada y resistente. A Tavi le quitaron el cuchillo y el morral para registrarlo y después confiscaron la mochila vieja y desgastada de Fade. Por último, los dos que los habían atado, simplemente los colocaron sobre sus anchos hombros y salieron corriendo con ellos bajo la tormenta.

Después de media hora rebotando contra el hombro del guerrero marat, Tavi sentía el estómago como si hubiera estado dándose barrigazos desde el árbol más alto a orillas del Rillwater. El marat que lo transportaba corría con una agilidad pura y depredadora, moviéndose por el terreno con un ritmo que devoraba la distancia. Saltó por encima de un arroyo y sobre una fila de arbustos sin que el peso de su prisionero fuese ningún inconveniente.

Tavi intentó descubrir en qué dirección iban, pero la oscuridad, la tormenta y su posición forzada (en su mayor parte boca abajo) lo hizo imposible. La lluvia se convirtió en un granizo fuerte y punzante, que casi lo cegaba por completo. El viento seguía aumentando y se volvía más frío, y Tavi podía ver a los manes del viento moviéndose en la tormenta, salvajes e inquietos. Ninguno de ellos se acercó a la partida de guerreros marat.

Trató de determinar su posición por las formas del terreno que veía correr bajo su nariz, pero la tormenta empezó a bañarlo con una capa blanca y monótona. No tenía manera de orientarse por el tipo de rocas o tierra que veía a sus pies, no podía guiarse por las estrellas, ni orientarse por las formaciones del terreno. Lo siguió intentando durante una hora más, hasta que se rindió porque era inútil.

Eso lo dejó con una única cosa en la que pensar: el miedo.

Los marat los habían capturado a Fade y a él. Aunque su apariencia era similar a la de los aleranos, en realidad no eran humanos, y nunca mostraron el más mínimo deseo de serlo, sino que continuaban siendo unos salvajes primitivos que devoraban a los enemigos caídos en combate y se apareaban con bestias. Aunque no conocían el artificio de las furias, lo podían igualar gracias a sus capacidades atléticas, una osadía que era más locura que virtud. Su enorme población vivía en las extensiones desconocidas de las tierras salvajes situadas tras el lado oriental de la última fortificación de las legiones: Guarnición.

Cuando la horda marat penetró en el valle, matando al príncipe y aniquilando su legión hasta el último hombre, solo los pudieron expulsar los grandes refuerzos enviados desde el resto de Alera, tras varios combates enconados y sangrientos.

Ahora habían regresado, probablemente para atacar en secreto, y Tavi los había visto y conocía sus propósitos.

¿Qué le iban a hacer?

Tragó saliva y se intentó convencer de que el ritmo acelerado de su corazón era consecuencia de la paliza que estaba recibiendo sobre el hombro de su captor, en lugar del terror silencioso que había anidado en su interior y que iba creciendo lentamente con cada zancada.

Una eternidad más tarde, el marat fue reduciendo poco a poco el ritmo de la carrera hasta detenerse. Gruñó algo en una lengua rápida y gutural, y bajó a Tavi del hombro; tras dejarlo en el suelo, puso firmemente un pie desnudo y manchado de barro sobre su cabello. Le cubrió la boca con las manos y dejó escapar algo que semejaba una tos baja y gutural, un sonido que parecía imposible que surgiera de un pecho de tamaño humano.

Un sonido similar de respuesta llegó desde los árboles y entonces el suelo tembló cuando unas formas grandes y pesadas, oscuras bajo la tormenta y la noche, se les acercaron. Tavi reconoció el olor antes de poder vislumbrar la silueta exacta de las criaturas: gargantes.

El marat que había cargado con Tavi, evidentemente el jefe del grupo, le dio una palmada en el lomo al toro más cercano, y la gran bestia se arrodilló con una delicadeza poderosa, con los dientes ocupados en rumiar varios kilos de hierba. Su captor habló a los demás del grupo y levantó de nuevo a Tavi. El muchacho miró a su alrededor y vio que otro marat cogía a Fade.

El salvaje lo cargó bajo el brazo mientras ponía el pie en la articulación de la pata delantera del gargante y con un salto subía al lomo arqueado de la gran bestia, donde se acomodó en una especie de silla de montar, que consistía en una esterilla pesada tejida con las mismas cuerdas bastas que ataban a Tavi y que estaban fabricadas con pelo del propio animal.

Colocó al chico boca abajo sobre la esterilla y dispuso varias cuerdas más alrededor del muchacho con la misma facilidad con la que un arriero coloca la carga. Tavi miró al marat. Tenía unos rasgos anchos, desagradables, y sus ojos eran de un marrón muy oscuro. Aunque no era tan alto como su tío, sus hombros y el pecho harían que Bernard pareciera escuálido en comparación, y bajo la piel se movían bloques de músculos poderosos. Su cabello basto y sin color definido iba peinado hacia atrás y recogido en una trenza. Él bajó la mirada hacia Tavi mientras lo terminaba de acomodar sobre el gargante, y la bestia se empezó a levantar sin ninguna señal aparente de su jinete. El marat sonrió mostrando unos dientes anchos, blancos y cuadrados. Murmuró algo en la misma lengua y los del grupo dejaron escapar carcajadas duras y rasposas, mientras montaban en sus gargantes.

Las grandes bestias se pusieron en pie y partieron con un trote rápido, formando

una sola fila, de manera que sus grandes zancadas avanzaban por el terreno a gran velocidad, regulares e incansables como las estrellas en el cielo. El muchacho solo podía vislumbrar la silueta de Fade, atado en el gargante que seguía al que lo llevaba a él. Sonrió y deseó poder estar al menos con el esclavo. Lo más seguro era que Fade estuviera aterrorizado, siempre lo estaba.

Avanzaron durante un tiempo que Tavi difícilmente podía calcular, teniendo en cuenta que iba atado boca abajo y que veía poco más que una pata del gargante y el suelo blanco a causa de la nieve que pasaba por debajo. Un silbido grave y repentino rompió la monotonía. Tavi se esforzó en mirar hacia el origen del sonido y después a su captor. El marat movió su peso ligeramente hacia atrás y el gargante fue reduciendo la zancada poco a poco, hasta llegar al final a una parada lenta y pesada.

El marat no esperó a que se arrodillase el gargante, sino que bajó por una cuerda trenzada que disponía de nudos cada dos palmos y que colgaba de la silla, mientras respondía con otro silbido bajo.

De la oscuridad surgió otro marat joven, de espaldas anchas y pecho poderoso, jadeando, como si hubiera estado corriendo. A Tavi le pareció que su expresión era enfermiza, incluso asustada. Habló en la lengua gutural de los marat y el captor de Tavi colocó la mano sobre el hombro del recién llegado y le obligó a repetir lo dicho.

Cuanto terminó, el captor de Tavi emitió un silbido corto y otro marat del final de la fila de gargantes bajó de su silla y trajo consigo lo que Tavi reconoció como una antorcha apagada y una caja de yesca de fabricación alerana. El marat se arrodilló, sostuvo la antorcha entre los muslos, con una piedra hizo saltar chispas de la yesca y encendió la antorcha. Se la pasó al captor de Tavi, que mantenía la mano en el hombro del marat joven y le hizo una señal de asentimiento.

Tavi vio cómo el joven marat conducía a su captor hacia una forma vaga en la nieve. Podía ver poca cosa, excepto que la nieve que la cubría estaba manchada de rojo. El marat dio unos pocos pasos. Después, algunos más. Aparecieron más bultos en el suelo.

El estómago de Tavi le dio un vuelco con el lento choque que supuso para él procesar lo que estaba viendo. Eran personas: los marat estaban caminando entre personas tiradas en el suelo, personas muertas hacía tan poco que su sangre seguía manchando la nieve recién caída. El chico levantó la mirada y creyó ver que la luz de la antorcha del marat se reflejaba en el agua, no muy lejos. El lago.

Aldoholt.

Tavi contempló cómo el marat corría describiendo velozmente un círculo y la luz de la antorcha iluminó en cierto momento la muralla inclinada de la explotación. Los cuerpos yacían en una línea que partía de las puertas del recinto, uno a uno, como si sus habitantes hubiesen realizado un último esfuerzo por salir corriendo y hubieran sido derribados uno por uno y rematados en la nieve.

Tragó saliva. Sin duda, sus vecinos estaban todos muertos. Personas a las que conocía, con las que había reído, con las que se había disculpado... personas a quienes conocía, asesinadas y destrozadas. Se le contrajo el estómago, se sintió indispuerto, e intentó inclinarse hacia el lado del animal para vomitar en el suelo en lugar de hacerlo sobre la silla del gargante.

El jefe de los marat regresó, pero le había pasado la antorcha al más joven. En cada mano llevaba algo indefinido y pesado, que Tavi no pudo identificar hasta que el salvaje se acercó al gargante.

El jefe marat levantó aquello hacia la luz de las antorchas y emitió otro silbido bajo dirigido a sus hombres. La luz del fuego iluminó las cabezas cortadas de lo que parecían un lobo gigante y un moa con los ojos vidriosos. Parecía que los residentes de la explotación no eran los únicos que habían muerto, y Tavi sintió una oleada pequeña e impotente de venganza satisfecha. Escupió hacia el jefe marat.

Este último levantó la mirada hacia él con la cabeza ladeada, después se volvió hacia el más joven y dibujó una línea que le cruzó la garganta. El más joven aplastó la llama de la antorcha en la nieve y la apagó. El jefe marat dejó caer las cabezas y se encaminó con rapidez hacia la cuerda con nudos para regresar a la silla de montar. Se giró hacia Tavi y lo miró durante un momento, antes de inclinarse y tocar un lugar en la silla que Tavi había manchado cuando vomitó.

El marat levantó la punta del dedo hasta la nariz, la arrugó y pasó la mirada desde el muchacho a los bultos silenciosos y ensangrentados en la nieve. Asintió con expresión lúgubre y entonces cogió una cantimplora de cuero que iba colgada de la silla, se volvió hacia Tavi y sin mayores miramientos se la metió en la boca y apretó para que saliera agua a presión.

Tavi se atragantó y escupió, mientras el marat retiraba la cantimplora y asentía. Después, volvió a colgarla de la silla y soltó otro silbido bajo. La fila de gargantes se puso en marcha y el marat joven saltó para montar detrás de otro jinete a lo largo de la fila.

El chico miró hacia atrás y descubrió que su captor lo estaba estudiando con el ceño fruncido. El marat apartó la vista y se volvió a mirar la explotación, con inquietud en sus rasgos anchos y feos, quizá preocupado. Después devolvió su atención a Tavi.

Tavi sopló para apartarse el cabello de los ojos y preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué diantre estás mirando?

Las cejas del marat se alzaron y una vez más la sonrisa de dientes anchos apareció brevemente en su rostro. Su voz surgió como un murmullo de barítono.

—Te miro a ti, chico del valle.

Tavi parpadeó.

—¿Hablas la lengua de Alera?

—Un poco —respondió el marat—. Llamamos a tu lengua la lengua del comercio. A veces comerciamos con tu pueblo. Comerciamos entre nosotros. Cada clan tiene su propia lengua. Entre clanes hablamos en comercio. Hablamos alerano.

—¿A dónde nos lleváis? —preguntó Tavi.

—Al *horto* —respondió el marat.

—¿Qué es un *horto*?

—Tu pueblo no tiene palabra.

Tavi negó con la cabeza.

—No entiendo.

—Tu pueblo no lo hace nunca —replicó sin malicia—. Nunca lo intentan.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho.

El marat se volvió hacia el camino que se extendía delante de ellos y se agachó indiferente para eludir una rama baja. El gargante se movió un poco hacia un lado, al mismo tiempo que lo hacía su jinete, y la rama pasó a menos de la anchura de un dedo del marat.

—Soy Tavi.

—No —replicó el marat—. Tú eres alerano, chico del valle.

—No, quiero decir que me llamo Tavi. Así me llaman.

—Que te llamen de una manera no te convierte en otra cosa, chico del valle. A mí me llaman Doroga.

—Doroga. —Tavi frunció el ceño—. ¿Qué nos vais a hacer?

—¿Haceros? —El otro, a su vez, también frunció el ceño—. Mejor no pensar en eso por ahora.

—Pero...

—Chico del valle, cállate. —Doroga lanzó una mirada en dirección a Tavi con unos ojos oscuros y amenazantes. Tavi tembló al verlo y le recorrió un escalofrío. Doroga gruñó y asintió—. Mañana es mañana —dijo mientras apartaba la mirada—. Esta noche estás en mi poder. Esta noche no irás a ningún sitio. Descansa.

Después de eso guardó silencio. Tavi lo miró largamente, y después pasó un rato más moviendo las muñecas atadas, intentando aflojarlas un poco para intentar huir. Pero solo consiguió que las cuerdas se apretaran aún más, cortándole las muñecas y provocándole dolor y un escozor constante. Así que se rindió después de retorcerlas durante varios minutos.

Tavi se dio cuenta de que el granizo había dado paso a una nieve pesada y húmeda, y de que era capaz de levantar un poco la cabeza para mirar a su alrededor. No podía identificar dónde se encontraban, aunque unas siluetas lejanas que vio de soslayo en las sombras le cosquilleaban en la memoria. Supuso que debían de estar en algún punto más allá del lago y de Aldoholt, pero no se podían dirigir a ningún otro

lugar que no fuera Guarnición, la única entrada y salida al final del valle.

¿Lo era?

Tenía la espalda y las piernas empapadas y heladas, pero poco después de ser consciente de ello, Doroga lo volvió a mirar, sacó una sábana de tejido alerano de la alforja y la colocó sobre Tavi, cubriéndole también la cabeza.

Tavi apoyó la cabeza en la esterilla de la montura y se dio cuenta inopinadamente de que el material usado para su confección, el pelo trenzado de gargante, conservaba bastante bien la temperatura, y en cuanto el marat le puso encima la sábana empezó a entrar en calor.

Eso, junto con el paso suave y constante del animal, fue demasiado para Tavi en su estado de agotamiento. Se durmió en algún instante de lo más profundo de la noche.

Se despertó envuelto en sábanas. Se sentó, parpadeó varias veces y miró a su alrededor.

Se encontraba en una tienda extraña. Estaba construida con palos largos y curvados colocados en círculo, unidos en el extremo superior a otro palo central, y por encima de esa estructura se extendía una cubierta de cuero. Podía oír el viento en el exterior, a través de un agujero en el techo de la tienda, por el que también entraba un poco de la pálida luz del sol invernal. Se frotó la cara y vio a Fade sentado en el suelo a su lado, con las piernas cruzadas, las manos en el regazo y una mueca extraña en la cara.

—Fade —lo llamó Tavi—. ¿Estás bien?

El esclavo levantó la mirada, vacía durante un momento, y después asintió.

—Problemas, Tavi —comentó por último con tono muy serio—. Problemas.

—Lo sé —reconoció el muchacho—. No te preocupes. Encontraremos una forma de salir de esta.

Fade asintió, mirando a su compañero con ojos expectantes.

—Bueno, no ahora mismo —aclaró, después de un momento de indecisión—. Al menos me podrías ayudar a encontrar una manera de librarnos de esto...

El esclavo mostró una expresión ausente cuando lo miró, y después frunció el ceño.

—Los marat comen aleranos.

Tavi tragó saliva.

—Lo sé, lo sé. Pero si nos fueran a comer no nos habrían dado sábanas y un lugar donde dormir. ¿De acuerdo?

—Quizá les guste la comida caliente —replicó Fade lúgubre—. Comida cruda.

El chico se lo quedó mirando fijamente.

—Eso es ayuda suficiente, Fade —reconoció Tavi—. Levántate. Quizá no haya

nadie vigilando y podamos escabullirnos.

Ambos se pusieron en pie. Tavi no se había acabado de acercarse al faldón de la tienda para mirar afuera cuando se abrió, dejando pasar una oleada de luz pálida que atravesó un marat joven y delgado, vestido con una larga túnica de cuero. Llevaba el cabello recogido en una trenza idéntica a la de Doroga, aunque su cuerpo era bastante más esbelto y sus rasgos, más finos y marcados. Los ojos del joven contenían un remolino irisado de colores, en lugar del marrón oscuro de los de Doroga, y los abrió mucho al verlos, como si estuviera sorprendido, y de inmediato una daga afilada de piedra negra apareció en su mano y se dirigió contra el rostro del muchacho.

Tavi se echó hacia atrás con rapidez suficiente para salvar sus ojos, pero no para evitar un dolor repentino y urente en el pómulo. El muchacho soltó un chillido, mientras Fade lloriqueaba y le tiraba frenético de la camisa, arrastrándolo hacia atrás y hacia el suelo.

El marat parpadeó, sorprendido, y después les preguntó algo en su lengua gutural, con un tono agudo y, según le pareció a Tavi, algo nervioso.

—Lo siento —respondió el chico—. Hum... No te entiendo. —Desde el suelo le enseñó al marat sus manos desnudas e intentó esbozar una sonrisa, aunque supuso que debió de parecer bastante enfermiza—. Fade, me estás pisando la manga.

El joven marat frunció el ceño, bajando un poco el cuchillo, y preguntó algo más, esta vez en una lengua que sonaba diferente. Pasó su mirada de Tavi a Fade y torció el gesto con asco al reparar en las cicatrices de este último.

El alerano negó con la cabeza, mirando al esclavo, que desplazó el pie y ayudó con cautela a Tavi a incorporarse, mientras vigilaba al joven marat con los ojos muy abiertos.

El faldón de la tienda se abrió de nuevo y entró Doroga. Se quedó inmóvil durante un momento, contemplando la cara de Tavi. El marat corpulento gruñó algo en un tono que el joven prisionero reconoció muy bien, por cuanto normalmente se lo oía a su tío cuando se había metido en algún lío.

El joven se giró para encararse con Doroga, colocó las manos detrás de la espalda y escondió el cuchillo. El jefe marat frunció el ceño y dijo algo que provocó que al joven se le ruborizaran las mejillas. Este replicó algo, a lo que Doroga respondió con la negativa inconfundible de una bofetada con la mano abierta y la palabra «gnah».

El marat joven alzó la barbilla desafiante, le espetó algo con sequedad y salió de la tienda, situándose fuera del alcance del otro con la velocidad de una ardilla asustada.

Doroga levantó la mano y se acarició un lado de la cara, antes de mirar a Tavi y a Fade. El marat los estudió con sus ojos oscuros y gruñó.

—Mis disculpas por el comportamiento de mi cachorro, Kitai. Me llaman Doroga. Soy el jefe de los sabot-ha, del clan gargante. Vosotros sois aleranos y mis

prisioneros. Sois enemigos de los marat y tomaremos vuestra fuerza.

Fade gimoteó y se aferró al brazo de Tavi con tanta fuerza que se le entumeció.

—¿Quieres decir —preguntó el chico, después de un prolongado silencio— que nos vais a comer?

—No es mi deseo —respondió Doroga—, pero ese es el decreto del jefe de clan Atsurak. —Se calló por unos instantes, mirando fijamente a Tavi antes de volver a hablar—. A menos que esta decisión se impugne ante nuestra ley, entregarás tu fuerza a nuestro pueblo. ¿Comprendes?

Tavi no comprendía y negó con la cabeza.

Doroga asintió.

—Escúchame, chico del valle. Los marat nos preparamos para atacar a los aleranos del valle. Nuestras leyes os llaman enemigos. Nadie dice lo contrario. Mientras seas enemigo de los marat, serás nuestro enemigo y os perseguiremos y os capturaremos. —Se inclinó hacia delante para decir, hablando con mucha lentitud—: Mientras nadie diga lo contrario.

Tavi parpadeó también con lentitud.

—Espera —replicó—. ¿Y si alguien dice que no soy un enemigo?

Doroga sonrió, mostrando de nuevo los dientes.

—Entonces —explicó—, tendremos que celebrar un juicio ante El Único y descubrir quién tiene razón.

—¿Y si digo que no somos vuestros enemigos?

Doroga asintió y salió de la tienda.

—Comprendes lo suficiente. Sal fuera, chico del valle. Sal fuera ante El Único.

TAVI miró a Fade y siguió a Doroga al exterior de la tienda, hacia la claridad cegadora del primer día de invierno. La luz del sol se derramaba a través de un cielo cristalino para reflejarse en la nieve que cubría el suelo con una capa casi perfecta de blanco. Los ojos de Tavi tardaron varios segundos en acomodarse y bizqueó cuando salió de la tienda, con Fade agarrado del brazo.

Se encontraron en medio de centenares de marat.

Eran todos hombres marat, la mayoría de ellos con una constitución tan recia como la de Doroga, y permanecían sentados alrededor de las hogueras o mirando indolentes, con las manos cerca de lanzas, dagas de piedra afiladas o espadas aleranas forjadas con furias. Como Doroga, solo vestían un taparrabos exiguo, a pesar del invierno, y no mostraban ninguna señal de incomodidad, aunque algunos de ellos lucían capas de cuero y piel que parecían más ornamentales o marciales que confeccionadas con la intención de mantener calientes o secos a sus propietarios. Los niños corrían de un lado a otro, vestidos con la misma túnica larga de cuero que lucía el cachorro de Doroga, y contemplaban a los forasteros con un interés evidente.

Para sorpresa de Tavi, las mujeres no llevaban más ropa que los hombres, y sus piernas delgadas y musculosas lucían al aire, como sus hombros y brazos fuertes, y otras partes asimismo abundantes que un chico alerano se suponía que no debía ver (aunque lo deseara). Tavi notó que se ruborizaba y se cubrió los ojos con las manos, fingiendo que aún se debía al resplandor del sol.

Uno de los guerreros jóvenes que se encontraba cerca hizo un comentario en voz baja y una única carcajada rasposa resonó por todo el campamento, que Tavi comprobó que se extendía a lo largo de la ladera despejada de una colina. Sintió que se ruborizaba aún más y miró a Fade. El esclavo estaba a su lado sin expresión alguna y con la mirada perdida, pero le puso la mano sobre el hombro y la apretó, como para cerciorarse de que el chico seguía allí.

Doroga permanecía de pie, esperando con paciencia, y finalmente le hizo una señal a Tavi con la cabeza indicando la cima de la colina. Empezó el camino con la clara intención de que lo siguiera. El muchacho miró a su alrededor a los guerreros jóvenes, que lo contemplaban con un desinterés fingido y acariciaban sus armas. Volvió los ojos hacia donde se encontraba una pareja de mujeres marat ya de edad, charlando entre sí mientras apilaban leña debajo de un espetón para asar. Una de ellas se volvió hacia él y lo evaluó levantando un pulgar descarnado y comparándolo después con la longitud del espetón.

Tavi tragó saliva y corrió colina arriba en pos de Doroga, con Fade pisándole los talones.

En la cima de la colina se alzaba una docena de rocas grandes, del tamaño de una

casa pequeña, dispuestas en un círculo amplio, algunas apoyadas en las otras. Perduraban redondeadas porque el viento, la lluvia y las estaciones habían erosionado cualquier filo, pero por lo demás habían resistido obstinadamente a los elementos sin fisuras aparentes en su superficie.

En el centro del círculo de piedras había un estanque con siete piedras blancas alrededor. Sobre dos de esas siete se encontraba sentado un marat.

Tavi se quedó sorprendido por las diferencias que había en su apariencia. Doroga, enorme y sólido, rodeó una de las piedras. De camino pasaron al lado de una mujer marat, con el cabello pálido afeitado a ambos lados para dejar solo una melena larga y sedosa en lo alto de la cabeza. También ella llevaba solo un taparrabos, pero más que en su desnudez, el joven se fijó en un sable de caballería alerano que colgaba de su cadera con un cinturón legionario con tres insignias, unos halcones plateados pero deslucidos, que destacaban en el conjunto. Su piel tenía una tonalidad más oscura que la de la mayor parte de los marat; parecía dura y curtida, y sus oscuros ojos eran gélidos, avezados. Cuando Doroga pasó por su lado, la mujer levantó una mano y el jefe del clan de los gargantes rozó levemente sus nudillos contra los de ella.

Doroga se sentó en la siguiente piedra, cruzó las manos y se quedó mirando al tercer marat sentado en la cima.

Tavi volvió su atención hacia él. El hombre tenía una estatura moderada y era de constitución delgada. El cabello, pálido como el de los marat, crecía en una melena salvaje y erizada que le caía hasta los hombros y se extendía más allá de las orejas y a lo largo de la línea de la mandíbula. Sus ojos brillaban con una extraña tonalidad gris pálido, casi plateada, y se desenvolvía con una tensión lenta e inquieta. El marat descubrió que el muchacho lo estaba mirando y entornó los ojos, enseñando los dientes. El joven alerano parpadeó al ver unos caninos grandes y afilados en la boca del salvaje, que con toda propiedad se podrían llamar colmillos. Un bufido le surgió de la boca y se incorporó sobre la roca.

Doroga se puso en pie y escupió.

—¿El jefe de los drahga-ha profana la paz del *horto*?

El marat de los dientes como colmillos miró de Tavi a Doroga. Su voz surgió como un gruñido balbuceante, bajo, duro, casi incomprensible. «En el caso de que un lobo pudiese hablar —pensó Tavi—, sonaría así».

—El jefe de los sabot-ha ya está profanando su santidad con estos intrusos.

Doroga sonrió.

—El *horto* da la bienvenida a todos los que vienen en paz. —Su sonrisa se amplió un poco—. Pero quizá esté equivocado. ¿Crees que ese es el caso, Skagara?

—Creo que él cree que estás equivocado, Doroga —respondió la mujer marat sin moverse de su lado.

Skagara le lanzó un bufido a la mujer mientras su mirada volaba cautelosa de ella

a Doroga.

—Mantente al margen de esto, Hashat. No te necesito a ti ni a los kevras-ha para que me digan lo que creo.

Doroga se acercó un paso a Skagara. El enorme marat apretó sus manos con un lúgubre crujido de nudillos.

—Esto es entre tú y yo, lobo. ¿Crees que estoy equivocado?

Skagara separó los labios, mostrando los dientes, y se produjo un silencio largo y tenso en la colina. Al final dejó escapar un gruñido siniestro y apartó la mirada de Doroga.

—No es necesario traer este asunto ante El Único.

—Ya es suficiente —concluyó Doroga, que siguió mirando al otro hombre y se acomodó lentamente en su piedra. Skagara le devolvió la mirada. Por último, Doroga murmuró—: Nos presentamos ante El Único en este *horto*.

Levantó la cara hacia el sol con los ojos cerrados y murmuró algo en su propia lengua. Los otros dos marat hicieron lo mismo, emitiendo sonidos en dos lenguas distintas. El silencio reinó en la cima de la colina por unos instantes y entonces todos los marat bajaron los ojos.

—Me llamo Doroga, jefe de los sabot-ha, el clan de los gargantes —recitó el captor de Tavi en un tono formal.

—Me llamo Hashat, jefa de los kevras-ha, el clan de los caballos —expuso la mujer marat.

—Me llamo Skagara, jefe de los drahga-ha, el clan de los lobos. —Dicho esto, se puso en pie, impaciente—. No veo la necesidad de este *horto*. Tenemos enemigos cautivos entre nosotros. Compartamos su fuerza y entremos en combate.

Doroga asintió con sobriedad.

—Sí. Estos son nuestros enemigos. Así ha hablado Atsurak de los sishkrak-ha. — Se giró hacia Tavi—. Y nadie ha hablado en su contra.

El muchacho tragó saliva y dio un paso al frente. Le temblaba la voz, pero se obligó a que le salieran las palabras y resonaron con la fuerza de un heraldo entre las grandes piedras en la cumbre de la colina.

—Me llamo Tavi, de Bernhardolt, en el valle del puente. Y digo que no somos enemigos de los marat.

En la cima de la colina se produjo un silencio de sorpresa que duró un suspiro. Y entonces, súbitamente, Skagara se puso en pie de un salto con un aullido de rabia. Desde el pie de la colina llegaron de pronto los gritos enfadados de docenas de gargantas, hombres y mujeres por igual, superados por el coro de los aullidos profundos y estruendosos de los lobos gigantes.

Doroga se incorporó al mismo tiempo con los ojos encendidos y aunque permaneció en silencio, los repentinos balidos graves de docenas de gargantes

retumbaron como el trueno a través del cielo invernal en conjunción con los relinchos distantes de incontables caballos.

Los marat corrieron hacia las piedras de la cima de la colina, aunque ninguno penetró en el círculo. Se acercaron con ojos muy abiertos, excitados, aferrando sus armas, empujándose unos a otros para ver mejor, pero a pesar de eso, siempre divididos en tres grupos claramente diferenciados: los del clan gargante, de hombros anchos y músculos poderosos; los silenciosos, con dientes como colmillos y aspecto hambriento, del clan de los lobos; y los altos y esbeltos, con el cráneo afeitado, salvo unas crines blancas que ondeaban al viento, del clan de los caballos. La cima aislada de la colina se convirtió en el centro de una muchedumbre bulliciosa, y se llenó de murmullos excitados, armas blandidas y miradas amenazadoras. La tensión y la violencia flotaban en el aire como un relámpago contenido que cobrara fuerza y se fuese estirando para liberarse.

En ese momento, Doroga, de pie encima de su piedra, levantó los brazos.

—¡Silencio! —rugió, y su voz se dispersó sobre la colina—. ¡Silencio en el *horto*! ¡Silencio cuando se presenta una cuestión ante El Único!

Cuando Tavi miró a su alrededor para comprobar la reacción que habían provocado sus palabras, advirtió que daba la espalda a Fade, que se apretaba contra él. Sus extremidades temblaban a causa de lo que había ocurrido. Mirando por encima del hombro, vio en el esclavo la misma expresión distante que antes, con los ojos mirando a la nada, aunque había colocado un brazo alrededor del pecho de Tavi, con los dedos agarrando con firmeza el otro hombro.

—Fade —murmuró Tavi—, ¿estás bien?

—Calla —le respondió Fade con un susurro—. No te muevas.

El silencio se extendió por la colina, solo roto por el sonido del gemido del viento. Por el rabillo del ojo, Tavi podía ver a Skagara, agachado delante de su piedra y mirándolo con un gesto que parecía de odio. Su instinto le advirtió que no lo mirase a los ojos, porque con ello solo conseguiría que el marat se dejara llevar por un impulso asesino de rabia, y que todo el clan de los lobos siguiera a su caudillo, con lo cual aquel anillo de piedras se convertiría en un matadero cubierto de sangre.

Tavi no se movió; casi ni respiraba.

—Nosotros, los marat —empezó Doroga, girando lentamente en círculo—, somos Uno y Muchos Pueblos, bajo El Único. Nos preparamos para atacar a los aleranos. Vamos a la guerra por las palabras de Atsurak de los sishkrak-ha. Atsurak el Sangriento. —Sus palabras le llamaban a escupir las siguientes y Tavi percibió el desprecio insolente que contenían—. Atsurak el Asesino de Cachorros.

Numerosos gruñidos gorgotearon en las gargantas de decenas de marat lobos, y una vez más llegaron hasta la cima de la colina los aullidos bajos y duros de los lobos gigantes, que se encontraban al pie, fuera de la vista.

Doroga se volvió para encararse con el clan de los lobos, sin apartarse de ellos y sin rastro de temor en su gesto.

—Nuestra ley le otorga el derecho, si nadie da un paso al frente para decir que está equivocado, de retarlo al Juicio de Sangre. —Sus dedos se movieron para señalar a Tavi—. Este alerano afirma que Atsurak está equivocado. Este alerano dice que su pueblo no es enemigo de los clanes.

—Él no forma parte de los clanes —replicó Skagara—. Aquí no tiene voz.

—Está aquí acusado con su pueblo —rebatía Doroga—. Y los acusados tienen voz en el *horto*.

—Solo si el jefe de los clanes decide que la tienen —contraatacó Skagara—. Yo digo que no. Tú dices que sí. —Entornó los ojos y miró a Hashat—. ¿Qué dice el clan de los caballos?

Solo en ese momento abandonó Hashat su postura relajada en la piedra, se puso en pie y se encaró con Skagara, sin hablar durante un momento, con el viento agitando su melena hacia un lado como si fuera una bandera. Entonces se giró, dio un paso hacia la sombra de Doroga y cruzó los brazos.

—Dejad que hable el muchacho.

Murmullos de excitación se extendieron entre los marat en la cima de la colina.

—Fade —susurró Tavi—, ¿qué está pasando?

Fade negó con la cabeza.

—No lo sé. Cuidado.

Doroga se volvió hacia Tavi.

—Habla según tu creencia, chico del valle —le indicó—. Preséntala ante El Único.

Tavi tragó saliva, echó un vistazo hacia atrás a Fade y entonces se alejó del esclavo, estirándose todo lo que pudo. Miró alrededor del círculo a los marat que lo observaban con expresiones de curiosidad, desprecio, odio o esperanza.

—M... mi pueblo... —empezó. Pero se atragantó y tosió, mientras el estómago le daba tantos vuelcos a causa de los nervios que estaba seguro de que iba a vomitar de nuevo.

—¡Ajá! —escupió Skagara—. Miradle. Demasiado asustado incluso para hablar. Demasiado asustado para presentar sus creencias ante El Único.

Doroga le dirigió al jefe de los lobos una mirada hosca antes de volver a mirar a Tavi.

—Chico del valle, si quieres hablar, ahora es el momento.

Tavi asintió, tragándose el sabor agrio de su boca, y se volvió a enderezar.

—Yo no soy vuestro enemigo —prosiguió. Se le quebró la voz y se aclaró la garganta. Por fin, logró hablar más fuerte y sus palabras resonaron con claridad entre las rocas—. Yo no soy vuestro enemigo. Mi pueblo no ha buscado ninguna pelea con

los marat desde antes de mi nacimiento. No sé quién es ese Atsurak, pero si dice que queremos hacer daño a vuestro pueblo, es un mentiroso.

Las palabras resonaron entre las piedras y cayeron entre un silencio extraño y perplejo. El joven alerano miró a Doroga y descubrió que el jefe de los gargantes lo estaba contemplando fijamente con la cabeza ladeada.

—Mentiroso... —Doroga frunció el ceño y bajó la voz hasta un murmullo confidencial—. No creo que Atsurak nos engañe con ninguno de vosotros, si eso es lo que quieres decir. Él no convive con aleranos.

—No —negó Tavi con los nervios revoloteando de nuevo en su estómago—. Pero es un mentiroso. Dice mentiras.

El gargante volvió a parpadear y asintió como si hubiera comprendido de repente. De nuevo levantó la voz.

—Crees que habla equivocadamente.

—Sí —asintió Tavi—. ¡Espera, no! No, no, una mentira es algo muy distinto a una equivocación...

Pero las palabras de Tavi no fueron escuchadas, al estallar un griterío entre los marat en la cima de la colina.

Skagara se puso de pie encima de su piedra y levantó los brazos pidiendo silencio.

—¡Qué lo demuestre! ¡Qué este cachorro alerano pruebe sus creencias ante El Único! ¡Qué se enfrente al Juicio de Sangre con Atsurak y terminemos con esta historia! —Skagara le bufó a Tavi—. Atsurak le abrirá el vientre antes siquiera de que pueda gritar.

—Atsurak no está aquí —replicó Doroga levantando la barbilla—. Yo soy el jefe más antiguo aquí presente. Y por eso es mi deber aceptar el desafío a la postura de Atsurak en su lugar.

Los ojos de Skagara se abrieron de par en par.

—Atsurak no lo aprobaría.

Doroga apretó sus dientes blancos.

—Atsurak no está aquí —repitió—. Yo defenderé su posición como debe hacerse. Skagara gruñó.

—Está bien. La fuerza de Doroga es bien conocida. Destrozará al alerano en el Juicio de su Clan, como haría Atsurak en el Juicio de Sangre.

—Sí, sería así —reconoció Doroga—, si aceptara el juicio en persona. Pero eso no va a ocurrir.

—Solo tú, Hashat o yo podemos representar a Atsurak —bufó Skagara.

—A menos —replicó Doroga— que invoque el derecho de mi descendiente a representarme en el Juicio ante El Único.

Skagara se quedó mirando jefe de los gargantes con un silencio asombrado.

—Kitai —llamó Doroga—, entra en el *horto*.

El chico que había herido antes a Tavi en la mejilla apareció nervioso delante de la muchedumbre, procedente de las filas del clan de los caballos, según apreció el muchacho. Doroga también vio de dónde salía y frunció el ceño.

—Ven aquí, cachorro.

Kitai vaciló al borde de las piedras, pero por último entró con rapidez y sus pasos lo llevaron con presteza al lado de la piedra de Doroga.

Doroga puso la mano sobre el hombro de Kitai.

—Te pido que me representes en esto. ¿Aceptas?

Kitai tragó saliva y asintió sin pronunciar palabra.

Skagara rezongó:

—Entonces, marcad el círculo. Que los contendientes se descalcen. Dejemos que la prole de Doroga demuestre la fuerza de su señor. El alerano no es contrincante en un Juicio de Fuerza, ni siquiera para tu cachorro, Doroga.

—El juicio del clan de los gargantes es el Juicio de Fuerza —reconoció Doroga—. Pero Kitai aún no se ha unido a un clan. Y el juicio del clan de los zorros, el clan de la madre de mi cachorro, es el Juicio del Ingenio. Kitai puede competir en cualquiera de ellos. Y yo declaro que el Juicio de los zorros es el que mejor sirve a los intereses de los marat.

Hashat frunció el ceño ante Doroga, como si no lo acabara de comprender del todo, pero aun así dijo:

—Apoyo la opinión de Doroga. Presentemos esta cuestión ante El Único.

—No —escupió Skagara—. El clan de los zorros ya no existe.

Doroga se giró de nuevo hacia Skagara y avanzó un paso hacia el otro hombre. Cerró sus puños con un crujido de nudillos y la mandíbula se mostró prominente al apretarla. Se detuvo al otro lado del estanque, delante del jefe de los lobos, temblando con un esfuerzo visible por contenerse.

—Creo —comentó Hashat en voz baja—, que Doroga cree que estás equivocado, Skagara. Creo que desea presentar el asunto ante El Único en el Juicio de Sangre del clan de los lobos.

Skagara le lanzó una mirada a Hashat y se tambaleó hacia atrás.

—Esto no lo voy a olvidar, Doroga —amenazó con una voz aguda y tensa—. Atsurak tendrá noticia de cómo has pervertido nuestras leyes para favorecer tus propósitos.

—Desaparece de mi vista —ordenó Doroga con una voz baja y terrorífica.

Skagara se retiró atravesando una incómoda muralla de guerreros del clan de los lobos y emprendió el camino de bajada desde la cima de la colina.

Un cuchicheo molesto se propagó entre los espectadores marat, pero Doroga giró en círculo para calmarles.

—Regresad abajo. Hashat y yo organizaremos el juicio. Dejaremos que El Único

nos ayude a decidir qué senda debemos tomar.

Los marat se dispersaron de manera pacífica, aunque continuaban las conversaciones muy vivas entre ellos y, aunque parecía que los lobos se retiraban con reservas hacia el pie de la colina, un gran despliegue de colmillos y gruñidos de advertencia alejaron a los que se acercaban demasiado.

Unos momentos después, Tavi y Fade se habían quedado a solas con los tres marat. Doroga movió los hombros para relajarlos y luego soltó un largo suspiro.

—Muy bien —se decidió el jefe de los gargantes—. Hashat, ¿cuál crees que sería un juicio apropiado?

La jefa de los caballos se encogió de hombros.

—Lo habitual en este *horto*.

Kitai jadeó.

Doroga sonrió.

—Sabes lo que intento hacer.

—El lobo tiene razón en un aspecto. Con esto estás forzando la tradición, si no la ley. Si la fuerzas demasiado, perderás el apoyo de tu clan y del mío. Creo que lo mejor es que a partir de este momento sigas la tradición lo mejor que puedas.

Doroga miró a Tavi y después a Kitai.

—¿Tienen edad suficiente?

Tavi dio un paso al frente.

—Esperad un minuto. Ya he hecho lo que querías que hiciera, Doroga. ¿En qué me estoy metiendo ahora?

Hashat se volvió hacia Tavi.

—Alerano, estás vivo y no te has convertido en comida. Solo por eso deberías dar las gracias a Doroga y callarte.

—No lo creo —replicó Tavi—. Este sitio ha estado a punto de estallar. Me estáis utilizando. Creo que lo más educado sería al menos decirme cómo. Y por qué.

Hashat entornó los ojos y posó una mano sobre la empuñadura del sable, pero Doroga negó con la cabeza.

—No. Tiene razón. —Regresó a su piedra y se sentó pesadamente—. Chico del valle, has aceptado un Juicio de Ingenio con Kitai. El vencedor en el juicio tendrá el favor de El Único en el problema que has planteado.

Tavi frunció el ceño.

—Quieres decir que si gano tendré razón y mi pueblo no será enemigo de los marat.

Doroga asintió con un gruñido.

—Y mi clan y el de Hashat rechazarán el liderazgo de Atsurak, que quiere atacar a tu pueblo.

Los ojos de Tavi se abrieron de par en par.

—Bromeas... ¿Se desvanecería la mitad de la horda de los marat? ¿Así? —Se volvió para mirar a Fade, con el corazón acelerado—. Fade, ¿has oído eso?

—No has ganado el juicio —intervino Kitai escupiendo las palabras—. Ni lo harás.

Doroga le frunció el ceño a su cachorro antes de volverse hacia el alerano.

—Es mi deseo que puedas ganar y así podré retirar a mi pueblo de este conflicto. Pero es posible que no sea el deseo de El Único.

—Sé que no es el mío —recalcó Kitai. El joven marat asintió hacia su padre y después le preguntó a Hashat—: ¿Tu oferta sigue en pie?

La jefa de los caballos miró a Doroga y hacia Kitai y contestó:

—Por supuesto.

Kitai asintió de nuevo y se acercó a Tavi con sus ojos multicolores entreabiertos.

—Ingenio o fuerza, no me importa, alerano. Te venceré. —Y con una mirada furiosa a su padre, se fue colina abajo.

Tavi parpadeó y le dijo a Doroga:

—Pero... pensaba que te quería ayudar.

El marat se encogió de hombros.

—Mi cachorro intentará derrotarte. Como debe ser. Será un buen juicio ante El Único.

Tavi tragó saliva.

—Pero..., ¿un Juicio de Ingenio? ¿En qué consiste?

—Encárgate de que esté preparado —le pidió Doroga a Hashat y se dio la vuelta para emprender el camino de descenso detrás de su cachorro.

Hashat se cruzó de brazos y miró al alerano.

—¿Y bien? —preguntó Tavi—. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Irás esta noche para regresar con la Bendición de la Noche del Valle de los Árboles —respondió Hashat con sencillez—. El primero que vuelve con él es el vencedor del juicio. Sígueme. —La marat empezó a bajar la colina con sus piernas delgadas a zancadas largas.

—Bendición de la Noche, Valle de los Árboles. De acuerdo, está bien. —Se dispuso a seguirla, pero se detuvo cuando Fade lo agarró de la camisa. Se dio la vuelta con el ceño fruncido—. ¿Qué ocurre?

—Tavi —dijo Fade—, no lo hagas. Deja que yo me enfrente al juicio.

Tavi parpadeó.

—Hum, Fade... Es un Juicio de Ingenio, ¿recuerdas?

Fade negó con la cabeza.

—Valle de los Árboles. Lo recuerdo.

El muchacho frunció de nuevo el ceño y se volvió hacia Fade.

—¿Qué recuerdas?

—Es como los marat llaman al Bosque de Cera. —Fade miró más allá de Tavi hacia Hashat, que regresaba al campamento, y en su rostro quemado se reflejó una angustia atroz—. Seguramente, uno de vosotros morirá.

FIDELIAS se detuvo, jadeante, mientras Aldrick y él salían de la región cubierta de bosques densos al noreste de Bernhardolt y llegaban a la carretera que recorría el valle y acababa en Guarnición. Sus pies habían empeorado, aunque los llevaba envueltos con tiras extraídas de la capa y había indicado a sus furias que le facilitaran el camino. El dolor era ya casi motivo suficiente para detenerse, sin contar con la fatiga de tanto tiempo caminando de un lado a otro en un esfuerzo inútil por alcanzar al artero estatúder.

Fidelias se derrumbó sobre una roca plana al lado de la carretera, mientras el espadachín se dedicaba a pasear inquieto de un lado a otro de la calzada.

—No lo entiendo —comentó este último—. ¿Por qué no nos has transportado como hiciste antes?

—Porque no hemos pasado por una carretera —explicó su acompañante con los dientes apretados—. Montar sobre una onda de tierra a lo largo de una carretera es muy sencillo. Usarla en campo abierto sin un conocimiento íntimo de las furias locales es un suicidio.

—Así que él lo puede hacer, pero tú no.

Fidelias ahogó un comentario punzante y convino:

—Sí, Aldrick.

—Somos mierda de cuervo.

El antiguo cursor negó con la cabeza y añadió:

—A este ritmo no lo vamos a atrapar. Dejó media docena de rastros falsos y esperó hasta que seguimos uno de ellos antes de levantar su onda y seguir adelante.

—Si tuviéramos caballos...

—No los tenemos —lo interrumpió Fidelias. Levantó un pie y retiró parte de la tela que lo cubría.

Aldrick se acercó a él, le miró los pies y maldijo.

—Cuervos, anciano. ¿Los puedes sentir?

—Sí.

Aldrick se arrodilló y retiró un poco más de tela, valorando las heridas.

—Empeoran. Están más hinchados que antes. Si sigues adelante, los perderás.

Fidelias gruñó.

—Aún hay tiempo. Necesitamos... —Levantó la mirada para ver a Etan bailando frenéticamente en el árbol más cercano. Miró a lo largo de la carretera en dirección oeste—. Aldrick —llamó Fidelias, manteniendo la voz baja—, dos hombres vienen hacia nosotros por la carretera. Corte de pelo legionario; los dos van armados.

Aldrick respiró hondo y cerró los ojos por un momento.

—De acuerdo. ¿Legionares?

—Sin uniforme.

—¿Edad?

—Jóvenes. —Fidelias tocó los adoquines de la carretera con un pie y se puso en contacto con Vamma—. Utilizan la calzada para que les ayude a correr. Se desplazan deprisa... Tienen algún entrenamiento en los artificios de la guerra.

—¿Cómo lo hacemos?

—Espera mi señal —respondió Fidelias—. Primero intentaremos descubrir todo lo que podamos.

Observó a la pareja de hombres jóvenes que se les acercaba con rapidez por la carretera y esbozó una sonrisa dolorida cuando se aproximaron y redujeron el paso.

—Buenos días, muchachos —los saludó—. ¿Tenéis un minuto para ayudar a un par de viajeros?

Los jóvenes se detuvieron y Fidelias los estudió con detalle mientras se acercaban. Delgados los dos, y jóvenes, de menos de una veintena de años, aunque el más alto parecía que ya estaba perdiendo el cabello, a juzgar por las entradas de su frente. Compartían los mismos rasgos estirados y enjutos; quizá fueran hermanos. Los dos jadeaban, aunque sin demasiado esfuerzo, por su precipitada carrera. Fidelias intentó sonreír de nuevo y alargó hacia ellos su cantimplora con agua.

—Señor... —resopló el más alto de los dos jóvenes aceptando la oferta del agua—. Muy agradecidos.

—¿Está herido? —preguntó el más bajo. Se inclinó para mirar los pies de Fidelias—. ¡Cuervos! Los tiene realmente destrozados.

—La tormenta de la pasada noche nos obligó a abandonar la carretera —explicó Fidelias—. Hubo una inundación y me tuve que quitar las botas para nadar. Llevo toda la mañana andando sin ellas, pero he tenido que parar.

El joven se estremeció.

—No me sorprende. —Aceptó la cantimplora de su hermano con un gesto de la cabeza, tomó un sorbo rápido y se la devolvió a Fidelias—. Señor —prosiguió—, quizá lo mejor sería que abandonase la calzada. No tengo claro que sea segura.

Fidelias miró a Aldrick, quien asintió y fingió estar muy ocupado vendando el pie herido de Fidelias.

—¿Por qué dices eso, hijo?

Respondió el más alto.

—Ha habido problemas en el valle, señor. La pasada noche se produjo una gran revuelta de las furias, de las locales, las de los habitantes de la explotación, quiero decir. Y mi hermano menor vislumbró lo que jura que es un explorador marat cerca de nuestra explotación, es decir, Warnerholt, señor.

—¿Un marat? —Fidelias dirigió al joven una sonrisa escéptica—. Seguramente tu hermano se estaba divirtiendo a tu costa.

El otro negó con la cabeza.

—A pesar de eso, hay problemas en el valle, señor. Mi hermano y yo regresamos a casa para ayudar a mi padre con un problema local, que se nos escapó de las manos. Se produjo una pelea, casi mueren algunos. Y luego vimos humo en el este, cerca de Aldoholt. Juntándolo todo con lo de la pasada noche y con el avistamiento, hemos decidido que lo mejor es dar el aviso.

Fidelias parpadeó.

—Vaya. ¿Así que vais a Guarnición para advertir de los problemas?

El joven asintió, lúgubre.

—Diríjase por la carretera en la dirección por la que hemos venido y busque un sendero hacia el sur. Le conducirá a Bernardholt. Será mejor que no nos quedemos aquí, si nos disculpa, señor. Sentimos no poderle ayudar.

—Está bien —aceptó Fidelias—. Todos tenemos un deber que cumplir, hijo. —Levantó una ceja, mientras miraba un momento al más joven de los dos.

—Señor... —comenzó el hombre.

—Eres más o menos de mi estatura, ¿verdad?

Aldrick limpió la sangre de la hoja.

—Al menos podrías esperar hasta que esté muerto —protestó.

Fidelias le quitó la segunda bota al más bajo de los dos jóvenes y se sentó para ponérsela en su pie destrozado.

—No tengo tiempo.

—No estoy seguro de que esto sea necesario, Fidelias —comentó el Espada—. Si se está extendiendo la noticia, que se extienda. No me parece que haya tenido demasiado sentido matarlos.

—No creía que eso te importase —replicó Fidelias.

—Soy bueno matando, pero no significa que disfrute con ello.

—Todo el mundo disfruta haciendo aquello en lo que es bueno. —Apretó los cordones todo cuanto pudo, estremeciéndose de dolor—. Era necesario. Tenemos que detener a todo el mundo que lleve la noticia a Guarnición, o hacia el otro extremo del valle.

Aldrick se detuvo un momento al lado del muchacho descalzo.

—Ha muerto. ¿Quieres que señale a los hombres?

—Sí. —Fidelias se puso en pie, probando su resistencia sobre los pies. Le dolían, le dolían terriblemente, pero las botas se ajustaban muy bien. Habían aguantado bastante tiempo—. Y tenemos que ponernos en contacto con Atsurak, la situación se está descontrolando. No podemos esperar más.

Pasó por encima de los cuerpos de los dos jóvenes de Warnerholt, miró al espadachín por encima del hombro y agregó:

—Voy a desencadenar ahora mismo el ataque.

KORD obligó a Isana a contemplar lo que le hacían a Odiana.

Él trajo un banquillo y se sentó detrás de ella dentro del anillo de brasas. Hizo que ella se sentase en el suelo delante de él, de manera que los dos pudieran ver lo que sucediera, como si fueran a asistir a algún tipo de representación teatral.

—Es dura —comentó Kord, después de un rato interminable y vomitivo—. Sabe lo que está haciendo. Una superviviente.

Isana aplacó lo suficiente las vueltas que le daba el estómago para poder hablar. Soltó lo primero que se le vino a la mente con tal de alejarse de lo que estaba ocurriendo:

—¿Por qué lo dices?

—Es calculadora. Ahí, ¿ves cómo lucha? Lo suficiente para excitar a un hombre. Después, se vuelve solícita y sumisa cuando él entra en ella. Sabe que todo hombre desea ese tipo de poder sobre una mujer. Les hace creer lo que quiere que crean, y por eso casi no ha recibido ningún castigo.

Isana tembló y no dijo nada.

—Resulta duro romper a alguien así. Está curtida...

—Es una mujer. Una persona. No se trata de un animal que haya que domar.

La voz de él arrastraba algo parecido a una sonrisa asquerosa.

—¿Ha sido esclava con anterioridad?

—No lo sé —respondió Isana—. Casi no la conozco.

—¿Sabes?, te salvó la vida —explicó Kord—. Cuando te encontramos junto al río. La obligué a que lo hiciera.

Isana se giró para mirarlo e intentó apartar el veneno de su voz.

—¿Por qué, Kord?

—No me interpretes mal, Isana. No es que no disfrutara con la idea de verte muerta. Eso me haría feliz. —Sus ojos no se apartaron de la escena que se desarrollaba delante de él; tenían un brillo oscuro, resentido, extraño—. Pero mi hijo ha muerto por tu culpa y eso exige algo más sustancial.

—¿Muerto? —se sorprendió Isana y parpadeó con lentitud—. Kord, eso no tiene nada que ver conmigo. No tiene nada que ver con la investigación o con la hija de Warner...

—¡A los cuervos si no tiene que ver! —interrumpió Kord—. Por tu culpa tuvimos que ir a Bernhardolt. Por tu culpa tuvimos que huir en medio de la tormenta. Por tu culpa tuvimos que vigilar y evitar que nadie fuera corriendo hasta Gram en busca de ayuda... y estoy seguro de que esa era la intención que tenía tu pequeño anormal. Por tu culpa, Bittan está muerto. —Bajó la mirada hacia ella, enseñándole los dientes—. Bien, ahora soy el más fuerte. Ahora soy el que fija las reglas. Y, antes de acabar lo

que empezó el río, te voy a demostrar, Isana, lo bajo que puede caer una mujer.

Isana se volvió hacia él.

—Kord, ¿no lo entiendes? Todos podríamos estar en peligro. Bernard vio...

La golpeó con el puño cerrado. El puñetazo la lanzó de espaldas contra el suelo, con su cuerpo impotente e insensible. Tras un instante de desorientación, comenzó a sentir el dolor, que le nacía en la boca y la mejilla. Notó el sabor dulce de la sangre en la lengua, donde se había mordido.

Kord se inclinó sobre ella y la agarró del cabello, levantando la cara hasta ponerla a su altura.

—No hables conmigo como si fueras una persona. Ya no lo eres. Ahora solo eres carne. —Zarandeo su cabeza a tirones de pelo—. ¿Comprendes?

—Comprendo que eres un hombrecillo, Kord. —Replicó Isana e hizo una pausa lo suficientemente larga como para conseguir que las palabras hiriesen—. No ves más allá de tus narices. Ni siquiera cuando se acerca algo que te puede aplastar. Eres insignificante. No importa lo que me hagas, seguirás siendo insignificante. Un cobarde que hace daño a los esclavos porque tiene miedo de retar a alguien más fuerte. —Lo miró a los ojos y susurró—: Me capturaste porque me encontraste indefensa. Nunca habrías sido capaz de hacerme nada si no hubiera sido por eso. Porque no eres nada.

Los ojos de Kord brillaron. Bufó con el sonido de un animal embrutecido, y la golpeó de nuevo y más fuerte. Sus ojos centellearon y el suelo polvoriento se elevó para recogerla.

No estaba segura de cuánto tiempo había estado inconsciente, pero el dolor y la sed la cegaban, haciendo que no pudiera pensar en nada.

Cuando recuperó el sentido y se volvió a sentar, solo estaban Kord y su hijo Aric. Ella se quedó hecha un ovillo en el suelo, no demasiado lejos, con las rodillas recogidas y el cabello ocultando su cara.

Kord dejó caer una cantimplora al lado de Isana que produjo un sonido suave y ligeramente borboteante que evidenciaba que solo tenía un poco de agua.

—Bebe —le ordenó—. En esta no hay nada más que agua. Quiero que veas lo que va a ocurrir.

Isana recogió la cantimplora, tenía la garganta ardiendo. No podía saber si Kord le estaba diciendo la verdad, pero se sentía desfallecer, débil, y le parecía que tenía la garganta cubierta de sal. Sacó el tapón y bebió casi antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. El agua, caliente pero inalterada, le inundó la boca. Quizá medio vaso, seguro que no más. Se acabó antes de que la ayudase a calmar la sed, pero al menos había aliviado el dolor enloquecedor. Bajó la cantimplora y miró a Kord.

—Aric —ordenó el estatúder—, trae la caja.

Aric se volvió hacia la puerta, pero vaciló.

—Pa, quizá tenga razón. Quiero decir que lo que Tavi dijo en el río y todo...

—Chico —gruñó Kord, cortándole—, trae la caja. Y mantén la boca cerrada. ¿Me has oído?

Aric palideció y tragó saliva.

—Sí, pa —aceptó obediente.

Dio media vuelta y desapareció del ahumadero.

Kord se volvió hacia ella.

—La cuestión, Isana, es que eres demasiado ingenua para estar todo lo asustada que debieras. Te quiero ayudar con eso. Quiero que sepas lo que va a ocurrir.

—Todo esto es inútil, Kord —replicó Isana—. Si quieres, me puedes matar.

—Cuando llegue el momento.

Kord se acercó a Odiana y con indiferencia bajó la mano y la agarró del pelo. La mujer gimió y retorció los hombros, debatiéndose débilmente en el intento de alejarse de él. Kord le estiró el cabello hacia arriba, mechón a mechón, hasta que tuvo en el puño toda la longitud de su melena.

—¿La ves? Es un caso duro. Sabe lo que está haciendo. Conoce el juego. Sabe sobrevivir. —Tiró del cabello, consiguiendo un gemido—. Conoce los sonidos correctos que debe emitir. ¿Verdad, muchacha?

Con la cara de Odiana inclinada y mirando en dirección contraria a Kord, Isana pudo ver ahora su expresión. Los ojos de la bruja del agua eran duros y su gesto, frío e imperturbable. Pero mantuvo la voz débil y temblorosa.

—P... por favor —susurró Odiana—, amo. No me hagáis daño. Por favor. Haré todo lo que queráis.

—Eso es cierto —murmuró Kord con una sonrisa—. Lo harás.

Aric abrió la puerta y entró cargado con una caja larga y delgada de madera lisa y pulida.

—Ábrela —le ordenó Kord—. Deja que lo vea.

Aric tragó saliva, dio la vuelta hasta situarse delante del lugar donde Kord agarraba a Odiana por el cabello y abrió la caja.

Isana vio el contenido: una tira de metal de unos dos o tres centímetros de anchura descansaba sobre un trapo dentro de la caja, reflejando débilmente la luz de los fuegos.

La expresión de Odiana cambió. La dureza se desvaneció de sus ojos y se le abrió la boca con un gesto cercano al horror. Intentó alejarse de la caja, pero la detuvo la fuerza de Kord. Isana oyó que emitía un gemido de dolor e, inconfundiblemente, de miedo.

—No —dijo de repente con una voz más dura, aguda y al borde del pánico—. No, no lo necesito. No lo necesitáis. No, no es necesario, lo prometo, no lo necesitáis,

solamente me tenéis que decir lo que queréis.

—Se llama collar disciplinario —le explicó Kord a Isana, en un tono de charla intrascendente—. Forjado con furias. No son habituales tan al norte. Pero a veces son útiles. Creo que ella sabe lo que es.

—No lo necesitáis —repitió Odiana con voz aguda y desesperada—. Por favor, ¡oh, furias!, por favor, amo, no lo necesitáis, yo no lo necesito, no, no, no, no...

—Aric, pónselo.

Kord incorporó a Odiana, levantando su peso del suelo por los cabellos y forzándola a subir la barbilla para exponer la fuerza esbelta de su cuello.

Los ojos de la mujer, que seguían fijos en el collar, se abrieron de par en par. Chilló. Fue un sonido horrible, surgido de lo más profundo de su garganta, y se elevó por su boca sin ningún significado, era solo la expresión de un terror horrible y ancestral. Se debatió y luchó, mientras chillaba, intentando alcanzar con las manos la cara de Kord a una velocidad vertiginosa. Sus uñas dejaron un rastro de sangre en una de sus mejillas y cuando consiguió situar un pie por debajo de su cuerpo, le lanzó una patada con el pie desnudo contra la parte interna de la rodilla.

Agarrándola con una mano por el cabello, Kord le hizo una zancadilla y con la otra le atrapó el cuello. Entonces, con una oleada de poder, sin duda procedente de su furia, la levantó del suelo por el cuello, de manera que sus pies, suspendidos, patalearon por debajo de su falda destrozada.

Ella luchó a pesar de la posición y se revolvió salvajemente intentando liberarse. Le arañó los brazos con las uñas cuando no pudo alcanzarle la cara, pero él la sostuvo sin cambiar de expresión. Le dio patadas en los muslos y las costillas, pero sin un punto de apoyo los golpes no surtieron ningún efecto en el poderoso estatúder. Luchó, rugió, jadeó y soltó gemidos de miedo, bajos y bestiales.

Entonces, sus ojos giraron hacia atrás sobre sus órbitas y lentamente se desmayó.

Kord la mantuvo suspendida un momento más antes de bajarla al suelo y de nuevo la sostuvo por el cabello, descubriendo el cuello.

—Aric...

El joven tragó saliva. Le lanzó una mirada a Isana con una expresión tensa que era difícil de descifrar. Entonces dio un paso al frente y deslizó la banda de metal alrededor del cuello de Odiana. La ajustó con un clic que resonó con contundencia.

Odiana respiró con un estertor y dejó escapar un gemido pequeño, un sonido desesperado, mientras Kord le soltaba el cabello con una sacudida desdeñosa. Ella cayó de lado con los ojos fuertemente cerrados y acercó los dedos al cuello. Empezó a tocar el collar y a tirar de él, desesperada y torpe.

Kord sacó el cuchillo del cinturón y se pinchó el pulgar con él, después agarró la muñeca de Odiana con su mano enorme y le hizo lo mismo. La bruja del agua abrió los ojos y lo vio, y una vez más enloqueció dejando escapar un chillido y

debatiéndose contra él con una determinación confusa y desorientada.

Kord sonrió. Con una fuerza descomunal, la forzó a que pusiera su pulgar ensangrentado contra el collar y apretó el suyo a su lado, dejando dos huellas rojas sobre el metal.

Odiana gimoteó.

—No... —la frustración tiñó esta palabra; las lágrimas le hacían brillar los ojos.

Tembló y volvió a mover los labios, pero de ellos no salió nada inteligible. Volvió a temblar, ahora con los ojos desenfocados. Su cuerpo se relajó y dejó de resistirse a la fuerza de las manos de Kord. Una última vez, su cuerpo tembló, y soltó un pequeño jadeo.

—Atada —concluyó Kord mirando a Isana. Sus ojos brillaban. Sus manos se deslizaron ahora sobre la mujer en el suelo, con intimidad y resuelta posesión—. Tardará unos minutos en asentarse.

Odiana jadeó y se arqueó ante el roce de Kord, con los ojos vacíos, los labios abiertos, el cuerpo revolviéndose con un serpenteo sinuoso, todo él cadera, espalda y cuello descubierto. El collar brilló sobre su piel. Kord se sentó sobre ella, acariciando a la mujer como a un animal sobreexcitado. De cuando en cuando, Odiana emitía sonidos suaves y susurrantes, que lo envolvían como si fuera un cachorro soñoliento.

—Ahí tienes. —Se puso en pie y comentó indiferente—: He aquí una buena chica.

Los ojos de Odiana se abrieron de par en par y lentamente se volvieron a cerrar. Jadeó, apretando los brazos contra el pecho como si sostuviera algo y durante medio minuto se mantuvo así, dejando escapar suaves gemidos de indudable placer.

Kord sonrió y miró a Isana.

—Putilla estúpida...

El cuerpo de Odiana se convulsionó de repente hacia atrás dibujando un arco. Dejó escapar otro chillido, esta vez agudo y endeble, y cayó de costado. Vomitó con violencia, y aunque tenía muy poco contenido en el estómago, manchó el suelo polvoriento. Sus brazos y piernas se retorcieron con espasmos frenéticos y abrió desorbitadamente los ojos desesperados hacia Isana, con expresión agónica e implorante. Agarró el collar que llevaba al cuello y sufrió nuevos espasmos, aún más violentos, pataleó, se revolvió y rodó peligrosamente cerca del círculo de brasas.

Isana miró a la mujer con una confusión horrorizada hasta que reaccionó, lanzándose hacia delante, vacilante, para atrapar a Odiana antes de que se precipitase contra el anillo de brasas.

—¡Para! —gritó Isana. Miró a Kord, consciente de que la palidez de su cara y su gesto de temor desesperado producirían, tal como pudo comprobar en cuanto se volvió hacia él, un brillo de satisfacción en sus ojos—. ¡Para! ¡La vas a matar!

—Podría ser más misericordioso —replicó Kord—. Ya la han quebrado antes. —

A Odiana le dijo con tono petulante—: Buena chica. Quédate aquí y serás una buena chica. Haz lo que se te ordene.

Los espasmos frenéticos abandonaron a la mujer muy lentamente. Isana le apartó la espalda de las brasas y siguió abrazándola, manteniendo su cuerpo entre Odiana y Kord. Los ojos de la mujer estaban desenfocados de nuevo y tembló con movimientos lentos en brazos de Isana.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Isana en voz baja.

Kord se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—Lo que tienes que aprender es que los esclavos son solo animales. A un animal lo entrenas repartiendo recompensas y castigos. Recompensas el buen comportamiento. Castigas el malo. De esta forma conviertes un caballo salvaje en una montura obediente. Conviertes un lobo en un perro de caza. —Abrió la puerta y prosiguió indiferente—: Lo mismo vale con los esclavos. Con la diferencia de que vosotras sois más animales: podéis ser utilizadas para el trabajo, la cría, lo que sea. Solo se os tiene que domar. —Kord abandonó el ahumadero, pero sus palabras quedaron colgadas en el aire—: Aric, alimenta el fuego. Isana, mañana llevarás uno. Piensa en ello.

Isana no dijo nada, aturdida por lo que había visto, por la reacción de Odiana al ver el collar, por su situación actual. La miró y le apartó de los ojos parte del cabello oscuro y enredado.

—¿Te encuentras bien?

La mujer la miró con ojos pesados y lánguidos y tembló.

—Ahora estoy bien. Está bien. Ahora estoy bien.

Isana tragó saliva.

—Antes te hizo daño. Cuando te llamó... —No pronunció la palabra.

—Duele —susurró Odiana—. Sí. ¡Oh, cuervos y furias!, duele tanto. Lo había olvidado. Había olvidado lo malo que era. —Volvió a temblar—. L... lo bueno que era. —Abrió los ojos y de nuevo estaban húmedos por las lágrimas—. Te pueden cambiar. Tú puedes luchar y luchar, pero te cambian. Te hace feliz ser lo que ellos quieren. Duele cuando intentas resistirte. Cambias, chica del campo. Lo puede hacer contigo. Puede hacer que le supliques que te tome. Que te toque. Que te posea. — Apartó la cara, aunque su cuerpo seguía sumido en los largos temblores del placer—. Por favor. Por favor, mátame antes de que regrese. No puedo volver a serlo. No otra vez.

—Chist —la tranquilizó Isana, meciéndola con suavidad—. Chist. Descansa. Deberías dormir.

—Por favor —susurró, pero su rostro ya se había aflojado y el cuerpo se empezó a relajar—. Por favor... —Tembló una vez más y después se desmayó, dejando caer la cabeza a un lado.

Isana dejó a la mujer inconsciente en el suelo con toda la suavidad que pudo. Se arrodilló a su lado, comprobó el pulso y puso la mano sobre la frente. El corazón le latía demasiado deprisa y la piel estaba seca y febril.

Levantó la vista hacia Aric, que se encontraba de pie al lado de un capacho de carbón, mirándola. Cuando ella lo miró, él bajó la cabeza, se volvió hacia el capacho y empezó a arrojar carbón al cubo que tenía al lado.

—Necesita agua —pidió Isana en voz baja—. Después de todo esto, necesita agua o morirá con este calor.

Aric la volvió a mirar. Cogió el cubo y, sin decir palabra, se fue a un lado del anillo y empezó a tirar más carbón al fuego.

Isana apretó los dientes por la frustración. Si estuviera dispuesto a escucharla, posiblemente podría conseguir información importante. El muchacho parecía reticente a cumplir las órdenes de su padre. Lo podría convencer para que la ayudara si conseguía encontrar las palabras justas. Se sentía ciega, lisiada.

—Aric, escúchame —empezó Isana—. No es posible que creas que se puede salir con la suya. No es posible que creas que puede escapar de la justicia después de lo que ha hecho hoy.

El joven acabó de vaciar el cubo. Regresó junto al capacho.

—Ha escapado durante años —replicó con voz monótona—. ¿Qué crees que les ocurre a todos los esclavos que pasan por aquí?

Isana lo miró durante un momento, asqueada.

—Cuervos... —susurró—. Aric, por favor. Ayúdame al menos a quitarle este collar. —Bajó la mano hacia el cuello de Odiana y giró el collar para encontrar el cierre.

—No —ordenó Aric en un tono rápido y seco—. No, la matarás.

Los dedos de Isana se quedaron helados. Lo miró.

Aric se mordió los labios.

—Tiene la sangre de pa —comentó—. Él es el único que se lo puede quitar.

—¿Cómo puedo ayudarla?

—No puedes —contestó Aric con cierto tono de frustración.

Se dio la vuelta y lanzó el cubo contra la pared del ahumadero. Chocó y cayó al suelo. El joven apoyó las manos en la pared y bajó la cabeza.

—No la puedes ayudar. De la manera que la ha dejado, cualquiera le puede dar órdenes y ella se sentirá bien siempre que las cumpla. Si intenta resistirse, se..., bueno, le hará daño.

—Esto es inhumano —replicó Isana—. Grandes furias, Aric. ¿Cómo puedes permitir que ocurra?

—Cierra el pico —sentenció—. Cállate de una vez.

Con movimientos rígidos, con enojo, se apartó de la pared, recuperó el cubo y lo

empezó a llenar de carbón.

—Tenías razón, ¿sabes? —Isana volvió a la carga con voz tranquila—. Yo os estaba diciendo la verdad. Como Tavi, si dijo que el valle estaba en peligro. Los marat van a volver. Puede ocurrir muy pronto. Es posible que ya haya empezado. Aric, por favor, escúchame.

El joven echó más carbón al fuego y regresó a por más.

—Tienes que dar la alarma. Si no lo haces por nosotros, hazlo por ti. Si llegan los marat, también matarán a todo el mundo en Kordholt.

—Estás mintiendo —replicó sin mirarla—. Solo estás mintiendo. Intentas salvar la piel.

—No, no lo hago —rebatía Isana—. Aric, me conoces de toda la vida. Cuando te cayó encima aquel árbol en la feria de invierno, te ayudé. He ayudado en el valle a todo el mundo que lo ha necesitado, y nunca he pedido nada a cambio.

Aric echó más carbón al fuego.

—¿Cómo puedes formar parte de esto? —preguntó—. No eres estúpido, Aric. ¿Cómo les puedes hacer esto a otros aleranos?

—¿Cómo puedo hacer lo contrario? —replicó el joven con tono frío—. Esto es todo lo que tengo. No tengo una explotación feliz donde la gente cuida de los demás. Tengo esto. Aquí viven hombres a quienes no quiere nadie. Mujeres que nadie querría. Él es de mi sangre. Bittan... —Se rompió y sollozó—. Bittan también era de mi sangre. Por muy estúpido y mezquino que fuera, era mi hermano.

—Lo siento —dijo Isana y descubrió que lo sentía de verdad—. Nunca he querido que nadie resultara herido. Confío en que lo sepas.

—Lo sé —reconoció Aric—. Oíste lo que le ocurrió a Heddy y querías que se hiciera justicia. Para protegerla a ella y a otras chicas como ella. Los cuervos saben que lo necesitan, con pa merodeando como..., como... —Movié la cabeza.

Isana se quedó en silencio durante un momento largo, mirando al joven, y empezó a comprender.

—No fue Bittan el que estuvo con Heddy —concluyó en voz baja—. Fuiste tú, Aric.

El chico no la miró ni habló.

—Fuiste tú. Por eso ella intentaba que su padre no se enzarzara en un *juris macto* con el tuyo. No fue violada.

Aric se frotó la nuca.

—Nosotros... nosotros nos gustamos. Nos juntábamos cuando había una reunión o una feria. Su hermano menor nos descubrió. Es demasiado joven para comprender lo que estaba viendo. Yo me escabullí antes de que me viera. Pero él fue corriendo al padre de Heddy y, claro, ella ¿cómo le iba a explicar que había estado pasando el tiempo con uno de los hijos de Kord...? —Escupió las palabras con disgusto—.

Supongo que no dijo demasiado, y su viejo se imaginó lo que había pasado.

—¡Oh, furias! —exclamó Isana con tristeza—. Aric, ¿por qué no dijiste nada?

—¿Decir qué? —replicó él y le lanzó una mirada dura—. ¿Decirle a mi padre que estoy enamorado de una chica y que me quiero casar? ¿Traerla aquí? —Hizo un gesto con una mano que abarcaba todo el ahumadero—. O quizá debería haber sido más honorable y abordar a su padre. ¿Crees que me habría escuchado? ¿Crees por un segundo que Warner no me habría estrangulado allí mismo?

Isana se restregó los ojos con una mano temblorosa.

—Lo siento, Aric, lo siento. Todos sabíamos... que tu padre era..., bueno, que había ido demasiado lejos. Pero no hicimos nada. No sabíamos que las cosas estaban tan mal en esta explotación.

—Ahora ya es demasiado tarde para todo esto.

Aric dejó caer el cubo y se encaminó hacia la puerta.

—No lo es —replicó Isana—. Espera. Escúchame, por favor.

Se detuvo de espaldas a ella.

—Lo conoces —prosiguió la mujer—. Nos matará. Pero si nos ayudas a escapar, te ayudaré, lo juro por todas las furias. Te ayudaré a marcharte, si eso es lo que quieres. Te ayudaré a arreglar las cosas con Warner. Si amas a la chica, solo será posible que estés con ella si haces lo correcto.

—¿Ayudaros a las dos? Esa mujer intentó matarte la pasada noche. —La miró—. ¿Por qué la ibas a ayudar?

—No dejaría aquí a ninguna mujer, Aric —respondió Isana con una voz tranquila y baja—. No dejaría a nadie con él. Ahora ya no. No permitiré que siga haciendo esto.

—No lo puedes detener. —La voz de Aric sonaba cansada—. No puedes. Aquí no. Es un ciudadano.

—Eso es cierto. Pero también lo es mi hermano. Bernard lo llamará al *juris macto* y vencerá. Ambos lo sabemos. —Se puso en pie frente a Aric y levantó la barbilla—. Rompe el círculo. Tráeme agua. Ayúdanos a escapar.

Se produjo un largo silencio.

—Me matará —dijo por fin Aric con voz ronca—. Me lo ha dicho más de una vez. Le creo. Bittan era su preferido. Me matará y manipulará toda la historia, y también conseguirá a Heddy.

—No, si lo detenemos. Aric, no tiene que seguir siendo así. Ayúdame. Déjame que te ayude.

—No puedo —replicó. La miró y dijo en voz baja—: Isana, no puedo. Lo siento. Lo siento por ti y por esa chica. Pero él es de mi sangre. Es un monstruo, sí. Pero es todo lo que tengo.

El joven se dio la vuelta y salió, cerrando la puerta del ahumadero a sus espaldas.

Isana oyó cómo se cerraban varios pestillos pesados al otro lado. Un trueno retumbó en la distancia, un remanente gruñón y soñoliento de la tormenta de la noche anterior.

Dentro del ahumadero, los carbones crujieron y se calentaron.

Odiana respiraba lenta y tranquilamente.

Isana dejó caer la cabeza, mirando a la mujer y el collar que llevaba alrededor del cuello. Recordó las súplicas frenéticas de Odiana de que la matase.

Isana acercó la mano hacia su cuello y tembló.

Entonces se volvió a abandonar en el suelo, cabizbaja.

A Amara le ardía y le dolía el tobillo, e intentó por todos los medios que su respiración trabajosa adquiriese un ritmo constante. A varias decenas de metros por delante de ella, Bernard, que corría entre los árboles cubiertos de hielo y nieve, alcanzó la cima de una pequeña elevación y se perdió al otro lado. Ella lo siguió, tambaleándose en las últimas zancadas y se cayó en una zanja detrás del pequeño montículo con un crujido de nieve y hojas heladas.

Bernard le puso una mano sobre la espalda para que recuperara el equilibrio y levantó la otra para colocarla delante de su boca y bloquear así el vaho que se escapaba con cada exhalación. Sus ojos miraban a lo lejos y Amara sintió cómo corría un velo sobre ellos.

Las sombras se movieron y formaron dibujos sutiles sobre su piel, mientras los árboles de su alrededor suspiraban y se agitaban como si los moviera el viento. No pareció que los arbustos helados se hubieran movido, pero crecieron hasta formar una pantalla que los cubría, y les invadió repentinamente el olor a tierra y plantas aplastadas, que ocultaba incluso ese rastro de su presencia.

Unos segundos más tarde, oyeron el sonido de cascos en el bosque, a sus espaldas, y Amara se movió apenas lo suficiente para espiar sobre la cima en la dirección por la que habían venido.

—¿No detectarán nuestro rastro? —le susurró con un resoplido rasposo.

Bernard negó con la cabeza. Su rostro estaba demacrado por el cansancio.

—No —susurró a su vez—. Los árboles han perdido hojas en algunos sitios. La hierba se ha movido lo suficiente para desplazar la nieve en otros. Y hay hielo y granizo por todas partes. Además, las sombras ayudan a ocultarlo todo.

Amara se volvió a hundir tras el promontorio; arqueó una ceja.

—¿Estáis bien?

—Cansado —contestó Bernard, y cerró los ojos—. Son caballeros. Sus furias no están familiarizadas con el terreno, pero son fuertes. Empiezo a tener problemas para despistarlos.

—Fidelias se ha saltado todas las precauciones si ha desencadenado una caza general contra nosotros. Eso significa que también ha acelerado los planes de ataque. ¿A qué distancia nos encontramos de Guarnición?

—Hay unos centenares de metros hasta la linde de los árboles —dijo Bernard—. Después, casi un kilómetro de terreno abierto. Nos podrá ver quienquiera que se encuentre en este extremo del valle.

—¿Podemos atravesarlo sobre una onda de tierra?

Bernard negó con la cabeza.

—Cansado.

—¿Podemos correr?

—Con tu pierna así, no. Y con ellos montados... solo tendrán que darnos alcance y patearnos.

Amara asintió y esperó hasta que el sonido de los jinetes se alejó de ellos en otra dirección.

—Casi un kilómetro. Si llega el momento, es posible que yo pueda transportarnos a los dos. Esos caballeros están usando furias de tierra, ¿verdad?

Bernard asintió.

—También alguna de madera.

—En cualquier caso, nos alejaremos de ellos en campo abierto y en el aire.

—¿Y si les acompañan caballeros Aeris?

—Tendré que ser más rápida que ellos —respondió Amara y entornó los ojos para mirar hacia lo alto—. Aún no he visto ninguno. Resulta muy difícil mantener la posición ahí arriba con tan poco viento, a menos que estén tan altos que las nubes los oculten, y en ese caso también nos ocultarán a nosotros.

Bernard tembló y tocó el suelo con la mano.

—Espera —su voz tenía una nota de tensión, y un momento después dejó escapar el aire contenido con un pequeño gemido—. Están cerca. No nos podemos quedar mucho más. La tierra está demasiado dura y resulta difícil ocultarnos.

—Estoy dispuesta —repuso Amara.

Bernard asintió y abrió los ojos con sus rasgos marcados en el rostro por una determinación sombría y cansada. Se pusieron en pie y atravesaron el bosque.

Les costó solo unos instantes alcanzar la linde de los árboles y salir al campo abierto que conducía hasta Guarnición.

El lugar era una fortaleza. En aquel punto, dos de las montañas que se levantaban a su alrededor caían juntas y formaban una V enorme. En esa punta del valle se alzaban las lúgubres murallas grises de Guarnición, que cerraban la boca del mismo y bloqueaban la entrada desde las tierras al otro lado con una eficacia poderosa y desalentadora. Las murallas cerraban la boca del valle ante las tierras de los marat, que se extendían al otro lado, con seis metros de altura y casi otros tantos de anchura, todos ellos de piedra gris y lisa, y coronadas con parapetos y almenas. Las siluetas brillantes de unos legionares revestidos con armaduras se alzaban a intervalos regulares sobre la muralla, envueltos en sus capas escarlata y oro, los colores del Gran Señor de Riva.

Detrás de la muralla se encontraba el resto de Guarnición, la fortaleza robusta dispuesta en un cuadro legionario con murallas de tres metros, como si fuera un campamento de marcha construido en piedra en vez de tierra y madera. Allí había pocos centinelas en las murallas, aunque no carecía de ellos. Algunos edificios habían aparecido alrededor de la parte exterior de Guarnición, como estructuras

provisionales y descuidadas, que a pesar de este carácter ofrecían cierto aire de solidez, un rasgo habitual en los pueblos pequeños. Las puertas traseras de Guarnición estaban abiertas y la carretera que atravesaba el valle entraba por ellas. La gente se movía por todas partes, caminando con rapidez de edificio en edificio, saliendo y entrando por las puertas del campamento propiamente dicho. Los niños jugaban como siempre entre el hielo y la nieve. Amara podía ver perros, caballos, un cercado de ovejas y el humo de docenas de fogatas.

—Ahí están las puertas —indicó.

—Sí —confirmó Bernard—. Vamos allá. Conozco a la mayoría de los hombres que hay estacionados. No deberíamos tener problemas para llegar hasta Gram. Pero recuerda: sé educada y respetuosa.

—De acuerdo —asintió Amara impaciente.

—Quiero decir —aclaró Bernard— que Gram tiene un temperamento vivo y es capaz de meternos en celdas de aislamiento hasta que se calme. No lo pongas a prueba.

—No lo haré —aceptó Amara—. ¿Podéis decir si se nos están acercando?

Bernard negó con la cabeza, sonriendo.

—Entonces, vamos a cruzar. Mantened los ojos bien abiertos, y si veis venir a alguien, nos elevaremos en el aire.

Amara miró la llanura y observó el cielo una vez más; hizo un gesto de dolor al apoyar el peso del cuerpo en el tobillo herido y empezó a correr hacia Guarnición con zancadas renqueantes. Bernard corría a bastantes pasos detrás de ella con pisadas firmes.

La carrera parecía que duraba una eternidad y Amara estaba a punto de volverse a torcer el tobillo cada vez que movía la cabeza a un lado y otro en busca de perseguidores.

Pero a pesar de su temor a que los arrollasen en campo abierto, alcanzaron sin incidentes los edificios exteriores y después las puertas vigiladas de Guarnición.

Un par de jóvenes legionares estaban de guardia ante las puertas con expresión aburrida; cubiertos por capas pesadas que les protegían del frío, sostenían con negligencia las lanzas en sus manos enguantadas. Uno de ellos no se había afeitado (algo que contravenía el estricto reglamento de la legión, según sabía Amara), y el otro lucía una capa que tampoco parecía la habitual de las legiones, porque la tela era de mejor calidad y los colores no tenían el tono correcto.

—Alto —ordenó el centinela sin afeitar en un tono plano—. Decid cuál es vuestro nombre y el propósito de vuestra visita.

Amara dejó la respuesta a cargo de Bernard, al mirar hacia atrás al estatúder.

Bernard frunció el ceño a los dos hombres.

—¿Dónde está el centurión Giraldi?

El que llevaba una capa diferente de la reglamentaria dirigió a Bernard una mirada indiferente.

—Eh —dijo—, patán, por si no te has dado cuenta, nosotros somos los soldados...

—Y ciudadanos —añadió el otro con un tono hosco.

—Y ciudadanos —repitió el primer soldado—. De manera que preguntaremos nosotros, si os parece bien. Repito: decid vuestro nombre y el propósito de vuestra visita.

Bernard entornó los ojos.

—Supongo que sois nuevos en el valle. Soy el estatúder Bernard y estoy aquí para ver al conde Gram.

Los dos soldados se rieron por lo bajo.

—Sí, bueno —replicó el que iba sin afeitar—. El conde es un hombre ocupado. No tiene tiempo para recibir a todos los patanes harapientos que se presentan aquí con problemillas.

Bernard respiró hondo.

—Lo entiendo —reconoció—. A pesar de eso, estoy en mi derecho de pedir una audiencia inmediata por una cuestión urgente que afecta a sus dominios.

El guardia sin afeitar se encogió de hombros.

—No eres un ciudadano, patán. Que yo sepa, no tienes derecho.

En ese momento apareció el temperamento de Amara, que había perdido toda la paciencia.

—No tenemos tiempo para esto —intervino. Se giró hacia el guardia que llevaba la capa adecuada y prosiguió—: Guarnición podría estar en peligro de recibir un ataque. Tenemos que avisar a Gram para que tenga tiempo de reaccionar como crea oportuno.

Los guardias se miraron entre ellos y después a Amara.

—Mira esto... —masculó el que iba sin afeitar—. ¡Una chica! Y yo que pensaba que era un muchacho delgadocho...

Su compañero le lanzó una mirada lasciva.

—Supongo que le podríamos quitar esos pantalones que lleva y comprobarlo.

Bernard entornó los ojos. El puño del estatúder salió disparado y el joven legionare de la capa reglamentaria aterrizó en la nieve completamente desmadejado.

Su compañero parpadeó, miró al joven inconsciente y después a Bernard. Intentó blandir la lanza, pero Bernard dijo algo con dureza, y el astil del arma se arqueó y después se volvió a enderezar, saltó de las manos del centinela y rebotó fuera de su alcance. El guardia dejó escapar un chillido e intentó sacar la daga.

Bernard se acercó al joven y le atrapó la muñeca, manteniendo la mano pegada al cinturón.

—Hijo, no seas estúpido. Lo mejor será que vayas a buscar a tu oficial superior.

—No puedes hacer esto —balbució el guardia—. Te cargaré de cadenas.

—Lo acabo de hacer —le corrigió Bernard—. Y si no quieres que lo repita, irás a buscar a tu centurión —ordenó, y entonces le dio un pequeño empujón que envió al joven hacia la muralla, haciéndole caer sobre un montón de nieve acumulada en la base.

El guardia tragó saliva, se incorporó, giró sobre sí mismo y corrió hacia el interior.

Amara recorrió con su mirada la distancia que había desde el guardia derribado en la nieve hasta Bernard.

—Educados y respetuosos, ¿eh? —comentó.

Bernard se ruborizó.

—Es posible que sean chicos malcriados en la ciudad, pero están en la legión, por todas las furias. Deberían tratar con más respeto a las mujeres. —Se pasó la mano por el cabello—. Y supongo que también deberían mostrar más respeto a un estatúder.

Amara sonrió, pero no dijo nada. Bernard se ruborizó aún más y tosió, apartando la mirada.

El centinela volvió del cuerpo de guardia con un centurión a medio vestir, un hombre joven poco mayor que él. El centurión miró estúpidamente a Bernard durante un minuto, antes de dar una orden directa al joven, regresar al cuerpo de guardia y reaparecer un momento después, aún a medio vestir.

Bastantes legionares se reunieron alrededor de la puerta y, para su alivio, Bernard reconoció a algunos de ellos de sus anteriores visitas a Guarnición. Unos momentos más tarde, un hombre mayor vestido con una túnica civil, pero con el aspecto y el comportamiento de un soldado, se acercó a las puertas caminando con brío y dejando ver un círculo de cabello blanco alrededor de la cabeza calva.

—Estatúder Bernard —saludó, valorando críticamente al estatúder—. No tienes muy buen aspecto.

No hizo ningún comentario acerca del guardia tendido en la nieve, mientras se inclinaba para rozar ligeramente con la punta de los dedos las sienes del joven.

—Senador Harger —le devolvió el saludo—. ¿Le he dado demasiado fuerte?

—Para una cabeza tan dura, nunca es demasiado fuerte —murmuró Harger y se rio con socarronería—. ¡Oh!, tendrá un buen dolor de cabeza cuando se despierte. Llevaba tiempo esperando que ocurriera algo así.

—¿Reclutas nuevos?

Harger se enderezó y dejó de prestarle atención al joven guardia tendido en la nieve.

—La mayor parte de dos cohortes enteras llegadas directamente de Riva. Hijos de ciudadanos, casi todos ellos. En todo el lote no hay suficiente sentido común para

llevar sal durante una tormenta.

Bernard sonrió.

—Harger, necesito hablar con Gram. Rápido.

Harger frunció el ceño, ladeó la cabeza y estudió a Bernard.

—¿Qué ha ocurrido?

—Llévame ante Gram —repitió el estatúder.

Harger negó con la cabeza.

—Gram ha... estado indispuerto.

Amara parpadeó.

—¿Está enfermo?

Harger bufó.

—Quizá enfermo de tantos niños ricos que esperan que se les trate como inválidos en vez de como legionares. —Negó con la cabeza—. Tendrás que hablar con su buscador de la verdad, Bernard.

—¿Olivia? Así que aún sigue por aquí...

—No —replicó Harger y sonrió—. La hija menor de Livvie se puso de parto y regresó a Riva para ayudar con el nacimiento. Ahora tenemos...

—¡Centurión! —bramó una voz aguda y nasal—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Quién está al mando de esta puerta? ¿Qué locura es esta?

Harger puso los ojos en blanco.

—Hemos recibido a Pluvus Pentius en lugar de Olivia. Buena suerte, Bernard.

Harger se inclinó y levantó al joven legionare inconsciente, lo sostuvo sobre el hombro con un gruñido y se encaminó al interior del fuerte.

Pluvus Pentius resultó ser un joven menudo de ojos acuosos y una soberbia evidente. Lucía el escarlata y oro de los oficiales de Riva, aunque el uniforme le caía por los hombros y se ajustaba demasiado alrededor del vientre. El oficial avanzó por la nieve mirando alrededor con gesto de desaprobación.

—Vamos a ver —les interpeló Pluvus—, no sé quiénes sois, pero atacar a un soldado de servicio es una ofensa contra el Reino. —Sacó un fajo de hojas de la túnica y las ojeó, pasando bastantes páginas. Entonces se giró y miró a su alrededor—. Sí, aquí está, una ofensa contra el Reino. Centurión, arréstalos a los dos y mételes en las celdas...

—Perdóneme —interrumpió Bernard—, pero hay un tema más importante que tratar, señor. Soy el estatúder Bernard y es de vital importancia que hable de inmediato con el conde Gram.

Pluvus parpadeó.

—¿Perdón?

Bernard lo repitió. Pluvus frunció el ceño.

—Muy irregular. —Volvió a consultar las páginas—. No, no creo que el conde

vaya a recibir peticiones en el día de hoy. Celebra una corte regular cada semana y todos estos temas se le deben presentar en ese momento y anticiparlo por escrito al menos tres días antes.

—No hay tiempo para eso —le espetó Bernard—. Es vital para la seguridad de este valle que hable con él ahora mismo. ¿Sois el buscador de la verdad o no lo sois? Seguramente podéis decir si soy honesto con vos...

Pluvus se quedó helado mirando a Amara por encima de las hojas. La recorrió con su mirada, luego a Bernard y de vuelta a ella.

—¿Estás poniendo en duda mi autoridad, granjero? Te aseguro que estoy muy cualificado y puedo...

Amara le lanzó a Bernard una mirada de advertencia.

—Señor, por favor. Solo necesitamos ver a Gram...

Pluvus se envaró y apretó los labios.

—Imposible —replicó son acritud—. La corte se celebra dentro de dos días, pero no hemos recibido ninguna petición por escrito para presentarla ese día. Por eso me tendrás que entregar tu petición en, veamos... sí, no más de seis días, para poderla presentar ante el conde durante la corte de la próxima semana, y ese es un tema completamente diferente al de un ataque contra un legionare y, además, ciudadano. ¡Centurión! Póngalos bajo arresto.

Un soldado ya de edad con bastantes legionares jóvenes detrás de él dio un paso hacia Bernard.

—Señor, bajo la autoridad de la que estoy investido por mi rango y por orden de mi oficial al mando, voy a proceder a su arresto. Por favor, entregue sus armas, cese y desista en cualquier artificio de las furias y acompáñeme hasta las celdas, donde será encerrado, y su caso se presentará ante el conde.

Bernard gruñó y apretó las mandíbulas.

—Estupendo —exclamó y cerró los puños—. Hagámoslo a tu manera. Quizá un par de cabezas rotas más harán que pueda ver mucho más rápido a Gram.

Los legionares se acercaron a Bernard, pero el centurión vaciló con el ceño fruncido.

—Estatúder —empezó con cuidado—, este asunto no tiene por qué ponerse feo.

Pluvus hizo girar los ojos.

—Centurión, arresta a este hombre y a su compañera. No tienes ni idea del papeleo que tengo pendiente. Mi tiempo es precioso.

—Bernard —dijo Amara mientras le ponía una mano sobre el hombro—, esperad.

Bernard se encaró a los soldados con resolución en su rostro y provocando un leve temblor en el suelo. Los soldados se quedaron helados, con expresión nerviosa.

—Venga —gruñó el enorme estatúder—. No tenemos todo el día.

—¡Quitaos de en medio! —tronó una voz desde el interior de las puertas.

Amara parpadeó, sorprendida por el tono.

Un hombre vestido con una camisa arrugada y manchada de vino se abrió camino a través de la muchedumbre que contemplaba el altercado. No era alto, pero su pecho era como un tonel y la mandíbula, que parecía tan pesada y dura como para romper piedras en ella, estaba cubierta por una barba rizada de un feroz color rojo. Su cabello, muy corto, era de un color similar, pero en él asomaban algunos mechones grises que hacían que la cabeza pareciera un campo de batalla, con tropas de escarlata intentando mantener el terreno contra los enemigos de gris. Tenía unos ojos profundos bajo las cejas espesas, inyectados en sangre, enfurecidos. Andaba descalzo por la nieve y de las huellas que dejaba ascendía vapor.

—En nombre de todas las furias, ¿qué está pasando aquí? —exigió con voz tonante—. ¡Bernard, llama y trueno, hombre! ¿Qué cuervos crees que le estás haciendo a mi guarnición?

—¡Oh! —exclamó Pluvus haciendo que revolotearan las páginas a causa de los nervios—. Señor, no sabía que habíais salido de la cama. Es decir, señor, no sabía que os fuerais a levantar hoy. Me estaba ocupando de esto por vos.

El hombre se detuvo con un balanceo y se llevó los puños a las caderas. Miró a Pluvus y después a Bernard.

—Harger me despertó de un sopor perfecto a cuenta de todo esto —replicó—. Así que será mejor que sea bueno.

—Sí, señor; estoy seguro de que lo es. —Pluvus le hizo un gesto con la mano al centurión—. Arréstalos. Ahora. Ya has oído al conde.

—No he dicho que arresten a nadie —gruñó el conde Gram con irritación. Miró con atención a Bernard y después a Amara con una mirada penetrante, a pesar de los gritos y el balanceo—. ¿Has conseguido otra mujer, Bernard? Cuervos, ya era hora. Siempre he dicho que no te pasaba nada que no pudiera solucionar un buen revolcón, o un par de ellos...

Amara sintió cómo el calor le ruborizaba las mejillas.

—No, señor —replicó ella—. No se trata de eso. El estatúder me ha ayudado a llegar hasta aquí para avisaros.

—Muy irregular —tartamudeó Pluvus ante Gram, al tiempo que reordenaba las hojas.

Gram le arrancó enojado las páginas de las manos.

—Deja de agitar esto debajo de mis narices.

Se produjo una súbita llamarada de luz y calor y después unas pavesas finas y negras se dispersaron con el viento frío. Pluvus dejó escapar un grito de desesperación.

—Ya está —concluyó Gram, sacudiéndose las manos—. Avisarme. ¿Avisarme de qué?

—De los marat —contestó Bernard—. Se han puesto en marcha, señor. Creo que vienen hacia aquí.

Gram gruñó y señaló con la barbilla a Amara.

—¿Y tú eres...?

—Cursor Amara, señor —respondió, y alzó la barbilla para devolverle directamente su mirada inyectada en sangre, sin parpadear.

—Cursor —murmuró Gram y miró a Pluvus—. ¿Ibas a arrestar a uno de los cursores del Primer Señor?

Pluvus tartamudeó.

—¿Y también a uno de mis estatúderes?

Pluvus balbució algo.

—¡Bah! —gruñó Gram—. Niñato, pon la guarnición en alerta total, llama a todos los soldados de permiso y ordena a todos los hombres que se coloquen la armadura y el equipo de combate, ahora mismo.

Pluvus se los quedó mirando atónito, pero Gram ya se había colocado al lado de Bernard.

—¿Hasta qué punto crees que es grave?

—Avisad a Riva —respondió Bernard en voz baja.

Gram apretó la mandíbula.

—¿Quieres que decrete una movilización general? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

—Sí.

—¿Sabes qué tipo de fuego va a caerme sobre la cabeza si estás equivocado?

Bernard asintió.

Gram gruñó.

—Exploradores. Despliega exploradores y patrullas de reconocimiento en las tierras salvajes y ponte en contacto inmediatamente con las torres de vigilancia.

—S... sí, señor —asintió Pluvus.

Gram lo miró durante un segundo.

—¡Ahora! —rugió.

Pluvus dio un salto, se volvió hacia el soldado más cercano y empezó a repetir una versión de las órdenes de Gram.

El conde se volvió hacia Bernard.

—Está bien. Creo que será mejor que me expliques qué tipo de idiota eres... ¡Atizarle a uno de mis soldados!

Una caricia resbaladiza de aire frío se deslizó por la nuca de Amara y le produjo un escalofrío: un aviso de Cirrus. Miró hacia atrás, a la blancura cegadora de la luz del sol reflejada en la nieve y el hielo. Se puso la mano sobre los ojos, haciendo sombra, pero no vio nada.

Cirrus la volvió a tocar: otra advertencia.

Amara respiró profundamente y se concentró en la zona de tierra que quedaba a sus espaldas.

Casi no pudo ver a través del velo.

Quizá a solo unos tres metros de distancia, había una perturbación en el aire, a unos cuantos metros por encima del suelo, una danza ondulante de la luz, como ondas de calor que surgieran de una piedra calentada por el sol. El aire se le atragantó y envió a Cirrus hacia la perturbación con una orden susurrada. Su furia encontró un globo de aire denso, manipulado para que se combara ligeramente, como los que usaba ella para ver desde lejos con más claridad.

Amara respiró hondo y lanzó a Cirrus contra el globo, de forma rápida y repentina.

Se produjo un silbido del aire en expansión al dispersar el globo y de repente aparecieron tres hombres con armadura y espadas en la mano flotando en el aire. Amara gritó y los hombres, con expresiones de sorpresa, dudaron por unos segundos antes de actuar.

Uno se lanzó por el aire contra ella, con la espada brillando en la mano. Amara se echó a un lado y proyectó las manos hacia el hombre para dirigir a Cirrus. Una racha repentina de viento se abalanzó sobre el costado del atacante, alejándolo de ella y dirigiendo su ataque contra una de las murallas de piedra de Guarnición. El hombre intentó frenar su avance, pero impactó con fuerza contra la muralla y dejó caer la espada a causa del golpe.

El segundo hombre, con expresión fría y tranquila, lanzó las manos hacia delante y un vendaval se levantó inmediatamente delante de las puertas de Guarnición, formando un remolino de nieve y trozos de hielo que se convirtió en una nube punzante que derribó a los legionares, que se refugiaron detrás de las puertas.

El tercero blandió la espada y se lanzó contra la espalda de Bernard.

Amara gritó para avisarle, pero quizá el cansancio de Bernard le hizo reaccionar con lentitud. Se dio la vuelta e intentó apartarse hacia un lado, pero la nieve y el hielo traicionaron a sus pies y cayó.

Gram se encontraba en su camino. El conde de cabello llameante sacó la espada del cinturón del sorprendido Pluvus y se encaró con el caballero Aeris que les atacaba. El acero restalló contra el acero y el atacante pasó de largo y dejó atrás a Gram.

—¡Ponte en pie! —rugió Gram. Escupió mientras la nieve y el hielo le dificultaban la visión—. ¡Coge a la chica! ¡Entra en las murallas!

El conde giró su cuerpo contra las salpicaduras de hielo y protegió la mano contra su costado. Amara vio cómo surgía de repente una llama mientras Gram se volvía contra el segundo atacante y le lanzaba una rugiente muralla de fuego que atravesó el

hielo y la nieve. El caballero Aeris profirió un grito atroz, y el vendaval desapareció.

Algo negro y pesado cayó humeante en la nieve, ante las puertas, y un olor a carne chamuscada se extendió por el aire.

Amara se acercó a Bernard y ayudó al estatúder a ponerse en pie. No vio a un hombre que los atacaba hasta que casi fue demasiado tarde. El agresor se había incorporado y había sacado un cuchillo del cinturón con los ojos fijos en ella. Con un giro de la muñeca y una súbita racha de aire, el cuchillo se dirigió contra Amara, silbando por su gran velocidad.

Bernard también lo vio y la tiró al suelo, sacándola fuera de la trayectoria del cuchillo.

El arma se le clavó a Gram en la parte baja de la espalda.

Tal era la fuerza del lanzamiento impulsado por una furia que Gram salió proyectado varios pasos hacia delante en la nieve. Cayó a plomo, sin un grito ni un jadeo de dolor, y se quedó inmóvil.

Alguien en las murallas bramó una orden y un par de legionares con arcos dispararon contra el hombre en la base de la muralla, casi directamente desde encima de él. Las flechas se clavaron con fuerza, una en el muslo y la otra en la nuca; la punta ensangrentada de la segunda salió por la garganta del atacante. Él también cayó en la nieve y la sangre formó con rapidez un charco rojo a su alrededor.

—¿Dónde está el otro? —preguntó Amara.

Se puso en pie y miró hacia el cielo. Por el rabillo del ojo vislumbró brevemente otro destello de luz y aire, pero cuando se fijó en él había desaparecido. Con precaución, envió a Cirrus hacia allí, pero la furia no encontró nada. Después de explorar inútilmente por los alrededores durante un rato, Amara se rindió.

—Esto no es bueno —susurró—. Se ha ido.

Bernard gruñó y se puso en pie, con una pierna rígida y con una mueca de dolor en el rostro.

—¡Gram!

Se dieron la vuelta y vieron a Pluvus y a muchos legionares inclinados sobre el cuerpo de Gram caído en la nieve. El buscador de la verdad estaba pálido.

—¡Sanador! —chilló—. ¡Qué alguien vaya a buscar al sanador! El conde está herido, ¡traed al sanador!

Los legionares a su alrededor miraban con sorpresa.

Amara dejó escapar un bufido de frustración y agarró al soldado más cercano.

—Tú —ordenó—, ve a buscar al sanador. ¡Ahora mismo!

El hombre asintió y salió corriendo.

—Tú —exclamó Pluvus con el rostro retorcido de angustia, rabia y miedo—, no sé quiénes eran esos hombres, ni qué está pasando, pero tú tienes que estar implicada. Has venido para hacerle daño al conde. Es culpa tuya.

—¿Te has vuelto loco? ¡Esos hombres eran enemigos! ¡Tienes que poner a esta guarnición en pie de guerra!

—¡Mujer, no me puedes dar órdenes como si fuera un esclavo común! —gritó Pluvus—. Todos habéis visto lo ocurrido. Centurión —ordenó con los ojos acuosos pero con la voz cargada de autoridad—, arresta a estos dos y llévalos a las celdas acusados de asesinato y traición contra la Corona.

A pesar del cansancio, Isana no pudo dormir.

Se pasó la noche sosteniendo la cabeza de Odiana en el regazo, controlando la fiebre de la mujer, aunque no podía hacer nada por ella. Una luz pálida se filtró a través de las grietas de las paredes del ahumadero cuando un amanecer gris de invierno se levantó sobre Kordholt. Isana podía oír animales en el exterior, hombres que hablaban, risas desagradables.

Aunque desde el exterior penetraba aire frío, el interior del ahumadero seguía siendo una caldera y el anillo de carbón alrededor de las dos mujeres brillaba con un calor sombrío. Su garganta, que antes le molestaba, ahora directamente le dolía hasta el límite de lo soportable, y en algunos momentos sentía que no podía pasar aire suficiente hasta sus pulmones, por lo que se mareaba y tenía problemas para poder mantenerse sentada.

En una ocasión, mientras Odiana no lograba descansar en plena agitación febril, Isana se puso en pie y se acercó al extremo que quedaba más alejado del anillo de carbón. La cabeza le daba vueltas a causa del calor y la sed, pero se subió la falda decididamente para dar un paso por encima de las brasas, bastaba un pequeño salto hasta el otro lado; aunque sabía que la puerta estaría cerrada y atrancada, podía haber algún ladrillo suelto en la pared, o algo que pudiera usar como arma en un intento de huida. Pero al levantar el pie, el suelo que había al otro lado del círculo de carbón vibró, y la silueta rápida y pesada de la furia de Kord surgió del suelo, deforme y espantosa. Isana notó un nudo en la garganta y bajó el pie de nuevo.

La furia deforme se volvió a hundir lentamente en la tierra.

Isana cerró los puños estrujando la falda a causa de la frustración, regresó al lado de su compañera y volvió a colocar su cabeza en el regazo. Odiana gimió y se retorció lánguidamente en sueños; sus ojos se movían bajo los párpados mientras soñaba. Una vez dejó escapar un grito lastimero y se estremeció, y sus manos se aferraron al collar. Parecía que incluso en los sueños de la mujer, el collar de Kord seguía controlando sus sentidos y su voluntad. A Isana le recorrió un escalofrío.

La luz menguó y las sombras se movieron sobre el suelo con gran lentitud. Isana se permitió dar alguna cabezada con los ojos cerrados. Su estómago se revolvió y se retorció de preocupación. Tavi, Bernard y Fade... ¿Dónde estaban? Si estaban vivos, ¿por qué no la había seguido Bernard? ¿Habían podido superar los atacantes a su hermano? Bernard no permitiría nunca que ella permaneciera en manos de Kord, al menos no mientras él estuviera vivo.

¿Estaba muerto? También podía estarlo el muchacho. Aunque era seguro que escapó antes de la inundación, seguro que se habría escapado de cualquiera que lo hubiera perseguido después.

Seguramente.

Isana tembló y no dio voz a los sollozos que la conmovían. No caerían lágrimas. Su cuerpo debía atesorar toda la humedad que pudiera. Ansiaba tener al menos la libertad de llorar. Pero ni eso tenía. Se inclinó hacia un lado, dejando caer el peso de la cabeza, mareada y soñolienta, y pensó en Bernard y en Tavi.

El crepúsculo gris se sentía en el aire cuando crujieron los pestillos de la puerta y entró Aric. Llevaba una bandeja en las manos y ni siquiera levantó los ojos hacia Isana. Se acercó al círculo de brasas y pasó por encima, dejando la bandeja en el suelo.

En la bandeja había dos copas. Nada más.

Isana miró fijamente a Aric. Él permaneció allí de pie durante un momento, pasando el peso de un pie al otro y con los ojos bajos.

—Ha empezado a nevar de nuevo. Con más fuerza —comentó.

Isana lo siguió mirando sin decir nada.

Él tragó saliva y volvió a salir del anillo de brasas. Se acercó al capacho de carbón y empezó a llenar el cubo para alimentar el círculo con combustible nuevo.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Moribunda —respondió Isana—. El calor la está matando.

Aric tragó saliva de nuevo. Vacío el cubo de carbón por el anillo, tirando parte fuera del fuego, y fue a por más.

—Al menos, el agua está limpia. Esta vez.

Isana lo miró durante un momento y cogió una copa. Se la acercó a la boca y la probó, aunque tuvo que controlarse todo lo que pudo para no tragársela de un sorbo ansioso. El agua estaba fría y parecía pura. Se tuvo que reprimir con una respiración profunda mientras sostenía la copa con manos temblorosas. Bebió lentamente, permitiendo que cada sorbo tuviera su tiempo para ir bajando.

Solo se permitió beber la mitad de la copa. El resto se lo dio a Odiana. La incorporó hasta sentarla y la animó a beber, lentamente, y ella lo hizo con una obediencia inconsciente.

Levantó la mirada y descubrió que Aric la estaba contemplando con la cara pálida. Recostó de nuevo a la mujer con el collar y le apartó del cuello algunos mechones sueltos de cabello.

—¿Qué ocurre, Aric?

—Van a venir esta noche —respondió—. Mi padre. Van a terminar con la..., con Odiana, y después te pondrán el collar.

Isana tragó saliva y no pudo detener el escalofrío que le recorrió la espalda.

—Después de cenar —concretó Aric y dejó caer más carbón—. Para él es como una celebración. Está repartiendo vino.

—Aric —imploró al joven—, todavía no es demasiado tarde para hacer algo.

Aric apretó los labios.

—Lo es —replicó—. Ahora ya solo queda una cosa.

Sin volver a hablar, terminó de tirar con despreocupación el carbón en el anillo de fuego alrededor de las mujeres.

La entrada de Kord vino anunciada por un leve temblor del suelo del ahumadero. Entonces, el grueso estatúder abrió de golpe la puerta con un puño y entró, deslumbrante. Sin mediar palabra, le dio un golpe en la cabeza a Aric con la fuerza suficiente para lanzar al joven contra la pared.

—¿Dónde está esa brea, muchacho?

Aric se quedó con la cabeza inclinada y encogió el cuerpo, como si esperase que lo volvieran a golpear.

—Aún no la he preparado, pa.

Kord bufó y se llevó los puños a las caderas. Isana advirtió su balanceo de borracho al hacerlo.

—Entonces lo podrás hacer mientras los demás cenamos. Y si te caes del techo comido por los cuervos en la oscuridad, es tu problema. No me vengas luego llorando con una pierna rota.

Aric asintió.

—Sí, pa.

Kord gruñó algo por lo bajo y se volvió hacia Isana.

—Será mejor que te tomes ese vaso de agua antes de que mi nueva puta descubra que está ahí.

Odiana dejó escapar un sonido suave al oírlo y se acurrucó sobre sí misma. Kord la contempló con una sonrisa. Isana observó el feo brillo en sus ojos mientras se preparaba para hablar de nuevo y lo interrumpió.

—Kord, ya está casi muerta. Déjala en paz.

El estatúder entornó los ojos y la miró, separando los labios para enseñar los dientes. Dio un paso tambaleante hacia delante.

—Sigues dando órdenes —murmuró—. Veremos. Esta noche, cuando termine con esa, veremos cómo son las cosas. Veremos quién da las órdenes y quién las obedece.

Isana le sostuvo la mirada sin vacilar, aunque sus palabras provocaban que el corazón le latiera con un temor sordo y cansado.

—Eres un idiota, Kord —le espetó.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? No eres nada. Nadie. ¿Qué vas a hacer? Dime.

—Nada. No tendré que hacerlo. Ya te has destruido. Ahora solo es cuestión de tiempo.

Kord enrojeció y dio un paso hacia Isana cerrando los puños.

—Pa —intervino Aric—. Solo está hablando, pa. Solo está intentando fastidiarte.

No significa nada.

Kord se dio la vuelta hacia Aric y descargó el puño sobre él con un gancho torpe. Aric no se apartó del golpe, que apenas pudo alcanzarle en el hombro y lo derribó.

—Tú no me digas nada —rugió Kord con la respiración pesada—. No hables conmigo. Todo lo que tienes, lo tienes porque yo te lo he dado. No me vas a faltar al respeto, chico.

—No, señor —asintió Aric en voz baja.

El estatúder consiguió controlar la respiración y le lanzó otra mirada a Isana.

—Esta noche —repitió—. Veremos.

El suelo volvió a temblar cuando dio media vuelta y salió.

Los carbones chasquearon y rompieron el silencio durante unos instantes. Entonces, Isana se volvió hacia Aric.

—Muchas gracias.

El joven se encogió ante las palabras, más que ante los golpes de su padre.

—No me des las gracias —replicó—. No me hables. Por favor. —Se puso en pie y recogió el cubo—. Aún tengo que extender la brea. El hielo no se pega al tejado, pero lo tengo que embrear esta noche o me convertirá en comida para los cuervos.

—Aric... —empezó Isana.

—Cierra la boca —farfulló. Echó una mirada hacia la puerta y después le dijo a Isana—: Vuelve a nevar.

Se fue y atrancó la puerta tras él.

Isana frunció el ceño intentando averiguar el significado de la frase. Cogió la segunda copa de agua, bebió un poco y le dio el resto a la semiinconsciente Odiana.

En el exterior arreció el viento. Oyó hombres moviéndose por la explotación. Uno de ellos pasó al lado del ahumadero, se golpeó con la pared y profirió un par de improperios. Odiana se removió y gimoteó. Más voces subidas de tono y risas duras surgieron de algún lugar cercano, probablemente la gran sala del recinto. Estalló lo que sonó como una pelea, aunque terminó con vítores y brindis, y durante todo ese tiempo fue oscureciendo hasta que solo los carbones encendidos dieron luz al interior del ahumadero.

Entonces se oyó un golpe contra la pared, madera contra madera. Después, pasos. Pies en una escalera. Alguien depositó un objeto pesado sobre el tejado y luego se subió a él.

—¿Aric? —llamó Isana en voz baja.

—Chist —respondió el joven—. Esto es lo único.

Isana levantó la mirada. Siguió el sonido que producía el peso del chico al moverse desde el borde del tejado un tanto inclinado hacia el centro, directamente encima del círculo.

Sin aviso previo, la hoja desnuda de un cuchillo pasó entre la cubierta, dejando

caer trozos de madera manchada de brea y gotas de agua. La hoja giró a derecha e izquierda, hasta abrir un agujero más grande. Después se retiró.

Aric se movió cuidadosamente a lo largo de la techumbre e Isana pudo oír cómo extendía la brea contenida en el cubo que debió de subir hasta allí. Pero de vez en cuando el cuchillo se volvía a hundir, abriendo un agujero pequeño entre las maderas del techo, y después se retiraba. Repitió la acción varias veces y luego, sin decir ni una palabra, el joven bajó del tejado. Sus pisadas crujieron en la nieve y se perdieron en la noche.

Isana tardó unos instantes en darse cuenta de lo que había estaba haciendo Aric.

El interior del ahumadero estaba muy caliente, y ese calor se elevaba hasta el techo, donde calentaba los materiales. La noche anterior, el hielo no había cuajado, según explicó Aric, pero si el techo no estaba bien sellado, la madera y las vigas se empezarían a hinchar después de quedar empapadas. Habría que sellarlas inmediatamente para evitar goteras, en especial si la construcción no era demasiado recia desde el principio. El techo necesitaba un embreado constante para mantenerlo aislado y evitar las goteras.

Tenían que protegerlo del agua.

Las gotas empezaron a caer a través de los agujeros que Aric había abierto con la daga. El agua goteaba hasta el suelo; primero fueron unas gotas ocasionales, que después, conforme fue arreciando la nevada, se convirtieron en un goteo pequeño pero constante.

Agua.

El corazón de Isana se aceleró repentinamente de excitación y esperanza. Se inclinó hacia delante, hacia el otro lado del anillo de carbones, y recogió el hilo de agua más cercano en una de las copas vacías. Se llenó en un minuto; Isana se la llevó a la boca y bebió profundamente; el agua penetró en ella con un placer sencillo y animal. Volvió a llenar la copa y bebió una y otra vez, y después también le dio más a Odiana.

La otra prisionera se revolvió con la primera copa y más aún con la segunda. Por último fue capaz de susurrar:

—¿Qué está ocurriendo?

—Una oportunidad —respondió Isana—. Nos han dado una oportunidad.

Isana extendió las manos para llenar las dos copas, porque el hilo caía ahora con un poco más de fuerza. Se lamió los labios y miró alrededor del círculo de carbón, buscando una zona específica del aro que las rodeaba. Encontró el punto en el que Aric había repartido los carbones de una manera especialmente descuidada. Un lugar en el que no cayeron carbones nuevos, de modo que tan solo había trozos viejos, grises y medio apagados.

Temblando de excitación, extendió la mano y derramó el agua sobre el carbón,

que crepitó y chisporroteó. Volvió a llenar la copa y repitió la operación. Y una tercera vez, y una cuarta.

Con un siseo final, el último trozo de carbón se apagó.

Temblando aún más que momentos antes, Isana llenó otra copa de agua y llamó a su furia, a Rill.

La copa se movió con fuerza, y de pronto Isana sintió la presencia de Rill dentro del agua, una vida en movimiento y un remolino frenético. Se dio cuenta de que se le saltaban las lágrimas y un instante después fue consciente de que Rill las retenía con suavidad; sintió el afecto de la furia y el alivio de estar de nuevo en contacto con ella.

Miró a la mujer del collar, quien se había estirado para recoger otro hilo de agua con las manos y tenía ahora una sonrisa distante y soñadora en la cara.

—Están hablando de nosotras —murmuró Odiana—. Demasiadas copas. Me van a usar hasta que el calor me mate. Entonces será tu turno, Isana. Creo... —Se calló de repente y la espalda se le arqueó con un jadeo, antes de tirar el agua, mientras movía la cabeza y se tapaba las orejas con las manos—. Su voz... No, no quiero oírla. No quiero oírle.

Isana volvió a su lado y la cogió por las muñecas.

—Odiana —susurró—, tenemos que salir de aquí.

La mujer de ojos oscuros miró a Isana con una expresión de estupor y asintió.

—No sé... No sé si podré.

—¿El collar?

Volvió a asentir.

—Resulta muy duro pensar en hacer cosas que no le complazcan. No sé si las podré hacer. Y si me habla...

Isana tragó saliva. Con suavidad, retiró las manos de Odiana de sus orejas y colocó las suyas sobre ellas.

—No lo hará —afirmó en voz baja—. Déjame a mí.

El rostro de Odiana palideció, pero asintió de nuevo.

Isana se puso en contacto con Rill y envió a la furia al interior del cuerpo de Odiana a través de sus manos. Rill vaciló una vez dentro y se negó a responder. Isana se tuvo que concentrar haciendo un gran esfuerzo antes de que sus sentidos consiguieran penetrar a través de la otra mujer.

Las emociones de Odiana casi la apabullaron.

Tensión. Un miedo terrible. Rabia, una rabia frenética y casi ciega... todo ello atrapado bajo un placer lento y constante, un pulso lánguido que surgía del collar, amenazando a cada instante con transformarse en una agonía inexplicable. Era como encontrarse en el centro de una tormenta, con las emociones y las necesidades girando alrededor, sin nada estable, sin manera de orientarse. Con un escalofrío, Isana se dio cuenta de que Rill solo le había dejado tocar ligeramente las emociones de la

bruja del agua, el remolino frenético y desbordante en su mente. Se dio cuenta de que Rill se proponía protegerla de la exposición a lo que con facilidad se podía derramar sobre sus propios pensamientos y sobre su corazón.

Isana alejó a empujones esa tormenta del alma y luchó por concentrarse en su objetivo. A través de la furia buscó los oídos de la otra mujer, los sensibles tímpanos. Con un gran esfuerzo, casi titánico, alteró la presión del cuerpo de Odiana dentro de sus oídos. En la distancia, oyó cómo la mujer dejaba escapar un gemido de malestar y entonces los tímpanos estallaron con otra explosión de dolor y emociones salvajes, entre las que predominaban la alegría, la repugnancia y la impaciencia.

Isana se retiró de la artífice del agua con toda la rapidez que pudo, apartando las manos y su rostro. Incluso después de cortar el contacto, siguieron presentes las emociones salvajes de Odiana, que fluyeron sobre ella, contra ella, de manera que le resultaba difícil pensar y concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

Enseguida le llegó la voz de Odiana, muy suave y muy amable.

—No puedes luchar contra él, y lo sabes —dijo medio susurrando—. Lo tienes que abrazar. Un día, todos estarán en él, chica del campo. Tienes que dejar que te lo ponga. Hacer lo contrario es... es una locura.

Isana la miró y vio que la bruja del agua sonreía con un gesto que le estiraba la boca hasta un punto cercano a una mueca de dolor. Isana negó con la cabeza y apartó las emociones para aclarar su pensamiento. Tavi. Bernard. Tenía que ser libre para volver con su familia. Necesitaban su ayuda, o al menos saber que se encontraba bien. Se abrazó a sí misma y luchó, hasta que lentamente se le aclararon las ideas.

—Tenemos que salir de aquí —repitió Isana—. No sé cuánto tiempo tenemos.

Odiana le frunció el ceño.

—Me has dejado sin oído, chica del campo. No te puedo oír. Pero si estás diciendo que nos tenemos que ir, estoy de acuerdo.

Isana hizo un gesto hacia el suelo en el extremo más alejado del anillo de carbón.

—La furia de Kord. Está vigilando el suelo alrededor. —Hizo un gesto y señaló el suelo.

Odiana negó con la cabeza en desacuerdo. Sus ojos dudaron durante un momento y gimió levemente mientras las puntas de los dedos se movían hasta tocar el collar.

—Yo... yo necesito todo lo que tengo dentro solo para andar. No te puedo ayudar. —Inclinó la cabeza—. Toma mi mano. Iré contigo.

Isana movió la cabeza, frustrada. En el exterior, una puerta se abrió de golpe y tronó la voz borracha de Kord.

—¡Ha llegado el momento, señoras! —anunció, seguido por la alegría ruda de muchas gargantas.

Aterrorizada, Isana se puso en pie y cogió la mano de Odiana. Se puso en contacto con Rill y envió a la furia a que investigase el techo del ahumadero,

mientras se acercaban los hombres. Tras reunir toda el agua líquida que la furia pudo encontrar, Isana sintió en su interior una conciencia instintiva de lo que había allí, del agua en el aire plagado de nieve, del agua derretida dentro del ahumadero y en el suelo, a su alrededor.

Isana la sintió, la reunió en un solo sitio y entonces, con un grito bajo, la soltó.

El agua cayó del tejado en una ola repentina que descargó sobre el carbón formando un anillo irregular. El carbón crujió y crepitó con violencia, y en unos segundos el aire se llenó de un vapor espeso y caliente.

En el exterior se oyó un grito y los pies de Kord se acercaron con rapidez. Se retiraron los pesados pestillos de la puerta y esta se abrió de golpe.

Con otro movimiento de la mano, Isana envió el vapor hirviente contra la cara de Kord y los hombres que iban detrás. El patio se llenó de gritos y chillidos, a medida que los hombres se retiraban de la puerta.

Isana se concentró en el suelo que tenían delante y en el borde de los carbones apagados, donde el agua se condensó a partir del vapor para formar una extensión alargada de líquido cristalino, tan ancha como un madero. Nunca había intentado nada igual. Teniendo claro en la mente lo que quería que Rill hiciera, respiró hondo y dio un paso sobre la pasarela de líquido. Se produjo una tensión bajo sus pies, una agitación, pero el agua soportó el peso de Isana sin dejar que se hundiera hasta el suelo.

Isana soltó un grito casi silencioso de triunfo y avanzó por el líquido, tirando de la mano de Odiana. La condujo hasta la puerta del ahumadero y salió a la tierra del otro lado, con su compañera vacilante, pero resistiendo a su lado.

—¡Para! —tronó Kord, en medio de la nube de vapor—. ¡Te ordeno que te detengas! ¡Tírate al suelo, puta! ¡Al suelo!

Isana miró a Odiana: la cara de la mujer era distante, tenía la mirada perdida y se tambaleaba detrás de ella. Si el collar la estaba obligando a reaccionar ante la voz de Kord, no dio muestras de ello.

—Rill —susurró Isana—. ¡El río más cercano!

Y con una claridad repentina, Isana sintió la disposición del terreno a su alrededor, el resplandor sutil que bajaba y se alejaba de las montañas en dirección hacia el centro del valle, para desembocar en un afluente que, al final, alimentaba uno de los ríos que atravesaba Guarnición y llegaba hasta el mar de Hielo.

Isana se dio la vuelta y corrió por el suelo frío, usando a Rill solo para que le mostrase el camino hasta el agua más cercana y para mantener la sangre en circulación en sus pies desnudos y permitir que se resistieran a la congelación. Solo podía esperar que Odiana tuviera la presencia de ánimo suficiente para hacer lo mismo.

Detrás de ellas, Kord convocó a su furia y el terreno que tenía a su derecha estalló

con un movimiento retorcido y malicioso, lanzando al aire hielo, tierra helada y rocas. Isana cambió el rumbo para correr sobre nieve más profunda y una capa de hielo más dura, y rezó para no caer y romperse una pierna. Esa capa de agua helada era su única protección contra toda la cólera de la furia de tierra de Kord.

—¡Te mataré! —rugió la voz del estatúder a sus espaldas en la oscuridad—. ¡Os mataré! ¡Encuéntralas, encuéntralas y mátalas a las dos! ¡Traed los perros!

Su corazón se aceleró por el miedo. Con su cuerpo impulsado por la excitación y el terror, Isana huyó hacia la noche, alejándose del sonido de la persecución creciente, mientras conducía de la mano a su compañera de cautiverio.

—¿QUÉ quieres decir con que han fallado? —gruñó Fidelias.

Apretó los dientes y cruzó los brazos, apoyando el cuerpo en el respaldo del asiento del palanquín. Los caballeros Aeris aguantaban las barras mientras navegaban a través de las nubes bajas y la nieve, y parecía que el frío estaba decidido a arrancarle las orejas de la cabeza.

—¿Odias volar? —preguntó Aldrick arrastrando las palabras.

—Responde a la pregunta.

—Marcus informa de que el equipo de tierra ha fallado en su misión de evitar que la cursor llegase hasta el conde Gram. El equipo aéreo vio una ventana de oportunidad y la aprovechó, pero fueron detectados antes de atacar. De nuevo la cursor. Los dos hombres que iban con Marcus murieron durante el ataque, aunque también informa de que el conde Gram fue herido, es probable que mortalmente.

—Desde el principio no fue más que un ataque chapucero, no una oportunidad. Si no estaban sobre aviso antes, ahora ya lo están.

Aldrick se encogió de hombros.

—Quizá no. Marcus informa que la cursor y el estatúder que la acompaña fueron arrestados y cargados de cadenas.

Fideliasladeó la cabeza hacia Aldrick con el ceño fruncido. Entonces, lentamente empezó a sonreír.

—Bien. Eso me hace sentir bastante mejor. Gram no habría arrestado a uno de sus estatúderes sin oír antes toda la historia. Ahora debe de estar al mando su buscador de la verdad.

Aldrick asintió.

—Eso es lo que informa Marcus. Y según nuestras fuentes, el buscador de la verdad es alguien con un don pero sin talento. De la casa de Pluvus. Es joven, sin experiencia, no domina lo suficiente el artificio para hacer su trabajo y mucho menos para que suponga una amenaza en la lucha.

Fidelias asintió.

—Ajá.

—Parece un accidente afortunado. Al principio había un veterano al que iban a enviar con casi dos cohortes de *tertius*, pero el papeleo se tramitó de manera incorrecta y en su lugar enviaron una unidad de reclutas.

—¡Y un cuervo que fuera un accidente! —murmuró Fidelias—. Prepararlo me ocupó casi una semana.

Aldrick se lo quedó mirando largo rato.

—Estoy impresionado.

Fidelias se encogió de hombros.

—Lo hice solo para debilitar la eficacia de Guarnición. No pensé que fuera a dar tan buen resultado. —Se quitó enojado un copo de nieve de la mejilla—. Debo de andar por el sendero correcto.

—No lles demasiado lejos tus esperanzas —replicó el espadachín—. Si los marat pierden parte de su fuerza, esto no servirá de nada.

—Por eso vamos a buscarlos —recordó Fidelias—. Sígueme el juego. —Se inclinó hacia delante y llamó a uno de los caballeros Aeris—. ¿Cuánto falta?

El hombre miró hacia la distancia durante un momento y le respondió a gritos.

—Ahora estamos atravesando la capa de nieve, señor. Tendríamos que ver los fuegos... allí.

El palanquín salió de las nubes y el regreso súbito de la visión hizo que el estómago de Fidelias le diera un vuelco desagradable, ahora que podía comprobar lo lejos que se encontraba el suelo.

Por debajo de ellos, extendidos sobre la llanura más allá de las montañas que protegían el valle de Calderon, se encontraban los fuegos de campamento. Había hogueras que se extendían a lo largo de kilómetros en la noche.

—Hum —murmuró Aldrick, mientras contemplaba los fuegos y las siluetas difuminadas que se movían alrededor de ellos—. No estoy seguro de poder con tantos.

Fidelias distendió la comisura de los labios en una sonrisa.

—Entonces recurriremos al plan de reserva.

El palanquín se deslizó hasta el pie de una colina que se alzaba sobre la llanura ondulante. En su cima se alzaba un anillo de piedras enormes, cada una de ellas tan grande como una casa, y en el centro de ese círculo de piedras había un estanque de aguas tranquilas, que de alguna manera se había librado de la capa de hielo que lo debería estar cubriendo. Entre las piedras se veían antorchas, y sus llamas de tonos esmeralda producían un humo pesado y extraño e iluminaban el lugar con una luz intensa. La nieve del suelo daba a todo el lugar una iluminación extraña, y a la luz de la antorcha más cercana se podía ver a un marat pálido y casi desnudo que los miraba con curiosidad.

Fidelias bajó del palanquín y le preguntó al mismo caballero con el que había hablado antes:

—¿Dónde está Atsurak?

El caballero señaló ladera arriba.

—En la cima de la colina. Lo llaman el *horto*, es allí arriba.

Fidelias giró el tobillo, frunciendo el ceño ante el dolor que aún le producía.

—Entonces, ¿por qué no hemos aterrizado en la cima de la colina?

El caballero se encogió de hombros.

—Nos dijeron que no lo hiciéramos, señor —se disculpó.

—Estupendo —replicó Fidelias sarcástico.

Miró a Aldrick y empezó a subir por la ladera. El espadachín se colocó a su derecha y un paso por detrás. La subida le provocó a Fidelias un dolor insoportable en los pies y se tuvo que detener en una ocasión para descansar.

Aldrick le miró, inquisitivo.

—¿Los pies?

—Sí.

—Cuando terminemos con esto mañana, iré a buscar a Odiana. Es buena arreglando cosas.

Fidelias frunció el ceño. No se fiaba de la bruja del agua. Parecía que Aldrick la controlaba, pero era demasiado lista para su gusto.

—Está bien —zanjó. Al cabo de un momento, preguntó—: ¿Por qué, Aldrick? El Espada contemplaba la noche a su alrededor con desinterés.

—¿Por qué, qué?

—¿Cuánto tiempo hace que eres un hombre buscado, Aldrick? ¿Veinte años?

—Dieciocho.

—Y durante todo ese tiempo has sido un rebelde. Pasando de un grupo a otro, y todos ellos subversivos.

—Luchadores por la libertad —corrigió Aldrick.

—Lo que tú digas —le quitó importancia Fidelias—. La cuestión es que has sido un grano en el culo de Gaius desde que eras prácticamente un muchacho.

El otro se encogió de hombros. Fidelias lo estudió.

—¿Por qué? —repitió.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Porque me gusta conocer las motivaciones de las personas con las que trabajo. La bruja te sigue. Está embobada contigo y no dudo que mataría por ti, si se lo pidieses.

De nuevo, Aldrick se encogió de hombros.

—Pero no sé por qué lo haces tú, ni por qué confía en ti Aquitanius. Así que, ¿por qué eres nuestro aliado? —continuó Fidelias.

—¿No lo has deducido? Se supone que eres el gran espía de la Corona. ¿Aún no lo has averiguado? ¿No has analizado mis cicatrices o fisgoneado en mis diarios, o algo por el estilo?

Con una sonrisa torcida, Fidelias contestó:

—Eres honesto. Eres un asesino, un mercenario, un matón..., pero eres honesto. Pensé que era mejor preguntártelo.

Aldrick reemprendió la subida.

—Tenía una familia —empezó a explicar sin entonación—. Mi madre y mi padre. Mi hermano mayor y dos hermanas menores. Gaius Sextus acabó con todos ellos. —

Golpeó con un dedo la empuñadura de la espada—. Lo mataré. Para hacerlo, lo tengo que sacar del trono. Por eso estoy con Aquitanius.

—¿Y eso es todo? —preguntó Fidelias.

—No. —Aldrick no le explicó nada más. Tras un momento de silencio, preguntó —: ¿Cómo tienes los pies?

—Sigamos adelante —respondió Fidelias.

Reemprendieron la ascensión de la colina, aunque el dolor le provocaba un estremecimiento con cada paso.

A unos diez metros de la cima, una pareja de guerreros marat, hombre y mujer, surgieron de las sombras, alrededor de la base de las piedras en lo alto de la elevación. Se acercaron a ellos a través de la nieve. El hombre llevaba un hacha de manufactura alerana y la mujer, una daga negra de piedra afilada.

Fidelias se detuvo delante de ellos y levantó las manos vacías.

—Paz. He venido a hablar con Atsurak.

El hombre se acercó con los ojos entornados. Llevaba las plumas pesadas y oscuras de un moa trenzadas en el cabello pálido.

—No permitiré que hables con Atsurak, forastero, mientras se encuentra en el *horto*. Tendrás que esperar hasta...

El temperamento de Fidelias estalló, y con un arrebato de rabia se proyectó hacia la tierra para tomar prestada la fuerza de Vamma y descargar tal golpe contra el guerrero marat del hacha que le levantó los pies del suelo y lo dejó tendido sin sentido sobre la nieve.

Sin detenerse, Fidelias pasó por encima de la sombra silenciosa del marat caído, se acercó cojeando a la esbelta mujer guerrera y dijo exactamente con el mismo tono:

—Paz. He venido a hablar con Atsurak.

Los ojos de color ámbar de la marat, brillantes bajo unas cejas espesas y pálidas, repasaron de arriba abajo a Fidelias. Los labios se separaron de los dientes, dejando ver unos caninos como colmillos de lobo.

—Te llevaré ante Atsurak —respondió.

Fidelias la siguió durante el resto de la subida hasta las grandes piedras de la cima. El humo de las antorchas, pesado y oscuro a ras de suelo, desprendía un olor peculiar y Fidelias se sintió un poco mareado cuando penetró en el círculo. Miró hacia atrás a Aldrick y el espadachín asintió con las aletas de la nariz muy abiertas.

Siete piedras, lisas y redondas, con sus superficies por encima del humo pesado, estaban situadas alrededor del estanque de agua, que no se había congelado. Parecía que el humo se hundía en él y formaba un remolino bajo su superficie, dejándola reluciente y opaca, con el reflejo de la luz de las hogueras y el resplandor mortecino de la nieve y el hielo en la noche.

Repartidos alrededor del estanque se encontraba un centenar de marat, unos con

el cabello trenzado con plumas de moa, y otros con el aspecto desgredado de lo que Fidelias supuso que era el clan de los lobos. Hombres y mujeres comían, o bebían de calabazas pintadas de colores brillantes, o se apareaban entre el humo acre y mareante con un abandono animal. En las sombras se alzaban las siluetas silenciosas de las aves de guerra moa, y en el suelo se proyectaban las de los lobos, siempre alerta, incluso en el descanso.

Sobre una de las piedras se encontraba Atsurak, que ya se había repuesto de los hematomas y se había cubierto los cortes con tiras de cuero y trenzas de hierba. La daga de Aquitania colgaba de una tira en su cintura, con la hoja oculta en una funda de cuero crudo, situada de manera que la pudiera ver todo el mundo. A cada lado del caudillo se postraba una mujer guerrera marat, del grupo de cejas espesas y dientes de colmillo. Las dos estaban desnudas y eran jóvenes y ágiles.

Los labios de los tres estaban manchados de sangre fresca y roja, y atada sobre la piedra más cercana yacía el cuerpo tembloroso de una joven mujer alerana, que seguía llevando los harapos de una falda y un delantal de granjera, y aún estaba viva.

La boca de Aldrick se torció en una mueca de asco.

—Salvajes —murmuró.

—Sí —reconoció Fidelias—. Los llamamos así porque son salvajes, Aldrick.

El espadachín gruñó.

—Se han movido demasiado pronto. No hay ningún asentamiento alerano a este lado del valle.

—Obviamente. —Fidelias dio un paso al frente, al tiempo que decía—: Atsurak del clan de los moa, creí entender que tu ataque se iba a producir dentro de dos amaneceres. ¿Estaba en un error?

Atsurak levantó la mirada, fijándose en Fidelias, mientras una anciana, que mostraba los rasgos del clan de los lobos, se levantó del humo en la base de una de las piedras, cubierta de sangre, y se acercó a él. Colocó los brazos despreocupadamente sobre sus hombros, mirando fijamente a Fidelias con sus ojos de color ámbar. Atsurak levantó una mano y tocó a la mujer sin mirarla.

—Celebremos nuestra victoria, alerano. —Sonrió y mostró los dientes manchados de escarlata—. ¿Has venido a compartir?

—Estás celebrando una victoria que aún no has conseguido.

Atsurak movió una mano.

—Para muchos de mis guerreros, más tarde no habría posibilidad de celebrarla.

—¿Así que has roto el pacto? —preguntó Fidelias—. ¿Has atacado antes de lo previsto?

El marat frunció el ceño.

—Una partida de asalto golpeó primero, como es nuestra costumbre. Conocemos muchas formas de entrar y salir del valle del puente, alerano. No son caminos para un

ejército, sino para grupos de exploradores y partidas de saqueo. —Hizo un gesto hacia la muchacha atada—. Su pueblo luchó bien contra nosotros. Murió bien. Ahora compartimos su fuerza.

—¿¡Os la estáis comiendo viva!?! —inquirió Aldrick.

—Pura —corrigió Atsurak—. No la ha tocado el fuego, el agua ni el acero. Tal como son ante El Único.

Mientras hablaba, un par de guerreros moa se incorporaron y se acercaron a la prisionera. Con una eficacia cotidiana y casi rutinaria, la levantaron, le arrancaron la ropa y la volvieron a atar sobre la piedra, con el vientre hacia las estrellas y brazos y piernas estirados.

Atsurak miró a la cautiva.

—Tomamos más fuerza de esta forma —musitó con sus labios ensangrentados—. No espero que lo entiendas, alerano.

La chica miró a su alrededor, frenética, con los ojos rojos a causa de las lágrimas, el cuerpo temblando por el frío y los labios azules.

—Por favor —jadeó en dirección a Fidelias—. Por favor, señor. Por favor, ayuda.

Fidelias se encontró con su mirada y se acercó a la piedra sobre la que estaba atada.

—La situación ha cambiado. Tenemos que modificar los planes para ajustarnos a ella.

Atsurak lo siguió con los ojos y con una expresión cada vez más recelosa.

—¿Qué ha cambiado, alerano?

—Señor —le susurró la chica con un gesto desesperado y horrible a causa de las lágrimas y el miedo—. Señor, por favor.

—Chist —la calmó Fidelias. Puso una mano sobre su cabello y ella estalló en sollozos silenciosos, apagados—. Nos tenemos que poner en movimiento ahora mismo. Es posible que hayan avisado de nuestra llegada a las tropas de Guarnición.

—Que lo sepan —replicó Atsurak, reclinándose con pereza sobre una de las mujeres que permanecían a su lado—. Aun así, les abriremos sus blandas barrigas.

—Estás equivocado —repuso Fidelias. Levantó la voz lo suficiente para que todos los marat alrededor del estanque lo pudieran oír—. Estás equivocado, Atsurak. Debemos asaltar de inmediato. Al amanecer.

El silencio cayó sobre la cima de la colina; un silencio repentino, profundo, casi como si los marat tuvieran miedo de respirar. Todas las miradas fueron de Fidelias a Atsurak.

—Dices que estoy equivocado —repitió Atsurak con palabras bajas y suaves.

—Los jóvenes de tu pueblo escuchan a los mayores, jefe del clan de los moa. ¿Es así?

—Lo es.

—Entonces tú, joven jefe, escúchame. Yo estuve presente la última vez que los aleranos lucharon contra tu pueblo. No hubo gloria en ello. No hubo honor. Casi no se libró ninguna batalla. Las rocas se alzaron contra ellos y la hierba ató sus pies. El fuego recorrió el suelo y el fuego se abalanzó sobre ellos y los destruyó. No hubo prueba, ni Juicio de Sangre. Murieron como animales estúpidos en una trampa porque se confiaron. —Torció los labios en una mueca macabra—. Murieron con las barrigas demasiado llenas.

—Deshonras la memoria de guerreros valientes...

—Que murieron porque no aprovecharon su ventaja —le cortó Fidelias—. Conduce a tu pueblo a la muerte si eso es lo que deseas, Atsurak, pero yo no participaré de ello. No quiero malgastar las vidas de mis caballeros en un intento por neutralizar a los caballeros de una guarnición avisada y preparada.

Otro marat, un moa, se puso en pie.

—Habla con las palabras de un alerano —escupió—. Las palabras de un cobarde.

—Digo la verdad —replicó Fidelias—. Si eres sabio, joven, escucharás a los mayores.

Atsurak se lo quedó mirando en silencio un largo rato, antes de soltar el aire.

—Los aleranos luchan como cobardes —empezó—. Les vamos a obligar a un Juicio de Sangre antes de que puedan preparar sus espíritus para esconderse detrás de ellos. Atacaremos al amanecer.

Fidelias dejó escapar un suspiro casi silencioso y asintió.

—Entonces, ¿se ha terminado la celebración?

Atsurak miró a la cautiva, temblorosa bajo la mano de Fidelias.

—Casi.

—Por favor, señor —susurró la chica—. Por favor, ayúdeme.

Fidelias la miró y asintió, tocando su boca con la otra mano.

Entonces le rompió el cuello y el sonido seco resonó en el silencio de la cima de la colina. Sus ojos lo miraron sorprendidos unos segundos. Después, lentamente, su mirada se perdió y quedó vacía.

Dejó que la cabeza de la chica cayera sin fuerza sobre la piedra.

—Ahora sí ha terminado —le dijo a Atsurak—. Te quiero en tu puesto al salir el sol.

Atravesó el círculo en dirección a Aldrick, intentando ocultar la cojera.

—¡Alerano! —gruñó Atsurak con una voz pesada y bestial.

Fidelias se detuvo sin darse la vuelta.

—Recordaré este insulto.

Fidelias asintió.

—Estate preparado por la mañana.

Sin mirar atrás, bajó de la colina en compañía de Aldrick y en dirección al

palanquín. Aldrick iba a su lado en silencio con cara de preocupación. En mitad del descenso, el estómago de Fidelias le dio un vuelco sin ninguna causa aparente y se tuvo que detener para vomitar, arrojándolo todo sobre sus pies heridos, con la cabeza inclinada.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Aldrick con voz baja y fría.

—Me duelen los pies —mintió Fidelias.

—Te duelen los pies —repitió Aldrick en voz baja—. Del, has matado a esa chica.

El estómago de Fidelias se revolvió.

—Sí.

—¿Y no te preocupa?

Volvió a mentir.

—No.

El Espada negó con la cabeza.

Fidelias respiró hondo. Después, lo hizo por segunda vez y se obligó a recuperar el control de su estómago.

—Ya estaba muerta, Aldrick —comentó—. Lo más probable es que ya hubiera visto cómo se comían vivos a su familia o sus amigos. Ahí mismo, ante sus ojos. Ella era la siguiente. Aunque la hubiéramos sacado de aquí de una sola pieza, ya había visto demasiado. La habríamos tenido que eliminar.

—Pero tú la has matado.

—Era lo más misericordioso que podía hacer —contestó Fidelias, y se puso en pie mientras la cabeza se le iba despejando poco a poco.

Aldrick se quedó callado.

—Grandes furias —exclamó por último—. Yo no tengo estómago para este tipo de muertes.

Fidelias asintió.

—No dejes que eso te impida cumplir con tu deber.

Aldrick rezongó.

—¿Estás listo?

—Estoy listo —respondió Fidelias, y reemprendieron juntos la bajada—. Al menos hemos conseguido que los marat se pongan en movimiento. —Los pies le dolían horriblemente, pero bajar la colina era más llevadero que subirla—. Prepara a los hombres. Atacaremos a los caballeros en Guarnición tal como hemos planeado durante el viaje hasta aquí.

—Entonces, ahora ya solo queda luchar.

Fidelias asintió.

—No creo que ahora queden ya grandes obstáculos para la misión.

LOS dientes de Tavi castañeteaban, mientras se abrazaba a sí mismo bajo la capa, cuando salieron de la tienda en la que habían estado retenidos Fade y él. No estaba seguro si era el frío lo que le hacía temblar, o si era el puro nerviosismo que le inundaba y le impulsaba a no parar quieto y a quemar el frío del invierno con el movimiento.

—M... m... más nieve —tartamudeó Tavi, mientras seguía la silueta silenciosa de Doroga.

En efecto, grandes copos de nieve caían pausadamente, formando una cortina espesa. De una fina capa de hielo en el suelo de la noche anterior, la nieve ya había pasado a convertirse en una alfombra espesa que le llegaba a Tavi por los tobillos. Resbaló en una placa de hielo que apenas estaba cubierta por la nieve, pero Fade lo cogió por el hombro y lo sostuvo hasta que logró recuperar el equilibrio.

—Fantástico.

Doroga se giró hacia ellos sin detenerse.

—Lo es —asintió—. La nieve y la oscuridad ayudarán a que más Guardianas estén durmiendo.

Tavi miró inquisitivamente al jefe marat:

—¿Qué Guardianas?

—Las Guardianas del Silencio.

—¿Quiénes son?

—Ya lo verás —contestó Doroga.

El marat siguió andando por la nieve hasta que llegó al lado de un gargante enorme y viejo, que rumiaba plácidamente su forraje. Doroga se acercó al animal y no le hizo ninguna señal visible, pero el toro se arrodilló y permitió que utilizara la parte trasera de la pata para trepar y alcanzar la cuerda con nudos que colgaba de la silla. El marat subió con facilidad y después se inclinó con la mano extendida para ayudar a Tavi y a Fade a subir y situarse detrás de él.

Una vez montados, el gargante se puso en pie con pereza, se dio la vuelta despacio y empezó a avanzar pesadamente por la nieve. Durante un tiempo atravesaron la noche en silencio, y aunque el calor de la bestia y de los jinetes que transportaba estaban amortiguando el frío, Tavi seguía temblando. Por lo tanto, eran los nervios. Sintió que en la boca se le dibujaba una sonrisa.

—Así que a ese sitio al que se supone que vamos... —empezó a decir.

—La Bendición de la Noche —aclaró Doroga.

—¿Qué es?

—Una planta. Una seta. Crece en el corazón del Valle del Silencio. Dentro del gran árbol.

—¡Ajá...! —exclamó Tavi—. ¿Para qué sirve?

Droga parpadeó y se volvió hacia atrás para mirarle.

—¿Para qué, chico del valle? Es buena para todo.

—¿Valiosa?

Doroga negó con la cabeza.

—No comprendes el significado de las palabras —aclaró—. Fiebre. Veneno. Heridas. Dolor. Incluso la edad. Tiene poder sobre todo eso. Para nuestro pueblo, no hay nada que tenga más valor.

Tavi silbó.

—¿Tienes alguna?

Doroga vaciló y negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Solo crece allí, chico del valle. Y crece muy despacio. Cuando somos afortunados, una persona regresa cada año con un poco de Bendición.

—¿Por qué no envías a más gente?

Doroga tardó unos instantes en responder.

—Lo hacemos —contestó.

Tavi parpadeó y tragó saliva.

—Así que, bueno, supongo que a los que no volvieron les debió de ocurrir algo.

—Las Guardianas —aclaró Doroga—. Su mordisco es un veneno mortal. Pero tienen sus debilidades.

—¿Qué debilidades?

—Cuando uno cae, las Guardianas se lanzan sobre el caído. Todas ellas. No persiguen a nadie más hasta que lo han devorado por completo.

Tavi tragó saliva.

—Este es el juicio de mi pueblo ante El Único, chico del valle. Acaba de anochecer. Entrarás en el Valle del Silencio y regresarás antes del amanecer.

—¿Y si no vuelvo antes del amanecer? —preguntó Tavi.

—Entonces no regresarás.

—¿Las Guardianas?

Doroga asintió.

—Por la noche son lentas. Silencio. Nadie escapa del Valle del Silencio mientras El Único llena con luz el cielo.

—Fantástico —repitió Tavi y respiró hondo—. Dime, ¿dónde está tu hijo?

Doroga parpadeó, levantó la mirada hacia el cielo y después se volvió hacia Tavi.

—¿Mi qué?

—Kitai. Tu hijo.

—Ah. Mi cachorro —comprendió Doroga, moviendo los ojos hacia el suelo que tenían delante con una expresión incómoda—. Hashat trae a Kitai.

—¿No monta contigo?

Doroga permaneció en silencio.

—¿Qué? ¿Se ha peleado contigo? —quiso saber el muchacho—. ¿Está coqueteando con el clan de los caballos?

Doroga gruñó y el gargante que tenían debajo dejó escapar un estruendo que hizo temblar los dientes de Tavi.

—No importa —dijo el chico con rapidez—. ¿A qué distancia está ese gran árbol?

Doroga dirigió al gargante hacia una ladera larga en bajada y señaló hacia delante.

—Míralo tú mismo...

Tavi se esforzó por mirar por encima de los hombros anchos de Doroga, pero al final tuvo que plantar un pie en el lomo del toro gargante y medio incorporarse, con Fade agarrándolo del cinturón para equilibrarlo.

A lo largo de una ladera llana, moteada con manchas en sombra alrededor de rocas redondas y cubiertas de hielo, el terreno caía de forma abrupta, como si una mano enorme hubiera excavado en la tierra una cúpula invertida. Un risco bajo bordeaba el precipicio, un círculo que se extendía tan ancho bajo la nevada que el muchacho no pudo ver la mayor parte de la curva ni el extremo más alejado del círculo. Una luz mortecina y verdosa iluminaba desde abajo el borde del risco, y al acercarse el gargante, Tavi pudo ver cuál era su origen.

El fondo del pozo, ese gran cuenco excavado en la tierra, estaba cubierto por una extensión de árboles, pertenecientes a una especie que él no había visto nunca. Se alzaban con troncos retorcidos y nudosos, y sus numerosas ramas se estiraban hacia lo alto, como los brazos de un hombre que se estuviera ahogando.

La fuente de la luz cubría los árboles. Tavi entrecerró los párpados y miró, pero sus ojos tardaron un momento en descifrar lo que estaba viendo. Los árboles estaban cubiertos por algún tipo de planta que emitía esa luminiscencia débil y amenazante. Parecía que cubrían los árboles como hacen algunas setas, pero en lugar de existir como la ligera capa vegetal que cubre ciertas plantas, habían crecido hasta convertirse en una masa espesa de aspecto gelatinoso. Según el gargante se acercaba al borde del precipicio, el muchacho vio que esa excrecencia formaba algunos arroyos y había zonas en las que parecía tener burbujas de aire atrapadas bajo la superficie. Todo aquel lugar tenía el mismo aspecto que si se hubiera tirado cera derretida por encima de la superficie de los árboles —salvo sobre las ramas que se alzaban como brazos desesperados—, capa tras capa, haciendo de todo el conjunto una obra de arte extraña y fantástica. Hasta donde podía ver, a la luz mortecina de la cera luminiscente, esos árboles extraños se retorcían con las ramas y los troncos cubiertos por festones y marañas de la sustancia cerosa.

En el corazón de la escena se alzaba un árbol viejo y solitario, con un tronco desnudo que se alzaba a gran altura lleno de ramas muertas, desgastadas por el

tiempo. Aunque no había muestra de comparación, Tavi creyó que la torre de madera vieja y muerta debía de ser enorme.

—El Bosque de Cera —comentó en voz baja—. Vaya, nunca te explican que es tan hermoso.

—Peligro —advirtió Fade en voz baja—. Peligro, Tavi. Irá Fade.

—No —se negó con rapidez—. Soy el que habló. Soy yo quien debe someterse al juicio. —Miró a Doroga—. ¿Correcto?

Doroga se giró para mirar a Tavi y después a Fade.

—Demasiado pesado —respondió.

Tavi ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—Demasiado pesado —repitió Doroga—. Su peso romperá la superficie del *croach*. La cera. Alertará a las Guardianas en cuanto lo pise. Solo nuestros cachorros o una mujer menuda pueden entrar en el Valle del Silencio y salir con vida.

Tavi volvió a tragar.

—De acuerdo —asintió—. Tengo que ir yo.

Fade frunció el ceño, pero permaneció en silencio.

Los pasos aparentemente lentos del gigante cubrían mucho terreno con rapidez y enseguida los condujo hasta el borde del precipicio. Allí, Tavi vio a Hashat al lado de un caballo alto y pálido, cuyas crines lanzaba el viento hacia un lado, de manera que la mujer marat con sus largas piernas era como una imagen en el espejo del animal grande y gris. La fría luz invernal relucía en los broches con forma de águila del cinturón de su espada.

A un lado, sentado al borde del precipicio, cerca de un par de bultos en la nieve, se encontraba Kitai, que seguía llevando su túnica basta. Sus piernas escuálidas colgaban al vacío, y movía los pies ociosamente. El viento le retiraba el cabello negro de su rostro de rasgos delgados y firmes, y tenía los ojos abiertos solo una rendija, para resistir los copos de nieve que le azotaban.

Tavi arrugó la nariz hacia el chico y la cara le picó durante un momento, donde le había cortado la mañana anterior.

Doroga saludó con la cabeza a Hashat, sin pronunciar palabra, y le chasqueó la lengua al gigante. La gran bestia soltó un bufido y se detuvo antes de apoyarse delicadamente en el suelo. Doroga tiró la cuerda que colgaba de la silla y usó una mano para equilibrarse mientras se deslizaba hacia el suelo. Tavi lo siguió, al igual que Fade.

—Doroga —saludó Hashat, que se acercó a ellos con el ceño fruncido—. ¿Estáis preparados?

El marat asintió.

—Se extiende la noticia —comentó Hashat—. Los lobos estaban partiendo

cuando salí hacia aquí para traer a Kitai. El ataque será al amanecer.

Tavi soltó un leve gruñido y miró a Fade. El esclavo parecía preocupado, aunque no tenía los ojos fijos en nada. Se limitaba a mirar hacia el Bosque de Cera.

Doroga asintió.

—Entonces, esto lo decidirá. Si vence el alerano, evitaremos la lucha.

—Atsurak no estará contento contigo, Doroga.

El gran marat se encogió de hombros.

—Quizá no sobreviva al día. Si lo hace, lo hace. En todo caso, eso aún está por llegar.

Hashat asintió.

—Entonces, empecemos.

—¡Kitai! —rugió Doroga.

La figura sentada al borde del precipicio no se movió.

El marat torció el gesto.

—¡Cachorro!

Él siguió sin moverse.

Doroga miró a Hashat. La marat de larga melena apartó la cara demasiado tarde para ocultar su sonrisa.

—Tu cachorro está creciendo —le dijo—. Siempre se ponen de mal humor antes de unirse. Ya lo sabes.

—Tú quieres que Kitai forme parte de los caballos —murmuró Doroga.

Hashat se encogió de hombros.

—Velocidad, inteligencia. ¿Quién no lo querría? —Levantó la barbilla y lo llamó—: Kitai, estamos listos para empezar.

El aludido se levantó, se sacudió la túnica con indiferencia y se acercó con una expresión fría. Se detuvo a un paso de Tavi, mirándolo.

El muchacho sintió miedo de repente, sintió de nuevo que el corte le escocía, y después apretó la mandíbula, obstinado. Nunca permitió que un matón lo asustase. Le habían dado palizas con bastante frecuencia, pero nunca se rindió al miedo. Así que se acercó un paso a Kitai, con los ojos entrecerrados como respuesta a su mirada opalescente. Los ojos de ambos quedaron a la misma altura, con lo que el marat no parecía mucho más alto que el alerano. Tavi cruzó los brazos y permaneció desafiante ante su oponente.

Kitai parecía inseguro sobre cómo debía reaccionar ante la actitud de su oponente y miró a Hashat.

Doroga expuso enojado:

—Los dos conocéis el juicio. El primero que encuentre la Bendición de la Noche y me la entregue en mano será el vencedor. —Se volvió hacia Tavi—. Alerano, la Bendición tiene la forma de una seta con la cabeza plana y el tallo delgado, y es del

color de la noche. Se encuentra en la base del gran árbol, en el interior del tronco.

—Seta negra —repitió Tavi—. Árbol grande. De acuerdo, lo he captado.

—Kitai, tú estás familiarizado con el juicio.

El otro chico asintió.

—Sí, señor.

Doroga se volvió hacia él y colocó sus enormes manos sobre sus hombros delgados. Le dio la vuelta a Kitai para que lo mirase, sin esfuerzo alguno ni apenas un movimiento de hombros.

—Entonces, ten cuidado. Tu madre querría que tuvieras cuidado.

El chico levantó la barbilla, aunque le brillaban los ojos.

—Mi madre —replicó— habría recogido la Bendición y habría regresado mientras estás hablando, señor.

De repente, Doroga enseñó los dientes.

—Sí —asintió.

Una de sus manos apretó el hombro de Kitai y soltó al chico para volverse hacia Tavi.

—Os bajaremos y esperaremos hasta el amanecer. En cuanto empecéis, no hay reglas, lo que importa es el resultado. Si lo deseas, puedes decidir no enfrentarte ahora al juicio, chico del valle.

—¿Y regresar a tu campamento para que me coman?

—Sí. Lamentablemente —asintió el marat.

Tavi soltó una carcajada nerviosa.

—Sí, bueno. Creo que probaré suerte con las Guardianas.

—Entonces, empecemos.

Doroga se volvió hacia uno de los bultos que sobresalían en la nieve, lo limpió con sus grandes manos y dejó a la vista un enorme rollo de cuerda, con un trenzado que Tavi nunca había visto antes. A su lado, Hashat hizo lo mismo con un segundo rollo de cuerda.

Tavi vio por el rabillo del ojo que Kitai se colocaba a su lado. El chico marat contempló cómo los dos adultos descubrían la cuerda y comprobaban su longitud.

—Es cuerda de los *gadrin-ha*. Los que llamáis hombres de hielo. Fabricada con el cabello de sus mujeres. Ni se hiela ni se rompe.

Tavi asintió.

—¿Lo has hecho antes? —preguntó.

Kitai asintió.

—Dos veces. Antes no fue por un juicio. Pero he entrado dos veces y he vuelto con la Bendición. Fui el único que regresó.

Tavi tragó saliva.

—¿Tienes miedo, alerano?

—¿Tú no?

—Sí —respondió el otro—. Miedo de perder. Para mí, todo depende de esta noche.

—No comprendo.

El joven marat le informó:

—Cuando regrese con la Bendición antes que tú, habré defendido el honor de mi señor en un juicio ante El Único. Seré ya una persona adulta y podré elegir dónde vivir.

—Y tú quieres vivir con Hashat.

Kitai parpadeó y miró a su rival.

—Sí.

Tavi estudió al otro muchacho.

—¿Estás, uh..., estás enamorado de ella?

Kitai frunció el ceño juntando las cejas pálidas.

—No. Pero quiero formar parte de su clan. Ser libre con su clan y no caminar lenta y pesadamente por ahí con Doroga y su estúpido *Sabot*. —Miró alrededor, en apariencia para cerciorarse de que no había nadie cerca, y le confió en voz baja—: Apestan.

Tavi alzó las cejas y asintió.

—Sí. Supongo que sí.

—Alerano —dijo Kitai—, mi señor tiene razón en una cosa. Tienes valor. Será un honor enfrentarme a ti en un juicio. Pero te venceré. No creas que esto va a acabar de ninguna otra forma, por muchos espíritus que puedas llamar en tu ayuda.

Tavi fue consciente de que torcía el gesto. Por su parte, los ojos de Kitai se entornaron y dio medio paso hacia atrás, con una mano desplazándose hacia el cuchillo que llevaba en el cinturón.

—No domino a ninguna furia —reconoció Tavi—. Pero en mi explotación tenemos un dicho acerca de contar los pollos antes de que se hayan incubado.

—Mi pueblo se come los huevos antes de que los incuben —replicó Kitai y se acercó hacia las cuerdas enrolladas—. Creía que podrías salir vivo gracias a tus espíritus, alerano. Pero parece que solo tendremos que usar una cuerda antes del amanecer.

Tavi empezó a soltar una respuesta rápida e hiriente, pero la mano de Fade lo cogió de repente por el hombro. El muchacho se dio la vuelta para mirarle.

La preocupación contraía el rostro quemado del esclavo de un modo repugnante.

—Ten cuidado, Tavi —le recomendó, y tras eso, se descolgó la mochila que le colgaba del hombro y se la lanzó.

El muchacho dejó escapar un gemido a causa del peso.

—Fade, eh... Quizá sea mejor que no me lleve nada. Iré más rápido sin nada.

—El marat es mucho más fuerte que Tavi —replicó Fade—. Más rápido.

—Gracias —reaccionó el muchacho, irritado—. Solo necesitaba que me dieras estos ánimos.

Los ojos de Fade brillaron con algo parecido al buen humor y alborotó el cabello de Tavi con una mano.

—Tavi es listo. Ahí. Bolsa de trucos. Sé listo, Tavi. Importante.

El chico ladeó la cabeza y se quedó mirando al esclavo.

—¿Fade? —le preguntó.

El brillo desapareció de los ojos del hombre y le ofreció a Tavi su sonrisa tonta.

—Chico del valle —llamó Doroga—, no hay tiempo que perder.

—Si no vuelvo —le dijo con rapidez Tavi a Fade—, quiero que recuerdes que le debes decir a la tía Isana que la quiero. Y también al tío Bernard.

—Sí, Tavi —asintió Fade. Y añadió—: vuelve.

El chico resopló. Fuera cual fuese la chispa de conciencia que había aparecido en los ojos del esclavo, ahora había desaparecido.

—De acuerdo —respondió, y se fue hacia Doroga.

Manipuló la mochila hasta reducir las dimensiones de sus correas a la mínima dimensión y se la ajustó perfectamente a su espalda.

Doroga estaba manejando la cuerda. El muchacho vio que el marat hacía un lazo en la punta con la habilidad de un marino, apretándolo con fuerza. Luego, se quedó quieto con el lazo en el suelo, y al cabo de un instante, Tavi comprendió: dio un paso al frente y puso el pie en el lazo, cogiendo la cuerda para apretarlo.

Doroga asintió en señal de aprobación. A la derecha de Tavi, Kitai había dispuesto por sí solo la cuerda y se encontraba al borde del precipicio con expresión de impaciencia. El alerano caminó con torpeza hasta el borde del abismo y contempló una caída de varias decenas de metros por una superficie casi vertical. Sintió vértigo y, de repente, el vientre le dio un retortijón.

—¿Tienes miedo, alerano? —preguntó Kitai y soltó una risita.

Le lanzó al chico una mirada cargada de rabia y después se volvió hacia Doroga, que había asegurado el otro extremo de la cuerda en una estaca clavada en la tierra y la estaba pasando alrededor de una segunda estaca, de manera que se pudiera tirar gradualmente de la cuerda.

—Vamos allá —decidió Tavi, y tras dar un paso atrás para acercarse al precipicio, se lanzó al espacio.

Doroga sostuvo con fuerza la cuerda y tras sentirse un momento en vilo, Tavi topó con la pared y se estabilizó, bien agarrado. Doroga empezó a soltar cuerda.

—¡Más rápido! ¡Suelta más rápido! —le gritó.

Hubo una pequeña pausa y después la cuerda empezó a bajar con mayor rapidez, desplazando a Tavi sobre el acantilado de rocas a una velocidad pavorosa.

Desde arriba llegó un grito, y Kitai se lanzó al espacio. El chico cayó durante bastante metros y cuando finalmente la cuerda se estiró y lo frenó, Tavi tuvo la impresión de que Hashat lo había conseguido por poco. El marat miró a Tavi con un brillo rabioso en los ojos y gritó algo hacia lo alto del precipicio en su lengua. Un momento después, él también empezó a descender a mayor velocidad.

Tavi usaba un pie y una mano para evitar golpearse contra las rocas y empezó a ser consciente de que era un esfuerzo mayor del esperable. Al poco tiempo estaba resoplando, pero al mirar a su oponente se dio cuenta de que su idea era correcta: a los grandes músculos de Doroga les resultaba más fácil soltar la cuerda a un ritmo mayor y controlado que a los más delgados de Hashat, y Tavi llevaba una ventaja considerable en el descenso frente al otro muchacho.

Al acercarse a la superficie verde y centellante del *croach*, echó una mirada hacia arriba para observar a su rival y esbozó una sonrisa con fiereza.

Kitai dio un silbido y la cuerda se detuvo de repente.

Tavi se lo quedó mirando, confuso. Hasta que el otro sacó su cuchillo y atrapó la cuerda que sostenía a Tavi a unos diez metros del suelo del extraño bosque, y, con una sonrisa como respuesta, utilizó su filo oscuro y vítreo para empezar a cortar la cuerda.

TAVI echó una mirada hacia los diez metros que le separaban del suelo; rápidamente, alargó la mano y empezó a manipular en la mochila de Fade. Levantó la solapa abierta y agarró lo primero que tocaron sus dedos. Aunque tales movimientos provocaron que girara y se balancease en la cuerda, apuntó lo mejor que pudo y se lo lanzó al marat que le seguía por encima de él.

Kitai chilló y se echó hacia atrás para esquivarlo. Un trozo de queso golpeó contra la piedra al lado de la cabeza del marat, se quedó allí pegado durante un instante y por último comenzó a caer hacía el suelo cubierto de cera.

Kitai parpadeó ante el queso y después miró a Tavi, con el rostro retorcido en una extraña sonrisa. Doroga no había dejado de hacer descender la cuerda, de manera que el tajo que lanzara el marat estaba ya fuera de su alcance. Kitai se equilibró contra la pared de roca, volvió a atrapar la cuerda y empezó a cortarla con el cuchillo.

—Alerano idiota, escucha: lo mejor es que caigas, te rompas una pierna y tengas que volver, en lugar de que te devoren las Guardianas.

Tavi revolvió en la mochila y encontró galletas envueltas en tela. Cogió la primera y se la lanzó a Kitai.

—¿Para que en su lugar me devore tu pueblo?

Esta vez, el marat apretó los dientes, pero no se apartó. Una galleta rebotó en su brazo estirado.

—Al menos no te comeremos vivo.

—¡Para! —gritó Tavi.

Tiró otra galleta pero sin ningún efecto. Una hebra gruesa de la cuerda trenzada se partió con un chasquido resonante y el corazón del muchacho dio un vuelco cuando la cuerda giró y se balanceó de lado a lado. Miró hacia abajo. Faltaban seis metros hasta el suelo. No sería capaz de caer sin hacerse daño, posiblemente demasiado para poder continuar.

Se partió otra hebra y se balanceó sin control de un lado al otro con el corazón martilleándole en el pecho.

Con los brazos y las piernas temblorosos a causa de los nervios, echó un último vistazo hacia abajo (¿cuatro metros o un poco más?). Sacó el pie del lazo en el extremo de la cuerda gris y todo lo rápido que pudo se deslizó por la cuerda, agarrándose con las manos y dejando que las piernas se mecieran por debajo. Alcanzó el lazo y lo encajó en su muñeca de un golpe, permitiendo así que sus piernas pudieran desplazarse libremente.

La cuerda se partió con un chasquido y Tavi cayó a plomo.

Entre que Doroga no había dejado de soltar cuerda desde arriba y la poca distancia que había ganado al bajar más por ella, la caída fue de poco más de tres

metros. No mucho más de la altura de los establos, desde donde había saltado tantas veces —siempre sobre montones de paja, cierto, pero nunca tuvo miedo—. Intentó recordar que debía dejar las piernas sueltas para caer y, a ser posible, rodar.

Parecía que la caída duraba una eternidad y el aterrizaje cogió de sorpresa a sus tobillos, rodillas, muslos, caderas y espalda, todo ello en una sucesión fugaz a medida que topaban con el suelo. Cayó de costado, con los brazos agitándose sin control y rebotando contra el suelo, y dejó escapar el aire con una exhalación explosiva. Se quedó tendido durante un momento sin moverse, levemente consciente de que estaba en el suelo con el puño agarrado al lazo de la cuerda.

Recuperó la respiración en unos instantes, mientras se percataba de un par de hechos incongruentes. El primero era que no había nieve en el fondo del abismo, pero la relevancia del hecho no quedó perfectamente constatada hasta que alcanzó el suelo. Hacía calor. Había humedad. Casi sofocante. Se sentó lentamente, apoyándose con las manos.

El suelo debajo de él, o mejor dicho, la cera verdosa y luminiscente bajo sus manos, transmitía una agradable sensación de calidez, así que las dejó sobre ella unos momentos, a fin de que sus dedos helados se recuperaran del viento frío que los había congelado durante la bajada desde la cima del precipicio. Le dolían los tobillos como si los atravesaran miles de agujas diminutas, pero la sensación se alivió pasados unos minutos, para reducirse a una dolorosa molestia a partir de entonces.

Se puso en pie, con la mochila moviéndose incómodamente a su espalda, y miró a su alrededor.

Lo que desde arriba parecía hermoso, una vez allí abajo era desorientador y un poco inquietante. La excrecencia cerosa, el *croach*, se extendía hasta las paredes de piedra del abismo y ahí se detenía, excepto en un punto, al menos hasta donde alcanzaba a ver, donde había subido por la pared, con la intención evidente de cubrir un árbol escuálido y solitario que intentaba crecer a través de una grieta en la roca. El resplandor luminiscente componía extraños claroscuros, pues cada árbol cubierto proyectaba sombras difuminadas y fantasmales sobre el suelo también refulgente del bosque. Bajo el *croach*, las siluetas fantasmagóricas de los árboles le recordaban incómodamente a Tavi los huesos del esqueleto.

El muchacho oyó unos ruidos en la pared y se dio la vuelta a tiempo para ver que Kitai saltaba los poco más de tres metros que le faltaban hasta el suelo del bosque; aterrizó sin ningún ruido, absorbiendo el impacto del aterrizaje con los pies y las manos, y permaneció durante un instante agachado a cuatro patas, con el cabello pálido y sus ojos opalescentes salvajes y verdosos bajo la luz tranquila del *croach*. Miró a derecha e izquierda, preocupado, y ladeó la cabeza, escuchando, concentrado en el bosque luminiscente que tenía delante.

El temperamento de Tavi estalló de súbito, a medida que el miedo y el dolor se

convertían rápidamente en rabiosa indignación, que provocó que le temblaran de repente los brazos con la necesidad urgente de vengarse. Se puso en pie y se acercó en silencio a Kitai. Le dio un golpecito en el hombro al marat, y cuando este se giró hacia él, lanzó el puño y golpeó las costillas del muchacho con toda la dureza que pudo.

Kitai se encogió, pero no se movió con la rapidez suficiente para eludir el puñetazo. Tavi aprovechó la ventaja, apartando el brazo del marat del costado y volviendo a golpear en el mismo punto con toda su fuerza. Kitai intentó empuñar el cuchillo pero Tavi lo empujó con tanta dureza como pudo, y envió al muchacho contra la superficie luminiscente del *croach*.

El caído volvió sus ojos opalescentes hacia Tavi y se puso en pie apoyándose con las manos.

—Alerano —bufó—, la generosidad de mi señor se ha malgastado contigo. Si quieres un Juicio de Sangre, entonces...

Se calló de repente y sus ojos se abrieron de par en par.

El chico, preparado para defenderse, parpadeó ante el cambio súbito del marat. En los brazos se le puso la carne de gallina. En silencio, siguió la mirada del salvaje hacia abajo, hacia sus propios pies.

Parecía que una parte de la rezumante luz verde del *croach* se había extendido sobre las botas de Tavi. Frunció el ceño y miró más de cerca. No. Cuando aterrizó, uno de los tacones debió de penetrar en el *croach* y rompió su superficie como la costra de barro seco sobre un surco aún húmedo. Fuera lo que fuese, la sustancia luminiscente del interior de la cera había goteado sobre el cuero. Las gotas brillaban pálidas y verdes.

Tavi frunció el ceño y se las limpió. Levantó la mirada hacia Kitai, que lo seguía observando con los ojos y la boca abiertos.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Alerano idiota —siseó Kitai—. Has roto el *croach*. Ahora vendrán las Guardianas.

Tavi sintió un escalofrío y tragó saliva.

—Bueno, no habría caído si alguien no hubiera cortado la cuerda.

—No soy tan estúpido —replicó Kitai. Sus ojos se movieron más allá de Tavi, controlando los árboles—. El *croach* que hay debajo de las cuerdas es muy grueso. Por eso elegimos ese lugar para bajar. Una vez vi a alguien caer desde seis veces más arriba que la altura de un marat sin romperlo.

Tavi se pasó la lengua por los labios.

—Oh —exclamó. Miró hacia el suelo luminiscente del bosque—. Entonces, ¿por qué lo he roto?

Kitai le echó una mirada, después se dirigió al lugar del aterrizaje de Tavi y se

agachó a su lado para tocar el fluido luminoso con la punta de los dedos.

—Aquí es más delgado. No lo comprendo. No ha ocurrido nunca.

—Parece como si estuvieran esperando compañía —dijo Tavi.

Kitai se volvió hacia él con los ojos muy abiertos y el cuerpo tenso.

—Sabían que vendríamos, y ahora saben que estamos aquí.

Los ojos del marat se movieron a derecha e izquierda y luego dio varios pasos laterales, en dirección a Tavi, avanzando con la espalda pegada a la pared.

Tavi también se dirigió hacia la pared, imitando a Kitai, y casi tropieza con un bulto inesperado en la superficie lisa del *croach*. Miró hacia abajo y después se inclinó para ver mejor.

El bulto no era grande, quizá del tamaño de un pollo. Se levantaba de la superficie lisa del suelo del bosque como un hemisferio de luz verdosa con algo oscuro en su centro. Tavi se acercó aún más para contemplar el bulto oscuro.

El bulto se estiró y se movió. Tavi dio un salto hacia atrás, con el aliento atrancado en la garganta.

—Eso —jadeó—, eso es un cuervo. ¡Hay un cuervo ahí dentro y está vivo!

—Sí, alerano —asintió Kitai con una impaciencia apenas disimulada—. A veces los cuervos son idiotas. Bajan hasta aquí, pican el *croach* y las Guardianas van a por ellos y los atrapan. —El joven marat miró hacia un lado, donde había muchos bultos más, un poco más grandes, que se encontraban a solo una docena de zancadas largas de las cuerdas, en la base del precipicio—. Pueden seguir vivos durante días mientras los devora el *croach*.

Tavi tembló y una sensación de frío le recorrió la espalda como un hilo de nieve fundida.

—O sea que si las Guardianas atrapan a uno de nosotros dos...

—Un marat puede vivir semanas enterrado en el *croach*, alerano.

Tavi se sintió enfermo.

—¿No los rescatáis?

El otro le lanzó una mirada con ojos duros y fríos. Sin mediar palabra, se acercó al cuervo a zancadas silenciosas. Desenfundó el cuchillo, se agachó y pasó la hoja sobre la superficie del bulto. Con un movimiento rápido y fluido, sacó el cuello del cuervo y lo liberó de la materia pegajosa del *croach*.

Partes de la rapaz se desprendieron y se deshicieron como la carne de un asado que se hubiera cocinado al punto en un horno cuidadosamente atendido. Dejó escapar un sonido rasposo, pero no intentó cerrar el pico; sus ojos parpadearon una vez y a continuación se volvieron vidriosos.

—Solo tarda unas horas —explicó Kitai y dejó caer los restos cerca de la fisura de la cera—. ¿Los ves, alerano?

Tavi se quedó mirando el suelo, asqueado.

—Ya... ya veo.

Kitai sonrió. Luego, dio la vuelta y se empezó a alejar, siguiendo de nuevo la pared de piedra.

—Nos tenemos que mover. Las Guardianas vendrán a investigar la brecha que has abierto y a devolver a su sitio los restos del cuervo. No debemos estar aquí cuando lleguen.

—No —susurró el muchacho—. Supongo que no...

Tavi vio algo que se movía en los árboles.

Al principio solo pudo distinguir un bulto en la cera del tronco de un árbol. Pero notó cómo temblaba y se movía con vida. Por un instante pensó que se había desprendido un trozo de *croach* del tronco del árbol y que iba a caer al suelo. Era una silueta abultada y estaba cubierta por la misma luminiscencia verde que el resto de la cera. Pero mientras el alerano seguía mirando, se liberaron las piernas de los costados del bulto. Algo parecido a una cabeza con ojos grandes y redondos surgió, cubierta de *croach* como si fuese un caparazón. Finalmente, del cuerpo de aquella cosa surgieron ocho patas nudosas, con muchas articulaciones, y luego, con una agilidad serena y horrible, descendió por el tronco del árbol y se movió por el suelo del bosque hasta la rotura en la superficie del *croach*, donde el fluido luminiscente verde burbujeaba y manaba como la sangre en una herida abierta.

Una araña de cera. Una Guardiania del Silencio. Silenciosa, extraña y del tamaño de un lobo. Tavi la miró con los ojos muy abiertos mientras el corazón le latía aceleradamente en el pecho.

Le lanzó una mirada a Kitai, que también se había quedado helado y estaba mirando a la Guardiania. La criatura se inclinó y abrió varias filas de dientes afilados situadas en la base de la cabeza. Agarró trozos del cuervo y usando las patas delanteras los volvió a meter en la brecha abierta del *croach*. Entonces se situó sobre los restos, y varias de sus patas empezaron a trabajar de un lado al otro con movimientos rápidos y metódicos para sellar la cera que cubría el cadáver.

Tavi le lanzó una mirada a Kitai, que se volvió hacia él y se cubrió la boca con la mano, en una clara señal de permanecer en silencio. Tavi asintió y se movió hacia el marat. Los ojos de este se abrieron en señal de alarma y levantó una mano con la palma hacia fuera para indicarle que se detuviera.

Tavi se paró en seco.

Detrás de él, el crujido de las extremidades de la Guardiania sobre la cera se había detenido. Por el rabillo del ojo, Tavi pudo ver que volvía a reunir todas sus extremidades y saltaba arriba y abajo con gran inquietud. Empezó a emitir una serie de gorgoteos, que no se parecían a los de las aves, ni a nada que Tavi hubiera oído nunca. El sonido hizo que le corriera escalofríos por todo el cuerpo.

Después de un momento pareció que la Guardiania volvía a su trabajo. Kitai se

volvió hacia Tavi con movimientos muy, muy lentos y ágiles. Hizo gestos con las manos hacia él, cada movimiento limpio, circular y exagerado. Se dio la vuelta y se empezó a alejar, silencioso y lento, con pasos fluidos como si fuera una danza.

Tavi tragó saliva y se dio la vuelta para seguir a Kitai, intentando emular los pasos del muchacho. El marat iba delante de él, pegado a la pared de piedra del abismo, y Tavi lo siguió hasta que se encontraron a varias docenas de metros de la Guardianiana. El alerano sentía su presencia a sus espaldas, extraña y de otro mundo, molesta como las patas de una mosca sobre la nuca. Cuando se perdió de vista, sintió cómo se relajaba y se acercó a Kitai por puro reflejo, porque por muy diferente que fuera el otro chico, era más familiar y más amistoso que esa criatura, aquella especie de insecto que estaba enterrando el cuervo dentro de la cera luminosa.

Kitai miró por encima del hombro hacia Tavi y después más allá de él, con los ojos muy abiertos. Había algo en ellos: un terror férreamente controlado, pensó Tavi. Le pareció que el marat también parecía un poco aliviado de verlo tan cerca de él, y los dos muchachos intercambiaron un gesto silencioso de asentimiento. Tavi sintió que habían llegado a un acuerdo sin necesidad de pronunciar la menor palabra: tregua.

Kitai dejó escapar el resuello muy lentamente.

—Debes ser silencioso —susurró—. Y moverte con suavidad. Captan los movimientos bruscos.

Tavi tragó saliva.

—¿En silencio estamos seguros? —musitó.

El rostro de Kitai palideció un poco más y negó con la cabeza, dando al gesto un movimiento circular para suavizarlo.

—Encuentran incluso a los que están en silencio. Lo he visto.

El alerano frunció el ceño.

—Deben de tener algún otro sentido. Olor, oído, algo...

Kitai volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé. No nos quedamos cerca de ellas para estudiarlas. —Miró alrededor y tembló—. Debemos tener cuidado. Ha llamado. Vendrán otras a explorar. Por ahora serán lentas. Pero ten por seguro que las Guardianianas acudirán.

Tavi asintió, tragó y se obligó a hacer el gesto con lentitud y no con un movimiento nervioso.

—¿Qué podemos hacer?

El marat señaló hacia el árbol viejo que se alzaba en el centro del bosque.

—Seguimos con el juicio, alerano.

—Uh... Quizá no deberíamos...

—Yo continuaré, alerano. Si tienes demasiado miedo para seguir adelante, quédate. —Sus labios se movieron en una sonrisa maliciosa—. Es lo que esperaba de

un niño.

—No soy un niño —protestó Tavi furioso—. Tengo más años que tú. ¿Qué edad tienes? ¿Doce años? ¿Trece?

El otro entornó los ojos.

—Quince —confesó.

Tavi se quedó mirando al otro chico durante un momento y empezó a sonreír. Se tuvo que controlar para no soltar una carcajada.

Las arrugas en la frente de Kitai se marcaron profundamente.

—¿Qué?

El alerano movió la cabeza en una negación lenta.

—Nada, nada —susurró.

—Loco —replicó Kitai—. Tu pueblo está loco.

Luego, dio la vuelta y siguió penetrando en el bosque luminiscente.

Tavi lo siguió de cerca con pasos silenciosos y con el ceño fruncido, intentando controlar la risa irracional que pugnaba por salir. Después de que pusieran varias docenas de metros más entre la Guardiania y ellos, se quitó de la espalda la mochila que le había entregado Fade, la abrió y hurgó en su interior.

La mochila contenía dos jarras pequeñas de buen aceite de lámpara, dos cajas negras con yesca, una lámpara pequeña, una caja de virutas que podían servir de leña para un fuego, carne seca trenzada de un modo que a Tavi le resultaba extraño, dos sábanas gruesas y de abrigo, varios trozos delgados de madera que se podían montar como una caña de pescar, sedal y varios anzuelos de metal.

Y en el fondo de la mochila, un cuchillo curvado de aspecto intimidatorio, pesado y con una guarda con pinchos que cubría los nudillos. La hoja tenía dos veces la longitud de la mano de Tavi. Era un arma de combate.

«¿Dónde habrá conseguido Fade algo así?», se preguntó. ¿Por qué tendría un esclavo en su habitación una mochila tan bien aprovisionada, presumiblemente dispuesta para partir en cualquier momento? Había regresado tan deprisa con la mochila que ni siquiera tuvo tiempo de empaquetar. Seguramente, la tenía preparada para cualquier eventualidad.

Tavi movió la cabeza y casi tropieza con Kitai, que se había parado de repente delante de él. Se detuvo, muy cerca del otro chico, de manera que pudo sentir el calor casi febril del cuerpo del marat.

—¿Qué ocurre? —susurró.

Kitai tembló y movió casi imperceptiblemente la cabeza.

Tavi miró a la izquierda, desplazando solo los ojos.

Una Guardiania sentada sobre una raíz retorcida salía del suelo del bosque, cubierta con un manto de *croach* luminiscente, a unos tres metros. El alerano miró hacia el otro lado, buscando la manera más práctica de alejarse de la ella.

Una segunda Guardiania estaba sentada sobre una rama baja y cubierta de cera, a la altura de la cabeza de Tavi. Dejó escapar un gorgoteo agudo, subiendo y bajando con sus extremidades nudosas. La primera Guardiania respondió con un tono diferente y también empezó a saltar con un movimiento fluido y continuo. Sonaron otros gorgoteos por los alrededores. Muchos. Demasiados.

Tavi se estremeció.

—¿Qué hacemos? —preguntó con un susurro, casi sin respirar.

—Yo... —Kitai volvió a temblar y Tavi vio que los ojos del chico estaban muy abiertos y al borde del pánico—. No lo sé.

Los ojos de Tavi se movieron hacia la más cercana de las dos Guardianias, que agitó la cabeza con los ojos pálidos mirando a un lado y a otro, girando con movimientos independientes, con un punto oscuro en su centro que era lo único que se parecía a una pupila. Entonces, mientras Tavi la estaba mirando, ocurrió algo extraño. Los ojos de la Guardiania cambiaron de color delante de él: pasaron de la tonalidad pálida del blanco de un gusano a un anaranjado brillante parecido a la llama de una vela.

En ese instante, la Guardiania se quedó mortalmente detenida. Los dos ojos se orientaron hacia la pareja de muchachos y acto seguido dejó escapar un silbido agudo y ensordecedor, que sonaba igual que el chillido de un pájaro loco.

Kitai tenía un nudo en la garganta y se lanzó hacia delante.

Los ojos de Tavi se movieron a derecha e izquierda y pudo ver con toda claridad el comportamiento de las Guardianias. Los ojos de la otra Guardiania se volvieron asimismo anaranjados y se orientaron inmediatamente hacia la silueta de Kitai. También esta dejó escapar el chillido estridente e, imitando a la primera, salió en persecución del chico marat con una agilidad mortífera y engañosamente lánguida.

En ese momento, Tavi supo exactamente cómo los habían detectado las Guardianias y cómo era posible engañarlas.

—¡Kitai! —gritó y salió corriendo detrás del muchacho marat—. ¡Hitai, espera!

Más chillidos se oyeron a su alrededor, mientras Tavi corría para alcanzar a Kitai. Era imposible. El muchacho marat no cargaba con ninguna mochila y se movía con la agilidad y la velocidad de un venado aterrorizado. Casi no pudo mantener a la vista al marat mientras corría, y a su alrededor se empezaron a reunir los ojos brillantes y anaranjados de las arañas de cera, que destacaban en fuerte contraste con el resplandor verde del *croach*.

Si Kitai no hubiera tropezado con un agujero en el *croach*, quizá donde una de las arañas de cera acababa de salir hacía poco, Tavi nunca hubiera sido capaz de alcanzar al muchacho. Cuando lo hizo, se inclinó y puso en pie al marat tirando de su cabello salvaje.

—¡Ay! —bufó Kitai retándole con la mirada.

—¡Cállate! —ordenó Tavi con tono firme—. ¡Sígueme!

Kitai parpadeó sorprendido, pero el alerano no le dio tiempo a que empezase a discutir con él. Miró a su izquierda y siguió adelante, empujando al otro muchacho en las primeras zancadas para que se moviera, y entonces corrió a toda velocidad hacia la pared rocosa del abismo. De repente apareció una Guardiania en el suelo delante de él. Tavi se sobrepuso a su miedo y siguió corriendo hacia la criatura.

La araña de cera se puso de pie sobre las patas traseras al acercarse Tavi, pero antes de alcanzarla, el muchacho empezó a girar, sosteniendo en alto con los dos brazos la pesada mochila. La carga casi le hace perder el equilibrio, pero en vez de eso avanzó con un par de giros y dejó caer el peso de la bolsa, que impactó con fuerza contra la criatura. La Guardiania era más ligera de lo que parecía. El golpe la arrojó hacia un lado y se precipitó con fuerza contra la cera que rodeaba el árbol. Cayó al suelo a causa del impacto y empezó a mover las patas frenéticamente.

Tavi siguió corriendo; detrás y alrededor de él, los gorgoteos de las Guardianias se volvieron más fuertes, más penetrantes, llenos de lo que imaginó que debía de ser una rabia escalofriante y extraña.

Los dos muchachos, jadeando, alcanzaron la pared rocosa del abismo. Tavi dejó caer la mochila para poner las dos manos sobre la piedra; miró hacia arriba y después a ambos lados de la pared, estudiando la roca negra lo mejor que podía, sin más luz que la débil del *croach* luminiscente.

—Las cuerdas están muy lejos de aquí —susurró Kitai—. No tenemos escapatoria.

—No necesitamos una escapatoria —replicó Tavi, que acercó su boca a la roca, la tocó brevemente con la lengua y después escupió el sabor acre de la cal—. Por aquí —indicó.

Recogió la mochila y siguió adelante atravesando la luz verde del Bosque de Cera, con la pared rocosa a su izquierda. Mientras corría, metió la mano en la mochila.

—Nos están rodeando —anunció Kitai con un hilo de voz—. Nos están acorralando.

—No es necesario que vayamos mucho más lejos —contestó Tavi, y le entregó a Kitai una de las jarras de aceite—. Aguanta esto.

El marat cogió la jarra con torpeza y le frunció el ceño a Tavi mientras corrían.

—¿Qué es esto?

—Sujétalo un momento. Tengo una idea.

Unos ojos anaranjados brillaron a su derecha y Tavi no percibió a la Guardiania que se lanzaba contra él hasta que ya la tenía encima. El pie de Kitai le hizo la zancadilla y lo envió al suelo.

La araña se lanzó sobre el alerano y falló por un pelo. Fue a parar a la pared,

sosteniéndose con las patas sobre la superficie casi vertical y se dio la vuelta sobre todas ellas, silbando. Las mandíbulas crujían y se movían contra el caparazón.

Tavi vio cómo Kitai sacaba el cuchillo y lo lanzaba. La hoja vidriosa penetró en la cabeza de la criatura, provocando una fuente repentina de fluido verdoso y fosforescente, mezclado con algo oscuro y de olor acre. La Guardiania volvió a lanzarse adelante, pero sin una dirección precisa: simplemente describió un gran arco y cayó al suelo, pateando y con convulsiones.

Kitai puso en pie a Tavi.

—Espero que sea una buena idea, alerano.

Tavi sintió que temblaba de terror y asintió con rigidez.

—Sí. Sí, yo también.

Reanudó la carrera con Kitai pisándole los talones.

El sonido de una cascada de agua le llegó a Tavi un momento después y alargó la zancada, saltando por encima de otra raíz retorcida. Delante de él, la pared de roca se dividía con una fisura larga y estrecha. Por allí se filtraba el agua en un flujo lento y constante, agua de condensación del ambiente caluroso del *croach*. En la base de la fisura había un estanque largo y estrecho que conformaba una zona en la cual el *croach* no podía crecer sobre la tierra desnuda. El estanque tenía un aspecto espantosamente oscuro y Tavi no pudo calcular si era muy profundo.

—No podemos escalar por aquí, alerano —farfulló Kitai.

Otro chillido sonó en la cercanía y Kitai se dio la vuelta sobre sí mismo, con el cuerpo agachado y en tensión.

—Silencio —ordenó Tavi—. Dame el aceite.

Cogió la jarra de manos de Kitai y sacó el corcho de su ancha boca. Se volvió luego hacia la zona inmediatamente posterior donde se encontraban, y pateó con fuerza el suelo unas cuantas veces, hasta romper la superficie de cera, de la que comenzó a brotar más fluido cenagoso y refulgente.

Más chillidos agudos e indignados se alzaron en todo el bosque fosforescente.

—¿Qué estás haciendo? —masculló Kitai—. ¡Les estás indicando dónde estamos!

—Sí —respondió Tavi—. Exactamente es lo que hago.

Vertió el aceite sobre el *croach* en la grieta que había abierto con la bota y cogió las cajas de la lumbre. Abrió los dos compartimentos separados y cogió la yesca y el pedernal, arrodillándose al lado del aceite. Levantó la mirada para ver el brillo de docenas de puntos anaranjados, los ojos que se acercaban a ellos con la coordinada agilidad extraña y escalofriante de las patas nudosas arrastrándose sobre la superficie del *croach*.

—Sea lo que sea que te propongas hacer —casi gritó Kitai—, ¡date prisa!

Tavi esperó hasta que los ojos estuvieron cerca. Entonces se acercó al aceite y golpeó la yesca y el pedernal.

Surgieron chispas brillantes, centellas relucientes que cayeron sobre el aceite derramado. Una de ellas fue a parar a un punto en el que el aceite no era lo suficientemente profundo como para ahogarla y de repente, toda la extensión del charco se convirtió en una llama brillante. El fuego se elevó desde la grieta abierta en el *croach* hasta la altura del pecho de Tavi.

El chico se apartó de las llamas, agarró a Kitai por la túnica de una pieza y tiró de él hacia el estanque. Se zambulleron juntos en el agua fría y Tavi lo sumergió con él.

El agua no era profunda, llegaba poco más o menos hasta el muslo, y estaba terriblemente fría. Tavi y Kitai tiritaron a causa del frío. Entonces el chico alerano miró hacia las Guardianas.

Las arañas de cera habían enloquecido al prender el fuego. Las más cercanas se retiraron de allí y corrían en círculos lanzando chillidos muy agudos. Otras, más alejadas, habían empezado a saltar arriba y abajo, confusas o atemorizadas, emitiendo gorgoteos muy agudos y extrañados.

Ninguna de ellas parecía ver a los muchachos en el estanque.

—Funciona —murmuró Tavi—. Ahora, rápido.

Alcanzó la mochila y sacó las dos sábanas. Le lanzó una a Kitai, cogió la suya y la mojó en el agua. Un momento después, se la puso sobre los hombros y la cabeza, temblando un poco por el frío.

—Deprisa —ordenó—. Cúbrete.

Kitai se lo quedó mirando.

—¿Qué estás haciendo? —desaprobó—. Tendríamos que salir corriendo mientras podamos.

—Rápido, cúbrete.

—¿Por qué?

—Sus ojos —explicó Tavi—. Cuando se acercaron a nosotros, les cambió el color de los ojos. Te vieron a ti, pero a mí no.

—¿Qué quieres decir?

—Percibieron tu calor. —Tavi tartamudeó con los labios temblorosos a causa del frío—. Los marat... Para mí, es como si tu pueblo siempre tuviera fiebre. Tenéis una temperatura más alta. Las arañas te detectaron. Entonces, cuando prendí el fuego...

—Las cegaste —concluyó Kitai con los ojos muy abiertos.

—Sí. Así que ahora moja tu sábana en el agua y cúbrete.

—Listo —reconoció Kitai mostrando admiración en su voz.

Con un movimiento rápido, sacó del agua el borde de la túnica en un esfuerzo por evitar que se mojara más. La arremangó sobre las caderas y entonces se inclinó para hundir la sábana en el agua y se cubrió con ella, como había hecho Tavi.

El alerano se quedó mirando al marat, anonadado.

Kitai le devolvió la mirada.

—¿Qué ocurre?

—No me lo puedo creer —exclamó Tavi. Sintió que se ruborizaba y apartó la cara de Kitai, cubriéndose el rostro con la sábana empapada—. ¡Oh, cuervos, no me lo puedo creer!

—¿Qué es lo que no puedes creer alerano? —preguntó Kitai con un susurro.

—¡Eres una chica!

KITAI frunció el ceño, juntando las cejas pálidas.

—¿Qué soy qué?

—Eres una chica —repitió Tavi.

—No —replicó Kitai con un susurro feroz—. Soy un cachorro. Hasta la unión, todos los marat son cachorros. Después de la unión con un tótem, me convertiré en una mujer joven. Hasta entonces soy un cachorro como cualquier otro. Tus costumbres no son las nuestras, alerano.

Tavi la miró.

—Pero eres una chica.

Kitai hizo girar los ojos en sus órbitas.

—Supéralo, chico del valle.

Ella empezó a ponerse en pie y a salir lentamente del agua.

—Espera —susurró Tavi, y levantó una mano para cerrarle el camino.

—¿Qué?

—Espera hasta que se hayan ido. Si sales ahora, te verán.

—Pero estoy cubierta con una sábana fría.

—Y si andas delante de ese fuego, serás lo único frío en los alrededores —explicó Tavi—. Quédate aquí, quieta y en silencio. Cuando muera el fuego se dispersarán para buscarnos, y entonces tendremos nuestra oportunidad.

Kitai frunció el ceño, pero lentamente se volvió a meter en el agua.

—¿Nuestra oportunidad para qué?

Tavi tragó saliva.

—Para penetrar en el bosque y llegar a ese gran árbol.

—No seas idiota —replicó Kitai, aunque sus palabras sonaban reticentes—. Las Guardianas están alerta. Nadie ha llegado nunca hasta el árbol y ha vuelto a salir cuando las Guardianas han estado despiertas. Moriremos.

—Te olvidas de algo: yo voy a morir de todas formas —dijo torciendo el gesto—. Pero puede que sea lo mejor. No quiero conducir a una chica a ese tipo de peligros.

La chica marat frunció el ceño.

—Como si ahora fuera menos capaz de derrotarte que hace un momento...

El alerano negó con la cabeza.

—No, no es eso.

—¿Entonces qué es?

Tavi se encogió de hombros bajo la sábana.

—No lo sé explicar. Nosotros... nosotros no tratamos a nuestras mujeres igual que a nuestros hombres.

—Eso es una estupidez —replicó Kitai—. También es una estupidez que sigamos

con el juicio. Si ninguno de los dos regresa con la Bendición, el juicio no es concluyente. Esperarán hasta la próxima luna nueva y lo volverán a celebrar. Hasta entonces serás el invitado de Doroga, chico del valle. Estarás a salvo.

Tavi tragó saliva, pensativo. Una parte de él estaba deseando lanzar un grito de alivio. Podía salir de este abismo extraño con esas criaturas de otro mundo y volver a la vida de arriba. No era amistosa, entre los marat, pero seguiría vivo, y lo mantendrían con vida y a salvo hasta el siguiente juicio. Podría sobrevivir.

Pero la luna nueva tardaría semanas. Los marat se pondrían en marcha mucho antes para atacar Guarnición y después las explotaciones del valle, incluido su hogar. Por un momento, la imaginación de Tavi dibujó la escena de su regreso a Bernardholt para encontrarlo desierto y cubierto por el hedor de la carne podrida y el cabello quemado; se vio a sí mismo abriendo una de las puertas batientes y viendo una nube de cuervos carroñeros elevándose hacia el aire, abandonando los cuerpos de personas que había conocido durante toda su vida, destrozadas e irreconocibles sobre la tierra fría. Su tía. Su tío. Frederic, Beritte, la vieja Bitte y otros muchos.

Las piernas le empezaron a temblar, no por el frío, sino porque de repente comprendió que en ese momento no les podía dar la espalda. Si regresar con esa estúpida seta significaba que podría otorgar a su familia más posibilidades de sobrevivir ante lo que se aproximaba, entonces tenía que hacer todo lo que estuviera a su alcance para conseguirlo. Ahora no se podía echar atrás, ahora no podía salir corriendo, aunque eso significase que se fuera a enfrentar a un peligro mortal.

Era bastante posible que acabase como aquel cuervo, atrapado en el *croach* y devorado vivo. Durante un instante los ojos pálidos y coloreados de las Guardianas le persiguieron en la mente. Había tantas... Aún estaban allí, reunidas alrededor del fuego que se estaba extinguiendo, saltando sin sentido las unas sobre las otras por todas partes, con sus patas nudosas cayendo como plumas sobre la superficie del *croach*. Sus caparazones correosos emitían chirridos cuando se acercaban y se rozaban unas contra las otras. Y su olor: algo penetrante, acre e inexplicablemente extraño. Al darse cuenta de que las podía oler, Tavi sintió que se le erizaba el pelo de la nuca, y sus temblores aumentaron como una reacción a ello.

—Tengo que ir —reconoció.

—Morirás —afirmó Kitai con sencillez—. No es posible hacerlo. —Se encogió de hombros—. Es tu vida lo que vas a perder. Mírate. Tiembles tanto que te castañetean los dientes.

Pero sus extraños ojos opalescentes no dejaron de mirarle, persistentes y curiosos. No pronunció la pregunta, pero Tavi pudo oír cómo la planteaba: «¿Por qué?»

Tavi respiró tembloroso.

—No importa. No importa si tengo miedo. Tengo que conseguir esa seta y salir de aquí. Eso es lo único que puedo hacer para ayudar a mi familia.

Kitai se lo quedó mirando un buen rato. Después asintió, mientras sus rasgos mostraban entendimiento.

—Ahora lo comprendo, chico del valle —reconoció en voz baja. Miró alrededor y prosiguió—: Yo no quiero morir. Mi familia no está en juego. La libertad de mi señor no me sirve de nada si muero.

Tavi se mordió los labios, pensando.

—Kitai —preguntó—, ¿existe alguna razón para que no podamos regresar los dos con la Bendición? ¿Qué ocurriría si volviésemos los dos al mismo tiempo?

Kitai frunció el ceño.

—Entonces se asumiría que El Único nos dice que hay méritos en los dos argumentos —explicó—. El jefe quedaría libre para tomar una decisión según su criterio.

—Espera —terció Tavi con el corazón acelerado—. ¿Quieres decir que tú te librarías de tu padre y él quedaría en libertad para conducir a tu pueblo lejos de la batalla con el mío?

Kitai parpadeó mirando a Tavi y sonrió lentamente.

—Ante El Único, sí. Ese era su plan desde el principio. —Sus ojos brillantes parpadearon muchas veces y prosiguió con cierta ferocidad—: El problema es que Doroga no aparenta ser inteligente. No es de extrañar que mi madre lo amase.

—Entonces trabajaremos juntos —concluyó Tavi.

Le ofreció su mano a la chica. Ella se la quedó mirando, frunció el ceño y después imitó su gesto. Su mano era delgada, cálida, fuerte. Tavi le dio un apretón.

—Esto significa que estamos de acuerdo en trabajar juntos —le explicó.

—Muy bien —aceptó Kitai—. ¿Qué crees que debemos hacer?

Tavi lanzó una mirada a las Guardianas, que se estaban dispersando lentamente y al azar, alejándose en direcciones diferentes y a distinta velocidad.

—Tengo un plan.

Una hora más tarde, Tavi, cubierto con la sábana empapada y helada, se movía en silencio sobre la suave superficie del *croach*, con una zancada regular. Seguía contando mientras avanzaba, daba un paso con cada cifra, y estaba cerca de los quinientos. Una Guardianas caminaba quizá a unos tres metros por delante de él, con un paso lento y regular hacia el gran árbol del centro del abismo. Tavi la seguía desde hacía bastante minutos sin que se hubiera dado la vuelta para mirarlo o hubiese dado ninguna señal de que percibiera su presencia. Había ganado confianza al descubrir cómo lo podían detectar. Mientras tuviera cuidado, permaneciese en silencio y se moviera con suavidad, era invisible a efectos prácticos.

El árbol gigantesco se alzaba cada vez más cerca, aunque a medida que se acercaba, Tavi estaba menos seguro de que «árbol» fuera la palabra correcta para

describirlo.

A pesar de que el resto del bosque se hallaba cubierto por una capa de *croach* verdoso y luminiscente, aquel árbol, de tronco liso, sin ramas y completamente recto, solo lo estaba hasta una altura de tres o cuatro metros. El enorme tronco era tan grande como las murallas de Bernardholt. No parecía que tuviera corteza, solo madera lisa que alcanzaba una altura de más de treinta metros antes de acabar en un borde redondeado e irregular, como si una mano gigantesca hubiese arrancado su parte superior y después los filos se hubieran suavizado con el tiempo.

En la base del árbol vio una abertura cavernosa, un triángulo irregular donde el tronco se abría y permitía la entrada en el interior. Tavi se detuvo y vigiló a la Guardianas a la cual había estado siguiendo. Entró lentamente en el interior del árbol y, al hacerlo, otra Guardianas salió por el extremo opuesto de la abertura, como si ambos estuviesen comunicados.

Tavi se detuvo unos momentos y vigiló. Poco después, la Guardianas a la que había estado siguiendo u otra similar salió del árbol exactamente por el mismo sitio. Pero otra llegó desde una dirección diferente y entró en el árbol exactamente de la misma forma que la primera, para reaparecer unos momentos más tarde.

Las Guardianas debían de llevar algo al interior del árbol, ¿pero qué? Tenía que ser algo pequeño, si entraban y salían como hormigas en un hormiguero. ¿Comida? ¿Agua? ¿Qué llevaban?

Tavi movió la cabeza y tocó la sábana con la punta de los dedos. Aunque estaba fría, no lo estaba tanto como unos minutos antes. El aire ahí abajo en el abismo era muy caliente. Sabía que se tenía que dar prisa, porque a cada momento que pasaba su método de camuflaje perdía eficacia.

Tavi intentó calmar los latidos de su corazón. ¿Y si estos insectos eran más listos de lo que pensaba? ¿Y si le habían permitido llegar hasta allí porque era precisamente allí donde lo querían tener? ¿Y si querían que llegase a un sitio donde no pudiera escapar para abalanzarse sobre él y devorarlo?

¿Y qué podía haber dentro del árbol? ¿Qué habría allí para que las Guardianas le llevaran algo? Si eran como hormigas viviendo en una colonia, donde algunas acarreaban la comida y otras luchaban y demás, ¿tendrían también una reina? Y si era así, ¿estaría dentro del árbol, en el corazón de sus dominios?

Una docena de preguntas más pasó por la cabeza de Tavi, antes de darse cuenta de que no estaba haciendo nada más que perder el tiempo. No tenía respuesta para ninguna de las preguntas y no iba a conseguir ninguna si se quedaba allí; lo único que lograría era calentarse. Volverse más vulnerable.

Siguió contando de cabeza y llegó a los quinientos.

Contuvo la respiración, dispuesto a huir si el plan salía mal, aunque sabía que tenía pocas posibilidades de escapar del corazón del abismo. Tavi esperó. Y esperó.

No ocurrió nada.

Sintió que se le desbocaba el corazón a medida que le invadía el pánico. ¿Kitai lo había abandonado y no iba a cumplir su parte del plan? ¿La habían encontrado y matado antes de llegar a la hora acordada? ¿Sabía contar hasta quinientos? ¿Qué había salido mal?

Permaneció quieto y siguió contando, decidido a llegar hasta seiscientos antes de huir.

Entonces la tranquilidad y el silencio del Bosque de Cera se rompieron con una sinfonía de chillidos sibilantes. Si no hubiera estado viéndolo en ese momento, nunca habría creído que pudiera tener cerca tantas Guardianas sin darse cuenta. Salieron de todas partes, de cualquier superficie donde brillase el *croach*, abriéndose camino a través del suelo ceroso del bosque, saltaron desde las ramas fosforescentes de árboles retorcidos, saliendo en masa del interior del tronco del gran árbol. Aparecieron cientos de ellas y el aire tembló con sus silbidos y chillidos, y los crujidos de los caparazones rozándose entre sí.

Tavi se quedó helado, presa del pánico. Era lo único que podía hacer para no volverse loco por la rapidez con la que habían aparecido. Una de las Guardianas pasó a su lado, tan cerca que casi rozó la toalla empapada.

Todas se fueron en la misma dirección: la opuesta a donde se encontraban las cuerdas hacia el mundo de arriba. Tavi decidió que Kitai había cumplido su parte: solo debía de llevar una cuenta más lenta que la de él. Había utilizado la mitad del aceite que les quedaba y la yesca para provocar un incendio que atrajese a las Guardianas. Si estaba en lo cierto y había seguido con el plan, ahora estaría bajo su sábana, moviéndose hacia las cuerdas.

La última de las Guardianas desapareció de su vista, desvaneciéndose entre los árboles fosforescentes. Ahora solo le quedaba a él cumplir su parte del plan.

Se le formó un nudo en la garganta; parecía que de repente sus rodillas hubieran perdido los músculos y los tendones. Creyó que en cualquier momento iban a ceder para caer derribado sobre la superficie del *croach*, porque tenía mucho miedo. Luchó para mantener controlada la respiración, lenta y tranquila, y asegurarse de que sus temblores no se convertían en movimientos repentinos que pudieran ver las Guardianas, y fue avanzando hacia el tronco del árbol.

Dentro, el *croach* no estaba dispuesto en una capa suave sobre el suelo y las paredes, sino que se amontonaba y apilaba como el trigo en el granero. Grandes tiras enredadas se enroscaban por las paredes o se retorcían entre ellas como las entrañas de una bestia enorme y fosforescente. Se lo quedó mirando unos momentos, confuso y sin comprender nada. Era hermoso de una forma extraña y ajena, inquietante y fascinante.

Paseó su mirada desde una estructura intrincada a la siguiente y se acercó a la

pared, donde sería menos probable que una Guardianas al entrar tropezase con él de forma involuntaria. Miró a su alrededor e intentó orientarse siguiendo la descripción de Kitai.

Penetró aún más en el silencio fantasmagórico del árbol, alrededor de un montículo de *croach* enroscado, que parecía un hormiguero, y dejó atrás un campo pequeño de bultos de *croach*, que podría contener algo así como un millar de Guardianas, silenciosas bajo la superficie.

Encontró las setas en un círculo en el centro, como le había dicho Kitai. Crecían en la base de un montículo luminiscente del doble de la altura de un hombre y con el diámetro de una casa pequeña. El montículo emitía una vibración de luz verdosa y Tavi creyó que podía ver la sombra de algo oscuro y delgado dentro de él.

Se acercó y una sensación de amenaza lo cubrió como un baño helado, peor aún que la sábana empapada que llevaba como capa. Se le aflojaron aún más las rodillas y su respiración, a pesar de sus esfuerzos, se volvió irregular.

«Kitai era bastante guapa», pensó. Aunque era una salvaje, tenía algo en la cara, en los ojos, que él encontraba intrigante. Si no fuera vestida con una túnica harapienta (que de hecho era vergonzosamente corta, ahora que pensaba en ello), habría tenido un aspecto más femenino, menos salvaje. Por supuesto, él había empezado a imaginarla sin la túnica: si le hubiera dicho que se hundiera más en el agua, es posible que se la hubiese quitado del todo. La idea hizo que le ardieran las mejillas, pero siguió presente en su imaginación, espoleada por su atractivo exótico.

Sacudió súbitamente la cabeza. ¿Qué le estaba pasando? Debía tener cuidado y conseguir la Bendición de la Noche. Las setas oscuras tenían una especie de espinas afiladas en la parte inferior, según le había explicado Kitai, que en una ocasión se pinchó la mano y la hinchazón le duró meses.

Miró a su alrededor, pero no vio Guardianas. Sabía que eso podría ser una ilusión: podía haber una docena de ellas al alcance de la mano. Pero no importaba lo asustado que estuviera, tenía que seguir adelante.

Esa era la historia de su pueblo, después de todo. Los aleranos nunca habían dejado que el miedo o las posibilidades de fracasar les impidieran superarse y prosperar. Sus historias más antiguas, le había explicado una vez su tío, retrocedían tanto en el tiempo que el cuero, el pergamino y la piedra en que se habían escrito los había desgastado el paso de los años. Un pequeño grupo de solo unos pocos miles de personas habían llegado a Carna desde otro lugar, y se enfrentó a todo un mundo. Habían superado a los hombres de hielo, a los hijos del sol y su fortaleza en la Jungla de las Acacias Amarillas, habían rechazado a los marat y a los canim a lo largo de los siglos porque reclamaban las tierras de Alera como propias. Controlaban los mares alrededor de su hogar, habían recluido a los hombres de hielo en el norte, y superado a los marat mediante luchas salvajes. Con sus furias y su artificio de las furias, los

aleranos dominaban el mundo y ninguna otra raza o pueblo podía reclamar su dominio sobre ellos.

Tavi tembló y parpadeó muchas veces. Debía de llevar allí inmóvil, con la mano extendida hacia la primera de las setas, al menos un minuto entero. ¿Qué le estaba pasando?

El vello de la nuca se le erizó en el momento en que cogió la seta más cercana. Se dio prisa, con la respiración agitada, para coger una y después otra, y con cuidado las metió en la bolsa que llevaba colgada del cinturón.

Y entonces creyó que se movía algo en el gran montículo, delante de él.

Levantó de golpe la mirada, dio un respingo y sintió un dolor caliente e inmediato en los dedos de la mano. Las espinas de una seta cercana le habían pinchado. Echó la mano hacia atrás y unas gotas de sangre salieron volando hasta caer sobre el montículo luminiscente que tenía delante.

Se quedó mirando el montículo manchado con las gotas de su sangre. La superficie del *croach* fosforescente empezó a latir de repente mientras le salían unos bultos, y finalmente comenzó a fundirse bajo las salpicaduras rojas, moviéndose como la piel de una criatura enorme y asquerosa, y provocando una reacción de picazón en Tavi. Contempló cómo las gotas de sangre desaparecían dentro del montículo, hundiéndose en la superficie del *croach* como copos de nieve en un estanque que aún no se ha helado.

Y la silueta fantasmagórica del interior del montículo tembló de repente. Y se movió. Un lento estiramiento de extremidades, lánguido, ágil, como si fuera un durmiente que, después del paso interminable de las estaciones, finalmente se hubiera despertado. Se movió y Tavi sintió sus movimientos, sintió el despertar de una conciencia enorme y apabullante que se cernía sobre él como la mirada de una bestia antigua y horrible.

El terror atravesó a Tavi, puro y caliente, en lugar de frío, un terror que inyectó fuego a sus extremidades y quemó cualquier pensamiento de su mente que no fuera uno: escapar.

Dio media vuelta y, sin tener en cuenta el peligro de quedar al descubierto, emprendió una carrera presa del pánico.

Más tarde recordaría muy poco de esa carrera. Quizá uno o dos silbidos gorgoteantes, que levantaron ecos en los árboles a sus espaldas, pero eran pocos y los dejó atrás, con pasos ligeros sobre la superficie del *croach*, porque el terror le daba más velocidad de la que se habría creído capaz antes de aquella noche.

Mientras corría lanzó una mirada por encima del hombro y vio algo a través de los árboles fosforescentes, en la base del monolito, en la abertura por la que había huido. Vio algo alto, brillante, extraño. Estaba de pie dentro del árbol central, justo detrás de la puerta. Tavi no lo podía ver, pero lo podía sentir de una manera

desconcertante, íntima, que estaba más allá de cualquier descripción.

Los silbidos agudos que oía a través de los árboles le parecieron como una especie de risa espantosa y burlona.

Tavi huyó y no volvió a mirar atrás.

Corrió sobre el *croach* hasta que le ardieron las piernas y sintió como si se fueran a desgarrar por las exigencias que les estaba imponiendo. Por poco no vio el trozo de sábana que había arrancado y atado a una rama baja antes del viaje de ida para señalar el camino de regreso. Se encaminó hacia allí, y desde ese punto vio la siguiente marca, y después otra más, señalando su ruta de huida hasta las cuerdas de la base del precipicio.

—¡Alerano! —llegó una voz delante de él. Kitai bajó de una rama de árbol cercana—. ¿La tienes?

—¡Tengo dos! —chilló—. ¡No he podido coger más!

Kitai extendió la mano y Tavi le entregó una de las setas.

—¡Corre! ¡Vamos, vamos, vamos!

Kitai se agachó. Tavi estaba impaciente detrás de la chica, dando saltos en el sitio y lanzando miradas por encima del hombro.

—Date prisa —jadeó—. Venga, venga, venga.

Kitai sacó la yesca y el pedernal con expresión fría y los golpeó. Las chispas cayeron en la sábana empapada en aceite que estaba extendida sobre el *croach* que tenían delante. La chica observó cómo se elevaban las llamas y enseguida se movió con rapidez, agarrando el extremo del sedal que Tavi había empapado en agua helada antes de irse. Tiró del sedal hacia ella, mano sobre mano. El otro extremo del sedal tiraba de una de las ramas más altas del árbol, donde crecían hojas vivas por encima del alcance del *croach*, y después volvía a caer hacia la punta que estaba atada en la esquina de la sábana empapada en aceite. Kitai soltó el sedal y la sábana en llamas se elevó hacia las ramas del árbol y prendió en las hojas vivas.

El fuego creció súbitamente en el árbol originando llamas altas, y una vez más, desde la zona de la torre central se alzaron chillidos sibilantes que llegaban como una sólida muralla de sonido terrorífico, pero esta vez superados por un pitido más profundo que ahogó los silbidos y continuó luego por encima del silencio.

Kitai miró a Tavi con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es eso?

—No lo sé —respondió el alerano—. Pero, eh..., creo, eh..., creo que lo he despertado.

Se miraron una vez más y con un acuerdo silencioso se dieron la vuelta y huyeron hacia las cuerdas que se encontraban a unos metros de distancia, hacia la seguridad de la cima del precipicio. Desde ambos lados, Tavi vio cómo las Guardianas se precipitaban hacia el fuego a través de los árboles, cerrándose sobre él como una

alfombra de ojos brillantes, patas nudosas y caparazones correosos.

Tavi había alcanzado las cuerdas y Kitai se encontraba solo unos pasos por detrás cuando algo cayó desde uno de los árboles cubiertos de *croach* que tenían encima; algo alto, delgado y terriblemente rápido. Fuera lo que fuese, no era una guardiana, porque extendió una extremidad larga y sus dedos de aspecto duro y quitinoso se cerraron alrededor del tobillo de Kitai, tirándola al suelo. La muchacha dejó escapar un grito de terror y se revolvió contra lo que la agarraba.

Tavi solo vio a retazos lo que ocurrió a continuación. Recordaba que se dio la vuelta para ver algo que pensó que se parecía a una avispa horrible, con alas semitransparentes moviéndose bajo la luz mortecina del *croach*. Se inclinó sobre Kitai, con unos hombros extrañamente jorobados que se flexionaban mientras bajaba la cabeza y sus mandíbulas se hundían en su muslo. Kitai profirió un grito horrible y golpeó la cabeza de la cosa con los puños una o dos veces. Entonces sus ojos se quedaron en blanco y su cuerpo se empezó a retorcer y convulsionar en espasmos impotentes, con las extremidades moviéndose sin control. Intentó gritar, pero el sonido salía roto e irregular.

La avispa, cubierta con el limo fosforescente del *croach*, alzó la cabeza y emitió un silbido que levantó ecos en todo el abismo como el tañido de una campana enorme. Le goteó sangre de las mandíbulas y Tavi vislumbró unos ojos compuestos y un extraño fluido amarillento en los bordes de las heridas de Kitai.

—¡Chico del valle! —gritó una voz distante.

Tavi miró hacia arriba y vio a Doroga, con una mano en la cuerda e inclinado sobre el abismo, tanto que incluso desde tan abajo, Tavi podía distinguir su cara angustiada.

—¡Alerano! ¡No puedes salvar a mi cachorro! ¡Sube!

Tavi volvió la mirada desde Doroga a la chica marat en el suelo, con aquel ser horrible inclinado sobre su cuerpo retorcido. El terror lo atravesó, dejándole un sabor horrible en la boca, y sintió que no podía ver, que no podía enfocar los ojos. Una mano se aferró a la cuerda con una frustración impotente.

Kitai le había salvado la vida.

Ella confió en su plan para que los dos pudieran salir vivos del abismo.

Él era el único que la podía ayudar.

Tavi soltó la cuerda.

Se dio la vuelta y corrió, no hacia el monstruo que se cernía sobre Kitai, sino que pasó de largo, rodeó varios árboles luminiscentes y se dirigió hacia el que estaba en llamas. Las Guardianas se arremolinaban a su alrededor. Podía oír cómo resonaban los silbidos y los chillidos por todo el bosque hacia donde él se encontraba.

El muchacho saltó hacia las ramas más bajas del árbol, impulsándose hacia arriba y empezó a subir hacia la punta, en dirección al fuego. A media escalada, se dio un

impulso y se encontró cara a cara con una Guardiania, que se echó hacia atrás sorprendida, con las mandíbulas chocando contra su caparazón.

Tavi no tenía tiempo para pensar. Llevó la mano hacia el cuchillo curvado de Fade que había sujetado en su cinturón y lanzó una cuchillada contra los ojos de la criatura, que se alejó de él. La siguió, avanzando y atacando con el cuchillo la cara de la araña.

Con un chillido, la Guardiania cayó hacia atrás, perdió pie en el árbol y se precipitó hacia abajo con las patas descontroladas. Golpeó el suelo seis metros por debajo con un crujido y un «plof» húmedo. Tavi se asomó para ver cómo pataleaba panza arriba, con las extremidades estiradas y perdiendo fluidos luminiscentes del cuerpo roto, que se confundían entre el suelo del bosque.

Oyó que llegaban más Guardianias. Trepó más arriba por el árbol, hasta que alcanzó una rama libre de *croach*, delgada e incapaz de soportar su peso. De la punta de la rama colgaba la sábana en llamas. El fuego se extendía por ella hacia el tronco del árbol.

Comenzó a cortar la rama con el cuchillo; el acero mordía la madera blanda con facilidad. Inmediatamente se colocó el cuchillo entre los dientes y se colgó de la rama con las dos manos.

La rama se curvó y después se rompió, alejándose del árbol. Tavi bajó deprisa, siguiendo la rama larga con sus hojas encendidas y la sábana empapada en aceite, y cuando alcanzó el suelo del bosque, corrió hacia Kitai.

El ser que se cernía sobre ella lo vio venir y se volvió hacia él con un silbido; abrió las mandíbulas por completo y extendió los brazos quitinosos. Sus ojos brillaban y reflejaban la luz del fuego en miles de facetas, pero lo más horrible de su cuerpo cubierto de limo era que parecía inacabado, como si no se hubiera completado su metamorfosis. Medio nacido, medio vivo, el enorme ser parecido a una avispa movió las alas con un zumbido furioso y silbó a las Guardianias a su alrededor.

Tavi gritó y movió la rama con un arco amplio y torpe, trayendo consigo el fuego.

El ser silbó y se alejó de las llamas, echando las alas hacia atrás con fuerza.

El chico aprovechó la ventaja, moviendo la rama hacia delante y alejando al monstruo siseante de la silueta inmóvil de Kitai. La muchacha yacía pálida y silenciosa, con los ojos abiertos pero inmóviles, y el pecho se le movía con una respiración trabajosa. Tavi deslizó un brazo por debajo del cuerpo e, impelido por el terror, la levantó hasta su hombro. Se tambaleó bajo su peso, pero cogió la rama y se giró violentamente moviendo de un lado a otro la madera, las hojas y la sábana en llamas.

La criatura se alejó poco a poco de él, hasta topar con la pared a varios metros de las cuerdas sin que sus horribles ojos dejaran de centrar su atención en su oponente.

«¡Oh, cuervos! —pensó Tavi—. Lo sabe. Sabe que voy en busca de las cuerdas».

Si no se movía, estaba acabado. Aunque no le atacase la criatura, acabaría asfixiado entre las Guardianas. Incluso su fuerza, impulsada por el miedo, estaba empezando a flaquear y el cuerpo le ardía por todo el esfuerzo realizado. Al menos tenía que llevar a Kitai hasta las cuerdas. Le podía atar un pie y Doroga la podría subir.

Doroga. Tavi miró hacia la cima del precipicio y vio la silueta pálida del marat, que lo estaba mirando.

—¡Valor, chico del valle! —grito el jefe de los gargantes y desapareció del borde del abismo.

Aún había una posibilidad. Moviendo la rama a ras de suelo, corrió hacia la criatura, que escaló con destreza por la pared, con un movimiento lateral parecido al de los cangrejos. El chico miró hacia arriba y vio un pequeño saliente rocoso. Eso no era bueno. Necesitaba que viniera hacia él, hacia las cuerdas.

El alerano apretó los dientes contra la hoja del cuchillo por pura frustración.

—¡Oh furias, Kitai! —exclamó—. Espero que esto funcione.

Sin miramientos, dejó a la muchacha en el suelo, se inclinó hacia delante, asió la cuerda más cercana y empezó a subir.

La criatura emitió un silbido y se dirigió hacia él. Sabía que no tenía ni la más mínima posibilidad de escapar, ni de luchar en las cuerdas, pero cogió el cuchillo que llevaba en los dientes y lo blandió contra la criatura.

Se detuvo, y vaciló ya fuera de su alcance. Su cabeza horrible se ladeó a un lado, como si estuviera valorando la nueva amenaza.

—¡Doroga! —chilló Tavi—. ¡Ahí lo tienes, ahí lo tienes!

Desde arriba llegó un grito largo y torturado, resonante con la voz de bajo de Doroga, pero lleno de rabia y desafío.

Tavi no habría creído nunca que un hombre pudiera levantar una roca tan grande. Pero el marat volvió a aparecer en lo alto del precipicio, llevando sobre su cabeza una piedra del tamaño de un ataúd, con los brazos, los hombros y los muslos en tensión por el esfuerzo. Flexionó todo el cuerpo con un movimiento lento y poderoso y la enorme piedra se precipitó sobre la criatura.

Su cuello giró hasta que la cabeza le quedó mirando directamente a su espalda. La criatura reaccionó batiendo las alas, pero no fue lo suficientemente rápida como para escapar por completo de la roca que se precipitaba sobre ella. Pasó justo por delante de Tavi, que pudo esquivarla solo por un par de dedos. La avispa se separó de la pared, pero la roca la golpeó, la impulsó dando vueltas por el aire y cayó a varios metros de distancia. El pedrusco impactó contra el suelo y se partió en varios trozos que rebotaron por todas partes, y la sustancia fosforescente dentro del *croach* saltó por los aires como si fuera una fuente.

Un dolor agudo traspasó la pierna de Tavi y al mirar hacia abajo vio que un trozo

de la piedra le había alcanzado: tenía un corte en el pantalón y sangre en el muslo. Desde arriba llegó un aullido desafiante y de triunfo proferido por Doroga, un rugido que conmovió las paredes del abismo.

La criatura emitió otro silbido, esta vez más agudo, lleno de furia y a Tavi le pareció que también de miedo. Se tambaleó, pero no se pudo levantar y se empezó a arrastrar hacia los árboles, cuando los ojos brillantes de docenas de Guardianas empezaron a aparecer a su lado.

El muchacho dejó caer el cuchillo, se deslizó por la cuerda y corrió hacia Kitai. La cogió y la empezó a arrastrar de vuelta hacia las cuerdas, gimiendo por el esfuerzo pero moviéndose con rapidez.

—Alerano —susurró la chica herida abriendo los ojos y con una expresión dolorida y cansada—; demasiado tarde, alerano. Veneno. Mi padre... Dile que lo siento.

Tavi la miró.

—No —susurró—. Kitai, no. Casi estamos fuera.

—Era un buen plan...

Su cabeza cayó hacia un lado y los ojos se le quedaron en blanco.

—No —masculló Tavi con rabia repentina—. ¡No, que te lleven los cuervos! ¡No puedes!

Metió la mano en el bolsillo, mientras las lágrimas le empezaban a empañar la visión. Debía de haber alguna manera de salvarla. No podía morir. No ahora. Estaban tan cerca de lograrlo...

Algo le pinchó con fuerza en el dedo y el dolor lo volvió a recorrer. La maldita seta le había vuelto a morder con sus espinas. La Bendición de la Noche.

«Fiebre. Veneno. Heridas. Dolor. Incluso la edad. Tiene poder sobre todo eso. Para nuestro pueblo, no hay nada que tenga más valor».

Llorando, Tavi cogió la seta y empezó a arrancarle las espinas, sin importarle el dolor. Estaba rodeado por los chillidos, que se acercaban, si bien la rama en llamas parecía haber confundido a las Guardianas, que habían ralentizado su avance.

Tavi se agachó y pasó un brazo por detrás de la cabeza de Kitai, incorporándola un poco. Acercó la mano a la herida del muslo de la chica y aplastó la seta en su mano.

Un líquido claro de olor mohoso goteó entre sus dedos y se extendió por la herida, mezclado con sangre y veneno amarillento. La pierna de Kitai se contorsionó al tocarla el fluido y la chica jadeó de repente.

El muchacho acercó el resto de la seta hasta los labios de la chica y lo apretó contra su boca.

—Cómetela —le urgió—. ¡Cómetela! ¡Te la tienes que comer!

La boca de Kitai hizo una mueca y empezó a masticar de manera automática. Se

tragó la seta, parpadeó y abrió muy lentamente los ojos, fijos en él.

El tiempo se detuvo.

Tavi se dio cuenta de que estaba mirando a la chica, consciente de repente, totalmente consciente de su presencia de un modo que no había experimentado antes. Podía sentir la textura de la piel bajo su mano y el impulso súbito de colocar los dedos sobre su pecho para sentir el palpito de su corazón, que poco a poco iba ganando fuerza. Podía notar el movimiento de la sangre en sus venas, el miedo, el arrepentimiento y la confusión que llenaban sus pensamientos. Estos se aclararon cuando ella fijó sus ojos en él, mientras se abrían de par en par, y Tavi se dio cuenta de que Kitai había sentido su presencia de la misma manera.

Sin apartar los ojos de él, levantó la mano y le tocó el pecho en respuesta, presionando con los dedos para sentir las pulsaciones del corazón de Tavi.

Al alerano le llevó un instante interminable separar los latidos de su corazón de los de ella y el movimiento de la sangre en sus oídos. Latían juntos, perfectamente acompasados. Al darse cuenta, sus pulsaciones se aceleraron y las de ella respondieron en consonancia, provocándole una oleada de calor en el rostro, que quedó reflejada en la expresión de Kitai. Tavi contempló el milagro en sus ojos y vio que solo podía ser un reflejo de lo que había en los suyos.

Su aroma, fresco y salvaje, se arremolinó a su alrededor y lo traspasó como algo vivo. La forma de sus ojos, sus mejillas, su boca... En ese instante vio en ella la promesa de la belleza que llegaría en su momento, la fuerza que aún debía crecer, el valor y la perspicacia temeraria que igualaba la suya y que en ella ardía salvaje y verdadera.

La intensidad de todo esto le nubló la visión, y parpadeó para limpiarse las lágrimas, pero vio que Kitai también parpadeaba con los ojos llenos de lágrimas, que la estaban inundando y también le empañaban la vista.

Tras absorber las lágrimas, los ojos de Tavi volvieron a ella para descubrir que los remolinos opalescentes de colores sutiles y tornasolados habían mutado en dos estanques profundos de color verde esmeralda.

Ojos tan verdes como los suyos.

—Oh, no —susurró Kitai con la voz sorprendida y débil—. Oh, no. —Abrió la boca e hizo ademán de sentarse, pero tembló y se derrumbó en sus brazos, abrumada de repente por el cansancio.

El momento congelado en el tiempo llegó a su fin.

Tavi levantó la cabeza y pudo ver que una primera Guardiania pasaba junto a la sábana y la rama en llamas. Se incorporó, levantó a Kitai y se dirigieron hacia las cuerdas. Metió el pie por el lazo de la punta de una de ellas y después acercó la otra y la ató alrededor de su cintura y de las piernas de Kitai, de modo que ambos quedaron enlazados. Antes de que terminara, Doroga ya había empezado a subirlos por la pared

del precipicio. La otra cuerda también subía, porque Hashat debía de estar tirando para mantenerla tensa.

Tavi se agarró a la cuerda y a Kitai, sin estar demasiado seguro de a cuál de ellas agarraba con más fuerza. Cerró los ojos, abrumado, y no los volvió a abrir hasta que Kitai y él estuvieron sentados en la cima del precipicio sobre la nieve fría, fresca y limpia. Cuando por fin los abrió, vio que estaba sentado con la espalda apoyada en una roca, y notaba la tierra fresca bajo su cuerpo; estaba en el punto donde Doroga había arrancado el peñasco que tiró precipicio abajo.

Un instante después se dio cuenta de que Kitai yacía apoyada en él, bajo uno de sus brazos, cálida y relajada, medio consciente. Apretó el abrazo con suavidad, confuso, pero convencido de que quería que durmiese, que descansara y que se encontrase bien así como estaba.

Tavi levantó la mirada y descubrió que Hashat los miraba con los ojos muy abiertos y un gesto de desconcierto, que poco a poco se convirtió en indignación. Se volvió hacia Doroga.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —le preguntó.

El jefe, cuyas venas se destacaban en sus brazos y piernas, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada alegre e intensa.

—Lo sabes tan bien como yo, Hashat. Ya está hecho.

La jefa de los caballos frunció el ceño y a continuación cruzó los brazos sobre el pecho.

—Nunca he oído nada igual —se indignó—. Esto es inaceptable.

—Lo es —reconoció Doroga—. Pero ahora tenemos otros temas que resolver.

Hashat se apartó el cabello de delante de los ojos con un movimiento de la cabeza.

—No me gusta —protestó con tono resignado—. Esto ha sido un truco. Me has tendido una trampa.

Los ojos de Doroga brillaron y una sonrisa le distendió los labios, pero mantuvo un tono serio al decir:

—Concéntrate en lo que has venido a hacer, Hashat.

—El juicio —asintió la mujer marat y se volvió hacia Tavi—. ¿Y bien, alerano? ¿Has traído la Bendición?

El muchacho tembló y de repente se sintió como un idiota. Lo había olvidado. Con toda la excitación y la confusión, se olvidó del juicio. Olvidó que había utilizado la seta que necesitaba como prueba para derrotar a Kitai. Y pensó que posiblemente había salvado la vida de la chica, pero había perdido el juicio. Su vida se había malogrado y los marat, unidos, atacarían a su pueblo.

—Yo... —empezó Tavi, metiendo la mano en el morral... y dentro sintió unos dedos calientes.

Tavi miró hacia abajo y vio que Kitai retiraba la mano de su morral. Sus ojos se abrieron, lo miraron y sintió más que vio el agradecimiento silencioso y el respeto por su valor.

—Pero ha sido todo tan estúpido... —susurró y volvió a cerrar los ojos.

Sin palabras, Tavi volvió a meter la mano en el morral y descubrió la segunda Bendición de la Noche donde la había dejado Kitai. La sacó con los dedos pinchados y sangrantes, y se la entregó a Doroga.

Doroga se arrodilló delante de Tavi y aceptó la Bendición con expresión seria. Miró la seta y después el muslo de Kitai, donde se estaba secando el veneno amarillento. Sus ojos se abrieron al percatarse de repente de cuál era la situación y devolvió su atención a Tavi. La cabeza de Doroga se inclinó hacia un lado, mirándolo fijamente, y el muchacho sintió que el jefe de los gargantes sabía sin duda lo que había ocurrido en aquel extraño valle.

Doroga extendió su gran mano y acarició durante un momento el cabello pálido de Kitai con ojos de amor. Entonces se volvió hacia el muchacho.

—Amé mucho a su madre —comentó—. Kitai es todo lo que me queda de ella. Tienes valor, alerano. Has arriesgado tu vida para salvar la suya. Y al hacerlo no has salvado a una sino a dos personas a las que quiero, que forman parte de mi familia.

El marat se puso en pie con toda su altura, bajó la mano hacia Tavi y añadió:

—Has protegido a mi familia, mi hogar. El Único exige que te recompense por esa deuda, alerano.

Tavi respiró hondo y miró de Doroga a Hashat. Los ojos de la guerrera caballo brillaban con una excitación repentina y respiró, apoyando una mano en la empuñadura de su sable.

—Ven, joven —indicó Doroga en voz baja—. Mi hija tiene que descansar, y si te he de recompensar, queda trabajo por hacer. ¿Vendrás conmigo?

El chico respiró hondo y cuando habló, su voz le pareció que sonaba más profunda y más tranquila de lo que era antes. Por una vez, no vaciló ni se quebró.

—Iré contigo.

Cogió la mano de Doroga. El enorme jefe marat mostró los dientes en una ruda sonrisa repentina, y levantó a Tavi.

AMARA se quitó el cinturón por pura frustración y utilizó la hebilla para rascar con fuerza los barrotes de la pequeña celda en la que la habían recluido.

—¡Guardia! —gritó, intentando dar autoridad a su voz—. ¡Guardia, ven inmediatamente!

—No va a servir de nada —comentó Bernard, estirado sobre el camastro, en la pared más alejada de la celda—. Desde aquí abajo no pueden oír nada.

—Han pasado horas —replicó Amara, mientras paseaba de un lado a otro por delante de la puerta—. ¿A qué está esperando ese idiota de Pluvus?

Bernard se mesó la barba con una mano.

—Depende de lo timorato que sea.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿Qué queréis decir?

El estatúder se encogió de hombros.

—Si es ambicioso, enviará a su gente para descubrir qué está pasando. Intentará explotar la situación en su beneficio.

—Pero no creéis que lo esté haciendo, ¿verdad?

—No, no lo creo. Lo más probable es que haya metido a Gram en la cama y haya enviado un mensajero a Riva para informar de la situación y pedir instrucciones.

Amara escupió un juramento.

—No hay tiempo para eso. Él habrá pensado en ello. Tiene caballeros Aeris alrededor del perímetro del valle para interceptar el paso de cualquier mensajero aéreo.

—¿Él...? Te refieres al hombre del vado. El que le disparó a Tavi. —Aunque su tono no había cambiado demasiado, las palabras de Bernard transmitían una determinación funesta.

Amara cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la puerta, exhausta y frustrada. Si hubiera servido de algo, se habría echado a llorar.

—Sí, Fidelias. —El veneno amargo en su voz la sorprendió incluso a ella, y repitió el nombre en voz más baja—. Fidelias.

Bernard giró la cabeza para mirarla en silencio durante un momento largo.

—Lo conoces.

Ella asintió.

—¿Quieres hablar de ello?

Amara tragó saliva.

—Él es..., era mi maestro. Mi patriserus.

Bernard se sentó arrugando el entrecejo.

—¿Es un cursor?

—Lo era —respondió Amara—. Se ha aliado con alguien. Con un rebelde. —Se ruborizó y le ardió la cara—. Probablemente no debería decir nada más, estatúder.

—No tienes que hacerlo —le aseguró—. Y llámame Bernard. Mientras estemos juntos en este antro, creo que podemos prescindir de los títulos. No hay sitio para tantos.

Ella le respondió con una sonrisa débil.

—Bernard, entonces.

—Ese Fidelias era tu amigo.

La joven asintió, apartando la mirada en silencio.

—¿Más que eso?

Amara se ruborizó.

—Si él hubiera querido que ocurriese... Tenía trece años cuando me empecé a formar con él y lo era todo para mí. Él no pensó en eso. Él no... —Dejó que se perdiese la voz.

—No quería aprovecharse de ti —sugirió Bernard. Ante el silencio nervioso de ella, prosiguió—: Aprecio eso en un hombre.

—Es bueno —comentó Amara—. Quiero decir, capacitado. Uno de los mejores de la Corona. Tiene en su hoja de servicio más misiones que ningún cursor vivo y corren rumores sobre otras muchas que no están reflejadas en los archivos. Algunas de las cosas que ha hecho han acabado en los manuales de texto. Ha salvado la vida a miles de personas que nunca han sabido que estuvo allí. —Tragó saliva—. Y si me hubieras preguntado hace solo una semana, nunca habría soñado con que pudiera haber un hombre más leal al Reino. —Fue consciente de que volvía la amargura a su voz—. Un patriota.

—Quizá ese sea el problema —sugirió Bernard pensativo.

Amara frunció el ceño y lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Existen dos tipos de hombres malos en el mundo. Quiero decir que existen multitud de caminos para que un hombre se vuelva malo, pero cuando lo analizas en profundidad, solo hay dos tipos de hombre que harían daño a los demás con intención, premeditadamente: los que no creen que exista nadie que tenga la más mínima importancia excepto ellos, y aquellos que se imaginan que existe algo que importa más que la vida de nadie; incluso la propia. —Movió la cabeza—. Los primeros son bastante habituales: mezquinos, insignificantes. Están por todas partes. Gente a quien los demás les importa un bledo. Por lo general, el daño que hacen no tiene demasiada importancia.

»Los del segundo tipo son como tu patriserus. Personas que quieren algo por encima de su propia vida, por encima de todo lo demás. Lucharán y matarán para protegerlo, y durante todo ese tiempo se convencerán de que era lo que había que

hacer, que era lo correcto. —El estatúder levantó la mirada hacia Amara—. Esos son peligrosos. Muy peligrosos.

Amara asintió.

—Sí. Es peligroso.

—¿Quién dice —murmuró Bernard con los ojos fijos— que esté hablando de Fidelias?

Amara le devolvió una mirada aguda.

—Todo se reduce a las personas —prosiguió él—. No puedes tener un Reino o un ideal sin gente que crea en ello, que lo apoye. El Reino existe para proteger a la gente. Me parece un retroceso que se pueda sacrificar a personas para protegerlo.

—No es tan sencillo, estatúder.

—¿No lo es? Recuerda quién te instruyó —replicó Bernard con voz suave, pero con palabras claras y firmes—. Ahora mismo está ahí fuera y seguramente piensa que está haciendo lo único que puede hacer. Cuervos, lo más probable es que crea que está haciendo lo correcto. Que se encuentra en una posición de saber cuando los demás no saben, y por eso tiene que tomar la decisión él mismo y nadie más.

Ella se retiró el cabello de la cara.

—¿Cómo sé que no ha tomado la decisión correcta?

Bernard se puso en pie y se le acercó. Le puso una mano sobre el hombro y la miró con los ojos muy serios.

—Porque un árbol sano no tiene las raíces podridas, Amara. Ninguna empresa con grandeza nace con una traición, mintiendo a las personas que confían en ti y te quieren.

Esta vez a Amara le ardían las lágrimas en los ojos, y los cerró un momento. Él la acercó un poco y la joven se recostó durante un instante sobre su calor y su fuerza.

—No sé qué más puedo hacer —le explicó—. He hecho todo lo posible por avisar de lo que iba a llegar. Pero no ha sido suficiente.

Y Gaius había contado con ella. Le había confiado esta misión.

—A veces —murmuró Bernard—, lo único inteligente es no hacer nada. A veces solo te tienes que quedar quieto y ver cómo se empiezan a desarrollar los acontecimientos antes de ponerte en marcha. Tener paciencia.

Ella negó con la cabeza.

—No hay tiempo para eso —replicó—. Tenemos que conseguir que baje alguien. Tienes que conseguir que me escuchen o...

Bernard le puso sus dos grandes manos sobre los hombros, agarrándolos con suavidad, y los empujó contra la pesada madera de la puerta. Después apoyó su peso contra ella, atrapándola, y bajó su boca hacia la de ella en un beso que fue abrupto y tranquilo al mismo tiempo.

Amara sintió que se le abrían los ojos de la sorpresa. Su boca era suave y cálida, y

de repente se sintió ultrajada. ¿Acaso pensaba que era una niña insulsa y charlatana a la cual se podía distraer con un beso, como a una colegia temblorosa?

De acuerdo, su calidez y su cercanía eran muy reconfortantes. De acuerdo, el poder amable de sus manos y su cuerpo eran atractivos y tranquilizadores, a la vez que intimidantes. Y de acuerdo, su olor a cuero, viento del campo y un aroma indescriptible, pero muy masculino, eran algo que le hacía sentir que podría despojarse de sus ropas y bañarse desnuda en él.

Amara levantó las manos para apartarlo, pero descubrió que sus palmas descansaban sobre los pesados músculos de su pecho, midiendo su fuerza y su calor, mientras su boca se apretaba contra la suya, con los labios abiertos, presionando, explorando y saboreándolo.

Bernard dejó escapar un sonido corto y ávido, presionando más su cuerpo contra el de ella, y su corazón se aceleró. Amara seguía enfadada con él, por supuesto. Además, tenía trabajo que hacer. Y a pesar de lo bien que pudiera oler, o sentirse, o de cómo su cuerpo respondía con tanta rapidez ante el suyo...

La joven rompió el beso con un gruñido de frustración y él se apartó un poco, mientras buscaba sus ojos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó. Su voz salió más suave de lo que había pretendido, más baja.

—Creo que estoy encerrado en una habitación pequeña con una mujer hermosa —explicó Bernard, con voz neutra—. Y la estoy besando.

—No tengo tiempo para besarte —replicó Amara, pero tenía la vista fija en su boca y sus propios labios sentían un poco el hormigueo de la separación.

—Pero querías besarme —insistió Bernard.

—No —repuso Amara—. Quiero decir que no es el momento.

—¿No? ¿A dónde tienes intención de ir?

Bernard se inclinó y, con su boca cálida, depositó un beso suave a un lado del cuello de Amara. Su lengua se movió sobre la piel de la chica y en respuesta, unos latigazos recorrieron sus extremidades, provocándole una ansiedad más fuerte de lo que hubiera podido sentir jamás. Sintió cómo su cuerpo se derramaba en el suyo, aunque en ese momento no tuviera la más mínima intención de dejarse llevar.

Ella lo cogió por el cabello y arrastró su boca de vuelta a la suya, súbita y hambrienta, besándolo, apretándose contra él con un juego entre el abandono y el desafío, deslizando las manos sobre su pecho, sus brazos y hombros. Entonces llevó sus caderas contra la puerta, empujando pero sin separarse de él. Continuó con ese movimiento hasta llegar al camastro, que le golpeó la parte trasera de las rodillas haciéndola caer en él.

Ella no apartó la boca de la suya, siguiéndolo, acomodándose sobre sus caderas cuando se sentó. Sus manos se colocaron sobre su cintura, amplia y fuerte, y el

hambre de Amara se redobló: sintió de repente el deseo irracional de notar esas manos en sus muslos, en su espalda, en su cuello, en todas partes.

—Esto es solo un beso —susurró Amara contra su boca, con unos labios demasiado hambrientos de tocar los de él como para perder mucho tiempo con las palabras—. Eso es todo. Solo un beso.

Ella siguió su ejemplo y marcó una línea de besos sobre su mandíbula hasta alcanzar la piel más suave de su cuello y el inicio del hombro, donde le mordió.

—Eso es todo —asintió Bernard, aunque las palabras llevaban escondido un jadeo.

Sus manos se aferraron a su cintura y empezaron a deslizarse hacia las caderas.

Amara se enderezó con fuerza cuando sus caderas se apretaron contra las suyas, mirando fijamente su cara e intentando aclararse las ideas. Pero era difícil y sería mucho más fácil librarse de la ropa y de la de él, porque lo que quería entre ellos era la piel desnuda. Quería sentir su peso sobre ella, quería sentir la fuerza cálida de él penetrando en ella, que luchase y probase su fuerza contra la de ella, y sentirse superada. En su interior se había declarado un incendio, una necesidad pura y primitiva, que no se podía eludir. Con un gemido de hambre verdadera y animal, empezó a desabrocharle el cinturón.

—Espera —indicó Bernard—. ¡Oh, oh, cuervos, Brutus, idiota!

Se movió debajo de ella, levantándola de repente y dejándola caer sin miramientos sobre el camastro. Amara aterrizó con un golpe sordo.

Bernard se alejó un par de pasos y levantó las manos con las palmas hacia ella, indicándole que parase. Frunció el ceño concentrado y murmuró:

—No, Brutus, abajo.

Y Amara se descubrió de repente mirando a Bernard desde el camastro, helada, hambrienta y jadeante, con el cuerpo dolorido por un deseo insatisfecho, desaliñada, con el cabello despeinado y los labios hinchados por el calor y la intensidad de los besos.

Se llevó una mano a la sien.

—T... tú... tú me has lanzado un artificio.

—Lo sé —reconoció Bernard ruborizándose—. No lo quería hacer. Lo siento.

—¡Me has lanzado un artificio de tierra!

—Lo siento —repitió Bernard con rapidez—. Brutus es..., mi furia es fuerte y a veces piensa que sabe mejor que yo lo que es bueno para mí. —Se dejó caer al suelo—. Lo siento. No sabía que lo estaba haciendo, o no se lo habría permitido. Quiero decir, yo... —Negó con la cabeza y al cabo de un momento continuó—: Ha pasado mucho tiempo. Y Brutus solo... quería que ocurriera algo.

Se lo quedó mirando largo rato, acomodándose en el camastro y recuperando el control de la respiración y de sus sentimientos. Levantó los pies y se abrazó las

rodillas, mirándose el calzado, las zapatillas que le había puesto Isana en Bernardholt.

—Estuviste casado —indagó en voz baja.

—Hace diez años —explicó Bernard con palabras suaves y en voz baja, como si fueran zumbidos que se pudieran romper en la boca si los pronunciaba rápido. Ella murió. La peste. Mis hijas también.

—¿Y no has estado...? —No acabó de decirlo.

Negó con la cabeza.

—He estado ocupado. En realidad no he querido estar cerca de nadie hasta... — respiró hondo—, hasta que me besaste la pasada noche. Supongo que ese beso removi6 algunas cosas.

Amara no pudo desechar el tono sarcástico de su voz.

—Supongo que sí.

Bernard se ruborizó aún más y no levantó la mirada.

Amara dejó escapar una carcajada cansada.

—Oye, está bien. No me has hecho daño.

Y ella lo había disfrutado. Lo había deseado. Le costaba no ruborizarse. Solo el recuerdo de la fusión de ese beso era suficiente para que temblase.

—Eso no implica que esté bien. —La miró preocupado y Amara pensó que eso lo volvía exquisitamente vulnerable y demostraba lo mucho que le preocupaba lo que ella pudiera pensar—. ¿Seguro que estás bien?

Asintió.

—Bueno, salvo por la parte obvia de estar aquí encerrados.

—No creo que nos tengamos que preocupar por eso durante mucho más tiempo. Pero por eso quería robarte un beso. No tenía intención de que ocurriera esto, pero quería al menos tener la oportunidad de besarte antes...

—¿Antes de qué?

Bernard ladeó la cabeza.

—Escucha.

En el exterior, Amara oyó levemente el tañido de una campana que marcaba la medianoche.

—Cambio de guardia —explicó Bernard—. Si Pluvus sigue las ordenanzas, se irá a la cama y entregará el mando nocturno a uno de los centuriones superiores.

—De acuerdo —asintió Amara—. ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Nos da la oportunidad de hablar con alguien a quien conozco —respondió Bernard.

Se puso en pie, inclinó la cabeza mientras escuchaba y un momento más tarde crujió la pesada puerta que cerraba las escaleras del sótano y luego se abrió de golpe.

Amara sintió cómo se le volvía a acelerar el corazón.

—¿Nos dejarán salir?

—Solo hay una manera de saberlo —respondió el estatúder, y se situó al lado de la puerta.

Amara se colocó a su lado.

—¿Querías besarme?

Él se aclaró la garganta.

—Sí.

—¿Por qué?

—Me gustas.

—Te gusto.

El rubor se apoderó de sus mejillas.

—Eres muy guapa y más valiente que nadie que conozca. Y me gustas.

Ella sintió cómo se le curvaban las comisuras de los labios y luchó contra la sonrisa. Entonces se rindió a ella, lo miró y se puso de puntillas para darle un beso en la piel áspera de su mejilla.

Bernard la miró y durante un instante su mirada mostró el hambre ansiosa que ella había sentido en su beso.

—A veces pienso si te voy a tener que dejar solamente cuando no me interrumpa una situación que amenace nuestras vidas.

La lengua de Amara se quedó pegada al paladar porque se le había secado la boca de improviso. Intentó recuperar un poco del ingenio que había perdido de pronto para responderle, pero primero llegó el sonido de unas botas pesadas en las escaleras seguido del de la llave al girar en la cerradura.

Se abrió la puerta: Pluvus Pentius los miraba desde el umbral con una expresión vacía.

O más bien esa fue la primera impresión de Amara. Entonces la cabeza del buscador de la verdad cayó hacia delante y un instante después dejó escapar un ronquido inconfundible. La puerta se abrió más y Amara vio a dos hombres, uno a cada lado del buscador de la verdad, que lo sostenían dormido y aguantaban su peso muerto. Reconoció a uno, el sanador viejo y entrecano de aquella mañana. El otro, que llevaba peto y yelmo de centurión, era un hombre de mediana edad y cara redonda con ojos oscuros y algo bizcos.

—Bernard —saludó Harger con alegría—. Le acabo de preguntar a Pluvus, aquí presente, si no te tendríamos que dejar salir ya y me ha respondido «sí». —Agarró el cabello de Pluvus y le movió la cabeza vigorosamente arriba y abajo—. ¿Lo ves? Me temo que el muchacho no sabe beber.

—Estatúder —saludó el centurión con la voz tensa—, esto me puede costar el yelmo.

—Giraldi... —Bernard dio un paso al frente y le puso la mano en el hombro—. Me alegro de verte. ¿Cómo está Rosalía?

—Preocupada —respondió Giraldi bizqueando mientras caminaba desde Bernard hacia Amara—. Dime, ¿qué está pasando?

—Los marat vienen hacia aquí. Y creemos que tienen el apoyo de una compañía de caballeros mercenarios.

Giraldi se lo quedó mirando boquiabierto.

—Bernard, eso es una locura. No es posible. ¿Aleranos ayudando a los marat?

—Un guerrero marat casi me liquida cerca de Garados hace dos días —explicó Bernard—. Y la pasada noche, un grupo de artífices más fuertes que yo intentó matar a mi sobrino, que también los ha visto.

—¿A Tavi? Grandes furias, Bernard.

—No nos queda tiempo. Se lo expliqué a Gram y me creyó. Ordenó una movilización general y el envío de exploradores y mensajeros a Riva para pedir refuerzos, antes de que nos atacasen en las mismas puertas de Guarnición. ¿Se han cumplido sus órdenes?

—Yo tengo a toda mi centuria de guardia y armada, Bernard, y he enviado mensajeros a las torres de vigilancia a fin de asegurarme de que enciendan las almenaras si hay problemas, pero eso es todo cuanto puedo hacer con mi autoridad.

—Entonces, hazlo en nombre de Gram —sugirió Bernard—. Mantén a los caballeros armados y dispuestos, y al resto de la guarnición armada. Acomoda a toda la población dentro de las murallas y envía la noticia a Riva. Sin el apoyo de las legiones de Riva es posible que no tenga importancia si estamos preparados para luchar.

Con un gruñido de rabia, Giraldi descargó el peso de Pluvus sobre Harger, que lo recogió con un gemido.

—Bernard —replicó Giraldi—, no lo comprendes. Pluvus está presentando cargos contra ti. Te acusa de traición. Dice que formas parte del complot para asesinar a Gram.

—Eso es un montón de mierda de lagarto, y tú lo sabes.

—Pero yo no soy ciudadano —añadió Giraldi con calma—. Y fuera de tu explotación, tampoco lo eres tú, Bernard. Con Gram fuera de juego...

—¿Está muy mal?

Harger gruñó.

—No está bien, Bernard. Inconsciente. El cuchillo se ha hundido en la parte baja de la espalda. Ya no es tan joven y ha bebido mucho durante las últimas semanas. He hecho por él todo lo que he podido, pero hemos enviado a uno de nuestros caballeros Aeris para traer un sanador con más habilidad que yo. Yo soy un caballo de carga, y esto es delicado. Me supera.

—Al menos habéis hecho eso. ¿Habéis dado noticia del ataque?

Giraldi soltó un bufido de frustración.

—Bernard, no se ha producido ningún ataque. Ni hay señal alguna de un ataque.

—Se va a producir —le cortó Bernard—. ¡Cuervos y carroña!, sabes lo que haría Gram. Hazlo.

—No puedo —gimió Giraldi—. Pluvus emitió órdenes específicas contra una alerta general por «rumores salvajes e infundados». A menos que Gram me dé una orden, no puedo hacer más de lo que ya he hecho. ¿Crees que no lo haría, Bernard? Tengo aquí mujer y tres hijos. Pero carezco de autoridad para ello.

—Entonces lo haré yo...

Giraldi negó con la cabeza.

—Tú tampoco puedes. Hay hombres que te conocen, pero también hay un montón de soldados nuevos. Idiotas como los que te has encontrado hoy en la muralla.

Harger dejó escapar una risita desagradable.

Giraldi dirigió al sanador una mirada dura.

—Dejaste inconsciente al hijo de un Señor de Riva, Bernard. Se sienten insultados y no aceptarán ninguna orden que proceda de ti. No tienes el rango para hacerlo.

Amara dio un paso al frente.

—Lo haré yo —afirmó.

Los tres hombres se quedaron en silencio de repente. Giraldi alzó la mano y se quitó el yelmo en un gesto educado.

—Disculpadme, joven dama. No había reparado en que... Señora, sé que queréis ayudar, pero...

—¿Pero es trabajo de hombres? —preguntó Amara—. Ninguno de nosotros tiene tiempo para esto. Mi nombre es Amara ex Cursori Patronus Gaius. Su Majestad ha tenido a bien otorgarme el título honorífico de condesa, lo cual me parece que me otorga los mismos privilegios de mando que al conde Gram.

—Bueno, joven dama, en teoría estoy seguro de que...

Amara se acercó al centurión.

—¿Por qué me haces perder el tiempo, centurión? Está claro que crees que existe un peligro, o no habrías armado a tus hombres. Deja de entrometerte en mi camino y dime qué tengo que hacer para ponerlo todo en movimiento.

Giraldi se la quedó mirando totalmente sorprendido, y después volvió su atención a Bernard.

—¿Está diciendo la verdad? —le preguntó.

Bernard cruzó los brazos y miró a Giraldi.

El centurión se pasó la mano por su cabello rapado.

—De acuerdo entonces, Señoría. Supongo que habría que empezar con Pluvus...

Harger gruñó.

—Pluvus está de acuerdo con todo lo que diga la muchacha, ¿verdad, señor? — Agarró el cabello de Pluvus y le movió la cabeza arriba y abajo—. Ahí lo tienes. Yo soy el sanador y según mi opinión médica, este hombre está en su pleno juicio. En cualquier caso, lo está ahora mucho más que cuando está despierto.

Giraldi tragó saliva nervioso.

—Bueno, después tendréis que hablar con Pirellus, Señoría; es el comandante de los caballeros destinados aquí. Si acepta la orden, los otros centuriones seguirán su ejemplo y con ellos, sus hombres.

—¿Pirellus? ¿Pirellus de la Hoja Negra?

—Sí, Señoría. Es un artífice del metal muy poderoso. El mejor espadachín que he visto. Sangre vieja, familia antigua. No le gustan los cachorrillos que nos han enviado, pero tampoco le gustará recibir órdenes de una mujer, Señoría. Le dio a la buscadora Olivia más dolores de cabeza de los que se habría podido imaginar.

—Estupendo —replicó Amara, respirando hondo y pensando. Entonces se volvió hacia Bernard—. Necesito recuperar mi espada.

Los ojos de Bernard se abrieron de par en par.

—¿No crees que matarlo es una medida un poco extrema? Sobre todo porque te hará picadillo.

—No llegaremos a esos extremos, te lo aseguro. —Se volvió hacia Giraldi—. Llévame ante él.

—Señoría —replicó Giraldi vacilante—, no sé si lo comprende. Él y el resto de los caballeros ya se han retirado a dormir.

—Quieres decir que unos están jugando y otros persiguen a las sirvientas — aclaró Amara—. No es nada que no haya visto antes, centurión. Llévame ante él.

—Yo portaré la espada, condesa —murmuró Bernard.

Ella echó una mirada hacia atrás y le dedicó una sonrisa rápida.

—Gracias, estatúder. Sanador, quizá el buscador de la verdad necesita una buena cama.

—En realidad, creo que así es —reconoció Harger con alegría. Arrastró a Pluvus dentro de la celda y lo tiró sin miramientos sobre el camastro—. La cama más cercana posible.

Amara tuvo que ahogar la carcajada que estaba a punto de soltar y luchó por mantener la expresión seria.

—Centurión, adelante.

Amara siguió al centurión Giraldi fuera del sótano de lo que resultó ser un almacén y penetraron en la fortaleza de Guarnición, que se extendía siguiendo el plano habitual del campamento de marcha.

—Amotinamiento —murmuró—. Asalto a un oficial superior. Secuestro de un oficial superior. Tergiversar las órdenes de un oficial superior...

—¿Qué es todo eso, centurión?

—Son todos los cargos por los que me van a ejecutar, Señoría.

—Míralo de esta manera —replicó Amara—. Si vives para que te cuelguen, todos seremos muy afortunados. —Hizo un gesto hacia los barracones que por costumbre albergaban a los caballeros en un campamento. Las luces seguían encendidas y se escuchaban una gaita y risas en el interior—. ¿Esta?

—Sí, Señoría —asintió el centurión.

—Bien. Vuelve con tus hombres. Asegúrate de que controlan las torres de aviso. Y prepara todas las defensas en las murallas.

El centurión respiró hondo y asintió.

—De acuerdo. ¿Cree que lo convencerá?

—La única cuestión es si sobrevivirá o no —respondió Amara y su voz sonó fría y muy segura—. De una u otra forma, estos caballeros estarán dispuestos a luchar por la Corona.

Harger apareció jadeando en la oscuridad; resoplaba como un caballo viejo pero animoso. Sostenía la espada que Amara había cogido del Memorial del Príncipe y se la ofreció por la empuñadura.

—Aquí tienes —jadeó el sanador—. Espero que acabes pronto, muchachita. Uno de los guardias cree haber visto luz en una de las torres más lejanas, pero se apagó. Bernard ha ido allí a caballo para ver qué está ocurriendo.

El corazón le dio un vuelco. Bernard solo en esa región y con los marat tan cerca...

—¿A qué distancia se encuentra la torre?

—A unos once o doce kilómetros —respondió Harger.

—Centurión, ¿cuánto tiempo tardarían la tropas en recorrer esa distancia?

—¿Sin un artificio de las furias? ¿De noche? El terreno es escarpado, Señoría. Podrían llegar en unas tres horas o un poco más, en formación. Unas tropas ligeras tardarían bastante menos.

—¡Cuervos! —masculló Amara—. De acuerdo. Saca a todos los hombres de la cama, centurión. Reúnelos y diles que el comandante de los caballeros les hablará dentro de un momento.

—Uf, Señoría. Si no sale...

—Déjame a mí.

Deslizó la funda de la espada dentro del cinturón, apoyando la mano izquierda sobre la empuñadura, y se dirigió hacia los barracones de los caballeros con el corazón en la garganta. Se detuvo delante de la puerta y respiró hondo para tranquilizarse y aclarar las ideas. Tras ello, puso la mano en la puerta y la abrió de un empujón, dejando que golpease contra el marco.

El ambiente interior del barracón era pesado, con olor a humo de madera y vino.

Lámparas de furia ardían en tonos dorados y encarnados. Algunos hombres jugaban a las damas en una mesa, con pilas de monedas apostadas en la partida, mientras que más grupos tiraban los dados en otras dos mesas. Las mujeres, la mayoría de ellas con edad suficiente como para mostrar abiertamente su condición de damas de campamento, recibían aquí y allá el abrazo de un hombre, llevaban vino o estaban sentadas de cualquier manera sobre un sofá o una silla, bebiendo o besando. Una muchacha, poco más que una cría delgaducha con un collar de esclava, bailaba al son de la música de gaita delante del fuego, y proyectaba una sombra delgada y oscura como si fuera algún tipo de adorno exótico.

Amara respiró hondo y se acercó a la mesa más cercana.

—Perdonad —se presentó, manteniendo la voz fría y protocolaria—. Estoy buscando al comandante Pirellus.

Uno de los jugadores sentados a la mesa le dirigió una mirada lasciva.

—Ya tiene a sus chicas para esta noche, muchacha. Pero estaré encantado de llenar tu... —movió unos ojos sugerentes— tiempo.

Amara se encaró con el hombre y replicó con voz helada:

—Voy a fingir que no he oído tus palabras. ¿Dónde está el comandante Pirellus?

La cara del hombre se oscureció con rabia de borracho y se incorporó cuchillo en mano.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que no soy bastante bueno para ti? ¿Eres una excéntrica a la que solo le gustan los ciudadanos relamidos?

Amara invocó a Cirrus y tomó prestada la rapidez de su furia. Su brazo se movió con rapidez y sacó de la funda la espada corta que llevaba colgada de la cadera. El arma recorrió el poco espacio que les separaba antes de que el sorprendido soldado pudiera reaccionar y Amara se inclinó lo suficiente como para pincharle en el cuello. Sobre la sala cayó de repente un silencio mortal, subrayado por el crepitar del fuego.

—Soy una cursor del Primer Señor en persona. Estoy aquí por asuntos oficiales y no tengo paciencia con los idiotas borrachos. Deja el cuchillo.

El soldado emitió un sonido estrangulado y levantó una mano con la palma hacia fuera. Bajó la otra hasta la mesa y soltó el cuchillo. Amara podía sentir las miradas torvas de los hombres a su alrededor fijas en ella como las puntas de una docena de lanzas incisivas. Se le cerró la garganta de miedo, pero no permitió que nada de eso se reflejase en su cara, que seguía con una expresión fría, tranquila y despiadada como un mar helado.

—Gracias —se lo agradeció Amara—. Y ahora, dime, ¿dónde está Pirellus?

Amara oyó cómo se abría una puerta a sus espaldas y una voz tranquila y casi lánguida dijo con un suave acento de Parcia:

—Se está bañando, pero siempre está disponible para una dama.

Amara apartó la espada del cuello del soldado que tenía delante y con una mirada

de desprecio le dio la espalda para encarar a quien había hablado.

Era un hombre más alto que la mayoría y con la piel oscura, de un color marrón dorado como la suya. Su cabello, negro como la noche, que llevaba largo en contra de las normas de la legión, se derramaba en una maraña húmeda alrededor de sus hombros. Era delgado, con músculos duros y finos, y llevaba en la mano una espada delgada y curvada de metal más negro que el terciopelo de luto. Se encaró con Amara con una expresión suave y de diversión confiada en el rostro.

Además, chorreaba agua y estaba desnudo como un bebé.

Amara sintió cómo le empezaban a arder las mejillas y luchó con firmeza contra su vergüenza.

—¿Eres Pirellus, comandante de los caballeros de Guarnición?

—Una chica de Parcia —comentó Pirellus con una sonrisa amplia y blanca—. Hace mucho tiempo que no me siento a entretener a una muchacha de Parcia. —Inclinó la cabeza, pero la espada no cambió su posición aparentemente descuidada, pero preparada a su lado—. En efecto, soy Pirellus.

Amara arqueó una ceja y lo miró de arriba abajo.

—He oído muchas cosas sobre ti.

Pirellus sonrió, confiado.

—Pensé que serías —tosió con delicadeza, dejando que su mirada se entretuviera de manera muy significativa— más alto.

La sonrisa se desvaneció. La cursor esperaba que con ella también desapareciera parte de la arrogancia.

—Ponte algo de ropa, comandante —ordenó Amara—. Guarnición está a punto de sufrir un ataque. Armarás y prepararás a tus hombres, y dirigirás un parlamento a los miembros de la legión que se están reuniendo en este momento en el exterior.

—¿Ataque? —balbució Pirellus—. ¿Por parte de quién?, si se me permite preguntar...

—Los marat. Sabemos que reciben el apoyo de una compañía de caballeros. Posiblemente más.

—Ya veo —replicó Pirellus con tono despreocupado—. Ahora, veamos. Te he visto antes. Estoy intentando recordar dónde.

—En la capital —le aclaró Amara—. Hace dos años asistí a algunos de tus combates y estuve en una de tus clases en la Academia.

—Es cierto —reconoció Pirellus con una sonrisa—. Aunque entonces ibas vestida como una mujer. Ahora recuerdo... Eres la pequeña artífice del viento que salvó a aquellos niños del incendio en la parte oriental de la ciudad. Fuiste valiente.

—Gracias —le agradeció Amara.

—Estúpida, pero valiente. ¿Qué haces aquí, colegiala?

—Ahora soy una cursor, Pirellus. He venido a avisarte de un ataque antes de que

te entierre una horda marat.

—Qué considerado por tu parte... Y estás hablando conmigo, ¿por qué?

—Estoy hablando contigo porque eres el oficial capacitado de más alto rango. El conde está inconsciente, Pluvus es un político idiota y el comandante de guardia es un centurión sin el rango necesario para ordenar una movilización general. La ordenarás tú y pedirás refuerzos a Riva.

—¿Con qué autoridad? —preguntó Pirellus enarcando las cejas.

—Con la mía. La de la condesa Amara ex Cursori Patronus Gaius de Alera.

El rostro de Pirellus mostró de nuevo una sonrisa.

—Conseguiste un título por esa pequeña demostración y crees que por ello puedes ir donde te dé la gana y ordenar lo que te plazca.

Amara cambió de repente la forma de asir la espada y la dejó sobre la mesa a su lado, con la hoja reluciendo bajo la luz. Entonces se volvió a encarar con él y se le acercó, quedándose a menos distancia de un brazo.

—Pirellus —empezó, manteniendo la voz en un murmullo bajo—. Preferiría no estar aquí. Preferiría no tenerte que ordenar con mi rango. Pero no me obligues a llevarlo hasta el extremo al que estoy dispuesta a llegar.

Los ojos de él se encontraron con los suyos, duros y tercos.

—No me amenes, muchacha. No tienes nada con que cumplirlo.

En respuesta, Amara llamó de nuevo a Cirrus y golpeó al hombre en la mejilla con la mano abierta. El golpe circular impactó y le giró la cabeza antes de que lo pudiera evitar. Pirellus se alejó un paso y por puro reflejo levantó la espada y le apuntó al corazón.

—No te preocupes —le explicó Amara—. Si no haces lo que es necesario, te retaré a un *juris macto* aquí y ahora, por negligencia en el deber y traición al Reino. —Se dio la vuelta, recuperó su espada, y se giró de nuevo para encararlo—. Espadas. Podemos empezar cuando estés preparado.

El comandante se quedó paralizado, mirándola fijamente.

—Me estás tomando el pelo —replicó—. Estas bromeando, chica. Nunca me podrás ganar.

—No —reconoció Amara—, pero soy lo bastante buena como para que me tengas que matar para ganar. Habrás matado a una cursor en cumplimiento de su deber, comandante. Sea hombre o mujer, tenga razón o no sobre el ataque inminente, serás culpable de traición. Y ambos sabemos lo que te ocurrirá. —Empuñó la espada y lo saludó—. Está claro. Si quieres desperdiciar tu vida, por favor, empecemos el duelo y acabemos con ello. Eso, o vístete y prepárate para defender Guarnición. De una manera u otra, te darás prisa, comandante, porque no hay tiempo para satisfacer tu ego.

Amara se enfrentó a él, con el espacio de un par de zancadas largas de por medio,

levantando su espada sin vacilar. Tenía el corazón en la garganta y sintió una gota de sudor que le bajaba por la mandíbula hasta el cuello. Pirellus era un maestro del arte del metal y uno de los mejores espadachines vivos. Si decidía aceptar el duelo, la mataría y ella no podría hacer gran cosa para evitarlo. Pero a pesar de eso, era necesario. Tenía que convencerle de su sinceridad, debía saber que estaba dispuesta a morir para que actuase, que prefería morir antes que fracasar en su deber con Alera y con Gaius. Lo miró fijamente a los ojos y se concentró en la empresa que tenía por delante, negándose a caer en el miedo o permitir que la espada le temblase ni por un instante.

Pirellus se la quedó mirando durante un momento con expresión sombría y pensativa.

Amara contuvo la respiración.

Lentamente, el caballero abandonó su postura relajada hasta ponerse firmes. Apoyó la parte plana de la espada sobre su antebrazo, sosteniéndola con una mano, y le hizo una reverencia con un movimiento ágil, preciso y contenido.

—Condesa —empezó—, en interés de la seguridad de esta guarnición, haré lo que me ordena. Pero señalaré en mi informe que lo hago bajo protesta.

—No importa, siempre que lo hagas —reconoció Amara. Un gran alivio le rondaba por la cabeza y casi se dejó caer al suelo—. Entonces, ¿dispondrás los preparativos?

—Sí, Señoría —respondió Pirellus con unas palabras exquisitamente educadas pero mordaces—. Creo que me podré ocupar de todo. Otto, que los hombres tomen algo más que té. Despierta a todo el mundo. Camdon, muchacha, ve a buscar mi ropa y la armadura.

Uno de los hombres se retiró corriendo, acompañando a las damas y la bailarina con el collar de esclava.

Amara abandonó la sala y salió al aire libre. Envainó la espada y respiró profundamente. Solo un momento después oyó soplar una racha de viento muy concentrada y miró hacia arriba para ver un par de caballeros Aeris a medio vestir que ascendían hacia el cielo nocturno en direcciones diferentes, y no le cupo la menor duda de que se dirigían a Riva.

Lo había conseguido. Finalmente, Guarnición se estaba preparando para la batalla. Las tropas se empezaban a concentrar en la plaza en el centro de la población. Ardían luces de furia. Los centuriones impartían órdenes a voz en grito y un tamborilero comenzó a tocar a asamblea. Los perros ladraban, y las esposas y los niños aparecieron en algunos de los edificios, mientras se enviaba a otros soldados a despertar a quienes dormían en las casas fuera de la muralla y traerlos a la protección del pueblo amurallado.

Amara pensó que por fin estaba todo en manos de los soldados. Ella había

cumplido con su parte. Fue los ojos de la Corona, sus manos y avisó a los defensores de Alera. Seguramente con eso era suficiente. Encontró una sombra en una de las gruesas murallas del pueblo y se apoyó en ella, dejando que su cabeza se recostara en las piedras. Su cuerpo tembló de cansancio y una sensación de alivio la inundó como un licor fuerte, haciendo que se sintiera pesada y cansada. Muy cansada.

Levantó la mirada hacia las estrellas, que ahora eran visibles de vez en cuando entre las nubes pálidas, y descubrió con cierta sorpresa que no le caían lágrimas. Estaba demasiado cansada para llorar.

Redoblaron los tambores y sonaron las trompetas con las órdenes; los diferentes tonos de metal llamaban a formar a cada una de las centurias con los manípulos de la legión. Los hombres empezaron a ocupar sus puestos en las murallas y otros acumularon agua en previsión de los incendios que provocase el combate. Artífices del agua y sanadores de la legión como Harger, así como esposas e hijas de los legionares, se dirigieron hacia los refugios seguros dentro de las murallas, donde llenaron con agua las bañeras en espera de recibir a los heridos. Los artífices del fuego iluminaron las murallas, mientras los caballeros artífices del viento de Guarnición tomaron posiciones en el aire, volando en patrullas para avisar y prevenir cualquier ataque por sorpresa desde el oscuro cielo nocturno. Los artífices de la tierra ocupaban sus puestos junto a puertas y murallas, con las armas cerca, pero con las manos desnudas apoyadas en las piedras de las defensas, convocando a sus furias para otorgarles mayor poder de resistencia.

El viento empezó a soplar desde el norte, trayendo hasta Amara el aroma mezclado del distante mar de Hielo con el de los hombres y el acero. Por un tiempo, mientras las luces distantes comenzaban a acariciar el horizonte oriental, todo estuvo en silencio. Una espera tensa se derramó sobre los que se encontraban dentro de las murallas. En uno de los barracones, ahora vacío de hombres y ocupado por los niños de las casas extramuros y del pueblo, los más pequeños cantaban juntos una nana, suave y dulzona.

Amara se separó de la zona de oscuridad de la muralla y se acercó a las puertas que lindaban con la tierra de los marat, más allá de Guarnición. Los guardias al pie de las murallas la detuvieron, pero el centurión Giraldi la vio y la dejó pasar. Subió por una escalera que conducía a las almenas sobre la puerta, donde los arqueros y los artífices del fuego se habían reunido en gran masa, preparados para dar muerte a cualquiera que intentase asaltar las puertas de la ciudad.

Giraldi se encontraba junto a Pirellus, que ahora iba protegido por una armadura de acero reluciente. El espadachín de Parcia la miró y después volvió su atención a la oscuridad.

—No hay ninguna señal —comentó—. Las torres de vigilancia no han encendido las almenaras.

—Uno de mis hombres vio algo antes —informó Giraldi en voz baja—. Un explorador ha ido a mirar.

Amara tragó saliva.

—¿Ha vuelto?

—Aún no, Señoría —respondió Giraldi con gesto preocupado—. Aún no.

—Silencio —exclamó de repente uno de los legionares, un joven larguirucho con orejas grandes.

Se inclinó hacia delante con una mano en pantalla en la oreja, y Cirrus acarició suavemente a Amara para explicarle que el joven estaba utilizando un artificio de viento para oír.

—Un caballo —informó—. Un jinete.

—¡Luces! —ordenó Pirellus, y su voz levantó ecos en el valle.

Una a una se fueron encendiendo a lo largo de las murallas las lámparas de furia, brillantes, azules y frías, lanzando su resplandor hacia la oscuridad justo antes del amanecer que les rodeaba.

Durante un momento largo no se movió nada en la nieve. Pero después todos pudieron oír el sonido de cascos de caballo al galope. Segundos más tarde, Bernard penetró en el haz de luz montado en un exhausto caballo gris, con espuma en los belfos y sangre en los flancos, de los que colgaban trozos de piel donde algo había desgarrado al animal aterrorizado. Al acercarse a la fortaleza, el caballo corcoveó y relinchó. Amara casi no podía comprender cómo el estatúder se mantenía en la silla y conseguía que el animal siguiera su camino hacia Guarnición.

—¡Abrid las puertas! —gritó Bernard—. ¡Dejadme entrar!

Giraldi esperó hasta el último instante antes de emitir una orden; las puertas se abrieron y se volvieron a cerrar detrás del caballo aterrorizado, casi antes de que pudiera terminar de pasar por ellas. Un mozo se acercó para encargarse del animal, pero este se echó hacia atrás y relinchó de pánico.

Cuando Bernard descendió de su cabalgadura y se alejó de allí con rapidez, el animal, frenético, se dejó caer sobre las piedras heladas del patio y se derrumbó a un lado, sangrando y resollando. Amara podía ver las heridas largas en el flanco del caballo: desgarros de cuchillos o de garras.

—¡Preparados! —jadeó Bernard, antes de darse la vuelta y subir rápidamente las escaleras hacia las almenas sobre las puertas—. La cursor tenía razón. Ahí fuera hay una horda, y unos diez mil venían justo detrás de mí.

AMARA se quedó con la mirada fija en el terreno que se extendía delante de las murallas, duro, blanco y frío bajo la luz blancoazulada de las lámparas de furia, y después miró a Bernard.

—¿Estás bien?

El gran estatúder le levantó una mano, con la respiración aún pesada, y se dirigió a Giraldi y Pirellus.

—No conseguí acercarme lo suficiente para poder explicar gran cosa. Había tropas ligeras moviéndose con rapidez, muchos con arcos y me pareció ver a algunos con palos de escalada.

Giraldi sonrió y asintió.

—¿Qué clanes?

—Lobo, moa —respondió Bernard, que apoyó un hombro en una de las almenas.

La cursor se volvió hacia un cubo de agua que colgaba de un gancho cercano y llenó un cazo que pasó a Bernard para que bebiese. Él se lo agradeció con un gesto y apuró el cazo.

—Giraldi, necesitaré una espada, una cota y flechas, si te sobran.

—No —cortó Pirellus, dando un paso al frente—. Giraldi, no le debiste dar un caballo a un civil, y mucho menos permitiremos que permanezca en las murallas cuando esperamos un ataque.

Bernard entornó los ojos hacia el comandante de los caballeros.

—Joven, ¿cuánto tiempo llevas en las legiones?

Pirellus miró directamente a Bernard.

—Lo que importa es que ahora estoy en ellas, señor. Usted no lo está. El objetivo de las legiones es proteger a los habitantes del Reino. Ahora abandone las murallas y déjenos cumplir con nuestro trabajo.

—Se queda —ordenó Amara con firmeza—. Centurión, si tienes alguna cota que me pueda valer, también la puedes traer.

Giraldi se dio la vuelta y señaló con el dedo a uno de los legionares de la muralla. El hombre bajó inmediatamente por la escalera y se precipitó hacia uno de los cuerpos de guardia. Tanto Bernard como Pirellus se giraron para mirar a Amara.

—No —dijo Bernard.

—Creo que no.

Ambos hombres se miraron, malcarados.

La joven dejó escapar un bufido de impaciencia.

—Comandante, has enviado a tus caballeros Aeris a buscar refuerzos, y los que quedan están patrullando por ahí arriba. Sus fuerzas son escasas y es posible que necesiten toda la ayuda que puedan conseguir. El estatúder es un artífice de fuerza

considerable y tiene experiencia militar. Está en su derecho como ciudadano a presentarse en defensa de su explotación.

Bernard le frunció el ceño a Amara.

—No me gusta.

Pirellus asintió.

—Tengo que estar de acuerdo, condesa. Vuestra experiencia militar no debe de superar la defensa personal. A mí tampoco me gusta.

—Afortunadamente, no necesito en absoluto que os guste a ninguno de los dos.

Amara le arqueó una ceja a Bernard cuando el legionare volvió corriendo con dos cotas de mallas sobre los hombros y los brazos cargados con armas. Ella cogió la cota que le ofreció, un chaleco largo de anillos entrelazados; se quitó la capa para ponerse la camisa guateada y después, la malla encima. Bernard le apartó los dedos y empezó a apretar las hebillas con la velocidad que da la práctica.

—No deberías estar aquí arriba —le dijo.

—¿Porque soy una mujer? —preguntó ella, y se volvió a colocar la capa sobre el hombro y se ajustó un cinturón con cierre para la funda de la espada.

—Porque estás verde. No has recibido tu bautismo de sangre. No tiene nada que ver con que seas una mujer.

La cursor lo miró con una ceja enarcada.

Bernard se encogió de hombros y abrochó otra hebilla.

—Casi está. Mueve un poco los brazos para que se asiente bien.

Cuando terminó, el estatúder cambió enseguida la capa por la cota de mallas y un yelmo de acero que le protegía la nuca perfectamente, si bien la guarda de metal le presionaba la nariz. Se ajustó el cinturón de la espada, mientras sus ojos vigilaban el terreno fuera de las murallas, y por último, empuñó el arco.

—Silencio —pidió de nuevo el legionare de orejas grandes desde su puesto en la muralla. Ladeó la cabeza por un momento y luego tragó saliva. Miró hacia el puesto de Pirellus en la muralla y asintió—. Señor, aquí vienen.

Pirellus le respondió al hombre con un gesto.

—Ayudad si queréis —les dijo a Bernard y Amara—. Es vuestra sangre. Pero apartaos de mi camino. —Miró hacia ambos lados de la muralla y ordenó—: ¡Arqueros!

Amara contempló cómo los centuriones repetían la orden a lo largo de toda la muralla, por ambos lados, y los hombres se acercaban a las almenas con el arco en las manos y las flechas en una aljaba a su lado. Dispusieron las flechas en la cuerda con los ojos concentrados en el borde de la zona iluminada por las luces de furia de Guarnición, y mantuvieron los arcos medio levantados. La tensión estilizaba sus siluetas, y las fuertes luces a sus espaldas provocaban que sus ojos quedasen en sombra, ocultándoles el rostro. La cursor oyó a un soldado que no se encontraba muy

lejos respirando hondo y dejando escapar el aire, como si estuviera impaciente por que todo terminase.

El corazón le latía más rápido y tuvo que esforzarse para no perder el control de su respiración. La malla sobre sus hombros le transmitía un peso reconfortante, pero había algo en el olor del metal que la mantenía tensa y hacía que se le erizara el vello de la nuca. Puso una mano sobre la empuñadura de la espada que le colgaba del cinturón y sintió que le temblaban los dedos. Los apretó con fuerza para que nadie se diera cuenta.

Bernard escudriñaba pensativo la oscuridad, sin poner una flecha en el arco. Movi6 un hombro, quizá acomodándose la malla. Se acercó un paso a ella.

—¿Asustada? —le preguntó.

Ella le frunció el ceño y negó con la cabeza. Incluso ese gesto fue demasiado rígido.

—¿Dónde están?

—Ahí fuera. Más allá de la luz. Vendrán en cuanto se hayan congregado los suficientes para lanzar una carga.

—Diez mil —Amara apretó los labios—. Diez mil.

—No te fijas en el número —le recomendó Bernard, con el mismo tono bajo—. Esta es una defensa sólida y sencilla. Tenemos la muralla, la luz y el terreno delante de nosotros. Construyeron Guarnición en este punto porque es la mejor ubicación defensiva de todo el valle. Esto nos da una ventaja enorme.

Amara lo miró y después observó a uno y otro lado de la muralla. No pudo evitar que le temblase la voz.

—Pero hay tan pocos legionares...

—Tranquila —murmuró el estatúder—. Todo está controlado. Pirellus tiene sus tropas con más experiencia en las murallas. Soldados de carrera, y muchos de ellos con familia ahí abajo. Los reclutas forzosos están en el patio como reserva. Estas tropas pueden luchar contra fuerzas diez veces superiores desde esta posición con buenas posibilidades de victoria, incluso sin los caballeros. Pirellus y sus hombres son los que van a ganar realmente esta batalla. Los legionares solo tienen que contener la horda hasta que los caballeros puedan lanzar sus furias contra los marat. Los vamos a cubrir de sangre y en cuanto podamos determinar quién es su jefe, los caballeros lo liquidarán.

—Matarán a su jefe de horda...

—Eso desanima a cualquier nuevo jefe de horda —explicó Bernard—. O esa es la idea. Cuando hayan muerto los marat suficientes y no tengan líder, sin que hayan conseguido romper nuestras defensas, no tendrán redaños para seguir luchando.

Ella asintió con los labios apretados.

—De acuerdo. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Busca a su líder. No llevará nada que lo distinga de los guerreros normales, así que tendrás que buscar a alguien que grite órdenes cerca del centro.

—¿Y cuando lo encuentre?

Bernard sacó una flecha del carcaj y la colocó en el arco.

—Me lo señalas. Ahora ya deben de estar a punto de atacar. Buena suerte, cursor.

—Lo mismo para ti, estatúder.

Al otro lado, Pirellus apoyó una mano en una almena y se inclinó un poco hacia delante.

—Estamos listos —susurró—. Vamos. Ya estamos listos.

Llegaron sin previo aviso. Los marat atacaron con el grito de miles de gargantas al unísono, sumergiéndose en la fría luz de las furias como una marea repentina y viva de músculo y hueso. Su grito de batalla rompió sobre Amara, ensordecedor y terrorífico, a mucho más volumen del que hubiera creído posible. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, también ella estaba gritando, expulsaba su miedo y lanzaba un desafío, espada en mano, aunque no recordaba que la hubiera sacado de la funda; a su lado, Pirellus, con la espada en alto, hacía lo mismo.

—¡Arqueros! —tronó con una voz que retumbó en las murallas—. ¡Tirad!

Y con el zumbido de cientos de arcos pesados, la muerte salió volando hacia las filas atacantes de los marat.

La cursor contempló cómo la primera línea del enemigo sucumbía, caía, y era arrollada por los que venían detrás. Dos veces más, Pirellus dio órdenes a los arqueros y otras dos veces más, las flechas se precipitaron contra sus filas, lo cual originó la caída y los chillidos de muchos más, pero sin efecto suficiente para detener la marea de cuerpos que fluía contra las murallas de Guarnición.

—¡Lanzas! —ordenó Pirellus y a lo largo de toda la muralla, los arqueros dieron un paso atrás, mientras que legionares con escudos pesados y lanzas largas y con puntas aceradas ocupaban sus puestos.

Flechas impulsadas por los arcos cortos y pesados de los marat empezaron a sobrevolar la muralla y Amara tuvo que mover la cabeza a un lado para esquivar la afilada punta de piedra de una flecha que le pasó rozando la cara. El corazón se le aceleró a causa del miedo y se agachó lo suficiente como para que su cabeza dejara de ser un blanco fácil, en tanto que Pirellus, cubierto por su yelmo, seguía mirando hacia los marat que se aproximaban, ignorando las flechas que zumbaban a su alrededor.

El suelo tembló cuando los marat alcanzaron la muralla, un temblor tangible que atravesó las piedras hasta alcanzar los pies de Amara. Los podía ver como un mar de ojos salvajes e inhumanos y dientes largos como colmillos animales; a su lado corrían lobos como sombras grandes y escuálidas. Los atacantes alcanzaron la muralla, y las puertas retumbaron con el golpe de un tronco de árbol que una docena de manos

usaban como ariete. Numerosos palos largos y delgados se levantaron en el aire con cortos clavos a todo lo largo, y cuando los apoyaron en la muralla, los marat empezaron a subir por ellos, ágiles y rápidos, con las armas en las manos, mientras sus compañeros en la parte inferior disparaban flechas contra los defensores.

El ruido era inimaginable y los chillidos atravesaban el aire, haciendo que cualquier tipo de comunicación fuera prácticamente imposible. Las flechas caían con más intensidad que las gotas de lluvia en una tormenta y sus puntas oscuras brillaban bajo la luz de las furias, resonando allí donde golpeaban la piedra o el buen acero alerano. La cursor también pudo ver a un veterano entrecano que se retiraba de la muralla con el astil oscuro de una flecha clavado en la garganta y a otro hombre que cayó inmóvil en su puesto con quince centímetros de astil y plumas que sobresalían de la cuenca vacía de un ojo.

—¡Resistid! —gritaba Pirellus—. ¡Resistid!

Los legionares luchaban con una eficacia implacable. A pesar de la agilidad increíble de los que subían por los palos, las lanzas se hundían mortalmente en la carne marat. Los bárbaros caían pálidos desde las murallas hacia la muchedumbre salvaje que se amontonaba a sus pies, provocando más gritos de los de abajo. Una y otra vez, los lanceros de la legión repelieron los asaltos de los marat, derribaron los palos de escalada y rechazaron con el frío acero a los guerreros que subían por ellos. Los legionares luchaban juntos, cada hombre con su compañero de escudo, de manera que mientras uno se enfrentaba al arma del enemigo, el otro daba lanzadas cortas y duras a los órganos vitales o las piernas, derribando de su posición precaria al atacante que trepaba por las murallas. La sangre teñía las lanzas aleranas, los escudos de los legionares y sus armaduras, y caía espesa sobre las almenas, como testimonio mudo del valor de los marat.

Bajo sus pies, Amara podía sentir el temblor sordo de los golpes del ariete que se precipitaba contra las puertas, y de repente se encontró volviéndose hacia la muralla cuando un marat de ojos salvajes pasó entre dos almenas desde un palo de escalada y movió un pesado garrote de madera dirigido a su cabeza.

Amara se agachó para evitar el ataque, sorteó un segundo golpe dirigido contra el hombro y giró sobre sí misma y sajó con la espada el fuerte muslo del marat, abriendo la carne pálida con una repentina explosión de sangre. El otro gritó y se lanzó contra ella, pero dejó caer el garrote. Amara se movió ligeramente a un lado y lanzó la hoja corta contra las costillas del marat cuando cayó a su lado, notando entre sus chillidos la vibración del arma al hundirse, que atravesó el metal y le llegó hasta la mano. Dándose media vuelta y exultante por haber sobrevivido a ese combate, emitió un grito y retiró la espada, apartándose del guerrero marat cuando su cuerpo se precipitó hacia el patio al pie de la muralla.

Levantó la mirada, resoplando, y descubrió que Pirellus la estaba mirando con

gesto de asentimiento.

—Intenta lanzarlos por la muralla hacia el exterior —gritó—. No queremos que formen un tapón donde se tienen que mover nuestras tropas.

Pirellus se dio la vuelta para estudiar el terreno a sus pies, arqueando levemente la ceja de modo casi imperceptible, cuando la punta de piedra de una flecha golpeó la cimera de su yelmo.

Amara se atrevió a lanzar una mirada por encima de la muralla hacia el caos de abajo y otra flecha silbó en su dirección en cuanto lo hizo. Movi6 la cabeza hacia atr6s y abajo, para encontrarse con Bernard, agachado a su lado. El estat6der tambi6n lanz6 una mirada por encima de la muralla antes de incorporarse un poco, levantar el arco y tirar de la cuerda hasta su mejilla. Apunt6 durante un instante y solt6 la flecha, que se abri6 camino entre un par de legionares para hundirse en las costillas de un marat que estaba coronando la muralla y se encontraba con su hacha de acero encima de un legionare aturdido con una muesca en el yelmo. La fuerza del impacto de la flecha lanz6 al marat por encima de la muralla, y desapareci6 al caer.

—¿Has visto ya a su general? —le pregunt6 Bernard.

—¡No puedo ver nada! —grit6 Amara en respuesta—. ¡Disparan cada vez que miro!

—No llevas yelmo —coment6 el estat6der—. Yo tambi6n te disparar6a.

—Eso es muy tranquilizador, gracias —replic6 Amara sarc6stica y Bernard le sonri6 antes de ponerse de pie, disparar otra flecha contra la muchedumbre a los pies de la muralla y luego volver a ocultarse detr6s de la muralla.

Amara se incorpor6 para echar otro vistazo, pero Bernard la agarr6 por la muñeca.

—No —orden6—. Se est6n empezando a amontonar ah6 abajo. Mant6n la cabeza baja.

—¿Qu6?

En respuesta, hizo un gesto hacia Pirellus. Amara gir6 la cabeza para mirar al hombre y lo vio apuntar con un dedo a un lado, hacia un par de hombres que estaban detr6s de pesados recipientes de cer6mica junto a tres caballeros acorazados sin armas en las manos.

—¿Proyectiles de fuego? —pregunt6 Amara, y Bernard asinti6.

Vio a Pirellus levantar la espada y bajarla en una se6al r6pida.

Los dos hombres con los proyectiles, seguramente art6fices de tierra, porque eran los 6nicos que pod6an levantar con tanta facilidad los recipientes de carb6n del tama6o de un hombre, los alzaron y vertieron su contenido por encima de la muralla, para que se precipitase sobre los marat a ambos lados de la entrada.

Pirellus hizo una se6al a los tres hombres que ten6a detr6s y los caballeros, precisos como uno solo, levantaron los brazos y las caras hacia el cielo, para gritar

por encima de los chillidos y el caos de la batalla.

El fuego les respondió con un zumbido que ensordeció a Amara y le hizo castañetear los dientes. El calor ascendió hacia arriba, junto con una luz repentina, brillante, escarlata, mortal, que contrastaba con la luz azul y fría de las lámparas de furia, y una racha de viento que asimismo ascendió hizo que a Amara se le erizara el vello de la nuca. Una columna de fuego con la forma de una enorme serpiente alada se alzó por encima de las almenas, se echó hacia atrás y a continuación se precipitó contra el suelo.

Las almenas evitaron que pudiera ver lo que les ocurría a los marat atrapados en la tormenta repentina de llamas vivas, pero al paso del fuego, cuando su zumbido quedó convertido en un eco distante, pudo oír los gritos tanto de hombres como de lobos, chillidos de pánico y de dolor, agudos e insoportables. Los alaridos contenían locura, frustración, absurdidad, terror más allá de lo que hubiera oído nunca, y algo más: la certeza segura de la muerte, la muerte como liberación de una agonía tan pura y ardiente como las llamas que la habían provocado.

En los momentos de silencio que siguieron, del suelo se elevó un penetrante olor hasta las almenas: el hedor de carne achicharrada. Amara tembló asqueada.

Cayó un silencio roto solo por algunos chillidos y gemidos que se elevaban desde el suelo. Se puso en pie y miró abajo por encima de la muralla. La serpiente de fuego había destrozado a los marat y, junto con los aullidos de sus lobos, los hizo retroceder de las murallas de Guarnición. A una orden de Pirellus, los arqueros avanzaron y dispararon flechas contra los bárbaros en retirada con una precisión mortal, derribando a muchos más, agarrados de los astiles que les atravesaban la carne.

No podía ver gran parte del terreno a los pies de la muralla, por lo que se sintió agradecida en silencio. El hedor a pelo chamuscado y a otras cosas peores en las que prefería no pensar casi la supera, hasta que pidió a Cirrus que lo alejara de su nariz y de su boca. Apoyó una mano en las almenas y contempló la tierra abrasada y empapada de sangre, cubierta con una alfombra de cuerpos de cabello pálido.

—Furias —jadeó—. Son poco más que niños.

Bernard apareció a su lado con la cara pálida y lúgubre, y los ojos ocultos bajo la sombra de su yelmo.

—Guerreros jóvenes —explicó—. Su primera oportunidad para probarse en combate. Ese era el clan de los lobos. Falta uno.

La cursor se lo quedó mirando.

—¿Envían al combate a los más jóvenes?

—A luchar los primeros. Si sobreviven, se pueden unir a los guerreros adultos en el cuerpo principal.

Amara volvió a mirar hacia el campo de batalla y tragó saliva.

—Para ellos, esto es solo una fase preliminar. No ha terminado...

—No si conservan a su líder —explicó Bernard—. Bebe un poco. No sabes lo mucho que lo necesitas. El siguiente no va a ser tan fácil.

Y de hecho, un legionare estaba haciendo la ronda con un cubo y una cuerda que pasaba por las asas de tazas de lata, dando agua a todos los hombres en las murallas. Más legionares, soldados jóvenes de las reservas en el patio, subieron a la muralla para ayudar a bajar a los heridos y llevarlos hasta los artífices del agua que trabajaban en las bañeras en el patio. Como siempre, trataron primero a los que tenían heridas leves con fuertes artificios que cerraban heridas sangrantes, encajaban huesos con roturas limpias y devolvían a las defensas de la guarnición un hombre dispuesto a luchar aunque estuviera cansado. Los heridos más graves eran entregados a los cirujanos, hombres y mujeres con habilidad para prácticas médicas más sofisticadas, que trabajaban para mantenerlos estables y con vida hasta que uno de los artífices del agua tuviera tiempo de atender sus heridas.

—Muy cercano a lo que podíamos esperar —estaba comentando Pirellus, en algún punto cercano de la muralla y Amara se concentró en escuchar lo que decía el centurión—. Aunque la del ariete es una técnica nueva para ellos. Aprenden rápido...

Giraldi gruñó.

—Niños, son niños... Cuervos, no me gusta este tipo de derramamiento de sangre.

—¿Cómo están los hombres?

—Bastante bien, si tenemos en cuenta que no han dormido durante toda la noche. Alguna baja en el lado norte de la muralla y solo heridos en el lado sur.

—Bien —asintió Pirellus—. Que todo el mundo reciba agua y los arqueros, más flechas. Asegúrate de que esos proyectiles de fuego llegan aquí arriba de una sola pieza y lleva algo de comer a mis artífices del fuego. No lo hacen tan bien con el estómago vacío.

—¿Quiere algo para eso? —preguntó Giraldi.

—¿Para qué?

—Para la herida.

—Ha sido el borde del yelmo —explicó Pirellus—. Una flecha me lo ha clavado en la piel. Parece peor de lo que es.

—No querrá que le sangre sobre el ojo en el momento más inoportuno. Le diré a un cirujano que suba.

—Deja que los cirujanos se ocupen de los heridos —replicó Pirellus con tono firme—. Tú también debes beber, centurión.

—Sí, señor.

La cursor frunció el ceño pensativa y se puso en pie, alejándose un poco a lo largo de la muralla hasta donde estaba sentado Bernard, con la espalda apoyada en las almenas y la cabeza entre las manos.

—Estoy pensando —empezó Amara—: esto no tiene sentido.

El estatúder la miró con los ojos entornados.

—Siempre es así, pero esta es tu primera batalla.

Ella negó impaciente con la cabeza.

—No, no es eso. Hacer esto no tiene ningún sentido para los marat: enviar contra nosotros una fracción de su fuerza y además, la menos experimentada y capaz. ¿Por qué nos iban a combatir por partes si lo pueden lanzar todo contra nosotros?

—Los marat no razonan como nosotros —respondió Bernard—. Ellos siempre colocan a los reclutas novatos por delante. A veces son como *velites*, que escaramucean por delante de las grandes formaciones de tropas, y otras veces son partidas de saqueo que salen la noche antes, pero siempre van delante. Esto es solo otro ejemplo.

—No son idiotas —replicó Amara testaruda—. ¿Cuántos de sus jóvenes acaban de morir? ¿Cientos? ¿Un millar? ¿Para qué? Han matado a media docena de legionares y han herido a unos cuantos más que volverán a las murallas, como mucho, dentro de una hora.

Pirellus se acercó por la muralla y Amara se lo encontró de repente delante de ella con los brazos en jarras.

—¿Quizá habríais preferido que mataran a más?

—No seas estúpido —le cortó Amara—. Solo creo que tiene que haber algo más en lo que están haciendo. —Miró a Bernard—. ¿Dónde están los caballeros que hemos visto?

El estatúder frunció el ceño, pero Pirellus habló antes de que pudiera decir nada.

—Es cierto, condesa, ¿dónde están? Reconozco que los marat están en movimiento, pero hasta el momento solo hemos visto una partida de guerra sin la presencia de un jefe de horda. Riva se va a convertir en el hazmerreír si envía a sus legiones para no encontrarse con ningún marat.

El temperamento de Amara estalló y se encaró con Pirellus, dispuesta a darle una lección. Bernard se puso en pie como si quisiera interponerse entre los dos.

Pero no hubo tiempo para nada más: bajo la muralla sonó uno de los cuernos de latón llamando a las armas, una nota de clarín que permaneció en el aire frío e iluminado por las furias, y que puso en pie a las tropas veteranas en la muralla con los escudos y las armas dispuestas, antes de que se perdiera la nota.

—Señor —se acercó Girdaldi desde su puesto por encima de las puertas—, ahí vuelven.

Pirellus le dio la espalda a Amara y regresó a su puesto sobre las puertas.

Desde el borde de la luz, aparecieron de nuevo los marat, atacando en una masa aullante, pero esta vez sus gritos no se veían puntuados por el aullido de los lobos grandes y oscuros, sino por los chillidos sibilantes y metálicos de los moa, las aves

depredadoras gigantes que corrían a su lado a medida que la marea pálida se precipitaba contra las murallas.

—¡Arqueros! —volvió a llamar Pirellus, y una vez más, en tres oleadas de zumbidos y silbidos, los marat cayeron al suelo con la vida arrebatada por las puntas aleranas—. ¡Lanzas! —ordenó Pirellus, y de nuevo la legión se dispuso a recibir a los marat.

Pero aquí se acabaron las similitudes con la carga anterior del clan de los lobos.

Esta vez no hubo palos de escalada ni ariete para batir las puertas. En su lugar, la primera fila de los marat, aullando desafiantes, simplemente se lanzaron contra la muralla y, corriendo a un ritmo furioso, saltaron hasta las almenas.

Si Amara no lo hubiera visto, no lo habría creído posible, pero los marat, sin ayuda de ningún tipo, sencillamente saltaron, se aferraron con una mano al borde superior de la muralla de casi cinco metros de altura y se impulsaron hacia arriba para entrar en combate. Las grandes aves que iban a su lado saltaron aún más, agitando furiosamente sus alas atrofiadas y manteniéndose el tiempo suficiente en el aire para atacar a los defensores desde arriba con sus tremendas garras, y hacer retroceder a los aleranos hasta que los jóvenes guerreros moa pudieran ocupar las almenas y lanzarse a la lucha con un ímpetu ciego y temerario.

Amara miró con horrorizada sorpresa cómo un marat se impulsaba sobre la muralla a tres metros de ella y su gran ave aterrizaba a su lado con un chillido y golpeaba salvajemente con el pico su escudo levantado. El marat blandió el cuchillo y se lanzó sobre ella con un grito, mientras que otro guerrero pasaba por encima de la muralla para ocupar su lugar.

Amara intentó apartarse a un lado, pero se dio cuenta de que allí no había nada más que el vacío del patio. Llamó desesperada a Cirrus y, cuando el marat corría hacia ella, dio dos pasos en el vacío y después volvió a saltar hacia la muralla de piedra detrás de él. El guerrero se la quedó mirando, sorprendido durante un instante, mientras se daba la vuelta para perseguirla. Ella se abalanzó con la espada, manteniendo el filo paralelo al suelo, y se la hundió a un lado del pecho, la deslizó entre las costillas y la sacó luego con facilidad.

Algo chilló detrás de ella y un dolor urente le recorrió la espalda. Se desplomó hacia delante, dejándose caer sobre el marat tendido en el suelo y giró la cabeza para descubrir que el gran moa se dirigía hacia ella con los ojos, oscuros y vidriosos, vacíos de nada que se pudiera parecer al miedo, mientras lanzaba el pico contra sus ojos.

Puso las manos por delante, empujando a Cirrus, y la furia se precipitó contra la enorme ave, lanzándola contra una de las almenas. Se tambaleó y se dio la vuelta para reorientarse en su dirección, pero al hacerlo un legionare con armadura pesada lanzó la espada en un golpe poderoso, y con su fuerza alimentada por la tierra, cortó la

cabeza del moa. El legionare le dirigió una sonrisa antes de darse la vuelta y lanzarse contra otro recién llegado a las murallas.

Amara intentó incorporarse, mientras los combates que se habían extendido por toda la muralla llegaban también al patio. Las tropas de reserva, después de un momento de sorpresa, habían avanzado bajo las órdenes de sus jóvenes oficiales y se enfrentaban a los marat, que habían saltado desde la muralla o seguido hasta el patio los saltos de sus moa de guerra.

Más gritos, frenéticos, aterrorizados y salvajes a causa del furor de la batalla, resonaban a su alrededor, desorientadores y terroríficos. Al otro lado de la puerta, los marat habían tomado una sección de la muralla y la defendían con tenacidad, de manera que cada vez eran más los que podían incorporarse a la lucha. Al fin, hasta Pirellus en persona entró en liza.

El parciano de piel dorada blandió la espada negra e inició lo que solo se podría describir como un acercamiento deliberado a lo largo de la muralla, gritando a los legionares para que se apartaran de su camino. Recibió al primer marat con un golpe tan rápido que Amara no vio su inicio, sino que solo se dio cuenta de la sangre que salía volando en un arco, mientras el marat caía sin vida. Una de las grandes aves perdió sus garras cuando atacó a Pirellus, y la cabeza salió volando sobre la muralla un instante después.

Más marat se lanzaron contra el maestro artífice del metal, tanto hombres como bestias, en una oleada furiosa, pero el espadachín los superaba. Cada movimiento evitaba un golpe y le permitía devolverlo, sin que ninguno de ellos dejase de ser letal. Con una precisión calculada, Pirellus recorrió la sección ocupada de la muralla, eliminando a los enemigos como si fueran telarañas, y los legionares volvieron a ocupar el espacio, mientras arrojaban los cuerpos desde las almenas y luchaban con fiereza para mantenerse firmes en la sección de la muralla que acababan de ocupar.

Pirellus limpió la sangre de la espada con una expresión neutra y remota, y de nuevo señaló con el dedo a los hombres con los proyectiles de fuego. Los artífices de tierra quitaron las tapas y se prepararon para lanzarlos por encima de las almenas hasta el suelo, al pie de la muralla. Los artífices del fuego detrás de ellos tenían una expresión distante y sus bocas se movían en silencio, convocando a sus furias para la tormenta infernal que iban a desencadenar contra el enemigo.

Y entonces lo sintió Amara. Captó las corrientes de aire zumbando con tensión y percibió con una parte de ella que no podía describir por completo la oleada creciente de viento que se movía en la oscuridad por encima de ellos.

Giró la cara para mirar hacia arriba, pero quedó cegada por las lámparas de furia montadas sobre las almenas para velar el cielo que había por encima; a lo largo de la muralla aumentó el viento, que comenzó a soplar con fuerza de un lado a otro. Amara creyó oír gritos desde arriba, donde debían de estar patrullando los pocos caballeros

Aeris de Guarnición. Algo goteó desde lo alto y durante un momento pensó que había empezado a llover. Pero la sensación era cálida y no fría, de manera que cuando se limpió la mejilla, vio que en realidad lo que caía era sangre.

—¡Bernard! —gritó—. ¡Están aquí!

No tuvo tiempo para asegurarse de que la había oído: inmediatamente llamó a Cirrus y se elevó en el aire, sintiendo cómo la envolvía el zumbido del viento mientras ascendía por encima de las almenas hacia el cielo oscuro que cubría la fortaleza asediada.

El aire estaba plagado de caballeros Aeris, enzarzados en duelos, de manera que podían verse parejas de hombres girando a través del cielo en combates a muerte, así como sus furias, que intentaban cortar el flujo de aire del adversario o herir a su oponente de suficiente gravedad como para que perdiera la concentración y cayese. Justo estaba mirando a uno de los hombres con los colores de Riva, que no pudo esquivar el ataque de una espada y, con un desesperado grito de terror, empezó a caer del cielo como una piedra. Pasó al lado de Amara y se precipitó contra el suelo delante de las murallas de Guarnición, pero el ruido del impacto quedó ahogado por el tumulto que reinaba en aquel punto.

La cursor recorrió el cielo con la mirada, vislumbrando las siluetas de los caballeros aéreos tanto con los sentidos de Cirrus como con los propios, y contó al menos treinta, tres veces el número de los defensores de la fortaleza. Más combates de destreza se desarrollaban a su alrededor, pero su resultado ya estaba decidido: los caballeros Aeris de Guarnición serían expulsados del cielo o morirían, y el enemigo se haría con el control de todos los movimientos por encima de la fortaleza.

Amara vislumbró, hacia arriba y a la retaguardia de las posiciones enemigas, lo que se había temido: varios palanquines, sostenidos por más caballeros, que debían llevar a más poderosos artífices de las furias, como aquellos con los que se habían enfrentado antes. Mientras observaba, un buen número de caballeros formó una escolta alrededor de tres de ellos, y empezaron a descender hacia la fortaleza asediada.

Concretamente, hacia las puertas donde Pirellus y sus caballeros dirigían las defensas aleranas.

Amara no tuvo tiempo para evaluar siquiera su plan. En su lugar, acercó más a Cirrus bajo sus pies y se lanzó hacia arriba contra las literas que descendían. Un caballero sorprendido comenzó a darse la vuelta para encararse con ella en el aire, pero, con un gesto casi al desgaire, la chica pasó a su lado a toda velocidad y le descargó un golpe que empezó en la parte baja de la pierna y le recorrió toda la extensión de la espalda hasta el hombro, cortando los pantalones de cuero que llevaba y atravesando parte de la malla sobre su espalda. Soltó un grito y no pudo sostenerse en el aire, porque su concentración se había distraído con el dolor, y se precipitó

hacia el suelo como la hoja cortada de un árbol.

Amara se lanzó hacia delante y usó una racha impresionante de aire para catapultarse hacia arriba. Entonces, mientras la inercia la seguía impulsando contra el enemigo, colocó la presencia de Cirrus delante de ella y lanzó la furia contra los que aguantaban uno de los palanquines.

No era lo bastante fuerte como para derribar de encima de sus furias a los cuatro caballeros que sostenían la litera, y tampoco era eso lo que intentaba. En su lugar, se concentró en los dos caballeros de delante, con la única pretensión de cortarles el viento por unos segundos cruciales. Tuvo éxito. Los hombres dejaron escapar gritos de sorpresa y cayeron a plomo, arrastrando en su caída las varas del palanquín que estaban aguantando.

Y lanzaron a cielo abierto a media docena de hombres que había dentro de la camilla. Dos de ellos llevaban los cinturones de contención y quedaron colgados precariamente, mientras los caballeros intentaban enderezarlo de nuevo, pero los otros, anticipándose a un rápido desembarco sobre las murallas, ya se habían desabrochado. Esos cayeron hacia el suelo y aunque unos pocos caballeros de la escolta se lanzaron tras ellos, Amara sabía que nunca serían capaces de salvarlos de una caída tan cerca del suelo.

De repente sintió que una docena de ojos se fijaban en ella, mientras la inercia la llevaba a la culminación de su impulso y empezaba a descender. Se giró en el aire con la cara hacia abajo y mantuvo los brazos muy unidos al cuello, para no perder velocidad al unirse con Cirrus y poder restablecer su corriente de aire antes de que otro de los caballeros se la pudiera cortar.

Media docena de corrientes convergieron sobre ella a la vez y se aferró al aire aterrada y frustrada, mientras las luces de furia de la fortaleza se acercaban cada vez más. Tuvo suerte: tantos enemigos intentaban interceptarla, que fue capaz de hacer que chocasen, convirtiendo las corrientes de aire en una maraña, y después alteró la dirección de su caída con brazos y piernas. Cirrus se colocó a toda velocidad debajo de la cursor y recuperó el control de la caída cuando otro caballero, menos timorato que los demás, se precipitó sobre ella blandiendo su espada en alto.

Amara giró hacia un lado, pero él igualó su caída y la espada se movió en su dirección. La detuvo con su hoja y se enzarzó en un combate espada contra espada, intentando conseguir el control del viento a su alrededor y aprovecharlo a su favor. El enemigo la agarró por la muñeca y empezaron a dar vueltas salvajes sin dejar de caer.

Bajó la mirada hacia el patio que se acercaba ante sus ojos y luego levantó la vista hacia la cara de su enemigo en el momento en que este hacía lo mismo. Se produjo un momento de acuerdo mudo y los dos se separaron, mientras las furias rugían a sus pies en un intento por frenar la caída.

Amara lanzó una mirada frenética a Guarnición, ya muy cercana, y guió la caída

hacia un montón de balas de paja que había al lado de los establos. Las balas, sólidamente empaquetadas, habrían hecho muy poco para amortiguar la caída, si no hubiera sido por la corriente de Cirrus, que ralentizó el impacto y deshizo las balas en paja suelta. La joven rebotó contra la parte alta de la pila y acabó por impactar contra el suelo al otro lado.

Su enemigo, más ágil que ella, o menos cansado, aterrizó limpiamente en el suelo a su lado y se giró para descargarle la espada contra el cuello. Amara llegó a interceptar la hoja con la suya y la desvió hacia la bala de paja que tenía a su lado, mientras con la otra mano sacaba del cinturón el cuchillo corto que había robado a Fidelias y lo clavaba en la bota del artífice del viento.

El hombre se echó hacia atrás con un grito y después, con una mirada asesina, le hizo un gesto amenazador con la mano. El viento rugió y Amara sintió que una gran presión la aplastaba con dureza contra el suelo. Se debatió tratando de moverse o levantar la espada, pero la furia del artífice se lo impedía. Recurrió a Cirrus, pero sabía que había sido demasiado lenta y que solo podía contemplar cómo su oponente volvía a levantar el arma.

Se oyó un zumbido y una flecha atravesó la cota de mallas del caballero justo en el punto en que se cruzaba sobre el cuello. La flecha le hizo dar un par de pasos hacia atrás antes de caer muerto sobre las piedras.

La presión sobre Amara cesó de repente y de nuevo pudo respirar y moverse. Intentó ponerse en pie, pero seguía mareada por la caída y por el esfuerzo de controlarla, de manera que solo lo había conseguido en parte cuando Bernard llegó a su lado con el arco en la mano.

—¡Cuervos y furias! —maldijo—. ¿Estás bien? ¿De dónde han salido?

—Las puertas —jadeó Amara—. Los proyectiles incendiarios. Apártalos de las puertas. ¡Corre!

El rostro del estatúder palideció y salió corriendo por el patio, de regreso a las murallas. Un marat, aturdido por una caída desde las almenas, levantó un hacha con cabeza de piedra, pero Bernard hizo un movimiento con la mano y el mango de madera del hacha retrocedió, la hoja golpeó la sien del agresor y lo envió de nuevo al suelo, ahora sin sentido.

Amara sintió un dolor sordo en el hombro y la espalda y estar de pie le resultaba muy difícil, pero contempló cómo Bernard subía por una de las escaleras de regreso a la muralla. Cogió el arco con las dos manos, se abrió paso por encima de un marat que luchaba contra dos legionares y sorteó las garras de un moa herido que estaba tendido de lado y agitaba frenético la pata que le quedaba para alcanzar el costado de Pirellus. Bernard agarró el hombro del comandante de los caballeros y le gritó por encima del caos.

El rostro del centurión palideció de incredulidad, pero Bernard señaló hacia arriba

y Pirellus se giró a tiempo de ver cómo bajaba el primero de los otros dos palanquines, rodeado de caballeros Aeris revestidos con cotas de malla. Sus ojos se abrieron de par en par y gritó a los soldados de las murallas cuando el rugido del viento tiró al suelo a los hombres de las almenas y alejó a los marat de las murallas.

Bernard perdió el arco pero siguió de pie, alimentándose de la fuerza de su furia, como sabía Amara. Agarró a Pirellus y a otro hombre a su lado y los arrastró hacia delante y fuera de la muralla para que cayeran hacia el patio.

Los ojos de Amara se movieron hacia los palanquines y vio a Fidelias en uno de ellos; señalaba hacia abajo y le decía algo a uno de los ocupantes del otro palanquín, un hombre alto y delgado con rasgos cetrinos. El interpelado se puso en pie con los ojos cerrados y estiró la mano.

En respuesta, los proyectiles de fuego, que esperaban en las murallas al lado de sus artífices, ahora derribados por los vientos tempestuosos que soplaban por encima de ellos, estallaron con una llama cegadora.

La tormenta de fuego barrió la muralla por encima de las puertas, donde abatieron a los caballeros de Guarnición. Dispersadas y alimentadas por los vientos hasta convertirse en una furia peligrosa, una parte de las llamas siguió a lo largo de las murallas, y provocó el caos por igual entre legionares, marat y aves depredadoras. El fuego recorrió las murallas como una guadaña y precipitó a hombres gritando contra el suelo, envueltos en llamas, girando frenéticamente sobre sí mismos para apagar sus cuerpos ardiendo. Algunos incluso saltaron de las almenas y se lanzaron desesperadamente contra la salvaje horda marat que les esperaba abajo.

Amara contempló con un horror sorprendido cómo los palanquines aterrizaron en el patio, donde media docena de legionares desorganizados trataron de atacar a los invasores. Aldrick ex Gladius bajó de una de las literas y, con los caballeros Aeris a su lado, se enfrentó a ellos y los rechazó fácilmente.

Fidelias bajó del palanquín y se acercó a las puertas. Mientras Amara lo seguía con la vista, él lanzó una mirada a su alrededor con ojos rápidos y duros, y entonces apoyó las palmas desnudas de sus manos sobre la pesada madera. Durante medio minuto se quedó allí con los ojos cerrados. Luego se retiró, les gritó una orden a sus hombres y cojeó de regreso al palanquín. Aldrick y los demás se retiraron también a su litera, y a continuación todo el grupo volvió a ascender y a perderse de vista.

Amara se puso finalmente en pie y recuperó la espada. Levantó la cabeza para ver lo que Fidelias había hecho a las puertas.

Las vio temblar, y después observó cómo se desprendía polvo de una de ellas. Y entonces, las garras crueles de un moa se abrieron paso a través de los recios maderos como si fueran de papel y volvió a desaparecer de la vista.

Solo pudo contemplar, paralizada de terror, cómo los marat, chillando como locos, convertían en astillas las puertas de Guarnición ante sus ojos y empezaban a

ocupar la fortaleza.

Tragó saliva y con la cabeza aún dándole vueltas y las manos temblorosas al agarrar la espada, dio un paso adelante para enfrentarse a los invasores.

AMARA miró a derecha e izquierda mientras se acercaba a las puertas donde los marat empezaban a abrirse paso. A un lado se encontraban numerosos legionares jóvenes, que contemplaban aturcidos y horrorizados cómo los marat entraban en la fortaleza. Al otro, cuerpos abrasados y hombres con quemaduras graves yacían desparramados tal y como habían caído de las murallas, junto con Bernard y Pirellus, que parecían aturcidos e intentaban recuperarse después de la explosión en lo alto de la muralla y su caída al patio.

—¡A formar! —gritó la cursor hacia los legionares, pero no estaba segura de que la hubieran oído. Se dirigió hacia uno de los hombres con yelmo de centurión y ordenó—: ¡Centurión! ¡Defiende las puertas!

El joven, envuelto en su capa fina, miró primero a Amara, y luego a las puertas y la muralla abrasada que tenía por encima, con los ojos muy abiertos y la boca temblorosa.

—¡A... atrás! —tartamudeó, aunque no parecía que nadie le estuviera escuchando—. ¡R... retirada!

Amara miró desesperada hacia el otro lado.

—¡Pirellus! —gritó—. ¡Arriba! ¡Ponte al mando de la legión!

El centurión, al que habían arrancado el yelmo de la cabeza y tenía el cabello de un lado abrasado casi hasta el cráneo, la miró unos momentos sin comprender.

Los marat arrancaron los últimos fragmentos de lo que quedaba de las puertas y pasó el primero de ellos: un guerrero joven y fornido que blandía un hacha con cabeza de piedra.

No hubo tiempo para nada más. Si los marat conseguían el control de las puertas, podrían entrar en Guarnición y nada impediría que el peso de su número aplastase las defensas aleranas. Aunque la cabeza todavía le daba vueltas y aún le dolía la herida de la espalda, Amara se lanzó hacia las puertas destrozadas.

Se oyó a sí misma lanzar un chillido agudo, mientras el joven guerrero marat se giraba para enfrentarse a ella y movía el hacha en un gran arco paralelo al suelo que intentaba partirla por la mitad a la altura de la cadera. Pero ella recurrió a Cirrus, saltó limpiamente por encima del hacha y le golpeó con su espada a la altura de los ojos. El buen acero de la hoja mordió la cara del marat, que cayó al suelo con un grito, mientras una de las gigantescas aves de guerra se abría paso por las puertas.

Amara trató de apartarse de su camino, pero el pico de la bestia asomó de inmediato y la agarró por el brazo izquierdo con un mordisco repentino y lacerante. El dolor la atravesó y supo que la cota de mallas había evitado que le cercenara el brazo a la altura del codo. El ave movió violentamente la cabeza a derecha e izquierda, zarandeando a Amara como si fuera una muñeca, hasta que con

desesperación consiguió dar un tajo en la base del grueso cuello del moa, que emitió un chillido metálico y la lanzó lejos.

Otro marat pasó por las puertas, pero el moa herido se dio la vuelta, sorprendido por el movimiento repentino, y atacó con el acerado pico, provocando que el marat se echara hacia atrás. Amara profirió un grito y se precipitó hacia delante, impulsando la espada, que se hundió en los órganos vitales del ave, y luego aumentó el daño con un medio giro que envió a la bestia al suelo en medio de un marmagnum de inmundicia sin que dejase de patear y mover el pico.

La cursor jadeó en busca de aliento mientras entraba un nuevo guerrero marat, sobre el que descargó otro golpe. Pero el salvaje se lanzó a un lado y dejó espacio para un segundo guerrero, esta vez una mujer joven y delgada que empuñaba un viejo sable alerano. Esta atacó la cara de Amara y la joven cursor desvió el golpe hacia un lado, pero no pudo evitar que el primer atacante la golpeará con dureza en el costado y la tirase al suelo.

Amara luchó contra él, dejando escapar un grito furioso e inútil, porque el otro había conseguido penetrar su guardia y le aplastaba el brazo de la espada contra el suelo. El marat levantó el puño con un rostro que no reflejaba ninguna emoción, y descargó el golpe contra su boca, dejándola aturdida y en silencio por unos momentos. Entonces él pronunció algo en una lengua gutural y con un tono satisfecho, mientras su mano agarraba el cabello de Amara y le giraba la cabeza ligeramente hacia la mujer marat, que alzó el viejo sable para descargar un golpe descendente.

«Pretenden arrancarme la cabellera —pensó Amara—. Se quieren llevar mi cabello».

De repente se oyó un chillido agudo y aterrorizado. El guerrero marat se alejó de un salto de Amara, mientras su compañera levantaba el sable para enfrentarse al ataque furioso y temerario de uno de los jóvenes legionares. Este tajaba y sajaba con su espada legionaria, más con brutalidad e ira elementales que con una estrategia coherente, pero consiguió apartar a los dos marat de Amara.

Se volvió hacia los otros legionares jóvenes, y Amara lo reconoció como el joven que el día anterior estaba de guardia en las puertas por el hematoma púrpura en su mandíbula.

—¡Vamos! —les gritó a sus compañeros—. ¿Os vais a quedar quietos mientras una mujer lucha? —Se volvió hacia sus oponentes con el grito de—: ¡Riva por Alera! —y los atacó de nuevo.

Primero uno, después dos, y al final muchos más legionares avanzaron con fuertes gritos de rabia, formando un muro de escudos que contuvo la marea de marat que intentaba pasar a través de las puertas destrozadas. Con todo, los jóvenes legionares, aunque actuaban como grupo, poco a poco empezaron a retroceder paso a

paso.

Amara sintió cómo la arrastraban por el suelo cogida por un codo y casi no pudo seguir agarrando la espada. Miró hacia arriba sorprendida y vio al sanador Harger que se cernía sobre ella y le tocaba ligeramente las sienes con la punta de los dedos.

—El brazo está roto —informó un segundo más tarde con voz ronca—. Es posible que también lo estén varios dientes. Algunos anillos rotos de la cota de mallas se te están clavando en la espalda y tienes un esguince. Pero vivirás. —Lanzó una mirada hacia el combate alrededor de las puertas y le dedicó una sonrisa rápida—. Bien hecho, muchacha. Has avergonzado a esos chicos de ciudad para que al final entrasen en combate.

—Pirellus —consiguió jadear Amara—. Al otro lado de las puertas. Está aturdido.

Los ojos de Harger se abrieron de par en par.

—Grandes furias, ¿ha sobrevivido a este infierno?

—Bernard. Lo tiró de la muralla.

Harger asintió, tenso, y la puso en pie.

—¿Dónde está? Si alguien puede hacer algo, ese es Pirellus.

Amara gimió de dolor y vio cómo el sanador también hacía una mueca de dolor y luego respiraba hondo. Él la ayudó a mantener el equilibrio y ella lo condujo, rodeando los cuerpos que se empujaban esforzadamente y los golpes desesperados de las armas, ante las puertas donde había visto a Bernard y Pirellus unos momentos antes.

Los encontró cuando el estatúder había conseguido finalmente ponerse en pie y Pirellus seguía a cuatro patas. Harger se acercó primero al caballero y rozó sus sienes ligeramente con los dedos, después gruñó y lo zarandeó con fuerza. Harger echó hacia atrás la mano para descargar una bofetada en la cara del comandante de los caballeros, pero Pirellus atrapó la muñeca del sanador cuando se dirigía hacia él. Movié la cabeza, parpadeó, levantó la mirada hacia las puertas y después se puso en pie tambaleante para mirar hacia las almenas.

Entonces se dio la vuelta para evaluar la situación en el patio, y le hizo un gesto a Amara.

—Condesa —dijo con voz ronca—. Esa explosión habrá calentado las piedras, pero se enfrían con rapidez, de manera que los marat pasarán por encima aunque consigamos defender las puertas.

Amara tragó saliva.

—¿Qué podemos hacer?

—Traslada a los legionares a las murallas —ordenó Pirellus.

—Entonces, ¿quién guardará las puertas?

Su barbilla se alzó ligeramente.

—Yo lo haré.

Amara se lo quedó mirando.

—¿Solo? ¿Quién mandará la legión?

—En esto no van a necesitar mucho mando —le respondió el centurión—. Ellos tendrán que resistir en la muralla y yo en las puertas, o dentro de pocos minutos estaremos todos muertos.

—¿Cómo pueden proteger las murallas los legionares?

—No lo podrán hacer durante mucho tiempo —reconoció el centurión—. Habrá que inventar algo.

—¿Qué? ¡Eso no es un plan! —se indignó Amara.

—Es todo lo que tengo —reconoció Pirellus—. Condesa, espero por todas las furias que seáis tan astuta como valiente. Si no encontráis una forma de librarnos de ellos, estamos muertos aquí y ahora.

Saludó con la cabeza a Amara y se dirigió hacia el combate en las puertas. Se detuvo a medio camino para recoger un trozo de madera largo y pesado, que era parte de los restos carbonizados de un carro aplastado por los escombros caídos desde la muralla. Se dio la vuelta tenso y se lo entregó a Bernard, mientras el estatúder aturdido se seguía recuperando.

—¿Qué quieres que haga?

—Sígueme —ordenó Pirellus—. Cúbreme las espaldas y no te interpongas en mi camino.

Tras esas palabras, dio media vuelta y prosiguió hacia el combate que se libraba ante las puertas. Con unas pocas frases duras y contundentes, se situó en medio de los jóvenes legionares y blandió la espada. Al cabo de unos segundos, tres guerreros marat se desangraban en el suelo y se detuvo el avance de los atacantes.

Pirellus gritó un par de órdenes a los jóvenes legionares, quienes, después de un instante de vacilación, se pusieron en marcha, divididos en dos formaciones, en dirección a las escaleras que conducían a las almenas, tirando cubos de agua delante de ellos para enfriar las piedras recalentadas que tenían que atravesar.

Pirellus se quedó solo ante las puertas. Amara vio cómo sonreía con una risa ligera y amable que apenas le marcaba los labios. Le hizo una reverencia al marat que estaba al otro lado de las puertas y después, con los dedos de una mano lo animó a avanzar.

Bernard agarró la pesada vara de madera y tragó saliva, mirando hacia Amara. Tenía los ojos muy abiertos y respiraba con un poco de dificultad, pero se volvió hacia las puertas y se situó a unos tres metros detrás de Pirellus, sin tambalearse.

Amara sintió cómo se formaba en su interior un grito de frustración cuando los marat empezaron a entrar de nuevo por las puertas, de uno en uno o por parejas. El espadachín de Parcia se enfrentó a ellos y primero uno, después otro y hasta un tercer

bárbaro, cayeron bajo la espada oscura. Pero Pirellus no era intocable. Un par de guerreros pasaron juntos y se enfrentaron a él. El centurión detuvo limpiamente el ataque de la lanza y desvió el golpe hacia el otro guerrero, y de repente vaciló al encontrarse cara a cara con una joven marat medio desnuda.

No se detuvo más de un hálito antes de inclinarse hacia delante y clavar la espada oscura entre sus pechos, pero esa duda tuvo su precio. El otro marat lanzó la contera de la lanza contra sus piernas, golpeando con fuerza el lado de la rodilla, que crujió, y si Bernard no hubiera avanzado para derribar al joven guerrero con un golpe demoledor de su gruesa estaca, lo más probable era que hubiese matado a Pirellus.

Por su parte, el caballero sonrió, se recuperó con una leve cojera y continuó lo que Amara sabía que al final se convertiría en una defensa desesperada aunque heroica de las puertas.

Harger llegó junto a ella con los ojos hundidos y preocupados, mientras subían hacia las almenas; Amara vio a los legionares que se enfrentaban allí con el enemigo y oyó los chillidos de los moa de guerra y de sus amos marat.

—Señoría —gruñó Harger—, ¿qué vamos a hacer?

Amara le quería gritar de pura frustración y miedo. Vio a un joven legionare que caía de la muralla, gritando y tapándose la cara; la sangre le corría entre los dedos. No cayó más de un metro. Bernard casi no consigue evitar una lanzada mientras eliminaba a otro marat del flanco de Pirellus.

¿Cómo iba a saber ella lo que tenían que hacer? Ella no era un comandante militar. Sabía que la eliminación repentina de los caballeros de Guarnición había mermado sus defensas. ¿Cómo iba a saber de qué manera superar esa pérdida?

Amara suspiró de repente. Lo sabía.

Enfundó la espada y tiró de la manga de Harger.

—Sanador, llévame con el conde Gram.

Lo hizo sin rechistar y la condujo al centro de la fortaleza, donde un par de legionares veteranos montaban guardia ante la puerta de una estructura de ladrillo funcional y pesada. Amara pasó a su lado y entró en el edificio, subió un tramo de escaleras y penetró en el dormitorio del conde.

Gram yacía en la cama con la cabeza inclinada hacia un lado, el rostro gris y los ojos hundidos. Había rastros de un espumarajo blanco en sus labios y sus manos ágiles yacían inmóviles sobre las sábanas, con un aspecto frágil y una piel tan delgada como el pergamino.

Amara miró al herido y tragó saliva. Sabía que lo que estaba a punto de hacer lo podía matar. Pero lo hizo de todas formas.

—Harger, despiértalo.

El sanador dejó escapar un gemido.

—Señora... Lo puedo hacer, pero lo podría...

—Sé que eso lo puede matar, sanador —le cortó Amara—. Pero si caen las murallas o las puertas, morirá de todas formas. Lo necesitamos. Guarnición lo necesita. No creo que le gustase que la dejásemos caer cuando nos podría ayudar.

Harger la miró en silencio y después sacudió la cabeza con resignación. El viejo sanador vaciló durante unos momentos con el rostro demudado.

—No. Supongo que no le gustaría.

—Lo vamos a trasladar —ordenó Amara en voz baja—. Voy a llamar a los guardias para que ayuden.

Fue al piso inferior a buscar a los dos legionares y regresó con ellos al dormitorio de Gram. Vio que Harger estaba inclinado sobre el viejo conde, cuyo rostro brillaba con un color antinatural. Al fin, tras respirar entre estertores, abrió los ojos y la miró fijamente.

—Harger dice que mis caballeros han desaparecido —gruñó—. Solo quedan las tropas verdes.

—Sí —reconoció Amara con voz contenida—. Están en las murallas. Pirellus está vivo, pero herido, y resiste él solo ante las puertas. Necesitamos que vayáis allí...

—No —la cortó Gram—. No te molestes. No servirá de nada.

—Pero señor...

—Fuego —graznó Gram.

—El enemigo usó los proyectiles incendiarios de los caballeros contra ellos mismos, provocando una explosión en las murallas.

Gram cerró los ojos.

—¿Están todos ante las puertas?

—No —respondió Amara—. Están de nuevo en las murallas. Desplegados a lo largo de ellas.

—No hay nada que hacer —reconoció Gram con un suspiro—. Aunque no estuviese herido. Aunque tuviera más proyectiles de fuego. No puedo alimentar tanto fuego y con tanta anchura.

—Tiene que haber algo que podáis hacer —replicó Amara, dejando caer su mano sobre la del conde.

—Nada —susurró Gram—. No puedo hacer arder algo tan amplio. No tengo fuerza suficiente.

Amara se mordió el labio.

—¿Y otro tipo de artificio?

Gram volvió a abrir los ojos.

—¿Qué?

—Un artificio de fuego —explicó Amara—. Los marat no tienen nada para contrarrestarlo.

Gram miró a Amara, luego a Harger y otra vez a ella.

—Miedo —dijo—. Fuego.

—No sé si le tienen miedo al fuego...

—No —la interrumpió el conde con una expresión ligeramente enojada—.

Consigue fuego. Una antorcha. Tú.

Amara parpadeó.

—¿Yo? Pero yo no soy artífice del fuego y...

El herido movió la mano con impaciencia, cortando su frase, y fijó en ella sus ojos brillantes.

—No puedo andar. Alguien la tendrá que llevar. ¿Tienes miedo, muchacha?

Ella asintió, tensa.

El conde soltó una risita que sonó como un graznido.

—Honestamente. Bien. Consigue una antorcha. Y prepárate para ser valiente. Más valiente de lo que lo has sido. Quizá podamos hacer algo.

Dicho esto, se calló, con un ataque de tos, pero de sonido muy débil, y su cara se retorció en una mueca de dolor.

Amara intercambió una mirada con Harger y le hizo un gesto a uno de los legionarios. El hombre salió y volvió poco después portando una antorcha.

—Aquí, muchacha —susurró Gram haciéndole un gesto con una mano—. Acércala.

Amara lo hizo, se arrodilló al lado de la cama y le acercó la antorcha al conde herido.

Gram cerró los ojos y puso la palma de la mano sobre las llamas. Amara dio un respingo y casi aparta la antorcha, pero Gram no vaciló ni retiró la mano, y aparentemente el fuego no le tocó la carne.

Amara lo sintió primero en su interior: un temblor pequeño y aterrorizado que le recorrió el vientre y los muslos, que le debilitó las piernas. La mano le empezó a vibrar y alzó la otra para mantener estable la antorcha. Gram dejó escapar un suspiro de dolor lento y bajo, y la sensación que tenía en su interior se duplicó, acompañada de un miedo repentino y animal, de manera que se tuvo que controlar para no salir corriendo de la habitación. El corazón se le aceleró con pulsaciones frenéticas, el dolor de las heridas pareció aumentar y de repente no pudo respirar.

—Muchacha —jadeó Gram, que volvió a abrir los ojos—. Escúchame. Llévalo hasta el frente. Muéstraselo a todos los marcos. Llévalo donde lo puedan ver. —Dejó escapar un jadeo sibilante, mientras se le empezaban a cerrar los ojos—. No lo tires y no te dejes llevar por el pánico. ¡Corre!

Amara asintió y se puso en pie con el cuerpo tembloroso y débil a causa del miedo.

—Tranquila —le indicó Harger—. Sal de aquí. Corre. No sé durante cuánto tiempo podrás sostener el artificio.

La joven cursor no pudo evitar tartamudear dos veces antes de poder decir:

—De acuerdo.

Se dio la vuelta y salió de la habitación, luchando por controlar la respiración y por mantener el paso equilibrado. El miedo la atravesó como el hielo invernal, como pequeños trocitos fríos que viajaban por su sangre, provocando dolorosamente que el corazón no bombease algunos latidos. Casi no podía mantener sus pensamientos concentrados en las puertas, mientras llevaba la antorcha sin dejarla caer, porque no dejaba de repetirse que si la tiraba o si se rendía ante el miedo y huía, todos los esfuerzos de Gram habrían sido en vano.

Sintió que empezaba a sollozar cuando penetraba en el patio y sintió que el cuerpo le comenzaba a temblar con un pánico que le nublabla el pensamiento. Más que nada, lo que quería era alejarse de las puertas, huir, subir al aire y dejar muy atrás a sus salvajes enemigos.

Pero en vez de eso, siguió avanzando hacia las puertas, cada vez más débil y menos segura a cada paso que daba. A medio camino, se tambaleó y cayó, y las lágrimas la cegaron. Pero siguió avanzando, gateando sobre las rodillas, con el brazo herido, aferrada a la antorcha y evitando que se cayese al suelo.

De repente gritó alguien justo delante de ella y sintió cómo la ponían en pie con una fuerza terrorífica; vio frente a ella a un gigante con los ojos inyectados en sangre y que empuñaba un garrote del tamaño de un árbol.

Amara luchó contra el pánico y contra los sollozos que le atenazaban la garganta.

—Bernard —exclamó—. Bernard. La antorcha. Llévame a la muralla. ¡Llévame a la muralla!

El gigante frunció el ceño y le rugió algo que estuvo a punto de provocarle un chillido histérico. Luego, simplemente la cogió bajo un brazo y la subió por las escaleras hasta alcanzar el caos frenético que se había apoderado de las almenas. Sintió cómo volvía a tocar el suelo con los pies y se tambaleó hacia delante en dirección a las almenas, sobre las puertas.

No podía pensar y no se pudo controlar durante los últimos pasos. Se tambaleó hacia delante, gritando y sollozando, mientras mantenía bien alta la antorcha; estaba segura de que le esperaba la muerte, una muerte que respiraba con suavidad y con alas negras y crujientes como las de los cuervos que esperaban y esperaban en algún lugar de la oscuridad que precede al amanecer para lanzarse sobre los ojos de los cadáveres.

De alguna manera consiguió llegar a las almenas sobre las puertas y se quedó quieta manteniendo la antorcha muy alta, convertida en un blanco fácil para los arqueros marat.

La llama creció en un estallido repentino de sonido y calor, como un río desbordado de luz rugiente que se lanzó hacia el cielo e iluminó el terreno a dos

kilómetros a la redonda. Todo el terror y todo el miedo de su interior se liberó a través de la antorcha, salió con las llamaradas fieras y repentinas, arrastrándola fuera, magnífica y multiplicada, sobre el terreno que tenía a sus pies.

Se produjo un instante de un silencio espantoso mientras el poder del artificio de fuego se precipitaba sobre los marat. Y entonces un chillido, nacido como uno solo en miles de gargantas, se elevó en el aire. La presión del asalto de los marat se desvaneció con mayor rapidez que cuando llegó. La marea pálida de los guerreros enemigos se retiró abruptamente de las murallas de Guarnición, aullando de terror junto a los chillidos sibilantes y aterrorizados de sus aves de guerra. Los maltrechos legionares que defendían las murallas empezaron a lanzar vítores, mientras el artificio de fuego arrollaba a los marat y estos huían a la carrera.

Amara vio cómo se retiraban, al tiempo que el terror manaba desde ella y se derramaba hasta acabar con la poca fuerza que le quedaba. Se tambaleó y a punto estuvo de caer de las almenas, si no hubiera sido por el apoyo de Bernard, que apareció detrás de ella. Se reclinó sobre él, agotada y casi sin poder mantener los ojos abiertos, mientras que a su alrededor los guerreros aleranos lanzaban vítores desafiantes contra el enemigo en desbandada.

Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, el cielo se había aclarado. Estaba sentada en las almenas, envuelta en la capa de Bernard. Entumecida y dolorida, consiguió levantarse y miró hacia el pie de la muralla y el patio interior.

Los heridos, los moribundos y los muertos yacían por todas partes. Sanadores y cirujanos trabajaban sobre los caídos, hombres con quemaduras tan graves que casi no se les podía reconocer como humanos. Amara vio cómo un hombre dejaba escapar un estertor y se quedaba rígido, con una mano ennegrecida retorcida como una garra. El legionare que lo acompañaba y que también lucía un vendaje manchado de escarlata, colocó una capa sobre la cabeza del hombre. Después, con la ayuda de otro legionare, llevó el cuerpo hacia el creciente depósito de cadáveres que se alineaba al otro lado del patio.

Se dio la vuelta y miró por las murallas. Las vigilaban quizá una docena de legionares, jóvenes, todos ellos muy tensos, pero ilesos y con las lanzas prestas.

En el campo de batalla, al pie de las murallas, los cuervos habían llegado a por los muertos.

Se abalanzaban sobre ellos formando una alfombra negra y graznante, agitando las alas y con los ojos brillantes llenos de un hambre vidrioso, sin preocuparse de las lealtades de los caídos. Saltaban de un cuerpo a otro, arrancando lenguas y ojos, y cuando Amara vio que un cuerpo se agitaba, pero que luego quedaba sepultado bajo las bestias carroñeras aladas, sintió que se le revolvía el estómago encogido y apartó la mirada.

Un momento después apareció el estatúder a su lado, con el rostro cansado, y le

entregó un cazo con agua fría. Amara bebió.

—Mal asunto —afirmó en voz baja.

—Malo —asintió Bernard—. Aunque consigamos recuperar a los heridos leves, la guarnición ha perdido dos tercios de sus fuerzas. Solo siguen con vida tres caballeros, entre ellos Pirellus. Las puertas están destrozadas y no hay forma de sustituirlas y, en cualquier caso, ya hemos comprobado cómo el enemigo es capaz de saltar por encima de las murallas.

—¿Cómo está Gram?

—Harger dice que no es probable que se vuelva a despertar antes de morir. El último artificio le quitó muchas fuerzas.

—Cuervos —maldijo Amara en voz baja—. Es un hombre muy valiente.

—Sí.

—Entonces, los marat van a volver —afirmó Amara.

—Pronto.

Ella cerró los ojos, cansada.

—¿Qué más podemos hacer?

—No lo sé —reconoció Bernard.

—Deberíamos sacar a las mujeres y a los niños. Las familias de los hombres. Subirlos a carromatos y enviarlos a Riva lo más rápido que podamos.

—No podemos. Esos caballeros no se ocuparon solo de las puertas. Algunos entraron en los establos y asustaron a los caballos, que llamaron la atención de una media docena de moa. No quedan caballos en Guarnición.

Amara lo miró.

—¿Pueden huir a pie?

—He hablado de ello con Pirellus y Giraldi. Incluso yendo por la carretera, las mujeres y los niños no pueden correr más rápido que los marat, aunque consigamos defender Guarnición durante el mayor tiempo posible. No hay hombres suficientes, y la mayor parte de las familias no se querrán marchar. Han decidido que se quedan a luchar en vez de arriesgarse a que los maten durante la huida. Pirellus les está animando, les dice que están a punto de llegar refuerzos desde Riva.

—Nunca —negó Amara entumecida—, nunca pensé que tuvieran tantos caballeros Aeris para aislar el valle. No creo que se les haya escapado nadie.

Bernard asintió.

—Hemos enviado mensajeros a pie para avisar a las explotaciones. Esperemos que podamos conseguirles un poco de tiempo. Si se dirigen inmediatamente hacia Riva, es posible que consigan salir del valle... —Dejó que su voz cansada se perdiera.

La cursor se puso en pie a su lado y se recostó sobre él. Él también se apoyó en ella y los dos compartieron un largo momento de silencio en la tranquilidad que

precede al amanecer.

—Deberías irte —comentó Bernard—. Tú puedes salir volando de aquí. Le tendrías que llevar la noticia al Primer Señor.

—Aunque pudiera volar —replicó Amara—, mi deber es hacer todo lo que pueda para detener lo que está ocurriendo aquí. Descubrir quién lo ha provocado. Llevar a los responsables ante la justicia. No me puedo ir.

—No existe ninguna razón para que mueras aquí, condesa.

—Esta discusión no tiene ningún sentido, estatúder. No puedo volar. Ahora mismo, no puedo. Estoy demasiado cansada. —Apoyó la mejilla en su hombro y lo sintió fuerte y cálido, y tomó de él todo el alivio que pudo.

Al cabo de un momento, sintió que él la abrazaba con un brazo, y ella se apretó aún más contra él.

—Lo siento, Bernard —se disculpó—. Siento no haber sido más rápida; no haber hecho algo diferente. Lo siento por tu hermana y por tu sobrino.

Él tragó saliva y cuando habló, la voz le salió áspera y tranquila.

—No hay nada por lo que disculparse. Solo espero que estén bien.

Amara le tocó el brazo y se quedaron juntos y en silencio, con los graznidos de los cuervos delante de ellos y los gemidos de heridos y moribundos a sus espaldas.

El cielo se aclaró un poco más y Amara sintió cómo Bernard jadeaba de repente.

—Furias misericordiosas.

La joven abrió los ojos y miró hacia la llanura más allá de Guarnición, que ahora se empezaba a iluminar a medida que iba saliendo el sol y brillaba sobre un mar de cuerpos pálidos.

Los marat.

Miles y miles de marat. Llegaban de horizonte a horizonte, hasta donde alcanzaba la vista. Veinte mil. Treinta, cincuenta mil... No había forma de precisar un número tan grande. Los contempló mientras la horda se acercaba a Guarnición atravesando la llanura. Suficientes para aplastar a los defensores de la pequeña fortaleza. Suficientes para inundar el valle de Calderon. Suficientes para saquear las tierras desprevenidas más allá del valle y destruir miles de comunidades aleranas indefensas.

Miró a Bernard y luego se apartó un paso de él, para apoyar una mano en las almenas mientras contemplaba cómo se aproximaba la horda enemiga.

—Será mejor que avises a Pirellus —le indicó en voz baja—. Dile que se prepare.

AUNQUE no los tenía fríos, los pies de Isana estaban maltrechos y arañados cuando, arrastrando a la reticente Odiana, salió de los matorrales enmarañados del bosque y llegó a la carretera que recorría todo el valle de Calderon. Casi no había recuperado el aliento en la oscuridad que precede al amanecer, cuando oyó el retumbar de cascos de caballos al galope que se acercaban por la calzada.

Agarró la muñeca de Odiana y la arrastró de regreso al borde de la calzada, pero ya era tarde. Dos jinetes, al galope sobre las piedras de la carretera manipuladas con un artificio, ya las habían visto y casi les pasan por encima antes de poder detener los caballos, siluetas grandes en la oscuridad, que se encabritaron y se revolvieron al detenerse.

—¿Señora Isana? —jadeó la sorprendida voz de un hombre joven desde la oscuridad—. ¿Qué está haciendo aquí?

Isana miró sorprendida a su vez al jinete.

—¿Frederic?

—Sí, señora —respondió el joven.

Dijo algo en voz baja al caballo y desmontó sin soltar las riendas.

—Furias, señora, no creíamos poder volverla a ver. ¿Se encuentra bien?

El otro jinete también desmontó e Isana reconoció al estatúder Roth por la pálida melena de color blanco que le rodeaba la cabeza. Se acercó a ella y la abrazó.

—Gracias a las furias, Isana. Nos temíamos lo peor.

Ella se recostó contra el viejo estatúder, sintiendo de repente el cansancio en sus brazos y piernas, y tuvo que pedirle a Rill que le secase las lágrimas en los ojos.

—Estoy bien. Ha faltado poco, pero estoy bien.

—¿Quién es? —preguntó Roth, mirando detrás de Isana hacia donde se encontraba Odiana, que permanecía sentada al lado de la carretera mirando al vacío con expresión apática.

—Es una historia muy larga. Yo la cuidaré. Pero ¿qué estáis haciendo aquí?

—Explorar —respondió Roth e hizo un gesto con la cabeza hacia la carretera.

Por ella llegó el rumor de más cascos de caballos y el traqueteo de ruedas de carros que avanzaban a marcha forzada. Isana vio más caballos, algunos de los cuales tiraban de pesados carros de granja y otros con jinetes montados, que se acercaban por la calzada. Frederic silbó con fuerza y movió el brazo, y a su señal, los carros iniciaron una parada lenta mientras se acercaban.

—Pero ¿qué estáis haciendo? —repitió Isana.

La expresión de Roth parecía muy cansada en la penumbra.

—Isana, los marat penetraron ayer en el valle. En algún momento de la pasada noche. Atacaron Aldoholt y lo han incendiado. Por lo que sabemos, no ha

sobrevivido nadie.

Isana respiró hondo, aturdida, y se sintió mareada.

—¿Todo el mundo?

—Sí —asintió Roth—. Vimos los fuegos al anoecer, y Warner y sus chicos fueron a investigar. Los envió a avisar a Guarnición y a Riva. Los dos que iban a Guarnición han sido asesinados. Los encontramos destrozados a unos tres kilómetros. No sabemos nada de los otros.

—Oh, no —jadeó Isana—. Oh, furias, pobre Warner.

—Luego, esta noche, Frederic estaba trabajando en los campos...

Frederic asintió.

—Con esa roca enorme. No la pude retirar antes de la tormenta y como no podía dormir, volví por la noche, señora Isana. Y esos dos hombres cayeron del cielo.

—¿Cayeron del cielo? ¿Caballeros Aeris?

—Sí, señora. Uno de ellos iba de negro y el otro, con los colores de Riva, señora, y estaba herido, así que golpeé al otro en la cabeza con la pala. —Su voz tenía una nota de ansiedad, como si no estuviera seguro de que hubiese actuado correctamente—. No hice mal, ¿verdad?

—Por supuesto que no, muchacho —bufó Roth—. Era un mensajero de Guarnición, Isana, enviado a pedir refuerzos a Riva. Dijo que una horda marat estaba de camino. Y alguien no quería que llegase. Tenía clavada una flecha y habían enviado a un caballero para que lo siguiera hasta el suelo. Frederic le dejó al asesino una marca en la cabeza de la que no se va a recuperar durante algún tiempo, o ya le habríamos preguntado quién lo había enviado.

Frederic agachó la cabeza.

Los carromatos se detuvieron y, un instante después, Otto y Warner se acercaron a la carrera y abrazaron a Isana, Otto cálidamente aliviado, y Warner con una determinación tensa y tranquila.

—¿Así que os dirigís hacia Guarnición? —les preguntó Isana.

Warner asintió.

—Enviamos mensajeros a Riva, a través de los bosques, donde no los podrá seguir nadie que esté vigilando desde el aire. Pero tardarán más que por el aire o los caminos, así que nos dirigimos para rellenar los huecos que pueda haber.

Isana echó una ojeada a los carromatos y a las personas que los abarrotaban.

—Grandes furias, Warner. Debes de haber traído a la mitad de tus trabajadores.

—Un poco más —reconoció Otto ansioso y restregándose las manos—. Todo el mundo capacitado o que tenga cualquier artificio útil, Isana.

—Esas personas no son soldados —protestó ella.

—No —reconoció Warner en voz baja—. Pero todos los hombres han cumplido su servicio en las legiones. Isana, si Guarnición cae, no quedará nada que detenga a

una horda para que haga lo mismo que les hizo a Aldoholt y a todas las explotaciones de aquí a Riva. Mejor es ofrecer nuestra ayuda y que no la necesiten, que lo contrario.

—¿Y los niños?

—Los mayores se han llevado a los más pequeños hacia las zonas más alejadas. La Cueva del Mendigo y otros lugares similares. Allí estarán más seguros que si se quedan en las explotaciones hasta que haya pasado todo.

Isana expelió el aire.

—¿Y Tavi? ¿Y mi hermano? ¿Alguien los ha visto?

Nadie dijo nada hasta que Frederic se pasó la mano por el cabello.

—Lo siento, señora —respondió—. Nadie los ha visto o ha sabido nada de los que salieron la noche de la tormenta. Imaginamos que estarán todos muertos o...

—Ya está bien, Frederic —le cortó Roth con severidad—. La mujer está agotada. Isana, tú y esa chica subid al primer carromato. Otto, consigue algo caliente para que se lo tomen y algo para que se abriguen y nos pondremos en movimiento.

—De acuerdo —asintió Otto, que cogió a Isana del brazo.

También intentó coger a Odiana, pero la mujer se apartó de él y dejó escapar un sonido pequeño y agudo.

—Yo lo haré —le indicó Isana, mientras se inclinaba para coger a Odiana por la barbilla.

Una agitada tormenta de emociones la inundó a través de ese roce, pero Isana consiguió contenerlas. Alzó la cara de Odiana para que la mirase y pronunció, moviendo únicamente los labios:

—Sube al carromato.

Odiana la miró sin ninguna expresión, pero se puso en pie cuando Isana la agarró del brazo, y subió al carromato de bastante buena gana, acomodándose en un rincón, mientras con los ojos ocultos detrás del cabello enmarañado contemplaba a los campesinos que iban montados. Isana subió a su lado y un momento después el carromato reemprendió la marcha traqueteante por la carretera.

Alguien le pasó una sábana pesada, que ella colocó sobre las dos, y un momento después una cantimplora con algo caliente. Isana bebió del vino especiado, que si bien le quemó en el estómago, hizo que sintiera las extremidades más calientes y menos cansadas. Le pasó la cantimplora a Odiana, que la sostuvo en las manos durante un buen rato, como si tuviera que hacer acopio de valor para beber, y que, tras hacerlo, se acurrucó bajo la sábana y cayó en lo que parecía un sueño de agotamiento.

—Pareces exhausta —comentó Otto desde el otro lado del carro, con rostro preocupado—. Descansa un poco. Llegaremos muy pronto a Guarnición, pero inténtalo.

Isana le pasó la cantimplora y negó con la cabeza.

—No estoy cansada, Otto, de verdad. Tengo demasiadas cosas en qué pensar.

Pero después de eso se echó hacia atrás, apoyó la cabeza en el lateral del carromato y se quedó dormida al momento; no se despertó hasta que el conductor llamó a Otto.

—¡Estatúder! ¡Ahí está!

Isana se incorporó con un respingo, lo suficiente para ver por delante del carromato. El frío de la mañana le golpeaba la cara y el cuello, y la manta helada que cubría el suelo brillaba bajo la luz pálida de un amanecer que ya no estaba muy lejos.

El humo flotaba sobre Guarnición como una mortaja.

El corazón se le subió a la garganta. ¿Llegaban demasiado tarde? ¿Ya habían atacado el fuerte? Subió hasta el asiento del conductor del carromato, mientras este, uno de los hombres de Otto, empezaba a chistar a los caballos que tiraban del carro para frenar su velocidad impulsada por las furias. Sus respiraciones formaban nubes de vapor bajo la luz mortecina.

Al acercarse, Isana vio a un legionare joven y solitario de guardia sobre la puerta occidental de Guarnición. Una mirada más atenta descubrió que llevaba un vendaje amplio y fuerte que le cubría la frente y el ojo izquierdo, y que esos vendajes eran tan recientes que aún estaban manchados de sangre. Un hematoma oscuro le descoloría la mejilla, aunque ese parecía que tenía al menos un día. Al acercarse el grupo de carromatos y caballos, el joven soldado se inclinó hacia delante y se los quedó mirando.

Warner levantó una mano hacia el guardia.

—¡Los de la puerta! ¡Dejadnos entrar!

—S... señor —tartamudeó el joven—, no debería estar aquí. Los marat nos están atacando, señor. No debería traer ahora mismo a sus trabajadores.

—Sé que los marat están atacando —replicó Warner—. Hemos venido a ayudar, y todos los que estamos aquí podemos hacer algo. Déjanos entrar.

El joven legionare vaciló, pero se produjo un movimiento en la muralla a sus espaldas y apareció un hombre con un yelmo de centurión abollado.

—¿Estatúder Warner?

—Giraldi —saludó Warner con un pequeño gesto con la cabeza—. Hemos oído que tenéis compañía y hemos pensado en invitarnos para ayudaros a entretenerlos.

Giraldi lo miró durante un momento y respondió:

—Warner, lo mejor será que des media vuelta y te dirijas hacia Riva mientras puedas.

Sus palabras acallaron a todos los hombres en la carretera.

Isana se puso en pie en el asiento del carromato.

—Buenos días, centurión. ¿Ha visto a mi hermano?

Giraldi entornó los ojos y después los abrió de par en par.

—¿Isana?, oh, gracias a las furias! Tu hermano está aquí. Está dentro, en la puerta oriental. Isana, el conde está muy malherido y Livia ha vuelto a Riva con su hija. Harger y los artífices de la legión hacen lo que pueden, pero dicen que sin ayuda más capacitada no vivirá.

Isana asintió con calma. Dejó que su conciencia se desplazara lentamente hacia Giraldi, empatizando con las emociones del hombre. Rabia, cansancio y sobre todo desesperación colgaban de él como una capa de barro gruesa y fría, e Isana tembló.

—Deduzco que los marat ya han atacado.

—Solo su vanguardia —explicó Giraldi—. El resto de la horda llegará en cualquier momento.

—Entonces, lo mejor será que dejemos de perder el tiempo con la charla, Giraldi. Abre las puertas.

—No sé si el conde querría...

—El conde no tiene nada que decir de todo esto —le cortó Isana—. Y si los marat toman Guarnición, destruirán todo lo que tenemos. Nos asiste el derecho a luchar para defender nuestras casas y nuestras familias, Giraldi, y aquí están todos los hombres con edad suficiente para ser veteranos de las legiones. ¡Abre las puertas!

Giraldi bajó la cabeza y le hizo un gesto al joven legionare.

—Las furias saben que necesitamos la ayuda. Hazlo.

La comitiva entró con rapidez en Guarnición e Isana se dio cuenta de que hombres adultos —los veteranos— conducían todos los carros. Penetraron en la fortaleza como si formasen parte de la legión destinada allí y alinearon los carromatos en filas perfectas en el patio occidental. Los hombres empezaron a ocuparse de los caballos, los desengancharon y los condujeron hasta el abrevadero y los establos para protegerlos de los vientos invernales. Todos los campamentos de la legión tenían la misma estructura, lo cual permitía que los veteranos y las unidades recién trasladadas pudieran incorporarse inmediatamente a las operaciones en curso y conocer la disposición del campamento. Mientras algunos hombres atendían a los caballos, otros empezaron a formar a los veteranos en filas delante de la armería, y Giraldi y otro legionare joven procedieron a equiparlos con escudos, espadas, lanzas, petos y yelmos.

Isana bajó del carromato, llevando a Odiana de la mano y marcando el camino a la mujer aturdida, que seguía envuelta en la sábana como una niña somnolienta.

—Harger —llamó Isana, que había visto al sanador supervisando a un grupo de mujeres jóvenes, en realidad poco más que niñas, que estaban convirtiendo sábanas en vendas.

El viejo sanador se dio la vuelta cuando la oyó, y una sonrisa cansada le iluminó la cara.

—Ayuda —comentó—. Bueno, después de todo, quizá podamos presentar batalla.

Se acercó a él y lo abrazó en silencio.

—¿Estás bien?

—Cansado —respondió y miró a su alrededor antes de proseguir—. Esto está mal, Isana. La muralla no es lo suficientemente alta y nuestros caballeros cayeron en el primer ataque.

Isana notó un nudo en la garganta.

—¿Mi hermano?

—Un poco hecho polvo, pero bien —respondió Harger—. Isana, tenemos menos de una hora. Cuando salga el sol, podrás ir de aquí a las torres de vigilancia caminando sobre los hombros de los marat.

Ella asintió.

—¿Ves allí al estatúder Otto? Es un artífice poderoso. No es demasiado delicado porque trata casi siempre al ganado herido con más delicadeza que a las personas, pero puede arreglar los huesos rotos mejor que nadie que conozca, y es capaz de hacerlo desde el amanecer hasta el anochecer. Hay uno o dos hombres que como mínimo tienen la misma capacidad que un artífice del agua de la legión, y muchas de las mujeres son aún mejores. ¿Tienes heridos?

—Un montón —respondió Harger escrutando a su alrededor—. ¿Es verdad eso que dices? ¿Las mujeres son mejores que los artífices del agua de la legión?

—Ve a ver a Otto, que les indicará a nuestros sanadores que te ayuden. ¿Estáis en el patio oriental?

Harger asintió, cerrando los parpados durante un momento. Después, le dio una palmada en el hombro a Isana.

—Muchas gracias. No sé si servirá de algo a la larga, pero hay hombres moribundos que no será ahora cuando mueran.

Isana posó su mano en la de él.

—¿Dónde puedo encontrar a Bernard?

—En la muralla, encima de las puertas —respondió Harger.

Isana lo saludó con la cabeza y emprendió el camino hacia el otro extremo del fuerte. Pasó de largo por las habitaciones del comandante y el barracón de los oficiales en el centro del fuerte; después, fue dejando atrás con rapidez barracón tras barracón. Encontró los primeros cuerpos en el lado más cercano del patio oriental, en los establos. Dentro yacían los caballos muertos y los cuervos ya estaban entrando y saliendo por las puertas; de dentro surgían unos graznidos roncós. A su alrededor, más cuerpos cubrían el patio: los marat y las grandes aves depredadoras estaban apilados en un gran montón a un lado del patio, donde no entorpecían el paso de las tropas que se tuviesen que mover por el interior. Las bajas de la legión yacían en filas perfectas en el lado opuesto, cada soldado envuelto en su capa y con la cabeza tapada para evitar que los cuervos les vaciaran los ojos.

El resto del patio estaba repleto de heridos y de moribundos. Un puñado de legionares montaba guardia en las murallas, pero parecían insuficientes.

Isana avanzó, aturdida por la matanza. Nunca había visto nada igual. El dolor la asaltó, procedente de los heridos, que lo irradiaban como el calor de un horno. Tembló y se abrazó a sí misma. Detrás de ella, Odiana, que la seguía de cerca agarrada de su mano, dejó escapar un gemido pequeño y asustado, y no levantó la cabeza.

—¡Isana!

Alzó la mirada y vio a su hermano, que se acercaba corriendo; no luchó contra las lágrimas que le brotaban de los ojos, ni tampoco contra la sonrisa que se dibujó en su boca. Él la abrazó con fuerza y la levantó del suelo al hacerlo.

—Gracias a las furias —murmuró—. Tenía tanto miedo por ti...

Ella le devolvió el abrazo, también con fuerza.

—¿Tavi?

Bernard se quedó helado durante un momento y la sensación la atravesó como un carámbano. Ella se apartó y sepultó el rostro entre las manos.

—¿Qué ocurrió?

—Después de la inundación, lo perdí. No lo pude rastrear con la tormenta. Conseguí llegar hasta la muchacha cursor y sacarla del agua, y vinimos aquí.

—¿Estaba solo? —preguntó Isana.

—No del todo, si tienes en cuenta que Fade seguía con él. Pensé que tú lo habrías encontrado después de la inundación.

Ella negó con la cabeza.

—No, no pude. Kord me sacó del río, Bernard.

Los ojos de su hermano se nublaron.

—Todo está bien —le aseguró ella con presteza, aunque hubo de imponer sus manos para extinguir un pequeño temblor de miedo en su vientre al recordar el ahumadero de Kord—. Su hijo, Aric, nos ayudó a escapar. Lo despisté.

—¿Y viniste aquí?

—No sola —respondió Isana—. Acababa de llegar a la carretera cuando Warner y los demás se acercaban por la calzada. He venido con ellos.

—¿Warner? —se sorprendió el estatúder.

—Warner, Otto, Roth... Han traído a todos sus hombres. También a los tuyos. Han venido a ayudar.

—Menudos idiotas —exclamó Bernard, pero sus ojos brillaron y dirigió la mirada hacia la muralla y las puertas destrozadas que conducían al interior del fuerte.

Una barricada improvisada impedía el paso, formada por un par de carromatos volcados, barriles y literas.

—¿Cuántos han venido?

—Todo el mundo —respondió Isana—. Casi quinientas personas.

—¿Las mujeres también?

Isana asintió y Bernard sonrió.

—Entonces, me imagino que lo tenemos que apostar todo a una sola baza. —Sus ojos se fijaron en Odiana—. ¿Quién es?

Isana tragó saliva.

—Una de las esclavas de Kord —mintió—. Me salvó la vida. Lo que lleva puesto en el cuello es un collar disciplinario, Bernard. No la podía dejar allí...

Él asintió, echó otra mirada a las murallas y luego dejó escapar lentamente el aire.

—Podría haber sido lo más acertado. Esto no va a ser fácil.

Isana frunció el ceño y lo miró a él y después hacia las murallas.

—Bernard, ¿recuerdas cuando levantamos nuestra explotación?

—Por supuesto.

—Ayudó todo el mundo en el valle. Levantaron toda la explotación, murallas incluidas, en un solo día.

Bernard parpadeó y se volvió hacia ella para decir, con una voz que traslucía excitación:

—Quieres decir que podríamos elevar las murallas.

Ella asintió.

—Si fuera necesario, sí. Girdali comentó que no eran lo suficientemente altas.

—Es posible —reconoció Bernard—. Es posible, es posible. —Miró alrededor—. Allí. Ese centurión de allí es el ingeniero. ¿Ves el galón en su túnica? Necesitaremos su ayuda. Explícaselo, mientras yo voy a buscar a todos nuestros artífices de tierra.

Se fue corriendo e Isana se acercó al hombre, que la miró, parpadeó y frunció el ceño por encima de un bigote gris y erizado. La escuchó sin interrumpirla mientras le explicaba su plan.

—Imposible —se negó por último—. Eso que dices no se puede hacer, muchacha.

—Tengo cuarenta veranos, centurión —replicó Isana—. Y hay que hacerlo. Mi hermano está trayendo ahora mismo a nuestros artífices de tierra.

El centurión se enfrentó a ella y su cara y el cuello se encendieron con un rojo intenso.

—Artífices de las explotaciones —dijo con desdén—. Esto no es como levantar un granero. Se trata de murallas defensivas.

—No veo la diferencia...

El hombre lanzó un bufido.

—Estas murallas están construidas con capas de estratos entrelazados, muchacha. Son duras, flexibles, pesadas y pueden resistir cualquier tipo de proyectil que se pueda lanzar. Pero no las puedes hacer más altas una vez están colocadas en su sitio, como si fueran una valla para los pastos. Si empezáis a jugar con la muralla,

debilitaréis los cimientos y todo el conjunto se derrumbará. No tendremos muralla alguna, y menos una más alta.

—Según lo veo yo —replicó Isana—, es posible que tampoco tengas ninguna muralla, dado su estado actual.

El hombre la miró por un momento, después frunció de nuevo el ceño e inclinó la cabeza, gruñendo bajo el bigote.

—Entiendo que será difícil, pero vale la pena intentarlo, ¿o no? Si funciona, es posible que podamos oponer resistencia. Si no... —Isana tembló—. Si no, entonces solo precipitará algo que de todos modos no iba a tardar mucho.

—No —concluyó finalmente el ingeniero—. Si hubiera una posibilidad, valdría la pena correr el riesgo. Pero no son ingenieros. Son campesinos. No tienen el tipo de fuerza que hace falta.

—Nunca has vivido en este valle, ¿verdad? —replicó Isana sarcástica—. No todo el mundo con una furia fuerte quiere ser caballero. En mi explotación hay muchachos, poco más que niños, que pueden arrancar del suelo rocas más grandes que un hombre. Y tal como lo entiendo yo, no tenemos nada que perder.

El ingeniero la miró.

—Imposible —repitió—. No se puede hacer. Si dispusiera de un cuerpo completo de ingenieros de la legión, costaría medio día elevar esta muralla.

—Entonces, menos mal que no disponemos de un cuerpo de ingenieros de la legión —remachó Isana—. ¿Lo intentarás?

Una voz nueva intervino en la conversación.

—Lo intentará.

Isana levantó la mirada y vio a la cursor a poca distancia, vestida con las ropas demasiado grandes de su hermano y una cota de mallas prestada. Llevaba una espada colgada de la cadera y tenía roto el brazo izquierdo. Amara parecía cansada y lucía un moretón en el cuello y arañazos en la barbilla, pero miró con calma al ingeniero.

—Coordínate con los estatúderes. Inténtalo.

El ingeniero tragó saliva e inclinó la cabeza con una pequeña reverencia.

—Como deseéis, condesa —acató. Dio la vuelta y se fue.

Amara se giró para observar a Isana; el delgado rostro de la muchacha tenía una expresión tranquila. Entonces miró más allá, hacia donde se encontraba la bruja del agua envuelta en una sábana con expresión distante, y masculló una maldición en voz baja. Movi6 la mano en busca de la espada.

—Espera —intervino Isana, acercándose y poniendo una mano sobre la de Amara—. No.

—Pero ella es...

—Sé quién es —la cortó Isana—. Ahora no le va a hacer daño a nadie. Me salvó la vida... y un esclavista le ha puesto al cuello un collar disciplinario.

—No puedes confiar en esa mujer —insistió Amara—. Habría que encerrarla.

—Pero...

—Es un caballero por derecho propio. Una mercenaria. Una asesina —la voz de la cursor resonó enojada—. Tengo todo el derecho a matarla ahora mismo.

—No lo permitiré —replicó Isana, levantando la barbilla.

Amara se encaró con ella en voz baja.

—No estoy segura de que esa sea una decisión que tengas que tomar tú.

Justo en ese momento, un hombre alto y de piel oscura que parecía de Parcia, envuelto en una armadura magnífica pero manchada de cenizas y sangre, se acercó a ellas.

—Condesa —dijo con calma—, la horda casi está aquí. Si me acompañáis, veremos si podemos descubrir a su jefe.

Amara miró a Isana y se volvió hacia el hombre.

—¿Crees que matarlo ahora iba a servir de algo, Pirellus?

El centurión sonrió con un brillo repentino de dientes blancos.

—En mi opinión, malo no será. Y en cualquier caso, me gustaría asegurarme de que el animal responsable de todo esto —hizo un gesto vago a su alrededor— no vuelve sano y salvo a casa para fanfarronear sobre ello.

Isana se retiró un par de pasos, se dio la vuelta con tranquilidad y alejó a Odiana de la pareja.

—Ven —le murmuró a la bruja del agua, aunque sabía que Odiana no la podía oír—. Están aterrorizados y enfadados. No te iban a tratar justamente. Vamos en busca de un lugar donde no te puedan ver mientras pasamos por esto.

Atravesó de prisa el patio hacia uno de los grandes almacenes en el extremo más alejado. Cuando estaba abriendo la puerta para entrar, un grupo de hombres de las explotaciones, envueltos en sus túnicas invernales de fabricación casera, pero luciendo el acero de la legión, entraron en el patio marcando el paso en filas perfectas en dirección hacia las puertas. Otra fila, dirigida por Bernard y el ingeniero, hablando entre murmullos pero de forma intensa, pasó a la derecha, por detrás de ellas.

Isana abrió la puerta y condujo a su compañera dentro del almacén. El interior estaba oscuro y podía oír el sonido de las ratas. Un gato gris de patas largas y cuerpo delgado le rozó las piernas y desapareció en la oscuridad, persiguiendo a su almuerzo. Bultos y sacos pesados se alineaban en filas perfectamente ordenadas, con el contenido claramente etiquetado. Había muy poca luz para ver con claridad, así que Isana miró a su alrededor hasta que encontró una lámpara de furia e hizo que cobrara vida; luego, levantó el globo de luz con la mano y miró entre las filas.

—Allí —indicó, y empezó a remolcar a la mujer hacia adelante, mientras seguía hablando en un tono bajo y tranquilo, con la esperanza de que la artífice del agua, pese a la sordera, pudiese encontrar un poco de alivio al menos en la intención de las

palabras—. Sacos de comida. Serán más blandos que el suelo, y si te tapas es posible que puedas dormir un poco. Aquí no molestarás a nadie.

No había dado una docena de pasos cuando se cerró de golpe la puerta del almacén a sus espaldas.

Isana se dio la vuelta con rapidez, levantando la lámpara de furia, mientras unas sombras bailaban y daban vueltas salvajes en el almacén.

Kord, cubierto con una túnica sucia, dejó caer el pesado pestillo sobre la puerta reforzada del almacén. Entonces se volvió hacia Isana con los ojos brillantes y una sonrisa que dejó ver sus dientes, tan grasientos y manchados como lo estaba la cadena de estatúder que llevaba alrededor del cuello.

—Bien, bien —dijo en voz baja, casi arrulladora—. ¿Dónde nos habíamos quedado?

AMARA le hizo un gesto a Pirellus.

—¿Serán capaces de elevar la muralla?

El centurión se encogió de hombros.

—Repito, no vendrá mal. La muralla, en su estado actual, no va a detener a los marat.

Cerca, Bernard y el ingeniero dirigían a casi un centenar de hombres y mujeres, que abarcaban desde una edad ligeramente inferior a la requerida para el servicio en las legiones hasta una abuela anciana y arrugada que andaba con la ayuda de un báculo y del brazo de un joven musculoso y serio en quien Amara reconoció a Bernardholt.

—¿Estás seguro de que no es un riesgo excesivo? Antes la hemos defendido —señaló Amara.

—Contra marat que no habían vivido una batalla —respondió Pirellus—. Tropas verdes y medio entrenadas. Y casi nos destruyen. No os engañéis. Tuvimos suerte. Ahora son cinco veces más. Tienen experiencia y no van a operar como tribus separadas. —Sus dedos tamborilearon sobre la empuñadura de su espada negra—. Y recordad, esos caballeros siguen ahí arriba.

Amara tembló y de repente miró a su espalda.

—Exactamente. Por eso, señora Isana, deberíamos... —Se calló de repente—. ¿A dónde ha ido?

Pirellus miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—No os preocupéis. En cualquier caso, los problemas que puede ocasionar esa mujer son limitados. Esa es la ventaja de la muerte inminente, cursor, resulta difícil que a uno le impresionen otros riesgos.

Amara frunció el ceño.

—Pero con su ayuda...

—Condenados —la interrumpió Pirellus con sencillez—. Necesitamos tres veces las tropas que tenemos para resistir, cursor. Lo que están haciendo estos hombres es admirable, pero a menos que uno de sus mensajeros haya conseguido llegar a Riva... —Negó con la cabeza—. Sin refuerzos, sin más caballeros, solo vamos a matar el tiempo hasta la puesta de sol. Mirad a ver si podéis encontrar a su jefe de horda y yo ayudaré a clasificar a los heridos para contar con más hombres disponibles.

Ella le empezó a decir algo, pero Pirellus se dio la vuelta y se encaminó hacia el otro patio. Tenía la rodilla hinchada y de color morado, pero no se permitía cojear. Otro talento que envidiaba en los artífices del metal. Amara sonrió y deseó tener su poder para obviar con esa facilidad el dolor de su brazo roto.

O el miedo que le seguía debilitando las rodillas.

Tembló y se volvió a encaminar hacia las puertas con determinación. Habían retirado con rapidez la barricada cuando los artífices de tierra se dispusieron para realizar su intento con las murallas. Un pelotón de veinte legionares estaba situado en formación al otro lado de las puertas rotas, de guardia por si algún marat intentaba colarse sin que lo vieran. La posibilidad parecía bastante improbable. Cuando Amara pasó bajo la muralla y accedió a la llanura abierta al otro lado, rodeando a los jóvenes, lúgubres y silenciosos, pudo ver la horda marat bajo la luz, que iba creciendo lentamente, como un campo enorme de nieve viva, y se acercaba sin descanso pero sin demasiada prisa.

Se alejó bastante metros de las murallas, caminando con pasos ligeros y cautelosos. Intentó no mirar al suelo. Los restos ennegrecidos de los marat que habían perecido en la primera tormenta de fuego yacían a su alrededor, grotescos y apestosos. Los cuervos aleteaban y graznaban por todas partes y misericordiosamente tapaban la visión de la mayoría de los muertos. La cursor sabía que si miraba podría ver las cuencas vacías de los cadáveres a los que ya les habían comido los ojos, normalmente con parte de la nariz y la carne de los labios, pero no miró. El aire olía a nieve y sangre, a carne quemada y un poco a carroña. A pesar del tapón que proporcionaba Cirrus a su sentido del olfato, lo podía oler.

Las rodillas le temblaron aún más y notó que le faltaba el aire. Tuvo que detenerse y cerrar los ojos durante un momento antes de volverlos a enfocar hacia la horda que se iba aproximando. Alzó el brazo ileso y le pidió a Cirrus que le aclarase la visión.

La furia combó el aire delante de ella y casi de inmediato pudo ver la turba atacante como si estuviera lo suficientemente cerca como para oír sus pisadas.

De pronto comprendió a qué se refería Pirellus. Aunque los salvajes que huyeron de la horda marat se habían reagrupado una media hora antes, para quedar absorbidos por la masa que se acercaba, en general se apreciaba una gran diferencia con los guerreros que se desplazaban ahora hacia Guarnición, sin necesidad de llegarse a enfrentar a ellos para comprender los temores del centurión. Eran hombres adultos, con músculos más fuertes y años de experiencia, que andaban con más confianza y cautela, con la ferocidad atemperada por la sabiduría.

La recorrió un escalofrío.

Las mujeres también formaban parte de la horda; llevaban armas y tenían la apariencia de soldados experimentados, y a Amara no le cupo la menor duda de que lo eran. Hasta donde lo podía determinar el espionaje alerano, se sabía que los marat estaban enzarzados casi constantemente en luchas entre ellos: conflictos a pequeña escala que no duraban mucho y al parecer no daban lugar a grandes hostilidades, sino más bien a combates casi rituales. Pero bastante letales. Se concentró en la tropa lúgubre. Los muertos que había detrás de las murallas de Guarnición corroboraban

todo eso.

Mientras los veía venir, Amara sintió de repente una sensación que no había percibido desde hacía mucho tiempo, desde que, de pequeña, le permitieron por primera vez salir a mar abierto con su padre en su barca de pesca. Una sensación de estar fuera, de estar al borde del precipicio de un mundo totalmente ajeno al suyo. Miró las murallas a sus espaldas y notó pinchazos en los ojos al reacomodarlos. Ahí se encontraba la frontera del poderoso Reino de Alera, una tierra que resistió a sus enemigos durante mil años, que había superado un mundo hostil para construir una nación próspera.

Y ella se encontraba fuera, desnuda a pesar de su armadura. El tamaño enorme y la vasta extensión de las llanuras ondulantes que se extendían más allá del último bastión de poder de Alera hicieron que se sintiera súbitamente insignificante.

La voz llegó como un murmullo entre el zumbido de una ráfaga de viento, bajo e indiferente.

—Nunca te sientas intimidada por el tamaño. Te enseñé demasiado bien como para que ahora hagas eso.

Amara se tensó, se disolvió la visión que le proporcionaba la furia delante de ella y miró a su alrededor.

—¿Fidelias?

—Siempre tensas las piernas cuando tienes miedo, Amara. Nunca has conseguido ocultarlo. Ah, y te puedo oír —respondió el ex cursor—. Uno de mis hombres está reforzando mi voz para que tú me oigas, y además, escucha tus respuestas.

—No tengo nada que decirte —susurró Amara, acalorada.

Miró a los legionarios que tenía muy cerca y dio un paso al frente, alejándose de ellos para que no la pudieran oír. Levantó de nuevo la mano y se concentró en la horda que avanzaba, buscando entre sus filas a quien pudiera ser su líder.

—Es inútil —comentó Fidelias—. No podéis cubrir las murallas. Y si lo hacéis, romperemos de nuevo la puerta.

—¿Qué parte de «No tengo nada que decirte» no has comprendido? —Hizo una pausa y después añadió con toda la maldad de que fue capaz—: Traidor.

—Muy bien, ahora, escucha —replicó Fidelias—. Sé que no estás de acuerdo conmigo, pero quiero que pienses en esto. Gaius va a caer. Lo sabes. Si no cae con limpieza, aplastará a miles en su caída. Es posible, además, que incluso debilite el Reino hasta el punto de que quede destruido.

—¿Cómo te atreves a hablar conmigo de la seguridad del Reino? Por tu culpa, sus hijos e hijas yacen muertos detrás de las murallas.

—Nosotros matamos personas —replicó Fidelias—. Eso es lo que hacemos. Gracias a ti, yo también tengo muertos que enterrar. Si quieres, te hablaré de las familias de los hombres que precipitaste a la muerte. Al menos, los muertos de dentro

tuvieron la oportunidad de luchar por su vida. Los que tú asesinaste, no. No seas tan tajante con esa acusación en particular, aprendiz.

Amara recordó de repente a los hombres chillando y cayendo. Recordaba el terror en sus rostros, aunque en aquel momento no le había dado mayor importancia.

Cerró los ojos. El corazón le dio un vuelco.

—Si tienes algo que decir, dilo y terminemos con esto. Tengo trabajo que hacer.

—He oído decir que morir puede ser muy molesto —señaló la voz de Fidelias—. Quiero hacerte una oferta.

—No —se negó Amara—. Deja de hacerme perder el tiempo. No la aceptaré.

—Sí lo harás —replicó Fidelias—. Porque no quieres que las mujeres y los niños que hay detrás de esas murallas mueran asesinados con todos los que quedáis.

La cursor se tensó de nuevo y sintió un frío brusco.

—Vete —ofreció Fidelias—. Tú vete con las mujeres y los niños. Haré que mis caballeros retrasen el tiempo suficiente a los marat para daros una ventaja de seguridad.

—No —susurró Amara—. Estás mintiendo. No puedes controlar a los marat.

—No estés tan segura. Mira, Amara, no me gusta lo que se tiene que hacer. Pero tú puedes marcar la diferencia. Puedes salvar las vidas de personas inocentes del Reino sacándolas de aquí. Si no lo haces personalmente, no hay trato. —Se produjo un silencio durante un momento, antes de que Fidelias prosiguiera, con voz cansada—: No sabes lo que estás haciendo, muchacha. No quiero verte morir por ello. Y si puedo salvar las vidas de algunos no combatientes al mismo tiempo que te protejo, mucho mejor.

Amara cerró los ojos; la cabeza le daba vueltas. El hedor de los cadáveres abrasados y la carroña que habían desgarrado los cuervos la volvieron a asaltar. Ella era una cursor, una espadachina habilidosa, una agente de la Corona, una heroína condecorada del Reino... pero no quería morir. La idea la aterrorizaba. Había visto a los hombres que cayeron ante los marat y ninguno de ellos se había ido de manera pacífica. Antes bromeaba con ligereza diciendo que no le gustaría terminar su vida de una manera que no fuera tremendamente sangrienta, para igualar la vitalidad que tenía dentro, pero la realidad era muy diferente. En esto no había nada que considerar, ninguna filosofía abstracta. Solo ojos brillantes y animales, terror y dolor.

Infirió que tenía sentido. Fidelias no era un monstruo, sino un hombre como otro cualquiera. Se había preocupado por ella cuando trabajaban juntos. En cierto sentido, casi más que su padre. Era muy razonable asumir que no la quisiera ver morir si podía evitarlo.

Y si ella podía salvar a algunas personas más, si podía sacar de allí a los que seguramente iban a morir en la lucha que se avecinaba, lo más seguro era que valiera la pena. A buen seguro, no habría vergüenza en su huida ni deshonor ante la Corona.

O ante la memoria de Bernard.

No estaría mal. Su antiguo maestro le estaba ofreciendo una salida. Una huida.

—Amara —la llamó con suavidad la voz de Fidelias—, no queda mucho tiempo. Tienes que actuar con rapidez, si los quieres salvar.

De repente vio la trampa. Aunque no la comprendía del todo, aunque no estaba segura de dónde se encontraba, reconoció lo que había estado utilizando para cegarla: emociones básicas, miedo, el deseo de proteger, la necesidad de salvar su orgullo... Había jugado con esas emociones, del mismo modo que intentó transmitirle un estado emocional primario de terror y pena cuando la traicionó.

—Tengo que actuar con rapidez —repitió en voz baja—. Tengo que ir. Yo misma. O no hay trato. —Respiró hondo—. ¿Por qué querías asegurarte de que no participo en esta batalla, Fidelias? ¿Por qué ahora y no hace una hora? ¿Por qué no me has hecho esta oferta hasta que me has visto observando al enemigo?

—No te hagas esto a ti misma, Amara —oyó como respuesta—. No racionalices el camino que te conduce fuera de la vida. No dejes que mate a esos niños.

Tragó saliva. Él tenía razón, por supuesto. Quizá la estaba manipulando. Quizá al aceptar su oferta estaba sacrificando una ventaja desconocida. ¿Pero de verdad podía discutir este argumento? ¿Podía realizar un intento de maniobrar contra él, aquí y ahora, cuando era casi seguro que iba a morir? Y cuando eso les iba a costar la vida a los niños...

«Corre. Sávalos. Lloro con la Corona las pérdidas en el valle».

—Tu propósito como cursor es el de salvar vidas, Amara. Sé fiel a tu objetivo. Y deja que yo siga fiel a mi elección.

Los cuervos graznaron y levantaron el vuelo a su alrededor. Amara abrió la boca para aceptar la propuesta, pero un ruido repentino la detuvo. Sin aviso previo, el suelo empezó a temblar, con un ritmo bajo y duro. Se tambaleó y se tuvo que agachar para mantener el equilibrio. Miró hacia las murallas de Guarnición.

Un grito surgió entre los sorprendidos legionares, que inmediatamente avanzaron y se alejaron de las murallas, rompiendo la formación a medida que el movimiento de la tierra los lanzaba a derecha e izquierda. Llegaron hasta donde se encontraba Amara y se dieron la vuelta para contemplar con ella las paredes que hasta hacía unos momentos habían estado protegiendo.

Las murallas de Guarnición se tambalearon y temblaron, como cuando un hombre se estira al despertarse. Se mecieron como una ola baja y suave que atravesara la piedra gris sin juntas. Y entonces, con el crujido de la tierra al romperse, empezaron a crecer.

Amara lo contempló maravillada. Nunca había presenciado un hecho similar a semejante escala. Las murallas se elevaron, cada vez más altas, como una ola que se acerca a la orilla. La pared avanzó varios pasos hacia el enemigo y Amara

comprendió que se estaba haciendo más gruesa en la base, a fin de soportar la mayor altura. El muro creció y en el gris mortecino de la piedra empezaron a aparecer zonas con bandas escarlata y azul, mezcladas con la roca, los colores propios de Alera, y después otras zonas de escarlata y oro, los colores de la ciudad de Riva, origen de la legión. Las almenas también crecieron y con un chirrido abrupto de la piedra, surgieron pinchos en lo alto de ellas y al punto aparecieron más a lo largo de la misma muralla, como dagas largas y delgadas de una piedra negra que brillaba bajo la luz creciente. Los pinchos se extendieron, como si fueran zarcillos germinados en alguna cepa letal bajo la superficie de las murallas, brotando en todas partes como tallos de hierba que crecieran al instante, con sus puntas resplandecientes que señalaban hacia la horda agresora.

Los cuervos, decepcionados, alzaron el vuelo en una tormenta repentina de alas negras y graznidos roncós, para luego dar vueltas sobre el campo de batalla como volutas de humo asustadas.

El rumor cesó. Las murallas de Guarnición se alzaban a una altura de nueve sólidos metros y estaban cubiertas con dagas afiladas como cuchillas de la misma piedra negra que, según pudo ver ahora Amara, los marat utilizaban para fabricar sus armas. El propio terreno estaba dispuesto a empalar a cualquier atacante.

Y en el silencio que siguió, Amara pudo escuchar cómo susurraba la voz de Fidelias:

—Malditos cuervos.

Los legionares que se encontraban al lado de Amara estallaron de repente en vítores, y la cursor casi no fue capaz de retener el grito de desafío que le subía por la garganta. Vociferó una orden a los hombres para que volvieran dentro, y estos empezaron a recorrer el difícil camino entre los pinchos que se alzaban delante de las murallas. Uno de ellos resbaló y se cortó en la pierna, hecho que suscitó una charla repentina y entusiasmada sobre lo afilados que eran los pinchos y lo bien que los habían cortado. Los mayores elogios procedían del hombre herido. Más vítores se elevaron desde el interior de la fortaleza y según Amara estaba mirando, más legionares aparecieron en la muralla; algunos izaron banderas de la legión y de Riva, que volvieron a ocupar su puesto encima de las puertas. Dentro, uno de los músicos empezó a tocar con la trompeta la llamada a las armas, y los legionares, profesionales y hombres de las explotaciones por igual, le respondieron con un rugido unánime que retumbó en las rocas de las montañas que rodeaban la fortaleza.

Amara se dio la vuelta para encararse con la horda que atravesaba la llanura.

—Lucha por lo que quieras, Fidelias —concluyó—, pero no te lo entregaremos. El futuro de estos hombres y mujeres, niños y soldados, no está labrado en piedra. Si quieres la fortaleza, ven y conquístala.

Se produjo un silencio largo y terrible antes de que respondiese Fidelias; cuando

lo hizo, su voz sonaba tranquila y equilibrada.

—Adiós, Amara.

Con el susurro más leve del viento, el contacto desapareció.

Amara se dio la vuelta y llamó a Cirrus. Dio un paso adelante, se elevó ligeramente sobre el campo de pinchos, que se extendía algo más de treinta metros, y aterrizó en la puerta por delante de los legionares que regresaban del exterior. Su corazón latía con rapidez, decidido y desafiante.

Intentó que no se notara que el brazo roto también le daba punzadas de dolor.

Se trasladó rápidamente al patio, pero las sombras de las murallas, que ahora eran más altas, habían cambiado la perspectiva del lugar. Tardó un momento en orientarse, hasta que vislumbró a Bernard sentado al pie del nuevo muro mientras hablaba con un grupo de hombres que resoplaban, pero mostraban rostros jubilosos. Escudos, armas y petos se encontraban junto a cada hombre, y una de las mujeres les había traído agua. Parecía que se habían echado tanta agua sobre la cabeza como la que había bajado por sus gargantas; sus túnicas estaban mojadas y el aliento se convertía en vapor delante de sus bocas sonrientes. Pirellus estaba cerca del estatúder, y la saludó con la cabeza cuando la vio.

—Interesante —comentó el centurión mientras echaba la cabeza hacia atrás señalando la muralla—. Solo podrán utilizar los palos de escalada o intentar la toma de la puerta. Al final, podremos presentar una buena batalla.

—Increíble —reconoció Amara, sonriéndole primero a Pirellus y después a Bernard—. Nunca he visto nada igual.

Este último miró hacia arriba con una sonrisa cansada.

—Siempre resulta sorprendente comprobar lo que puedes hacer cuando lo tienes que hacer.

—¿Visteis algo? —preguntó Pirellus.

—No —respondió Amara—, pero me parece que nuestra oposición temía que viera algo.

Les resumió su conversación con Fidelias.

Bernard frunció el ceño.

—¿Sabes? Quizá deberíamos meter a toda la gente que podamos en los carromatos y que emprendan camino. ¿Podremos resistir lo suficiente como para que se puedan alejar?

Pirellus miró la muralla y después, hacia el otro lado del patio.

—Es un riesgo que vale la pena correr. Me ocuparé de ello —se ofreció—. No habrá espacio para todo el mundo, pero al menos podremos sacar a los niños.

—Muchas gracias —le dijo Amara.

Pirellus asintió.

—La pasada noche teníais razón, condesa —reconoció—. Yo estaba equivocado.

E inmediatamente atravesó el patio con paso firme a pesar de la pierna herida.

Bernard silbó.

—Creo que eso le ha costado un poco —le indicó a Amara.

—En cualquier caso, no es nada de lo que no pueda prescindir —replicó Amara con tono seco—. Bernard, esos caballeros siguen ahí fuera y nos van a atacar de nuevo.

—Lo sé —reconoció el estatúder—. Pero no tenemos suficientes caballeros Aeris para controlar el cielo. No sabemos cuándo ni por dónde vendrán.

Ella le hizo un gesto con la cabeza.

—Pero creo que tengo una idea bastante certera, y esto es lo que quiero que hagas.

Le dio brevemente unas cuantas instrucciones y él asintió, reunió a algunos de los hombres y se fue a preparar la estrategia. Amara también habló con Harger y seguidamente subió a la muralla. Las almenas estaban abarrotadas de hombres, pero localizó a Giraldi en su puesto en el centro de la muralla, encima de la puerta.

—Centurión —lo saludó.

—Condesa.

—¿Cómo ve la situación?

Hizo un gesto con la cabeza hacia los atacantes marat, que se encontraban ahora a poco menos de dos kilómetros.

—Se han detenido —le explicó—. Aunque fuera del alcance de nuestros mejores arqueros, incluso de esos muchachos de las explotaciones. Están esperando.

—¿A qué?

El soldado se encogió de hombros.

—Quizá a la salida del sol. Si esperan unos minutos más, el sol nos deslumbrará cuando salga.

—¿Será muy grave?

Volvió a encogerse de hombros.

—En todo caso, no ayudará.

Ella asintió.

—¿Cuánto tiempo los podremos detener?

—Esas cosas no se pueden calcular. Si los mantenemos fuera de las murallas y de las puertas, un buen rato.

—¿Lo suficiente como para dar una buena ventaja a un grupo de carromatos?

El centurión la miró.

—¿Los carromatos de los estatúder?

Amara asintió.

—Ahora mismo los estamos cargando con mujeres y niños.

Giraldi la miró fijamente, y al cabo asintió.

—Entonces, de acuerdo. Los detendremos el tiempo suficiente. Perdonadme.

Se retiró de las almenas para encontrarse con un legionare sofocado que llegaba corriendo por la muralla. Amara lo siguió. Giraldi frunció el ceño.

—¿Dónde están esas cantimploras, soldado? —preguntó.

El legionare saludó.

—Lo siento, señor. Se encuentran en el almacén oriental, pero ya ha sido asegurado.

—Ya ha sido asegurado —repitió Giraldi—. ¿Cómo lo sabes?

—La puerta estaba cerrada.

Giraldi frunció el ceño.

—Bueno, encuentra a Harger y llévalo a... ¿qué tienes ahí, en las botas?

—Paja, señor.

—¿Cómo ha llegado eso a tus botas, legionare?

—Uno de los hombres de las explotaciones la está esparciendo, señor. La están repartiendo por todo el patio.

—¿Qué?

Amara intervino.

—Son órdenes mías, centurión.

—Oh —murmuró Giraldi, que se quitó el yelmo y se pasó la mano por el cabello rapado—. Con el debido respeto, Señoría, ¿qué tipo de orden insensata es esa? Si esparcís la paja por el patio, todo esto arderá y provocará el mejor fuego que se haya visto nunca, y lo peor es que estará entre nosotros. Por lo que sé, van a disparar flechas incendiarias por encima de la muralla.

—Se trata de un riesgo calculado, centurión, que no puedo explicar aquí.

—Señoría... —empezó a protestar Giraldi.

En ese momento, llegó un grito desde las almenas.

—¡Señor!

Amara y Giraldi se dieron la vuelta para mirar hacia allí.

Un joven legionare con la cara pálida movió la barbilla hacia la llanura, más allá de la fortaleza.

—Ahí vienen.

AMARA corrió hacia las almenas con Girdali a su lado y vio a la horda marat, bajo el bramido retumbante de enormes cuernos de animal, que iniciaba un avance decidido; se desplazaban a un trote constante, con los lobos y los moa saltando a su lado.

—¡Cuervos! —susurró uno de los legionares al lado de Amara, que vio cómo el hombre intentaba coger su lanza, se le escapaba y la dejaba caer. Ella se echó hacia atrás, con las manos extendidas para apartar el arma que se caía.

Girdali la atrapó con su mano de nudillos cubiertos de cicatrices.

—Tranquila —gruñó con los ojos fijos en Amara. Le entregó la lanza al legionare—. Tranquilos, muchachos.

La horda se acercó. El sonido de miles de pies que golpeaban el suelo mientras corrían se elevó como un trueno lejano.

—Tranquilos —repitió Girdali. Miró a ambos lados de la línea y gritó—: ¡Arqueros! ¡Escudos!

Los legionares se acercaron a las almenas. En cada una apareció un hombre con uno de los enormes escudos de la legión. Detrás de cada uno de ellos, otro hombre con un arco y una gruesa aljaba de guerra llena de flechas colocaba una saeta en el arco y tomaba posición. La mayoría de estos arqueros eran hombres de las explotaciones del valle.

Los marat se acercaron y el bramido espeluznante de sus cuernos se oyó más fuerte y fue más desmoralizador. Una agitación inquieta recorrió la línea de escudos.

—Tranquilos —insistió Girdali, y miró a uno de los jóvenes con la armadura prestada que tenía a su lado—. ¿Estás seguro de que podéis alcanzar esa distancia, muchacho?

El joven miró por encima del borde del escudo que sostenía delante de él un fornido legionare.

—Sí. Están a tiro.

Girdali asintió.

—¡Arqueros! —gritó—. ¡Disparo a discreción!

A lo largo de toda la línea, los arqueros apuntaron las flechas hacia el cielo, colocándose muy cerca del defensor que sostenía el escudo. Amara vio cómo el joven que tenía más cerca preparaba el arco y le daba un golpe con la cadera a su compañero. El legionare se arrodilló, bajando el escudo, y el arquero tiró de la cuerda al equilibrar el arco, apuntó con rapidez y disparó contra los atacantes. Su compañero se puso en pie con rapidez y colocó el escudo en posición.

A lo largo de la muralla, los arqueros empezaron a disparar. Cada hombre soltaba una flecha cada cinco o seis segundos, o incluso más rápido. Amara estaba al lado de Girdali, en la única almena que no estaba ocupada por un hombre con escudo, y

contempló cómo las flechas volaban por el aire y se precipitaban contra las filas de los marat. La puntería letal de los aleranos abatía con igual precisión a marat y bestias, cubriendo el suelo de cadáveres recientes, lo cual provocaba que los cuervos ansiosos revoloteasen y picasen como un enjambre a la horda atacante.

Pero seguían adelante.

Los arqueros habían empezado a disparar a casi seiscientos metros, una distancia increíble, como sabía Amara. Debían de ser artífices de la madera con una capacidad similar a la de un caballero para conseguir semejante logro. Durante casi un minuto, no hubo más sonido que el zumbido de los arqueros al tensar los arcos, los legionares arrodillándose y levantándose, los bramidos de los cuernos marat y el rumor de miles de pies.

Pero cuando los marat se acercaron a distancia de carga contra las murallas, toda la horda rugió con un grito horrísono que golpeó a Amara como una ola de agua fría: helada y terrorífica por su simple intensidad. En el mismo instante, las aves de guerra dejaron escapar un chillido agudo y penetrante, que ya era terrorífico emitido por una sola de esas bestias, pero que procedente de miles sonó como si proviniera de una sola vida autónoma. En el mismo instante, el sol asomó por el horizonte al otro extremo de la llanura, y la luz intensa y repentina recorrió las almenas y provocó que los arqueros vacilasen y parpadearan cuando intentaron el siguiente disparo.

—¡Tranquilos! —gritó una vez más Giraldi con una voz que casi no se oía en el caos—. ¡Lanzas!

Los soldados que estaban sujetando los escudos cogieron las lanzas con ademán decidido.

Abajo, la carga marat llegó a los primeros pinchos defensivos, afilados como cuchillas, que los artífices habían sacado de la tierra. Amara miró con atención, con el corazón en la garganta. Los que formaban la vanguardia de la carga marat empezaron a saltar y girar entre los pinchos, en lo que parecía un juego de saltos infantil. Detrás de ellos saltaban sus bestias de ataque. Amara vio cómo algunos de los marat, que empuñaban garrotes pesados y nudosos, empezaban a golpear los pinchos por los lados, destruyéndolos.

—A los que llevan garrotes —indicó Amara—. Diles a los arqueros que apunten contra ellos. Cuanto más tiempo podamos mantener los pinchos en su sitio, más difícil les será llegar a la puerta.

Giraldi asintió y transmitió la orden a ambos lados de la muralla, y los arqueros, en lugar de disparar al azar contra el enemigo, empezaron a elegir sus blancos.

Palos de escalada y cuerdas con ganchos formados por cuernos o huesos empezaron a elevarse hacia la muralla. Los legionares empujaban los palos con la guarda de la lanza, y algunos desenvainaron las espadas para cortar las cuerdas cuando conseguían fijarse, mientras que los arqueros seguían disparando contra el

enemigo. Las flechas empezaron a subir desde la horda. Eran unas flechas cortas y pesadas, disparadas con arcos de formas extrañas. Uno de los arqueros colocados al lado de Amara se entretuvo demasiado al apuntar su disparo y una flecha le atravesó las dos mejillas provocando una súbita fuente de sangre. El joven se cayó medio ahogado en ella.

—¡Cirujano! —gritó Amara y un par de hombres de la muralla se acercaron con rapidez al hombre caído y se lo llevaron abajo antes de empezar a quitarle la flecha.

La cursor volvió a las almenas y recorrió con la mirada al enemigo, pero no pudo ver nada más allá de una horda de marat y sus bestias; eran tantos millares que se hacía difícil saber dónde acababa uno y empezaba el siguiente.

Giraldi la agarró de repente por el hombro y la apartó del borde.

—No sin yelmo —masculló.

—No puedo explicar lo que está pasando —se desesperó Amara, y tuvo que gritar para hacerse escuchar—: Son demasiados.

El centurión entornó los ojos mirando hacia el enemigo y después apartó prudentemente la cabeza.

—Esta es la mitad de sus fuerzas. El resto está de reserva, dispuesto a intervenir cuando abran una brecha.

—¿Los estamos conteniendo?

—En las murallas vamos bien —respondió a gritos Giraldi—, pero la puerta es nuestro punto débil. Atacan la muralla solo para mantener ocupados aquí arriba a la mayoría de los hombres. En la puerta somos muy pocos. Tarde o temprano forzarán la barricada.

—¿Por qué no han cerrado las puertas con un artificio?

—No pueden —respondió Giraldi—. Me lo dijo el ingeniero. Debajo no hay cimientos para un muro adicional, y la superficie interior está cubierta de metal.

Desde abajo llegó un gran crujido y un coro repentino de diferentes gritos de guerra aleranos:

—¡Riva por Alera!

—¡Calderon por Alera!

Giraldi miró de nuevo hacia la llanura.

—Han debido de derribar parte de la barricada. Su jefe de horda ha ordenado que entre el resto de sus tropas y están en movimiento. Intentarán presionar la puerta hasta que rompan las defensas. —Grimaldi sonrió—. Si no rechazan este primer ataque, estamos perdidos.

Amara asintió.

—De acuerdo, centurión. Casi ha llegado el momento. Regresaré en cuanto pueda.

Se inclinó para mirar hacia el patio. Pudo vislumbrar la silueta de un par de

legionares que defendían el terreno casi dentro de las puertas repartiendo lanzadas. Desde abajo llegaban gritos y chillidos, y los ojos de Amara captaron un reflejo, el movimiento rapidísimo de una hoja negra que vio solo durante un segundo, lanzada por un espadachín diestro contra el enemigo. Una vez más, Pirellus estaba solo guardando la puerta.

Amara corrió hacia la escalera más cercana y bajó al patio, mirando con fiereza a su alrededor. La paja de las balas que derribara a primera hora de la mañana se había extendido por todo el patio. A excepción de unos pocos heridos, todos se habían retirado hacia el patio occidental, y a los últimos los estaban cargando ahora en camillas. Cruzó el patio en dirección a los establos. De camino vio a Pluvus Pentius que salía de uno de los barracones, pálido y nervioso, llevando de la mano a un niño pequeño cuya otra mano se estiraba hacia atrás y arrastraba a otro niño que iba colgado de ella, y así hasta una media docena de criaturas que el buscador de la verdad estaba conduciendo al otro lado del patio.

Amara se apresuró hacia él.

—¡Pluvus! ¿Qué hacen aquí estos niños?

—E... escondidos —tartamudeó Pluvus—. Los encontré escondidos bajo las literas de sus padres en los barracones.

—Cuervos —escupió Amara—. Llévalos al patio occidental con los heridos. Se supone que están fortificando uno de los barracones para que puedan estar seguros. Y date prisa.

—Sí, de acuerdo —asintió Pluvus, encogiendo más todavía sus hombros escuálidos—. Vamos, niños. Cogeos todos de las manos y seguid juntos.

Amara se precipitó hacia los establos y encontró a Bernard sentado de espaldas a la pared, justo detrás de la puerta, con los ojos medio cerrados.

—Bernard —lo llamó—. Están atacando la puerta. Ya vienen.

—Estamos preparados. Dinos cuándo.

Amara asintió y se dio la vuelta, se concentró en Cirrus y lo envió hacia el cielo, para que localizase a los artífices del viento que sabía que estaban transportando a los duros caballeros de Fidelias hacia la fortaleza.

Lo sintió un instante después: una tensión en el aire que indicaba la llegada inminente de una corriente de aire. Requirió a Cirrus y formuló otro artificio de visión para cubrir el cielo en busca de la llegada de tropas.

Los descubrió cuando se encontraban aún a casi un kilómetro de la fortaleza: siluetas negras contra el cielo matinal.

—Aquí están —gritó—. Vienen desde el oeste. Como mucho, a medio minuto.

—De acuerdo —murmuró Bernard.

Amara salió al patio para recibir a los caballeros Aerus con sus palanquines de transporte que bajaban desde el cielo directamente hacia la fortaleza. Una cuña de

caballeros Aeris volaba delante de los palanquines con las armas dispuestas y el sol se reflejaba en el metal de sus armaduras. Se dirigieron hacia la puerta en picado.

—¡Preparados! —gritó Amara y desenfundó la espada—. ¡Preparados! —repitió.

Esperó un par de segundos más, hasta que el enemigo alcanzó la muralla del lado del valle y pasó luego por encima del patio occidental y después sobre los edificios del comandante de la guarnición. Respiró hondo con la intención de que sus manos dejaran de temblar.

—¡Soltad!

A su alrededor, en el patio, pilas y montones de paja repartidos por el suelo temblaron y se agitaron, y unos cincuenta arqueros, ocultos con puñados de paja y el artificio de la madera que Bernard había lanzado sobre ellos, se volvieron vagamente visibles. Como si fueran uno solo, levantaron sus grandes arcos y dispararon directamente a la parte inferior de los caballeros que estaban llegando.

La puntería de los arqueros resultó letal, y su ataque cogió a los mercenarios completamente desprevenidos. Los caballeros Aeris gritaron de sorpresa y de dolor, y empezaron a caer del cielo con sus armaduras como una lluvia de meteoritos vivos. Los arqueros no perdieron terreno y siguieron disparando, aunque algunos de los mercenarios sorprendidos comenzó a recuperarse. Uno de los caballeros Aeris que estaba ileso empezó a crear en el aire un escudo de turbulencia y, de repente, las flechas cambiaron abruptamente de rumbo y no llegaron a su objetivo. Amara se concentró en el hombre y envió a Cirrus contra su corriente de aire. El caballero lanzó un grito de sorpresa y cayó como una piedra.

El segundo y el tercer palanquín escoraron y empezaron a girar fuera de control hacia el suelo, mientras que sus portadores, heridos y sorprendidos, intentaban evitar que las literas cayeran a plomo. El primero de los palanquines consiguió atravesar la lluvia de flechas, a pesar de que uno de sus portadores había recibido un flechazo en el muslo. Pero finalmente la litera se ladeó y acabó estrellándose contra el tejado de uno de los barracones, al otro lado del patio.

Los caballeros Aeris comenzaron a girar y bajar en picado hacia el patio en formación de ataque, y aunque los arqueros de las explotaciones lo habían hecho bien cuando los caballeros no estaban preparados para enfrentarse a ellos, el aire se convirtió de inmediato en una nube aullante de furias que hacía que las flechas fueran inútiles.

—¡Retirada! —gritó Amara, y los hombres iniciaron el retroceso en dirección a los establos, hostigados en su acción por los caballeros aéreos.

Los invasores se juntaron para cargar con la intención evidente de tomar el patio y hacerse fuertes ahí, y se precipitaron contra los arqueros en retirada en un vuelo picado, rápido y letal. Amara lanzó a Cirrus contra las furias atacantes, y aunque no pudo hacer nada más que romper la formación de los caballeros Aeris, fue suficiente

para detener la carga y que tuvieran que regresar al cielo por encima de la fortaleza, lo cual permitió que los arqueros se retiraran hacia los establos, pestilentes debido a la carroña.

Amara se dio la vuelta y corrió hacia el legionare estacionado al otro lado de la puerta. Vislumbró al comandante de los caballeros al lado de una barrica de madera improvisada. Los marat habían conseguido encontrar dos o tres puntos para atravesarla y Pirellus los mantenía a raya saltando de un lado a otro con la espada y con el respaldo de las lanzas de los dos hombres que le ayudaban.

—¡Pirellus! —gritó Amara—. ¡Pirellus!

—Un momento, Señoría —respondió y lanzó con la espada un tajo a ciegas.

El marat que lo recibió murió sin luchar, simplemente cayó en el hueco que había entre varios objetos de madera. Pirellus dio un par de pasos atrás e hizo un gesto con la cabeza a los dos lanceros y a unos pocos legionares que les acompañaban. Los hombres avanzaron para defender la barricada y Pirellus se volvió hacia Amara.

—He oído que me llamabais. ¿Han atacado los mercenarios?

—Dos de los palanquines han caído fuera de las murallas —explicó—, pero el tercero ha aterrizado en el techo de ese barracón.

Pirellus asintió.

—Muy bien. Quedaos aquí y... ¡Condesa!

La hoja negra se movió hacia un lado y algo se rompió con un crujido. Amara, que había empezado a darse la vuelta, sintió que las astillas de la madera le atravesaban la mejilla y el astil roto de una flecha rebotó en su cota de mallas. Levantó los ojos hacia el barracón y vio allí a Fidelias, que con calma colocaba otra flecha en la cuerda, tensaba el arco y apuntaba, mientras a su espalda muchos hombres empezaban a bajar del tejado. El cabello ralo del antiguo cursor ondeaba con el viento frío y, aunque se encontraba en la penumbra de las murallas recién levantadas, Amara pudo ver sus ojos fijos en ella, tranquilos y fríos, incluso cuando tensó el arco, apuntó y disparó.

Pirellus se interpuso en el camino del disparo, cortó la flecha con un golpe fuerte de espada y llamó a sus hombres, que estaban detrás de él. A los soldados de Fidelias se unieron los caballeros Aeris, que volaban en círculos sobre la fortaleza y en ese momento bajaron hacia las puertas.

Pirellus arrastró a Amara de vuelta a los establos.

—Escondeos —ordenó.

Mientras lo hacía, Amara pudo ver cómo los legionares formaban una fila irregular que recibió a las tropas atacantes y a los caballeros Aeris con escasa convicción. Fidelias, sobre el tejado del barracón, bajó hasta el suelo y sus ojos recorrieron la paja que lo cubría. Se arrodilló, se produjo un movimiento en el aire, y el ex cursor simplemente desapareció, oculto por un artificio de madera.

—¡Allí! —gritó Amara agarrando el brazo de Pirellus—. ¡El que me ha disparado! Se oculta bajo un artificio de madera y se dirige hacia las puertas. — Apuntó hacia un parpadeo del aire a un lado del patio, que casi no se apreciaba detrás de los legionares que combatían de espaldas a la puerta.

—Lo veo —confirmó Pirellus y miró a Amara—. El estatúder se ha agotado con el artificio de madera. Buena suerte.

Inmediatamente se incorporó y salió hacia el caos, el movimiento y los gritos de la lucha en el patio.

Amara miró a su espalda y descubrió a Bernard sentado donde lo había dejado, con los ojos abiertos pero con la mirada perdida y el pecho subiendo y bajando con una respiración fatigosa. Se acercó a su lado y descolgó la cantimplora del cinturón, apretándosela entre las manos.

—Aquí, Bernard. Bebe.

Obedeció, aturdido, y ella se quedó a su lado girándose para ver la lucha. Los legionares estaban llevando la peor parte, y mientras observaba, un espadachín gigantesco, Aldrick ex Gladius, se acercó al muro de escudos, apartó una espada a un lado, bailó alrededor de otra y mató a un hombre del centro de la fila con un tajo que le atravesó el yelmo y el cráneo, haciéndolo caer instantáneamente al suelo con las piernas insensibles. Sin detenerse, se enfrentó a los dos que estaban a ambos lados del primero. Uno de ellos se movió con rapidez y solo se llevó un corte superficial en el bíceps, pero el otro levantó demasiado el escudo para protegerse y Aldrick aprovechó para agacharse y seccionarle la pierna a la altura de la rodilla. El hombre se cayó con un grito, y los mercenarios avanzaron con fuerza contra su escudo.

Pirellus apareció en medio de la línea de la legión con su hoja negra resplandeciente. Un caballero Aeris que volaba demasiado bajo le golpeó el pecho y, con un chillido repentino, cayó sobre el patio. Uno de los mercenarios, que había conseguido entrar, blandió en una mano un mazo de casi veinte kilos como si no pesara más que una rama de sauce, y movió tan pesada arma contra Pirellus. El comandante de los caballeros se deslizó hacia un lado con un movimiento engañosamente forzado y descargó un tajo que cortó la mano del hombre a la altura de la muñeca. El mazo cayó pesadamente al suelo. Un tercer mercenario apuntó a Pirellus con su espada, solo para detener el ataque y, casi casualmente, acabó desarmado: su espada salió volando hasta golpear la pared del establo, no muy lejos de Amara.

—¡Retirada hacia la puerta! —resonó la orden de Aldrick—. ¡Retirada! —repitió.

Los mercenarios se replegaron con rapidez arrastrando a sus heridos, pero un grito similar de Pirellus provocó que las tropas de la legión detuvieran su avance. Ni Aldrick ni Pirellus se retiraron, quedando uno y otro separados por dos zancadas largas.

Pirellus tendió su hoja hacia Aldrick y después la blandió delante de su rostro en señal de saludo, y el Espada hizo lo propio. Entonces, los dos adoptaron una relajada posición en guardia.

—Aldrick ex Gladius —saludó Pirellus—. He oído hablar de ti. La Corona tiene puesto precio a tu cabeza.

—Me aseguraré de comprobar los carteles de los más buscados la próxima vez que pase por una ciudad. ¿Quieres resolver esto ahora o necesitas que atravesase a otra docena de tus legionares?

—Mi nombre es Pirellus de la Hoja Negra —se presentó Pirellus—. Y soy el hombre que va a acabar con tu carrera.

Aldrick se encogió de hombros.

—No he oído hablar de ti, niño. No eres Araris.

Pirellus frunció el ceño y se movió con una fluidez acuosa en una nube de músculos y acero. Aldrick paró el primer golpe del parcio provocando una lluvia súbita de chispas plateadas, y contraatacó con uno de sus golpes, que resultó ser una finta para girar en círculo y descargarle un tajo. Pirellus se agachó por debajo, aunque el golpe levantó chispas en su yelmo y se llevó parte de la cimera, ahora llamativamente brillante en el suelo cubierto de paja.

Los dos oponentes se miraron y Pirellus sonrió.

—Rápido para un viejo —comentó—. Pero has fallado.

Aldrick no respondió nada. Un instante más tarde, un lento reguero de sangre comenzó a gotear bajo el borde del yelmo de Pirellus en dirección a su ojo.

El de Guarnición se debía de haber clavado el borde del yelmo en el corte que ya tenía antes, abriéndolo de nuevo, razonó Amara.

Ahora fue Aldrick el que sonrió. El rostro de Pirellus había palidecido bajo su piel morena. Alzó los ojos hacia Aldrick y atacó, descargando con la espada golpes rápidos: alto, bajo y de nuevo alto, todos los cuales detuvo Aldrick con una lluvia de chispas plateadas. El mercenario pasó a la ofensiva lanzando con la espada tajos cortos y duros hacia su contrincante, más bajo que él. La hoja negra de Pirellus interceptó a su vez todos los golpes despidiendo chispas de un color púrpura tan oscuro que casi no eran visibles cuando surgían con cada impacto. Los golpes hicieron retroceder varios pasos al parcio, sin que Aldrick le diera ni un instante de tregua.

Amara vio que Pirellus estuvo a punto de derribar al espadachín. El de Guarnición se deslizó por debajo de un tajo, apartó de un golpe con la mano abierta el brazo de su contrincante y lanzó su hoja contra el vientre de Aldrick. Este se giró y la hoja del parcio provocó más chispas negras contra la armadura del Espada, abriéndola como si fuera papel. El golpe no alcanzó su objetivo, pero Aldrick empezó a manar sangre por una larga línea escarlata que le atravesaba el vientre. Se recuperó,

paró otro golpe y otro más, mientras Pirellus seguía asestando espadazos decididos.

A Amara le parecía que el espadachín estaba esperando algo, tal como se confirmó al cabo de pocos segundos. La sangre que corría sobre el ojo de Pirellus le obligó a cerrarlo y movió la cabeza a un lado en un esfuerzo por limpiárselo.

En ese momento se movió el espadachín: se deslizó bajo un golpe demasiado lento del parcio y lanzó un pie en una patada dura que retumbó como si hubiera clavado una lanza en el suelo. Pero no fue una lanza lo que golpeó su bota, sino la rodilla herida de Pirellus. Los huesos se quebraron con un duro crujido que fue claramente audible, y Aldrick proyectó su hombro contra Pirellus, empujándolo hacia un lado.

El rostro del comandante de los caballeros no mostraba nada más que determinación, pero al tambalearse, descargó el peso sobre la rodilla, que no pudo ya seguir soportando su cuerpo. Cayó al suelo, girándose y descargó otro golpe contra Aldrick, que se acercaba.

El Espada desvió el ataque con fuerza, lo que hizo surgir más chispas de color índigo.

Entonces, con un paso a un lado y un tajo rápido, separó la cabeza de Pirellus de sus hombros.

La sangre formó un arco desde el cuerpo del parcio, que cayó a plomo sobre las piedras del patio. Su cabeza se alejó varios metros rodando. Su cuerpo se convulsionó, y el brazo que sostenía la espada siguió blandiendo a derecha e izquierda aun después de muerto.

Amara miró horrorizada al caballero caído, mientras su instinto le gritaba y la obligaba a recordar que Fidelias seguía en movimiento y no lo habían detenido. Se puso en pie, sin saber aún qué podía hacer para detener lo que estaba ocurriendo en el patio. Aldrick se dio la vuelta y, sin detenerse, empezó a avanzar, solo, hacia los legionares que guardaban las puertas.

Antes de que llegase hasta ellos, la madera de la barricada crujió con un chirrido atormentado y empezó a astillarse y desmoronarse. Explotaron astillas y trozos de madera, de modo que los legionares se apartaron sorprendidos y horrorizados. Entonces la propia madera se comenzó a agitar y a mover, las patas de las mesas se giraron y se encogieron, los maderos se partieron y el carromato, con un crujido torturado, se derrumbó sobre el terreno.

Los marat que había al otro lado de la muralla empujaron con fuerza contra la barricada, que sin la estabilidad precaria de sus diversos componentes empezó a temblar y a derrumbarse.

Fidelias apareció no demasiado lejos de Aldrick y se dio la vuelta para hacerle una señal a uno de los caballeros Aeris. El hombre descendió, asió a Fidelias por debajo de los brazos y lo llevó de vuelta al tejado del barracón. Aldrick ex Gladius

pasó por encima del cadáver caído de Pirellus para conducir al otro puñado de mercenarios detrás de ellos.

Los legionares de la puerta se habían dispuesto en formación frente a los marat, pero los invasores se abalanzaron sobre ellos con un salvajismo implacable e hicieron recular, paso a paso, a los hombres de la puerta.

Amara se puso en pie y corrió al interior de los establos.

—¡Coged escudo y espada! —les gritó a los arqueros—. ¡Defended la puerta!

Los hombres corrieron por el interior del establo, empuñaron las armas y salieron para unirse a los defensores de las puertas.

Cuando Amara regresó al lado de Bernard, este ya estaba en pie.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han llegado sus caballeros. Los hemos diezmado, pero han conseguido debilitar la barricada. Pirellus ha muerto. —Lo miró—. Yo ni siquiera soy un soldado. ¿Qué podemos hacer?

—Giraldi —respondió Bernard—. Ve con Giraldi. Enviaré más hombres para reforzar las puertas. Ve tú, yo aún no puedo correr.

Amara asintió y salió corriendo; atravesó el patio para subir las escaleras hacia la muralla: allí la lucha era más intensa, y pasó por encima del cuerpo de un marat, prueba evidente de que habían conseguido subir a la muralla al menos una vez.

—¡Giraldi! —gritó, cuando llegó a la zona de mando sobre las puertas—. ¿Dónde estás?

Un lúgubre legionare con escudo y la cara medio oculta por la sangre se volvió hacia ella. Era Giraldi, con los ojos tranquilos a pesar de todo, y la espada ensangrentada en su mano.

—¿Condesa? Decíais que buscabais al jefe de la horda. Finalmente lo tenemos ahí —gruñó Giraldi—. Allí, ¿lo veis?

—No importa —replicó Amara con la voz ronca—. Pirellus ha muerto.

—¡Cuervos! —exclamó Giraldi, pero estaba demasiado cansado para que el vocablo tuviera la fuerza de una maldición—. Me parece que alguien les debería dar su merecido por eso.

Amara levantó la cabeza al notar que algo terriblemente caliente y duro le daba punzadas con fuerza en el vientre. Se dio cuenta de que el terror se había desvanecido. Se sentía demasiado cansada para tener miedo, y tenía demasiado miedo para seguir aterrorizada. Se percató de que era una especie de relajación que llegaba con lo inevitable, una fuerza loca y silenciosa.

—¿Quién es?

—Allí —respondió Giraldi señalando. Una flecha se rompió contra su escudo, pero no se inmutó, como si estuviera excesivamente agotado como para que le preocupase—. Mira, ese alto que lleva los moa a su alrededor y la lanza alerana.

Amara se concentró en el lugar y vio por primera vez al jefe de horda de los marat. Avanzaba con paso firme por entre las filas de guerreros que se lanzaban contra las murallas, con la barbilla levantada y una sonrisa arrogante en la boca. Llevaba plumas negras trenzadas en el cabello pálido, y muchos moa le seguían a modo de guardia de honor letal. Otras tropas iban delante, cantando.

Las fuerzas del jefe de horda le empezaron a abrir camino, gritando con un ritmo constante.

—¡Atsurak! ¡Atsurak! ¡Atsurak!

Amara llamó a Cirrus para que le proporcionase un artificio de visión, decidida a memorizar los rasgos del hombre, para encontrarlo y matarlo a toda costa por dirigir la horda contra ellos. Memorizó la forma de su nariz y la boca cruel, la anchura de sus hombros bajo una túnica de cuero de dentilargo, el...

Amara aguantó la respiración sin dejar de mirar y le pidió a Cirrus que acercase su visión aún más al jefe de horda.

Colgada de la cadera, a través de la cuerda delgada y retorcida que usaba como cinturón, podía ver la daga con el sello de un Gran Señor de Alera, cuya empuñadura de oro y plata brillaba bajo el sol matinal. Amara intentó escrutar más y Cirrus le permitió que pudiera fijarse en la empuñadura de la daga y en el pomo de acero que la coronaba: el halcón de Aquitania.

—Furias —exhaló.

Aquitania. Aquitanus en persona. No había nadie más poderoso que él en el Reino, excepto el Primer Señor. Eran caballeros de Aquitania, por tanto... Aquitanus había subvertido a Fidelias, Aquitanus había intentado que ella le diera a conocer la disposición interna del palacio, para...

«Para asesinar a Gaius. Quiere el trono para él».

Tragó saliva. Debía recuperar esa daga a cualquier precio. Llevar una prueba tan contundente ante el Senado terminaría con Aquitanus, serviría de advertencia para todos los que colaborasen con él y los convencería de que volvieran a ser leales. Podría demostrar quién era el verdadero culpable que estaba detrás de todas estas muertes, y aunque creía que odiaba al jefe de horda que se acercaba a las defensas vacilantes ante las puertas de Guarnición, su odio se convirtió en una rabia repentina y furibunda contra el hombre cuyas ambiciones habían provocado los acontecimientos de los últimos días.

Pero ¿lo podría hacer? ¿Podía recuperar la daga?

Lo tenía que intentar. Ahora se daba cuenta de por qué Fidelias quería que ella estuviese fuera de la fortaleza. Quería ocultarle su presencia, porque sabía muy bien que solo ella y dos o tres personas más en la fortaleza podrían reconocer qué significaba realmente la daga.

Sacudió la cabeza para obligarse a centrar sus pensamientos y dar los pasos

adecuados.

—¡Giraldi! Necesitamos refuerzos —tartamudeó—. ¡La puerta está a punto de caer!

Giraldi sonrió, y mientras la miraba su rostro se descompuso y se profundizaron sus arrugas, como si hubiera envejecido una eternidad en un instante.

—No importa —replicó y movió la barbilla hacia la llanura, bajo la fortaleza—. Mirad.

Amara lo hizo, y lo que vio le debilitó las piernas. Se apoyó con fuerza en las almenas; la cabeza le daba vueltas y el corazón le latía de forma superficial e irregular.

—No —hipó—. No. Esto no es justo.

En la llanura, más allá de la horda salvaje de los marat, había aparecido otra horda, tan numerosa como la primera. Esta incorporaba elementos de caballería, aunque no podía discernir mucho más. La caballería era inútil para tomar una posición fortificada, pero era idónea para saquear las tierras enemigas. Rápida, letal y destructiva. Sabía que solo el número de enemigos que acababa de llegar había cambiado definitivamente la batalla de un combate desesperado a uno sin esperanzas. Miró a Giraldi y lo vio en sus ojos.

—No podemos ganar —reconoció la cursor—. Es imposible resistir.

—¿Contra eso? —Negó con la cabeza, se quitó el yelmo y se limpió el sudor de la frente, pero se lo volvió a colocar cuando empezaron a silbar las flechas.

Ella inclinó la cabeza y sus hombros empezaron a agitarse. Las lágrimas eran cálidas y amargas. Una flecha con punta de piedra se quebró en la almena por encima de ella, pero no le importó.

Amara levantó la mirada hacia el jefe marat, hacia Atsurak, que estaba a punto de tomar las puertas, hacia el número enorme de guerreros enemigos que aún no se habían implicado en el combate, desplazándose con rapidez por la llanura en dirección a la fortaleza.

—Resiste —le ordenó a Giraldi—. Resiste todo lo que puedas. Envía a alguien para asegurarnos de que los civiles han empezado a correr. Diles a los heridos que se armen para luchar lo mejor que puedan. Diles... —Tragó saliva—. Diles que tiene mal aspecto.

—Sí, condesa —asintió el centurión con la voz cansada—. Eh... Siempre me imaginé que mi última orden sería «oye, pásame otra tajada de asado».

Le sonrió, descargó la espada casi sin darse cuenta contra un marat que estaba subiéndose por una almena y se alejó para cumplir sus órdenes.

Amara bajó de la muralla y observó ausente la situación en el patio. Fidelias y sus hombres no estaban a la vista y probablemente ya se habrían ido, transportados por sus caballeros Aeri. La barricada había sido atravesada por más marat, y aunque les

resultaba difícil avanzar sobre los cuerpos caídos en el suelo, aun así seguían adelante, indiferentes a los gritos desesperados que lanzaban los aleranos.

Ella desenvainó la espada, la de los guardias caídos en el Memorial del Príncipe, y admiró la finura de su factura. Entonces alzó la mirada hacia los marat que empujaban a través de las puertas, segura de que a su debido tiempo vería a su jefe de horda, quien reclamaría la fortaleza para él.

Bernard apareció a su lado. Seguía teniendo un aspecto cansado, y llevaba un hacha de leñador de doble hoja en las manos.

—¿Tenemos un plan?

—El jefe de horda; lo he visto: lo quiero matar.

Le habló de la daga que llevaba en la cintura y de la llegada de la segunda horda.

Bernard asintió lentamente.

—Si llegamos hasta él... —murmuró—. Intentaré un artificio de madera contigo. Coge el cuchillo y corre. Llévaselo hasta el Primer Señor, si puedes.

—Estás agotado. Si intentas otro artificio te puede m... —Se calló y después suspiró.

—Pirellus tenía razón —comentó el estatúder—. Lo bueno de estar condenado es que no tienes nada que perder.

En ese momento se volvió hacia ella, deslizó un brazo alrededor de su cintura y la besó en la boca, sin vacilar, sin timidez, sin nada más que un hambre primordial atemperado con una especie de ternura exquisita. Amara dejó escapar un jadeo suave y se dejó llevar por el beso, repentinamente ávida, y sintió cómo las lágrimas amenazaban de nuevo con inundar sus ojos.

Ella se apartó del beso demasiado pronto y luego lo miró. Bernard le sonrió.

—No quería que esto quedara pendiente.

La cursor sintió una sonrisa cansada en su propia boca y se giró para mirar hacia las puertas.

En el exterior sonó el bramido de los cuernos, más profundos y de algún modo más violentos y exaltados que los primeros que habían oído. El suelo empezó a temblar una vez más, y los gritos y el estruendo del exterior de las murallas se elevaron de nuevo en una oleada enorme de sonido que le golpeó los oídos, la garganta y el pecho. Creyó incluso que podía sentir una vibración en los pómulos a causa del volumen ensordecedor.

La defensa final de la puerta empezó a flaquear. Los marat forzaron su entrada en el patio con ojos salvajes, armas ensangrentadas, cabello pálido y la piel manchada de escarlata. Un hombre de las explotaciones cayó ante dos lobos enormes y un marat que no luchaba con más arma que sus dientes. Un gran moa aplastó contra el suelo a un alerano que huía a gatas; con un giro de cabeza le atrapó el cuello y se lo rompió, en un solo movimiento rápido.

Los marat irrumpieron en tromba y se produjo un caos repentino en el patio, cuyas líneas defensivas estaban desintegradas en docenas de pequeñas batallas separadas: una verdadera locura.

—Allí —indicó Amara con el dedo extendido—. El que pasa ahora mismo por la puerta.

Atsurak entró en el patio rodeado por sus bestias. Con un movimiento certero de una lanza alerana capturada, atravesó la espalda de un legionare y después, sin mirar cómo moría el hombre, extrajo del cuerpo la punta y comprobó el filo con el pulgar. Muchos aleranos se lanzaron sobre él. Uno, antes de acercarse a Atsurak, cayó al suelo con flechas marat de plumas negras saliéndole de ambos ojos, otro fue destrozado por una de las grandes aves. Nadie llegaba a una distancia de lucha personal con el jefe de la horda.

—Yo iré primero —decidió el estatúder—. Atraeré su atención. Tú ven detrás de mí.

—De acuerdo —asintió Amara y le puso la mano sobre el hombro.

Bernard aferró el hacha y tensó sus músculos para avanzar.

Un trueno repentino conmovió el aire en un rugido que hizo que todos los sonidos anteriores no fueran más que los retortijones de una barriga vacía. Chillidos frenéticos y aullidos se alzaron formando una sinfonía. Las propias murallas temblaron, justo al lado de las puertas. Volvieron a temblar a continuación bajo un impacto poderoso y una telaraña de grietas las atravesó. De nuevo el trueno arremetió contra las murallas exteriores y con un rugido grandioso, toda una sección entera se derrumbó. Los aleranos que se hallaban en las almenas tuvieron que saltar hacia los lados, mientras caían las piedras en secciones enormes e irregulares y el aire se llenaba de polvo, que atravesó la luz del sol recién aparecido tamizando una oleada de esplendor dorado y terrible.

A través del repentino hueco abierto en las murallas llegó un bramido poderoso y, tras él, la gigantesca silueta de un gargante de pelo negro, el gargante más grande que Amara había visto en su vida. Ensangrentada y pintada con colores básicos e intensos, la bestia parecía salida de la pesadilla de un demente. Alzó la cabeza, profirió otro bramido estremecedor y destruyó tres metros más de muralla con sus enormes garras. El gargante volvió a bramar y se abrió paso a través de las murallas para penetrar en el patio.

Sobre el lomo del gargante estaba sentado un guerrero marat de cabello pálido y ojos oscuros, con unos hombros tan anchos y un pecho tan poderoso que no le habría encajado ni el peto más grande. Llevaba en la mano un garrote de mango largo y con un movimiento casi sin importancia lo inclinó hacia un lado, golpeó la cabeza de un guerrero del clan de los lobos que estaba estrangulando a un alerano en el suelo, y el marat cayó con el cráneo roto.

—¡ATSURAK! —bramó el marat que iba a lomos del gargante enloquecido. Su voz profunda, ronca y furiosa, conmovió las piedras del patio—. ¡ATSURAK DE LOS MOA! ¡DOROGA DE LOS GARGANTES TE ACUSA DE ESTAR EQUIVOCADO ANTE NOSOTROS, LOS MARAT! ¡SAL, PERRO ASESINO! ¡SAL Y ENFRÉNTATE A MÍ ANTE EL ÚNICO!

Dándose la vuelta con una agilidad enloquecida, el gargante se movió hacia un lado con las poderosas patas delanteras levantadas. La bestia bajó las patas y posó sus pezuñas sobre un guerrero del clan de los moa que cargaba contra él, y simplemente lo aplastó contra las piedras del patio. Ante esta sucesión de hechos, aunque siguió creciendo el caos fuera de las murallas, la batalla en el patio quedó de repente en suspenso.

Al volver a darse la vuelta la gran bestia, mientras lanzaba otro bramido desafiante, Amara vio, bajo la luz dorada que atravesaba la muralla derruida, que el pequeño Tavi se aferraba a la espalda de Doroga sobre el enorme gargante, y detrás de él estaba sentado el esclavo de la quemadura en la cara, que iba agarrado a él y gimoteaba.

Tavi miró con fiereza en derredor del patio y cuando su mirada les alcanzó, su cara se iluminó con una sonrisa.

—¡Tío Bernard, tío Bernard! —gritó, señalando a Doroga—. ¡Me ha seguido hasta casa! ¿Nos lo podemos quedar?

ISANA dio un par de pasos rápidos hacia atrás, empujando a Odiana a su espalda, y levantó la barbilla.

—Siempre he creído que eras un cerdo, Kord, pero no un idiota. ¿Crees que te vas a salir con la tuya si cometes un asesinato aquí, en Guarnición?

Kord rio con un sonido ronco.

—Por si no te habías dado cuenta, tienen un pez más grande que pescar. Simplemente, he entrado con todos esos idiotas que han venido a morir.

—Eso no significa que puedas escapar, Kord. Suponiendo que no te lo impida ninguna de las dos cuando lo intentes.

Kord volvió a reír con un sonido seco y chirriante.

—Una de vosotras. ¿Quién podría ser? Ven aquí, puta.

Isana lo miró desafiante a los ojos y no se movió.

La cara de Kord enrojeció colérica.

—He dicho que vengas.

—No te puede oír, Kord. Yo me he ocupado de eso.

—¿De verdad?

Sus ojos hicieron un recorrido desde Isana hasta la mujer que permanecía acurrucada detrás de ella y Odiana dio un respingo ante su mirada, con los ojos muy abiertos y asustados.

—No —exclamó Isana, aunque sabía que las palabras eran inútiles—. ¡No mires!

Pero Odiana levantó la mirada hacia Kord. La expresión asesina en su cara y el dedo que señalaba el suelo delante de él fueron en apariencia suficientes para activar el collar disciplinario. Odiana dejó escapar un chillido silencioso y cayó al suelo, aferrándose al collar. Al hacerlo luchó contra su propio cuerpo convulso para acercarse a rastras a Kord y obedecer así la orden que le había dado. Isana se agachó para retenerla, pero la oleada repentina de terror y de angustia insoportable que la inundó al tocarla casi la deslumbra, y tuvo que apartarse tambaleante.

Kord soltó una carcajada poderosa, dio un paso al frente, y cogió la cara de la mujer con ambas manos.

—Eso está mejor —reconoció—. Eres una buena chica. Te voy a romper tu bonito cuello y después le pondré el collar a Isana. Estate quieta.

Odiana gimoteó, y su cuerpo se seguía convulsionando, pero no hizo nada para resistirse.

—¡Kord, no! —gritó Isana.

De repente, la puerta se movió en el marco. Se produjo un momento de duda y una segunda sacudida, como si alguien intentase entrar y no hubiera esperado encontrar la puerta atrancada. Kord se dio la vuelta para mirar hacia el ruido.

Desesperada, Isana lanzó contra Kord el globo de su lámpara de furia, que golpeó al estatúder en la nuca. La lámpara se rompió y la chispa de su interior estalló por un instante como una luz brillante y después desapareció. El interior del almacén se sumió en la oscuridad y Kord empezó a maldecir con violencia.

Isana se tragó el miedo y avanzó a través de la oscuridad. Se produjo un momento horrible y frenético al escucharse en la oscuridad los gemidos de Odiana y la respiración pesada y rasposa de Kord. Lo primero que Isana palpó con sus dedos fueron los cabellos de Odiana, y arrastró a la esclava hacia sí. Puso en pie a la mujer y empezó a alejarse hacia el interior del almacén, con la esperanza de moverse en la dirección correcta. Odiana empezó a sollozar e Isana le colocó una mano firmemente sobre la boca.

—No lo hagas, Isana —gruñó la voz de Kord desde algún punto en la oscuridad, junto a la puerta—. No haces más que empeorar las cosas. Ambos sabemos cómo va a acabar todo esto.

Isana sintió un movimiento en el suelo bajo las planchas de madera, pero sabía que la furia de Kord tendría dificultades para localizarlas a través de la madera, al igual que había ocurrido sobre el hielo. Siguió arrastrando a Odiana hacia lo más profundo del almacén, hasta que tropezó con la pared posterior. Buscó un camino con las manos y aunque algunos rayos del alba se estaban filtrando a través de las grietas de las paredes, seguía sin haber luz suficiente para ver. Empujó a la mujer hacia el suelo en un refugio improvisado entre dos cajas y entonces levantó la mano de la mujer y la presionó contra su boca. La esclava tembló con violencia pero logró asentir. Apartó sus manos de la mujer y se dio la vuelta para enfrentarse a la oscuridad.

—Venga, Isana —escuchó la voz de Kord, ahora más distante—. El collar no es tan malo. En cuanto te lo pongas, ya no tendrás más dudas. También podrás ver la parte positiva. Lo hago por ti.

Isana tragó saliva, asqueada, y analizó sus opciones. La más sencilla era gritar pidiendo ayuda. Había cientos de personas en Guarnición y seguramente alguna la oiría.

Seguramente. Pero al mismo tiempo, le estaría descubriendo su posición a Kord. No sabía cuánto le llevaría a la posible ayuda derribar la puerta atrancada del almacén, pero lo más probable era que Kord tardase mucho menos en partirle el cuello. Aunque bullía de frustración, no podía hacer nada más que seguir en silencio y encontrar una forma de huir del almacén, o enfrentarse directamente a Kord. Se agachó en la oscuridad e intentó pensar en una alternativa.

El suelo tembló y se agitó durante un minuto y después llegó del exterior el ruido repentino de vítores y el bramido de los cuernos. Inútil. No sabía lo que había ocurrido, pero nunca la oirían con ese estruendo. Debía descubrir dónde se

encontraba Kord y acorralarlo para abrir la puerta o atacarlo directamente, y eso sería una locura. Aunque lo encontrase, el estatúder era mucho más fuerte que ella. Podía lanzar a Rill contra él, pero ¿y si no era lo suficientemente rápida? No, un enfrentamiento de ese tipo era el último recurso desesperado.

Mejor sería intentar algo con un cierto riesgo calculado. Respiró hondo e intentó mantener un tono monótono en la voz, darle cierta cantinela para ocultar mejor la dirección.

—¿Crees que me harás feliz, Kord?

Su respuesta llegó desde mucho más cerca, tal vez desde la misma fila de cajas:

—En cuanto te lo ponga, todo lo que yo desee te hará feliz.

—Supongo que un hombre como tú necesita algo así —replicó, moviéndose hacia atrás para tratar de llegar a otra fila y acorralarlo.

—Sigue hablando. Solo lo hará más dulce cuando te ponga las manos encima. — Su voz también se estaba moviendo.

Del exterior llegaron gritos y un temblor en el suelo, como si lo estuvieran pisando miles de pies a la vez. Los cuernos tocaron la señal de combate e Isana supo que estaban atacando Guarnición.

Kord volvió a hablar y su voz llegó a menos de tres metros en la oscuridad, tan cercana que pudo sentir de repente la nube de rabia y lujuria que lo envolvía como si fuera una niebla caliente y apestosa.

—¿Lo ves? Un pez más grande que pescar. Eso me deja a solas contigo.

Isana no se atrevió a contestar e intentó que sus movimientos fueran lo más silenciosos posible mientras se desplazaba hacia el extremo de la fila y se ocultaba entre las cajas. Si se esforzaba, podía ver a Kord moverse lentamente en la misma línea de cajas, ahora casi al alcance de la mano, pero lo podía sentir más aún a través de la mugre revuelta de sus feas emociones. El estatúder se situó a su altura e Isana tuvo que contener el aliento cuando pasó por delante de ella, mientras la presión en sus sentidos cambiaba a medida que un calor húmedo afloraba en su mejilla izquierda, después en la boca y a continuación en la mejilla derecha, cuando él pasó por delante.

Pero entonces vaciló e Isana se quedó inmóvil. ¿La había percibido de algún modo? ¿Sabía que estaba allí?

—Te huelo —murmuró Kord, y su voz sonó muy cerca—. Te huelo. Huele bien. Me abre el apetito.

Isana contuvo la respiración.

Kord se movió de repente con gran rapidez y esa sensación que transmitía volvió a atravesar su mejilla, su boca y de nuevo la otra mejilla cuando él se abalanzó hacia la puerta. La impresión se desvaneció al cabo de un segundo, al alejarse del alcance de lo que podía sentir con su artificio.

Isana se dio cuenta de que tenía un arma de la que él carecía. Aunque Kord conseguía de su furia una fuerza tremenda, no le permitía ver: su poder no iba más allá de la punta de sus dedos; sin embargo, ella podría usar su artificio para localizarlo, incluso en la oscuridad, si tuviera mayor alcance. ¿Cómo lo podría extender?

Se le ocurrió que lo mejor era provocarlo. Alimentar sus emociones para que fueran una llama brillante, de manera que se emitiesen con mayor potencia y le fuera más fácil sentir las. Desde luego era un plan peligroso, pero si conseguía ubicar su localización, lo podría acorralar junto a la puerta y buscar ayuda.

Primero se movió hacia el extremo de la fila y se introdujo en otra al azar antes de empezar a recorrerla y levantar la voz.

—¿Sabes cómo escapamos, Kord?

Kord gruñó, ahora a bastantes metros de distancia.

—Un maldito idiota no embreó bien el techo.

—¿Estabas demasiado borracho y ahora no te acuerdas? —sugirió Isana con suavidad—. Enviaste a Aric a embrear el tejado.

—No —gruñó Kord—. Él no haría algo así.

—Lo hiciste tú. Le golpeaste en la cara delante de mí y lo hiciste.

La voz de Kord respondió más dura, jadeando y acercándose.

—Ocurrió. Ocurrió. Me volví loco. Pero él lo comprende.

—No, no lo entiende —replicó Isana en voz aún más baja—. Nos ayudó a escapar. Abrió agujeros en el techo para que entrase el agua del deshielo y pudiéramos recuperar nuestro artificio.

—¡Putas mentirosas! —bufó Kord.

Su puño se precipitó contra una de las cajas y rompió la madera sólida con un crujido ensordecedor. Al mismo tiempo, estalló una lucha en algún lugar cercano, en el patio, probablemente justo delante de las puertas del almacén.

—Te odia, Kord. ¿O acaso ha venido contigo? ¿Está aquí ayudándote? Ahora ya no tienes hijos... No hay nadie que te suceda. Bittan está muerto y Aric te desprecia.

—Cállate —aulló—. ¡Cállate antes de que te destroce esa cabeza embustera!

Isana percibió su enfado, su rabia loca y violenta atravesando implacablemente todo el almacén, y entonces le pidió a Rill en silencio que la abriese más de lo habitual a las emociones.

Lo sintió con precisión. Supo exactamente dónde estaba situada esa rabia. A tres metros, en la siguiente fila de cajas y acercándose con rapidez a ella. Se movió en silencio, intentando acorralarlo y acercarse a la puerta, pero cuando llegó a su altura, separados solo por una fila de cajas, sus pasos se detuvieron y empezó a volver hacia la puerta.

—¡Oh, no! —gruñó—. No, esto es un truco. Me vuelves loco y te persigo,

entonces sales corriendo mientras yo doy con esa puta esclava y le rompo el cuello, y de este modo tú te libras. No, no. No eres más lista que yo.

Isana se alejó en silencio, frustrada y sin saber lo cerca que se debía situar para que él siguiera dentro del círculo de sus sentidos. No cruzó la fila de cajas que los separaba, la recorrió hasta su fin.

Kord se detuvo y ella sintió el nacimiento de la esperanza y la lujuria en él, mientras inhalaba a través de la nariz.

—Te huelo, Isana. Huelo tu sudor. Estás aterrorizada.

Oyó cómo se crujía los nudillos. Se detuvo frente a ella, de pie; Isana se agachó, alargó la mano y palpó la pila de una, dos, tres, cuatro cajas que los separaba.

—Te huelo —ronroneó Kord—. Andas cerca. ¿Dónde estás?

Isana se decidió en un instante. Se giró hacia la caja de arriba, se apoyó en ella y empujó con todas sus fuerzas. Pareció que transcurría una eternidad hasta que la caja se tambaleó y cayó, arrastrando a las dos que tenía debajo, pero en realidad solo pudo pasar un segundo. Las cajas cayeron y Kord dejó escapar un grito corto y agudo antes de que se produjera un crujido sorprendentemente ruidoso a causa del impacto.

Isana se precipitó hacia la puerta del almacén tambaleándose en la oscuridad. Encontró el pestillo, lo retiró, abrió la puerta y dejó que entrase la pálida luz matutina, aunque el almacén permaneció en penumbra cerca de las paredes. Se dio la vuelta para mirar adentro.

Kord estaba tendido boca abajo en el suelo con las cajas de madera encima. Una de ellas le había golpeado entre los omoplatos y en parte la seguía teniendo encima sin que se hubiera roto. La otra le debió de dar en la cabeza, porque tenía sangre en la cara, y había caído junto a él.

La última le golpeó en la parte baja de la espalda, en las nalgas y en los muslos. Se había roto y dejaba ver las formas partidas y rotas de las pesadas tejas de pizarra que se usaban en los tejados de los edificios de Guarnición. Isana respiró hondo. Las tejas eran de una cerámica cocida y pesada, y cada una de las cajas debía de pesar más de ciento treinta kilos.

Vio que Kord intentaba moverse, tenso. Gruñó y murmuró algo, y la tierra que tenía debajo se movió débilmente. Lo volvió a intentar, pero no pudo salir de debajo de las cajas. Cayó de nuevo al suelo, jadeando y gimoteando en voz muy baja.

Isana se acercó a él y lo miró. Se arrodilló a su lado y le tocó la sien con la punta de un dedo, obligando a Rill a penetrar en él.

—Tienes las piernas rotas —le informó con voz monótona—, y la cadera y la espalda. —Mantuvo el contacto durante un momento más—. Y estás exhausto. Has debido de recurrir a tu furia para perseguirnos. —Apartó la mano—. No vas a ir a ningún sitio, Kord.

—Putas —escupió débilmente—. Termínalo ya. Acabemos con esto de una vez.

—Si estuvieras en mi lugar, me partirías la cabeza. —Ella cogió una de las pesadas tejas y le pasó el dedo sobre el borde cuadrado. Asida por el extremo más largo y con el impulso necesario, podía romper un cráneo—. Quizá con una de estas tejas. Me aplastarías la cabeza y me matarías.

—Te vencí —gruñó—. Cuando me muera estaré pensando en ti dentro de aquel círculo, aterrorizada hasta la médula. Recuérdalo.

Ella se puso de pie, dejó a un lado la teja y se fue por uno de los pasillos.

—¿Qué estás haciendo? Cuando salga de aquí...

Isana se acercó a Odiana y cogió la mano de la mujer. La puso en pie y le tapó los ojos con la otra mano. Odiana asintió, débilmente, y ocultó los ojos detrás de sus manos. Isana la condujo al exterior, rodeando a Kord, que intentó sin éxito cogerla de los tobillos.

—No vas a salir de aquí —le explicó Isana—. Solo conozco a una persona que podría tratar tus heridas a tiempo para curarte. Y no parece muy dispuesta a hacerlo.

Isana se colocó a su lado, lo miró y entonces se agachó. Él la agarró del tobillo y ella le apartó las manos con un desdeñoso:

—Suelta.

Agarró su cadena de estatúder, se la sacó por la cabeza y le golpeó con ella en la boca.

Kord la miró; el dolor lo había dejado aturdido y sin capacidad de reacción.

Isana le habló con un tono frío y aséptico.

—No sientes tus heridas, Kord. Pero nunca volverás a andar. Alguien te tendrá que limpiar como a un bebé. No estoy segura de que te puedas incorporar sin ayuda.

Se volvió y empezó a caminar hacia la entrada, llevándose consigo a Odiana.

—Pero eso no impedirá que te vayas a enfrentar a un juicio. En ese estado. Impotente. Apestando a tu propia mierda. Serás sometido a juicio delante del conde y todo el mundo en el valle verá lo que eres. Yo me ocuparé de que sea así. Y por último, Kord, te matarán por todo lo que has hecho.

En el exterior empezaron a sonar cuernos más profundos y tan ruidosos que casi consiguen ahogar los sollozos repentinos, malvados y patéticos de Kord.

—¡Isana! Puta estúpida, no puedes hacer eso. ¡No lo puedes hacer!

—No te puedo oír, Kord —replicó Isana y cerró la puerta a sus espaldas.

Entonces la batalla la inundó de desesperación, agonía y júbilo salvaje, todo en una mezcla caótica. Luchó por seguir en pie y Odiana, que se aferraba a su mano, la ayudó mantener el equilibrio. Las dos artífices del agua casi no fueron capaces de ir cojeando desde el almacén hasta un lugar tranquilo entre los barracones. Los sentidos muy aguzados de Isana, que tan útiles le habían sido en la oscuridad, ahora la dejaban incapacitada, y se dejó caer en el suelo, de rodillas, abrazándose la cabeza con los brazos mientras intentaba amortiguar algunas de las emociones que latían en su

interior. Sintió cómo el suelo volvía a temblar levemente, oyó el bramido de alguna bestia enorme y una voz también enorme que rugía para lanzar un desafío.

Cuando alzó la cabeza, Odiana se había ido. Isana levantó la vista y vio un pie descalzo que desaparecía en el tejado de uno de los barracones. Sacudió la cabeza, aún aturdida, y se movió hasta que pudo ver el caos salvaje que reinaba en aquel momento en el patio, y al enorme gargante con su feroz jinete que se giraba para aplastar a un guerrero marat bajo las patas en una oleada repentina de rabia feroz y de un dolor que se difuminó con rapidez.

—Oh, no —se estremeció, abriendo mucho los ojos y centrando su atención en el jinete del gargante y en los dos pasajeros que llevaba a la grupa—. Oh, niño, en qué te has metido. Mi Tavi...

TAVI tragó saliva. Aún tenía las manos aferradas al cinturón de Doroga. El gargante se movía sin descanso y si no hubiera sido por el sonido de sus pasos, el patio habría estado casi en silencio.

Los cuerpos yacían por todas partes. Tavi intentó no mirarlos, pero parecía que allá donde volviera los ojos, había alguien muerto. Era horrible. Los cadáveres no tenían el aspecto de personas. Parecían deformes y descoyuntados, como si un niño descuidado, después de jugar con sus soldados de madera, los hubiese tirado de cualquier manera después de romperlos. Había mucha sangre y ello le revolvía el estómago, pero lo peor era la terrible tristeza de ver las formas retorcidas y rotas de marat y aleranos, de bestias y hombres por igual.

Parecía un desperdicio tan grande...

El patio se había quedado casi en silencio. En la puerta y en un amplio semicírculo alrededor de ella se encontraban Atsurak y sus marat. Agrupados alrededor de los establos se situaban los defensores aleranos, entre ellos, Amara y su tío.

Atsurak se quedó mirando a Doroga; los ojos del enorme marat reflejaban un odio frío.

Doroga se encaró directamente con Atsurak.

—¿Y bien, asesino? —preguntó el primero—. ¿Te enfrentarás conmigo en un Juicio de Sangre o darás media vuelta y regresarás con tu clan a tus tierras?

Atsurak levantó la barbilla.

—Ven a morir.

Los dientes de Doroga aparecieron con una sonrisa feroz. Se giró hacia Tavi.

—Baja, joven guerrero —murmuró—. Y asegúrate de repetirlo a tu pueblo lo que te he dicho.

Tavi miró a Doroga y asintió.

—No puedo creer que estés haciendo esto.

Doroga le guiñó el ojo.

—Te dije que te ayudaría a proteger a tu familia. —Se encogió de hombros—. Una horda se interponía. He hecho lo necesario para terminar lo que he empezado. Ahora, baja.

Tavi asintió y Doroga extendió la cuerda de la silla. Fade fue el primero en bajar del ancho lomo del gargante y se quedó esperando hasta que el muchacho descendió. Doroga casi no usó la cuerda, sino que aterrizó con agilidad en el patio y estiró sus tendones con un crujido. Dio vueltas al garrote de mango largo que tenía entre los dedos y se dirigió hacia Atsurak.

Tavi condujo a Fade alrededor del gargante de Doroga dando un gran rodeo en

torno a sus patas delanteras y al charco húmedo que cubría las piedras. Su estómago se revolvió inquieto y tragó saliva, mientras recorría con celeridad los metros que le faltaban para llegar hasta su tío.

—Tavi —saludó Bernard y cubrió al muchacho con un abrazo que casi le rompe las costillas—. Furias, lo que he padecido por ti. Y Fade, buen hombre. ¿Estáis bien?

Fade soltó un ruido afirmativo. Se oyó el sonido de pasos a la carrera, ligeros sobre las piedras, y el chico sintió a su tía Isana, inconfundiblemente era su tía, aunque no pudo ni verla de tanto como lo abrazaba y lo apretaba con fuerza.

—¡Tavi! —exclamó—. Oh, Tavi, estás bien.

Tavi se apretó entre su tía y su tío durante un momento y sintió lágrimas en los ojos. Se apoyó en ellos y les devolvió el abrazo.

—Estoy bien —se oyó responder a sí mismo—. Todo está bien. Estoy bien.

Isana rio y le besó el cabello y las mejillas.

—Fade —saludó—. Gracias a las furias. Estás bien.

—Bernard, ahora no están mirando —comentó Amara al cabo de un momento—. Si nos abalanzamos sobre el jefe de horda, podemos conseguir el cuchillo.

—¡No! —replicó Tavi con rapidez. Se liberó del abrazo y miró a la cursor—. No, no puedes hacer eso. Doroga me lo ha explicado. Se trata de un duelo. Tenéis que dejar que se celebre.

Amara lo miró fijamente.

—¿Qué duelo?

—¿Qué cuchillo? —replicó él.

Amara frunció el ceño.

—El cuchillo demuestra que uno de los Grandes Señores se encuentra detrás del ataque. Tendremos la prueba en nuestras manos si lo conseguimos recuperar, y con ello evitaremos que ese Gran Señor vuelva a hacer algo semejante. ¿Qué duelo?

Tavi intentó explicarlo:

—Doroga y Atsurak son jefes de sus clanes. Son iguales. Atsurak no le puede ordenar a otro clan que le siga si el jefe de este se le opone en un Juicio de Sangre, un duelo, pero nadie ha tenido el valor de oponerse a él hasta ahora. Doroga se ha opuesto a la decisión de Atsurak de atacarnos, y lo ha hecho delante de todos los marat. Si lo derrota en el juicio, acabará con el poder de Atsurak, y los marat se irán.

—¿Así de sencillo? —preguntó Amara.

—Bueno, sí —respondió Tavi a la defensiva—. Si Doroga vence, los marat comprenderán que El Único lo apoya a él y no a Atsurak.

—¿Qué único?

—El Único —explicó Tavi—. Me da la sensación de que creen que es una especie de furia que vive en el sol. Cuando deben tomar una decisión importante, celebran un cónclave ante El Único. Creen totalmente en él.

Tavi sintió la mano de su tía en el hombro y se dio la vuelta para ver que lo estaba mirando con expresión seria y la cabeza ladeada.

—¿Qué te ha pasado?

—Mil cosas, tita.

Ella sonrió, aunque parecía cansada.

—Eso parece, por lo que veo. ¿Estás seguro de que sabes de lo que estás hablando?

—Sí, señora —respondió Tavi—. Lo sé.

Isana miró a Bernard, que a su vez miró a Amara. La cursor respiró despacio y volvió los ojos hacia Tavi.

—Tavi —empezó, manteniendo la voz baja—. ¿Por qué ha decidido Doroga que iba a retar a ese Atsurak precisamente en este momento?

Tavi tragó saliva.

—Hum... Bueno, es una larga historia. Realmente no estoy seguro de que comprendas todo lo que me ha ocurrido. Pero en realidad no importa, si él está aquí.

En el exterior sonaban unos silbidos agudos, y los aullidos frenéticos de los marat y sus bestias se habían reducido a un rumor bajo.

—¡Giraldi! —llamó Amara hacia las almenas—. ¿Qué ocurre?

—Que me lleven los cuervos si lo sé —respondió una voz jadeante desde las murallas, por encima de las puertas—. Los marat estaban luchando entre ellos, y de repente, todos han empezado a silbar y a separarse de la lucha. Parece que se están juntando por tribus.

—Gracias, centurión.

—¿Condesa? ¿Órdenes?

—Cubrid las murallas —respondió Amara, pero sus ojos se fijaron en Tavi—. No atacéis si no os atacan antes.

Tavi asintió mirando a Amara.

—Esto es lo que me dijo Doroga que iba a ocurrir. Las tribus marat luchan continuamente entre ellas. Están acostumbradas a eso. Los silbidos son una señal para detener la lucha y dejar que los jefes hablen.

Bernard resopló y miró a Amara.

—¿Qué piensas de todo esto?

La cursor levantó la mano para apartar unos mechones sueltos de pelo que le tapaban los ojos, mientras seguía mirando a Tavi.

—Creo que tu sobrino ha conseguido saber más de los marat que el servicio de espionaje de la Corona, estatúder.

Tavi asintió.

—Ellos, eh..., se comen a sus enemigos. Y consideran que lo es todo el mundo que aparece en sus tierras sin permiso. —Tosió—. Supongo que eso dificulta

cualquier intento de saber algo sobre ellos.

Amara movió la cabeza.

—Si salimos de esta, querré saber cómo has conseguido que no te coman y has acabado por lograr la colaboración de una horda marat para salvar este valle.

Fade dejó escapar un sonido bajo y aprensivo de aviso. Tavi miró al esclavo y vio que tenía los ojos fijos en las murallas.

Por el agujero irregular de las murallas de la fortaleza se veía moverse a unas figuras. Numerosos jinetes a caballo, altos marat del clan de los caballos, entraron en el patio. Tavi reconoció enseguida a Hashat, con la melena pálida flotando al viento, aunque la sangre fresca le manchaba el cabello, el tronco y el brazo con el que blandía el acero. Tavi la identificó ante Amara y su tío.

—¿Una jefa? —preguntó Bernard con un tono algo ofendido—. Es una mujer y no lleva camisa.

Amara dejó escapar un silbido bajo.

—Las águilas del cinturón son de la Guardia Real. Si son auténticas, debió de formar parte de la horda que mató al príncipe Septimus.

—Es bastante maja —explicó Tavi—. No se enfrentará personalmente a Atsurak, pero apoya a Doroga. Creo que son amigos.

En la puerta, los marat se movieron y se apartaron para dejar pasar al jefe de los lobos, que llevaba al lado un par de lobos gigantes de patas largas y cuerpo delgado. Un corte largo y limpio le atravesaba la piel blanca sobre el pecho, punteada de rojo oscuro. El hombre miró alrededor del patio y enseñó los dientes, mostrando los caninos largos característicos de su clan.

—Skagara —explicó Tavi—. El jefe del clan de los lobos. Es un bravucón.

Hashat desmontó y se acercó a Skagara. No le quitó la vista de encima durante todo el camino exhibía una sonrisita peligrosa en la boca. Skagara se apartó un paso cuando ella llegó su lado. Hashat enseñó los dientes y se detuvo a examinar el corte en el pecho del hombre. Entonces se volvió hacia Atsurak y Doroga, cruzando los brazos y con la mano ensangrentada cerca de la espada. Skagara le dirigió una mirada torva e hizo lo mismo.

Doroga se apoyó en el garrote, mirando al suelo. Atsurak esperó con paciencia, sosteniendo la lanza con una mano. El silencio y una tensión creciente reinaron durante largo rato. Tan solo los cuervos producían algún sonido, unos graznidos bajos y constantes, que sonaban fuera de las murallas.

—¿A qué están esperando? —le preguntó Amara a Tavi.

—El sol —respondió Tavi—. Doroga me explicó que siempre esperan a que salga el sol para que ilumine el resultado de un juicio. —Miró por encima de las murallas hacia el ángulo que formaban las sombras—. Supongo que no creen que el duelo vaya a durar mucho.

La luz de la mañana cruzó el patio al ascender el sol. La línea de sombras formada por las murallas que seguían intactas se movió de oeste a este, en dirección hacia los dos jefes marat.

Al cabo de un rato, Doroga levantó la mirada hacia la luz del sol, que casi no había llegado aún al extremo de su garrote. Asintió, bajó el arma con un gruñido y avanzó hacia Atsurak.

El jefe de los moa giró la lanza en un círculo amplio, encogió los hombros y cargó contra su oponente con pasos ligeros y felinos. Se movió con rapidez y casi se perdió de vista la punta de la lanza cuando la precipitó contra el otro jefe marat, pero este desvió el golpe con el garrote y lo movió en un golpe corto dirigido a la cabeza de Atsurak.

Este último evitó el ataque y movió la punta de la lanza contra las piernas del jefe gargante, que saltó, pero no fue lo suficientemente rápido y una línea escarlata brillante apareció en su muslo.

Los marat, en el patio, profirieron un murmullo bajo. Alguien entre los moa dijo algo en una lengua chirriante y los otros guerreros soltaron una carcajada ronca. Entre los moa y los lobos se iniciaron charlas en voz baja.

—¿Están haciendo apuestas sobre el combate? —preguntó Amara incrédula.

Tavi asintió.

—Sí, lo suelen hacer. Doroga ganó a su hija apostando por mí.

—¿Qué?

—¡Chist!

El herido se apartó de la lucha con una mueca y se miró la pierna. Intentó apoyar el peso del cuerpo, pero le falló y tuvo que apoyar el garrote en el suelo para ayudarse. Atsurak sonrió al verlo y giró de nuevo la lanza a su alrededor. Dio un paso lento y deliberado hacia el jefe de los gargantes, al cual rodeó y obligó a girarse para encarar a su enemigo, presionando la pierna herida. La cara de Doroga se retorció en una mueca de dolor.

—Tavi... —dudó Amara—, ¿qué ocurre si pierde Doroga?

Tavi tragó saliva con el corazón acelerado.

—Significará que El Único ha decidido que Doroga estaba equivocado y entonces el resto de los clanes seguirán a Atsurak como lo habían hecho antes.

—¡Oh! —reaccionó Amara—. ¿Lo conseguirá?

—Cinco toros de plata por Doroga —respondió Tavi.

—Aceptados.

Atsurak corrió de repente hacia Doroga. Este levantó su arma y desvió la lanza hacia un lado, pero ese golpe de respuesta fue torpe y lo desequilibró. El jefe de los moa se agachó y atacó inmediatamente. Una vez más, Doroga solo pudo desviar el golpe en el último momento, pero esta vez le costó ya perder del todo el equilibrio.

Cayó sobre las piedras del patio.

Atsurak se abalanzó sobre él para matarlo, pero el caído movió el largo mango del garrote entre los pies del jefe de horda, forzándole a saltar hacia atrás para evitarlo. Atsurak frunció el ceño y escupió algunas palabras duras antes de levantar la lanza, hacerla girar sobre su cuerpo y lanzarse contra Doroga con intenciones letales.

El jefe de los gargantes estaba esperando la carga de su enemigo. Con una agilidad sorprendente, apartó la lanza a un lado con la mano, dirigiendo la punta contra el suelo, y después cerró su puño poderoso y asió el astil. Lo empujó hacia Atsurak con una potencia insospechada y la cantonera de la lanza golpeó al jefe de horda en el vientre, deteniéndole en seco.

Doroga arrebató la lanza de manos de su oponente mientras este se tambaleaba hacia atrás, buscando aire. Doroga se puso en pie con gran agilidad, antes de levantar la pierna herida, partir el astil de la lanza alerana y arrojar los fragmentos a un lado.

—¡Lo ha engañado! —exclamó Tavi lleno de alegría.

—Calla —ordenó Amara.

—Ahora ya lo tiene —comentó Bernard.

Doroga lanzó a un lado el gran garrote, que cayó sobre las piedras con un ruido sordo.

—Recuerdos a los zorros —dijo con la voz muy tranquila.

Entonces extendió las manos anchas y con la misma sonrisa sin humor y de ojos duros, se acercó al otro marat.

Atsurak palideció, pero también extendió las manos y esquivó a Doroga con un rodeo. Se abalanzó abruptamente contra él con un movimiento que recordaba al de las aves depredadoras, al tiempo que saltaba y golpeaba la parte alta del pecho de su enemigo.

Doroga encajó de lleno el golpe y, aunque lo detuvo en seco y le obligó a dar un paso atrás, sus manos se dirigieron hacia el tobillo de su rival y le atrapó el pie. Atsurak empezó a caer, los hombros de Doroga se endurecieron y sus manos dieron un giro.

Algo se rompió en la pierna de Atsurak con un crujido muy desagradable. El jefe de horda jadeó y cayó, pero golpeó con el pie bueno en el tobillo de Doroga. El pie del jefe de los gargantes salió disparado y cayó enredado con su enemigo.

Tavi vio que Atsurak se encontraba en una clara desventaja que no podría superar. Apabullado por la fuerza física y demasiado herido para alejarse, solo era cuestión de tiempo. Las manos de Doroga se alzaron y se cerraron alrededor del cuello del jefe de horda, quien cogió las manos de su enemigo entre las suyas, pero Tavi pudo ver que era un esfuerzo inútil.

El muchacho era incapaz de apartar la mirada, pero algo le llamó la atención, un ligero movimiento al fondo de la escena. Levantó los ojos y vio que todos los marat

estaban concentrados en la pelea, acercándose con ojos brillantes. Hashat jadeaba con los ojos muy abiertos, mientras contemplaba la lucha de los dos hombres.

Sin embargo, al lado de Hashat, Tavi vio que Skagara, el jefe de los lobos, daba un paso atrás, con lo cual desapareció de su campo de visión. Había estirado la mano hacia atrás y Tavi vio que uno de los guerreros marat metía la punta de piedra de una flecha en una pequeña jarra de cerámica y se la pasaba a Skagara, junto con uno de los arcos cortos de los marat. Con un gesto rápido, el jefe de los lobos sacó la flecha envenenada y levantó el arco.

—¡Doroga! —gritó Tavi—. ¡Cuidado!

La cabeza del marat se alzó con gran rapidez, mirando a Tavi y después a Skagara. Doroga rodó y colocó la figura desmadejada de Atsurak entre el asesino y él.

De repente, el jefe de los moa desenvainó del cinturón la daga alerana, con su empuñadura de oro, y salvajemente asestó un tajo en la mano del jefe de los gargantes, quien se echó hacia atrás con un grito y dejó libre a Atsurak.

—¡Matadlos! —gritó el jefe de horda con los ojos enfebrecidos—. ¡Matadlos como hicimos con los zorros! ¡Matadlos a todos!

Doroga rugió, se puso en pie y cargó contra Atsurak.

Sin vacilar, Skagara disparó la flecha envenenada. Tavi vio cómo recorría la corta distancia entre ellos y se hundía en el brazo de Doroga con un crujido. El jefe de los gargantes cayó al suelo.

Hashat se giró con la espada destellando bajo el sol cuando la desenvainó y seccionó en el mismo movimiento la cuerda del arco de Skagara y el cuello del jefe de los lobos, quien cayó derribado con una repentina fuente de sangre.

El patio se convirtió en un caos. Los grandes moa que se encontraban cerca de Atsurak chillaron cuando este se volvió hacia ellos y señaló a Doroga con la mano. Cargaron contra el hombre caído en el suelo; al mismo tiempo, su gargante bramó y se precipitó en su defensa. Fuera de las murallas, lo que había sido un silencio tenso estalló una vez más en un tumulto cacofónico. El clan de Hashat cargó hacia el indefenso Doroga, y lo propio hicieron también los guerreros de Atsurak.

Fade dejó escapar un gemido y se aferró con fuerza a la camisa de Tavi.

—¡El cuchillo! —se oyó gritar a Amara—. ¡Coged la daga!

La cursor avanzó, pero la detuvo la acumulación repentina de guerreros marat, cuyas lanzas brillaban letalmente con la misma maldad que emanaba de los ojos de los moa, a su lado. Las tropas aleranas formaron en filas, mientras Bernard cogía por el brazo a su hermana y a Amara, y las arrastraba tras los escudos de las tropas.

Fade lanzó un chillido de miedo, se dio la vuelta para seguir a Bernard y sin darse cuenta arrastró a Tavi con él.

—¡Fade! —protestó el muchacho.

—¡El cuchillo! —gritó Amara—. ¡Sin la daga, todo esto será inútil!

Tavi no se detuvo a pensar. Se dejó caer a plomo, levantó los brazos y salió de la túnica que le iba demasiado grande. Rodó hasta ponerse en pie, miró en derredor en el patio y corrió hacia Atsurak, que seguía en el suelo. Los guerreros del jefe de horda estaban luchando contra los aleranos o se enfrentaban al furioso gargante de Doroga, así que estaban demasiado ocupados para darse cuenta de la silueta huidiza de un chico de corta estatura.

Atsurak contemplaba la lucha que se libraba alrededor del gargante de Doroga. La gran bestia había corrido hacia delante para colocarse sobre el cuerpo caído de Doroga, moviendo la enorme cabeza, y pisoteaba, coceaba y bramaba ante cualquiera que se acercase. Tavi se humedeció los labios al ver el garrote caído de Doroga. Lo recogió, aunque era muy pesado, y se preparó para moverlo y golpear con fuerza la cabeza de Atsurak, coger luego el cuchillo y volver corriendo con su tío.

Pero en vez de eso, una repentina ráfaga de viento le lanzó paja (¿qué hacía tanta paja tirada por el patio?) y polvo contra los ojos, cegándolo, aunque no llegó a derribarlo. Se protegió los ojos y alzó la mirada hacia muchos hombres con túnicas y armaduras negras, que blandían armas de acero y planeaban sobre el patio. Uno de ellos extendió la mano hacia Atsurak: debía de estar controlando el viento que azotaba el patio.

Otro caballero Aeris aterrizó y dejó al mismo hombre de escaso pelo y aspecto inofensivo a quien el muchacho había visto antes sobre las piedras del patio. El hombre avanzó hacia el cegado Atsurak, con una mano agarró el cabello del marat y con la otra sacó un cuchillo corto y le degolló el cuello al jefe de horda.

Este se retorció y pateó con violencia, y la daga le salió volando de la mano, rebotó en las piedras del patio y aterrizó sobre un montón de paja, cerca de Tavi.

—¡La daga! —ladró el hombre con el cuchillo ensangrentado—. ¡Coged la daga!

El chico miró al asesino, que se cernía sobre el cuerpo retorcido y aún tembloroso de Atsurak. No tenía la menor duda de que lo mataría a él con la misma rapidez. Pero también sabía que no era leal a la Corona, que los había estado persiguiendo a Amara y a él, y que había intentado hacer daño a su tía y a su tío.

Tavi pensó que dos días atrás hubiera dejado que el hombre recuperase la daga, se habría dado la vuelta para salir corriendo a toda prisa; con toda seguridad, hubiese encontrado algún sitio donde esconderse hasta que pasara todo.

—Dos días atrás —resopló Tavi—, tenía más sentido común del que tengo ahora.

Entonces se lanzó hacia delante, recogió la daga de donde había caído y empezó a correr.

—¡Allí! —oyó Tavi como gritaba el hombre—. ¡Ha cogido la daga! ¡Matad a ese chico!

CORRIÓ, corrió para salvar la vida.

El patio era un laberinto de confusión y movimiento, pero sabía la dirección en la que tenía que ir: lejos del hombre que había matado a Atsurak. Tavi giró, rodeó a un par de guerreros marat trabados en combate y huyó hacia el otro lado del fuerte. Oyó el aullido del viento por encima de él y después, una racha repentina lo envió al suelo. Chilló y procuró no apuñalarse con la daga que llevaba en la mano, mientras rodaba sobre sí mismo y golpeaba las piedras del patio.

Cuando se detuvo, levantó la mirada y vio a un caballero Aeris con armadura completa que picaba hacia él con la lanza preparada. Tavi se rebuscó en los bolsillos. Al acercarse el caballero, le lanzó un puñado de la sal gruesa que había cogido del ahumadero en Bernardholt y se lanzó hacia un lado.

El caballero profirió un grito repentino y pataleó en el aire; se precipitó contra el suelo a demasiada velocidad, y aunque pudo dar un par de pasos desesperados, acabó por caer y dar vueltas sobre las duras piedras. El muchacho oyó cómo se le rompía una extremidad con un crujido muy fuerte a causa del impacto, y el chillido inmediato del herido.

El chico se puso en pie y miró a su alrededor. Más caballeros Aeris se habían elevado sobre el patio, buscándolo. Al otro lado de un grupo de legionares, el enorme espadachín al cual Tavi había vislumbrado en los establos de Bernardholt lo distinguió y se dirigió hacia él con la espada levantada para acabar con cualquier oposición que pudiera encontrar en su avance. No se veía por ningún sitio al hombre que había acabado con Atsurak.

Corrió para alejarse del espadachín y pasó a lo largo de los establos para dirigirse hacia el centro del fuerte y la puerta del otro extremo. Seguramente allí habría alguien que no estuviera en todo el meollo de los marat, o si no, podría encontrar un edificio seguro para esconderse.

Alcanzó el extremo de los establos al mismo tiempo que una figura fornida salía por una de las puertas de las instalaciones con un peto todavía a medio abrochar y con un yelmo que le caía sobre los ojos.

—¡Ya voy, ya voy! —gritaba.

Tavi tropezó con el joven y ambos cayeron al suelo. El peto mal abrochado cayó y dio varios tumbos, aunque logró mantener en la mano la empuñadura de la espada. El hombre se retiró hacia atrás el yelmo, cogió la espada con las dos manos y se incorporó.

Tavi se protegió la cabeza con los brazos.

—¡Frederic! —gritó—. ¡Fred, soy yo, Tavi!

El otro bajó la espada y se lo quedó mirando.

—¿Tavi? ¿Estás vivo?

—¡No por mucho tiempo! —suspiró, intentando ponerse en pie—. ¡Quieren matarme, Fred!

Frederic parpadeó. Su yelmo le cayó sobre los ojos.

Tavi levantó la mano para apartárselo y vio cómo un nuevo caballero Aeris bajaba hacia él. Metió la mano en el bolsillo para buscar más sal, pero con las prisas le había dado la vuelta al bolsillo cuando la sacó antes, y el resto se había caído al correr.

—Tavi —explicó Fred—, el estatúder me ha dicho que no me quite el yelmo...

—¡Cuidado! —gritó Tavi, y se lanzó sobre su amigo, mucho más alto que él, al que desequilibró y tiró al suelo.

El caballero pasó volando con la espada extendida hacia abajo y el muchacho sintió un pinchazo caliente y repentino en el brazo.

Frederic parpadeó al ver que un caballero pasaba volando y giraba en el aire para volver a atacar.

—Tavi —exclamó aturdido, mirando el brazo del chico—. Te ha cortado. —Levantó la vista hacia su amigo con los ojos muy abiertos y murmuró—: Intentan matarte...

—No te puedo decir lo contento que estoy de que estés tú aquí para explicármelo —replicó Tavi haciendo una mueca al sentir el dolor. La sangre le había manchado la camisa, pero podía mover el brazo—. No es tan grave. Ayúdame a ponerme en pie.

Frederic lo hizo con cara de miedo y confusión.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. ¡Cuidado, aquí viene de nuevo!

Se escondió en el edificio, pero vio cómo en el otro extremo de los establos aparecía la silueta inconfundible del espadachín recortada frente a las puertas del otro lado, espada en mano.

—No podemos salir por ese lado —jadeó.

Miró a su espalda: al caballero Aeris se le habían unido varios de sus compañeros, que se alineaban para otra carga.

—Fred, necesitamos a Thumber.

—¿Qué? ¡Pero si Thumber no sabe luchar!

—Sal, Fred. Necesitamos sal para tirársela a esos artífices del viento. ¡Un montón de sal!

—Pero...

—¡Corre, Fred!

Los caballeros Aeris se lanzaron contra ellos con un torrente aullante de viento.

Tavi agarró la daga y miró a su alrededor, pero no había ningún sitio adonde ir.

Frederic dio un paso al frente y se colocó delante de Tavi con la espada empuñada con ambas manos. Soltó un chillido que se fue convirtiendo en un rugido profundo y

echó el arma hacia atrás. Cuando la bajó de nuevo, pasó recta sobre su cabeza y bajó con gran fuerza, cayendo sobre el caballero que iba delante antes de que su espada pudiera detener la del amigo de Tavi.

El golpe derribó al Aeris como si hubiera sido un muñeco de paja, se desplomó desde el aire y quedó de bruces en el suelo tras una caída corta y violenta. El muchacho no tenía la menor duda de que Frederic le había quitado la vida.

Frederic volvió a levantar la espada y la movió violentamente contra el siguiente caballero; sin embargo, esta vez el enemigo viró para evitarlo. El joven falló, pero en el movimiento Tavi pudo vislumbrar el ligero resplandor de algo que brillaba sobre la hoja de la espada: unos montoncitos duros y blancos; eran cristales de sal que pasaron por la corriente de aire delante del Aeris; este soltó un grito, cayó al suelo y rodó con violencia hasta impactar con un sonido de huesos rotos contra la pared de un barracón.

Fred se quedó mirando a los dos hombres con los ojos muy abiertos y jadeando.

—Ya tenía la espada cubierta de sal —tartamudeó mientras se volvía hacia Tavi—. Después de darle al primero, cuando estaba en esa roca. —Se quedó mirando la espada y después, a Tavi—. ¿Estás bien?

Tavi tragó saliva y miró por encima del hombro hacia el interior del establo. Dentro, alguien había salido de las sombras para lanzarse sobre el espadachín. Se produjo un movimiento confuso de siluetas, un grito corto y el espadachín prosiguió su camino.

Frederic tragó saliva, aferrado a la espada.

—¿Tavi? ¿Qué vamos a hacer?

—Dame un minuto —tartamudeó Tavi—. Estoy pensando.

Sin aviso previo, un guerrero marat se lanzó sobre él, lo cogió por un costado, lo levantó del suelo y lo lanzó dolorosamente contra la pared del establo. Tavi dejó escapar un grito de dolor y movió sin fuerza la daga contra el marat, un miembro del clan de los lobos cubierto de sangre, pero falló y apenas llegó a rajar la piel de su oponente.

El guerrero mordió a Tavi con los colmillos, retirándose lo justo para volverlo a aplastar contra la pared, una vez y otra más, con lo cual le vació de aire los pulmones y provocó que los ojos se le ofuscaran con chiribitas.

Fred se situó detrás del guerrero, le pasó su brazo moreno por debajo de la barbilla y lo apartó de Tavi, levantando al marat, que perdió pie y emitió un grito de protesta estrangulado.

—¡Corre, Tavi! —gritó Fred—. ¡Corre!

El chico aterrizó en el suelo, mareado, y consiguió ponerse a cuatro patas. Levantó la mirada para comprobar que el espadachín se seguía acercando, se dio la vuelta, con la daga de empuñadura de oro firmemente sujeta en la mano, y se puso en

marcha para volver a la pelea salvaje del patio.

Tavi se agachó bajo la contera de la lanza de un legionare, resbaló en algo húmedo y oscuro que no tuvo tiempo de mirar y siguió adelante. Un hombre ensangrentado a quien el muchacho reconoció como miembro de Rothholt, se volvió hacia él y levantó la espada, pero reconoció al chico antes de descargar el golpe y le gritó algo a través del tumulto y el caos.

El viento rugió una vez más sobre el patio y Tavi miró atrás para ver a otro caballero Aeris que planeaba sobre el patio, buscándolo. Su mirada tropezó con la suya y se detuvo. Los ojos del Aeris se abrieron más y bajó en picado hacia él.

El muchacho oyó cercano el relincho de un caballo y se volvió con los ojos muy abiertos. Rodeó a un hombre de las explotaciones, viejo y fornido, que cargaba a hombros con un legionare herido y lo alejaba del fragor del combate en el centro del patio, para encontrarse con un grupo de caballos, cuyos jinetes blandían lanzas y espadas para abrirse paso entre el tumulto de luchadores.

—¡Hashat! —gritó Tavi.

La cabeza de la marat se volvió con rapidez, con la melena blanca ondeando al viento, y le dedicó una gran sonrisa.

—¡Alerano! —lo llamó con alegría en la voz.

Sus ojos se fijaron en un punto por encima de él y azuzó a su montura apretando las piernas contra los flancos del caballo. El animal se lanzó hacia delante y estuvo a punto de arrollar a Tavi antes de detenerse. El chico miró hacia arriba a tiempo de ver que el caballero Aeris que había venido a por él se enfrentaba a Hashat y fallaba un golpe, mientras la espada de la marat le cruzaba la cara. El hombre gritó tapándose los ojos, pero consiguió elevarse en el aire y se alejó del patio tambaleándose como un borracho. Otro de los guerreros marat se dio la vuelta con un curvado arco en las manos y disparó una flecha que derribó finalmente al caballero del cielo.

—¡Bah! —le gritó Hashat al arquero.

El hombre le sonrió, mientras colocaba otra flecha. Ella levantó la espada ensangrentada hasta los dientes y le dio una mano a Tavi.

—¡Sube, alerano!

Tavi le cogió la mano y se sorprendió por la fuerza de la esbelta mujer. Lo subió de un tirón hasta el acolchado ligero de la silla que usaban los marat, le colocó un brazo alrededor de la cintura y les gritó algo a los guerreros que tenía cerca en su lengua incomprensible. Los caballos volvieron grupas juntos y se precipitaron hacia la muralla exterior, abriéndose paso en medio de la muchedumbre de bestias y hombres chillando.

—¿Qué ocurre? —gritó Tavi.

—¡Han obligado a tu gente a retirarse de la muralla! —respondió Hashat también a gritos. Se encogió de hombros y Tavi vio sobre ellos unos trozos de tela negra: los

fajines negros que lucían los caballeros enemigos—. Lobo y moa son los que están más cerca de la muralla. Nuestra gente se está abriendo camino hasta aquí, pero les costará un tiempo. Vamos a ayudar a tu pueblo a volver a las murallas o a retirarse hacia el otro patio.

Mientras Tavi miraba, la contera de una lanza voló por el aire y derribó de la silla a uno de los guerreros montados del clan de los caballos, que cayó sobre un puñado de guerreros moa. Uno de ellos clavó el cuchillo de vidrio en su garganta y mientras la sangre manaba como una fuente, le agarró la melena pálida y le cortó el cuero cabelludo.

Al verlo, Hashat lanzó un chillido penetrante de pura rabia, de manera que su caballo retrocedió y clavó los cascos traseros en el pecho del guerrero moa agachado. El hombre cayó con un chillido con parte del pecho tremendamente hundido. Uno de los guerreros marat levantó la lanza, pero Hashat alzó la mano y gritó una orden. El lancero asintió, bajó la lanza hacia el marat y con la punta le marcó un corte largo sobre las costillas. Lo repitió para convertirlo en una X, antes de que los caballos siguieran su camino.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tavi.

—Se ha llevado la cabellera de Ishava —bufó Hashat—. Intentaba destruir su fuerza. Eso es diferente a matar, alerano.

—¿Por qué no lo has matado?

—Porque no vamos a perder la fuerza de Ishava. Lo hemos marcado. Después del combate, alerano, compartiremos al moa y dejaremos que Ishava descanse.

Tavi parpadeó y se quedó mirando a Hashat. Los ojos oscuros de la jefa de los caballos brillaron de un modo duro y salvaje, y no volvió a sonreír hasta que alguien le tiró una lanza y se tuvo que incorporar en los estribos para cortarla en el aire con la espada.

Llegaron a la muralla, pero la presión del combate les había llevado hacia el rincón noroeste del patio, donde vieron derrumbada parte de la muralla, caída cuando el gargante de Doroga cargó contra ella.

—¡Doroga! —gritó Tavi—. ¿Dónde está Doroga?

—¡Fuera! —respondió Hashat—. Lo hemos montado en su gargante para enviarlo con su pueblo. —Miró alrededor del patio y negó con la cabeza—. No nos podemos quedar mucho tiempo, alerano. Nuestra gente está obligando a los lobos y a los moa a entrar en las murallas.

—¡Mi amigo! —exclamó Tavi—. ¡Fred! ¡Un chico alto con una espada! ¡Está en los establos! ¡Le tienes que ayudar!

Hashat miró hacia atrás a Tavi con una expresión torva antes de dirigirle una sonrisa brillante.

—Le ayudaremos. Ahora, alerano, incorpórate. Agárrate a mis hombros.

Hashat se acercó a la sección derruida de la muralla y miró hacia el sol para ver una serie de siluetas que se movían por allí. Una de ellas lanzó una cuerda. Tavi se puso en pie, con una punzada de dolor en el brazo donde tenía el corte, los pies sobre la silla de montar marat y las manos apoyadas en los hombros delgados y fuertes de Hashat. Se metió la daga de empuñadura de oro en el cinturón y agarró la cuerda. Hashat se quedó mirando mientras subía y entonces espoleó el caballo, dejando al chico suspendido en el aire, al tiempo que alguien desde arriba empezaba a recoger la cuerda.

—¡Fade! —exclamó Tavi.

Fade dejó escapar un grito de alegría y ayudó a Tavi a subir a la sección rota de la muralla. La cara abrasada del esclavo se retorció en una sonrisa grotesca, mientras agarraba al muchacho por los hombros y lo llevaba corriendo hacia las almenas, para alejarlo del borde de la muralla derruida.

En lo alto de la muralla, muchos legionares se mantenían agachados tras las almenas, jadeantes y exhaustos. Nadie estaba ileso. Permanecían agachados, con la espalda apoyada en las almenas y los escudos entre ellos y el patio inferior. Bernard también se encontraba allí, pero se levantó para acercarse a Tavi y lo cogió con fuerza del brazo.

—¡Tavi!

—¡Tío! ¿Dónde está la tía Isana?

El estatúder negó con la cabeza, pálido.

—Nos separamos.

Rodeó los hombros del muchacho y lo guió por las almenas, presionando para que se agazapase tras las piedras e interponiendo su cuerpo entre su sobrino y el patio. Tavi contempló sobrecogido el campo de batalla fuera de la fortaleza. Nunca había visto a tantas personas juntas, y mucho menos a tal cantidad de gente intentando matarse entre ellos. La zona de lucha del exterior era tan confusa como la del patio, pero de dimensiones a una escala mucho mayor. Los gargantes gritaban y bramaban en la distancia y avanzaban con paso lento pero constante hacia las murallas, mientras grupos montados del clan de los caballos atacaban y se retiraban por todas partes, enfrentándose a manadas de guerreros lobo o a bandas desorganizadas de moa con sus aves de guerra descontroladas.

—Grandes furias —jadeó Tavi.

—Baja la cabeza —murmuró Bernard mientras cogía un pesado escudo de la legión y lo colocaba delante de su cuerpo y de cara al patio—. De vez en cuando se detiene alguien y dispara una flecha.

—¿Y la tía Isana?

Bernard gruñó, y algo golpeó el metal del escudo con un golpe hueco y pesado.

—Estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance, muchacho. ¡No te

levantes!

Fade soltó un grito de alarma desde detrás de su escudo y Tavi miró hacia atrás a tiempo de ver cómo alguien saltaba desde el otro lado del hueco en la muralla. Amara aterrizó en las almenas al lado de Fade con una ráfaga de viento y un gruñido por el esfuerzo, y se escondió enseguida detrás del escudo de Fade, jadeando.

—¿Tavi? —exclamó con los ojos muy abiertos—. No creía que lograras escapar de esa...

—Tuve ayuda.

—¿La tienes?

—Sí —asintió.

Giró la empuñadura de la daga hacia ella y se la entregó. Amara la cogió, palideció y sacudió la cabeza.

—Se la tengo que entregar al Primer Señor.

Bernard sonrió.

—¿Qué dice Giraldi?

—Estamos atrapados —respondió Amara, que se limpió el sudor de la frente con mano temblorosa—. Caballos y gargantes están empujando a los otros marat dentro de Guarnición. Controlan todo el patio occidental excepto la muralla. En el patio oriental todo el mundo está refugiado en los edificios para defenderse. Giraldi cree que la gente de Doroga conseguirá meter una cuña entre moa y lobos en una hora poco más o menos, y tendrán que abandonar el campo.

Bernard soltó el aire.

—Una hora —repitió. Algo golpeó el escudo y le empujó el hombro hacia Tavi—. No vamos a durar tanto. ¿Y mi hermana?

—Está en uno de los barracones del patio oriental, con Gram. Giraldi dice que la vio entrar con él.

—Bien —murmuró Bernard—. Bien.

Delante de ellos, en la muralla, uno de los legionares gritó. Tavi miró y vio que una flecha le asomaba al hombre por la parte superior del hombro. No parecía una herida mortal, pero al cabo de unos segundos, la cabeza del hombre perdió fuerza sobre el cuello y cayó a un lado en silencio.

Bernard agarró el brazo de Tavi y caminaron agachados a lo largo de las almenas protegidos por el escudo, que mantenía por encima de los dos. Comprobó el cuello del hombre e hizo una mueca.

—Le ha debido de dar en la arteria. Ha muerto. —Entonces frunció el ceño y se inclinó hacia delante—. Esa no es una flecha marat...

El siguiente legionare en la muralla dio de repente un respingo. Su cabeza se lanzó hacia atrás donde unos pocos centímetros de su yelmo sobresalían del escudo. Parpadeó un par de veces y la sangre corrió entre los ojos y por encima de las sienes.

Su mirada se vació y cuando cayó a un lado quedó a la vista una flecha clavada en el yelmo.

Amara arrastró a Fade por la muralla y se atrevió a lanzar una mirada fuera del escudo.

—Es él —susurró.

Un tercer hombre acurrucado detrás del escudo lo apretaba contra su cuerpo, demasiado cerca. La flecha siguiente atravesó el escudo y se hundió en el pecho del hombre, entre las costillas. Dejó escapar un grito ahogado y de repente le salió sangre por la boca.

Tavi miró horrorizado al legionare que moría a su lado en la muralla. Había ocurrido muy deprisa. El arquero oculto había tardado menos de medio minuto en matar a tres hombres.

—Tenemos que salir de aquí —tartamudeó el último legionare. Se empezó a poner en pie—. No nos podemos quedar en este lugar.

—¡Agáchate, idiota! —gritó Bernard.

Pero el legionare se dio la vuelta para correr a lo largo de la muralla, hacia la cuerda que se encontraba al lado del hueco. En cuanto se detuvo lanzó un grito y Tavi vio una flecha negra y gruesa que atravesaba la pierna del hombre. Cayó al suelo con un chillido, aterrizando encima del escudo.

La siguiente flecha le penetró por la oreja. El soldado se tendió en silencio como si fuera a dormir y ya no se volvió a mover.

—¡Maldito seas, Fidelias! —gritó Amara con voz ronca.

Tavi miró a un lado y otro de la muralla. Detrás de él, las almenas terminaban abruptamente ante el hueco que había abierto Doroga en la muralla; por delante, estas se extendían hasta alcanzar un muro de roca sólida. Los constructores de Guarnición habían usado los viejos afloramientos de granito de las colinas a ambos lados de la fortaleza como sus murallas septentrional y meridional, que eran poco más que unos precipicios de rocas casi verticales.

—¿Podemos escalar por ahí? ¿Podemos salir por ahí?

—¿Con todos esos caballeros Aeris? —Amara negó con la cabeza—. No tendríamos ni una posibilidad.

Según podía oír Tavi, el patio bullía con los gritos de los marat y de sus bestias: relinchos ocasionales de caballos, aullidos de lobos y los chillidos sibilantes de los moa. Si bajaban por la cuerda, solo iban a saltar del fuego a las brasas.

—Estamos atrapados —sentenció.

Otra flecha golpeó en el escudo de Bernard y la punta de acero pasó a través de los refuerzos de metal y la madera del escudo, del cual sobresalió varios dedos y casi penetró en una de sus sienes. Bernard se quedó lívido, pero no cambió su expresión resuelta y siguió cubriendo a su sobrino y a sí mismo con el escudo.

El viento aulló en el hueco de la muralla y Tavi miró hacia atrás para comprobar que el hombre que había ordenado antes el ataque de los caballeros Aeris contra las almenas estaba siendo desembarcado por uno de ellos en las murallas. Un momento después, el enorme espadachín aterrizó a su lado.

Amara respiró hondo con la cara pálida.

—Vete de aquí, Fidelias.

El hombre de aspecto inofensivo miró con una expresión neutra a los que estaban agachados en la muralla.

—Dame la daga.

—No es tuya.

—Dame la daga, Amara.

Como respuesta, la cursor desenvainó la espada que llevaba en el costado. Sacó la daga del cinturón y la tiró sobre las piedras que había a su espalda.

—Ven en su busca, si puedes. Me sorprende que no matases a todo el mundo cuando tuviste la oportunidad.

—Se me han terminado las flechas —reconoció el hombre—. Aldrick, mátalos.

El espadachín desenvainó la espada y lentamente comenzó a avanzar por la muralla.

Amara se humedeció los labios y mantuvo baja la espada, paralela a su muslo. Tavi pudo ver cómo le temblaba la mano.

A su lado oyó cómo gruñía su tío. Bernard forcejeó con las tiras de cuero del escudo y se las soltó del brazo. Entonces se lo dio a su sobrino.

—Aguanta esto —le pidió.

El estatúder se puso en pie con el hacha de doble filo empuñada y se acercó a Amara para resistir a su lado.

Tavi tragó saliva sin dejar de mirar.

Aldrick se detuvo a bastante pasos de la pareja y se quedó súbitamente inmóvil.

Bernard encogió uno de sus hombros, lanzó un grito y comenzó a girar, describiendo con el hacha un arco letal alrededor del cuerpo, dirigido contra la cabeza del espadachín. Aldrick se agachó por debajo de la trayectoria y el hacha mordió la piedra de una de las almenas, convirtiéndola en fragmentos de roca y polvo. Bernard giró y utilizó la inercia para mover el hacha hacia abajo en un golpe que pretendía partir en dos el cuerpo del espadachín.

Aldrick esperó hasta el último segundo para moverse y al hacerlo pareció que no se había movido en absoluto. Solo giró las caderas hacia un lado y apartó su cuerpo del hacha descendente, de modo que no le alcanzó en el pecho, literalmente, por un pelo.

Al mismo tiempo, levantó la espada. La punta se hundió en el costado de Bernard, justo por encima del cinturón. El herido se tensó con los ojos muy abiertos. Dejó

escapar un gruñido corto y ronco, y sus dedos soltaron el mango del hacha, que cayó sobre la muralla con un ruido sordo.

Tavi miró horrorizado. Aldrick giró la hoja cuando la extraía del costado del estatúder, y con ello logró que este cayera desde las almenas hacia el caos del patio.

—¡Tío! —chilló.

Amara extendió una mano hacia él mientras caía.

—¡Bernard!

Fade, con un chillido, dejó caer el escudo y luego corrió hacia Tavi, agarrándose al muchacho mientras gimoteaba de manera incomprensible.

Aldrick movió la espada a un lado y gotas de sangre, de la sangre de su tío, mancharon las piedras de las almenas.

El rostro de Amara se cubrió de repente con una máscara de frío desprecio.

—Que te lleven los cuervos, Fidelias —maldijo con una voz gélida y baja—. Que los cuervos os lleven a todos.

El muchacho no la vio atacar, solo notó una nube de color del mismo tono que la capa que llevaba la cursor. Amara se precipitó contra Aldrick con su espada de la Guardia y el metal hizo que el aire silbara en el recorrido.

El espadachín dio un par de pasos rápidos hacia atrás sin mostrar sorpresa ni emoción en el rostro. Levantó la espada y detuvo el golpe de ella. A ese primero siguieron muchas más acometidas, que resonaron con lo que pareció que era un tono continuo, pero el espadachín las detuvo todas, con la espada cerca del cuerpo y unos movimientos muy cortos y rápidos.

Tavi se arrastró hacia delante, con lágrimas que le nublaban los ojos, y tirando del gran escudo y de Fade, que no dejaba de sollozar. Recuperó la daga que había tirado Amara y se la volvió a meter en el cinturón mientras contemplaba el duelo, indefenso y aterrorizado.

Amara giró, se agachó y volvió girar, con la espada dirigida al cuello, las rodillas y de nuevo al cuello de Aldrick. Este bloqueó todos los golpes y entonces, con una sonrisa dura y repentina, descargó su espada. Amara gimió y el arma se le cayó de las manos, yendo a parar cerca de Tavi.

Aldrick blandió la hoja en horizontal y Amara profirió un grito ronco, tambaleándose contra las almenas con el cabello sobre la cara. Tavi pudo ver sangre en la cota de mallas, alrededor de su vientre. La cursor se volvió hacia Aldrick con los pies inestables y alzó los brazos hacia él para golpearle. El espadachín la apartó de un manotazo y con el pie le golpeó la rodilla. Amara bufó y cayó sobre las piedras. Pero intentó levantarse de nuevo.

El Espada sacudió la cabeza, como si estuviera disgustado, y golpeó con la pesada bota el brazo herido de Amara, quien dejó escapar otro grito y se retorció. Miró hacia Tavi sin conseguir fijar la vista y con la cara blanca como una sábana.

Aldrick no se detuvo. Apartó la espada, se agachó y dirigió un mandoble contra la paralizada cursor.

Tavi no se detuvo a pensar. Agarró con la mano izquierda la espada tirada en el suelo y tal como estaba, de rodillas, se abalanzó sobre el traidor. El filo brilló delante de él y encontró el hueco entre la cota de mallas del espadachín y la parte superior de su bota, abriendo en la piel un corte insignificante. Pero fue suficiente para que Aldrick renunciara a asestar el golpe que iba dirigido contra el cuello de Amara y optara por desviar el torpe ataque de Tavi.

Aldrick bufó, con el rostro enrojecido de repentina rabia, que hizo destacar una antigua cicatriz blanca sobre su mejilla encarnada. Lanzó su espada contra la del muchacho, que sintió la vibración del golpe en los hombros y en el pecho, y se le entumeció el brazo con una oleada de pinchazos desde la punta de los dedos hasta el codo. El acero voló hacia algún lugar a su espalda.

Rodó hacia atrás e intentó levantar el escudo para cubrirse, pero el espadachín lo apartó de una patada, de manera que salió disparado de las manos de Tavi y cayó al patio.

—Chico estúpido —dijo Aldrick con ojos fríos—. Dame la daga.

El muchacho agarró la empuñadura de la daga con una mano y empezó a alejarse a rastras a lo largo de la muralla.

—Lo has matado —le gritó Tavi con voz ronca—. ¡Has matado a mi tío!

—Y lo que le ocurrió a mi Odiana es culpa tuya. Te debería matar ahora mismo —gruñó Aldrick—. Ríndete. No puedes ganar.

—¡Vete con los cuervos! ¡Si no te gano yo, alguien lo hará!

—Como quieras —replicó el espadachín. Hizo un molinete con la espada y se acercó a él levantando la hoja con los ojos fríos—. Ni el mismo Araris Valeriano, si estuviera aquí en persona, me podría vencer. Y tú no eres Araris.

El espadachín llevó las dos manos a la empuñadura de su arma y golpeó. Tavi vio el metal frío y ensangrentado de la hoja que caía hacia él y supo que estaba a punto de morir. Chilló y levantó una mano, sabiendo que no iba a servir de nada, pero fue incapaz de evitarlo.

La espada descendió para descargar el golpe mortal.

Y se encontró con otro acero en un repique frío y claro como una campana. Surgió una nube de chispas plateadas allí donde la hoja de Aldrick se encontró con el acero de la espada de la Guardia.

Fade se había situado encima de Tavi con ambas manos en la empuñadura de la espada corta, las piernas muy abiertas, las rodillas ligeramente dobladas y el cuerpo relajado. El espadachín empujó con la espada, pero Fade pudo mantenerla alejada de Tavi, aparentemente con muy poco esfuerzo, y al cabo de unos momentos, el esclavo retorció el cuerpo. La hoja de Aldrick se deslizó hacia un lado y saltó hacia atrás para

evitar el contragolpe, pero no fue lo bastante rápido. El arma de Fade se dirigió hacia el rostro de su oponente y le abrió de nuevo la cicatriz blanca, que volvió a sangrar.

Aldrick se retiró en guardia mirando a Fade con los ojos muy abiertos y el rostro enrojecido que iba palideciendo.

—¡No! —exclamó—. No...

Fade dio un paso al frente y se situó entre el chico y los otros dos hombres. Su voz surgió baja, lenta y controlada.

—Quédate detrás de mí, Tavi.

Tavi lo miró aturdido mientras agarraba la daga y se alejaba de los dos hombres.

—No lo eres —bufó Aldrick—. No lo puedes ser. Estás muerto.

—Hablas demasiado.

Entonces se lanzó hacia delante, pasando ágilmente por encima del bulto inmóvil de Amara, con la espada en dirección hacia el espadachín. Aldrick lo detuvo con una lluvia de chispas doradas, desvió un ataque contra su vientre y atacó hacia la cabeza de Fade, que se agachó; el golpe traspasó medio metro de la piedra de una almena unida mediante un artificio. Un trozo de piedra, del tamaño de una bañera grande, se deslizó hacia abajo y cayó sobre los que batallaban fuera de la fortaleza.

Fade se levantó con la espada en movimiento, con el cabello greñado y sucio volando a su alrededor y el rostro quemado con una expresión de frío distanciamiento y presionó al espadachín, que hubo de retroceder por las almenas. Cuando su espada golpeaba la de Aldrick, surgía un fuego escarlata, y cuando detenía uno de los golpes del espadachín, se elevaban nubes de motas blancas y plateadas.

Tavi advirtió cómo Aldrick empezaba a tener miedo, porque sus movimientos se volvieron más tensos, más rápidos y menos elegantes. Se retiraba paso a paso, y Fade le presionaba sin descanso. El esclavo descargó un golpe fallido contra Aldrick y el filo levantó otra lluvia de chispas al atravesar la piedra a los pies del espadachín, pero el esclavo se recuperó con rapidez y volvió a empujar a su rival a lo largo de la muralla.

Tavi no había visto nunca algo tan ágil y tan terrorífico como el combate entre los dos hombres. Aunque Aldrick era el más grande de los dos, Fade parecía más flexible y sus movimientos eran más fluidos, pues bloqueaban una y otra vez unos golpes que lo podrían haber matado y que fallaban por un margen muy estrecho. Saltó por encima de un espadazo, se agachó por debajo de otro y volvió a atacar el vientre de Aldrick. El espadachín desvió el golpe y giró sobre sí mismo para cambiar la posición con Fade sobre las estrechas almenas, de manera que ahora estaba de espaldas a Tavi.

Aldrick descargó un par de golpes poderosos sobre el esclavo, que evitó uno y desvió el otro con la espada. Fade contraatacó con una serie de golpes demasiado rápidos para que el muchacho los pudiera seguir y el espadachín tuvo que retroceder de nuevo a lo largo de la muralla, claramente a la defensiva.

La espada de Fade atacó el pie de Aldrick y falló, rozando la piedra. El espadachín descargó una patada con su pesada bota contra la cara del esclavo, y la cabeza de Fade se giró hacia un lado, pero aprovechó el movimiento para lanzar un tajo hacia arriba que no alcanzó a su contrincante, pero atravesó la gruesa almena a su lado.

La espada de Aldrick bajó hacia la muñeca de Fade con un golpe rápido que produjo una herida y arrancó de la mano del esclavo la espada, que fue a parar al patio. Fade gritó y cayó de rodillas, apretando la mano contra el pecho.

Aldrick se aproximó a él, jadeando con los ojos muy abiertos, y levantó lentamente la espada.

—Se acabó —anunció—. Por fin se ha acabado. Has perdido.

—Mira dónde estás —replicó el arrodillado.

Tavi miró los pies de Aldrick y los cortes profundos en las almenas, donde la espada de Fade había atravesado la piedra.

Aldrick miró hacia abajo y palideció.

La almena que se levantaba junto a él se deslizó a un lado a lo largo del corte ascendente que Fade había marcado en ella, de manera que la piedra cayó con una gracia pesada hacia el suelo debilitado de la muralla. Lo golpeó y los dos cortes que Fade había hecho en la piedra se convirtieron de repente en una miríada de crujidos. El espadachín intentó dar unos pasos atrás, pero la piedra bajo sus pies cedió como madera podrida y, con un aullido, Aldrick ex Gladius y quinientos kilos de piedra se precipitaron contra el patio.

El esclavo cerró los ojos por unos momentos, resoplando, y después miró a Tavi.

El muchacho se lo quedó mirando.

—¿Cómo?

Fade encogió un hombro.

—Aldrick siempre pensaba en líneas; de manera que yo he pensado en curvas.

Tavi vio un movimiento detrás de Fade y gritó:

—¡Fade, cuidado!

El esclavo se dio la vuelta, pero antes Fidelias, que llevaba la cuerda que habían usado para subir a la muralla, pasó un lazo por encima de su cabeza. Fidelias tiró y le apretó el cuello. Entonces el hombre afirmó los pies y lo arrastró.

Fade se debatió, pero no tenía punto de apoyo y el tirón lo precipitó fuera de la muralla. Fade se perdió de vista cuando Fidelias soltó la cuerda, uno de cuyos extremos estaba atado alrededor de una almena; de repente, la cuerda se tensó con un tirón y un crujido.

—No —suspiró Tavi.

Fidelias se volvió hacia él.

—¡No!

El muchacho se puso en pie y se lanzó contra el hombre, en la muralla. Blandiendo la daga, saltó sobre Fidelias, quien agarró al muchacho por la camisa y sin ningún esfuerzo le dio la vuelta y lo lanzó contra las piedras de las almenas. Tavi sintió cómo caía de espaldas contra el suelo con un golpe que lo dejaba sin aire y convirtió la punzada constante y caliente de su brazo herido en un fuego abrasador.

Dejó escapar un suave gemido de dolor e intentó alejarse de Fidelias; al cabo de unos pocos centímetros de recorrido sintió que su espalda estaba al borde ruinoso del muro derrumbado. Miró hacia atrás y abajo; era una caída que lo llevaría a los escombros duros y dentados de la sección derrumbada, donde los marat y sus bestias luchaban y mataban con una eficacia salvaje.

Volvió a mirar a Fidelias, aferrado a la daga.

—Dámela —ordenó Fidelias con voz tranquila y la muerte reflejada en sus ojos—. Dame la daga o te mataré.

—No —resolló Tavi.

—No es necesario que mueras, chico.

Tavi tragó saliva. Se alejó todo lo que pudo sobre la muralla rota y oyó cómo las piedras empezaban a crujir y a renquear bajo su peso.

—Aléjate de mí.

El rostro de Fidelias se retorció de rabia y alargó las manos en un gesto repentino. La piedra se tensó, como si fuera una sábana que estuviera doblando una lavandera de la explotación, y lanzó hacia Fidelias a Tavi, que quedó aturdido.

El hombre alargó la mano para coger la daga, pero el muchacho la dirigió contra él en un intento desesperado por herirle. Fidelias agarró el cuello de Tavi y este sintió que de repente le faltaba el aire.

—Como quieras —aceptó Fidelias—. Sin testigos.

La visión del chico se empezó a desenfocar y sintió que empezaba a soltar la daga.

Fidelias movió la cabeza y aumentó la presión.

—Me la debiste entregar...

Tavi se debatió impotente hasta que sus brazos y piernas parecieron olvidar cómo tenían que moverse. Miró los duros ojos de Fidelias y sintió que se le iba entumeciendo el cuerpo.

De pronto pudo ver que Amara se movía débilmente y levantaba la cabeza. Vio cómo se retorcía para levantar una rodilla y sacar un cuchillo corto de la bota. Apretó la mandíbula y colocó el brazo roto debajo de su cuerpo, con el antebrazo paralelo al suelo, mientras levantaba un poco el torso.

Entonces, con un solo movimiento, echó hacia atrás el cuchillo y lo lanzó contra la espalda de Fidelias. Una ráfaga de viento fugaz impulsó el arma hacia él.

Tavi vio que el hombre daba un respingo repentino con una expresión

sorprendida. Se envaró, los dedos se aflojaron alrededor de su cuello y estiró la mano hacia la espalda, mientras la expresión se le deformaba con un gesto súbito de dolor.

—Querías una daga, Fidelias —musitó Amara—. Ahí tienes un cuchillo. Ese es el que te quité.

El herido, con el rostro pálido y asustado, se volvió hacia Tavi y le agarró la mano en la que sostenía la daga.

Se produjo un forcejeo frenético y Fidelias dejó escapar un grito entrecortado de dolor. El muchacho sintió una mano alrededor de la muñeca, una mano que presionaba con fuerza, y oyó el crujido de los huesos al romperse. El dolor lo atravesó como un rugido y vio cómo le colgaba la mano inutilizada.

Fidelias agarró la empuñadura de la daga.

Tavi cogió el cinturón del hombre y lo empujó con toda su fuerza y todo su peso.

Fidelias perdió el equilibrio, lanzó un graznido ronco y cayó de las almenas para precipitarse contra los escombros afilados del hueco de la muralla. El chico se dio la vuelta y miró hacia abajo para ver cómo el hombre aterrizaba sobre las piernas con los pies por delante. Tavi creyó oír el crujido de los huesos.

Apenas Fidelias había llegado al suelo, una marea de mara le pasó por encima.

Tavi se quedó mirando, jadeando, exhausto; sentía más dolor del que creía que podría existir en todo el mundo. El tío Bernard, Fade... Se le acumularon las lágrimas y no pudo evitar los sollozos, dejando escapar un sonido profundo y duro. Apoyó la mejilla en las piedras y lloró sin consuelo.

Unos momentos después sintió cómo Amara se arrastraba hacia él. La cursor llevaba consigo un escudo. Se tendió a su lado y lo usó para cubrirlos a los dos.

No podía dejar de sollozar, sintió que la mano de Amara le daba unos golpecitos desmañados en la espalda.

—Está bien, Tavi. Todo está bien. —Ella apoyó la mejilla en su cabello—. Chist... Todo se arreglará. Se ha acabado.

Acabado.

Tavi lloró en silencio hasta que lo engulló la oscuridad.

ISANA asistió a la batalla en las almenas derruidas con el corazón en la boca, atrapada en el segundo piso de un barracón en el patio oriental, e impotente para poder hacer cualquier cosa que pudiera influir en su resultado.

Vio a su hermano caer de las murallas y, a través de la neblina de las lágrimas, vio cómo la cursor también caía al suelo. Gritó cuando Tavi recogió la espada y se enfrentó al enorme espadachín, y de nuevo cuando Fade empuñó el arma vieja para luchar contra el hombre a lo largo de las almenas. Vio, sin importarle el zumbido ocasional de alguna flecha, cómo colgaron a Fade de las murallas, cómo Tavi luchó por la daga y cómo el cursor traidor caía y se perdía de vista.

Contempló cómo Tavi se derrumbaba y cómo la herida Amara arrastraba el escudo para cubrirlos a los dos... y de repente todo quedó en silencio.

—Tavi —se oyó decir—. Tavi, no. ¡Oh, furias!

Se dio la vuelta, salió de la estancia y bajó las escaleras hacia el primer piso del barracón, que era una sala común para los soldados que vivían allí. Las ventanas estaban cerradas con pesados postigos de hierro, pero las barras que usaban para bloquear las puertas habían sido arrancadas de sus goznes unos momentos antes, junto con la pesada puerta de madera, y ahora la entrada estaba tapada con un par de mesas pesadas, que dejaban expedita la parte superior del hueco.

Frederic estaba junto a la puerta, con un escudo de la legión colgado del brazo izquierdo y una lanza mellada aferrada en la mano derecha. A su lado se encontraba una mujer de Guarnición, una matrona recia y de aspecto serio con los pies descalzos y una lanza ensangrentada agarrada con las dos manos. El cabello del joven pastor de gargantes le colgaba alrededor de la cara, mojado por el sudor, y había sufrido un corte que le dejaría una cicatriz larga y blanca desde la mandíbula hasta la oreja, pero su mirada era dura y decidida.

Cuando Isana comenzó a bajar por las escaleras, otro marat se lanzó contra las barricadas con un hacha de cabeza de piedra en cada mano. Lanzó una de ellas hacia Frederic, pero el pastor levantó el escudo y el hacha se partió contra él. La mujer que lo acompañaba asestó una lanzada al muslo del marat y este arrojó la segunda hacha en un golpe dirigido contra el astil de la lanza.

Frederic gritó, dirigió la lanza hacia el marat y la hoja de acero entró con fuerza en su pecho. El joven tiró de la lanza hacia él y con un rugido se inclinó hacia atrás y le pegó una patada en el vientre al marat aturdido. El guerrero salió volando a causa del golpe aumentado por la furia, y fue a caer sobre un montón de cuerpos que ya cubría las piedras del patio inmerso en la lucha.

Isana corrió hacia la puerta.

—Frederic, he visto a Tavi y a Bernard. Están heridos y les tengo que ayudar.

El aludido se volvió hacia ella, resoplando y con sus rasgos hermosos manchados con gotas de sangre.

—¡Pero señora Isana! Hay marat corriendo por todas partes.

—Y ellos están heridos en medio de este caos. Necesito tu ayuda para mantenerlos alejados de las zonas de combate.

La mujer de la lanza le hizo un gesto de asentimiento a Isana.

—Adelante. Podemos defender la puerta durante un rato.

Frederic levantó una ceja de su rostro demacrado.

—¿Está segura?

—Muchas gracias —agradeció Isana y dio una palmadita en el brazo a la mujer. Enseguida agarró el de Frederic—. Se encuentran cerca de la puerta, en la sección derruida de la muralla.

El joven tragó saliva y asintió.

—Así que tenemos que ir al otro patio, ¿no es eso?

—Sí.

Frederic afirmó las manos sobre la lanza y asintió.

—Entonces, vamos.

Isana rodeó con fuerza el hombro de Frederic mientras avanzaban, lanzó una mirada rápida alrededor del patio y se encaminaron a paso ligero hacia el otro extremo de Guarnición, manteniéndose cerca de la muralla. La batalla en el patio era una especie de matadero de pesadilla. Los marat estaban por todas partes, asaltaban los edificios y luchaban entre ellos y con los defensores aleranos.

Un chillido aterrorizado atravesó el patio. En la puerta de un barracón, en el lado opuesto, aparecieron un par de moa. Arrastraban a un legionare herido hacia el patio, cada uno de un brazo, y lo lanzaron al suelo entre los dos.

Mientras Isana miraba, el yelmo del legionare salió volando y reveló la cabeza calva de Warner y bajo ella, su cara exhausta.

—¡Warner! —gritó Isana.

Warner levantó la mirada con el rostro ceniciento e intentó mover la espada hacia el ave más cercana, pero el movimiento fue apático, como si no le quedaran fuerzas. Los dos terribles moa empezaron a destrozar al estatúder entre insoportables chillidos. Dos marat de cabello trenzado con plumas oscuras de moa se quedaron mirando hasta que finalizaron; Warner se quedó tirado e inmóvil. Uno de ellos se adelantó con un cuchillo en la mano y, después de pensárselo un momento, cortó las orejas del caído. Le dijo algo a su compañero que provocó una risa ronca y mientras las aves seguían ocupadas con el cadáver, los dos se dieron la vuelta y entraron en el barracón que había estado defendiendo el muerto.

A los gritos que inundaban Guarnición se unieron otros: los chillidos de niños aterrorizados.

—Alguien les ayudará —jadeó Frederic—. ¿Verdad, señora Isana? Alguien les irá a ayudar, ¿no?

Isana miró entre el patio más alejado y el barracón donde chillaban los niños, y tomó una decisión en un brevísimo lapso de tiempo. Aunque Tavi estaba herido, tenía posibilidades de sobrevivir. Si no hacía nada, aquellos niños no tendrían ninguna.

—Seremos nosotros quienes lo hagamos —contestó—. Vamos.

El joven tragó saliva y asintió. Retiró la mano de Isana de su hombro y avanzó, mientras hacía girar, nervioso, la lanza entre las manos. Ella le siguió.

Ninguno de los moa los vio hasta que Frederic movió la lanza en un gran arco que terminó en el cuello del más grande, que se partió con un crujido agudo. El ave se derrumbó inmediatamente, mientras que la segunda se volvió hacia Frederic y atacó, tratando de picotear la cara del pastor de gargantes. Este dio un salto hacia atrás y el ave lo siguió.

Dentro del barracón, los niños seguían gritando. Isana esperó a que el moa se apartase un par de pasos más de la puerta y se deslizó hacia el interior.

—¡Señora Isana! —la llamó Frederic—. ¡Espere!

La mujer entró sigilosamente en el barracón y encontró a los dos marat delante de una docena de niños que se escondían detrás de unos arcones y literas que habían amontonado en el suelo para formar una barricada improvisada. Algunos de los niños mayores blandían lanzas de la legión y se defendían cada vez que los marat se acercaban; estos hablaban entre sí en voz baja, con la intención evidente de decidir el mejor modo de sacar a los niños de detrás de la barricada.

Isana se movió en silencio hacia el marat más cercano, alargó la mano y le tocó en el cuello mientras llamaba a Rill.

El atacante dio un respingo y dejó escapar un chillido ronco que se redujo a un borboteo cuando el agua le empezó a salir por la nariz y la boca. El segundo marat giró sobre sí mismo con gran rapidez, aprovechando la inercia para lanzar un puñetazo con los nudillos muy marcados. Isana sintió que el golpe le impactaba en el pómulo y la tiraba al suelo.

Intentó escabullirse, pero el marat la atrapó por el tobillo y la arrastró hacia él. Le dio patadas, pero el guerrero le hizo un corte en la pierna con el cuchillo, formando una repentina línea de intenso ardor alrededor de la pantorrilla. Sintió cómo se movía, sintió cómo su peso se precipitaba sobre ella y una mano basta se enredaba en su cabello, tirando hacia atrás la cabeza. Por el rabillo del ojo vio el resplandor de una lustrosa daga de piedra que se dirigía hacia su cuello.

Levantó el brazo, jadeando, y bloqueó el antebrazo de su agresor, deteniendo la hoja a unos pocos centímetros de su cuello. El marat gruñó y presionó, e Isana notó cómo le cedía el brazo ante la superioridad física del guerrero.

Se retorció, jadeando, e invocó una vez más a Rill, con la esperanza de que el

primer marat siguiera incapacitado cuando este saliera de él. La furia la inundó e Isana la contuvo mientras hundía las uñas de la mano libre en el antebrazo del marat. La sangre manó de las heridas en la piel pálida, y entonces ella impulsó a Rill para que entrase por esos arañazos.

El marat jadeó, temblando, y la fuerza del brazo empezó a mermar. Se quedó rígido, experimentó convulsiones y de repente soltó tanto a Isana como el cuchillo. Su cuerpo se sacudió y se alejó de la mujer arqueando la espalda y agarrándose el pecho.

Isana tembló y trató de protegerse de los sentimientos de terror y pánico repentinos del marat, pero no lo liberó del ataque de Rill. El guerrero jadeó, tratando de respirar como un pez fuera del agua, pero ella sabía que eso no le iba a ayudar. La furia detuvo la sangre en sus venas y los latidos de su corazón.

No duró más de un minuto. Isana se encontró mirando a una docena de niños aterrorizados y con los ojos muy abiertos al otro lado de los cadáveres de los guerreros marat a los que había matado.

Un momento después, Frederic, respirando a duras penas, apareció en el quicio de la puerta. El joven había prescindido del escudo y en su lugar llevaba a una muchacha delgada y medio vestida que lucía un collar de esclava y sedas de bailarina. La pierna de la chica estaba ensangrentada y se apoyaba en Frederic, con el rostro hundido en su hombro, llorando.

—Señora Isana —resopló el joven—. ¿Se encuentra bien?

—Por ahora —respondió. Se acercó a él y le ayudó a colocar a la chica detrás de la pequeña barricada—. Frederic, te tienes que quedar aquí y proteger a los niños. Defiende el edificio. ¿De acuerdo?

Él la miró con preocupación.

—Pero ¿y usted?

—Lo conseguiré —respondió Isana.

Durante un momento, el terror, el dolor y el pánico de los que tenía a su alrededor se elevaron como una ola que amenazase con engullirla. Los cadáveres de los marat yacían en el suelo, retorcidos y rígidos, con expresiones de agonía. Se oyó a sí misma que dejaba escapar una tenue carcajada nerviosa.

—Lo conseguiré. Tengo que llegar hasta él.

El joven tragó saliva y asintió.

—Sí, señora.

Se obligó a respirar hondo para controlar las emociones que la atravesaban.

—Defiende la puerta, Frederic. Defiéndelos.

Entonces salió por la puerta del barracón lo más rápido que pudo y reemprendió el camino hacia el patio más alejado.

Parecía que la batalla estaba perdiendo fuelle. Los cadáveres y los heridos yacían

por todos lados. Vio cómo un marat de los moa aparecía por una esquina y era arrollado por un par de marat a caballo que le atravesaron la espalda a lanzadas mientras huía. Un lobo gigante enloquecido por la sangre se lanzó contra uno de los caballos, clavó los colmillos en sus cuartos traseros y derribó al animal, mientras que el jinete saltaba de la silla y se daba la vuelta, lanza en mano, para enfrentarse al lobo.

Isana siguió avanzando y pasó por delante del edificio de mando, donde un legionare entrecano y de aspecto sombrío le gritó que entrase. Ella lo ignoró y continuó hacia el patio oriental.

Allí la lucha había sido mucho más intensa y la matanza era mayor. No solo por los muertos que se habían preparado para las exequias al principio del día, sino por los cientos de cuerpos más que yacían en el suelo; en su mayoría eran marat, pero de vez en cuando resaltaba el rojo y el dorado de la túnica de un legionare de Riva en medio de los cuerpos pálidos de los bárbaros. Podría haber cruzado el patio sin poner un pie en las piedras.

Cuando lo atravesaba, por dos veces tuvo que evitar a sendos marat que pasaban a su lado huyendo hacia las puertas rotas con ojos salvajes y aterrorizados. Se apartó de su camino y los dejó pasar. En cierto momento, numerosos marat montados a caballo pasaron al galope a través de los cadáveres, con los cascos pisoteándolos de manera indiscriminada en su camino hacia las puertas. Aquí y allí se movían los heridos, arrastrándose o esperando la muerte en silencio. El lugar estaba dominado por el olor a sangre y el hedor séptico de los vientres desgarrados, y cuando llegó a la sección derruida de la muralla, donde había visto a Tavi por última vez, se sintió mareada.

Tuvo que pasar por encima de un montón de escombros para alcanzar el extremo más alejado, tratando de hacerse una idea de lo duro que podía ser lo que vería: a su hermano muerto sobre las piedras, a Fade colgado al extremo de una soga, estrangulado o con el cuello roto. A Tavi por encima de ellos y desangrado hasta la muerte.

En lugar de todo eso, encontró a Bernard tendido y quieto, apoyado en la base de la muralla. Le habían desabrochado su cota de mallas para enrollarla hacia arriba, dejando al descubierto la zona del tajo de la espada del mercenario, y allí la piel era rosada y lisa, como si la acabasen de unir con un artificio. Se tambaleó sobre las piedras hasta llegar al lado de su hermano y alargó la mano hacia el cuello. Encontró el pulso, lento, pero constante y fuerte.

Las lágrimas le nublaban los ojos cuando oyó movimiento y miró hacia arriba, donde vio a Fade levantándose de su asiento a poca distancia. Tenía el cuello marcado y erosionado y la manga manchada de sangre, pero el corte lo habían cerrado con un artificio y la piel lucía rosada, limpia y casi brillante.

—Fade —se sorprendió Isana—, ¿cómo...?

El esclavo giró la cara hacia las almenas.

—Tavi —respondió con voz tensa—. Están con él ahí arriba.

Cayó un poco de gravilla e Isana miró hacia lo alto.

Sobre la muralla se encontraba Odiana, que la observaba con una expresión distante y los ojos oscuros, vacíos y huecos. Movi6 un pie desnudo y le dio una patada a un rollo de cuerda con nudos que tenía a su lado; la cuerda se desenrolló y cay6, golpeando la muralla al lado de la cabeza de Isana.

—Sube —indic6 Odiana.

—¿Qué has hecho con él? —pregunt6 Isana.

—Sabes que no te puedo oír —respondió la bruja de agua—. Sube —repiti6 y desapareci6 tras el vértice de las almenas.

Isana mir6 a Fade y asi6 la cuerda. El esclavo se acerc6 con expresi6n seria y le puso las manos en la cintura, izándola cuando empez6 a escalar.

Lleg6 a lo alto de la muralla y encontr6 a Odiana al lado de las formas inm6viles de Tavi y Amara. Los dos estaban pálidos y quietos pero respiraban con regularidad. Isana se acerc6 al lado de su sobrino y baj6 la mano para tocarle la cara y apartar de sus ojos un rizo del cabello. Sintió c6mo sollozaba de alivio a medida que se iban difuminando el terror y el miedo de los últimos días, que exigía que el hueco se llenase con lágrimas. No se molest6 en alejarlas con un artificio.

—Una reuni6n feliz —murmur6 Odiana.

La mujer se dio la vuelta hacia la cuerda, con la intenci6n evidente de bajar hacia el patio.

—¿Por qué? —pregunt6 Isana con voz medio ahogada. Levant6 la mirada hacia la bruja de agua—. Los has salvado. ¿Por qué?

Odiana lade6 la cabeza con los ojos fijos en la boca de Isana.

—¿Por qué? ¿Por qué, dices? —sacudi6 la cabeza—. Me pudiste matar en Kordholt. O sencillamente, dejarme atrás. Y no lo hiciste. Me hubieras podido entregar a la muchacha cursor. No lo hiciste. Todo eso se merecía una respuesta. Esta es la mía.

—No lo entiendo.

—Creo que salvarte la vida habría sido una gracia muy pequeña. Salvar las vidas de tu sangre es una cuesti6n completamente diferente. Tú quieres a ese muchacho como si fuera tu hijo. Lo quieres tanto que me hace daño a la vista. El estatúder. Incluso el esclavo. Son importantes para ti. Así que te doy sus vidas. Nuestra cuenta está saldada. No esperes nada más.

Isana asintió.

—¿Y la muchacha?

Odiana suspir6.

—Esperaba que muriese, como principio general, pero vivirá. Ni la he ayudado ni le he hecho daño. T6matelo como quieras.

—Muchas gracias.

La bruja de agua se encogió de hombros y murmuró con algo parecido a un tono cálido y sincero en la voz:

—Espero no verte nunca más, Isana.

A continuación descendió por la cuerda y una vez en el suelo, cruzó el patio con paso vivo y se internó en Guarnición con los ojos cansados.

Isana le dio la espalda a la mercenaria que se alejaba y se arrodilló para tocar la frente de Tavi y envió a Rill suavemente al interior del muchacho para comprobar su salud. Sintió que estaba dolorido y que necesitaría un artificio profundo para recuperarse, pero la bruja de agua se había asegurado de que viviría para que lo pudieran tratar.

Notó un roce de cuero sobre la piedra a sus espaldas; era Fade, que subía por la cuerda y al llegar arriba lanzó una mirada preocupada.

—¿Tavi?

—Está bien —susurró Isana—. Se va a recuperar.

Fade puso una mano en el hombro de Isana, en silencio.

—Es valiente. Como su padre.

Isana levantó la vista hacia Fade y sonrió cansada.

—¿Y la batalla? ¿Se ha acabado?

El esclavo asintió, mirando hacia el patio y las puertas.

—Terminó.

—Entonces, ayúdame. Los tenemos que meter en una cama para cuidarlos.

—¿Y después qué? —preguntó Fade.

—Después... —Isana cerró los ojos—. Después volveremos a casa, Fade.

FIDELIAS se despertó en algún lugar oscuro y frío. Le dolía todo. Abrió los ojos.

—Bien —ronroneó Odiana—. Estás despierto. —Se inclinó sobre él y le rozó ligeramente las sienes con la punta de los dedos. El metal frío y pálido de un collar disciplinario brillaba alrededor de su cuello—. Ya no sangras.

—¿Qué ha ocurrido?

Ella miró fijamente la boca de Fidelias mientras hablaba.

—Encontré a mi Aldrick —respondió—, y después te encontré a ti. Aún no hemos salido de esta. Necesitamos tu ayuda.

—¿Dónde estamos?

—En un almacén de Guarnición. Mi amor está haciendo un recado y luego nos iremos.

—¿La daga?

—En tu mano. No la querías soltar.

Fidelias levantó la mano y vio la daga en ella.

—¿Dónde están los hombres?

—Ya se han ido.

La puerta del almacén se abrió con un chirrido y entró Aldrick cubierto con la túnica de un legionare de Riva.

—No hay mucho tiempo —indicó con tono tenso.

Cojeó hasta Odiana y dejó caer un montón de trozos de carne ensangrentada unidas a melenas de cabello blanco y fino. Cabelleras.

—Los marat están registrando los edificios en busca de rezagados.

—Aún queda un círculo por cerrar —explicó Odiana con una sonrisa y levantó las cabelleras.

Empezó a tararear y se encaminó hacia una pila de cajas caídas y objetos derribados en la penumbra del almacén.

Fidelias se puso en pie y se tambaleó, dolorido. Miró hacia abajo y vio que también llevaba una túnica de Riva.

Aldrick lo cogió, aunque el espadachín tampoco parecía mantener mucho el equilibrio.

—Tranquilo. Estabas bastante malherido. Odiana te ha estabilizado, pero vas a necesitar una atención mucho más seria.

Fidelias asintió. Metió la daga de Aquitania en su morral y lo cerró.

—De acuerdo —aceptó—; ¿cómo vamos a salir de aquí?

—Ahí fuera sigue el caos —explicó Aldrick—. Los aleranos están confusos, hay muchos heridos y algunos de los edificios arden en llamas. Los lobos huyeron y dejaron que los moa recibieran el castigo. La mayoría de ellos ha luchado hasta la

muerte y aún los siguen sacando de áticos y sótanos.

Fidelias asintió.

—¿Los hombres?

—Se han portado bastante bien. Vamos a recibir un montón de beneficios por las bajas. Si podemos salir de Guarnición, nos podremos reunir con ellos. ¿Puedes mantenerte en pie?

—Sí.

Fidelias miró hacia Odiana y cojeó hacia ella.

La joven estaba agachada al lado de la mole casi inmóvil de un estatúder enorme y lúgubre. Estaba cubierto de cajas de madera rotas y tejas de pizarra diseminadas por todas partes. El hombre estaba inconsciente, a todas luces destrozado.

Odiana le acariciaba suavemente el cabello con los dedos y le sonrió a Aldrick cuando Fidelias y él se acercaron. Entonces se inclinó hacia delante y tocó la cabeza del hombre.

—Despierta, amo Kord.

Kord tembló y abrió los ojos con un parpadeo. Transcurridos unos momentos, le recorrió un escalofrío y se fijó en el tercero. El miedo marcó sus rasgos.

Odiana se inclinó sonriendo y le besó en la frente.

Aldrick apoyó la punta de la espada ligeramente sobre la mejilla de Kord.

—Quítale el collar —ordenó—. Ahora.

Kord se pasó la lengua por los labios.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —susurró.

Aldrick apretó la punta de la espada contra la piel de Kord. El hombre intentó apartarse.

—De acuerdo, de acuerdo.

Levantó las manos y manipuló el collar. Odiana sintió un escalofrío al quedar libre y se quedó mirando la lámina en las manos.

—Nos tendríamos que ir —sugirió Fidelias.

—Una cosa más, amo —murmuró Odiana—. Tengo un regalo para ti antes de irme.

—Espera —tartamudeó Kord—. He hecho lo que querías. Te he quitado el collar...

Odiana se inclinó para mirar al estatúder a los ojos.

—Isana es una persona demasiado amable para matarte, Kord —murmuró—. Es demasiado buena para matarte. Y pobrecito... —Le volvió a besar en la frente—. Lo mismo me pasa a mí.

Cogió las cabelleras que había traído Aldrick y ató una al brazo de Kord. Después pasó otra por su cinturón y una tercera se la fijó a la muñeca.

—Estas son cabelleras del clan de los caballos —explicó Odiana—. Se toman

muy en serio lo de arrancar cabelleras y están vaciando los edificios uno a uno. Llegarán aquí en cualquier momento, pobre amo. Te arrancarán el corazón del pecho y se lo comerán cuando aún esté latiendo. Verás una parte de eso —dejó escapar un suspiro y se giró hacia Aldrick—. Pero... nosotros no, ¿verdad?

Él negó con la cabeza:

—Pero al menos es una mañana hermosa. Hora de irnos, amor.

Odiana miró la boca de Aldrick y acercó a ella el labio inferior, pero rápidamente se colocó a su lado y dejó descansar la mano sobre su brazo.

Fidelias sonrió mirando al estatúder cubierto de cabelleras. Después dio media vuelta para irse.

Kord le agarró el tobillo.

—Espera, por favor. No me dejes aquí. No me dejes ser pasto de esos animales.

Fidelias se detuvo lo suficiente para hundir el tacón en los dedos del hombre y después se alejó, levantando con cansancio el artificio de madera que evitaría que lo pudieran ver a él, a Aldrick y a Odiana mientras se escabullían de la fortaleza destrozada por la batalla.

Abandonaron el almacén y vieron cómo media docena de marat del clan de los caballos se dirigía hacia él con las armas en la mano. En menos de un minuto oyeron cómo Kord empezaba a chillar. Unos chillidos largos, dolorosos, aterrorizados y horribles.

Odiana apoyó la cabeza en el hombro de Aldrick.

—Tienes razón, mi señor —murmuró—. Es una mañana maravillosa.

TAVI se despertó en una cama de una habitación en Bernardholt que se utilizaba cuando se presentaban más invitados de los esperados. Se notaba cansado y estaba sediento, pero a excepción de un dolorcillo leve, no sentía malestar. Movi6 las piernas y notó que llevaba una especie de pantalones cortos.

—No sé por qué —murmuraba la voz de su tío desde una cama cercana—. Se inclinó sobre mí y pensé que me iba a cortar el cuello. Pero en vez de eso, cerró la herida con un artificio y me dijo que no quería que me desangrase.

La voz de Amara sonó pensativa.

—¿Dijo algo más?

—Sí, que le dijera a Isana que estaban en paz.

Tavi se incorporó y miró a su alrededor. Su tío estaba sentado en la cama, a su lado, con vendajes blancos en torno del vientre, que asomaba por encima del embozo de las sábanas, y alcanzaban hasta debajo de los brazos. Parecía pálido, y los moretones le cubrían los hombros y la mitad de la cara, pero sonrió al ver a Tavi.

—Bueno, bueno... Creíamos que ibas a dormir para siempre.

El chico lanzó un grito de alegría y cruzó de un salto el espacio entre las camas para abrazar con fuerza a su tío.

Bernard rio.

—¡Con cuidado, con cuidado, que estoy delicado! —Sus brazos rodearon a Tavi y le devolvieron el abrazo—. Qué alegría volverte a ver, muchacho.

Amara, vestida con una blusa y una falda de color marrón oscuro, le sonrió.

—Hola, Tavi.

Le devolvió la sonrisa a la cursor y volvió a mirar a Bernard.

—¿Pero cómo? —preguntó por último—. ¿Cómo es posible que estés vivo?

—Odiana —respondió Bernard—. La bruja del agua que te atacó en el río. Tu tía la salvó de la muerte a manos de Kord. Estaba escondida entre los cadáveres al pie de la muralla. Me salvó. También a Fade.

Tavi movió la cabeza.

—No me importa quién lo hizo, siempre que estés bien.

El estatúder volvió a reír.

—Lo que estoy es hambriento —reconoció—. ¿Y tú?

El est6mago de Tavi se removió intranquilo.

—Aún no, tío.

Amara se giró y cogió una jarra que tenía al lado, sirvió agua en una copa para Tavi y se la entregó.

—Bebe. En cuanto hayas ingerido líquido, empezarás a tener apetito.

Tavi se lo agradeció con un asentimiento y bebió. La mano que le habían

fracturado seguía débil, y cambió la copa a la otra.

—¿Tú también estás bien?

Ella le brindó una sonrisa, pero con un fondo de tristeza.

—Viva. Con algunas cicatrices. Me recuperaré.

—Lo siento —se disculpó Tavi—. Perdí la daga.

Amara negó con la cabeza.

—No tienes que disculparte por eso, Tavi. Te enfrentaste a dos hombres que han matado a más personas que ningún otro ser que haya conocido. Fuiste muy valiente. No te debes sentir avergonzado por no retener la daga.

—Pero sin ella, Aquitania se sale con la suya. No puedes demostrar su culpabilidad, ¿no es así?

Amara frunció el ceño.

—Yo, en tu lugar, tendría cuidado con lo que digo, Tavi. Si alguien te oyese, te podrías enfrentar a una acusación por difamación.

—¡Pero es la verdad!

Ella esbozó una media sonrisa.

—No sin la daga. Sin ella se trata solo de sospechas.

Tavi frunció el ceño.

—Eso es una estupidez.

Amara soltó una carcajada con un sonido repentino y jocoso.

—Sí —estuvo de acuerdo—. Pero míralo de esta forma: salvaste el valle y quién sabe cuántas explotaciones con él. Eres un héroe.

Tavi parpadeó.

—Eh... ¿Lo soy?

Amara asintió, ahora con expresión seria.

—Ayer presenté mi informe. El Primer Señor en persona vendrá mañana para condecorar a varias personas por su valor.

Tavi negó con la cabeza.

—No soy muy valiente. No me siento como un héroe.

Los ojos de Amara brillaron.

—Bueno, quizá más adelante.

Isana entró con energía en la habitación, vestida con ropa limpia y un delantal almidonado.

—Tavi —ordenó con tono enérgico—, vuelve a la cama.

El chico se metió bajo las sábanas.

Isana le frunció el ceño a Bernard.

—Y tú, Bernard, sabes que te dije que el muchacho debía quedarse en la cama.

El estatúder sonrió, sumiso.

—Oh, de acuerdo.

Isana se acercó a su hermano y le tocó las sienes.

—Hum. Bueno, no vas a seguir sembrando el caos aquí mucho más tiempo. Saca los huesos perezosos de la cama y ve a comer.

Bernard sonrió y se inclinó hacia delante para besar a Isana en la frente.

—Lo que ordene la artífice del agua.

—Bah. Amara, ¿te sigues sintiendo bien? ¿Sin fiebre ni náuseas?

La cursor negó con la cabeza, sonriendo, y se volvió de espaldas con discreción cuando Bernard se puso en pie para ponerse los pantalones y una túnica suelta, con movimientos envarados.

—Me encuentro bien, señora Isana. Muy bien. Ha hecho usted un trabajo maravillo.

—Bien. Ahora salid. El muchacho necesita descansar.

Bernard sonrió y revolvió el cabello de Tavi. Después se acercó a Amara y le cogió la mano. La cursor parpadeó, se miró la mano y a continuación levantó los ojos hacia la cara de él. Sonrió y sus mejillas se arrebolaron.

—¡Oh, vamos! —les empujó Isana, que dio una palmada en el hombro de Bernard.

Él sonrió y los dos salieron de la habitación. Tavi se dio cuenta de que no andaban muy deprisa y que caminaban muy juntos.

Isana se volvió hacia Tavi, le puso los dedos sobre las sienes, y después le sonrió.

—¿Cómo te sientes?

—Sediento, señora.

Ella sonrió y volvió a llenar la copa.

—Estaba tan preocupada... Tavi, estoy muy orgullosa de lo que has hecho. Todo el mundo en el valle piensa que eres un joven héroe.

El chico parpadeó y sorbió la bebida.

—¿Soy un...? No sé, ¿tengo que hacer algo? ¿Aprender a pronunciar discursos o algo así?

Ella rio y lo besó en la frente.

—Solo descansa. Eres una persona valiente, Tavi, y piensas en los demás más que en ti mismo cuando llegan los malos momentos. Recuerda siempre quién eres. —Se puso en pie—. Van a venir algunos visitantes, pero no quiero que hables con ellos mucho tiempo. Bébete el agua y después duerme un poco. A última hora de la tarde te traeré algo de comer, cuando estés preparado.

—Sí, señora —asintió Tavi. Vio cómo se dirigía hacia la puerta y justo antes de que saliera, le preguntó—: Tía Isana, ¿quién es Araris Valeriano?

Ella se detuvo en el umbral de la puerta con la frente fruncida y respiró hondo.

—Él... él fue uno de los guardias reales. Uno de los guardias personales del príncipe Septimus. Un espadachín famoso.

—¿Murió con el príncipe?

Isana se volvió para mirarlo y le dijo en voz muy baja y muy firme:

—Sí, Tavi. Murió. Hace quince años. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Pero...

—Tavi —suspiró Isana—, necesito que confíes en mí. Por favor, Tavi. Solo un poco más.

El chico tragó saliva y asintió.

—Sí, señora.

Isana le sonrió, cansada.

—Aquí están tus visitantes. Recuerda. No hables mucho tiempo.

Salió de la habitación. Un momento después, Doroga inclinó la cabeza para pasar por debajo del dintel y entró en la habitación. El enorme jefe marat iba cubierto con su taparrabos habitual y una capa de plumas de dentilargo sobre una túnica de color rojo pálido. Del cinturón le colgaban unas botas aleranas, aunque él iba descalzo; varios anillos le decoraban todos los dedos. El brazo izquierdo lo llevaba en cabestrillo, hinchado y descolorido, pero parecía de buen humor y sonrió a Tavi al acercarse a la cama y aplastarle la mano con un apretón amistoso y descomunal.

Detrás de él entró Kitai, circunspecta, vestida con un taparrabos y una túnica alerana, descuidada y manchada de comida y suciedad. Llevaba el cabello largo y pálido peinado hacia atrás con una trenza, de manera que revelaba las curvas delicadas de sus mejillas y el cuello.

—Bueno, joven guerrero —saludó Doroga—. Te he pagado por salvar a mi cachorro...

—Hija —intervino Kitai—. Ya no soy un cachorro, padre.

—Hija —murmuró Doroga con una gran sonrisa—. Salvaste a mi hija y yo te he recompensado por ello. Pero luego me has salvado a mí y sigo en deuda contigo.

—Yo no hice nada.

—Me avisaste, Tavi —explicó Doroga—. Si no lo hubieras hecho, habría muerto. —Apretó el hombro de Tavi y durante un instante este pensó que se le iba a romper algo—. Muchas gracias.

—Pero lo que hice no fue nada. Tú eres el que llevó a cabo los grandes hechos. Tú dirigiste una horda contra otra horda, señor. Una horda de tu pueblo...

—Partí para pagar mi deuda contigo —reconoció Doroga—. Terminé lo que tú empezaste. Eso forma parte de ser un hombre. —El jefe marat le sonrió y se puso en pie—. Kitai...

Esta frunció el ceño.

Doroga le devolvió el gesto.

Kitai puso los ojos en blanco.

—Muchas gracias —le dijo a Tavi—. Por salvarme la vida.

El muchacho parpadeó con suavidad.

—Hum... ¡Cómo no!

Ella entornó los ojos.

—No te creas que yo tampoco lo voy a olvidar.

Él pensó que sonaba bastante más a amenaza que a promesa.

—Eh... No, no creo.

Las arrugas en la frente de Kitai se acentuaron, por más que algo alrededor de sus ojos se suavizó al pronunciar las palabras.

—Voy a aprender a montar a caballo —afirmó—. Si no tienes nada en contra.

—Uh. Desde luego. Bueno, eso está muy bien, Kitai —contestó Tavi, y miró a Doroga esperanzado.

El marat miró hacia arriba y suspiró.

—Nos tenemos que ir —se despidió—. Tu jefe quiere darnos las gracias mañana, y Kitai se debería lavar la túnica.

—Los cachorros llevan túnicas —intervino Kitai—. Es una locura obligarme a llevar esta. No me gusta, no la quiero. ¿Por qué no puedo vestir lo mismo que el resto de las mujeres marat?

—¿Quieres andar por aquí desnuda? —preguntó Tavi—. ¿Estás loca? Mientras estés aquí, viste como una persona normal.

De repente, Doroga le sonrió a Tavi. Su rostro se distendió en una sonrisa amplia.

—Bien. Eso está bien.

Kitai se cruzó de brazos y le lanzó una mirada a Tavi que hubiera podido convertir una piedra en polvo. El chico se hundió un poco más bajo las sábanas. Ella emitió un sonido de disgusto y salió de la habitación.

Doroga soltó una carcajada y revolvió el cabello de Tavi con el mismo gesto peculiar que su tío Bernard.

—Condenado joven guerrero... Condenado. Pero su madre y yo empezamos así.

Tavi parpadeó.

—¿Qué?

—Nos volveremos a ver.

El jefe marat se dio la vuelta para irse.

—¿Qué? —repitió Tavi—. ¿Su madre qué? ¡Doroga, espera!

No se detuvo, y seguía riendo mientras salía de la habitación.

—Recuerda lo que te he dicho, Tavi. Volveremos a hablar.

El muchacho se acomodó en la cama con el ceño fruncido y los brazos cruzados, pensativo. Tenía la impresión muy clara de que se le había escapado algo a lo largo del camino.

Trató de atar cabos:

—Dice que terminó lo que yo empecé...

Se oyó un golpecito en el marco de la puerta y Tavi levantó la mirada hasta dar con el rostro familiar y abrasado de Fade, que le sonreía desde la sala.

—Tavi —saludó el esclavo con alegría.

Él le sonrió.

—Hola, Fade. ¿Entras?

Fade entró en el cuarto con su rostro inexpresivo y cargado con un gran hatillo de tela roja.

—¿Qué es eso?

—Regalo —respondió Fade—. Regalo, Tavi —repitió, al tiempo que le ofrecía el hatillo de ropa.

El chico alargó las manos para recogerlo y descubrió que era más pesado de lo que había imaginado. Se lo colocó sobre el regazo y desató la tela. Esta resultó ser una de las capas escarlata del Memorial del Príncipe, y envuelta en ella, enfundada en una vaina vieja y muy curtida, se encontraba la espada vieja y maltrecha que Amara había traído desde el Memorial y que el esclavo usó en la muralla.

Tavi miró a Fade, que le sonreía con expresión bobalicona.

—Para ti.

El muchacho frunció el ceño.

—No tienes por qué continuar con la comedia, Fade —le dijo en voz baja.

Durante un instante brilló algo en los ojos de Fade, por encima de la marca de cobardía en sus mejillas. Se quedó mirando a Tavi por unos momentos y después le hizo un guiño deliberado.

—Para ti —repitió con la misma voz y se volvió para irse.

Tavi miró al hombre que apareció de pie en el umbral de la puerta. Era alto, de espaldas anchas y miembros largos. Su cara no parecía mucho más vieja que la de su tío, pero había algo en sus ojos verde pálido que revelaba más años de los aparentes. La plata manchaba su cabello y una capa pesada de una ordinaria tela gris le cubría por completo, excepto lo que la capucha revelaba de su rostro.

Fade respiró con fuerza.

—Un regalo principesco —murmuró el hombre—. ¿Estás seguro de que eres el más indicado para entregarlo, esclavo?

Fade levantó la barbilla y el chico vio que los hombros del esclavo se enderezaban.

—Para Tavi.

El hombre de la puerta entornó los ojos y se encogió de hombros.

—Déjanos. Quiero hablar con él a solas.

El esclavo miró con cautela a Tavi y luego le hizo una profunda inclinación de cabeza al extraño. Salió por la puerta después de dedicarle al chico otra sonrisa tonta y desapareció en la sala.

El forastero cerró la puerta lentamente detrás de Fade y se acercó para sentarse en la cama, al lado de Tavi, sin que sus ojos verdes abandonasen al muchacho.

—¿Me conoces?

Tavi negó con la cabeza.

El forastero sonrió.

—Me llamo Gaius Sextus.

Tavi sintió que se le abría la boca. Se sentó en el lecho con rigidez y tartamudeando.

—¡Oh, señor...! Majestad, no os he reconocido. Lo siento.

Gaius alzó la mano en un gesto tranquilizador.

—No, sigue acostado. Necesitas descansar.

—Pensé que llegabais mañana, majestad.

—Sí. Pero esta tarde he venido de incógnito.

—¿Por qué, majestad?

—Quería hablar contigo, Tavi. Por lo que parece, estoy en deuda contigo.

El muchacho tragó saliva.

—Solo intentaba traer las ovejas de vuelta a casa, majestad. Quiero decir que eso era lo quería hacer. Después de eso, parece que todo se...

—¿Se complicó? —sugirió Gaius.

Tavi se sonrojó y asintió.

—Exactamente.

—Así es como suelen ocurrir estas cosas. No quiero mantenerte demasiado tiempo despierto, así que voy al grano. Te lo debo. Dime cuál quieres que sea tu recompensa y la tendrás.

El chico se quedó parpadeando ante el Primer Señor y se le volvió a abrir la boca.

—¿Cualquier cosa? —preguntó.

—Dentro de lo razonable...

—Entonces, quiero que ayudéis a los hombres que han resultado heridos y a las familias de los que han muerto. Llega el invierno y va a ser muy duro para todos.

Gaius arqueó las cejas y ladeó la cabeza.

—¿De verdad? Ante la posibilidad de elegir, ¿esa es tu recompensa?

Tavi sintió cómo se le endurecía la mandíbula, terco. Miró a los ojos a Gaius y asintió.

—Muy bien. Haré que se reparta la ayuda de la Corona entre los que han sufrido alguna pérdida, caso por caso, a cargo del conde local. ¿Te parece justo?

—Sí, majestad. Muchas gracias.

—Deja que añada algo más. Mi cursor me dice que deseas asistir a la Academia.

El corazón de Tavi le dio un vuelco en el pecho.

—Sí, majestad. Más que nada en el mundo.

—Podría ser difícil para alguien con tus... digamos, limitaciones. Estarás en compañía de hijos e hijas de mercaderes, nobles y casas ricas de toda Alera. Muchos de ellos son artífices poderosos. Es posible que te plantee muchos retos.

—No me importa —balbució Tavi—. No me preocupa en absoluto, majestad. Me las puedo arreglar.

Gaius lo miró durante un momento y asintió.

—Me parece que sí. Si lo aceptas, está hecho. Te otorgaré mi patronazgo para la asistencia a la Academia y te ayudaré a escoger los campos de estudio. Serás el *academ* Tavi Patronus Gaius. Ve a la capital. A la Academia. Veamos qué puedes hacer con tu vida con una oportunidad como esta.

Al chico le daba vueltas la cabeza y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Parpadeó muchas veces en su intento de ocultarlas.

—Majestad... Majestad, no sabéis lo que significa para mí. Muchas gracias.

Gaius sonrió y en el ángulo de los ojos se marcaron unas arrugas.

—Entonces, descansa. Mañana, todo será una ceremonia y un espectáculo. Pero, por favor, quiero que sepas que tienes mi gratitud, joven. Y mi respeto.

—Muchas gracias, majestad.

Gaius se puso en pie e inclinó la cabeza.

—Muchas gracias a ti, *academ*. Te veré mañana.

Abandonó la habitación, dejando a Tavi un poco mareado. El muchacho se recostó en la almohada, mirando al techo y con el corazón desbocado. La capital. La Academia. Todo lo que había deseado. Empezó a llorar y a reír al mismo tiempo, y se abrazó a sí mismo con fuerza, porque sentía que si no lo hacía iba a estallar.

El Primer Señor de Alera le había transmitido su agradecimiento y había añadido que lo vería mañana.

Se tranquilizó durante un momento, y reflexionó sobre lo que le habían dicho a lo largo del día.

—No —murmuró—. Es necesario que antes haga algo. Tengo que terminar lo que he empezado.

FIDELIAS se hundió en el baño caliente con los ojos cerrados y sintió un rápido alivio a sus dolores. A su lado, Lady Aquitania, vestida solo con una bata de seda pálida, colocó la daga con el sello dentro de un cofre en su tocador y lo cerró con llave.

—¿Y mis hombres? —preguntó Fidelias.

—Se están ocupando de todos ellos —le aseguró—. He solucionado el problema del oído de tu artífice del agua, y ella y su hombre se han ido a sus habitaciones. —Esbozó una media sonrisa y agregó—: Creo que se merecen ese rato.

—He fracasado —reconoció Fidelias.

—No del todo —murmuró Lady Aquitania. Comprobó la temperatura del agua y después colocó los dedos sobre las sienes del hombre—. Sin la daga, Gaius no tiene nada más que sospechas.

—Pero lo sabe —recalcó Fidelias, que se sintió ligeramente mareado cuando lo atravesó una lenta oleada de calor. Sus dolores se empezaron a desvanecer en una nube líquida de bendito alivio—. Lo sabe. Aquitania ya no se puede mover en secreto.

Lady Aquitania sonrió, contorneó la bañera y dejó que la bata de seda se le deslizara por los hombros. Se introdujo en el agua con Fidelias y se abrazó a sus hombros.

—Te preocupas demasiado.

El antiguo cursor se removió incómodo.

—Señora, quizá me debería ir. Vuestro marido...

—Está ocupado —ronroneó Lady Aquitania.

Ella hizo un gesto y en el agua se levantaron unas figuras, siluetas sólidas como muñecas sobre un escenario. Había dos figuras en una cama grande, en un dormitorio muy bien acondicionado, que se revolvían juntas con gran sensualidad y después se fundían en besos lentos y profundos.

—Así, dulce dama —murmuró la voz de Aquitanius, débil y distante—. ¿Os sentís mejor?

—Attis —susurró la voz de una mujer joven con una contención perezosa—. Muy fuerte. —Tembló y se empezó a incorporar—. Me debo ir.

—Tonterías —replicó Lord Aquitania—. Aún le quedan horas de repartir recompensas. Vos y yo tenemos tiempo para más.

—No —murmuró ella—. Yo no debería... —Pero Fidelias pudo percibir la excitación en su voz.

—Debes —murmuró Aquitanius—. Así. Eso está mejor.

—Qué buen amante —suspiró la mujer—. Y muy pronto podremos estar juntos

de esta manera siempre que lo deseéis.

—Así es —confirmó Aquitanius.

—¿Y Lady Aquitania? —preguntó la mujer.

Ante la pregunta, los labios de Lady Aquitania se abrieron en una pequeña sonrisa fría.

—No será un problema —respondió Lord Aquitania—. No se hable más.

Fidelias contempló cómo Gaius Caria, Primera Dama de Alera, abrazaba a Lord Aquitania y lo apretaba contra ella.

—Ya ves —ronroneó Lady Aquitania, dejando que las imágenes se perdiesen en el agua—. Tenemos más de un cuchillo apuntando a su espalda. —Se volvió hacia el hombre con los labios sobre su oreja y él sintió que empezaba a responder con un apetito lento y ardiente—. La historia aún no ha acabado.

Gaius Sextus, Primer Señor de Alera, descendió sobre el valle de Calderon sobre un semental alado de puro fuego. A su alrededor volaban una legión completa de caballeros Aeris, formada por cinco mil hombres, y la Guardia Real con sus capas escarlata, caballeros Ferro y Agnus, caballeros Aqua y Terra, y caballeros Fauna, todos ellos de grandes linajes antiguos. Las trompetas anunciaron su llegada, y a pesar del gran número de hombres movilizados, el aire casi no se movió. El Primer Señor descendió en Bernardholt con una legión completa a sus espaldas y los habitantes del valle de Calderon se dispusieron a recibirle.

Amara encabezaba la multitud. Cuando Gaius desmontó, el semental de llamas se desvaneció con una voluta de humo. La cursor se arrodilló al acercarse, pero él le cogió una mano y le indicó que se levantase, abrazándola con brazos acogedores. Llevaba la capa escarlata y azul de Alera, con una espada al costado, y se comportaba con orgullo y fuerza, aunque parecía que se le dibujaban más arrugas de preocupación en derredor de los ojos.

Él la miró a los ojos y sonrió.

—Amara. Bien hecho.

Ella sintió que se le saltaban las lágrimas, pero aun así se enderezó con orgullo.

—Muchas gracias, majestad.

La legión formó a sus espaldas como cientos de libélulas brillantes y ominosas, y Amara se estiró un poco más en el traje que le habían prestado.

—Majestad, ¿los presento tal como aparecen en mi informe?

Gaius asintió.

—Sí. Hazlo. Tengo ganas de conocerlos.

Amara empezó a llamar:

—Que Frederic de Bernardholt se acerque a la Corona.

Se produjo un silencio sorprendido en la multitud y alguien empujó al joven alto

y moreno para que diera un paso al frente, bajo la risa general de todos los presentes. Frederic miró a su alrededor, se retorció las manos con nerviosismo, suspiró y avanzó para encontrarse con Amara y el Primer Señor. Empezó a hacer una reverencia, después se arrodilló, pero cambió de opinión y se puso de pie mientras hacía otra reverencia.

Gaius rio, cogió la mano del joven y la apretó con firmeza.

—Según tengo entendido, joven, te enfrentaste no a uno sino a dos de los caballeros mercenarios en combate singular, armado solo con una azada.

—Una pala, señor —le corrigió Frederic. Entonces se ruborizó—. Eso es, eh... con lo que les aticé, majestad.

—Me han explicado que en la batalla defendiste la puerta de un edificio en el patio oriental, protegiendo a los niños que había dentro para que los marat no les pudieran hacer daño.

—Sí. Con mi lanza, señor... Majestad. Lo siento.

—Arrodíllate, joven.

Frederic tragó saliva y lo hizo. Gaius desenvainó la espada, que brilló bajo el sol.

—Por el valor, la lealtad y la iniciativa ante los enemigos del Reino, Frederic de Bernhardolt, te armo Caballero del Reino, con todas las responsabilidades y privilegios que eso conlleva. A partir de este día eres un Ciudadano del Reino: no dejes que ningún hombre dude de tu devoción. Levántate, sir Frederic.

El joven se puso en pie, aturdido.

—Pero... pero lo único que sé es pastorear gargantes, señor. No sé nada de luchar y todo eso... Perdón, majestad.

—Sir Frederic —repitió Gaius—. Ya me gustaría que todos mis caballeros tuvieran una habilidad tan útil. —Sonrió y prosiguió—: A su debido tiempo, ya discutiremos acerca de tus deberes.

Frederic hizo una torpe reverencia.

—Sí, señor. Muchas gracias, señor. Majestad. Señor.

Gaius hizo un gesto y Frederic dio atontado unos pasos a un lado.

—Que se acerque Bernard de Bernhardolt —llamó Amara.

El estatúder, vestido con telas ricas de color marrón y verde bosque, se destacó entre la multitud e hincó una rodilla en el suelo delante de Gaius, con la cabeza inclinada.

Gaius cogió la mano de Bernard e hizo que se incorporase.

—Tengo entendido que ayudaste a tomar las decisiones cuando fue herido Gram.

—Solo ayudé, majestad —manifestó Bernard—. Hice lo que habría hecho cualquiera.

—Hiciste lo que cualquiera debería haber hecho —le corrigió Gaius—. Ahí está la diferencia. La gran diferencia. Estatúder, tu valor ante peligros tan extraordinarios

no ha pasado desapercibido.

Gaius tocó su hombro con la espada.

—Por la autoridad de la Corona, te nombro Bernard, conde de Calderon.

Bernard levantó la cabeza como con un resorte y parpadeó.

Gaius sonrió.

—Con todas las responsabilidades y privilegios que lleva aparejado, y todo lo demás. Levántate, buen conde.

El estatúder se puso en pie mirando a Gaius.

—Pero aquí el conde es Gram...

—Gram es ahora un Señor, lo siento, Excelencia. —Gaius bajó la voz mirando alrededor—. Ahora tiene un destino muy cómodo en el valle de Amarante, mientras se recupera de sus heridas. Necesito a alguien a quien respeten los habitantes y en quien pueda confiar para ocupar su puesto. También alguien a quien, al mismo tiempo, respetarán los marat. Ese eres tú.

Lentamente, en la cara de Bernard se dibujó una sonrisa.

—Muchas gracias, majestad. Haré..., haré lo que esté en mi mano para no decepcionaros.

—No ocurrirá —afirmó Gaius—. Al principio tendremos que estar en contacto estrecho. —El Primer Señor miró de reojo a Amara y luego continuó—: Tendré que nombrar a un correo especial para nuestras comunicaciones. Bien, veré a ver si puedo encontrar a alguien que esté dispuesto a venir hasta aquí.

Bernard se sonrojó y Amara sintió al mismo tiempo cómo se le calentaba la cara.

—Muchas gracias, majestad —agradeció Bernard en voz más baja.

Gaius le guiñó el ojo. Hizo un gesto y el conde Bernard se desplazó a su izquierda para colocarse al lado de sir Frederic.

Amara sonrió.

—Doroga, del clan de los gigante de los marat —anunció—. Acércate.

La multitud se separó para dejar paso al hombre gigantesco, que se acercó hasta Gaius cubierto con baratijas y ropas de buena calidad que le habían dado los legionares y los hombres de las explotaciones. Con los puños en las caderas, miró a Gaius de arriba abajo.

—No eres lo suficientemente viejo para ser un jefe —declaró.

Gaius rio, espléndido y arrobador.

—Parezco joven para mi edad.

Doroga asintió con prudencia.

—Ah, quizá sea eso.

—Estoy aquí para darte las gracias, jefe Doroga, por lo que has hecho por el Reino.

—No lo hice por tu Reino. Lo hice por el guerrero joven. Y lo volvería a hacer de

nuevo. —Doroga levantó un dedo y tocó ligeramente el pecho de Gaius—. Pórtate bien con él. De lo contrario, tú y yo tendremos unas palabras.

Amara miró sorprendida al bárbaro, pero Gaius solo ladeó un poco la cabeza y le temblaron los labios por el esfuerzo para contener la risa. Entonces dio un paso atrás e inclinó la cabeza ante Doroga, entre el murmullo súbito de la legión y los asistentes.

—Así lo haré. Pídeme una prenda y si está en mi mano, será tuya.

—Ya le debo favores a demasiada gente. —Doroga suspiró—. ¿Hemos terminado?

—Eso creo, sí.

—Bien.

Se dio la vuelta y silbó con fuerza, y por detrás de una elevación surgió una joven y adusta muchacha marat montada en un toro gargante negro y enorme. Doroga se acercó a ella, se alzó hasta el lomo del gran animal y saludó con la cabeza a Gaius antes de alejarse.

—Pintoresco —comentó Gaius.

—Lo siento, majestad. No sabía que iba a...

—Oh, no, cursor. Está perfectamente bien. ¿Quién es el siguiente?

Pasaron por una serie de legionares y miembros de las explotaciones que se habían comportado con valentía durante el incidente, incluido el tartamudeante Pluvus Pentius, que salvó a un puñado de niños de la furia de un moa herido, al cual golpeó hasta la muerte con su libro de contabilidad.

—Isana de Bernardholt —llamó finalmente Amara—. Por favor, acércate.

Isana se adelantó con un vestido gris oscuro, con el cabello peinado hacia atrás y recogido en una trenza sobria. Con la barbilla levantada, avanzó y se detuvo delante de Gaius realizando una reverencia profunda y con gracia, pero sin bajar los ojos. Amara vio en ellos algo frío y desafiante, y parpadeó ante la mujer.

Gaius permaneció en silencio durante un momento largo, estudiando a la mujer.

—Tengo entendido que tu valor y coraje ha salvado a muchas personas —dijo por último en voz baja.

—Solo había uno que me preocupara de verdad, majestad.

Gaius respiró lentamente y asintió.

—El chico. Tu...

—Sobrino, majestad.

—Sobrino, por supuesto —Gaius miró a Amara, situada a un lado—. Y según me han explicado, eres propietaria de un esclavo que se comportó por encima y más allá de lo que se podía esperar de él.

Isana inclinó de nuevo la cabeza.

—Te compraré ese esclavo.

La mujer miró a Gaius con expresión dura.

—Estoy segura de que no es lo que pensáis, majestad.

—Deja que sea yo quien lo juzgue. Mientras tanto, Isana, por favor, arrodíllate.

Ella lo hizo con una expresión de sorpresa. Gaius blandió una vez más la espada.

—Te nombro estatúder Isana, con todas las responsabilidades y privilegios que lleva aparejado.

Se produjo otro silencio y a continuación creció un murmullo sorprendido que procedía de la multitud y de las legiones formadas detrás del Primer Señor.

—El primer nombramiento de una estatúder femenina —murmuró Gaius—. Isanaholt. Suena bien, ¿no te parece?

Isana se ruborizó.

—Desde luego, majestad.

—Tu hermano estará muy ocupado con sus nuevas obligaciones. Alguien tiene que asumir el mando, y no veo ninguna razón para que nadie se pueda oponer a ti. Levántate, estatúder.

Amara sonrió mientras Isana se colocaba a un lado.

—Tavi de Bernardholt, por favor, adelántate.

De la multitud surgió un murmullo ansioso.

Amara frunció el ceño.

—Tavi de Bernardholt. Por favor, preséntate.

Nadie se movió. Gaius arqueó una ceja y Amara lanzó una mirada impotente a Isana. Esta cerró los ojos y suspiró.

—Este chico...

—¿Estás segura de que era la recompensa que él quería, cursor? —preguntó Gaius.

—Sí, majestad —respondió Amara—. Me explicó que intentaba llevar de vuelta unas ovejas, que podría utilizar para ahorrar algo de dinero para un semestre en la Academia. Por eso se encontró con los acontecimientos que lo han desencadenado todo.

—Yo no le estoy ofreciendo un semestre. Le ofrezco patronazgo. Debería estar aquí.

Isana miró a Gaius.

—¿Patronazgo? ¿La Academia? ¿Mi Tavi?

—El centro de formación más importante de Carna —explicó Gaius—. Allí puede estudiar. Crecer. Aprender todo lo necesario para una vida de éxito.

—Para eso no necesita la Academia —replicó Isana.

—Pero aun así, ese es su deseo, estatúder Isana. Y esa es su recompensa. Será Tavi Patronus Gaius y estudiará en la Academia.

La mujer asintió.

—Sí, majestad —aceptó, aunque sin abandonar su expresión de preocupación.

Bernard frunció el ceño y miró con atención por unos momentos a su alrededor.

—Majestad, allí está —indicó y señaló con el dedo.

Todo el mundo se volvió para mirar hacia el norte de Bernardholt.

Después de un largo silencio, Gaius preguntó.

—¿Ese que le acompaña es el tal Fade?

Amara asintió.

—Sí, majestad.

Gaius frunció el ceño.

—Ya veo. Cursor, ¿por qué no estaba aquí el muchacho?

—Eh, hum... Parece que tiene ideas propias, majestad.

—Entiendo... ¿Y por qué está haciendo eso en lugar de aceptar su recompensa?

Amara luchó por evitar que le apareciera una sonrisa en los labios.

—Majestad. Es un aprendiz de pastor. Supongo que lo está haciendo porque eso es lo único que intentaba hacer.

Y de este modo, el Primer Señor de Alera, rodeado de súbditos, ciudadanos y caballeros del Reino, se quedó contemplando en silencio cómo Tavi conducía a casa el pequeño rebaño de Dodger, formado por ovejas y corderos, con el desgredado Fade andando a pasos largos a su lado.

F I N